

ASIER MORENO VIZUETE

HIJA DE LA FRONTERA

La Miasma

EL TAJO

BAKUNIA

DE

DEVAR

x Jardine

Larra

x Molalto

RIO AR

Sobleda

x Kan

RIO URCAN

x Matús

Se celebran
Sangreñas

LA
MEG

TRES
CASAS

x Cangre

LA
ARRISA

LOS POZOS
DE OM

minotauro

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Citas
Ahora. Guerra
Antes. Verde
Ahora. Rosamía
Antes. Los Huérfanos
Ahora. Mare Gris
Antes. Asfixia
Ahora. La Graja
Antes. La verdad
Ahora. La mentira perfecta
Antes. De tal cruz tal astilla
Ahora. La Astilla
Después. Un final feliz
Agradecimientos
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

El Barón Albredo IV Cadágara ha muerto y la guerra civil sacude la Baronía de Arborias. La Frontera lo engulle todo a su paso y los chatarreros aprovechan la ocasión para zambullirse en El Peto de Dios en busca de los tan preciados tesoros de Antes de Aquello. Para conseguirlo necesitarán la ayuda de los Rompebotas, conocedores de los peligros del desierto.

Mantente viva, mantente al margen.

Esa es una de las frases de su padre, el mejor Rompebotas que el polvo haya engendrado jamás. Ilda ha puesto toda una Baronía de por medio para huir de un pasado que la atormenta, pero, al regresar de una de sus expediciones en La Frontera, descubre que sus fantasmas la están esperando. En su camino de vuelta al hogar, la Rompebotas no solo tendrá que enfrentarse a los peligros del desierto y de la guerra, a daimonios y aldeas carbonizadas, sino a todas esas historias que su padre le contaba y que resultaron convertirse en la más grande de todas las mentiras. Un viaje entre dos mundos y dos tiempos que obligará a Ilda a volver a ser la niña que era para ponerse delante de un espejo, y lo que allí se encuentre, quizá no le sea del todo desconocido.

Un grimdark oscuro y sangriento al estilo de Joe Abercrombie o George R.R. Martin. Una historia que nos sumerge en un mundo postapocalíptico a la par que mágico, donde los rifles se disparan junto a hechizos imposibles y en las ciudades enterradas por el polvo no solo duerme nuestro mundo sino también demonios que susurran en la oscuridad. Literatura de género que se abre a nuevos horizontes para navegar en mares en los que la fantasía o la ciencia ficción se convierten en un escenario donde dar cabida a los dolores y conflictos más profundos del alma humana.

HIJA DE LA FRONTERA

ASIER MORENO VIZUETE

minotauro

En esta decimoctava edición del Premio Minotauro, Premio Internacional de Ciencia Ficción y Literatura Fantástica, el jurado, compuesto por Consuelo Abellán, Tiffany Calligaris, Víctor Conde, Daniel Garrido, Alberto Martín y Guillem Sánchez, acordó conceder el galardón a esta obra, en Barcelona, junio de 2023.

*Para mi padre,
que una vez me dijo que en un agujero vivía un hobbit
y, desde entonces, me dio por escribir.*

*Cuando hay que hacer algo,
lo mejor es no demorarlo
para no tener que vivir temiéndolo.*

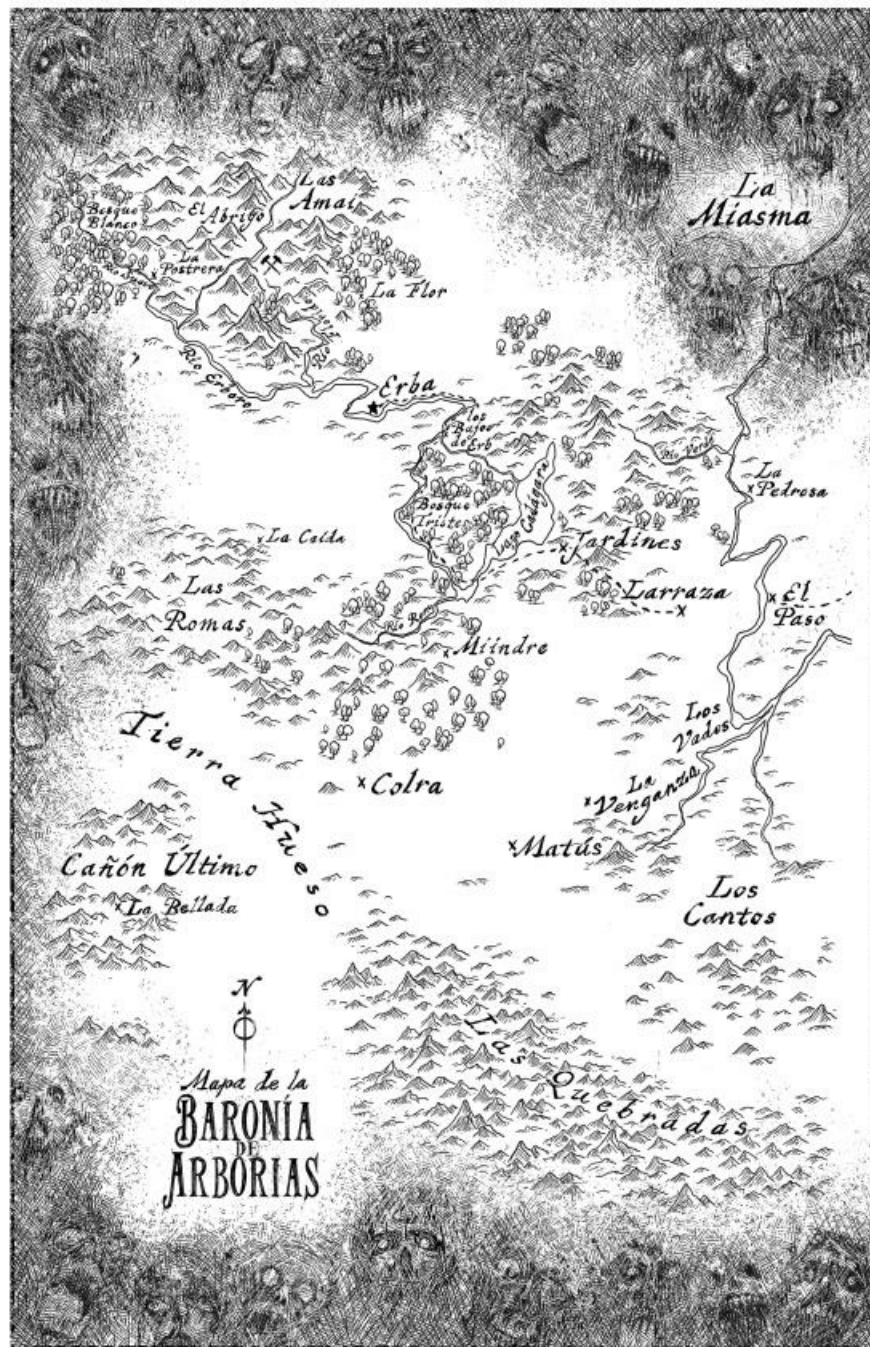
*Logen Nuevededos,
Joe Abercrombie*

*Si tú eres el Diablo
no soy yo quien escribe esta historia.*

*El Hombre Que Se Enamoró De La Luna,
Tom Spanbauer*

*No mato con mi pistola.
Aquel que mata con su pistola
ha olvidado el rostro de su padre.
Yo mato con el corazón.*

*Roland Deschain de Gilead,
Stephen King*



AHORA

Guerra

1

—Guerra. —Al pronunciar aquella palabra, Iumo El Viejo hizo rodar su bola de malayerba de un buche a otro como si de pronto le asqueara—. *Esu* es lo que *nus* espera al otro *lao* de Bosque Blanco, frais, oíd *lu* que os digo. Nuestra recompensa. Guerra y nada más —un esputo de espliego cayó desganado de sus labios para chisporrotear en la hoguera. Una fea sonrisa la que Iumo El Viejo dedicó a sus compañeros: desdentada, las comisuras de sus labios todavía sucias de espuma púrpura.

—*Esu nu* lo sabemos, viejo —rezongó El Largo azuzando la sartén ennegrecida sobre el fuego—. Así que haznos un favor a todos y *nu* seas ave de mal agüero, ¿estamos? Suficiente tenemos ya con lo que tenemos —cabeceó—. *Us* juro que todavía puedo *escucharlos*, frais. Aquí dentro —y se golpeó la sien con uno de sus largos dedos—. Esos *daimonios* hijos de mil moscas mal paridas van a acabar conmigo con sus *sarlidos*, bien *siuro* que *nu* hay noche en la que consiga pegar ojo. —Sus compañeros asintieron en torno a la hoguera; sabían de lo que hablaba—. Así que haz el favor: *nu* nos fastidies también los días, ¿oca?

Iumo El Viejo levantó las manos en señal de paz.

—Sea, frae, sea —y escupió los restos de malayerba entre sus ajadas botas—. Mas déjame decirte que nada puede hacerse para evitar lo inevitable, ¿eh? —rio—. La Frontera es de los daján, y de nada sirve quejarse. Si te molestan los *sarlidos* del polvo, frae, quizá deberías buscarte otro oficio. Solo digo *esu* —y metió su cabeza entre los hombros.

—Deja de chincharlo, Iumo —terció Zurro El Zurdo. Al acucillarse junto al fuego, esos cacharros de Antes que le colgaban de la pechera destellaron como espejos incendiados por el sol... *si es que ese sol hastiado tras la calima todavía podía incendiar algo, claro*—. Bien sabemos todos a lo que nos dedicamos, ¿eh? Así que, prae, tengamos la fiesta en paz.

—Sea, sea —repitió el viejo, espantándose las moscas de la cara—. Solo digo que hace demasiado tiempo que Dios nos abandonó para dejarnos como regalo último su mejor cosecha de gases flatulentos, así que de nada sirve quejarse ahora. Llevamos El Pedo de Dios a cuestas, frae —y guiñó un ojo risueño a El Largo—. Somos chatarreros. Nuestro hogar es el desierto, y nuestras noches, de los daján. Y si *esu* basta para joderte la existencia...

—Basta, Iumo —esta vez la voz de El Zurdo sonó más grave—. Basta he dicho.

—Sea, sea...

—El Viejo tiene razón —intervino un cuarto miembro de la compañía dejándose caer junto a los suyos—. El polvo es el polvo, pero *lu* que *nus* espera al otro lado de Bosque Blanco... ¡Ah! —acababa de achicharrarse las puntas de los dedos al abalanzarse sobre uno de los pedazos de panceta que chisporroteaban sobre la sartén.

—Te está bien merecido, Mediolao —gruñó El Zurdo—. Por defender a quien *nu* debes.

El tal Mediolao, encogiéndose de hombros, se llevó el trozo de panceta a la boca sin importarle un ápice quemarse los morros. Tenía media cabeza cubierta de horribles cicatrices, apenas si le crecía el pelo.

—El Viejo tiene razón —repitió con el buche lleno—. Marchamos al *ueste* con la noticia de la muerte del Cadágara y ¿cuánto ha pasado? ¿Una luna? ¿Más? *Quín* puede *saberlu*, ¿eh? Pero bien *siuro* ha sido tiempo más que de sobra para que Nuncio Cadágara haya dispuesto sus huestes contra su recién entronado sobrinito... Bah —bufó—. El polvo quiso que el difunto Barón se pasara sus mejores soles engendrando hijas y nada más, y ahora todos pagamos las consecuencias. De su padre Albredo V solo tiene el nombre, frais, y, en los tiempos que corren, ese nombre *nu* le servirá de mucho. —Sin dejar de cabecear, echó una ojeada desconfiada a la sempiterna calima que los cercaba—. La Frontera se mueve —gimoteó—. El Pedo de Dios se hace con el desierto, *esus* son los tiempos que corren. Y a más se encoja nuestra bien amada Baronía de Arborias...

—Más guerra *pa tós* —asintió Iumo.

—*Esu* —sentenció Mediolao, apurando su pedazo de panceta y chupeteándose los dedos.

Zurro soltó un sonido gutural como respuesta.

—Con guerra o sin ella, regresar a Arborias significará librarme de vosotros, y eso, frais, será de agradecer, ¿eh, *maisse* Largo?

—Bien *siuro*. —El Largo disimuló como mejor pudo su sonrisa, apartando por fin la sartén del fuego y manoteando para espantar esas dichosas moscas del desierto que ya se echaban sobre la panceta.

—Así que nuestro bien amado jefe deja La Media Docena, ¿eh? —Iumo miraba a Zurro con los ojos entornados—. ¿Y qué harás si *pue* saberse? ¿Te unirás a las filas del krae de turno bajo su noble bandera? ¿O cobrarás tus buenos rulos al servicio de algún perro de la guerra?

—Nada de *esu*, viejo, la guerra *nu* va conmigo. Me he pasado la vida entera desenterrando cacharos de Antes de Aquello que La Frontera bien ha querido traerme de vuelta, y es todo *lu* que sé hacer. Si, tal y como dices, la guerra nos espera en Arborias, cruzaré el Arba hacia Devar, *nu* soy ningún patriota. Después de Aquello hay Frontera de sobra para todos, *nu* tardaré en encontrarla.

—Oh, pero un buen chatarrero sabría ganarse sus buenos rulos de la guerra —sonrió Iumo—. Los baladeros de Antes se venderán bien, mejor que nunca.

—Entonces *nu* seré un buen chatarrero, te dejo los rulos *pa* ti, viejo —y lo señaló con el pedazo de panceta que acababa de tomar de la sartén.

—Un chatarrero cobarde, entonces.

—*Esu* —asintió arrancando un buen pedazo de filete con los dientes—. Cobarde y vivo. —Y ceñudo, sin mirarle siquiera—: Y ahora harías bien en amarrar esas bestias. *Nu* tardaremos en seguir nuestro camino.

—Bah —Iumo El Viejo miró enfurruñado los carromatos que rodeaban el campamento—. Suelta a las bestias, alimenta a las bestias, amarra a las bestias... ¿Quién te crees que soy, frae? ¿Tu perrito faldero?

—Algo así, sí... —Zurro El Zurdo se estiró cuan largo era sentado sobre sus piernas cruzadas y dejó asomar la culata de ese baladero de Antes que le colgaba bajo el brazo derecho: de todos en La Media Docena, era el único que llevaba una de esas armas de Antes de Aquello, o al menos el único que sabía cómo usarla como La Frontera mandaba—. El más cobarde de los chatarreros y su perrito faldero, *esu* somos, frae. ¿Estamos?

El Largo se atragantó. O al menos disimuló su carcajada lo mejor que pudo.

—El Viejo tiene razón —terció ceñudo Mediolao—. Aquí nadie debería ser el perrito faldero de nadie. De *habernus* traído un par de esclavos...

—Ya votamos por *esu* —lo interrumpió Zurro—. La Rompebotas *nu* quería esclavos en la caravana. Y nosotros necesitábamos a la Rompebotas.

Los rostros de La Media Docena se fueron volviendo uno a uno hacia los lindes del precario campamento, al otro lado de los carros y las bestias que rebuscaban cabizbajas entre las pocas hierbas pajizas que el desierto tenía a bien regalarles. Y allí, emborronada por la calima, una silueta delgada y desgarrada oteaba la vacía y repetitiva inmensidad del yermo.

La piel atezada por el sol, del color de la canela. El pelo negro, rapado en las sienes, le caía rebelde hacia los lados desde las alturas, y de sus trenzas y mechones colgaban piedras y abalorios al estilo de esos salvajes del desierto hijos de mil daján. Para Zurro El Zurdo era una verdadera pena que esa ajada y fina manta que llevaba siempre encima no le dejara adivinar sus curvas, pues bien *siuro* las tenía bien puestas. Quizá un tanto tenues, quizá las carnes de esa zagala sabían demasiado del polvo del camino, pero, dada su situación, Zurro El Zurdo no le habría hecho asco alguno a sus...

—Necesitábamos un Rompebotas que nos guiara en La Frontera, sí —rezongó Mediolao arrancándolo de sus ensoñaciones—. *Nu* a esa Rompebotas. Y si de algo vale mi opinión, empiezo a estar un tanto cansado de sus... sus... *reglas* —manoteó—. Esa mujer es *pior* que un grano en el culo, frais, bien *siuro* lo es.

—Baja la voz —le regañó el siempre cobarde y jovencísimo Saltitos, haciendo honor a su nombre y meciéndose de un lado a otro junto a la hoguera—. Esa Rompebotas tiene buen oído, frae. Ya sabes...

La Media Docena negó en torno al fuego.

—Putos *fechiceros* —masculló Iumo.

—El polvo se *lus* lleve —cabeceó Mediolao.

—A ellos y a sus puntas —rumió Saltitos.

—Mmm —los secundó el siempre parco en palabras *maisse* Huraño.

Como chatarreros que eran, siempre a lomos de la calima de un lado a otro de El Pedo de Dios, estaban más que acostumbrados a las puntas de los *fechiceros*, pero no por eso dejaban de desconfiar de ellas. Y más aún en los tiempos que corrían, más cuando La Frontera recuperaba terreno perdido.

—Sea como sea, ella es todo cuanto encontramos, ¿recordáis? —gruñó ceñudo El Zurdo; empezaba a perder la paciencia—. Necesitábamos a alguien que nos guiara más allá de Bosque Blanco, y con todo ese asunto de la muerte del Cadágara, solo ella estaba dispuesta a hacerlo. Se

votó y se decidió, así que *nu* hay más que hablar, por La Frontera. Además, *nu* podéis negarme que de *nu* ser por esa zagala y sus puntas, ninguno de nosotros estaría aquí ahora.

—Razón tienes, frae —cedió El Largo.

—Sí, esa zagala sabe *lu* que se hace —continuó Zurro—. En todos los sentidos —y se acarició distraído esos cacharros de Antes que le colgaban del cuello—. Por muy buenos chatarreros que nos creamos, ella sabe más de estas cosas que *tós* nosotros... ¿Sabéis que *lus* de Antes usaban estas cosas para hablar de una punta a otra del mundo? —Se llevó uno de los cacharros a la oreja—. Algo así... *Esu* me dijo —y se encogió de hombros dejándolo caer de nuevo—. Así que oíd *lu* que *us* digo: tenemos suerte de haberla encontrado. Gracias a ella, pronto estaremos de vuelta. Muy pronto.

Casi todos en La Media Docena asintieron. *Casi* todos.

—Pues lo que yo creo, frae —Iumo El Viejo lo miraba burlón desde el otro lado de la cada vez más exangüe hoguera—, es que esa zagala te ha encandilado y bien con sus puntas... ¡O con su culo huesudo! —añadió con una risotada.

La Media Docena se tapó como pudo sus bufidos y sus carcajadas, echando miradas de soslayo hacia los lindes del campamento... *Son peor que zagales con las pelotas llenas de adolescencia*, rumió para sus adentros El Zurdo.

Mucho peor.

—Tiene nariz de hombre —siguió Mediolao.

—Y es seca como el polvo —lo coreó El Viejo.

—Mmm —gruñó *maisse* Huraño.

Por La Frontera..., El Zurdo se masajeó las sienes para no arrancarles la cara a mordiscos.

—¿Sabéis qué? —gruñó—. Ojalá *nus* esté oyendo, frais. Ojalá la Rompebotas sea una *fehicera* de las *piores*. Y ojalá, esta misma noche, haga de vuestras criadillas un par de bolsas inertes por y para siempre. —Al levantarse del fuego, se quitó con tal fuerza el polvo de encima que sus compañeros cesaron en sus pullas y retrocedieron todo cuanto pudieron; lo conocían bien—. Amarra a las bestias, Iumo —le ordenó—. Y los demás, recoged esto y pronto, ¿estamos? *Pior* que zagales —farfullaba, ya dándoles la espalda y pisoteando el polvo del desierto—. Ojalá los cuervos *us* saquen los ojos.

Para corear sus maldiciones, los cuervos, jocosos, graznaron desde la calima, y Zurro El Zurdo, con los puños apretados, se mordió con tal ahínco los carrillos que a punto estuvo de saborear la sangre entre sus dientes. Odiaba a sus compañeros, esa era la verdad; quizá El Largo se salvaba, pero a los demás los odiaba a todos por igual. Y también a los cuervos. Y a las incansables moscas del desierto que les hostigaban día tras día jodiéndoles la existencia, *¿qué daimonios se suponía que comían esos bichos cuando no estaban ellos allí?* Espantó a un par de ellas que le copulaban sobre la frente, ladró un par de órdenes sin sentido a sus compañeros y estos obedecieron tan desgastados como siempre, Iumo El Viejo sin borrar esa estúpida sonrisa suya sucia de malayerba.

—¡Borra esa sonrisa, Iumo, me oyes? —ladró—. ¡Bórrala ya!

La caravana de chatarreros no tardó en ponerse en marcha. Amarraron a las bestias, fijaron las lonas de los carros para proteger su tan preciada mercancía de El Pedo de Dios y, con la Rompebotas en cabeza, echaron a andar arrastrando los pies por el polvo del desierto.

El paisaje resultaba desolador. Según la Rompebotas ya habían dejado atrás La Frontera, pero la verdad era que Zurro El Zurdo no lo tenía tan claro. Los mismos matorrales deshojados, las mismas laderas de rocas quebradas para marcarles el camino. El mismo desierto de siempre y la calima robándoles el horizonte, así eran las cosas. Los mismos cuervos, las mismas moscas... Zurro El Zurdo se subió la mordaza y, de paso, ahogó un hondo quejido. Al menos ya no tenían que cargar con sus cacharros, y eso era toda una suerte, ¿verdad? Sí, bien *siuro* lo era. La Frontera no era para las bestias, todo el mundo lo sabía. Por muy buenas que fueran esas mulas suyas (que no lo eran), no hubieran podido soportar los *sarlidos* del desierto, ni una noche siquiera, y no fue hasta que llegaron a ese puesto fronterizo cuyo nombre Zurro ya ni siquiera recordaba, que la Rompebotas les permitió gastarse los rulos en un par de bestias de carga. Era dura esa mujer, eso nadie podía negarlo. Su compañía, sus reglas, ese era el trato, y si no te gustaba, ya podías buscarte a otro que te guiara por el desierto.

A Zurro le costó lo suyo darle alcance. Se había pasado la vida pateando el duro suelo del desierto, pero los soles empezaban a pasarle factura, y por La Frontera que esa Rompebotas no conocía el significado de la palabra cansancio.

—Mare —la llamó poniéndose a su lado; disimuló como mejor pudo su fatiga y señalando con el pulgar por encima de su hombro—: Espero que *nu* te hayan molestado esos lupen, ¿eh?

La Rompebotas apenas si se encogió de hombros, y desde luego no pronunció palabra alguna.

—*Nu* tienen mala intención, ya los conoces. Es solo que... —Zurro El Zurdo se metió la mano bajo la mordaza y se rascó la perilla—, bueno —suspiró—, digamos que son lo que pueden, ¿eh? Digamos que lo intentan. Así que *nu* se lo tomes a mal.

—*Nu* lo hago.

—Ya... Es solo que están cansados, ¿oca? —siguió excusándolos—. *Nu* son mala gente... —A Zurro le costaba lo suyo seguirle el ritmo—. Entonces —jadeó al rato—, ¿llegaremos hoy a Bosque Blanco, mare?

De nuevo ese parco gesto suyo.

—Si el sol *nu* se tuerce, sí.

—Ya... —Zurro le sonrió tras la mordaza—. Pues esperemos que *nu* lo haga, ¿eh?

—Esperemos, sí.

Zurro ahogó un gruñido; esa zagala era dura de roer. Si hacía memoria, las únicas veces que había conseguido arrancarle un par de frases seguidas había sido pegada a un pellejo de cerveza. Llevaban más de una luna compartiendo camino, pero la verdad era que Zurro no sabía nada de esa mujer además de los rumores que ya había escuchado, y estos tampoco sabían demasiado. Se le tenía en alta estima por esos polvos, esa mujer era buena en lo suyo. Se podía confiar en ella y, en los tiempos que corrían, eso ya era mucho. Pero poco más, ni siquiera un nombre o un mote. Por esos polvos ella era la Rompebotas, nada más. Y Zurro, que siempre había presumido de saber ganarse a la gente, empezaba a darse por vencido.

—Tenemos mucho que agradecerte, mare —siguió agasajándola—. De *nu* ser por ti *nu* habríamos salido con vida de La Frontera. —Nada, ni un gesto—. Esos aulladores hijos de mil daján *nu* dejaban de hostigarnos, ¿eh? Pero tú supiste despistarlos. Tú nos salvaste de esos salvajes.

—*Nu* eran salvajes, *maisse* Zurro —¿quizá su ceño se había arrugado?—. Los aulladores nada tienen que ver con los moosa. Solo con el polvo. Solo con los daján.

Cuatro frases. Eso ya era todo un logro.

—Mis disculpas, mare —gruñó—. Pero el caso es que tú nos salvaste, bien *siuro* lo hiciste. Y por eso, te estoy agradecido.

—Para eso me pagáis.

Dicho aquello, la Rompebotas aligeró la marcha, y Zurro, arrugando los morros, se fue quedando atrás. Estaba claro que la zagala no tenía gana alguna de intimar con un viejo como él, así eran las cosas... Y la verdad sea dicha, con ese sol de justicia arrugado tras El Pedo de Dios, en su cenit, Zurro no tenía gana alguna de seguirle el ritmo. Le había arrancado cuatro frases seguidas, y eso ya era bastante. Puede que los soles le pesaran, pero por La Frontera que todavía era bueno en lo suyo: Zurro El Zurdo caía bien a la gente, así eran las cosas. Y si de verdad la guerra los esperaba en Arborias... Bah, no merecía la pena pensar en eso. Con guerra o sin ella, él sabría apañárselas, vaya que sí. Como solía decirse: más sabía el desierto por viejo que por desierto, y él siempre había estado por encima de la media.

Dejó que El Largo lo alcanzase. El desierto no era tan malo si uno se atrevía a compartirlo.

2

Apenas se hubo alejado unos pocos pasos del chatarrero, la Rompebotas dejó resbalar por sus labios el fantasma de su sonrisa. La verdad era que ese hombre le caía bien, mejor que muchos, al menos. Pero, como su padre solía decir: «cuidate de las sonrisas en el desierto», y ella, siendo la mujer joven que era, tenía que cuidarse y mucho de las sonrisas, hasta de las suyas propias. Pues si ofrecías la mano, te agarraban el brazo. En el desierto la amabilidad se confundía a menudo con la debilidad, y si una quería sobrevivir, era mejor mantenerse alejada de los demás.

Eso le había enseñado su padre, sus frases:

Mantente viva, mantente al margen.

Si no tienes nada que decir, mejor no digas nada, le decía.

Y también: *Un buen Rompebotas nunca cuenta su propia historia.*

Su padre tenía frases de sobra para ella. Su padre había sido muchas cosas en su vida, puede que demasiadas, pero, sobre todo, al menos para ella, había sido el mejor Rompebotas que el desierto jamás había engendrado. Y le había enseñado bien, eso no podía negarlo. Por mucho que doliera recordar. Por mucho que, al sonreír, le diera por pensar en él, todas y cada una de las veces. Por mucho que, desde que pasó lo que pasó, tuviera que cuidarse, y mucho, de sus sonrisas.

La Rompebotas esperó a estar lo bastante alejada de los otros para dejar salir ese suspiro que le roía las entrañas. Nunca salía del todo, siempre se le quedaba *algo* dentro, pero una solo tenía que preocuparse por el siguiente paso, nada más. Esa frase no era de su padre, pero no era una mala frase. Al fin y al cabo, paso tras paso, las cosas no le iban tan mal, ¿verdad? Y las huellas que dejaba tras de sí... bueno, digamos que eran solo eso. *Huellas*.

Al caer la tarde el horizonte era rojo y refulgente. Las sombras se alargaron desde el oeste; la caravana, una delgada serpiente negra en el desierto. Y al este, la calima menos fiera, se adivinaban los árboles pelados y deshojados de Bosque Blanco. Una línea de pilares retorcidos como huesos clavados a la tierra, huesos de sangre bajo el sol del atardecer hasta donde alcanzaba la vista. Una trocha hundida lo cruzaba, el cauce seco de un río cuyas aguas hacía demasiado tiempo que no pasaban por allí.

—*Lu* has encontrado, mare. —La Rompebotas se apartó apenas ese chatarrero puso su manaza sobre su hombro; aquello eran demasiadas confianzas—. Río Muerto. El polvo te sea dulce.

La Rompebotas apenas si asintió.

—Qué sería de nosotros sin ti, ¿eh? —continuó el chatarrero; al rato—: Bosque Blanco *lu* llaman, pero viéndolo ahora, mare, viéndolo así, yo más bien *lu* llamaría Bosque Rojo, ¿eh? —La Rompebotas no reaccionó a sus chistes—. Ya... *Nu* vamos a cruzarlo ahora, ¿verdad?

Ella se volvió para encarar al chatarrero.

—Sabes que *nu* —le dijo—. Bosque Blanco es de los daján. Esperaremos al amanecer.

—Brindemos, entonces. —El chatarrero se llevó un pellejo al gaznate y, tras limpiarse los morros con el antebrazo—: Bebe, mare. Te *lu* has ganado.

—Supongo que sí.

A *maisse* Zurro le bastó con ladrar un par de órdenes para que La Media Docena levantara el campamento. Buscaron para ello una loma que los protegiera del frío viento del norte y utilizaron sus carros para amurallarse del desierto. Las llamas de la hoguera no tardaron en pincelar sus lonas, y uno a uno, los chatarreros, así como las polillas más madrugadoras, se reunieron en torno al fuego.

—¡Ya queda menos, *manisses*! —escuchó graznar a Iumo El Viejo, y a sus compañeros al corearlo:

—¡Y que *lu* digas, viejo!

Y era verdad. Con guerra o sin ella, se les veía contentos porque el viaje llegara a su fin, y la Rompebotas, desde la seguridad que le daban las sombras, hasta se permitió otro de sus suspiros. No podía confiarse, claro, pero estaban lo bastante lejos de La Frontera como para no tener que preocuparse por los daján aquella noche. Además, con lo que esos chatarreros llevaban en sus carros, podrían permitirse pagarle sus buenos rulos, y eso bien merecía un par de vítores. Así que, cuando *maisse* Zurro levantó su pellejo a orillas del fuego, ella levantó el suyo desde sus sombras. No sonrió, claro, no vitoreó ni coreó como ellos, pero por La Frontera que un trabajo bien hecho merecía un brindis. Un brindis desde la distancia, sí, a su manera, pero brindis de todos modos.

La Rompebotas pegó los morros a su pellejo y se permitió darle un buen trago. De sobra sabía que el alcohol no siempre le sentaba bien, que pronto hasta vería guapos a esos hijos de mil moscas mal paridas, que hasta le caerían bien, pero se lo había ganado. Y si una quería saber

hacerse un nombre por esos polvos, no bastaba con mantener las distancias. A veces, solo a veces, una buena Rompebotas tenía que hacerles ver a los demás que era tan humana como ellos. Su padre se lo había enseñado. Su padre, a veces, era el mejor humano del mundo.

Otro trago. Y otro más. A veces bastaba con beber lo suficiente para dejar de recordar.

A veces.

4

Los pocos vítores que todavía sobrevivían a la noche anterior se extinguieron apenas La Media Docena se vio cercada por los primeros árboles; los chatarreros alzaron sus rostros hacia la deshojada bóveda del techo y, como beatas ante el altar, esas reseca bocas suyas que hace no tanto debatían sobre los mejores lupanares de La Postrera, regalaron a Bosque Blanco sus mejores oraciones. La luz matutina refulgía contra los troncos desnudos que escoltaban el cauce seco del río, la arboleda por fin hacía honor a su nombre, y por mucho que hubieran dejado El Pedo de Dios atrás, por mucho que no hubieran dejado de quejarse del polvo todos y cada uno de los días, con todas y cada una de sus noches, la Rompebotas estaba segura de que esos chatarreros suyos ya lo echaban de menos.

Se contaban historias horribles sobre Bosque Blanco. La mayoría de esas historias, como casi siempre, poco o nada tenían que ver con la realidad, pero la verdad nunca importó demasiado por esos polvos. De hecho, eran los mismos Rompebotas que se atrevían a cruzar la arboleda, los *pocos* que se atrevían a hacerlo, los que inventaban esas historias. Los chatarreros estaban dispuestos a pagar verdaderas fortunas por ser los primeros en llegar a La Frontera, y cuanto más peligroso resultara Bosque Blanco, mayores serían los beneficios y menor la competencia. A veces esas historias no bastaban, claro, tarde o temprano siempre aparecía algún grupo de chatarreros que, creyéndose más listos que los demás, decidía cruzar la arboleda sin un Rompebotas que los guiara. Pero las mejores mentiras eran las que guardaban las mejores verdades, y los pocos de esos chatarreros que conseguían regresar con vida, no hacían sino acrecentar la leyenda del lugar. Esos pobres diablos regresaban con la peor de las verdades a cuestas: Bosque Blanco pertenecía a los daján. A los *daimonios* y sus *sarlidos*. Y si no conocías sus senderos...

—¿Mare? —la voz de *maisse* Zurro tembló en el silencio reverencial que sacudía la compañía.

A sus espaldas, la caravana más apretujada que nunca. Mediolao hasta se había sacado esa ballesta suya de la espalda y barría el bosque con los ojos boquiabiertos. De las sonrisas de Iumo El Viejo no quedaba ni rastro y de la garganta del joven Saltitos manó un torpe gemido cuando desde las copas de los árboles un par de grajos echaron a volar.

—Mmm —gruñó *maisse* Huraño con la frente perlada de sudor.

Y eso que apenas si se habían adentrado unos pocos pasos en la arboleda.

—¿Sí, *maisse* Zurro?

—Oh, *nu* es nada —su sonrisa más bien parecía el filo de un buen cuchillo—. Solo... —se frotó la perilla de arriba abajo—, ¿*nu* podríamos aligerar un poco, mare? Este silencio hijo de mil daján *nus* está matando a todos.

—Podríamos. Pero *nu* lo haremos.

—¿Y *esu* por qué, si *pue* saberse? —Zurro El Zurdo echó un par de miradas desconfiadas a las empinadas laderas que cerraban la trocha, y *maisse* Largo, que lo seguía bien pegado a su espalda, asintió como para refutar su pregunta.

—Si un plumadiente del desierto te bufa *nu* echas a correr, chatarrero.

De nuevo la cabeza de *maisse* Zurro saltó de un lado a otro de la trocha.

—¿Y se supone que alguien... —tosió—, que *algo* nos está bufando, mare?

La Rompebotas enterró la cabeza entre sus hombros.

—Puede ser, sí —ocultando su sonrisa como mejor podía.

La verdad era que le divertía y mucho verlos así. A esos hombres del desierto, que no dudaban en sacar sus puñales a relucir si la ocasión lo merecía. En el camino de ida todavía no tenían la confianza suficiente, al cruzar el bosque ellos no se habían atrevido a interpellarla y ella, como una buena Rompebotas, se había mantenido al margen. Pero si ahora no iba a poder gozar de su silencio... Bueno, digamos que todavía podía sacar provecho de la situación, y cuando por el rabillo del ojo vio que *maisse* Zurro dejaba resbalar sus dedos sobre la culata de su baladero, le dijo:

—Eso *nu* te servirá de mucho, chatarrero. *Nu* los hagas enfadar, ¿oca?

—Claro, mare. —El chatarrero apartó la mano de su baladero como si de una serpiente se tratara, y volviéndose hacia los demás—. ¡Bajad esas armas, hijos de mil moscas mal paridas! —ladró—. ¡Bájala, Iumo!

La Rompebotas tuvo que morderse la lengua para reprimir una carcajada: su padre había sido el mentiroso perfecto, pero, al parecer, ella no se quedaba a la zaga. La verdad era que Bosque Blanco *sí* que era lo bastante peligroso como para resultar una amenaza, pero no ahora, con los rayos matutinos incendiando la arboleda.

No juegues con un perro por dura que sea su correa, Ildi, solía decirle su padre.

Y sí, al recordarlo su carcajada se fue al carajo de una vez y para siempre, y ceñuda:

—Silencio ahora, ¿oca, chatarrero? Necesito silencio. —Si no iba a poder jugar con ellos, más le valía tenerlos asustados.

Maisse Zurro ordenó silencio a los suyos con un par de gestos; le caía bien ese hombre.

Y en ese silencio reverencial, algo rompió de nuevo la bóveda deshojada de la arboleda, alas negras como papel quemado en sus oídos. Bosque Blanco crujía. Sus huesudas manos rasgaban el cielo, en sus profundidades el polvo, lechoso al amanecer, se levantaba como bruma para cercarlos. En el silencio Bosque Blanco *sarlaba*, nunca dejaba de hacerlo, y de las resacas bocas de los chatarreros ya no manó otro ruido que no fuera el de sus torpes oraciones.

—Mare —tembló la voz de Zurro El Zurdo—. Creo que alguien *nus* sigue. Creo... creo... Oh, por La Frontera —se desinfló—. Están por todas partes.

Y era verdad. De las ramas desnudas de los árboles colgaban plumas y pedernales, astas de hacra y dientes de sigaar, abalorios y leños trenzados en forma de red, huesos. Como todo en Bosque Blanco, los tótems de los moosa crujían a su paso, desde las alturas, y tras la borrosa blancura de la calima, siluetas difusas y sombrías para escoltarlos. Los cuerpos pintados de barro. Historias enteras en esos cuerpos.

—¿Qué hacemos, mare?

—Nada —le espetó la Rompebotas—. Ya es tarde para dar media vuelta. Seguimos.

—¿Seguimos? —gimoteó—. ¿Y si...?

—Si nos quisieran muertos ya seríamos pasto para los cuervos, chatarrero. Sigamos. *Nu* hay nada que temer.

Aunque, la verdad sea dicha, la Rompebotas no estaba del todo segura de eso. Era la primera vez que se topaba con los moosa tan al sur, tan lejos del desierto. Además, estaban vestidos para la guerra: máscaras de hueso para cubrir sus rostros, coronas emplumadas, tabardos leñosos. Los moosa empuñaban lanzas de piedra y porras de pedernal, y por La Frontera que la Rompebotas no estaba del *todo* segura de que no tuvieran nada que temer. Estaban acorralados, y eso era malo. A las bestias acorraladas podía darles por morder, y si a alguno de sus chatarreros le daba por hacer alguna tontería...

—Calma a los tuyos, Zurro —le ordenó la Rompebotas extendiendo una de sus palmas desnudas; tardó en darse cuenta de que le temblaba—. El hierro de nada nos servirá aquí.

Y tampoco sus puntas, bien lo sabía ella. Estaba muy lejos de ser una sorga avezada, pero, aun siéndolo, sus fetiches no tendrían nada que hacer allí. Eran muchos, demasiados. Bosque Blanco ya no pertenecía a los daján, los crujidos del bosque eran los crujidos de esos tótems mecidos por el viento, y los árboles de hueso se alzaban para reverenciarlos.

Se obligó a llenar de aire sus pulmones, a soltarlo. Levantó Soma para calmarse los nervios, La Primera Punta de El Triángulo Cuerpo, de Riga. De sobra sabía que los moosa podrían oler sus puntas, que podrían tomárselo como una amenaza, pero necesitaba de su *fechicería* para poder pensar con claridad. Una cosa estaba clara: de quererlo, ya estarían muertos. Por alguna razón los moosa no querían hacerles daño, la guerra que vestían no era para ellos; pero ¿qué hacían allí, entonces?

Gracias a Soma pudo darse cuenta de algo: cada par de ojos, cada una de esas miradas abismales que los cercaba, parecía centrarse solo en ella. Y no, no era la primera vez que la Rompebotas sufría el escrutinio de los moosa. Pero se suponía que aquello había quedado atrás, ¿verdad? Que aquello pertenecía a otra vida, a otros tiempos... Levantó Pneuma, Primera Punta de Raga. Si calmar el cuerpo no bastaba, calmaría también la mente, los recuerdos. Si querían salir con vida de allí, tenía que ser capaz de gobernar sus pensamientos. De nada servía ahora recordar, de nada servían los fantasmas.

Respira, le ordenaba Soma.

Ahora, solo ahora, recitaba Pneuma.

La mezcla la invadió, y el bosque tembló por eso. Los límites de su visión se suavizaron para luego hincharse como deformados por una lente. Las siluetas de los árboles más claras que nunca, como pintadas a lápiz sobre un lienzo en blanco. Cada paso más pesado, más firme; su

aliento ya no tan quebrado por el miedo. Los cazadores de los moosa rodeaban los primeros árboles que cerraban la trocha, y tras ellos, antes invisibles, las madres y los niños, las ancianas. Aquello no era solo una pequeña avanzadilla de exploradores, ocultos en la arboleda los moosa eran tribu y eran clan.

Los moosa huían del desierto, pero *¿por qué?*

La Rompebotas cabeceó. Azuzó a la mezla y la mezla respondió. Soma y Pneuma fueron emborronando la presencia de los moosa, y un paso tras otro, despacio, La Media Docena se fue alejando de los tótems que crujían desde la desnuda bóveda de los árboles. De esas siluetas sombrías y del barro de sus historias. De esas miradas viejas como el hambre. Y si ella conseguía mantener la calma, si ella no temblaba, quizá conseguirían salir de allí con vida. Si ella se mantenía firme, entera, quizá, solo quizá, esos chatarreros hijos de mil moscas mal paridas no cometerían ninguna estupidez.

Quizá.

Y de fondo, muy lejos, al otro lado de sus puntas: *Nu te acerques a ellos, Ildi. Nunca, ¿me oyes? Ellos, de ti, solo esperan la muerte.*

A veces ni la mezla bastaba para espantar el pasado.

—Los dejamos atrás. —Aquel era *maisse* Largo. Y si la Rompebotas no le ladró a la cara, si no se echó sobre él, fue gracias a sus puntas.

—Silencio —le espetó ceñuda.

La Media Docena apretó el paso tras sus huellas; cabizbajos, como si bastara con dejar de mirarlos para que los moosa dejaran de verlos a ellos.

El cauce seco del río dibujaba una pronunciada curva hacia el sur. Las paredes crecían a cada lado, la trocha se hacía cada vez más profunda y la Rompebotas hasta se permitió echar una ojeada por encima del hombro: Zurro El Zurdo la seguía de cerca, con El Largo pisándole los talones. A Mediolao le castañeteaban de tal manera los dientes que enmudecía los crujidos del bosque, Iumo El Viejo jadeaba, *maisse* Huraño se mordía los labios hasta hacérselos sangrar, y por las mejillas del joven Saltitos corrían mudas las lágrimas para barrerle la mugre que llevaba encima. Y sin embargo, las bestias tranquilas, sus mulas, en ningún momento se habían sentido en peligro ante los moosa; serenas, más bien. Como arrulladas por su presencia.

Lo estaban consiguiendo. Al volverse, la Rompebotas apenas si pudo distinguir sus siluetas. Al rato:

—Putos salvajes —escuchó suspirar a *maisse* Largo.

La Rompebotas no supo contenerse. De puro alivio había dejado caer sus puntas, y el miedo que rasgaba su coraza penetró por cada fisura para inundarla por completo. Y del miedo: la rabia, el ansia que temblaba su cuerpo, tanta que, rauda como una serpiente, se volvió para soltarle tal puñetazo en los morros a *maisse* Largo que este cayó de culo al suelo.

—¿Qué sabes tú de los moosa? —vomitó; todo dientes su rostro—. ¿Eh? ¿Qué sabes tú?

Todos la miraban. Desde el suelo, El Largo, con los labios partidos y los ojos boquiabiertos, boqueaba, más sorprendido que dolido por el golpe. Los crujidos del bosque, mientras La Media Docena la miraba sin comprender, eran los mismos crujidos de siempre. Y ella era el centro de todo. Ella, por culpa de sus

ellos, de ti, solo esperan la muerte

huellas, había perdido del todo la compostura. Otra vez. Y al darse cuenta, al respirar, la mano le dolía. La vergüenza.

—¡Silencio, he dicho! —ladró, para darles la espalda y seguir por la trocha pateando el polvo del suelo.

Quería disculparse, pero no lo hizo. Se sentía mal, sentía que la había cagado y bien, pero si una quería ganarse un nombre por aquellos polvos, no podía dar el brazo a torcer. Una tenía que mantenerse al margen, mantenerse viva. Y si de verdad la guerra los esperaba al otro lado de Bosque Blanco, ella iba a tener que saber mantener sus huellas a buen recaudo.

Una buena Rompebotas nunca contaba su propia historia. Así eran las cosas.

6

Para cuando salieron de la arboleda el sol ya caía desde las alturas. Río Muerto por fin dejaba atrás Bosque Blanco, y de la gravilla de sus profundidades manaban sucias y revueltas sus aguas. El riachuelo se desplomaba entre barrancos y quebradas hasta toparse con un segundo cauce más ancho y caudaloso por cuyas orillas florecía el precario verdor que les daba la bienvenida a la Baronía de Arborias. Aquel era el río Suave, uno de los tres afluentes del río Erboro que cruzaba la capital, y al norte, de donde nacía, las montañas cerraban el paisaje altas, desnudas e ingobernables, para arropar el valle que se abría a sus pies.

El Abrigo lo llamaban por esos polvos, un valle de virtudes tan precarias como el verdor de las orillas del río que lo cercaba. Con El Pedo de Dios ya al otro lado de la arboleda, desde donde estaban, La Media Docena podía apreciar los primeros campos de labranza tras la calima. Las laderas de las montañas salteadas por las chozas de los pastores, y por sus pastos, aun agostados por ese sol viejo e incansable, pacía el ganado salpicando el valle como estrellas en el cielo. El polvo se extendía por doquier Después de Aquello, todo el mundo lo sabía, pero desde luego aquello ya no era el desierto. Y con el bosque ya a sus espaldas, con el horizonte ya no tan sucio de sepia, aquellos matojos, aquellos juncos que manaban de las aguas embarradas del río a sus pies, por precarios que fuesen, les parecieron todo un regalo a los ojos.

La mejor de las recompensas.

La Postrera ya no quedaba lejos, los peligros de La Frontera habían quedado atrás, y sin embargo aquella tarde no hubo vítores para celebrarlo. La Media Docena permanecía en silencio a espaldas de la Rompebotas y, oh, vaya si se lo merecía. La guerra no parecía haber llegado hasta El Abrigo, pero ella, una vez más, llevaba la guerra a cuestas. El pasado y el presente, para su desgracia, nunca dejaban de guerrear.

—Acamparemos a orillas del Suave —les dijo; ni siquiera se volvió para mirarlos por encima del hombro—. En un par de días a lo sumo estaremos de vuelta en La Postrera. Este viaje llega a su fin. Lo habéis conseguido. —Eran más palabras de las que solía regalarles, pero sentía que se las debía.

Y no solo eso. Con los peligros de La Frontera ya lo bastante lejos, ahora que ya no precisaban de sus servicios, esos hombres acostumbrados al polvo podían resultar una seria amenaza para ella si no los trataba bien. Al fin y al cabo, acababa de partírle los morros a uno de ellos, así que, si decidían hacerle daño, *daño* de verdad, ni siquiera podría culparlos.

—Lo *has* conseguido, mare. —Zurro El Zurdo se puso a su lado para mirarla cara a cara; y sí, *maisse* Largo lo seguía de cerca una vez más—. *Tú* lo has conseguido.

—Eso —asintió El Largo. Y al poco—: Siento lo de antes, mare.

¿*Que lo sentía?* ¿*Que él lo sentía?*

—*Nu* es nada —tosió. Quitándoles la mirada. Escondiendo su rubor.

¿Y si al final resultaba que esos lupen hijos de mil moscas mal paridas no eran tan malos? ¿Y si tras tanta fea cicatriz y tras tanto puñal al cinto esos chatarreros eran mejores que ella? ¿Qué, si el pasado no podía dejarse atrás? ¿Qué, si la sangre de una...?

—Es raro —rumiaba Zurro El Zurdo.

—¿El qué? —Sentía la garganta anudada. La mente todavía torpe tras haber dejado caer sus puntas.

—Nada tengo contra esos sal... —se mordió la lengua—. Contra *lus* caravaneros, mare —se corrigió alzando las manos en señal de paz—. Pero es raro. Verlos tan al sur.

—Sí que lo es.

Silencio. Zurro El Zurdo se rascó nervioso la perilla y al poco:

—¿Por qué nos han dejado pasar, mare? ¿Por qué...?

—Será mejor que sigamos, chatarrero —le interrumpió echando a andar. Y porque se lo debía—: Quiero tener Bosque Blanco bien lejos para cuando caigan las sombras, ¿oca?

—Oca, mare, entiendo... ¡Vamos, frais! —les ladró a los suyos—. ¡Ya casi estamos en casa!

—¡Oh, pero tú *nu* tienes casa, jefe! ¿*Nu* era *esu*? —rio Iumo El Viejo.

—¡Zurro El Patriota! —se burló Mediolao.

Y el resto coreó sus pullas. Se les veía felices.

Cuando estuvo lo bastante lejos, la Rompebotas suspiró. Ese maldito suspiro suyo nunca le salía del todo.

7

Desde las obras de la presa, la polvareda caía a plomo sobre La Postrera. Ni siquiera el Suave bastaba para hacerla retroceder, y La Media Docena no tardó en echar mano a sus mordazas una vez más.

—Se ve que *nu* han perdido el tiempo, ¿eh, frais? —se quejó Zurro El Zurdo tapándose los morros.

Al otro lado del río rodaban los troncos ladera abajo hasta hundirse en las aguas ya medio estancadas. Los ladridos de los capataces se hacían oír por encima del ruido de las sierras y los lamentos de los esclavos, y estos, vestidos tan solo con sucios calzones, medio desnudos y

rapados como era la costumbre por esos polvos, se abrían las carnes tirando de sogas para controlar la caída de las altas y delgadas coníferas que crecían a ese lado del río. Cargaban con cestos de piedra y arcilla hasta el barranco, pisoteaban el barro, sudaban y sangraban, y sus voces y gemidos, en una macabra cacofonía, se sumaban a los mugidos y relinchos de las bestias que compartían su desgracia.

—*Esu paice*, sí —le oyó rumiar a Iumo El Viejo con el buche lleno de malayerba—. La civilización *nus* recibe con los brazos abiertos, ¿eh?

El sol ocupaba su cenit e incendiaba los tejados de pasto y chapa que se apretujaban en la orilla oriental del Suave. Edificios de barro pisado crecían amontonados junto a la calle que serpenteaba pegada al río, ensombreciendo con sus fachadas chabolas de leños y lonas y coronados por unos pocos edificios de piedra ocre que se asentaban junto al cuartel del publicano. Una riada incansable de gente pisoteaba esa calle principal, tanto desde el sur como desde el norte: cabras y gallinas enjauladas sobre carretas de mano, cacharros de Antes y precarios manjares de Después tirados y expuestos sobre raídas telas y enclenques tenderetes, los toldos de los puestos confundiendo con las lonas de los carromatos que rodaban por el nervio central de La Postrera.

A veces estos mismos servían como establecimiento, y se aparcaban a un lado y otro de la calle para que sus ocupantes pudieran ofrecer a voces sus productos. Los zagales guiaban a los recién llegados enredándose en las faldas de sus pellizas y también en los hilos de sus bolsas, correteando como alimañas en busca de la presa más débil y esquivando las collejas que los mercaderes más avezados tenían a bien regalarles, sumando sus chillidos al lamento de los martinets de los herreros que cantaban desde la jerca de los tral. A orillas de esa calle se batía leche y se horneaba pan, colgaban de ganchos reses abiertas en canal y se curtían las mejores pieles recién traídas del desierto. Y si tenías pocos o ningún escrúpulo, si no te bastaban los chatarreros y sus cacharros de Antes ni tampoco las tantas tabernas y lupanares que se abrían a cada lado de la calle, siempre podías *profundizar* un poco más y adentrarte en esas plazas atestadas de cuerpos semidesnudos. Sobre tarimas, expuestos como ganado y recién traídos de La Frontera. Rapados por sus captores y vendidos al mejor postor.

Y si a todo eso le sumabas la polvareda que levantaban las obras del otro lado del río, los cientos, puede que *millares* de pares de pies levantando el polvo del suelo; si a eso le sumabas el hedor de sus orillas y de sus gentes, el sempiterno enjambre de moscas que lo cubría todo, una no tardaba demasiado en echar de menos el desierto y sus peligros.

La soledad y el frío de sus noches.

—Qué peste —se quejó *maisse* Largo.

—¿Peste? —Iumo El Viejo, tan risueño como siempre, venteó el aire—. Pues a mí me *paice* que huele a gloria, frae. A sus buenos rulos, sí —asintió palmeando la lona de uno de sus carros.

—Eso será si conseguimos venderlos, viejo —gruñó Zurro El Zurdo rascándose la perilla—. Apenas si avanzamos. —Y ceñudo—: Es raro. ¿Qué *daimonios* hace aquí toda esta gente?

La Postrera era la población más septentrional de Arborias, la *última* tal y como su nombre presumía, y si bien hace unos soles apenas si podía llamarse ciudad como tal, a medida que fueron más los grupos de chatarreros (y sí, también de carroñeros) que se atrevieron a cruzar Bosque Blanco para adentrarse en La Frontera, su población no tardó en crecer como gusanos de una herida. Tanto que, si conseguían acabar la presa y construir el canal para llevar sus

mercancías Suave abajo hacia el sur, no tardarían en convertirse en la ciudad más importante de El Abrigo: los esclavos se vendían bien en la capital, y por mucho que los chatarreros se creyeran importantes para la economía del lugar, su chatarra no podía rivalizar con la mano de obra más barata del mundo.

Y aun así Zurro El Zurdo tenía razón: era raro, aquella multitud. De hecho, eran pocos los chatarreros que ocupaban la fila junto a ellos, más bien campesinos, sobre todo zagales desharrapados, y muchos de ellos sin más mercancías a cuestas que sus poco abultados zurronechados sobre la espalda.

—Guerra. —Esta vez fue Mediolao quien farfulló aquella palabra maldita—. Los kraes convocan a sus siervos. Ha comenzado.

La Media Docena no pudo sino asentir. Calle abajo, junto a las mismas plazas donde se vendían los esclavos que los carroñeros traían de La Frontera, se erigían otro tipo de puestos, y sobre estos ondeaba la bandera de los Cadágara: una flor dorada sobre fondo escarlata. A esta la acompañaban banderas menores que lucían los colores de los kraes de la zona, siempre, claro, ocupando un lugar inferior.

—Ya sabéis, frais —siguió Mediolao acariciándose el lado pelado de su cabeza—. El Barón nunca se preocupó demasiado por nosotros. Y si su flor ondea tan al norte...

—Ya te hemos escuchado, Mediolao —le espetó todavía ceñudo El Zurdo—. Sabemos qué significa, ¿oca?

A la Rompebotas empezaba a dolerle la cabeza. Y no por las sempiternas discusiones de sus chatarreros, ni siquiera por la peste de la ciudad. No por esos mercados de carne que tanto odiaba, ni tampoco porque detestara sentirse apretujada por la multitud. No. Si la cabeza empezaba a dolerle, si los hombros le pesaban, era por esa dichosa flor dorada que tanto atormentaba a Zurro y los demás. Porque ella ya había visto esa flor antes, esa bandera. Guardada en un baúl junto al resto de sus recuerdos de la guerra.

La Rompebotas recordaba desdoblarla, las manos tambaleantes. Apartarla para toparse con esa espada vieja, la espada de su padre. Recordaba echarse encima ese tabardo remendado, las cartas que resbalaron hasta desparramarse entre sus pies...

Deja eso, Ildi. Nu es para ti. Esa nu es tu historia.

La Rompebotas arrugó el ceño para espantar tan aciagos recuerdos y de paso bufó para quitarse un par de moscas que habían decidido copular sobre sus labios.

—¡Eh! —escuchó ladrar a Mediolao. Al volverse, este agarraba de la oreja a un zagal que apenas si alcanzaría los ocho soles, zarandeándolo—. ¿Intentabas robarme, pedazo de lupen?

En los ojos del rapaz el más mudo terror. La Rompebotas estaba más que acostumbrada a la compañía de esos hombres del desierto, pero, la verdad sea dicha, Mediolao tenía todas las virtudes necesarias para echarle a perder a una las noches: grandullón y feo como un insulto, los ojos diminutos del color del cieno, la nariz torcida y las manazas cubiertas de cicatrices.

—¡Nu, *maisse*! —gemía el ladronzuelo—. ¡De verdad que *nu*, lo juro por mi madre!

La Rompebotas no estaba del todo segura de que ese pilluelo desharrapado tuviera madre, pero lo que sí sabía con certeza era que estaba mintiendo. Lo habían pillado con las manos en la masa, y por mucho que estuvieran rodeados de cientos de personas, estaba claro que nadie movería un dedo por ayudarlo.

—Déjalo ir, Mediolao —gruñó El Zurdo—. Uno se gana la vida como puede, ¿estamos?

El hombretón obedeció; puede que fuera grande, sí, y también peligroso, pero también conocía el genio del jefe. Lo conocía bien.

—Estamos —rezongó, y, en menos de lo que se tarda en parpadear, el zagal desapareció entre la turba.

—Tiempos de mierda —rumió El Largo.

—Sí, frae —asintió El Zurdo—. Tiempos de mierda.

Costaba avanzar. Los carroñeros graznaban ofreciendo sus *productos* a cada lado de la calle y, cerca de ellos, la bandera de los Cadágara ondeaba desde los puestos de reclutamiento.

—¿Se *pue* saber de *dónde* sacan a estos pobres desgraciados? —siguió quejándose el chatarrero—. Por La Frontera que nosotros *nu* nos topamos con un alma en el tiempo que estuvimos en el desierto, y míralos... Los venden a docenas.

La Rompebotas aminó el ritmo: Zurro El Zurdo le estaba hablando a ella. Sin embargo:

—De sobra *lu* sabes, jefe —gañó Iumo El Viejo—. Estos lupen *nu* son de Antes. Puede que alguno *lu* sea, sí, pero la mayoría... Digamos que *nu* vienen del polvo, ¿eh? Digamos *esu*, jefe.

A la Rompebotas no le caía nada bien ese viejo desdentado y risueño, pero no podía quitarle la razón. Eran pocos los Rompebotas que trabajaban para los carroñeros, pocos y mal vistos para aquellos que compartían su oficio, pero esos pocos guiaban a los esclavistas rodeando Bosque Blanco por el sur y cruzando las tierras fronterizas antes de llegar a El Pedo de Dios. Era un viaje bastante más largo, claro, pero muchas de esas comitivas ni siquiera llegaban a La Frontera, ni siquiera lo pretendían. Las Tierras Huecas no pertenecían a nadie, a sus fronterizas gentes no las protegía bandera alguna y eran presa fácil para alguien sin escrúpulos. Y sí, si de algo presumían los carroñeros, era de tener pocos o ninguno.

—Estos sí que saben ganarse los rulos, ¿eh, frais? —rio El Viejo.

—Y que lo digas —asintió Mediolo.

—Mmm —gruñó *maisse* Huraño.

La Rompebotas se alejó de ellos todo cuanto pudo, masajeándose los ojos a cada lado del puente de la nariz y ahogando un bufido. Ya quedaba poco. No merecía la pena echarlo todo a perder.

—*Nu* les hagas caso, mare. —Zurro El Zurdo se puso a su lado una vez más. Al poco, ante el mutismo de la Rompebotas—: Tienes ganas de librarte de nosotros, ¿eh? —sonrió—. *Nu* te culpo. Yo también sueño con *esu*, ¡bien *siuro* lo hago, mare! Malos tiempos los que *nus* toca correr... Los *piores*, ¿eh?

La Rompebotas apenas asintió.

—Ya... —suspiró El Zurdo—. *Nu* te preocupes, mare, que pronto *nus* perderás de vista. Mañana mismo *sarlaremos* con *maisse* Gorrillo y entonces podremos pagarte. Estos cacharos de Antes se venden solos, basta con atreverse al desierto, ¿eh?

Le dolía verlo así, no se lo merecía. Ese hombre solo estaba intentando ser agradable y ella le devolvía el favor con su silencio. No estaba teniendo un buen día. Hacía un calor de mil *daimonios* y apenas si conseguía dar un par de pasos sin que alguien le diera un empujón, la riada de gentes parecía no tener fin.

—¿Qué harás, mare? —El chatarrero no se daba por vencido—. Cuando cobres tus bien merecidos rulos... ¿Qué harás con todo este asunto de la guerra?

Ella se encogió de hombros:

—Soy una Rompebotas. Seguiré mi camino.

—Tu camino, ya... Supongo que yo también seguiré el mío, pero bien *siuro nu* tengo demasiado claro dónde queda eso. Empiezo a estar viejo para el desierto, mare, *nu* digamos ya para la guerra. —La Rompebotas había conocido a hombres del desierto con bastantes más soles auestas que él, pero no se lo dijo—. Quizá debería asentar el culo, ¿eh? ¡Pero antes La Llorona y sus bondades! Esa buena mujer sí que sabe preparar un buen guiso como el polvo manda, mare, estoy cansado de *gassas* y carne seca, ¡bien *siuro* lo estoy! Por La Frontera que corro el peligro de echarme a llorar cuando por fin tenga una jarra de cerveza entre las manos, *nu* me lo echas en cara, ¿eh?

—*Nu*, frae. —Ese hombre no sabía estarse callado, pero tenía que admitirlo: le caía bien—. *Nu* te lo echaré en cara.

La verdad era que a ella también le apetecía una jarra de cerveza bien fría. Y un buen baño, ya que estábamos... Los cuervos picoteaban la basura a orillas del Suave. Un grupo de zagales los perseguía hundidos en la mugre hasta las rodillas y armados con palos. Tenían hambre, y a ella, al mirarlos, le zumbaba la cabeza.

8

—¿Astilla?

Hacía mucho que nadie la llamaba así. Ese nombre pertenecía a otro tiempo, a una historia ya enterrada. Tanto que sintió la náusea trepando por su garganta, el vértigo. Tanto que cerró los ojos, como si pudiera desaparecer.

—¿Ilda? ¿De verdad eres tú?

La Llorona estaba atestada a aquellas horas. La luz del atardecer que se colaba por los estrechos ventanucos de la posada hacía rato que se había extinguido, la estancia iluminada por unos pocos faroles que colgaban de la balconada del primer piso. Luces y sombras sobre las docenas de rostros que brindaban y discutían y reían y cantaban como pobres diablos sedientos. A las puertas de la guerra, sobre ese suelo de tierra pisada, esas gentes ofrecían al techo sucio de humo sus últimas esperanzas al amor de una jarra de cerveza.

Y al buscar esa voz, ese fantasma del pasado, la Rompebotas se mareó. De pronto, como sacudida por sus puntas, la realidad deformada.

Hasta hace un momento, bajo el abrigo que le ofrecía la precaria escalera, a la sombra de la lumbre que ardía junto a esa barra de barriles y tablas, se había sentido bien. Trago tras trago, su dolor de cabeza se había ido atenuando mientras su atención saltaba de una historia a otra, a cada cual más exagerada, más falsa. A las puertas de la guerra a la gente le daba por exagerar sus gestas, pero ¿quién podía culparlos? Como bien había dicho *maisse* Zurro, uno se ganaba la vida como mejor podía, y esos hijos del desierto tan solo celebraban lo poco que tenían para celebrar agarrados a sus pipas de jungu. Ellos, al menos, podían permitirse compartir sus historias, ya

fuera más o menos ciertas. Ellos no tenían por qué mantenerse al margen. Y por eso, desde la intimidad que le ofrecía su escondite, hasta les había envidiado. Hasta había dejado resbalar por sus labios el fantasma de su sonrisa. Por lo sencillo de sus historias. De sus sueños y ambiciones.

Pero entonces ese nombre, entonces esa voz. El vértigo, el vacío abriéndose a sus pies.

—Por La Frontera, sí que eres tú.

La Rompebotas conocía esa voz. Las manos le temblaban y dejó con cuidado la jarra sobre la mesa. Cerró los ojos de nuevo y, al abrirlos, consiguió enfocar. Consiguió reconocer a ese hombre que le sonreía desde las alturas.

—Rapaz —consiguió decir.

—¿Puedo sentarme? —El recién llegado señaló una silla volcada contra la pared.

A la Rompebotas le costó lo suyo asentir. No quería mirarlo. Le costaba no mirarlo. Puede que hubiera bebido un poco de más, sí, pero no era eso. Para nada lo era.

—Mírate... —Rapaz se había sentado a su lado y, con las manos colgando entre las piernas, la miraba de arriba abajo—. Eres toda una mujer. —Y después de toda una eternidad de incómodo silencio—: Mírate —repitió—. ¿Dónde *daimonios* se ha metido esa zagala sabihonda que *nu* sabía morderse la lengua? ¿Es que gastaste todas tus palabras entonces?

La Rompebotas rio como una tonta ante el chiste del recién llegado. Como una niña tonta, de hecho.

—Supongo que sí —rumió... ¿Acababa de ruborizarse? Sí, acababa de hacerlo.

—Has cambiado —asintió Rapaz—. ¿Es que *nu* vas a mirarme siquiera?

La Rompebotas lo miró: desde que era niña, ese hombre siempre la había fascinado. Y luego, al ir creciendo, al convertirse en un retoño de mujer, esa fascinación había dado paso a algo bien distinto. A olerle de otra manera, a *saberle* de otra manera. Y por mucho respeto que ese Rompebotas le tuviera a su padre... Bueno, digamos que Rapaz y ella, en otro tiempo distinto a este, mejor, se habían conocido bien.

Y sí, ese chaleco suyo con sus fetiches colgando hasta parecía ser el mismo. Esa camisa abierta que dejaba ver lo suficiente, esos brazos desnudos y tatuados, esos ojos que... La Rompebotas cabeceó ceñuda. Puede que estuviera borracha, pero ya no era ninguna niña y no podía dejarse arrastrar por sus emociones, no digamos ya por sus más bajos instintos. Puede que se hubiera divertido lo suyo con ese hombre tiempo atrás, pero las cosas habían cambiado. Además, siempre podía fijarse en su sonrisa. No en esos cacharrillos de Antes que le colgaban de las orejas y le quedaban tan bien, ni tampoco en esa trenza rubia que le caía despreocupada sobre su hombro, sino en sus dientes. De no ser por su sonrisa, llena de huecos y sucia de malayerba, ese hombre sería guapo de narices, no podía negarlo. Pero sus dientes bastaban para espantarla. Para permitirle decir:

—Ya te miro, frae. —Descubrió que todavía colgaba de sus labios esa sonrisa tonta y la borró enseguida—. Y si te soy sincera: tú también has cambiado. A peor.

Cuando el Rompebotas se echó para atrás cuan largo era para partirse el culo, esa maldita sonrisa tonta suya no tardó en regresar. Nerviosa, fue a echar mano de su jarra, pero al poco decidió que seguir bebiendo quizá no era una buena idea.

—Te daba por muerta. —Rapaz ya no sonreía. La miraba por entera, y eso no mejoraba la situación. Ya no por la borrachera, ni tampoco por la excitación que hace un momento sentía al mirarle... Al parecer una no podía escapar de su pasado, por mucha distancia y muchos soles que

dejara tras sus huellas—. ¿Se puede saber por qué te marchaste así?

La Rompebotas enterró la cabeza entre sus hombros:

—Seguí mi camino.

—Ya veo... Pregunté por ti, ¿sabes? Pero nadie quiso contarme nada.

—Ya supongo.

—Te echaban de menos. Todos ellos. Dejaste huérfanos a Los Huérfanos una vez más.

Las manos le temblaban, así que echó mano a su jarra de cerveza. Bebió. Un largo trago.

—Creí que te iba bien con ese *atulundrao* de Antes... —La miraba de soslayo, sonriente, con esos ojos de cielo encapotado suyos—. ¿Mereció al menos la pena dejarme por él?

—*Nu* te dejé por él —rezongó—. Pero sí. Mereció la pena. —La voz se le fue extinguiendo, doliendo, quemándola por

no te vayas, Ildi. Por favor. No te vayas dentro.

Otro trago. Y otro. La maldita jarra vacía entre sus manos.

—¿Te pido otra?

—Sí, prae.

Y al mirarlo, al toparse con esa horrible sonrisa suya, la Rompebotas se dejó hacer.

9

Las manos habían dejado de temblarle: agarrada al desconchado alféizar de la ventana, sofocando gritos de placer, mordién dose los labios. De espaldas a él y embestida tras embestida, mientras esas manos seguidas de esos brazos perfectos y tatuados la agarraban de las tetas, Ilda no se había sentido tan bien hacía mucho, demasiado tiempo.

Y él pronunciaba su nombre, él le mordía la espalda, el cuello, la oreja mientras la penetraba por entera. Él olía como entonces, él no había cambiado tanto y todo. Su olor: sudor y polvo del camino, jungu y malayerba, especias del desierto. Y al volverse a medias para besarle, al saborearlo y gritar entre sus labios mientras la embestía, mientras se la follaba tanto y tan bien, como antes, ese hombre sabía a hierro y a cerveza amarga, a lo que sabe el desierto al respirar. Tanto que Ilda se volvió como pudo y forcejeó para, mientras él la agarraba del culo, enredarlo entre sus piernas.

Se raspó la espalda contra el alféizar, pero no le importó.

—Cuidado —le rogó él; pero ella siguió mordién dolo la boca, la cara, los ojos... Sí, puede que hubiera bebido un poco de más.

Pero al sentirlo tan cerca, tan dentro, se sentía bien. Mientras le arañaba la espalda y el alféizar se le clavaba en el culo, el pasado se desvanecía. Ese presente hueco al que siempre le faltaba algo, ese futuro que tiempo ha había dejado de importar. Y se agarró a su trenza, tiró de ella para enterrarle la cara en su pecho, hasta puede que le hiciera daño. Pero, oh, él gruñó y lamió y chupó sus tetas sin importarle un ápice. Ese hombre siempre supo hacer bien su trabajo, y ola tras ola de placer, latido tras latido de sus entrañas, ella llegó hasta donde tenía que llegar.

Y sí, él la dejó allí el tiempo suficiente. Saliendo de la tumba de su pecho para mirarla mientras ella se corría. Para, orgulloso por su gesta, sonreírle con esa fea sonrisa suya. Y allí, en las alturas y en las profundidades, Ilda se sentía bien.

Las manos habían dejado de temblarle.

10

—Como te decía: te has vuelto toda una mujer.

La miraba tendido sobre la cama, con los brazos de almohada y su polla todavía a medio camino. Ella ya se había levantado y, desnuda, se limpiaba las manos con la camisa de su amante.

—Gracias, supongo. —Intentó devolverle la sonrisa, pero no le salió nada bien. La voz se le marchitaba de nuevo. El placer, al marcharse, dejaba el mismo vacío de siempre.

Volvía a dolerle la cabeza.

Rapaz la escudriñaba, pero respetó su silencio. No tardó en sentarse sobre sus piernas cruzadas y echar mano a su pipa de jungu. Sin pronunciar palabra, mirándola a ratos de soslayo, hundió los dedos en una cartera de cuero y sacó unas pocas hebras grises de hongo del desierto para hundirlas en la cazoleta de la pipa. No dejaba de mirarla.

—Y dime, mare —le dijo ya con la pipa entre los labios—, ¿viajas sola?

Ella enterró la cabeza entre sus hombros:

—Una Rompebotas nunca viaja sola. *Nu*, si quiere ganarse sus rulos.

Las cejas de Rapaz se curvaron de sorpresa.

—Así que sigues los pasos de tu padre, ¿eh? —Y socarrón—: *Dime, dime, Rompebotas, ¿has visto el mar?* —canturreó.

—*Te digo, te digo, nu he visto el mar, pero traigo cosas que contar.*

Rieron.

—Tu padre estaría orgulloso. Todos lo estarían.

Ella le dio la espalda y rebuscó su ropa por el suelo. Al poco le llegó el olor del jungu al quemarse. Al poco:

—*Nu* quieres hablar de eso, ¿eh?

—*Nu* mucho, la verdad.

—Entiendo... —Ella lo encaró acucillada y sorprendió al Rompebotas taciturno, triste; dolido incluso—. Pues dicho queda, hablemos de otra cosa.

Ella fue a darle las gracias, pero no consiguió hacerlo. Se vistió en silencio, de espaldas a él.

—Y dime, ¿llevas mucho por El Abrigo? ¿O también huyes de la guerra? —Rapaz, distraído, exhalaba aros de humo que trepaban hasta las desnudas vigas del techo.

—*Nu, nu* huyo. Llevo un par de soles por la zona. Desde que La Frontera se movió a Bosque Blanco.

—Una buena elección —cabeceó Rapaz—. A más polvo, más trabajo *pa* nosotros, ¿eh? Solo espero que *nu* estés trabajando para esos carroñeros hijos de mil moscas mal paridas.

Lo miró ceñuda:

—La duda ofende.

—Lo siento, mare —le dijo alzando las manos—. *Nu* tenía ni que haber preguntado.

—*Nu* pasa nada... —Se arrodilló frente a él—. ¿Y tú? ¿Sigues con esa troupe?

—Oh, *nu*. Hace mucho de eso, mare, el polvo les sea dulce. Hasta la muerte del Cadágara andaba trabajando por libre, de un polvo a otro. Y me pagaban mejor, créeme.

—Ya supongo —sonrió.

—Esos pobres circenses apenas si podían pagarse a sí mismos, por mucho que vistieran los colores de los Cradón. Eran buena gente, bien *siuro* lo eran. Pero ya sabes... —y se encogió de hombros—. A los buenos el desierto *nu* los trata nada bien.

—*Nu*... —*Odia a tu padre si lo precisas, niña, pero no te atrevas a juzgarlo*—. Supongo que *nu*.

Rapaz no dejaba de mirarla. La miraba por entera, la leía por dentro. A sus pies, bajo las tablas del suelo, los ruidos de la taberna trepaban hasta ellos.

—¿Puedo ser sincero contigo, Ilda? —le preguntó al rato.

La Rompebotas arrugó los morros.

—*Nu* sé muy bien qué responder a eso... —Rapaz seguía esperando—. Está bien. Sé honesto.

Su amante se arrastró cama abajo para quedarse sentado al borde y mirarla de cerca.

—*Nu* se te ve nada bien, esa es la verdad. —Ella le quitó la mirada; joder, las manos volvían a temblarle—. ¿Es por todo este asunto de la guerra? ¿O es otra cosa?

Mantente viva, mantente al margen.

—*Nu* es nada —le sonrió enfrentándose a su mirada, mintiendo como mejor podía—. De verdad. Es solo que acabo de regresar de La Frontera. Nada más.

No le fue fácil soportar esos ojos de azul encapotado. Nada fácil.

—Ya... —Rapaz hundió su mirada en su pipa de jungu todavía humeante y la hizo rodar entre sus dedos. Al rato—: Tengo pensado dejar Arborias —le dijo como si tal cosa—. La cosa se está poniendo fea en el sur. Por ahora Nuncio ignora la capital, pero... Se cuentan cosas, mare. La guerra que tanto teme la gente ya ha llegado, tú lo sabes mejor que nadie —*¿mejor que nadie? ¿De qué daimonios le estaba hablando?*—. Y durará años. Nuncio *nu* se rendirá hasta sentarse en el trono, y ese pobre zagal al que llaman Barón *nu* puede permitirse hacerlo si quiere seguir con vida. Y mientras *nu* lo haga, Nuncio lo convertirá todo en cenizas. A todos.

La Rompebotas desenterró el labio inferior como si no le importase lo más mínimo.

—La política para quien saque algún provecho de ella, frae. ¿Adónde quieres llegar?

—Esto *nu* es solo política, Ilda. Esto nos afectará a todos.

—¿Y qué puede hacerse? ¿Acaso propones unirme a Archo El Duende y sus rebeldes? —bufó—. ¿Es eso lo que intentas decirme? Porque si es eso, quiero que sepas que...

—*Nu* es eso, Ilda —la interrumpió—. Soy un Rompebotas, me mantengo al margen, ¿recuerdas?

—¿Entonces?

Rapaz, ceñudo, dio una larga calada a su pipa de jungu y agarró enfurruñado la botella que habían subido hasta la habitación para empaparse el gaznate, casi rabioso.

—Entonces intento decirte que vengas conmigo. —La miró un par de veces de soslayo para luego quitar la vista avergonzado—. Son muchos los que quieren migrar a Devar, incluso a Libertia. Y nosotros podemos guiarlos. Nosotros todavía podemos dejar atrás todo esto. Eso intento decirte.

La cabeza le dolía horrores. Su borrachera, como todas las bondades de la vida, la había abandonado, y no, él ya no la embestía, ya ni rastro de olas de placer. Pero, al escuchar su oferta, al atisbar la remota posibilidad de dejar Arborias en buena compañía, la Rompebotas se sintió, cuando menos, extraña. Al principio solo jocosa, escéptica incluso. Pero al poco, al irse asentando la idea, sintió que el aire le faltaba. Porque la verdad era que no sonaba nada mal. La verdad era que se había pasado su vida adulta huyendo del pasado: de otros tiempos, de otros rostros. Y quizá si ponía más tierra de por medio, quizá si...

Fue a abrir la boca. Fue a decirle que se lo pensaría, que necesitaba tiempo. Pero:

—Entiendo que quieras vengarte, Ilda, pero *nu* servirá de nada. Somos Rompebotas, *nu* guerreros. Nosotros *nu* somos tu padre, y de intentar siquiera...

—¿Vengarme? —La cabeza le dolía horrores. Sentía el corazón latiéndole entre las sienes, doliéndole—. ¿De qué hablas, frae?

Rapaz se le quedó mirando por largo rato, su ceño todavía apretado, como si ella acabara de insultarle. Pero al poco, al bucear más en los ojos de ella, su rostro se fue desfigurando, la sorpresa haciéndose con todas y cada una de sus arrugas.

—*Nu* lo sabes —jadeó.

Cada vez le costaba más respirar... *Tú lo sabes mejor que nadie*, recordó.

—¿Qué *nu* sé, Rapaz?

—Creí... Creí que... —Su nuez se hundió y asomó de nuevo al tragarse el nudo que llevaba dentro—. Cuando me has dicho que *nu* querías hablar de ello... —*Tu padre estaría orgulloso*—. Creí que lo sabías —se derrumbó. Ahora era él quien le quitaba la mirada, ella quien intentaba atrapársela.

Y fue a gritarle, fue a zarandearlo para arrancarle la verdad, pero no consiguió moverse del sitio, separar los labios para...

¿Pa?

Estoy aquí, Ildi. Justo aquí.

—*Nu* tardó en correrse la voz —la voz de Rapaz le llegaba de lejos, desde el otro mundo—. La Cruz era..., bueno, entre los Rompebotas, era toda una leyenda. Un ejemplo a seguir. Tenía su pasado, sí, pero a nadie le importaba... ¿Qué te voy a contar? —Y se perdía frases, y lo escuchaba a trozos. *Ocurrió poco antes de la muerte del Cadágara... Los Volario siempre le fueron leales a Nuncio... El Blanco solo esperaba su oportunidad... El Blanco odiaba a La Cruz, Ilda, desde siempre, bien lo sabes...* Y dolía escuchar, y quería agarrarlo por el pescuezo y que lo dijera ya, cuanto antes—. Tu padre era un buen hombre, Ilda. Pero nadie puede escapar de su pasado. Nadie, ni siquiera él.

Y de lejos, de muy lejos, Ilda le escuchó hablar de La Bellada, de otros tiempos distintos a estos. Le habló de ese cedro alto, altísimo, que se alzaba en la plaza del pueblo. Del patíbulo que levantaron a su sombra, entre el cuartel del publicano y el salón de mare Ladia. Le contó que atardecía. Le contó que, por miedo a represalias, todo el pueblo estaba allí, incluso los Garría. Que Sus Huérfanos estaban allí.

Que nadie hizo nada por evitarlo, que no pudieron.

Que no sufrió, que la sogá le partió el cuello.

—Creí que lo sabías... —*¿cuánto tiempo llevaban callados?*—. Entre los Rompebotas... Ya sabes cómo son las historias, ¿eh? —*¿por qué daimonios sonreía ese lupen? ¿Cómo se atrevía a hacerlo?*—. Ciertas historias *nu* hay quien las pare.

Y ella debería haberle insultado. Debería haberse echado sobre él a zarpazos por atreverse a sonreír, por hablarle de las historias, por habérsela follado mientras su padre colgaba de una sogá. Pero lo que hizo fue musitar:

—Llevo un tiempo fuera. —Y también—: *Nu* me relaciono con mucha gente.

Las manos volvían a temblarle. El dolor de cabeza había remitido hasta casi desaparecer, solo el hueco, solo...

—Ilda. —Se había arrodillado junto a ella y se disponía a abrazarla.

—*Nu*. —Le dijo. Solo eso.

No gritó. No lloró. Solo: no. Solo el hueco.

11

—*Nu* voy a poder convencerte, ¿verdad?

Bajo las tablas del suelo, a medida que avanzaba la noche, los ruidos de la taberna se embriagaban. Las canciones cada vez más desafinadas, las historias ya poco o nada tenían que contar. Solo ruido. Graznidos.

—Tengo... —Ilda anudó el ceño, la lengua torpe, un trapo de lengua. Apretó las manos para que dejaran de temblarle y—: Tengo que volver.

Rapaz hundió el rostro en la coraza de sus manos y se frotó con fuerza los ojos.

—*Nu* lo entiendes, Ilda. *Nu* tienes ni idea de cómo están las cosas al sur de El Abrigo. Las huestes de Nuncio saquean a placer en torno a la capital. *Nu* podremos ni acercarnos, y en el más que improbable caso de que consigamos llegar, El Blanco...

—¿Podremos? ¿*Consigamos* llegar? —Al mirarlo, ni rastro de rabia en sus ojos: los sentía huecos, vacíos, negros—. Nada de podremos, frae. Nada de consigamos. Tú *nu* vienes conmigo.

Bajo las tablas del suelo alguien acababa de volcar una mesa, alguien se reía por eso. Bajo las tablas del suelo todavía podían reír.

—*Nu* pienso dejarte ir sola, Ilda, eso está fuera de toda discusión, ¿oca?

Ella negó. Torpe, encorvada.

—Vamos, Ilda... Se lo debo. Todos se lo debemos.

—*Nu* sabes de lo que hablas. *Nu* le debes nada a mi padre. Nadie le debe nada. La Cruz solo tiene lo que merece.

—¿De qué *daimonios* hablas?

Lo miró.

—Nadie puede escapar de su pasado, Rompebotas, ¿*nu* era eso? —la sonrisa que esbozó más parecía una herida abierta—. Ni siquiera yo.

Rapaz se frotó los ojos de nuevo, y casi quejicoso:

—*Nu* te entiendo, Ilda... —Al poco—: ¿Por qué te fuiste? ¿Qué *daimonios* pasó con tu padre?

Ilda se levantó. Torpe, despacio.

—Disfruta de Libertia, Rapaz. Que el polvo te sea dulce.

—Ilda...

—Basta.

Seamos honestos: la gente adoraba a La Cruz, pero también lo temía. Se contaban cosas de él, historias de la guerra. Y ella era su hija, su sangre. Ella se había criado a su sombra. Y al mirar a su amante, al enfrentarse a él, este retrocedió.

Y claro, Ilda no tardó en sentirse mal. En apretar los puños, en suspirar:

—Lo siento, Rapaz. Tengo que hacerlo sola. Tengo que
se acabó la diiva para ti, niña

pensar. —La cabeza volvía a dolerle—. Esto nada tiene que ver contigo.

A Rapaz se le veía derrotado. Ni rastro ya de esa arrogancia suya que se bastaba y sobraba para mojarle las bragas, su cuerpo desnudo más viejo que nunca, tan poca cosa.

—¿Cómo puedes decir eso, Ilda? Él me salvó —cabeceó—. Me enseñó todo lo que sé. Tu padre siempre se las arreglaba para salvarnos a todos...

—Y ahora está muerto —le espetó ya echándose su poncho sobre los hombros—. Y nadie hizo nada por evitarlo. Así son las cosas. —Asió el pomo de la puerta.

Lo escuchó levantarse a su espalda.

—Ilda, prae... Déjame acompañarte.

Quiso volverse, regalarle una última sonrisa de aliento. Pero:

—*Nu* —y cerró la puerta a sus espaldas.

12

—Qué gusto verte, Rompebotas. —Zurro El Zurdo le sonreía armado de la mejor de sus sonrisas.

La Rompebotas asintió como respuesta.

—Aquí tienes —el chatarrero le ofrecía una cartera bien abultada—. *Maisse* Gorrillo *nus* pagó bien, así que es más de lo que acordamos. Espero sea de tu agrado.

Ilda sopesó la cartera y la hizo desaparecer bajo su poncho raído.

—Lo es, chatarrero. —Y ya volviéndose—: El polvo te sea dulce. —La voz se le marchitaba, apenas si un rumor—. A ti y a los tuyos.

—¡Espera, mare! —Cuando El Zurdo la agarró del brazo, ella no tardó en soltarse—. El Largo y yo *nus* dirigimos al este, hasta El Paso. A orillas del Arba hay Frontera *pa tós*, y si te place podrías...

Otra oferta. Otra manera de escapar de lo inevitable.

—Mi camino *nu* es ese, chatarrero. Gracias de todos modos.

—¿Y cuál es, si *pue* saberse? —Ese chatarrero siempre tenía ganas de más.

—Regreso al desierto. —No tenía por qué contestarle, pero estaba lo bastante aturdida como para hacerlo...

La amabilidad nu cuesta un rulo, Ildi, recordó. Sé amable, ¿oca?

—Al oeste —tosió—. Esta vez rodearé Bosque Blanco.

—¿A Las Tierras Huecas? —casi gimoteó el chatarrero—. Vamos, mare, ya sabes cómo están por allí las cosas. —El sol apenas si asomaba tras las montañas incendiando de albor sus afilados vértices, pero los carroñeros ya ofrecían sus mercancías a cada lado de la calle—. Mira a tu alrededor, ¿oca? El *ueste nu* es seguro *pa* que una moza ande luciendo sus carnes por ahí, ¿eh?

—Sé cuidarme sola, chatarrero.

Este debió atisbar algo en su mirada, pues no tardó en rendirse:

—Ya, bueno... —Zurro El Zurdo se frotó la perilla—. Pues entonces *nu* queda más que desearte que el polvo te sea dulce, supongo. Ha sido un placer.

Sí que lo había sido, pero no se lo dijo. Se limitó a darle la espalda, una vez más. Y sí, puede que tropezara al hacerlo. Puede que una parte de ella quisiera quedarse. Pero esa parte suya cada vez era más pequeña, cada vez tenía menos voz.

¿Pa?

Un paso, y luego otro. Nada más.

13

La Rompebotas se gastó sus buenos rulos en prepararse para el largo viaje que le esperaba. Cambió sus viejas botas por otras nuevas, esa manta raída suya por un poncho ligero a rayas rojas y pardas recién salido del telar y sus pellejos por un par de calabazas que se colgó del cinto. Le costó lo suyo negociar un buen precio con los tral de la jerca, pero, en La Postrera, Los Primeros Hijos eran los únicos que preferían elaborar sus propios productos en vez de comprar cacharros de Antes de Aquello a los chatarreros.

Se hizo con un rollo de bramante y un pedazo de cera, aguja, pedernal, una buena manta y también un par de puñales: el primero de no más de un palmo, que se guardó bien envainado atado al tobillo; el otro, más largo y de una sola hoja, pesado, sujeto a sus riñones. Visitó a esa bruja desdentada de la colina y le compró lo necesario para sus fetiches y ungüentos; luego, se enrolló la manta al morral que llevaba a la espalda y echó a andar. Su camino no era para las bestias, al fin y al cabo, y sus piernas, hasta ahora, nunca le habían fallado, así que prefirió guardarse los rulos.

Sus fetiches siempre a mano, bajo su poncho recién estrenado; puede que tuviera que usarlos. Su plan era rodear Arborias por Las Tierras Huecas hacia el sur, y tal y como le había dicho Zurro: el *ueste* no era ya seguro.

Nada lo era.

Esperaba cruzarse con los moosa en Bosque Blanco, casi podría decirse que lo *deseaba*, pero de los caravaneros no quedaba ya ni rastro, hasta sus tótems habían desaparecido. Su pasado la convocaba, y ni siquiera esas siluetas de barro y sombra se atrevieron a interponerse entre ella

y su destino... Su padre no creía en el destino. Su padre siempre decía: «*Nu* somos tan importantes como para importarle a ese tal destino, frais»; y oh, la gente se reía por eso. Sus Huérfanos.

Su padre, a veces, sabía ser el mejor humano del mundo.

Y ahora estaba muerto. Ahora la Rompebotas tenía que volver, y nada ni nadie se interponía en su camino.

14

Ilda venteó el aire al coronar el cerro: olía a humo. A sus pies se amontonaban unos pocos chamizos de barro en torno a una posta y sus corrales. Era el mismo puesto fronterizo que ella y sus chatarreros habían cruzado días atrás, y sin embargo los cercos desmoronados, los tejados hundidos, las vigas ennegrecidas. El polvo levantado en docenas, en cientos de surcos y pisadas. Las puertas de las casas arrancadas a hachazos, manchas oscuras y cubiertas de moscas en las paredes. Alguien había levantado una barricada de barriles y mesas y sillas a la entrada de la posta, pero de poco les había servido. La huella del fuego pincelaba la fachada. Se veía que habían intentado salir por la puerta de atrás, por las ventanas: el suelo sembrado de los más valientes o los más cobardes, mientras se enfrentaban o huían del fuego.

El suelo sembrado de trozos, pedazos, restos.

Despatarrado en la barricada un asno asaeteado sobre su jinete, el mundo al revés. Los toldos y tenderetes del mercado todavía humeaban, una calima de pavesas y ceniza se echaba sobre el desierto. El Pedo de Dios todavía lejos y sin embargo tan cerca, secándole la piel. El mismo puesto fronterizo y sin embargo tan distinto.

La guerra había pasado por allí, la guerra y su lengua. A la guerra le bastaba con unas pocas palabras para hacerse entender: sangre, humo, ceniza y restos. Y también el hueco. Para Ilda, la peor de las palabras de la guerra era el hueco. Esa carencia que lo cambiaba todo. Ese correr hacía no tanto los zagales, ese cantarle: *Dime, dime, Rompebotas, ¿has visto el mar?*; y ahora el silencio. Tanto que, a pesar del calor, de esa calima de pavesas y ceniza, sentía frío.

Recostado contra una pared, un anciano gañía con sus tripas desperdigadas entre las piernas. Se veía que llevaba tiempo allí, las moscas correteaban y brincaban sobre sus entrañas, pero seguía con vida. Una vida de ojos ciegos y nublados, una vida de gañidos, pero vida, al fin y al cabo.

Ilda fue a agacharse junto a él, a ofrecerle agua, cuando alguien la llamó:

—¡Mahara! ¿Has vuelto, Mahara? —Un hombre zigzagueaba entre los chamizos hacia ella. Su brazo derecho acababa en un muñón vendado que llevaba apretado entre las piernas cubiertas de sus propias heces, de sangre, de moscas que apenas si se apartaban a cada paso—. ¿Mahara?

La Rompebotas se apartó asqueada cuando ese hombre intentó abrazarla. La mirada del hombre sacudida por las fiebres, por la locura, por la lengua de la guerra.

—Yo *nu* soy Mahara —musitó, quitándoselo de encima.

Y entonces el hombre cayó de rodillas en el polvo.

—¿Mahara?

Ilda lo dejó llorando a sus espaldas. Repitiendo ese mismo nombre una y otra vez, casi cantándolo.

Un hombrecillo huesudo desenterraba algo de los escombros de un chamizo: bajo los escombros una araña ennegrecida y reseca, un cuerpo. Al otro lado de la calle, otro hombre se sujetaba la mejilla, y cada vez que apartaba la mano, esta se le venía abajo como el pétalo deshojado de una flor. La Rompebotas tuvo que rodear un ovillo irreconocible de carne y huesos en medio del camino, debía de seguir vivo, todavía murmuraba:

—Se las han *llevaú*, se las han *llevaú*, se las han *llevaú*...

Al rodear la posta, una anciana con una zagala de la mano rebuscaba entre los desperdicios. Al verla, echó mano a un apero de labranza y la apuntó. El apero temblaba, toda ella temblaba.

—¡Te mataré si te acercas! —ladraba—. ¡*Nu* te llevarás a mi niña! —Su niña no veía nada, sus ojos huecos. En los ojos de esa niña la guerra para siempre.

Ilda fue a decirles que solo venía a ayudar. La Rompebotas fue a ofrecerles agua y abrigo. Y sin embargo:

—Lo siento —alzando sus manos desnudas, retrocediendo.

La lengua de la guerra se repetía a su alrededor. Las mismas almas atormentadas en torno a los restos, los mismos fantasmas escoltados por los trozos, por los pedazos, por los restos de la guerra. Los pocos supervivientes de aquella aldea sin nombre erraban en busca de su pasado, pero de este no quedaba ya nada. Ya todo había cambiado.

Levantó Soma para calmarse las entrañas. Los ojos cerrados por un instante, al respirar. Y al abrirlos, la desolación. La tristeza más profunda.

Tu padre siempre se las arreglaba para salvarnos a todos, recordó; pero, oh, ella no era su padre. Ella pudo haberse quedado para salvarlos, para reunirlos a su sombra y sacarlos del infierno, pero eligió no hacerlo. Y una vez levantó Pneuma, la tristeza se esfumó. *Es solo la guerra y su lengua, nada más*, le decían sus puntas. *Solo chamizos desmoronados*. Y ella pudo darles la espalda, hacia el sur.

Ella pudo seguir su camino.

15

Al atardecer, El Pedo de Dios se tiñó de sangre. Su camino era el sur, pero ella torció su camino. Sus puntas le dijeron que aquello no era una buena idea, así que ella bajó sus puntas. El desierto la llamaba.

Después de la desolación, de esa soga a la sombra de ese cedro alto, altísimo. Después del pasado regresando a buscarla, solo el desierto podía calmarla.

Sus voces.

Y recordó: *se acabó la diiva para ti, niña*. Y también: *ellos, de ti, solo esperan cruzar*.

Las palabras de La Graja, de mare Raiia, la más vieja de Los Huérfanos. Aquella que le enseñó de La Ságida, de La Estrella de Nueve Puntas. Aquella que la educó en La Sorgia. Que le advirtió que ella era distinta a los demás, que su sangre era distinta. Aquella que, ya casi al final, le dijo: *odia a tu padre si lo precisas, niña, pero no te atrevas a juzgarlo.*

Y sin embargo, una vez más, desatendió sus advertencias y se zambulló en La Frontera. El Pedo de Dios, sanguino al atardecer, se la tragó. Ilda necesitaba respuestas. Y solo la diiva podía dárselas.

16

Al menos le quedó la suficiente cordura como para buscar refugio en unas quebradas. La suficiente entereza para, una vez coronada esa cima pelada, encender un fuego al abrigo de las rocas y dibujar los símbolos precisos en el polvo, con sal, polvo de hueso y leños carbonizados, tal y como le habían enseñado. Eso mantendría a raya a los daján, siempre que no los invitara a pasar, claro, siempre que no llegara uno lo bastante *inmenso*.

Luego, ya con las piernas cruzadas al amor del fuego, rodeada de rocas desnudas y afiladas incendiadas por las llamas, hurgó en su morral y sacó un rollo de piel ajado. La tral desdentada de la colina de La Postrera le había advertido que no eran buenos tiempos para utilizar la diiva, ya fuera para ella o para un aprendiz, que, en tiempos de guerra, la diiva podía hacerle a una perder la mollera, más aún en el desierto, pero ella desenvolvió el rollo de piel de igual modo. Sacó su larga y delgada pipa y llenó la pequeña cazoleta de esas semillas oscuras: apenas si un pellizco y sin embargo más de lo recomendable. La diiva solía usarse para el despertar de los aprendices, de los makis, pero tamaña dosis podría romperlos para siempre. A ella no, claro, ella era distinta a los demás. Su sangre era la sangre del desierto.

Se llevó la pipa a los morros y la prendió. La cazoleta refulgió en la oscuridad despidiendo un olor amargo y desagradable. Y chupó una, dos, y hasta tres veces.

Sabor a sangre entre los dientes, a hierro al soltar el humo.

En la oscuridad, bajo las quebradas, ya despertaban los primeros crujidos del desierto. Aquello era La Frontera, y el desierto crujía. No con el aullido de los chacales, no por las bestias, sino por los daján. Bajo las quebradas, ese yermo negro e infinito les pertenecía en su vacía inmensidad. Las estrellas sus ojos, esa luna delgada y sonriente que ya asomaba de la negrura: sus dientes.

La Rompebotas los escuchaba *sarlar*. Acercarse. Sonidos informes al principio, en lenguas ignotas, los mismos que habían maltratado las noches de sus chatarreros. Pero ella se limitó a esperar, a que la diiva le hiciera efecto, a que el fuego *cambiara*. Con la pipa abrazada entre sus manos, con los ojos abiertos y sin embargo sin ver.

Respiró despacio, contó sus inhalaciones y exhalaciones, tal y como La Graja le había enseñado. *Imagina el cedro que se alza junto al salón de mare Ladia*, le decía La Graja desde el pasado. *Imagínalo como si pudieras tocarlo. Sus ramas. Su tronco. Sus raíces. Imagínalo y agárrate a él, niña. Y respira.*

Respira.

Ilda respiró despacio y recitó en su mente todas y cada una de las puntas de La Ságida: Soma, Xil y Samu para Riga; Pneuma, Metayón y Raju para Raga; Sarx, Ostó y Basaru para Ru, tal y como le habían enseñado.

La luz del fuego temblaba sobre las peñas que la cercaban, las rocas se ondulaban como bajo las aguas de un río. El viento ululaba arrastrando las voces del desierto. Polvo en sus ojos, en sus dientes, en su paladar.

Todo era polvo en La Frontera.

La luna ascendió, las estrellas ganaron en intensidad. Algunas incluso parpadeaban. Algunas crecían, temblaban, se... Sí, la diiva comenzaba a hacer efecto. Las manos pesadas, las manos lejos de su cuerpo. Sus dedos, torpes al principio, acariciaron la pulida superficie de la pipa y, más sensibles que hacía un rato, encontraron los errores del carpintero al tallarla, adivinaron el tronco al que pertenecían, el árbol y la raíz. Raíces. A medida que la diiva le hacía efecto, ella sentía las raíces.

De las rocas, del polvo, del desierto.

De ese cedro que se alzaba junto al lupanar de mare Ladia.

Y el aire pesaba, el aire era líquido, las quebradas ondulaban en el fondo del océano perdido. Le costaba mantener los ojos abiertos. Estaba sentada, con las piernas cruzadas, y sin embargo flotaba. La luna, tan grande que podría tocarla si se atreviera a estirar la mano, colgarse de su sonrisa. El polvo lento, el viento, el aliento del desierto.

Todo pura lentitud.

Y entonces:

Te vemos, sí. Te olemos.

Entonces ella caía hacia las voces. El fuego, una espiral para zambullirse, un abismo de llamas. Los daján la llamaban, la veían y la olían desde el fuego, y ella caía hacia sus profundidades irremediabilmente... Levantó sus puntas, casi con fiereza. Ella ya no era una maki, hacía mucho de eso. Y con Soma se ancló, con Pneuma les plantó cara y con Sarx, Primera Punta de El Triángulo Carne, de Ru, les hizo sangrar.

Con Sarx encadenó la carne de los daján al desierto y a sus símbolos.

Duele, dijeron.

Eres cruel con nosotros, sí, protestaron.

Dolidos y sin embargo risueños, divertidos. En esa espiral y en ese abismo que se abría ante ella, que se extendía para echarse sobre las quebradas. El fuego, a medida que la diiva inundaba su sangre, era un tornado que la rodeaba por entera, y sin embargo ella, en vez de caer, de rendirse, permanecía sujeta al ojo del huracán. El yermo en su negrura rodaba a su alrededor; las estrellas, la luna. Y sin embargo Ilda permanecía. Mientras el cielo se partía en pedazos de cristal, mientras:

Te recordamos, sí.

Eres daga.

Eres...

SILENCIO, les ordenó.

Y los daján, risueños, obedecieron. Y ella les preguntó por su padre, les preguntó por la verdad. Y los daján, siluetas informes y oscuras desde las estrellas, dados de la mano al danzar alrededor del fuego, contestaron.

Vaya si lo hicieron.

17

—Te lo dije, jefe. Te dije que había visto un fuego.

Esas no eran ya las voces de los daján. Para nada lo eran.

—Sí que *lu* dijiste, *maisse* Zambo, sí que lo dijiste...

Y una tercera voz:

—Un fuego y algo más, frais. Un fuego y un regalo. —Y rieron las ratas en el desierto. Los cuervos y las hienas.

A la Rompebotas le costó lo suyo volver. El yermo todavía giraba y giraba. La luna ya coronaba su cenit en el cielo, pero la diiva todavía corría por su cuerpo. La estaban rodeando, coronaban la cima y salían por detrás de cada roca. La hoguera jugando a las luces y a las sombras con sus siluetas, parpadeando. Vestían duras ropas de cuero tachonadas, ropas para la guerra. La primera voz:

—Qué suerte la nuestra, ¿eh? —Al separar los párpados, pesados y lentos, Ilda se topó con que un hombrecillo calvo y sonriente la escudriñaba. Renqueaba al acercarse, andaba raro. Un puñal refulgió a la luz de las llamas—. El polvo te sea dulce, mare —la saludó.

La Rompebotas asintió, o al menos intentó hacerlo. Y a su espalda:

—Tranquila, moza, *nu* queremos hacerte daño. —Ilda miró por el rabillo del ojo y se topó con un hombre ya entrado en edad que llevaba despreocupado un baladero de los grandes sobre su hombro. Una fea cicatriz le partía la cara: los labios, la mejilla y su ojo derecho—. Solo buscamos refugio. Solo hemos tenido un par de días difíciles, mare, nada más. *Nu* tienes nada que temer.

El viejo la rodeó para ponerse frente a ella al otro lado del fuego y se acuclilló apoyando el peso de su cuerpo sobre la culata de su baladero. Los otros mantuvieron la distancia, rodeándola: pudo contar cuatro, pero puede que hubiera alguno escondido tras las rocas.

—¿Viajas sola, mare? —El viejo ni siquiera la miraba, su único ojo hundido en las llamas.

Ilda levantó sus puntas, pero estas respondieron desganadas.

—Oh, bien *siuro* viaja sola, jefe —dijo una voz aguda y desafinada. La voz, irónicamente, provenía de un hombre enorme y barrigudo, todo un barril de hombre que la cercaba por la derecha.

A su izquierda rieron las ratas y las hienas de nuevo. A su izquierda: un hombre alto y nervudo, desnudo de cintura para arriba, su torso cubierto de cicatrices mal curadas. Calvo hasta la coronilla y sin embargo greñudo hasta los hombros, armado con una espada larga y fina como la luna creciente que llevaba abrazada entre los brazos.

Cuídate de ese, le dijeron sus puntas.

Y con los labios zafios y pesados:

—Sí, viaje sola. Soy una Rompebotas. —Tenía que ganar algo de tiempo. El suficiente como para poder idear un plan.

Pero:

—*Dime, dime, Rompebotas, ¿has visto el mar?* —canturreó burlón el hombre calvo.

El viejo tosió, El Hombre Barril vomitó una carcajada y desde la garganta de Nervudo manaron de nuevo las alimañas, borbotearon. Esos hombres todavía olían a humo, a sangre. Esos hombres no eran chatarreros, para nada lo eran. Y sus ojos. A esos pobres lupen les faltaba poco para convertirse en aulladores. Demasiado desierto en sus ojos.

—*Te digo, te digo* —sonrió ella como mejor pudo—, *nu he visto el mar, pero traigo cosas que contar.*

Aplausos desde el otro lado del fuego. Palmadas que, debido a la diiva, le dolieron en la consciencia.

—Bien dicho, mare —tosió el jefe—. Bien dicho.

Ella asintió despacio.

—¿Entonces? ¿Cuál es vuestra historia?

El cerco se cerraba a su espalda. Escapar ya no era una opción.

—La misma de siempre, Rompebotas —asintió taciturno el viejo—. Ya sabes, a uno un buen día le sonríe el desierto y al otro el polvo se le echa encima para joderle la existencia. Pero aquí seguimos. Digamos que —su único ojo refulgió al mirarla por encima de las llamas— tu fuego nos sonrió en el mejor de los momentos.

Sus hombres graznaron de nuevo. Sus hombres se sabían con ventaja, de ella solo esperaban una noche de placer y se acercaban jocosos. Pero el viejo no. El viejo no dejaba de mirarla.

—Podéis sentaros al fuego, frais —los invitó a manotazos aprovechando para meter sus manos bajo su zurrón—. El desierto *nu* es tan malo si se comparte.

—Oh, mis hombres prefieren quedarse de pie, Rompebotas. ¿Verdad, frais?

—Verdad, jefe —asintió el hombrecillo.

—Bien *siuro* —chilló El Hombre Barril.

Y Nervudo:

—De pie, sí —rio abrazado a su espada.

—Entiendo... —La Rompebotas se encogió de hombros exagerando el gesto para poder hurgar bajo su camisa y acariciar el frío metal de su fetiche—. La confianza *pa* los muertos, como suele decirse, ¿eh? —rio como mejor pudo mientras desanudaba esa bolsita y los dedos de su mano libre se zambullían en ese polvo negro de los darfos que podía quemar la carne como el papel—. Y en los tiempos que corren, los muertos sobran. —Al decir aquello aguantó la tullida mirada del viejo. Dejó de sonreír.

—Tienes agallas, moza —asintió el jefe—. Bien *siuro* las tienes.

—Eso espero —musitó.

La Rompebotas azuzó sus puntas, sacó la mano diestra del poncho y la briosa de los darfos cayó sobre la hoguera haciéndola explotar. Las llamas se echaron sobre el viejo mientras ella rodaba para alejarse del incendio. Al levantarse ya empuñaba su fetiche de frío hierro sumergido en las aguas de nueve ríos, de cobre enrojecido por nueve lunas de mujer, de alambre trenzado con La Estrella de Nueve Puntas...

¡CUIDADO!, le advirtió Pneuma.

Ilda no esperaba que Nervudo fuera tan rápido, tan brutal. La explosión apenas si lo había distraído un par de latidos y, de no ser por sus puntas, porque Pneuma, casi ralentizando el tiempo, la advirtió, la espada de ese hombre la hubiera partido por la mitad.

Se apartó rauda, pero no lo bastante. La delgada hoja la golpeó en la barbilla y en los labios. Tropezó, se enredó con sus propias piernas y a punto estuvo de caer de espaldas al suelo. La diiva que todavía la embriagaba acentuó el dolor, el horror que sintió al saberse desfigurada... Ilda gritó para sacarse el miedo de encima, todo cuerdas su cuello. Azuzó sus puntas hasta el dolor, dejó que la mezcla corriera por su cuerpo. Atado al cuello y bien pegado a su piel, Ilda siempre llevaba un pedazo de trapo encerado no más grande que su dedo pulgar, un fetiche de Xil, segunda punta de Riga, y le ordenó que le aliviara el dolor para luego enfrentarse a sus enemigos.

Solo que ese hombre alto y nervudo era rápido como un *daimonio* y ya se echaba sobre ella. Apenas si tuvo tiempo de apuntarlo con su fetiche, de murmurar las palabras precisas y levantar Pneuma, Metayón y también Raju, todas y cada una de las puntas de Raga, de El Triángulo Mente.

El aire se enrareció: el aire sabía a sangre y a hierro.

La espada del carroñero se quedó a medio camino. La mente de ese hombre se arrugó tras sus ojos, puro tormento en su mirada, la sonrisa partida de dolor. La espada quería bajar hacia ella, pero los brazos no respondían, los brazos como rocas en el infierno de su mente.

El Hombre Barril ya cargaba hacia ellos armado con una porra de punta acerada, bramando y pisoteando el polvo de la colina. Y despacio, temblando, Nervudo se volvió hacia él. No atacó con los brazos, sino con la cadera: un tajo feroz, la espada casi invisible a los ojos. El filo le entró por debajo del sobaco a su compañero de armas y le sajó el brazo para luego clavársele en el cuello.

La sangre saltó negra, negrísima a la luz de las llamas desde su papada.

A Ilda le temblaban los brazos, pesados a cada lado del cuerpo. Ya no podía levantar sus puntas contra ellos, ya no le quedaban fuerzas para eso, no después de la diiva y las voces, pero todavía podía utilizarlas con ella misma: Soma para respirar, Pneuma para ralentizarlo todo. El jefe de los carroñeros graznaba y manoteaba en un vano intento de sacarse las llamas de encima: había soltado su baladero, y este, por suerte para ella, había caído a las llamas. Del hombrecillo calvo no había ni rastro, pero Nervudo, despertando torpe de la pesadilla de las puntas de la Rompebotas, le daba la espalda mientras forcejeaba para sacar su espada del cuello de su compañero derribado.

Ilda, todavía medio acucillada, echó mano al puñal de su bota y corrió hacia él. Al hacerlo sintió que parte (*gran parte, sí*) de su labio colgaba inerte, la sangre resbalando por su barbilla, por su cuello, por su pecho; pero saltó contra él de igual modo. Quiso clavarle su puñal en la nuca, pero Nervudo se revolvió a tiempo y el filo de la Rompebotas se limitó a abrir una nueva cicatriz a lo largo del pecho de su enemigo para quedarse hundido en sus tripas. Los dos abrazados, ella sujetando el puño de su puñal, hurgando; él arañándole el cuello, la cara, los ojos. Bailando en torno a las llamas, tan cerca que podrían haberse besado.

Un trueno rompió la noche silenciando los graznidos, los gruñidos y los bufidos, los escupitajos de sangre y sudor que Nervudo y ella se lanzaban a la cara. El baladero, debido al calor, debía de haberse disparado solo. Gracias a sus puntas ella pudo mantener la calma, pero Nervudo flaqueó, apenas si un instante y sin embargo el tiempo suficiente para que ella consiguiera soltarse dejando su puñal alojado en sus tripas. Luego echó mano al puñal de sus riñones y, mientras él renqueaba, mientras él luchaba por mantenerse en pie, ella alzó su brazo y lo descargó con fuerza entre el hombro y el cuello del carroñero. El machete se clavó, se hundió bien, pero de alguna manera Nervudo consiguió atizarle tal patada en el estómago que la dejó sin aire y la mandó de espaldas sobre el fuego.

La Rompebotas rodó para apagar las llamas que ya se extendían por su poncho recién estrenado. Se sentía mareada, el mundo se desenfocaba a su alrededor. Sus puntas flaqueaban, y de dejar caer Xil, el dolor de todas y cada una de sus heridas la sacudiría por entera, de todos y cada uno de los golpes que...

¡Atrás!, la advirtió Pneuma.

Apenas si había conseguido levantarse y ya bailaba de nuevo para apartarse del puñal del hombrecillo calvo, que había estado esperando su oportunidad. Este se pasaba jocoso el puñal de una mano a otra, la sabía desarmada, herida e indefensa, y sonreía por eso. Los daján refulgían en sus ojos a la luz de las llamas. Ese hombrecillo se había pasado gran parte de la noche huyendo de los *daimonios* de La Frontera, y en su mente ya no había cabida para el terror.

Solo la locura, la lengua de la guerra.

—Ya te tengo, putilla —rio; y se echó sobre ella.

Torpe, descuidado.

Ilda solo tenía seis soles cuando su padre, La Cruz, le enseñó a desarmar a un hombre. A retorcer su brazo, a aprovechar el impulso de su atacante para hacerlo caer. Su padre, a veces, era el mejor humano del mundo y su voz le llegaba de lejos, del pecho y de sus entrañas: *Estoy aquí, Ildi. Justo aquí.*

Y ella supo lo que hacer.

18

Alguien gritaba: era ella.

Sus puntas parpadeaban: a ratos el dolor, a ratos el hueco. Cubierta de sangre negra; de la suya propia, de los otros.

Una vez pudo dejar de gritar se llevó la mano a los morros, aquello no tenía buena pinta. Le habían partido el labio inferior en dos pedazos, puede que hubiera perdido un diente. Si dejaba caer sus puntas el dolor la haría desmayarse, lo sabía bien. Así que siguió; un paso, y luego otro.

En su mano diestra sentía el puño pegajoso del puñal que le había arrebatado al carroñero. La sangre *plic, plic, plic* contra el polvo. El hombrecillo calvo tendido a sus pies, inerte... *¿Cuántas veces lo había apuñalado?* En el pecho, en la cara, en el cuello... Oh, por La Frontera, cuánto dolía. Pero tenía que seguir. No había acabado.

El jefe de los carroñeros jadeaba apoyado contra una roca. Debido a la briosidad de los darfos, el cuero de sus ropas era uno con su piel, esos pedazos metálicos de Antes y Después que tantas veces lo habían protegido de las flechas y las balas se habían fundido para mezclarse con su carne. Y sin embargo jadeaba, sin embargo seguía vivo. Su único ojo la escudriñaba al acercarse, una joya sanguina en la noche. Abrió la boca para decirle algo, pero de su garganta manó tan solo un ronco quejido. De sus labios el fantasma de una sonrisa, de su único ojo el llanto.

En la muerte a veces reímos y lloramos por igual. La lengua de la guerra no entiende de opuestos.

—Bra... Bravvvo —gañó.

Y ella le hundió el puñal en el cuello. Podría haberlo dejado con vida, podría haberle hecho sufrir, pero ella no era como su padre.

El viento ululaba entre las quebradas. El silencio se hacía con el yermo, la luna ya caía desde el cielo. En el desierto solo los crujidos de siempre, los daján risueños en la oscuridad.

Acercándose.

Ilda parpadeó, quizá un poco de más, hasta puede que hubiera dado una pequeña cabezada. Y al abrir los ojos: la desolación. Los carroñeros como muñecos rotos en torno a la hoguera. El Hombre Barril, incluso en la muerte, sorprendido por la traición de su amigo. El jefe de los carroñeros todavía sonreía, su rostro todavía clamaba: *Bravo*. La cara del hombrecillo calvo, sin embargo, no decía demasiado. Cubierta de cortes, de heridas, de... ¿*Dónde estaba Nervudo?*

Esta vez sus puntas no supieron advertirle a tiempo. La silueta de Nervudo apareció de la nada: un puñal clavado en las tripas, el otro incrustado entre el hombro y el cuello. Cuando se echó sobre ella, la Rompebotas ni siquiera tuvo tiempo de alzar los brazos para defenderse, y chocaron contra las quebradas, para luego caer barranco abajo.

Las piedras los arañaban mientras caían en ese abrazo mortal. Un golpe, y luego otro, y otro más. Un golpe y luego: la oscuridad.

19

La luz del amanecer le incendiaba los párpados. Como recién salida de una pesadilla, la Rompebotas fue a erguirse sobre sus codos, pero el dolor, el vértigo, la náusea...

Ilda se vomitó encima al levantarse, sangre y bilis sobre su poncho chamuscado.

Los párpados le pesaban. El labio le colgaba inerte. El horror la hizo caer de nuevo en la oscuridad.

20

Estoy aquí, Ildi. Justo aquí.

El sol le quemaba la carne, el polvo la reseca. La Rompebotas se volvió como pudo y vomitó de nuevo, esta vez sin mancharse. Esta vez, al erguirse, pudo mantenerse despierta. Tenía sed, una sed terrible, de hecho. Fue a echar mano de sus calabazas, pero en algún momento de la caída estas debían de haberse soltado del cinto...

La caída. Ella no había caído sola.

Se levantó casi a zarpazos, cada movimiento de sus brazos puro tormento. Pero consiguió mantenerse en pie, buscar, escrutar cada grieta y cada recoveco para... Allí estaba. Tendido de bruces contra las rocas del suelo. Y ella se apartó, gimoteante. Ella, sin sus puntas, tenía miedo, tanto y todo. Tropezó al apartarse y cayó de culo al suelo. Y lo vio apoyarse en sus brazos, alzarse como la montaña de hombre que era, mirarla por encima del hombro y... No. Ilda sacudió la cabeza con fuerza. Estaba muerto, tenía que estarlo...

Lo estaba.

—Oh, gracias —no tenía ni idea de a quién iba dirigido aquello. Solo—: Gracias. Gracias.

Y al levantarse, al apoyar su mano derecha en el suelo, un relámpago de dolor: se había roto la muñeca.

—Mierda —lloriqueó—. Oh, mierda, oh, mierda, ¡oh, mierda!

El ulular del viento se tragó su llanto. Todo era polvo a su alrededor, El Pedo de Dios caía a plomo sobre ella. La Frontera se la había tragado.

El horizonte era una línea amarilla y refulgente.

21

Renqueaba sujetándose los labios con su mano buena en un vano intento de cerrarse la herida. Del desierto manaban las ruinas del mundo antiguo, bajo sus pies el asfalto hirviente y agrietado rayaba el yermo. Una cinta gris y perfecta atravesaba el desierto. Un coloso imposible e inmortal.

Postes altos se alzaban para escoltarlo, coronados por lámparas de cristal. Algunos inclinados; algunos todavía vomitaban su luz, parpadeaban. Unos viejos y otros recién llegados de Antes de Aquello. Unos oxidados por el paso de cientos, de miles de soles, y otros refulgiendo al sol.

Así eran las cosas.

Los daján rieron en el cielo y los mundos chocaron. *Aquello* ocurrió, por todos era sabido. En el corazón de La Frontera, el Antes y el Después se confundían. Los mundos.

Y lo mismo pasaba con esos cacharros de Antes de Aquello, con esos carros. Unos apenas si un amasijo de hierro retorcido a la orilla de la carretera, y otros, los menos, relucientes como joyas en la calima. Lo mismo pasaba con las ruinas. Pedazos de edificios desperdigados por la vacía inmensidad del desierto, la mayoría hundidos, los cristales de sus ventanas partidos y pulidos al sol. Pero ese edificio acababa de llegar: arrancado de su tiempo para ser vomitado a este. Al desierto.

Ilda lo sabía por sus ventanas todavía limpias de polvo... O casi limpias, al menos. Ilda lo sabía porque la puerta de cristal de ese edificio recién llegado se abría y cerraba sobre el yermo gracias a un mecanismo que ella no comprendía. Zumbaba al abrirse y al cerrarse. Un sonido eléctrico, desagradable. Pero ella la cruzó. Esperó a que se abriese y de un torpe salto se zambulló en sus profundidades.

Tenía que encontrar agua, comida, y en las entrañas de ese edificio todo estaba como Antes. Aquello era el sueño de cualquier chatarrero, pero eran pocos los que se atrevían a adentrarse tanto en La Frontera. La comida de Antes se pagaba bien Después de Aquello. Todos esos cacharros expuestos en perfectas y ordenadas filas, ese pedazo de cristal que vomitaba imágenes y ruidos y...

Pantalla, recordó. Son pantallas.

La Rompebotas, al agarrarse a una de las estanterías, derribó cajas y cajas de lo que bien parecía cereal, tanto como para alimentarse una luna entera, quizá más. Pero era agua lo que necesitaba, y el pasado y el presente se confundían ante sus ojos.

El pasado. Su voz desde el pasado. La voz de Verde:

No te vayas, Ildi. Por favor. No te vayas.

Ella le había enseñado del Después y él del Antes. Desde niños él siempre la había seguido a todas partes. Ella seguía a su padre y él la seguía a ella, siempre tan tímido, tan poca cosa. Por ser de Antes, por ser tan débil. Para luego traicionarla, claro, como todos.

¿O acaso ella los había traicionado a ellos?

Tenía que encontrar agua, pero cayó de morros al suelo entre las cajas de cereal. Dolió, la boca le sangraba. Pero, oh, qué bien sentaba rendirse.

La puerta zumbaba a sus espaldas. El sol ya caía en el cielo, y no sería nada bueno que la noche la pillara en esas ruinas. Los daján *sarlaban* en las brechas entre un mundo y el otro, todo el mundo lo sabía. Pero qué bien sentaba rendirse.

Recordar.

Los ojos se le fueron cerrando, despacio. En algún momento la puerta dejó de zumbear, de abrirse y cerrarse. Pero ella ya no estaba allí. Ella

22

¿Pa?

Estoy aquí, Ildi. Justo aquí.

Hay algo ahí, pa. Alguien. Un niño.

Vamos, ayúdame a sacarlo de aquí, ¿oca? Así, despacio... Bienvenido a Después de Aquello, frae.

ANTES

Verde

1

La sombra de su padre se extendía inmensa sobre el desierto. El sol del atardecer prendía las hercúleas paredes de Cañón Último y Astilla correteaba tras las huellas de su padre para no perderle el ritmo. Su padre daba unas zancadas tremendas, todo el mundo lo decía. No es que fuera altísimo, pero sí que tenía unas piernas largas. Astilla admiraba sus piernas.

Astilla admiraba bastantes cosas de su padre.

—¿Pa?

—Dime, Ildi. —Admiraba su paciencia, admiraba que nunca le respondiera mal ni levantara la voz por mucho que ella fuera un trasto de niña.

—¿Qué pasará si *nu* llegamos al cañón antes de la noche? —Era la primera vez que su padre la llevaba tan lejos, la primera vez que cruzaba Cañón Último. Y puede que se hubieran entretenido un poco de más—. ¿Nos harán daño los *daimonios*?

Astilla admiraba de su padre que nunca, jamás, se riera de ella por estúpida que fuera su pregunta. Que siempre tuviera la respuesta precisa.

—Nada de *daimonios*, Ildi. La Frontera queda lejos. —Su padre se volvió hacia el desierto al decir aquello, casi apesadumbrado. Los años de El Buen Polvo quedaban atrás, La Frontera abandonaba Cañón Último.

Cada vez había que recorrer más distancia para desenterrar del polvo algo que de verdad mereciera la pena, y los chatarreros abandonaban La Bellada en busca de mejores oportunidades. Su padre era un buen Rompebotas, el mejor según se decía por esos polvos, pero Astilla, por muy joven que fuera, no era ninguna tonta. Ella era la hija de La Cruz, al fin y al cabo, y conocía los motivos del pesar de su padre: por muy buen Rompebotas que fuera uno, si los chatarreros se largaban, también lo hacían sus rulos.

Su padre se acuclilló para mirarla, siempre lo hacía, siempre se ponía a su altura para hablarle. El rostro de su padre: una perilla despeinada, los ojos negros y oscuros. La melena lisa ceñida en la frente por una tira de piel y colgando por encima de sus hombros, ya más gris que negra. Un par de finas cicatrices plateadas hundían sus mejillas, una tercera le cruzaba la cara de arriba abajo, desde la frente rodeándole esa nariz torcida suya y hasta la barbilla. No eran unas cicatrices horribles, solo si te acercabas lo bastante podías adivinarlas. Pero sí que eran unas cicatrices famosas.

Esas cicatrices daban nombre a su padre. A La Cruz.

—*Nu* tienes nada que temer, ¿oca? —Su padre la agarró de los hombros, y a Astilla le encantaba cuando hacía eso. Bien era verdad que una sonrisa le hubiera encantado, pero su padre no solía sonreír—. Además —añadió palmeándose el abultado zurrón que llevaba a la espalda—, algo hemos sacado, ¿verdad?

Astilla no era ninguna tonta: no habían sacado mucho. Pero ¿quién era ella para contradecir a La Cruz? ¿A esa sombra inmensa que se extendía por el desierto?

Astilla lo siguió. A Astilla le encantaba seguirlo.

2

Astilla había perdido de vista a su padre. No habían conseguido alcanzar el cañón y ahora no les quedaba otro remedio que buscar algo de leña entre las peladas quebradas que cerraban la trocha. Puede que La Frontera quedara lejos, pero el fuego siempre era necesario en el desierto.

Según su padre, el fuego era lo único que los diferenciaba de las bestias. Según su padre, el fuego estuvo al principio y estaría al final.

Y ahora lo había perdido de vista. Las montañas del cañón altas, altísimas, al este. Pilares de fuego a la luz del atardecer, barrancos y grietas tan negras como la noche. Desde las paredes matojos y árboles colgando, y ella, diminuta a sus pies aun estando tan lejos, ella más sola que nunca.

Había algo allí. Algo que le hizo soltar el hatillo que llevaba encima y gritar:

—¿Pa?

Había perdido de vista a su padre, pero este, como siempre, no tardó en contestar:

—Estoy aquí, Ildi. Justo aquí.

Y sí, allí estaba. Su padre, si era menester, si ella lo necesitaba, aparecía de la nada. La mochila cruzada al poncho que vestía, abrazado a un buen montón de leña.

—Hay algo ahí, pa. —La trocha ascendía hacia el cañón escoltada por rocas peladas y árboles muertos en su mayoría. Esa trocha bien podría ser uno de los tantos afluentes en los que se dividía la boca del cañón al salir de las montañas, pero nadie, ni siquiera su padre, había visto correr agua por sus profundidades. Al oeste de Cañón Último nunca llovía, pero de alguna manera los matojos y las zarzas manaban de la gravilla y se las apañaban para extenderse por las paredes de la trocha. Y sí, había algo allí, a media ladera—: *Alguien* —musitó Astilla—. Un niño.

Oyó a su padre acercarse, asomarse a la trocha ya junto a ella. El pobre zagal había encontrado refugio y sombra metiéndose en esa grieta, entre las zarzas, pero no le había servido de mucho. La piel arañada y llena de cortes, temblando, dormido o inconsciente. Astilla sintió una pena terrible al verlo allí encogido. Debía de tener su edad. Y si bien vestía raro, si bien llevaba unos cristales extraños sobre los ojos, ese zagal y ella no eran tan distintos.

Su padre se deslizó arrastrando el culo ladera abajo, levantando una nube de polvo y grava. Era tarde, y el sol, sanguino, ya se zambullía a sus espaldas: un semicírculo difuso en la calima, hinchado y borroso sobre el desierto. Pero su padre soltó la leña que cargaba y bajó en su ayuda sin dudarle; así era él. Y ya junto a la boca de la grieta, pisoteando las zarzas para apartarlas:

—Vamos —la llamó manoteando hacia ella—. Ayúdame a sacarlo de aquí, ¿oca?

Astilla corrió rauda a obedecer, a saltitos por la ladera. Su padre no le ofreció ayuda alguna; estaba allí por si tropezaba, los brazos dispuestos, pero confiaba en ella. Le dejó hueco y ella fue la primera en arrodillarse junto al zagal. El pelo reseco y pegado a la frente, oscuro en la penumbra de la grieta. La mugre de las mejillas surcada por la huella de sus lágrimas, ese pobre zagal, incluso dormido, todavía lloraba.

Su padre se arrodilló frente a ella encorvado contra las rocas y metió una de sus manos bajo la nuca del zagal, la otra tras sus rodillas.

—Así —le dijo, y ella imitó sus gestos—. Despacio, Ildi, despacio.

Ella de sobra sabía que no pintaba mucho allí, que su padre podía haberlo sacado solo, pero así era él. Así le enseñaba, haciéndole partícipe de todo.

Aún no habían conseguido sacarlo de la grieta cuando el zagal abrió los ojos tras esos cristales raros: perlados por el terror y las lágrimas, tan asustados que, al verlos, no llegó a moverse un ápice. Solo la rigidez de su cuerpo, solo se acentuó su temblor, nada más.

Y claro, su padre se detuvo. Su padre lo miró de frente con esos ojos oscuros suyos, poniéndose a su altura, y apartándole el pelo de la frente, acariciándolo con toda la ternura del mundo, le dijo:

—Bienvenido a Después de Aquello, frae.

Claro, pensó Astilla. Era eso.

Ese pobre zagal era de Antes, había sido arrancado de su mundo para ser vomitado a este. No era la primera vez que Astilla se topaba con alguien de Antes de Aquello, pero nunca con alguien tan joven. Se decía que Antes de Aquello el mundo estaba cubierto de verde, que el mar inundaba sus orillas y las torres de cristal de sus atestadas ciudades crecían hasta rasgar el cielo. Y claro, los pocos pobres desgraciados que cruzaban, al menos la mayoría de ellos, no tardaban en perder la cordura. Algunos de esos la recuperaban, sí, algunos se acostumbraban a las leyes y costumbres de Después de Aquello, pero siendo tan joven...

—Vamos a sacarte de aquí, ¿oca? —lo acunaba su padre—. Agárrate a mí —y lo dijo de tal manera que el zagal obedeció.

Su padre siempre decía las cosas para ser obedecido. Y no por el miedo. Sino por pura confianza.

Astilla le ayudó como mejor pudo cerro arriba, y el zagal se dejó hacer. Cuando coronaron la ladera, la última línea de sol se zambulló en el desierto y el yermo quedó a oscuras. Las paredes de Cañón Último grises y azuladas. Una estrella tembló en el cielo.

Su padre la miraba arrodillado junto al zagal:

—Ocúpate del fuego, Ildi.

Y ella, claro, obedeció.

3

A Astilla le encantaba compartir el fuego con su padre. Le encantaba escudriñarlo a la luz de las llamas, ese juego de luces y sombras sobre las cicatrices de su rostro, mientras le contaba una de sus historias al amor de la hoguera.

Pero aquella noche no hubo historias para ella. Aquella noche:

—Toma. —Su padre le tendía un pedazo de pan ácimo cubierto con una loncha de cecina que acababa de tostar al fuego—. Mira a ver si quiere comer algo, ¿oca?

—Oca —asintió ella.

El zagal les daba la espalda, echo un ovillo de nuevo. Su padre le había prestado su propia manta, y el recién cruzado se la había subido hasta taparse la cara. A la luz de las llamas, su pelo más claro, casi rubio.

—Eh, tú —lo llamó Astilla—. ¿Tienes hambre?

Puede que ella fuera un poco más tosca que su padre. Y sí, puede que le ofreciera ese pedazo de pan ácimo casi ceñuda. Al fin y al cabo, ella siempre correteaba a la sombra de La Cruz y no solía necesitar ser amable con los demás.

—Eh, tú —repitió—. ¿Me oyes?

Y desde el otro lado del fuego:

—La amabilidad *nu* cuesta un rulo, Ildi —la regañó su padre—. Sé amable, ¿oca?

—Oca —suspiró, y de nuevo—: Eh. —Pero esta vez hasta se atrevió a tocarlo, una torpe caricia—. *Nu* vamos a envenenarte, ¿oca? Tienes que comer, frae. —Y mirando a su padre de soslayo, suavizando el ceño—. Estamos aquí. Estamos contigo. Nadie va a hacerte daño.

Al rato, cuando Astilla ya empezaba a hartarse de esperar, manó una tímida voz desde las mantas:

—¿Estoy muerto?

—¿Muerto? —Otra vez ceñuda—. ¿Qué *daimonios* dices, frae?

—Ildi —le advirtió su padre.

—Lo siento... —Y mirando de nuevo al zagal—: *Nu*, frae, *nu* estás muerto. Solo has cruzado, nada más.

La primera vez que ese zagal la miró directamente a los ojos la luna estaba casi llena en el cielo; las estrellas, tenues tras la calima. Tendría unos nueve soles, como ella. Y unos ojos raros, verdes y oscuros. Unos ojos que, por primera vez, se agarraron a ella ávidos y brillantes a la luz de la luna y le preguntaron:

—¿Cruzado?

Ella fue a bufar harta de que ese zagal no entendiera nada. Fue a fruncir de nuevo el ceño, dijera lo que dijera su padre. Pero nunca nadie la había mirado así. Esperando tanto de ella, necesitándola tanto. Así era como muchos miraban a su padre, y Astilla se sintió rara.

Bien, pero *rara*.

—Este ya *nu* es tu mundo, frae... —Y encogiéndose de hombros—: Has cruzado. Lo siento.

Muchos reían al escuchar aquello, Astilla lo había visto. A otros les daba por llorar, algunos incluso hacían ambas cosas. Y sí, la mayoría perdía la *mullera*.

Pero ese zagal no hizo nada de eso. Ese zagal:

—Ah —se limitó a asentir. Abrazado a la manta de La Cruz, irguiéndose sobre sus piernas, mirando a su alrededor—. He cruzado —dijo. Como si ya lo entendiera todo. Como si ya todo tuviera sentido.

Astilla frunció el ceño de nuevo, algo decepcionada. Ya no la miraba, ya no buscaba respuestas, y le tendió el pedazo de pan ácimo enfurruñada:

—Toma. Come.

—Gracias. —Al zagal le temblaban las manos, pero le sonrió de igual modo antes de pegar un buen mordisco a su precaria cena.

Aquella sería la primera vez de muchas que esos labios tambaleantes y brillantes suyos le sonreirían, la primera vez de muchas que ella contestara a su sonrisa con el ceño fruncido.

—¿Qué llevas en los ojos? —Si él no iba a hacer preguntas, tendría que hacerlas ella.

—¿Esto? —y se tocó esos raros cristales suyos—. Son gafas. —El recién cruzado miró a La Cruz como si quisiera comprobar si le estaban tomando el pelo o no—. Para ver —terminó por decir.

—¿Para ver? —graznó ella—. ¿Cómo para ver?

—Sin ellas —y se las quitó por un momento— no veo de lejos. Sin ellas te veo borrosa.

—Ah, eres un cegarra de *esus*... —Aquella sería la primera vez que él le hablaría de Antes, la primera vez de tantas que ella se burlaría de sus costumbres—. Pues que sepas que aquí *nu* tenemos de *esu*, ¿oca? Así que ya puedes ir aprendiendo a ver sin esas... gafas tuyas.

Su padre gruñó.

—Lo siento... —Al poco volvió a mirarlo—. Yo soy Ilda, pero todos me llaman Astilla. Él es La Cruz —y lo señaló por encima del fuego—. ¿Y tú? ¿Tienes nombre?

Astilla esperó, pero no llegó respuesta alguna. El zagal no había roto a llorar cuando ella le había dicho que había dejado atrás su mundo, pero ahora, al preguntarle por su nombre, el recién cruzado rompió a temblar de nuevo. Los ojos febriles de llanto, su labio inferior asomó en un torpe puchero.

—A mundo nuevo, nombre nuevo —intervino La Cruz llevándose un pedazo de pan con cecina a la boca—. Te buscaremos un nombre, ¿oca, frae?

El recién llegado se encogía cada vez que miraba al Rompebotas.

—No entiendo eso de *oca*... ¿*Oca* quiere decir vale?

—Algo así, sí... —Esta vez su padre sí que le regaló una sonrisa. Pero Astilla de sobra sabía que no tenía intención alguna de reírse de él, que lo hacía para apartarlo del llanto, del recuerdo—. Ya te irás enterando, frae. Ildi se ocupará de eso, ¿oca?

—Oca —sonrió Astilla. Al cabo—: Podríamos llamarle Cegarra. Es un buen nombre.

—Ildi.

—Está bien, está bien... ¿Qué tal Ojocristal?

Su padre bufó al otro lado de las llamas, no pudo evitar hacerlo. Hasta el recién llegado rio; tambaleante, sí, los ojos sucios de llanto, pero Astilla, por primera vez, supo cómo hacerle reír.

Y luego el silencio, un silencio cómodo y compartido, mientras comían. Un silencio roto por el tímido ulular del viento al pasar por el cañón, por el aullido de algún chacal lejano, por el frotar de las alas de las polillas que danzaban erráticas sobre la hoguera.

—¿Podré volver? —la voz del recién llegado manó tímida y aguda de su garganta—. ¿Se puede cruzar de nuevo?

Su padre ya cargaba su pipa de jungu, pero se detuvo para mirarlo.

—*Nu*, frae. *Nu* podrás volver. *Nu* conozco a nadie que lo haya hecho.

El recién llegado apretó la manta con fuerza contra su pecho y ahogó el llanto como mejor pudo tragándose un gemido.

—Tardarás en acostumbrarte, frae —le dijo La Cruz tras prender su pipa y exhalando el humo—. Pero acabarás haciéndolo, eso te lo prometo. Te vienes con nosotros.

—¿Vamos a quedárnoslo? —Astilla era joven, pero no era ninguna tonta. Sabía lo que hacían los carroñeros con la gente de Antes que se encontraban en La Frontera. Sabía del esclavismo por mucho que en La Bellada no se llevara demasiado.

—Nada de quedárnoslo, Ildi. Se quedará con nosotros solo si le place. Si así lo desea, *nu* le faltará agua ni pan bajo mi techo.

Astilla sabía que a ellos mismos empezaba a faltarles el agua y el pan, pero prefirió seguirle la corriente a su padre:

—*Esu*, frae. Te vienes con nosotros.

El recién llegado sacó el valor suficiente como para regalarle otra de sus sonrisas.

—Gracias —le dijo mirándola con esos ojos verdes suyos. *Raros*.

Y Astilla:

—Ya tengo un nombre.

—¿Ah, sí? —preguntaron ambos casi al unísono.

Y Astilla contestó:

—Te llamarás Verde.

4

En los años de El Buen Polvo, El Pedo de Dios inundaba las profundidades de Cañón Último. Sus barrancos y gargantas para los daján, sus cumbres para las jarpías, sus senderos para las bestias. Pero los años de El Buen Polvo, para bien o para mal, habían quedado atrás. Y ahora, desde las alturas, en las profundidades de la garganta solo anidaban las zarzas y las rocas desmoronadas. El silencio roto tan solo por el gemir del viento, por el murmullo de los fantasmas de todas y cada una de las historias que su padre le había contado sobre aquel lugar.

Mareaba mirar el fondo desde ahí arriba, esa era la verdad. El estrecho sendero que recorrían serpenteaba pegado a la pared meridional de la garganta, y si Astilla extendía su brazo izquierdo, su mano flotaba sobre el vacío. Le era difícil medir la altura, claro. Bajo su mano, arraigados a la montaña, árboles y matojos se enraizaban a la roca como mejor podían; sí, *árboles*. Docenas de ellos, si no más. Cualquiera de esos troncos medía al menos seis veces su altura, y los había a docenas, los del fondo tan diminutos que Astilla se mareaba al mirarlos. Y tampoco ayudaba mirar hacia arriba, hacia esos pilares de cumbres que se hundían en la calima. La verdad era que no ayudaba nada saberse en medio de todo eso: de las rocas desmoronadas, de los árboles que pendían sobre y bajo sus pies. Pero Astilla tampoco quería ser menos que nadie, y el recién cruzado caminaba a buen paso entre ella y su padre. De él había esperado sus quejas,

los mismos lloriqueos con los que les había amargado la noche, pero no tamaña determinación. Y de ahí que, ceñuda, apretara el paso. Con cuidado, claro, mirando de soslayo las orillas del sendero, sus traicioneros vértices.

Más tarde se enteraría por boca del propio Verde que en absoluto sentía determinación alguna. Que tenía ganas de vomitar, de hacerse un ovillo en el suelo y dejarse comer por los cuervos que graznaban desde las alturas y las profundidades, desde cada negra grieta de la montaña. Pero que, si no apartaba la vista de la espalda de La Cruz, de esa espalda de roca, podía seguir andando.

Así era su padre.

El sol coronó Cañón Último perlando las paredes de la garganta hasta zambullirse en la umbra de sus entrañas e incendiarlo todo a su paso. Las rocas que guardaban el frío de la noche crujieron al verse sorprendidas por el calor, el viento mismo se detuvo ahogando un hondo suspiro. Reptaron las alimañas por cada grieta, los chalfos y las culebras para tenderse al sol. Los cuervos graznaron molestos al salir de sus escondites, hasta las moscas se revolvieron.

Un águila alzó el vuelo desde las quebradas y sus blancas plumas titilaron al sol. Y Astilla, con los ojos entornados, se llevó el brazo a la frente para conseguir ver.

Para *verlos*.

Se erguían al otro lado del cañón, tenues siluetas emborronadas por la polvareda y la distancia. Algunos acucillados a la sombra de una cueva. Barro sobre sus pieles, piedras para sus lanzas. Greñudos y sucios de polvo, cubiertos de huesos y plumas, de una serenidad tal que no fue hasta que el sol incendió la garganta que ella pudo verlos.

Estaban lejos, a más de cien pasos de distancia, pero de alguna manera Astilla sintió sus ojos puestos sobre ella. Su escrutinio.

—Caravaneros —jadeó.

Astilla había escuchado historias sobre los moosa. Historias apenas si murmuradas, historias que su padre no solía compartir con ella. De esas historias, Astilla sabía que La Cruz tuvo relación con ellos, pero poco más. En La Bellada la mayoría los llamaban salvajes, y todos, en mayor o menor medida, preferían tenerlos bien lejos.

—Ignóralos, Ildi. —La voz de su padre, la voz de las rocas.

—Están cantando... —Sus voces sumándose al ulular del viento. La misma historia, la misma melodía. Al mirarla, al... ¿llamarla?

Su padre los rodeó para erguirse al borde del barranco. Más alto que nunca, un gigante de hombre. Su poncho restalló al viento y refulgieron los puños de hueso de los puñales curvos que llevaba al cinto. Sus ojos negros, sus ojos de sombra al enfrentarse desde la distancia a los moosa.

—Seguid —les ordenó, y ellos, claro, obedecieron.

Pero Astilla siempre fue de lo más curiosa. Astilla, con cuidado de no pisar donde no debía, miró de soslayo a su padre. Sintió el profundo silencio de ese enfrentamiento de miradas. La inmensa fuerza de esa única silueta para enfrentarse a tantas.

Y el viento se detuvo. La canción.

—Vamos —La Cruz los empujaba, casi acariciándolos, pero con la firmeza de una montaña.

Apretaron el paso, tanto que Verde no tardó en romper a jadear. Pero su padre los urgía, los azuzaba, la frente perlada de sudor. Cuando pusieron suficiente tierra de por medio, La Cruz se detuvo y se acuclilló frente a ella para mirarla de cerca, agarrándola con firmeza de la barbilla.

—*Nu* te acerques a ellos, Ildi. Nunca, ¿me oyes? —Y había cierta ferocidad en sus palabras, la serenidad de su padre se desmoronaba—. Ellos, de ti, solo esperan la muerte.

Astilla tardó en asentir. Fue a echar una última mirada al otro lado del cañón, pero su padre la detuvo. Hasta puede que le hiciera un poco de daño.

—Te oigo —terminó por suspirar tras tragarse el nudo que llevaba apretado en la garganta.

—Bien —gruñó su padre. Ya más tranquilo, ya más La Cruz de siempre.

Astilla fue a mirar por última vez, por si seguían allí. Pero habían desaparecido. Solo fantasmas, nada más.

5

Astilla nunca preguntó demasiado por su madre. Las pocas veces que lo hacía su padre se ensombrecía: triste, casi huraño. Su padre contaba las mejores historias del mundo, pero la historia de su madre no se le daba demasiado bien, y siempre terminaba de la misma manera:

—Eres su vivo reflejo... —Con un último suspiro, con un último temblor.

Su madre había muerto poco después de nacer ella, eso sí que lo sabía. A Astilla le hubiera gustado decir que recordaba su voz. Que recordaba al menos cómo olía, cómo sabía cuando la abrazaba contra su pecho. Pero la verdad era que no recordaba nada de eso. Solo su propio reflejo en las aguas del río para recordarla: su tez oscura, sus ojos negros y sin embargo tan distintos a los de su padre.

Nada más.

Hasta Los Huérfanos le contestaban con evasivas, incluso La Graja, que todo lo sabía.

—Tu madre era una buena mujer —le decía—. Fiera y leal como nadie.

Pero luego cambiaba de tema. Luego, si Astilla seguía preguntando, no tardaba en aparecer la tormenta en sus ojos. En esos momentos a Astilla le hubiera encantado preguntarle si su madre era incluso más fiera que ella, pero una no jugaba con el mal humor de La Graja, ni siquiera la hija de La Cruz.

Todo el mundo temía a La Graja en La Bellada, más incluso que a su padre. Mare Raiia era su bruja, su más fiel vasalla. Esa mujer se había criado en La Guerra de La Partida, la había cruzado de un lado a otro siempre a la sombra de La Cruz y, según contaban las historias, más de una vez lo había salvado de la muerte. De todos Sus Huérfanos era la más vieja, la que más tiempo llevaba a su lado. Y si bien Astilla nunca tuvo una madre como tal, siempre, desde sus primeros recuerdos, tuvo a La Graja. La tormenta de sus ojos.

Pero de su madre, de aquella que la llevó en su vientre, apenas si sabía nada. Solo rumores, solo sonrisas dobladas por la tristeza y palabras inmensas para esa mujer sin rostro. Solo: *eres su vivo reflejo*.

Solo: *la más fiera y leal*.

Llegaron al rancho al día siguiente, cuando el sol ya bajaba desde las alturas. A sus espaldas Cañón Último un rumor difuso tras el polvo, frente a ellos la hondonada que daba cabida a las precarias tierras de su padre.

Los huertos cercados junto a la acequia que bajaba de la montaña, los primeros brotes de cereal aterrazado en la ladera. Una docena de cabras y una cerda recién parida a la sombra de los tejados de chapa de la pocilga, un par de vacas pastando en el mismo cerco que su mula de tiro y que ese viejo asno que ya apenas si servía para otra cosa que para comer y dormir.

En los años de El Buen Polvo, ese rancho, más que una granja, había sido una posta. En sus terrenos, más que ganado, tiendas y carros. Sus cercos atestados de las risas y las pullas de los chatarreros, de sus historias. Esa granja creciendo a cachos, como un monstruo hambriento. Tejados de chapa y pizarra para dar cabida a los aventureros que soñaban con las riquezas que les ofrecía el desierto, chabolas pegadas a la fachada que poco a poco fueron creciendo para convertirse en más y más habitaciones para fundirse con el edificio principal, algunas incluso más altas que el mismo. Como torres desperdigadas, como setas a la sombra del desierto.

Hasta llegó a conocerse como La Pequeña Bellada. Una pequeña aldea sobre la montaña, la última de las aldeas.

Pero esos tiempos habían quedado atrás. Ahora una de esas torres les servía de pocilga y otra de pajar. Ahora alguna de esas setas se había desmoronado: sus tejados a medio hundirse, la zarza y la hiedra reseca crecían por sus paredes de barro destrozándolas desde dentro. Ahora los tiempos de El Buen Polvo formaban tan solo parte del recuerdo, y de hecho Astilla apenas si recordaba todo eso, solo los últimos coletazos, solo el final.

Pero no le importaba. Aquel rancho, para Astilla, era el mejor lugar del mundo. Su lugar. Y al verlo aparecer no pudo evitar corretear a su encuentro.

A su izquierda los campos de cereal, mientras saltaba la acequia que regaba el huerto y hacía girar la rueda del viejo molino. A su derecha, al sur, los barrancos y la trocha que llevaban hasta La Bellada, la cual también había conocido tiempos mejores. Sobre esta, lejos y en la colina vecina, la mansión amurallada de los Volario casi invisible tras la calima.

Astilla no recordaba las veces que había trepado hasta coronar esos manzanos y esos almendros, las veces que había juntado las telas cargadas de olivas para llevarlas hasta el molino.

El viejo burro la saludó con relinchos desafinados y ella aulló apartando a las gallinas a pisotones. Trespasos, uno de Los Huérfanos de su padre, clavó la pala al estiércol de las pocilgas y la saludó tan torpe y desgarrado como siempre al verla pasar, sonriéndole bajo su orondo bigote. Era alto y delgado como una espiga, y parecería aún más alto si no anduviera siempre encorvado. La gente solía reírse de él: *Tres pasos te son mester pa dar una de sus zancadas*, decían, *pero nu es muy rápido de mullera que se diga*, y se reían por eso.

Pero Astilla le tenía cariño. Astilla sabía que Trespasos no era ningún tonto. Y sí, también había escuchado historias de su nombre. Historias de la guerra. Y nada tenían que ver con sus largas piernas. Nada en absoluto.

—La Astilla ha vuelto. —Guiñó uno de sus ojos azules al decir aquello, su bigote se movió. No era nada fácil verle los labios a ese hombre, cuando sonreía era su bigote quien lo hacía, del color de las llamas como su despeinada melena—. Y la tierra tiembla.

Astilla infló los carrillos y le hizo una pedorreta como respuesta al pasar. Fuera, en el desierto y a la sombra de su padre, ella se había comportado como la mujer que no era, o al menos lo había intentado. Pero aquel era su hogar, y según las palabras de su padre: *dejad que los niños jueguen, frais. Así aprenden.*

Pero oh, La Graja, al menos en lo que refería a Astilla, no pensaba lo mismo. Los brazos cruzados a la sombra del porche de la entrada, el ceño anudado al mirarla. Y claro, Astilla dejó de corretear. Frenando tan rápido al verla que sus talones levantaron el polvo del suelo.

—El polvo te sea dulce, Graja —la saludó.

La piel de mare Raiia era negra como una noche sin luna. Las mejillas cubiertas por escarificaciones, por hileras de bultos del color del polvo. La melena trenzada y peinada en un moño alto, de sus trenzas colgaban huesos y piedrecillas, abalorios, así como del fino abrigo que vestía. Mare Raiia siempre llevaba sus fetiches a la vista, y así todo el mundo sabía mantener las distancias. Los ojos brillantes y astutos, los labios enormes y sin embargo tersos, en tensión.

Pero Astilla la conocía y bien. Y sí, al verla sus labios se habían suavizado. Al verla llegar, mientras ella frenaba levantando el polvo del suelo, La Graja había sonreído. Así era ella.

—Espantas hasta al mismo polvo con tu llegada —le dijo; la voz grave, cavernosa—. Al parecer el desierto no te ha enseñado lección alguna de humildad.

No, había dicho *no*. Como los de Antes, como los del norte de La Muralla. Que Astilla supiera, La Graja no era de ninguno de esos sitios, pero su acento era otro de sus tantos misterios.

—Ya sabes —le sonrió Astilla; y golpeándose la sien con el puño cerrado—, soy dura de *mullera*.

—Oh, lo sé mejor que nadie, niña —croó—. Pero entiende algo, y entiéndelo bien —al mirarla desde las alturas, se adivinó la tormenta en sus ojos—: a mí, a dura de mollera, no me gana nadie, ¿estamos?

Astilla bajó la mirada a la punta de sus botas.

—Estamos, mare Raiia. Lo siento.

Pero la verdad era que no lo sentía en absoluto. Le encantaba errar por el desierto a la sombra de su padre, sí, pero al saberse en casa, al mezclarse la dulce cacofonía de los balidos de las cabras y los cloqueos de las gallinas, de la acequia al arrastrarse montaña abajo hasta el molino, del viento al crujir por y entre los frutales, Astilla se sentía tan bien que ni el mal humor de La Graja iba a estropearle el día.

El ceño de la *fechicera* se arrugó más si cabe al mirar por encima de Astilla.

—No venís solos.

Verde caminaba tan pegado a La Cruz como podía. Si el Rompebotas había bastado para asustarlo, esa mujer lo aterrorizaba.

La Graja y su padre, tras saludarse como era debido, no tardaron en romper a discutir; últimamente lo hacían mucho. Corrían malos tiempos, al fin y al cabo. Y de todos entre Sus Huérfanos, de todos en La Bellada de hecho, La Graja era la única que se atrevía a hablarle a La Cruz de aquella manera.

—¿Discuten por mí? —le preguntó Verde ya algo alejados.
Astilla enterró la cabeza entre los hombros.
—Discuten un poco por todo. A veces por ti. A veces por mí. —Astilla le sonrió, y Verde no tardó en reflejar su sonrisa.
Luego:
—Tienes las gafas sucias de polvo. ¿Así también sirven para ver?
Esta vez fue él quien se encogió de hombros.
—No mucho —bufó.
—Ven. —Astilla le tendía la mano y, La Frontera sabía por qué, se sintió bien cuando ese pobre zagal recién cruzado se la estrechó—. Te enseñaré todo esto. Tu nuevo hogar.

7

La Graja la había educado en los principios de La Sorgia desde que Astilla tenía recuerdo, en la convivencia de dos mundos paralelos: El Mundo Cuerpo, el mundo que tocamos, olemos, vemos y sentimos; y, frente a él, El Mundo Sombra o Mundo Espejo, el mundo que imaginamos, el mundo que sufrimos y deseamos, el mundo para soñar.

Y entre ellos La Ságida, La Estrella de Nueve Puntas.

La mezcla inundaba El Mundo Sombra, y esta era aviesa para con los mortales. La mezcla era puro poder, pura creación, y sin La Ságida, sin las leyes de La Sorgia para orientarnos, estábamos condenados al caos.

El Primer Triángulo de La Ságida, El Triángulo Cuerpo, era Riga, y Soma, El Primero de Sus Vértices, servía para anclarnos a la realidad de nuestro cuerpo. Soma era la primera de las lecciones de cualquier maki, sin Soma un sorga se abría a la mezcla sin nada que lo protegiera, y eso podía resultar fatal. Tras Soma, El Nexo Material o La Fe Vacía, Xil en el caso de Riga, La Madera que daba lugar al fetiche; con Xil, utilizando los materiales adecuados, podíamos *fechizar* nuestro propio cuerpo para calmarnos el dolor y el frío, nuestra espada para afilarla mejor que cualquier herrero. Y por último Samu, La Fe Ajena para acrecentar el dolor de tus enemigos, para oxidar sus hierros o calmar el tormento de tus allegados.

El Segundo Triángulo, El Triángulo Mente, era Raga, y Pneuma, su Primera Punta, barría las consciencias de todo pensamiento inadecuado y servía de brújula en el caos. Su Segunda Punta, Metayón, El Metal, servía para afilar los nervios en la batalla y enmudecer la peor de nuestras pesadillas, y Raju, La Sexta Punta de La Ságida, podía provocar tal tormento en las mentes que a veces llegaba a romperlas para siempre.

Y por último Ru, El Tercer Triángulo de La Ságida, El Triángulo Carne. Su Primera Punta, Sarx, te hacía plenamente consciente de tu ser, y solo los sorgas más avezados podían controlarla en su plenitud. Ostó, El Nexo Hueso, transformaba la carne para convertirla en piedra o cerraba heridas que podrían resultar mortales para los instrumentos de los mejores cirujanos. Y Basaru, La Novena y última Punta de La Ságida, transformaba el mundo: del polvo fuego, de los huesos

agua, de la nada el todo. Muchos de los *fechizos* de Ru estaban prohibidos para La Sorgia. Si uno intentaba cambiar el mundo, el mundo sufría por eso, y para La Sorgia el mundo ya sufría demasiado. La Sorgia era el orden en el caos, y Los Nueve Pilares del Tribunal la guardaban.

—Si no te basta con temer al caos, niña, témelos a ellos —solía advertirle La Graja—. No puedes llegar a imaginar siquiera su poder.

A otros niños los asustaban con cuentos sobre los *daimonios* de La Frontera, con historias sobre las jarpías que bajaban de las montañas para llevarte hasta sus nidos, y con la leyenda de hombres imposibles como la de ese tal Oriim Ojiangre. Pero a ella no. A ella le hablaban del caos, del Tribunal, de la guerra y de la infinita ambición de los hombres de poder. Y si bien a la sombra de su padre se sentía a salvo, al amparo de La Graja y los otros Huérfanos, a veces, en la oscuridad, Astilla tenía miedo de todas esas cosas.

—El dolor te hará crecer, niña —solía decirle La Graja—. El miedo te hará valiente.

La Cruz no estaba demasiado de acuerdo con esas lecciones, según él era pronto para hablarle del miedo y del dolor a su hija, pero La Graja, de una forma u otra, siempre acababa por imponer su voluntad. Según ella, a Astilla le hacía falta una mano dura, al menos si La Cruz quería que la educara en los principios de La Estrella de Nueve Puntas.

—Para vencer al miedo primero hay que sentirlo —discutía con La Cruz—. Conocerlo por entero. Una no se abre a El Mundo Sombra sin haber vencido antes al miedo. Y menos tú, niña. Ellos, de ti —y la señalaba—, solo esperan cruzar.

Sí, desde que era niña Astilla siempre se había sabido diferente a los demás. Por su sangre, le decían. Ella no tenía ni idea de si esa sangre especial suya le venía por parte de madre o de padre, pero cada vez que preguntaba:

—Es pronto para eso, Ildi —le decía su padre.

Y La Graja:

—Sabrás lo que yo quiera que sepas y cuando yo quiera que lo sepas, ¿estamos?

Y si algo aprendió, y pronto, Astilla de La Graja, fue a fruncir el ceño. A ser más cabezota que nadie, a siempre querer llevar la razón. Y para eso tenía que absorber todo y cuanto le ofrecían. Para algún día llegar a saber tanto o más que esa mujer que todo lo sabía, Astilla, con el ceño fruncido, tenía que aprender.

—¿Qué fetiche usarías para calmar la fiebre, niña?

—Una vara de olmo de nueve años secada en agua de río —corría a contestar—. Pintada de esencia de sauco macerado durante nueve lunas negras y enrollado en bramante teñido con uvas añejas.

—¿Y qué puntas estarías levantando?

—Primero Soma. Luego Xil, si es para bajarme a mí misma la fiebre. Samu si es para otro.

—¿Y si quisieras hacer desaparecer la fiebre?

—Eso es ya más complicado —y fruncía el ceño, apretaba los puños para recordar—. Para eso haría falta levantar Ru, y Ru ya *nu* es de agua sino de fuego. Su Primer y Tercer Vértices están separados por la tierra... —recitaba mientras pensaba, mientras buscaba la respuesta precisa—. El fetiche sería distinto para hacérmelo a mí misma que para hacérselo a otro. Si fuese para un ajeno, necesitaría hacer tintura de polvo de hueso ennegrecido en nueve hogueras de leña verde. Tomaría arcilla de allí donde hubiera muerto un animal para darle cuerpo al fetiche y lo

cocería con madera de sauco. Empaparía una tira de cuero con el sudor del paciente y la ataría con nueve nudos al muñeco de arcilla para luego pintarla con el polvo de hueso. —Y la miró desafiante—. Creo que nada más.

—¿Y qué puntas levantarías al crear el fetiche?

—Fácil: Sarx y Ostó.

—No. —La Graja hizo chasquear la lengua con disgusto—. No entiendes, no recuerdas, no respetas a La Sorgia. Primero Soma, niña, siempre Soma. Ahora, desde el principio, ¿cuál es La Primera Punta de La Ságida?

¿Qué usarías para calmar el dolor? ¿Qué puntas levantarías? ¿Qué, para calmar la fiebre?

Y cada vez que se confundía, volvían a empezar, una, y otra, y otra vez. Desde que Astilla era una niña.

8

—Levanta esos brazos.

Astilla miró a su maestra enfurruñada y le preguntó:

—¿Y cuándo vamos a levantar Soma? ¿Cuándo tomaré la diiva?

—Levanta esos brazos he dicho.

Y ella, claro, lo hizo. Desnuda de cintura para arriba, mientras La Graja dibujaba en sus costillas extraños símbolos, mientras la ensuciaba con ese potingue suyo como tantas otras veces. Para, según la *fechicera*, protegerla de la mezcla. Para poder mirarla por dentro.

—Huele fatal —rezongó.

En el laboratorio de La Graja los olores se confundían. Olor a hierbas, a fermentos y a esencias. Olía a cieno y también a flores secas, a hongos, a todo aquello que se pudre bajo tierra. Olía a pieles recién curtidas y a sudor rancio, pero también olía a papel, a hierro y a los brotes de los parterres que ya crecían junto a la cristalera. Olía a madera nueva y a madera vieja, a tierra recién regada y también a polvo. Olores agrios pero también dulces, olores amargos y desagradables y deliciosas fragancias que le embriagaban el paladar. Mezclándose en la penumbra.

Una estancia atestada y sin embargo limpia y ordenada hasta la pulcritud. Baldas de tarros con sus entrañas llenas tanto de cosas vivas como de cosas muertas, ánforas de arcilla colmadas de aceites, especias y hierbas secas, y bolsas de cuero desde las que se derramaba polvo de hueso y carbón. Un baúl boquiabierto del que asomaban tiras de tantas y distintas pieles de bestia, otro de pequeños lingotes de metal refulgentes al amor de los fuegos del horno, perfectamente apilados en columnas de hierro, de cobre y también cinc, incluso plata. Estanterías llenas de libros y de legajos de Antes y de Después, flores secándose en la red abombada del techo y alambiques siseando desde las profundidades.

Confundiéndose.

—Estate quieta —la amenazó La Graja con los dedos índice y corazón sucios de ese potingue con el que la estaba pintando—. Y deja de quejarte.

—Pero me lo habías prometido...

La Graja le había prometido que a su vuelta del desierto levantarían Soma de nuevo. Que le daría la diiva para cruzar las brechas entre un mundo y el otro. Que incluso puede que, si se portaba bien, hasta le dejaría crear su primer fetiche. Que ya estaba preparada.

Y sin embargo:

—Basta, niña. Déjate hacer, ¿estamos?

La Graja no era como su padre. La Graja no se ponía a su altura, ni siquiera la miraba si no era para regañarla. Dibujaba sus símbolos en silencio: en el pecho, en la barriga, en la cara. La Estrella de Nueve Puntas en el bajo vientre.

—¿Por qué? —terminó por preguntar Astilla.

—¿Por qué, qué, niña?

—¿Por qué necesito estos dibujos? ¿Por qué soy tan especial? —Silencio. Al rato—: De vuelta nos encontramos con unos salvajes en el cañón —le soltó como si tal cosa.

Su maestra la miró de soslayo, la tormenta de sus ojos.

—Caravaneros, niña —la regañó—. O moosa, si lo prefieres, pero no salvajes.

—Pero así es como les llama la gente.

—La gente —siseó la *fechicera* con desprecio—. Esa gente tuya ve el mundo por una estrecha rendija sucia de polvo, niña. Esa gente tuya prefiere la ignorancia a cambio de sentirse a salvo en un mundo que no entienden. Prefieren el blanco y el negro, arriba y abajo, y nosotras no somos eso, ¿estamos?

—Estamos. —Al poco—: Creo que me miraban a mí. Creo que me cantaban. ¿Por qué?

La Graja no contestó.

—Graja... —Y sin atreverse a mirarla—: ¿Mi madre era una caravanera?

La *fechicera* se irguió, ya culminado su trabajo.

—Ya puedes bajar esos brazos, niña —dándole la espalda, hundiendo las manos en la jofaina para limpiarse el potingue de las manos—. Hemos acabado.

Astilla bajó la mirada enfurruñada; de nada serviría seguir preguntando. El potingue que la cubría ya se secaba y le picaba todo el cuerpo, pero si no quería hacer enfadar a La Graja, más le valía no quitárselo.

—Ahora siéntate —le ordenó secándose las manos con un trapo; a la luz parpadeante del horno, de los fuegos de los alambiques, su rostro más negro que nunca, sus escarificaciones más pálidas, casi blancas—. Así no, la espalda bien recta. La barbilla paralela al suelo.

—¿Pero *nu* se supone que tengo que estar relajada? Pues así *nu* estoy relajada... —Sentada sobre sus piernas cruzadas, las manos sobre las rodillas como le habían enseñado—. *Paice* que me hayan metido un palo por el culo, por La Frontera.

La tormenta, el huracán en su mirada.

—¿Quieres o no levantar Soma, Ilda? —La Graja solo la llamaba así cuando estaba enfadada de verdad, y Astilla corrió a obedecer—. Bien —sentándose frente a ella con las piernas cruzadas, en el mismo centro de la habitación.

Sobre el suelo de tierra pisada una alfombra con La Ságida bordada. En el laboratorio de mare Raiia, La Estrella de Nueve Puntas reinaba por doquier.

—Ya sabes lo que hacer, niña. —Astilla cerró los ojos. Llenó de aire sus pulmones y lo soltó, tal y como le habían enseñado. Una vez. Y otra. Y otra más.

Imaginó ese cedro alto, altísimo, que crecía entre el cuartel del publicano y el salón de mare Ladia, en el centro mismo del pueblo. Sus ramas. Su tronco. Sus raíces.

Los alambiques siseaban en la oscuridad, castañeteaban al temblar sus entrañas. Fuera, Trespasos llamaba al rebaño; su padre, desde las profundidades de la granja, rasgaba las cuerdas de su banjo. Olía a sudor y a hierba fermentadas, a cieno y a penumbra. En la oscuridad, en el silencio, el tiempo pasaba lento, lentísimo. Y Astilla, con los ojos apretados, empezaba a cansarse de esperar.

Astilla inquieta, incómoda. Ni rastro de árbol alguno en su consciencia.

Recordaba sus siluetas acucilladas a la entrada de esa cueva. En la oscuridad, mientras inhalaba aire y lo soltaba, se repetía su canción, la canción del viento. Su padre alzado al otro lado del cañón hasta hacerlos desaparecer, los puños de sus puñales refulgiendo al sol. Agarrándola de la barbilla, haciéndole daño...

—Se acabó. —Escuchó levantarse a La Graja—. Hoy no habrá diiva para ti, niña.

Astilla sintió las lágrimas ardientes tras sus párpados. La rabia trepando a sus dientes, la impotencia.

—Hoy tienes la mente sucia, niña. Hoy jadeas, no respiras. Hoy tienes prisa de respuestas y una no se abre así a la mezcla.

—Pero...

—Pero nada, niña. Basta por hoy.

A Astilla le picaba todo el cuerpo, y todo para nada. Se tragó el llanto como mejor pudo, pero se vio incapaz de reprimir ese torpe gemido que ya se escapaba de sus labios. Estaba llorando y le daba una rabia terrible verse así. Sus débiles sollozos, sus hipidos.

Todo en ella la asqueaba.

—Mírame, niña. —Astilla abrió los ojos. La Graja la miraba desde las alturas tras la neblina de sus lágrimas—. Bien.

A veces la voz de La Graja no croaba. A veces, de su garganta manaban campanas de bronce graves y profundas. En ese *bien* suyo, un océano entero. Mientras le tendía las manos. Mientras la levantaba.

La Graja la sostenía y, sin soltarla, le limpiaba las lágrimas con la manga de su abrigo.

—Dime, niña, ¿cuántos soles has vivido? —Astilla jadeó para que su voz no sonara rota por el llanto—. No. Así no. Deja salir el miedo, niña. La tristeza. La rabia. El dolor. Déjalo salir.

A los otros niños, cuando lloraban, sus padres los abrazaban. A algunos, a muchos por desgracia, los regañaban o incluso los atizaban para que dejaran de hacerlo. Pero Astilla no era uno de esos niños. Astilla era hija de La Cruz, la maki de La Graja, y nunca pudo permitirse ser una niña del montón.

—¿Cuántos soles?

—Pronto tendré nueve —lloriqueó; queriendo echarse sobre su maestra, salvar la distancia que las separaba y enterrarse en su pecho.

—Nueve soles, niña. Y ya conoces los nombres de las plantas, los nombres de las rocas. Solo nueve soles y conoces docenas de *fechizos*, los secretos de La Ságida y las leyes de La Sorgia. Así que no escondas tus lágrimas. —En el tono de La Graja no había alivio ninguno ni

tampoco abrigo, su tono era duro como el hierro y, sin embargo, su voz de bronce la inundaba por entera—. Así que puedes errar, jadear, equivocarte. El dolor te hará crecer, niña. El miedo te hará valiente. Así que no los escondas. No a mí, ¿estamos?

Astilla asintió, le dijo que sí, que estaban. Con la cara sucia de lágrimas y mocos y vergüenza.

—Tú eres distinta a los demás, niña, ¿y sabes por qué?

—¿Por mi sangre?

—Al polvo con tu sangre —bufó La Graja—. Tú no solo eres tu sangre, niña. Eres más. Eres tu rabia y tu miedo y tu dolor. Eres esa impotencia que te corroe por dentro. Eres puro inconformismo. Eres rebelión. Tú no eres como toda esa gente, niña, y por eso, estoy orgullosa. Es por eso que puedo llamarte maki, ¿estamos?

Astilla no recordaba haber llorado nunca tanto. Haberse limpiado nunca tanto.

—Pero hoy has fallado —y dejó de sostenerla, de limpiarle las lágrimas—. Hoy no habrá diiva para ti.

Astilla apretó los puños, se barrió el llanto de la cara de una brazada, y con el ceño anudado, cabizbaja:

—Entiendo, mare Raiia.

—Claro que entiendes, niña —dándole la espalda, azuzando los fuegos de sus alambiques—. Tú, por desgracia, siempre entiendes.

A Astilla le pareció atisbar una pizca de orgullo en la voz de su maestra. Le pareció, solo por un momento, mientras se volvía hacia sus fuegos, que asomaba a sus labios una tenue sonrisa.

Astilla ya se ataba la camisa dispuesta a marcharse cuando:

—Tu madre era una buena mujer, niña. Una buena amiga, la mejor. Nunca lo olvides.

9

Astilla le quitó al recién cruzado el trapo ya seco de la frente y se lo cambió por otro que acababa de escurrir sobre la jofaina. Verde se despertó, esos ojos nublados suyos. Su rubor.

—¿Estás mejor?

Verde se había pasado con fiebre los últimos días. Solía pasarle a los de Antes; de hecho, según su padre, aquello era una buena noticia. Los delirios de la fiebre hacían más ameno el cambio: ese saltar del verde al desierto, del mar a la vacía inmensidad de La Frontera.

—Sí —musitó el recién cruzado—. Gracias.

Astilla asintió. Al poco:

—Hoy he bajado al mercado con mi padre y un chatarrero vendía una de esas gafas tuyas — y señaló sobre la mesilla—. Igual vas a tener suerte y todo. Igual, cuando te crezca esa cabezota y no te quepan tus cristales, podrás encontrar otros más grandes.

Verde se encogió de hombros bajo las mantas.

—No funciona así. No a todos les sirven las mismas gafas. Tienen que graduártelas.

—Graduártelas, entiendo —Pero no, no entendía una mierda—. ¿Y esto? —Astilla agarró de la mesilla lo que bien parecía un espejo oscuro no mucho más grande que su mano. Se lo habían sacado al niño del pantalón—. ¿También es para ver?

Verde tosió al reírse, y a Astilla no le gustaba un pelo que se rieran de ella.

—No, no es para ver... Bueno, se ven cosas dentro. Vídeos. Pero sobre todo sirve para hablar.

—Vídeos. Para hablar —repitió Astilla aturdida.

—Es un móvil. Un teléfono. —Astilla apretó el ceño.

Verde se lo explicó como mejor pudo; no sirvió de mucho. Luego se irguió sobre sus codos y se apoyó contra la cabecera de la cama encajándose la almohada en los riñones.

—¿Hay más como yo?

—¿Preguntas que si hay más gente de Antes? —Verde asintió—. Sí, sí que hay más.

—¿Todos niños? —Astilla negó—. Ya...

Astilla repitió lo que le habían enseñado a repetir en esos casos:

—*Nu* vale la pena preguntar sobre *esu*, *frae*, sobre *cruzar* —le aclaró—. Después de Aquello ese tipo de preguntas sirven *pa* poco. Aquello ocurrió, los daján rieron en el cielo, así son las cosas. Hace mucho de eso, ¿sabes? Cientos... Miles de soles.

Al rato, el recién cruzado:

—¿En qué año estamos?

Astilla arrugó más si cabe el ceño:

—¿Año? —Lo único que sabía ella sobre años era que los de El Buen Polvo habían llegado a su fin—. *Nu* sé decirte, *frae*...

—Yo estaba... Vivía en el año dos mil veinte. ¿En qué año estamos ahora?

Astilla se lo explicó como mejor pudo. Le contó que Después de Aquello los años se confundían, que solo entendían de soles.

—Así que *nu* puedo contarte demasiado... Solo sé que los de Antes *nu* siempre cruzáis del mismo tiempo. Eso me han dicho. —Y era verdad, había escuchado hablar a los mayores de eso—. Todos los de Antes decís venir de algo llamado Siglo Veintiuno. Pero de distintos soles, de distintos... años.

Verde se llevó las manos al trapo húmedo que pendía de su frente y se lo puso sobre los ojos. Suspiró... o más bien gimió.

—Menudo lío, ¿eh?

—Sí —bufó él quitándose el trapo de los ojos para mirarla—. Menudo lío.

—Un lío de mil pares de *daimonios*, diría yo —le sonrió Astilla.

—Eso —rio él. A Astilla siempre le fue fácil arrancarle una sonrisa.

—Bueno... Si necesitas algo, estaré justo aquí al lado —y señaló hacia el otro lado de la pared—. Te pondrás bien, ya verás.

Verde asintió.

—Gracias.

Sin poder evitarlo, los ojos de Astilla resbalaron una última vez sobre ese pequeño espejo negro de la mesilla. Ese *móvil*.

—Puedes quedártelo, si quieres. —Verde siempre fue de lo más rápido a la hora de descubrir sus deseos. Desde el principio—. No creo que vaya a necesitarlo.

Astilla asintió ceñuda haciéndolo desaparecer bajo su chaleco y, sin más despedida, salió por la puerta a pisotones.

10

Tenían visita. Voces extrañas en el piso de abajo, La Graja dándoles la bienvenida... A su manera, claro:

—¿Puede saberse qué *daimonios* haces aquí?

Una voz suave como respuesta, tenue y sedosa, que Astilla no alcanzó a entender. Se pegó a la pared junto a las escaleras que bajaban al piso de abajo, la oreja casi pegada al suelo de tablas.

—Krae Volario. —La voz de su padre—. El polvo le sea dulce.

Astilla escuchó bufar a La Graja. Y el Volario:

—Al parecer *nu* todos bajo tu techo me desean la misma gracia, *maisse* La Cruz.

—Discúlpela, krae Volario, *nu* solemos recibir visitas. Y menos escoltadas por tanto hierro.

—Soy yo quien te debe una disculpa, *maisse* La Cruz, por presentarme sin avisar. —Astilla se pegó aún más al suelo, la voz de ese hombre era apenas un suspiro—. Pero, como suele decirse, la vida de un krae vale lo que valen las vidas de sus fieles. Lo creas o *nu*, hay quien me desea mal por estos polvos.

Aquello era una verdad tan grande como el desierto, bien lo sabía Astilla. Krae Dugo *El Blanco* Volario no era del agrado de las gentes de La Bellada. Fueron los Garría quienes pagaron la expedición en los años de El Buen Polvo, la gente de a pie quienes levantaron las primeras casas y se defendieron a sí mismos de los peligros del desierto sin la ayuda de los kraes. Pero estos, cuando la fortuna afloró, no tardaron en ondear sus colores. Los Volario llegaron cuando ya todo el trabajo estaba hecho, clamando a los cuatro vientos que, en nombre del Cadágara, esas tierras les pertenecían. Y aunque hiciera mucho de aquello, aunque los soles hubieran pasado y los años de El Buen Polvo hubieran quedado atrás, el resentimiento persistía.

La desconfianza mutua.

—*Nu* bajo mi techo, krae Volario. Sois bienvenido. —Bajo las tablas del suelo crujieron el cuero y el acero: hombres armados. Unos cuantos a juzgar por el ruido que metían—. Tráenos algo de beber, Trespasos. Krae Volario tendrá sed después de la caminata.

—Oh, gracias, gracias... —Esa voz casi afeminada y sin embargo afilada como los puñales de su padre—. Pero *nu* será necesario. *Nu* me quedará mucho.

Astilla se asomó por las rendijas del suelo: uno de los soldados de El Blanco se paseaba registrando cada rincón con gesto altanero. En su boina lucía el púrpura de los Volario, su halcón de plata con las garras prestas, pero de soldado de bien (y según su padre no existía tal cosa) ese hombre tenía poco o nada. Bajo la boina vestía un sucio chaquetón que le llegaba a las rodillas, remachado en hierro y más adecuado para la guerra y el desierto que para mantener paz alguna. Uno de esos baladeros de Antes le colgaba del hombro, un ancho y largo puñal al cinto. Y no estaba solo, Astilla podía escuchar a los demás paseándose por la casa de su padre como darfos por sus cuevas. Hombres que no habían sido llamados a levass, sino a rulos contantes y sonantes.

Mercenarios, perros de la guerra.

—Está bien —le oyó decir a su padre—. Le escucho, entonces.

—*Nu* me gusta nada cómo me mira tu bruja, *maisse* La Cruz. Si yo estuviera en tu lugar, la ataría en corto. *Nu* vaya a ser que muerda a quien *nu* debe, ¿eh?

Los hombres del krae corearon con gruñidos las palabras de su señor.

—Mis disculpas, krae Volario. Pero me temo que usted *nu* está en mi lugar, ni yo en el suyo. Me temo que nuestros respectivos lugares son, cuando menos... dispares —al morder aquella última palabra, Astilla no percibió miedo alguno en la voz de su padre—. Pero puedo asegurarle que mare Raiia *nu* morderá a nadie mientras se la deje mirar a quien y como le plazca en paz.

Silencio. A Astilla le costaba respirar.

—Valientes palabras para un hombre valiente —bisbiseó El Blanco—. Todavía llevas la guerra en la lengua, hijo, y, que yo sepa, vivimos tiempos de paz.

—¡Díselo a tus perros! —oyó ladrar a La Graja.

—Basta, Graja —la calmó La Cruz. Luego—: Como ya ve, krae Volario, la guerra solo cambia de tiempo y lugar. La guerra se limita a esperar su oportunidad, nada más.

—Ah, así que *nu* solo tienes palabras valientes para mí, *maisse* La Cruz, sino también sabias. Tu fama *nu* te merece, hijo. —Astilla vio cruzar a El Blanco por la rendija, paseándose con las manos cruzadas a la espalda. Su piel pálida hasta la náusea, como si jamás hubiera conocido sol alguno. Su larga y lisa melena caía en una blanca y reluciente cascada de espuma sobre la chaqueta del impoluto traje a tres piezas que vestía al estilo de los de Antes—. La fama de uno puede llegar a volverse en su contra. Bien *siuro* puede llegar a hacerlo.

El Blanco se acercó a la chimenea y agarró una de las figurillas de Trespasos. Las tallaba a docenas, pequeños animalillos que arrancaba a la madera; a Astilla le encantaban. A El Blanco no. El Blanco miró la figurilla con desprecio para dejarla de nuevo en su sitio exhalando un suspiro de lo más teatral.

—Cualquiera puede crear arte estos días, ¿eh? —rio sentándose al amor de la lumbre sin que nadie lo invitara. Astilla solo veía ya sus negras botas, sus piernas cruzadas—. Sea cual sea su sangre y su suerte. *Nu* hablemos ya de sus aptitudes.

Sus hombres le rieron la gracia.

—Basta, krae Volario. Nos conocemos de hace demasiado tiempo para esto. Así que háganos un favor a todos y diga lo que tenga que decir.

—Ah, así que se acabaron las formalidades, ¿eh?

—Todo tiene su límite —gruñó su padre.

—A eso iba, *maisse* La Cruz, a eso iba... —Una mano blanca como el hueso asomó por la rendija para sacudirse el polvo de los bajos del pantalón—. De límites estamos hablando. De contratos. Y usted, me temo, *nu* está cumpliendo el suyo.

—Primera noticia. Que yo sepa pagué mi montazgo en la luna de Muertos tal y como es mi responsabilidad para con el Barón y usted mismo.

—¿Pagó usted? ¿O pagaron sus patrones los Garría?

—Lo mismo da —gruñó su padre—. Y prefería cuando me tuteaba, krae Volario. Estamos en confianza. O eso espero, por el bien de los presentes.

Otro silencio. Más largo. Más *afilado*.

—Los tiempos cambian, *maisse* La Cruz. —Terminó por susurrar El Blanco—. Los años de El Buen Polvo han llegado a su fin, así como los contratos que se establecieron entonces. Entonces estos polvos dejados de la mano de la civilización se bastaban y se sobraban para satisfacer las necesidades de nuestro buen Barón, pero mucho me temo que ya ni se bastan, ni mucho menos se sobran, ¿verdad?

—Hable claro, krae Volario.

—Claridad, claro... —Su voz, olas chocando con la orilla, murmurando contra la arena—. Albredo IV Cadágara necesita de sus tierras lo suficiente para poder mantener la paz. —Astilla escuchó desdoblarse un papel—. Nuevos tiempos para nuevos contratos.

Vio a su padre asomar por la rendija para agarrar el legajo que El Blanco le tendía. No muchos Después de Aquello sabían leer, pero su padre nunca tuvo nada que ver con las mayorías.

—¿Entiende ahora, *maisse* La Cruz? Son órdenes del mismísimo Barón, y mucho me temo que yo *nu* puedo sino acatar su voluntad.

—Su voluntad —escuchó croar a su maestra—. Al Barón nunca le importamos, Blanco, ni siquiera en los años de El Buen Polvo. Tú has tramado esto, tú...

—Graja, prae —le suplicó La Cruz—. Pagaremos lo correspondiente al nuevo montazgo a finales de esta misma luna, krae Volario —devolviéndole el papel ya doblado—. Puede contar con ello.

—Oh, pero ¿puedo? Porque yo creo que *nu*, *maisse* La Cruz. Me gusta apostar a largo plazo y, honestamente, *nu* veo que este nuevo trato nuestro pueda llegar a alargarse demasiado, ¿*nu* cree?

Astilla no era ninguna tonta, Astilla había escuchado historias. Las gentes de La Bellada se ofrecían en servidumbre a krae Volario: a los que no se marchaban, a los que no vivían al amparo de los Garría, no les quedaban muchas más opciones. Antes, a las gentes de La Bellada, a los primeros pioneros, la fortuna les había sonreído lo bastante para pagar el montazgo y también los derechos de exportación, pero ahora, sin nada que exportar, se veían contra las cuerdas. Los Garría no tenían trabajo para todos, y con la subida de los impuestos...

—Pagaremos —escuchó gruñir a su padre—. Puede contar con ello.

—Está bien —otro suspiro de lo más teatral al levantarse de la silla—. Pero quiero que sepa que existen otras opciones, *maisse* La Cruz. Quiero que sepa que yo sí que puedo cuidar de los míos.

—Estoy bien como estoy. Gracias por la oferta, krae Volario.

—Ah, veo que su lealtad hacia sus patrones es inquebrantable, *maisse* La Cruz. Una pena que los Garría *nu* vayan a durar para siempre...

—No fueron los patrones los que cayeron en Libertia, Blanco —croó La Graja—. Y según he oído el Barón Arreás Valva está teniendo sus dificultades con ese tal Kalio Último Tagal, no hablemos ya de La Purga de Caala. Los tiempos cambian, ¿no era eso?

—Oh, pero esto *nu* es Libertia ni tampoco Zarba, bruja, mucho menos Caala. —Sus botas tableteando contra el suelo al marcharse, al darles la espalda—. Y yo *nu* soy ninguno de eso kraes. Yo, como bien dices, soy El Blanco y... ¿cómo era? La guerra solo espera su oportunidad,

¿verdad, *maisse* La Cruz? Ah, pero qué voy a contarle yo a usted de la guerra... Ya sabe cómo funciona, ¿verdad? Usted mejor que nadie supo elegir el bando vencedor. Por su bien, y por el de los suyos, por su bien y por el de su hija, espero sepa volver a hacerlo.

Crujir de cuero y hierro, los hombres de El Blanco escoltaban a su señor.

—Krae Volario.

Ya desde la puerta:

—¿Sí, *maisse* La Cruz?

—La siguiente vez que vaya a amenazar a mi hija asegúrese de venir acompañado de los suficientes perros como para poder arrancarme el cuello. Si es que los tiene, claro.

El último de los silencios. El más peligroso de los silencios.

Si El Blanco dijo algo más, Astilla no pudo escucharlo. Solo las botas de sus perros al marcharse; fuera, los látigos y los cascos de sus monturas.

—Deberíamos haberlo matado —La Graja bufaba, pateaba el suelo—. Y no ahora, sino tiempo atrás.

—Mata a un krae y tendrás a cientos llamando a tu puerta. —Trespasos no había pronunciado palabra hasta ahora, ni siquiera cuando El Blanco lo había insultado abiertamente—. Lo sabes bien, Graja.

—Lo que sé es que no te costaría nada meterte en su casa una buena noche y aliviarle para siempre el sueño, Trespasos, eso es lo que sé. A él y a toda su familia.

—Basta, Graja, esto ya está hablado y bien sabes que *nu* solucionaría nada —le espetó su padre—. Ahora tenemos un lugar que proteger. Así lo decidimos. *Nu* tiraré piedras a mi propio tejado.

—¡Pero esto es un robo, La Cruz! ¡Esto...!

—Los Garría nos ayudarán. Nos lo deben.

—Pero ya has escuchado a El Blanco, ¿por *cuánto* tiempo? A El Blanco le llueven los rulos por la gracia del Barón, pero los Garría dependen de su negocio, y dime ¿qué negocio tienen ahora además de sus tierras? ¿Cuánto tiempo más podrán pagar nuestra parte?

—*Nu* puedo permitirme la guerra. *Nu* podemos. *Nu* hay más que hablar. —La Graja bufó resignada, y al cabo—: Cuéntales lo ocurrido a Los Rojos y a Deb, Trespasos, que sepan de las nuevas condiciones de nuestro contrato, que sepan que El Blanco quizá quiera responder a mis amenazas. Que se anden con cuidado, ¿oca?

—Los Huérfanos *nu* sabemos andarnos de otra manera, *pa*. —Eran pocos los que escuchaban ese tono de voz manando de la garganta del torpe y desgarrado Trespasos. Muy pocos los que seguían vivos después de eso, o al menos eso contaban las historias.

—Yo hablaré con los Garría —siguió su padre—. Y ahora, Graja, ocúpate de nuestra pequeña espía, ¿oca? —Astilla se levantó tan rauda de su esquina que a punto estuvo de caer escaleras abajo—. Sé amable. Pero recuérdale que los secretos de familia se quedan en familia.

Astilla tropezó con sus propios pies y armó un jaleo de mil pares de *daimonios*.

—Mierda —jadeó.

Escuchó reír a su padre y a Trespasos. La Graja:

—Ven aquí, niña. Tenemos que hablar.

Astilla gimió. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—¿Pasa algo malo?

Verde se irguió sobre la cama al verla entrar. Por el estrecho ventanuco de la habitación se colaban las últimas luces del ocaso, un haz de sangre sobre las mantas.

—Nada pasa —le contestó Astilla, ceñuda y enfurruñada—. ¿*Nu* odias a veces ser un zagal?

Verde dudó:

—No, la verdad.

—Pues eres tonto, entonces.

Verde se encogió de hombros.

—Puede. —Astilla bufó, para luego sentarse en la cama a sus pies; todavía cabizbaja, las manos enredadas.

—Se te ve mucho mejor.

—Lo estoy.

—Pues que sepas que en cuanto te recuperes tendrás que ayudar con las tareas, ¿oca? *Nu* voy a ser yo la tonta de turno.

—Oca. Quiero ayudar.

Otro bufido por parte de Astilla. Luego, como si tal cosa:

—¿Antes de Aquello también había guerra?

—Sí... Yo nunca la vi, pero sí que la había. Se hablaba mucho de ella. Mis padres... —su gesto se torció al recordarlos; la fiebre a sus ojos, el rubor a sus mejillas.

—Duele, ¿eh? —Verde asintió quitándole la cara—. La Graja dice que el dolor nos hace fuertes, pero ¿sabes qué creo yo, frae?

—¿Qué?

—Que eso es una mierda de daján. —Siempre le fue fácil hacerle reír—. Una de las buenas.

Los ojos de Verde se asomaron a la ventana. Al otro lado de los sucios cristales se desvanecían los últimos rayos de sol, la penumbra se hacía con el mundo.

—Los daján... —dudó Verde, su sonrisa ya marchita—. ¿Qué son?

Los hombros de Astilla saltaron.

—Los daján son daján —le dijo—. *Daimonios*.

Verde asintió. Un par de veces.

—Creo... Creo que me persiguió uno de esos daján. Uno que hablaba con muchas voces. Al principio creí que quería hacerme daño. Que quería comerme. Pero luego...

—Nunca hagas caso de las voces de los *daimonios* —lo interrumpió Astilla—. Eso dice La Graja.

—Ya... —Al cabo—: Entonces, ¿estáis... —dudó— estamos en guerra?

—La guerra solo cambia de tiempo y lugar. —A Astilla le encantaba saberse más lista que los demás, y, oh, era buena recordando—. La guerra se limita a esperar su oportunidad, frae, nada más.

—Eso no me dice mucho.

—Pues que sepas que sí que dice mucho —rezongó Astilla envarada—. Yo *nu* tengo la culpa de que esa cabezota tuya *nu* lo entienda.

—Lo siento.

—Bah. —A Astilla no le gustaba verlo así; tan triste, tan poca cosa—. *Nu* tienes de qué preocuparte, frae. Mi padre luchó en la guerra, ¿sabes? Mi padre sabe luchar como nadie, y también Sus Huérfanos.

—¿Sus Huérfanos?

—Sus Huérfanos, sí. Los salvó de la muerte en La Guerra de La Partida. Ya has conocido a un par. La Graja es una de ellos, y también Trespasos, el del bigote grande —le aclaró—. Ya conocerás a los demás. Son buena gente.

No todo el mundo pensaba lo mismo, claro, pero Astilla no se lo dijo. Las gentes de La Bellada solían confiar en su padre, incluso lo veneraban, pero de los otros se contaban otro tipo de historias. Contaban que la guerra no les sentó bien, que era mejor no calentarlos.

—Además, yo también estoy aprendiendo para la guerra, ¿sabes? —siguió Astilla—. Una vez hasta levanté Soma y todo.

—¿Soma?

Astilla tuvo que explicarle qué era Soma. Y luego, claro, todo lo demás. Llevó su tiempo y no sirvió sino para frustrarlos a ambos.

—¿Y tú? —terminó por preguntarle—. ¿Qué hacías? ¿A qué te dedicabas Antes de Aquello?

Verde volvió a meter la cabeza entre sus hombros de nuevo:

—Iba a la escuela. Ayudaba en casa, jugaba y... poco más. Era solo un niño.

—Ya... Pero algo te gustaría hacer.

—Sí —sonrió—. Me gustaba leer. Me gustaban las historias.

—Yo prefiero las historias contadas. Leer *nu* se me da muy bien.

—Podría enseñarte.

—*Nu*, gracias —Astilla odiaba las lecciones de La Graja. Esos símbolos raros y apretujados, ese atascarse a cada sílaba—. Leer *nu* es lo mío, frae.

—Pero podría serlo.

Astilla se rio de él, le dijo que no tenía ni idea... Solo que no tardó en demostrarse lo contrario. Y Verde resultó ser el mejor de los maestros.

12

Siempre se les veía juntos. Allá donde fuera Astilla, Verde la seguía de cerca. A veces no se portaba nada bien con él; Astilla, por aquel entonces, tenía un genio de mil pares de daján, pero a él no parecía importarle. Sus ojos mirándolo todo, aprendiendo. Siempre tan humilde, tan servil.

El recién cruzado no tardó en granjearse el cariño de todos, y a Astilla le fastidiaba y mucho que La Graja fuera siempre tan amable con él, que le dijera:

—A ver si se te pega algo, niña. A ver si por fin aprendes.

Pero la verdad era que, por mucho que lo intentara, no había manera de odiar al pobre zagal. Además, Verde tenía docenas de historias de Antes, y a Astilla le encantaban las historias. Algunas noches, La Graja se veía obligada a arrastrarlos hasta la cama, pero apenas se hacía el silencio en la oscuridad de la granja, salían de sus habitaciones y charlaban y charlaban. Él la enseñaba a leer y ella le contaba historias del desierto, le hablaba de los daján y de La Frontera, de la guerra y de su padre. Ella le contaba de los secretos de la *fechicería* y él le hablaba de las atestadas ciudades de Antes, de sus pantallas y de su luz. A él no parecía importarle que ella fuera tan gruñona, y ella pronto aprendió a utilizarlo a su antojo.

Estaba claro que Verde la adoraba, que se moría por sus huesos, y eso estaba bien. Tenerlo siempre allí, pegado a su sombra, como la más fiel y obediente de las mascotas... O eso se decía a sí misma, al menos.

Pero, fuera como fuera, siempre se les veía juntos. Fuera como fuera así crecieron. Ella ceñuda, siempre un paso por delante; él servil, siempre a su sombra. Y por un tiempo les funcionó. Por un tiempo, Verde y ella fueron los mejores amigos del mundo...

Luego la cosa se complicó, claro. La cosa, de una forma u otra, siempre se acababa complicando.

13

La Graja le había pedido que fuera a buscar a su padre, que necesitaba hablar con él. Astilla lo buscó por el rancho, preguntó a Trespasos y también a Merro, el viejo chatarrero, el cual, últimamente, más que pasarse por allí y para disgusto de la *fechicera*, vivía por allí. Preguntó a Verde, metido en el fango de las pocilgas casi hasta las rodillas, pero este tampoco supo decirle nada.

Así que subió a buscarlo a su habitación. La puerta estaba entreabierta, la habitación en penumbra, las cortinas echadas.

—¿Pa? —lo llamó.

No es que Astilla tuviera prohibido meterse en la habitación de su padre, pero a La Cruz no le gustaba que nadie, ni siquiera ella, hurgara entre sus cosas. Y aun así, Astilla empujó la puerta. Aun así cruzó el umbral, y sí, puede que lo hiciera a hurtadillas. Asegurándose de que nadie la había escuchado, repitiendo apenas con un hilo de voz:

—¿Pa?

Porque la verdad era que prefería que no estuviera allí. Esa habitación solo para ella, todos sus secretos. Esa cama grande, cubierta por las pieles de tantas bestias del desierto. Su banjo apoyado contra una esquina, del color del hueso en la penumbra. Su ropa colgando de perchas en las entrañas de ese armario de Antes de Aquello, sus viejas botas de Rompebotas, las que solo usaba para el desierto, a los pies de la cama. La jofaina y el espejo frente al que se afeitaba: el olor que despedía esa jofaina era el olor de su padre. En el suelo una alfombra de las Baronías del sur que, según las historias, el mismo Cadágara le había regalado por sus servicios en la

guerra. De las cortinas colgaban piedras y abalorios; del techo, aros leñosos trenzados con cuerdas y tripas de animal. Extrañas máscaras de hueso coronadas de plumas clavadas a la pared, del tiempo que su padre compartió error con los moosa, o al menos eso le habían contado.

A Astilla esas máscaras siempre le dieron algo de miedo. Siempre lo disimuló como mejor pudo, claro, pero al resbalar su mirada sobre ellas, en la penumbra y de puntillas sobre la alfombra, sintió que se le anudaban las entrañas.

No duró demasiado; sus ojos, siempre curiosos, no tardaron en resbalar sobre ese baúl a los pies de la cama, junto a las botas de su padre. Y lo tenía solo para ella. Y deseó, con todas sus fuerzas, que estuviera abierto...

Lo estaba. Sentía el corazón latiéndole en los oídos, las manos torpes y sudadas al retirar los cerrojos. Dejó caer con cuidado la tapa sobre la cama, le pareció escuchar unos pasos que se acercaban, y se envaró como una cervatilla asustada. No era nada, nadie venía. Y Astilla, despacio y con los ojos boquiabiertos, el aliento asfixiado, se asomó a las profundidades del baúl de su padre.

Aquello parecía una bandera. Astilla la desdobló, acariciando cada remiendo. En la penumbra, la bandera era de un escarlata oscuro, casi carmesí; el dorado de la flor de tres pétalos picudos que llevaba bordada en el centro, del color del desierto en la oscuridad. La apartó despacio, dejándola en el suelo. Bajo la bandera, un puño de bronce envuelto en cuero desgastado por el uso, seguido de una vaina oscura de lo que parecía recio roble. Le pareció reconocer las formas de Trespasos talladas en esa vaina. La acarició para descubrir el relieve de sus animales, de sus bestias.

Jadeó cuando, al tirar del puño, el filo se descubrió, afilado tantas veces que brilló incluso en la penumbra. La espada no era más alta que ella, pero pesaba lo suyo. Entre sus manos el peso del poder, de la fuerza de su padre, y sus ojos subiendo y bajando, recorriéndola por entera.

La envainó con un chasquido y la dejó sobre la bandera como un sacerdote dejaría las ofrendas a su dios sobre el altar. Para luego hundir sus manos de nuevo en el baúl. Para sacar ese tabardo del mismo escarlata y con la misma flor.

También pesaba; al echárselo sobre los hombros, al jugar que ella vestía las mismas ropas de su padre. De La Cruz, del héroe de La Guerra de La Partida.

Fue a meter la cabeza por el agujero, a vestirse como él, cuando las cartas resbalaron por la tela y se desparramaron a sus pies. Tantos secretos, tantas historias en esas cartas...

—Deja eso, Ildi. —Al escuchar la voz de su padre, Astilla dejó caer el tabardo al suelo. Al escucharlo acercarse, tropezó con la bandera y a punto estuvo de caer de culo.

Pero su padre la agarró. Las manos de su padre.

—*Nu* es para ti —le decía, arrodillado junto a ella y mientras reunía las cartas desparramadas—. Esta *nu* es tu historia.

Astilla, cabizbaja y con las mejillas incendiadas:

—Lo siento, pa.

Su padre se encogió de hombros en la penumbra:

—*Nu* puedo culparte por tu curiosidad.

—*Nu* pretendía mirar, pa, solo...

—Ildi, si *nu* tienes nada que decir, mejor *nu* digas nada, ¿oca?

—Oca, pa.

Su padre dobló el tabardo sobre las cartas. Agarró su espada con más fuerza de la necesaria.
—Esas cartas... —musitó Astilla—. ¿Quién te las escribió? ¿Fue el Cadágara?
—*Nu*, Ildi. *Nu* fue él.
—¿Son de mi madre? —le costó lo suyo decir aquello.
Y desde la penumbra:
—Tu madre *nu* sabía escribir, Ildi.
—Ya... —Su padre metió la espada de nuevo en el baúl y agarró la bandera—. ¿Pa?
—¿Qué, Ildi?
—Tú siempre dices que *nu* existe el buen soldado. Siempre dices que la ley solo defiende a sus amos. —Su padre asintió—. Pero tú fuiste soldado, ¿verdad? Y fuiste bueno.
Las cicatrices de su padre se arrugaron.
—En la guerra uno hace lo que puede para sobrevivir, Ildi.
Astilla no tenía demasiado claro a cuál de sus dos preguntas respondía aquello.
—Pero los salvaste. A Los Huérfanos. La Graja dice que tú siempre te las apañabas para salvarlos a todos. Que siempre hacías lo correcto.
—¿Ah, sí? ¿Eso dice? Bueno... Digamos que lo intenté, Ildi. —A su padre le dolió decir aquello.
—Conociste a madre en la guerra, ¿verdad? —Su padre asintió—. También la salvaste a ella.
A su padre se lo tragaba la penumbra; sus ojos, al mirarla, pura oscuridad.
—Sí, Ildi —su voz, neutra y apagada; su voz, la voz de la memoria que tanto le dolía—. La salvé.
—Entonces yo digo que eras un buen soldado, pa. El mejor. —Su padre gruñó, y ella, casi fiera—: Pa, si la guerra vuelve, yo también sabré hacer lo correcto. Te lo prometo.
Su padre tardó en asentir, agarrado a esa vieja y remendada bandera.
—Sé que lo harás, Ildi. Sé que lo harás.
Y luego, tras meter la bandera de nuevo en el baúl, cerró la tapa con un último chasquido.

AHORA

Rosamía

1

Rosamía los escuchaba acercarse, sus voces cada vez más cerca:

—Te digo que *nu* queda *na pa* nosotros aquí, Morrodioro. Los de Nuncio ya se *lu* han *llevaú to*, el polvo les coma *lus* ojos.

Y otra voz rasgada, de todas las voces la que más aterrorizaba a Rosamía:

—Ah, pero algo huelo, jefe. Hay algo aquí. *Alguien*. —Venteando el aire, jadeando.

Esos hombres eran carroñeros, tenían que serlo. La guerra los traía a docenas, a cientos, o eso contaban las historias. Y ella se había quedado sola. Después de que el Barón llamara a levás a sus hermanos, después de que les llegara la noticia de la muerte de ambos, después de ese grito largo, infinito de su madre. Después de los rumores de que Nuncio y sus huestes se acercaban, después de que lo arrasaran todo a su paso. Después de enterrar lo poco que quedaba de su padre, los restos carbonizados de su madre... Rosamía se había quedado sola.

¿Por cuánto tiempo había escarbado en los despojos? ¿Por cuántos días había llamado y gritado y suplicado en busca de más supervivientes? ¿Por cuántas noches había llorado?

Sin atreverse a salir, a dejar atrás las ruinas humeantes de su pueblo. Rosamía era solo una niña, ni siquiera tenía la luna, pero oh, había conocido el horror. Había pasado hambre, pues los hombres de Nuncio se lo habían llevado todo. Había pasado sed; los soldados habían echado los muertos a los pozos.

Había pasado miedo, pero no quedaba nadie allí para abrazarla.

Y luego, días y noches después, había despertado con sus voces. La voz del jefe:

—¡Quiero que levantéis hasta la última piedra, pedazos de lupen sin *mullera*! —Rosamía había despertado con el polvo vomitando sus siluetas, al menos una decena de hombres vestidos con duras ropas de cuero tachonadas—. ¡Quiero carne *pal mercau*! —había graznado, reído, jadeado—. ¡Quiero mis buenos rulos, frais!

Sus hombres habían coreado sus graznidos, y Rosamía, aprovechando las ruinas para esconderse, de un montón de escombros a otro, había corrido hasta la venta de los Berreo. Había rodeado los restos del tejado hundido y había saltado el mostrador para escurrirse entre las cajas y los barriles saqueados y reventados a hachazos del almacén esperando que allí no la buscaran. Deseando con todas sus fuerzas que vieran los destrozos, la nada más absoluta, y se largaran.

Pero ahora, después de una eternidad de escucharlos registrar las otras casas, de desear que se marcharan, que regresaran al polvo, los escuchaba acercarse. *Olerla*. Cada vez más cerca.

Rosamía, ahogando un gemido en la coraza de sus manos, se pegó cuanto pudo a la pared: iban a encontrarla. Apartaban los restos del tejado hundido, esa viga carbonizada. La basura crujía bajo sus pies, cada vez más *cerca*... Y claro, Rosamía, de puro terror, fue a echar a correr. Se apartó de la pared, tomó impulso y...

Una mano salió de la nada para arrastrarla a la penumbra de las cocinas. Una mano férrea y vendada la asfixió. Un siseo:

—Chsss —tirando de ella, obligándola a retroceder.

Rosamía quiso gritar, pero estaba paralizada de puro terror. Asfixiada por esa mano, por esos brazos, se dejó hacer, y mientras tiraban de ella rodeando esa mesa tantas veces mordida por el cuchillo del carnicero, Rosamía sintió la calidez entre sus piernas: acababa de hacérselo encima. La estaban metiendo en la oscuridad. Mientras temblaba, mientras se sentía morir.

Y a su espalda:

—Por La Frontera, Morrodioro, déjalo ya, ¿oca?

—¡Hay *algu* ahí, *us* digo! —Cada vez más cerca. *Olisqueando*.

Esa mano de vendas, esa mano herida, la obligó a volverse. Y en la penumbra, el rostro de una mujer. Una fea cicatriz partiéndole el labio, el pelo rapado en las sienes y sin embargo greñudo y trenzado en las alturas; piedras y abalorios colgando de esas trenzas.

Sus ojos oscuros al mirarla. Negros.

Su mano libre con el dedo índice alzado y pegado a los labios. Su mano libre señalando un hueco negro como sus ojos entre los fogones. Y claro, Rosamía obedeció. Esperando que esa mujer echara a correr tras meterla en la oscuridad, esperando que, como todos, la dejara sola.

Pero lo que hizo esa mujer fue tapar la brecha, ponerse entre ella y el grupo de carroñeros. Apenas si cabían las dos, esa mujer quedaba casi fuera del escondite, pero la protegió con su propio cuerpo. Para luego echarles una manta raída encima, para luego...

El aire se enrareció. La boca le sabía a hierro, a sangre. Rosamía se sentía mareada.

Escuchó a uno de los carroñeros cruzar la puerta de las cocinas. Allí dentro no había destrozos, lo único que las protegía de su mirada era la penumbra y una manta raída.

Escuchó a ese carroñero rodear la mesa de la cocina, a los otros asomarse a la puerta. Los escuchó entrar, pasearse tan cerca de ellas que hasta pudo oler la peste rancia que rezumaban. Y fue a gemir por eso, a llorar, pero la mujer se echó sobre ella para calmarla. En la más absoluta oscuridad Rosamía sintió su mirada.

La infinita fuerza de esa mujer. De sus brazos al abrazarla.

—¡Ah! —escuchó quejarse al tal Morrodioro, acababan de soltarle un buen golpe.

—*Nus* vamos, pedazo de lupen —la voz del jefe.

—Pero...

—*Nus* vamos, he dicho. *Nu* hay *na* aquí *pa* nosotros.

Rosamía apenas si los escuchó marcharse. Se sentía bien entre esos brazos.

Rosamía por fin podía llorar.

Siendo honestos, Ilda no tenía ni idea de por qué había corrido a ayudar a esa zagala. Mucho menos de por qué la abrazaba, la arrullaba, la consolaba:

—Ya está. Estoy aquí, niña. Estoy contigo.

Ilda se había jurado a sí misma que no volvería a usar sus puntas a no ser que se viera en una situación de vida o muerte. Se sentía exhausta; más que dejar que esa moza se agarrara a ella, era más bien al contrario. El mundo se desenfocaba sacudido por la mezcla al haber abusado de sus puntas... ¿Por cuánto tiempo llevaba huyendo? ¿Por cuánto tiempo luchando cada día por sobrevivir al siguiente?

El desierto le había pasado factura. Su plan, antes de la diiva y de esa luna risueña, de esa espada fina y larga partiéndole los morros, había sido rodear Arborias por Las Tierras Huecas. Pero, o bien se había desorientado, o bien a Las Tierras Huecas se las había tragado La Frontera. El Pedo de Dios la había empujado de vuelta a la guerra y a sus consecuencias. A Arborias. A los pueblos desvencijados, a las ruinas de hombres y mujeres. A los restos.

¿Por cuánto tiempo? ¿Una luna? ¿Más?

No tenía manera de saberlo. Solo que sus fetiches se habían ido deshaciendo entre sus dedos. Solo que la habían apaleado, robado, cortado. Solo para descubrir que en la guerra no había amigos. Que poco importaba si carroñeros o soldados, si supervivientes o asesinos: en la guerra todos querían hacerte mal, en la guerra... *uno hace lo que puede para sobrevivir, Ildi.*

Las voces del pasado todavía la atormentaban. Sus fantasmas la habían hecho salir de su escondite, la habían

tu padre siempre se las apañaba para salvarnos a todos, niña.

obligado a usar sus puntas de nuevo para salvar a esa moza sin nombre que lloraba entre sus brazos. Y ahora Ilda se agarraba a ella. De no ser por el cuerpo de la zagala, la Rompebotas, una vez más, besaría el polvo del suelo.

Y sin embargo se la quitó de encima, puede que de manera más brusca de lo que esperaba. Puede que apartara la manta casi de un zarpazo, y sí, puede que eso asustara un tanto a la zagala.

Al levantarse, Ilda tuvo que agarrarse a los fogones. Apenas si los rozó y esa mano vendada suya rabió de dolor; hinchada, deforme. Le costaba recordar el motivo de sus heridas, había sufrido demasiadas, pero esa sí que la recordaba. Había tenido que agarrar ese cuchillo con la mano desnuda para que no se clavara en su cuello. Había tenido que morder, que patear, que...

—Estoy sangrando.

En la penumbra de las cocinas la zagala se hurgaba bajo las faldas de su pelliza. Los dedos sucios de sangre.

E Ilda, ceñuda:

—¿Esos hombres te hicieron mal? —La zagala negó—. ¿Y otros antes que ellos?

—Nu...

Entonces se dio cuenta. Entonces se percató de la edad de la zagala. Y rio, bufó por eso. Y sí, puede que la asustara de nuevo.

—Puedes estar tranquila, moza. —La Rompebotas torció los morros cuando se acunó la mano infectada contra el pecho—. Ya eres una mujer.

Los ojos de la zagala saltaron de Ilda a sus dedos sucios de sangre.

—¿Es la luna?

—Sí, mare. —Siendo honestos, Ilda no tenía ni idea de dónde acababa de sacar esa sonrisa—. Es la luna. Nada más. —Al poco, el entrecejo de nuevo anudado—: ¿Solo quedas tú? ¿Estás sola?

La zagala asintió cabizbaja.

—Mierda —gruñó Ilda; y la Frontera sabía por qué—: Pues ya *nu*, mare. Te vienes conmigo.

Una parte de ella rabió al decir aquello. Otra aplaudió sus palabras. Una tercera sintió ganas de llorar, y una cuarta le hizo apretar de tal manera los dientes que a punto estuvo de abrirse de nuevo la cicatriz que tanto le había costado coserse.

Así eran las cosas ahora para ella: dividida en tantas partes distintas, partida en pedazos.

Y además, para su desgracia, la pobre zagala lloraba de nuevo.

—Gracias —musitaba. Intentando en vano barrerse las lágrimas y la mugre de las mejillas con la manga de su sucia pelliza, luchando por tragarse el llanto.

—*Nu* —gruñó Ilda agarrándola de las manos, sosteniéndola—. Así no. Deja salir el miedo, niña. La tristeza. La rabia. El dolor. —Dolió decir aquello, siempre dolía tanto recordar—. Déjalo salir.

La zagala se dejó hacer. Y si bien no lloró todo lo que tenía para llorar, si bien habiendo vivido lo que seguramente había vivido, la guerra y sus consecuencias, ya siempre le quedaría algo para llorar, sí que lloró lo bastante. Lo suficiente.

Luego Ilda vomitó un hondo suspiro, pero, por desgracia para ella, no fue suficiente. Luego:

—Me llamo Ilda. —Y La Frontera sabía por qué—: Pero puedes llamarme Astilla.

A Ilda ya no le gustaba ese nombre. Ilda llevaba soles enteros sin presentarse como La Astilla, la hija de La Cruz. Después de todos los secretos, de todas las traiciones. Después de la verdad, Ilda había odiado ese nombre, y sin embargo ahora volvía a pronunciarlo.

—Astilla —repitió la zagala—. Yo soy Rosamía. —Y encogiéndose de hombros—: *Nu* tengo más nombres.

La Rompebotas bufó jocosa:

—Con uno bastará por ahora, mare.

3

Anocheía. La Rompebotas había buscado refugio al abrigo de una choza de pastores, y por el agujero de su medio derruido tejado de pasto titilaban las primeras estrellas en un cielo todavía rosado. La choza estaba lo bastante alejada de los caminos para resultar segura, pero no podían permitirse encender fuego alguno: el humo atraería atenciones indeseadas. Ambas compartían sus exangües viandas acurrucadas bajo la misma manta.

En perfecto silencio. Si algo tenía que agradecerle Ilda a la zagala, era eso. Que solo le hablara lo justo y necesario, que, durante todo el día, mientras se alejaban de las ruinas y los caminos, Rosamía solo se hubiera dirigido a ella con recatados monosílabos.

Y sin embargo, cuando Ilda, ya terminada su cena, se quitó las vendas para escrutar en la penumbra cómo iba su herida:

—Tiene mala pinta. —Rosamía cabeceó hacia el desastre; la Rompebotas se había cosido la herida como mejor había podido con su mano torpe, y digamos que los resultados no habían sido los mejores—. Está hinchada.

—Ya lo veo, mare —gruñó Ilda; aquello era una obviedad.

—Podríamos buscar algo de manzanilla —tembló su voz—. El ajo también podría servir, o mejor, hierba de Nacidos... ¿La conoces? Saca flores amarillas y tiene tallos largos. Si frotas sus pétalos, los dedos se te quedan rojos, y si los pones al trasluz...

Ilda gruñó. Al parecer el silencio había llegado a su fin.

—La conozco, niña. Pero que yo sepa *nu* estamos en la luna de Nacidos, ¿verdad? —La verdad era que Ilda no tenía muy claro *cuándo* estaban—. Y si me dan a elegir, preferiría encontrar comida a encontrar hierbas.

—Claro. —La zagala enterró su mirada en el regazo, avergonzada.

Su cuerpo ya tenía formas de mujer. No debía de haber sufrido demasiadas miserias, pues incluso después de la soledad, de rebuscar entre la basura, todavía estaba algo entrada en carnes. Todavía tenía cara de niña, y la verdad era que tenía unos bonitos rasgos, si no bellos. Su melena daba pena mirarla, claro: sucia de polvo, mugre y ceniza, tan enredada sobre sí misma que más parecía un casco. Pero en conjunto resultaba agradable mirarla.

Esa zagala desprendía ternura. Tanto que:

—*Nu* pretendía ofenderte —se disculpó la Rompebotas—. Es solo que estoy cansada, nada más. —Rosamía asintió sin atreverse a levantar la vista, e Ilda, agitando su mano mala—: Esto *nu* me matará, ¿sabes? Tengo mis trucos, niña.

—Lo sé —musitó ella—. Eres una *fechicera*. Una sorga.

—¿Y cómo sabes tú eso?

Rosamía la miró de soslayo, apenas si un instante, como un animalillo que asomara de unos arbustos solo para regresar a su escondite.

—Mi abuela sabía algo de puntas. La madre de mi padre —le aclaró—. *Algu*. *Nu* mucho. Pero te sentí levantarlas... —dudó—. Antes. Cuando *esus* hombres...

Ilda asintió. No hacía falta dar más explicaciones.

—Si tu abuela sabía de puntas, puede que a ti te sea más fácil asimilarlas. —La miró—. ¿Lo sabes?

Rosamía se mordió los labios dubitativa:

—Algo había oído, sí... Pero mi abuela estaba un poco loca —y se llevó el dedo a la sien—. O eso decía todo el mundo.

—Ya —sonrió Ilda—. Suele pasar. Las puntas te cuecen la *mullera*.

A Rosamía le costó su tiempo formular la siguiente pregunta:

—¿Podrías enseñarme?

La sonrisa de la Rompebotas se esfumó de un plumazo.

—Yo *nu* enseño, mare —le espetó—. Nunca terminé mi iniciación. Sigo siendo solo una maki... O ni siquiera eso.

—Ya...

—Pero, si lo deseas —suavizó su tono—, podrás encontrar a alguien que te enseñe.

Rosamía miró con desconfianza más allá del estrecho hueco de la puerta. Fuera, la oscuridad ya se hacía con el mundo; fuera, los murmullos de la noche, los aullidos de las bestias. Fuera, el silencio del yermo que ambas deseaban que no se rompiera jamás.

—¿Crees que la guerra acabará pronto?

Ilda arrugó los morros:

—*Nu* es eso lo que dicen, mare.

—Ya... —Se mordió los labios de nuevo—. ¿Y adónde podemos ir?

Ilda quiso explicarle que no *irían* a ninguna parte, que apenas tuviese la oportunidad la dejaría en mejores manos. Quiso decirle que no compartían destino, que su camino era solo para ella. Su vuelta al pasado.

Pero una buena Rompebotas nunca contaba su propia historia, así que:

—Ahora estamos en el frente, niña. —Y no, tampoco le dijo que el frente era inmenso, que no tenía ni idea de cuáles eran sus fronteras—. En el centro mismo de la guerra. Así que a cualquier sitio menos a este. Nos mantendremos al margen —recitó, puede que más para sí misma que para la zagala—. Nos mantendremos vivas.

Fuera, de lejos, les pareció escuchar un trueno, seguido de otros tres: *pa*. Y: *pa, pa, pa*.

Truenos secos, que rompieron la quietud de la noche. Y luego lo que parecía el relincho de un caballo; un relincho desesperado. Un relincho que hizo que sus palabras cayeran en saco roto incluso para ella.

—Aquí estamos a salvo —gruñó echándole la manta por encima de los hombros—. Ya lo verás.

Al rato, la zagala:

—Está *fechizada*, ¿verdad? Esta manta —le aclaró tirando de ella—. *Nus* hace invisibles, ¿es eso?

Ilda quiso decirle la verdad. Que la manta era una manta corriente y moliente, que si la había *fechizado* en las cocinas de la venta había sido con su fetiche. Que su fetiche apenas si podría aguantar ya un par de *fechizos* más, que ella misma no se veía con fuerzas para levantar sus puntas de nuevo.

Pero:

—Sí, mare. *Nu* podrán vernos. Puedes dormir tranquila.

Pero aquello resultó no ser cierto. Rosamía durmió a cachos esa noche; a ratos sobre sus piernas, a ratos sobre su hombro. Tiritando de frío y de recuerdos, de horrores y pesadillas.

En cuanto a la Rompebotas, no tuvo tanta suerte; apenas si pegó un par de cabezadas. Le latía la mano y a cada ruido del yermo se envaraba dispuesta a salir corriendo... ¿Cuánto tiempo llevaba huyendo?

¿Cuántos días sin dormir en condiciones?

En una de esas cabezadas soñó con su padre. Un sueño breve y brutal. Su padre colgando de una soga: la lengua hinchada, amoratado hasta la asfixia. Y en el sueño le decía:

Lo siento, Ildi. Solo hice lo necesario. Lo difícil.

Y, al despertar, Ilda se descubrió con las mejillas sucias de llanto. Su mano latiendo, el frío impidiéndole dormir.

—Mierda —jadeó, gimió.

Y cuando Rosamía se acurrucó contra ella, Ilda no pudo sino aprovechar el gesto. Sino aferrarse, sostenerse, arrimarse a ella.

4

La calima inundaba las profundidades del estrecho valle como las aguas de un río polvoriento. Desde las alturas hasta lo sentían correr, aprovechar su corriente cada grieta y cada recoveco. Una niebla sepia, la miasma del desierto. Desde las alturas escuchaban graznar a los cuervos en las profundidades. El alegre zumbido de las moscas.

Entonces el viento sopló con fuerza llevándose la calima consigo.

—*Nu* mires, niña. Pégate a mí, ¿oca?

El propio paisaje las había arrastrado hacia la guerra. Esquivando los caminos principales, acercándose a las ruinas solo para pertrecharse lo justo y necesario, siempre hacia las montañas, siempre hacia el sur siguiendo los únicos senderos posibles, siempre al margen de la civilización. Y ahora las montañas las habían arrastrado hasta allí. Ahora los cuervos graznaban, las moscas se expandían por doquier.

Por y sobre los cuerpos semienterrados en el polvo; en perfecta descomposición, oliendo a lo que olían. Allí había habido una batalla... Una masacre, más bien. Los hombres del legítimo Barón, el escarlata y el dorado en sus ajados tabardos comidos por el polvo, habían intentado rodear las filas de Nuncio por las gargantas de Las Romas, pero los habían estado esperando. Los habían asaeteado a un lado y al otro de la trocha. Habían vomitado fuego y hierro sobre ellos, y ahora sus cuerpos, la mayoría del mismo bando, del mismo color, atestaban el estrecho sendero entre las montañas.

Los carros de provisiones destrozados y saqueados, sus lonas carbonizadas. Banderas y estandartes venidos a menos: sus postes partidos, sus antes brillantes telas comidas por el polvo. Los cuerpos de las bestias mezclándose con los soldados en una amalgama de huesos, vísceras y carne. A uno de esos soldados lo habían partido por la mitad y su *cintura* había ido a parar al cuello sajado de una yegua: parecía una de esas criaturas mitológicas de los cuentos, mitad caballo mitad humano. Asomaban por doquier los huesos desnudos y afilados, las astas de las flechas como hierba sobre la pradera. Al parecer, Nuncio tenía flechas de sobra y ni siquiera se había molestado en recuperarlas. Ni tampoco a sus caídos; en aquella garganta no se había celebrado entierro de ningún tipo.

Solo el polvo como mortaja, el viento como plañidera; nada más.

Los había a cientos, puede que más si se contaba a los auxiliares y a los esclavos. Los cuervos hartos, saciados. Las moscas zumbaban eufóricas sobre los restos. Habían pasado días desde la batalla: los ojos ya ciegos, las entrañas ya vaciadas en su mayoría. Aunque la verdad era

que los carroñeros tenían para rato. En ese estrecho valle escoltado por paredes de matorrales y rocas peladas había comida de sobra para todas y cada una de las alimañas del desierto. Para los gusanos.

Pero ellas tenían que cruzar, volver atrás no era una opción. Les había costado al menos tres días cruzar Las Romas, y tenían que encontrar comida y pronto. El agua no les faltaba, los manantiales de las montañas les habían servido y bien, pero se sentían exhaustas de pura falta de alimento. Aquel era el único camino, la única salida posible. Y por eso esquivaban los desperdicios, culebreaban entre los cuerpos. Por eso los cuervos salían espantados y molestos a su paso. Rosamía pegada a ella, con los ojos cerrados. Ilda guiándola, con miedo a tropezar y caer, sumarse a ese infierno de cuerpos y brazos y piernas.

—Con cuidado —repetía—. *Nu* mires. Pégate a mí.

Sintiendo un miedo absurdo a que uno de esos brazos saliera despedido y la agarrara del tobillo. A que esas manos pálidas y fofas por la descomposición despertaran de su letargo y la arrastraran a las profundidades. Deseando poder levantar sus puntas, luchando con todas sus fuerzas para no dejarse arrastrar por sus deseos.

Ilda descubrió un estrecho sendero que corría paralelo al camino por la pared contraria de la trocha. También había... restos por allí arriba, pero desde luego era mejor opción que seguir chapoteando por esa riada de muerte.

Vio asomar un chalfo de una boca ya sin labios, de la negrura de su pútrido aliento: el lagarto emplumado pareció sonreírle con sus colmillos afilados como agujas antes de marcharse. De camino al sendero, un cuervo le pasó tan cerca que el restallido de sus alas la aturdió. Las moscas correteaban por cada pedazo de piel desnuda, y el olor... Oh, el olor resultaba demoledor. La peste le embriagaba los sentidos. Obligándose a respirar solo por la boca, jadeando, asfixiándose por el esfuerzo.

A eso las obligaba el paisaje.

Ya casi habían conseguido cruzar el valle cuando los escuchó. Sus voces incomprensibles bajo el lamento del viento, pero más que suficientes para hacerla empujar a la zagalá al suelo; otro par de cuerpos para la riada.

—Silencio ahora, niña. —La sentía temblar entre sus brazos. Un llanto casi mudo, un llanto de puro terror.

Ilda sentía los cuerpos hundirse bajo su peso, los sentía rezumar. Las moscas se echaron sobre ellas, los cuervos no tardaron en acercarse. Y al horizonte, al otro lado de la riada de muerte, de tanto brazo y tanta pierna y tanto rostro boquiabierto: un grupo de siluetas. La calima los emborronaba, pero eran los suficientes como para suponer un problema serio para ellas; mortal, de hecho. Empuñaban largas pértigas que al principio Ilda confundió con lanzas, pero no tardó en darse cuenta de que las usaban como palanca para apartar a los muertos.

En sus espaldas bultos informes que, desde la distancia, los hacían parecerse a extrañas tortugas bípedas. Encorvados bajo su peso, castañeteando.

Esas gentes no eran soldados en busca de supervivientes. Ni tampoco carroñeros. Vestían prendas ajadas, pobres pellizas sucias de polvo, y rebuscaban entre los muertos para desenterrar sus despojos. Esas gentes eran poco más que saqueadores, gente de la zona aprovechándose de lo poco que la guerra les ofrecía, pero eso no quería decir que no resultaran un peligro para ellas.

La carne se vendía bien en el mercado, fueran o no carroñeros. Les pagarían sus buenos rulos por una mujer y una zagala recién sangrada; Ilda no podía arriesgarse.

Se dirigían hacia ellas siguiendo la masacre, cada vez estaban más cerca. Tanto, que la Rompebotas no pudo evitar hurgar bajo su poncho rayado en busca de su fetiche... ¿Sería capaz de levantar sus puntas? ¿O perdería la consciencia dejándolas a merced de esos pobres desgraciados?

No pronunciaban palabra alguna. Entre ellos ni rastro de pullas o chistes que les aligerara el trabajo. Con mordazas sobre su rostro para protegerse de la peste, con los ojos hundidos, la más pura desesperación en sus miradas... Ilda pegó los morros al suelo empujando también a la zagala; la mirada de uno de los saqueadores se había cruzado con la suya. La Rompebotas se tensó esperando el grito, la advertencia. Sentía los gusanos reptar bajo y sobre su cuerpo, mientras las mochilas de los saqueadores castañeteaban cada vez más cerca...

Ellas seguían allí tumbadas para cuando la calima se echó de nuevo sobre el valle. Ilda y Rosamía siguieron allí tumbadas incluso cuando dejaron de escuchar el castañetear de sus mochilas. Se habían acostumbrado a la peste, al horror de las moscas y de los gusanos. De alguna manera se sentían a salvo entre esos brazos y esas piernas; la zagala hasta había dejado de temblar, hueca, vacía por dentro.

Solo una cosa tenían clara: una vez salieran de la masacre, de los cuerpos destrozados, estarían de nuevo en peligro. De nuevo tendrían que huir, que esconderse. Y no fue hasta que uno de esos cuervos, el más atrevido, picoteó a la Rompebotas en su mano herida, que esta salió a zarpazos de su escondite.

Lo agarró de una de las alas para evitar que se escapase. Lo estampó contra el suelo, una, y otra, y otra vez, mientras la picoteaba. Hasta que dejó de hacerlo, claro. Y aun así ella siguió golpeándolo. Su boca gritaba, pero apenas si manó ruido alguno de su garganta.

Al volverse, la zagala la miraba de frente: los ojos secos, apagados.

Ilda dejó caer el cuervo destrozado al suelo. Aguantó la mirada de Rosamía como mejor pudo. Todavía arrodilladas entre los cuerpos, mientras la calima las sepultaba. Luego se levantó.

—Vamos —le dijo.

¿Qué más podía decirle?

5

Al caer la noche se escurrieron en una de las tantas grietas de la montaña. Aquello no podía llamarse cueva siquiera, pero les serviría de refugio. Por suerte para ellas, la Rompebotas había conseguido unas pocas galletas de uno de los carros de provisiones, y ahora las devoraban en perfecto silencio.

También había encontrado un par de pellejos de sidra, y una buena manta que, aun oliendo a lo que olía, les serviría para protegerse del frío. La Rompebotas había repuesto sus puñales, y, cuando le había ofrecido uno a Rosamía agarrándolo por el filo, la zagala había tardado lo suyo en asirlo. La había mirado por largo rato, sin pronunciar palabra. Hasta que:

—Te necesito conmigo, niña —le había dicho Ilda—. Si queremos sobrevivir. Si queremos tener una oportunidad. Necesito saber que puedo contar contigo.

Rosamía no tembló al agarrar el puñal. Nada dijo, ni siquiera asintió. Rosamía había cambiado en esa riada de muerte. Y no para bien.

Encontraron también una ballesta: la verga medio partida, el cranequín atascado; pero era mejor que nada. Puede que hubieran encontrado algo mejor de haber rebuscado por más tiempo, pero ¿quién podía culparlas?

De esa noche, de esa grieta, ninguna de ellas esperaba descanso alguno. De sus sueños, solo pesadillas. Pero lo que ninguna de ellas esperaba eran los crujidos en la oscuridad. La gravilla resbalando por la pelada ladera. Esa respiración que husmeaba, ese aliento bestial.

En la guerra la paz no tenía lugar. El descanso, solo para los locos y para los muertos.

Ilda empujó a Rosamía hacia el fondo de la grieta y, con su recién adquirido puñal, torpe en su mano izquierda, se puso entre ella y la oscuridad. Había algo allí. Varios *algos* de hecho. Siluetas encorvadas de lomos erizados en la penumbra. A cuatro patas, rodeando la entrada de la gruta.

La estaban mirando. Varios pares de ojos amarillos e inmensos. Gruñían. Esperaban.

—Chacales —jadeó la Rompebotas.

La más grande de las bestias avanzó hasta meter los morros en la grieta. El hocico casi pegado al suelo, los labios retraídos al mirarla con su único ojo. Era grande ese chacal, grande como un lobo, y, a la luz de esa luna partida por la mitad, su cuerpo se descubría surcado de cicatrices. Una de sus puntiagudas orejas partida, cada paso renqueante. Esas bestias no solían acercarse a los humanos, solían preferir presas más fáciles. Pero ya fuera por la guerra o por el polvo, ya fuera porque ellas les hubieran quitado su escondite o bien porque tenían la suficiente hambre como para arriesgarse, estaba claro que esas bestias no tenían buenas intenciones.

—Vamos —jadeó la Rompebotas, asiendo con fuerza el puño de su puñal—. Vamos, ven.

Un ronco y grave gruñido nacía de las entrañas de la bestia. Mientras se miraban, mientras se evaluaban en silencio. El mismo polvo sobre sus cuerpos, la misma fragancia a desesperación. Ambos con tantas cicatrices encima que bastaban para unas cuantas historias. Ambos con el mismo respeto hacia el otro y la misma determinación.

El mismo miedo.

El chacal dobló las piernas, iba a saltarle encima... Pero no lo hizo. Las husmeó un par de veces antes de volverse. Ya fuera de la grieta la miró de nuevo; ese único ojo suyo del color de las llamas. A Ilda hasta le pareció verlo asentir al marcharse, y ella, torpe, puede que demasiado tarde, correspondió a su gesto.

Se marchaban.

—Seguimos vivas —suspiró la Rompebotas.

Y para su sorpresa, cuando ambas se acurrucaron bajo las mantas al fondo de la cueva, el recuerdo de ese chacal inmenso la acunó en la oscuridad. Para su sorpresa, Ilda durmió el sueño de los justos. Y todo gracias a un único ojo llameante.

A las mismas cicatrices. A la misma determinación.

A la mañana siguiente:

—Permaneceremos en la sierra un tiempo —le explicó a la zagala—. Te explicaré cómo poner algunas trampas y, si consigo arreglar esto —acunaba la ballesta sobre el regazo—, puede que sea capaz de cazar algo. *Nu* podemos seguir como hasta ahora. Necesito descansar. Necesito —y apretó los dedos de su mano derecha, arrugó los morros al hacerlo— recuperarme de mis heridas. Necesito tiempo para... pensar.

Pensar, croó La Graja. *¿Sobre qué, niña? ¿A qué esperas?*

La Rompebotas cabeceó para espantar las voces de su consciencia. La mandíbula tensa tras sus mejillas, el entrecejo anudado.

—Te prometo que te sacaré de aquí —siguió diciendo; a la zagala, a sí misma—. Te prometo que te sacaré de la guerra, niña. Pero antes necesito recuperarme en condiciones. Unas cuantas noches seguidas de sueño. Y luego... —se encogió de hombros—. Bueno, luego, ya veremos.

¿Para qué hablarle de sus dudas? ¿Para qué contarle que, al despertar, había dudado, y mucho, si dejarla atrás? ¿Para qué hablarle de su destino? ¿De la urgencia? ¿De la soledad?

El día había amanecido despejado de calima, las chatas cumbres de Las Romas perladas bajo el sol. El cielo ocre, una única nube sepia flotando hastiada en el cielo. A los pies de la grieta que habitaban, las laderas partiéndose en docenas de gargantas; por algunas corrían delgados hilos de agua, por otras se enredaban y crecían las zarzas. Unas pocas coníferas para ensombrecer los cerros, matojos de enebro y escaramujo. En las laderas más empinadas asomaba la roca desnuda, y de la gravilla nacían el romero y el tomillo. En la misma grieta, restos casi carbonizados de mierda de cabra; frente a ellas, una única choza de pastor tiempo ha venida abajo.

—Por ahora este será nuestro hogar —suspiró—. Por ahora seguimos vivos. Y eso ya es bastante.

—¿Y luego? —le preguntó Rosamía.

—¿Luego qué, niña?

—¿Luego qué pasará? ¿Seguiremos juntas?

Ilda negó. Los dientes, los puños apretados.

—Luego seguiré mi camino. Y tú el tuyo.

Rosamía asintió; seca, hueca por dentro.

—Mi camino —jadeó. Y al rato—: ¿Astilla?

—¿Qué?

—Estás sangrando. —La zagala se llevó los dedos a los labios—. Aquí.

Era verdad. La herida se le había abierto de nuevo, su mano diestra no dejaba de latir.

—Mierda —croó.

La zagala se arrastró hacia ella y le agarró de la barbilla para ponerla a la luz. La Rompebotas fue a soltarse, pero la zagala no se dejó amilanar.

—Quieta —le dijo; Rosamía había cambiado, y mucho, en esa riada de muerte—. Puedo coserte, se lo he visto hacer a mi abuela un montón de veces. —Los ojos de ambas se toparon, ojos negros con ojos grises, casi azules—. ¿Me dejarás? —Al preguntarle aquello, su voz temblaba de nuevo; Rosamía volvía a ser la misma niña asustada de siempre.

Como su padre solía decir: *Cambiamos a ratos. Para luego ser los mismos de siempre.*

Ilda gruñó. Rebuscó en su zurrón y sacó una madeja de hilo medio chamuscada y una aguja.

—Hazlo —le ordenó.

La zagala, mordiéndose los labios:

—Necesitaría agua. Y también fuego. Para hervir todo esto —tembló su voz.

Ilda asintió, la zagala tenía razón. Sin embargo:

—Tendrá que bastar, niña. Cose.

Rosamía se le quedó mirando por largo rato una vez más. No le miraba la herida, le miraba las mejillas, y, oh, Ilda sabía por qué. Sabía que estaba llorando, que las lágrimas le caían lentas y ardientes por la cara.

Pero ¿para qué hablarle del pasado? ¿Para qué explicarle que ella no era como su padre? Que ella había querido dejarla atrás, que ella no podía salvarlos a todos, que tenía miedo... ¿Para qué?

—Cose —croó.

Y Rosamía, la aguja ya enhebrada, la pinchó.

7

Lejos de la civilización el tiempo es distinto. En las montañas no existen días de mercados ni lunas que celebrar, en las montañas una desayuna y come cuando puede, no cuando se supone que es el momento de hacerlo. Duerme cuando no hay peligro, brille el sol o las estrellas; caga y mea a la vista de todos, a la vista de nadie.

En la montaña no hay otras normas que las normas del polvo. En los montes la libertad no depende del peso de tu bolsa, sino de tu fuerza, de tu determinación, de tu poder. Si eres capaz de hacer algo, lo haces, tu vida depende de ello, y es entonces cuando la libertad se convierte en *capacidad*. Y si eres capaz, si eres libre, sobrevives por más tiempo. En la sierra no hay nadie que te proteja, solo tus brazos, tus manos. Solo tu instinto y tu voluntad como cultura, como ética, como ley.

Lejos de la civilización solo importa sobrevivir. Y si consigues hacerlo el tiempo suficiente, aprendes. Cambias. Por un rato al menos.

Rosamía, desde luego, había cambiado lo suyo. Su rostro aniñado se había afilado; sus carnes, si bien todavía abundantes, se habían endurecido. Había rajado las faldas de su pelliza para ganar movilidad, y sus medias se descubrían remendadas y sucias de polvo. Ella misma había bajado de nuevo hasta la riada de muerte a más de media jornada de camino, más de una vez, y ahora calzaba unas botas de buena hechura. Cruzado a la espalda llevaba un arco de cedro,

unas pocas flechas embutidas en un torpe rollo de piel que le colgaba de los riñones, y un puñal al cinto. El rostro sucio de mugre y polvo, el pelo cortado a tijeretazos y las manos sucias de pequeñas heridas.

Y sin embargo, más guapa que nunca. Más mujer.

Traía dos chalfos ya destripados de la cola, seguramente estrangulados por los lazos que la Rompebotas le había enseñado a colocar.

—¿Chalfos otra vez? —se quejó la Rompebotas—. Empiezo a cansarme del menú.

La zagala le regaló una de sus radiantes sonrisas; a Ilda le encantaba verla sonreír. Luego cruzó el umbral de la cueva arrugando los ojos a causa del humo.

—Bien *siuro* prefiero los chalfos a esta humareda —tosió.

E Ilda, encogiéndose de hombros:

—Mejor esto que nada. Necesitamos el fuego, niña. Y aquí dentro el humo es todo para nosotras.

La Rompebotas torció los labios al decir aquello. Últimamente desatendía, y mucho, los consejos de su padre, y no se cuidaba demasiado de sus sonrisas. No al menos en las entrañas de su precario hogar.

Por cada recoveco de la cueva, líos y bultos sacados de sus saqueos en la masacre. Las mantas tiradas en el suelo, sus lechos juntos para protegerse del frío de la noche. Sobre la hoguera, colgando de alambres y cuerdas atados a unos precarios trípodes de madera, se ahumaban los cuerpecillos desollados de pájaros, liebres y lagartos. La ballesta a un tiento de su mano. La polvorienta luz del mediodía mezclándose con la tenue luz de la hoguera, brincando alegre sobre las sombras de la roca desnuda.

Por y sobre los virotes que la Rompebotas fabricaba para luego dejarlos amontonados a su lado. Por y sobre su rostro, sobre esa cicatriz plateada suya de los labios que, solo cuando las nubes se cargaban en el cielo, todavía le dolía.

La zagala se sentó frente a ella dejando los chalfos a un lado. Se sacó el arco de los hombros, y ya desencordándolo:

—He visto gente —le soltó como si tal cosa—. Abajo, en las gargantas. *Nu* parecían peligrosos.

—¿Cuántos?

—Bastantes. Con bultos a la espalda y unos pocos burros y mulos, además de sus ganados. Había niños entre ellos —añadió como si ella ya no formara parte de tal grupo, como si con sus trece o catorce soles se diferenciara, y mucho, de los otros zagales—. Y también viejos.

—Migrantes, entonces. —La Rompebotas emplumó el último virote y—: ¿Ellos te vieron a ti?

Rosamía bufó:

—Claro que *nu*.

—Bien —gruñó Ilda.

La zagala sacó su puñal y, con un par de diestros movimientos, comenzó a despellejar al primero de los chalfos tras arrancarle las plumas.

—¿Y cómo van tus fetiches? —le preguntó sin mirarla, aparentando que aquello le importaba poco o menos—. ¿Ya has terminado alguno?

Ilda gruñó, la zagala de sobra sabía que no era así. La Rompebotas le había explicado más de una vez que, sin nadie que te vendiera los ingredientes y materiales adecuados, un fetiche tardaba lo suyo en crearse. Los restos de la masacre no daban para tanto, y además se necesitaba de las lunas y los lugares precisos. Pero todo eso ya lo sabía Rosamía. La zagala solo quería sacarle el tema una vez más, y de ahí el gruñido de la Rompebotas.

—*Nu* pienso enseñarte, niña. Ya lo sabes.

—Ya, tú *nu* enseñas. —Cuando se enfurruñaba así volvía a ser la misma niña torpe y asustada de antes—. Ya me lo sé.

—Que yo sepa te he enseñado unas cuantas cosas. —El ceño anudado—. ¿O acaso *nu* digo verdad?

La zagala no contestó, tan ceñuda como ella. Al rato:

—*Nu* soy ninguna tonta, ¿sabes? Sé lo que pasará cuando salgamos de las montañas. Sé que te librarás de mí. Que seguirás tu camino.

—¿Y a qué viene eso ahora, si *pue* saberse?

La zagala se enfrentó a su mirada.

—Así que *nu* lo niegas.

La Rompebotas se encogió de hombros.

—*Nu* lo niego, mare. Ya lo hemos hablado, ¿recuerdas?

—Creí... Llegué a creer que después de tanto tiempo juntas... Bah —bufó terminando de despellejar con furia al chalfó.

Ilda suspiró. Ese maldito suspiro atragantado suyo no había cambiado una mierda.

—Mírame, niña. —Rosamía obedeció, las mejillas arboladas—. Quiero que entiendas que si *nu* te llevo conmigo *nu* es porque seas un estorbo para mí. Quiero que entiendas lo peligroso que resulta mi destino. Que allí donde voy —y apretó sus dientes—, *nu* me espera más que la muerte.

—¿Y por qué vuelves, entonces?

Ilda no tenía por qué contestarle. Jamás le había hablado a nadie de su pasado, había cargado con todos sus secretos en soledad. Ilda, durante mucho, quizá demasiado tiempo, había sido solo la Rompebotas, nada más. Pero:

—Porque hace *nu* mucho me enteré que habían matado a mi padre. Que lo habían colgado. Por eso vuelvo. Para hacer lo necesario.

Rosamía arqueó las cejas, no se habría sorprendido más si Ilda le hubiera arreado un bofetón.

—Ah —musitó. Y luego—: Los que lo mataron... ¿Son hombres peligrosos?

El macilento y pálido rostro de El Blanco afloró en su consciencia. Su afilada y *peligrosa* sonrisa. El tenue rumor de su voz.

—Un krae y sus huestes —asintió Ilda.

—Vaya... ¿Y por eso te fuiste tan lejos de tu tierra? ¿Por miedo a ese hombre? —Ilda negó—. ¿Por qué, entonces?

La Rompebotas la encaró, los morros apretados. Fue a decirle que preguntaba demasiado, que aquello no era asunto suyo. Pero:

—Fue por mi padre —croó.

—Ah, entiendo. Tu padre era un mal hombre.

Ilda fue a decirle que no, a gritárselo incluso. Fue a explicarle que su padre, a veces, era el mejor humano del mundo. Que le había enseñado tanto y todo. Que era un héroe de guerra, que siempre se las apañaba para salvarlos a todos. Pero:

—Mi padre era lo que era. Solo hizo lo

lo siento, Ildi

necesario. Lo difícil. Nada más.

El silencio se hizo con la cueva. Pocas veces el silencio le había pesado tanto.

—*Nu* me importa, ¿sabes? —La zagala miraba el puñal, torpe entre sus manos—. *Nu* me importa que sea peligroso. Ni tampoco ese krae ni sus huestes. —La miró; esos ojos grises suyos—. Tú me has ayudado a mí. Tú siempre te las has apañado para salvarme una y otra vez. Y por eso quiero devolverte el favor. Por eso quiero seguir contigo, pase lo que pase.

Ilda fue a darle las gracias. A decirle que claro, que podían seguir juntas, que, de hecho, no le vendría nada mal la ayuda. Pero:

—*Nu*, niña. Mi camino es solo mío. Lo siento.

Rosamía no tardó en levantarse. En quitarle la cara, los ojos.

—Voy a echar otro vistazo por ahí —musitó.

Y luego la dejó sola. El humo le picaba en los ojos... Sí, seguro que era eso. Solo el humo, nada más.

8

Fuera, el mundo a oscuras; dentro, las tenues llamas de la hoguera compartidas en silencio. Hasta que:

—Mi padre contaba historias como nadie. Era bueno en su oficio; el mejor. Pero de un buen Rompebotas también se espera que sepa cómo contar una historia. Y mi padre sabía cómo hacerlo.

Rosamía desenterró la mirada de su regazo. Abrazada a sus rodillas, los ojos brillantes a la luz del fuego. Ávidos sus ojos.

—Mi padre decía que las historias reales eran las mejores —sonrió la Rompebotas—, para luego inventárselo todo. Yo, aun siendo solo una niña, sabía que al menos la mitad de lo que contaba no era cierto. La base era real, pero la forma, los nexos que unían la historia y también su desenlace —y se encogió de hombros— eran puros espejismos. Mi padre *nu* sabía nada de levantar puntas, pero cada vez que contaba una historia formulaba un *fechizo* que nos encandilaba a todos. En sus historias no había moralejas, pero todos aprendíamos por el camino. En sus historias se sufría el dolor y también el miedo, pero, al final, el amor lo bañaba todo, así era él. Así *creía* él. Para mi padre toda historia merecía su final feliz, y si para alcanzarlo era *mester* mentir, pues mentía y punto. Así era él —repitió.

Rosamía se había acercado a ella... O puede que solo la sintiera más cerca. Al contar, al revelar lo que llevaba dentro.

—Mi padre era el mentiroso perfecto. Y en su mentira me hizo sentirme siempre a salvo. En su mentira crecí sintiendo que, a su sombra, todo estaba bien. Que era un héroe, un gigante de hombre. Por eso le seguía a todas partes, por eso tantos le seguían. Por eso estaba tan orgullosa de ser La Astilla, la hija de La Cruz. Por sus perfectas mentiras.

No sabía cómo ni cuándo, no sabía siquiera si había sido ella la que había salvado la distancia que las separaba, pero sentía el aliento de Rosamía haciéndole cosquillas en el cuello.

—Tardé en descubrir que mi padre era un asesino. El mejor —jadeó—. Puede que nunca haya conocido a alguien que haya asesinado a tantos. Que haya cometido los horrores que mi padre cometió. Y, sin embargo, ahora que ya *nu* está, solo recuerdo sus mentiras. Los buenos tiempos. Los tiempos en los que nos hizo sentirnos a todos a salvo. Con sus historias, con su banjo y sus canciones. Tanto que *nu* puedo evitar preguntarme cuál es la verdad. Quién era él, ¿el asesino o el Rompebotas? ¿El gigante de hombre o el monstruo? —Y sus ojos se irguieron para hundirse en las llamas, su mandíbula se tensó—. Tanto que *nu* puedo evitar preguntarme si fui yo quien le traicionó a él.

La voz de Rosamía le llegó de lejos, del fondo:

—¿Qué te hizo tu padre?

—Lo que mi padre hacía siempre —croó—. Mentirme. Asesinar. Salvarme. —La miró—. ¿Pueden todas esas cosas ser verdad al mismo tiempo?

Rosamía no contestó. Dejaron de mirarse, las miradas regresaron cabizbajas a sus regazos. Fuera se escuchó el lamento de un chacal. El viento ululaba en las gargantas.

—En las historias los héroes no dejan de asesinar. Cuando en una historia el bien vence al mal, son pocos los que se preguntan por el precio que el bien tuvo que pagar. Pocos los que se atreven a darle la vuelta a la historia. A convertir al monstruo en víctima. Pero ¿y si somos ambas cosas, héroes y villanos? ¿Y si ninguno de nosotros podemos juzgar nada? ¿Qué nos queda entonces? ¿Por qué podemos luchar? —Al rato—: Mi padre siempre decía que toda pregunta es el principio de una historia, y siempre tenía respuestas para todos, así era él. Quizá eso sea lo que distinga a los héroes, ¿sabes? Su capacidad para responder.

Rosamía permaneció en silencio, por un rato al menos. Hasta mirarla con la cabeza apoyada sobre sus rodillas, hasta decirle:

—Tú tuviste que preguntarte si salvarme o *nu*, bien *siuro* lo hiciste —asintió—. Pero me salvaste. Respondiste. —Aquellas eran palabras viejas para alguien tan joven como ella, verdades que tardan tiempo en aprehenderse—. Así que supongo —con una tenue sonrisa— que eres mi heroína.

Ilda bufó.

—¿Entonces por qué sigo haciéndome preguntas?

Rosamía se encogió de hombros.

—Supongo que para poder contestar.

Por largo rato se miraron.

—Sí. Supongo que sí.

Días después, al despertar:

Cu, uuu; cu, uuu; cu, uuu. Algo silbaba en el viento.

—Cucos —musitó Rosamía; los ojos boquiabiertos, perlados de miedo.

Ilda asintió. Al otro lado de la boca de la cueva el polvo rabiaba. La tormenta se hacía con las montañas. Las moscas. Los cuervos.

Lo habían retrasado ya por demasiado tiempo. La verdad era que ninguna de ellas tenía ninguna gana de plantar cara a la realidad, de regresar a la civilización y a sus normas. La Rompebotas lo había visto venir: al oeste el horizonte, día tras día, se había ido enturbiando, refulgente a la salida y a la puesta de sol. Al oeste La Frontera se adivinaba, El Pedo de Dios más cerca cada amanecer. Y aun así ella había esperado, aun así, había deseado con todas sus fuerzas que les dejase solo algo más de tiempo, solo un poco más.

Pero como solía decirse por esos polvos: *«Si Los Cucos cantan, lía tus bártulos y echa a andar»*.

Los Cucos siempre traían consigo La Frontera; fueran quienes fueran, fueran lo que fueran. A la Rompebotas le había parecido verlos más de una vez, la última de ellas cuando estuvo perdida en el desierto, en el corazón de La Frontera. Tan parecidos a los moosa, tan distintos. Sus siluetas meciéndose con el polvo, meciendo quizá al polvo mismo. Trayéndolo consigo.

—Tenemos que movernos —gruñó.

Rosamía asintió, ya liando los bártulos.

—Nos llevaremos solo lo necesario —croó la Rompebotas—. Nos hemos retrasado demasiado. Tendremos que movernos rápido.

Fuera: *cu, uuu; cu, uuu; cu, uuu...* Fuera el polvo se hacía con el mundo.

10

Con el paso de los días y las lunas, tanto Ilda como Rosamía se habían aprendido todos los caminos y senderos de las montañas, pero el polvo lo cambiaba todo. A mediodía, el sol macilento y borroso tras la tormenta, apenas si podían ver unos pocos pasos más allá, y ambas sabían que era mejor poner tierra de por medio antes de que llegara la noche.

Encorvadas, el viento quebrantándolas por cada punto cardinal. El polvo en los dientes, las moscas chocaban contra ellas enfurecidas: en El Pedo de Dios el enjambre arreciaba, como si la tormenta lo trajera consigo. En La Frontera no bastaba el sol para orientarse, el sol podía torcerse. Y solo su instinto podía alejarlas de allí. Solo los mejores Rompebotas sabían orientarse en el polvo, e Ilda aprovechaba las gargantas, el fondo del valle, para protegerse del fiero e incansable embate del viento.

A ratos, Ilda se volvía hacia la zagala y asentía para alentarla. En La Frontera el viento podía volverla a una loca, bien lo sabía ella. Las voces del desierto despertaban para achicharrarte la mollera y si dudabas, si te dejabas arrastrar, podías perderte para siempre. El

Pedo de Dios no solo devoraba el paisaje, el polvo no solo te borraba los ojos. La mezcla rabiaba, los mundos se confundían. Y una no se abría con miedo a El Mundo Sombra, pues ellos, de ti, solo esperaban cruzar.

—Ya casi estamos, niña —ladraba sobre el viento, la boca amordazada. Aunque no fuera verdad. Aunque no tuviera manera alguna de saberlo—: Ya casi. Ya casi.

Al atardecer, si bien la tormenta se había atenuado un tanto, todavía no habían conseguido escapar del todo del abrazo del polvo, así que la Rompebotas se vio obligada a buscar refugio. Tuvieron que bastarle las ruinas de lo que bien parecía una torre desmoronada.

—¿Es de Antes? —tembló la voz de Rosamía.

Pues por todos era sabido que en las ruinas de Antes de Aquello, en las brechas, esperaban los daján.

—Nu —gruñó Ilda. Aunque la verdad era que no estaba del todo segura, no con ese polvo de fuego desdibujándolo todo al atardecer.

Rodearon los escombros y las piedras hasta encontrar un hueco que pudiera servirles de entrada; era un refugio el suyo cuando menos precario, pero las paredes les eran necesarias. Un hogar para la noche de La Frontera.

—Ocúpate del fuego —le ordenó a la zagala, y Rosamía, soltando el hatillo que llevaba atado al morral, aprovechó una esquina de la torre para protegerse del viento.

Ilda pintó sus símbolos; con sal y polvo de hueso, con la punta carbonizada de un leño una vez estuvo encendida la hoguera. En las paredes y en el suelo de la entrada, en su frente y en la de la zagala.

—Gracias —musitó Rosamía.

Justo entonces el polvo decidió regalarles un extraño aullido. Un quejido que nada tenía que ver con las voces de las bestias del desierto. Ni siquiera con las lenguas de la guerra.

—Aulladores —croó la Rompebotas.

—Pero *nu* podrán cruzar, ¿verdad? —tembló Rosamía agazapándose junto al fuego—. Los símbolos que has pintado... *nu* les dejarán hacerlo, ¿verdad?

—Nu. Nu podrán, niña. —Y oh, esa era una mentira de las grandes.

Los aulladores eran poco más que cascarones vacíos, ni vivos ni muertos del todo, cuerpos ocupados por los daján. Pero si bien los *daimonios* sí que respetaban los pactos y los símbolos, los aulladores no atendían a nada más que al hambre.

A la rabia.

El gris de la noche ya se hacía con el polvo para cuando, ultimadas sus tareas, la Rompebotas se sentó junto a la zagala con la ballesta presta sobre las piernas. Rosamía había conseguido desenterrar un trozo de viga de los escombros para echarla sobre la hoguera y esta les daría algo más de tiempo. Algo más de luz.

—¿Crees que nos hará falta? —le preguntó la zagala señalando con su barbilla el arma ya cargada.

La noche aulló. Un aullido de risa y de llanto, seguido de otro, y luego otro más: *sarlando* entre ellos. Acercándose.

—Descansa ahora, niña —musitó la Rompebotas—. Intenta cerrar los ojos.

—Nu —le dijo; ceñuda, enfurruñada.

Los dedos de la zagala ya encordaban su arco de cedro. Para luego clavar unas pocas flechas en el polvo frente a ella, para, al igual que la Rompebotas, dejar descansar su arma sobre las piernas. Al poco, Rosamía casi parecía un espejo de sí misma. Un espejo más entrado en carnes y más bello; mucho más joven, pero un espejo, al fin y al cabo.

La Rompebotas asintió. El viento latía contra las paredes desmoronadas de la torre, el silencio no existía en la oscuridad, la noche crujía. Ya solo quedaba esperar.

11

La noche llegó a su fin. El Pedo de Dios, después de esa noche tan larga, se fue pintando de cobre. Y la Rompebotas, quitándose la manta de los hombros y sin haber pegado ojo:

—Tenemos que seguir —gimiendo al levantarse, las piernas endurecidas—. Hemos tenido suerte, ¿sabes? —Oteando el paisaje—: La Frontera *nu* nos ha movido. Seguimos aquí. Seguimos vivas.

Rosamía asintió. Una vez más, había crecido soles enteros en una sola noche. A ciertas edades una cambia cada día, e Ilda, desatendiendo una vez más los consejos de La Cruz, sonrió al mirarla.

—Has hecho bien —croó. Palabras torpes, palabras arrepentidas apenas manaron de sus labios.

Rosamía se limitó a asentir de nuevo. Ya recogiendo sus flechas, desencordando su arco.

—¿Astilla?

—¿Sí?

—¿Qué habría pasado? —La miró—. ¿Lo habríamos conseguido?

Ilda recordaba los quejidos del viento, voces inhumanas en gargantas que tiempo ha lo fueron, llamándose entre ellos, en la oscuridad. Recordaba temblar al parecerle descubrir sus encorvadas siluetas cruzando la brecha de la torre. Sus ojos llameantes y febriles, observándolas. *Evaluándolas.*

La Rompebotas se encogió de hombros:

—Lo habríamos intentado, niña, bien *siuro*.

—Habrías usado tus puntas, ¿es eso?

—Nada de puntas en La Frontera, niña. —Y cabizbaja, triste al
ellos, de ti, solo esperan cruzar
recordar—: *Nu* para mí, al menos.

Fue a volverse ceñuda hacia la zagala, a ladrarle que se dejara de preguntas y liara sus bártulos. Pero la moza ya lo había hecho. Al parecer, al recordar, era ella la que había perdido demasiado tiempo.

Una delgada línea de sol refulgió sobre las achatadas cumbres.

—Nos vamos —croó.

Al salir de la torre, la Rompebotas disimuló como mejor pudo hacia dónde se le desviaba la mirada. Huellas que el polvo todavía no había borrado, rodeando las ruinas. Esos aulladores habían pasado cerca, todavía los olía. Ese sudor rancio, ese olor a herida infectada. A heces, a sangre y a orín.

—Seguimos vivas —repitió.

12

Al salir de las gargantas, sobre ellas, en el cielo: un milagro de la naturaleza. Tras un par de días más de errar, de otra noche casi en vela, el polvo llegaba a su fin. A su espalda El Pedo de Dios se desmoronaba contra las montañas, frente a ellas el cielo cargado de nubes ocre y oscuras. Y arriba, en el cielo: el milagro.

Un paisaje imposible, un paisaje en guerra.

Sobre las achatadas cumbres de Las Romas el polvo y las nubes pugnaban por hacerse con el cielo. El sol no existía para ellas, todo sobre la tierra brillaba con el mismo color. Un color de fuego y cobre tanto sobre ellas como sobre el paisaje. Sus pieles del mismo color que las rocas, que el cielo. Si al oeste El Pedo de Dios rabiaba en las gargantas, al este las nubes bramaban de tormenta, los truenos latían por y sobre el mundo, por y sobre sus cuerpos. Al este una cortina de lluvia pesada y sucia de barro se desplomaba sobre el bosque de coníferas que las esperaba al otro lado de las montañas, y más allá: nada. Solo barro. Una lluvia que ni el viento se atrevía a mecer.

Acercándose.

Ambas con la vista alzada, boquiabiertas. Justo sobre ellas una línea de fuego que partía el cielo en dos. Ambas extendieron torpes las manos cuando las primeras gotas cayeron sobre ellas. Las laderas no tardaron en llenarse de riachuelos que corrieron bravos por la pendiente, el sendero que seguían no tardó en llenarse de barro. La línea de fuego se fue desdibujando, y ellas no podían dejar de mirar, ya caladas hasta los huesos. Mientras las nubes empujaban y el polvo retrocedía. Mientras, poco a poco, las nubes borraban las cumbres y el mundo se quedaba a oscuras.

Un trueno las sacó del *fechizo*, un relámpago las pintó de plata.

Echaron a correr encorvadas por el peso de la lluvia y de sus ropas empapadas. El sendero rodeaba la cumbre y descendía hacia el bosque, pero Ilda torció su camino y trepó hasta encontrar abrigo en una grieta de la montaña. Les costó lo suyo subir. El agua resbalaba por la montaña, por sus cuerpos; todo resbalaba. Una lluvia de una fiereza tal que caía sobre ellas con la fuerza de un látigo, de cientos de látigos. Para cuando llegaron hasta la pequeña gruta, por las laderas corrían cascadas que lo arrastraban todo a su paso. Que arrancaban los resecos matojos de raíz para llevárselos consigo, las rocas rodando ladera abajo, ¿y en cuánto tiempo? ¿Unos pocos latidos? Y a sus pies los ríos ya se desbordaban, las gargantas inundadas.

Para cuando llegaron hasta la pequeña gruta, Ilda tuvo que volverse para tirar de Rosamía y ayudarla a salvar el último escalón.

—¡Pa dentro! —gritaba; su voz, muda por la tormenta.

Se escurrieron hasta el fondo deseando con todas sus fuerzas que la pequeña cueva les bastara. Temiendo que el techo se viniera abajo, que el agua entrara para inundarlas. Se agazaparon al fondo como animalillos asustados, caladas hasta los huesos. Todo goteaba; el techo, Rosamía, ella misma goteaba. A Ilda el agua le sabía a tierra entre los labios, a cieno, pero no podía dejar de jadear. Mientras la corriente tapaba la boca de la cueva, mientras, solo unos pocos latidos después, una cascada las separaba del mundo.

Rosamía rompió a toser al fondo de la cueva e Ilda sintió un tirón en el cuello al volverse hacia ella. La zagala se mordía los nudillos. Rosamía, La Frontera sabía por qué, tosía en un vano intento de aguantarse las ganas de reír.

—¿Qué *daimonios* te pasa, moza? —le ladró Ilda.

Y Rosamía, los ojos cargados de lágrimas y lluvia:

—Los daján... —reía, se asfixiaba—. ¿Los daján... se mojan?

Ilda, de primeras, se apartó como si la zagala acabara de abofetearla. Pero al poco sintió que algo se le partía dentro; se le cascó la voz, el aliento, y al poco también se partía el culo. La una apoyada en la otra, rieron como no habían reído hasta ahora. Imaginando a esos terribles *daimonios* calados hasta los huesos, corriendo a esconderse. Las moscas cayendo sepultadas, los cuervos graznando molestos desde sus escondites.

Todos sus perseguidores, los aulladores, todos los carroñeros y desertores de la guerra, la guerra misma... Todos agazapados y escondidos en el fondo de una cueva.

Y joder, eso tenía su gracia.

La lluvia, esa cascada que las sepultaba, les regaló el escondite perfecto. Fue por un milagro de la naturaleza que por fin consiguieron dormir en paz. Mientras la tormenta las arrullaba. Mientras, fuera, el mundo rabiaba y se inundaba.

13

El día que siguió a la tormenta fue un buen día para La Astilla y Rosamía. A ratos Ilda se sorprendía mirando a la zagala a hurtadillas, y cuando esta le correspondía, en vez de quitarle la mirada como de costumbre, le regalaba una sonrisa.

El día que siguió a la tormenta compartieron historias al amor del fuego, las llamas brincando sobre la linde de ese bosque que olía a tierra mojada y a buena nueva. Rieron, los dientes hacia el cielo, a orillas de ese bosque.

El día que siguió a la tormenta llegaron a creer que lo habían conseguido. Pero no tardaron en salir de su error.

14

Ilda saboreó el barro en los dientes cuando se tiró de morros al suelo. La pinaza entre sus dedos al apretar los puños de pura rabia, maldiciendo su mala suerte una vez más.

—¿*Us* habéis perdido, zagales? —Una voz jocosa, pagada de sí misma—. Yo creo que sí, ¿eh, frais?

Ilda había llegado a creerse segura en el bosque. Tras la tormenta, todo lo que se arrastraba y volaba y corría a cuatro patas buscaba su sustento entre los árboles, e Ilda había llegado a creer que, si se alejaban de los caminos, nada malo podía pasarles. Satisfechas de sueño, contentas de haber conseguido dejar atrás La Frontera y sus consecuencias.

Pero al poco, desde un claro, habían escuchado voces. Se habían agazapado entre las zarzas y los matorrales de escaramujo y enebro; Rosamía había encordado su arco, ella se había sacado la ballesta del hombro, y solo entonces, despacio, se habían ido acercando. Habían suspirado cuando, abajo, en el claro, habían descubierto la presencia de lo que bien parecían dos hermanos. La muchacha, algo mayor que Rosamía, el pelo anudado en una trenza del color del trigo y cargada con una cesta llena de setas y bayas. El otro mozo, mucho más joven y empuñando otra cesta medio vacía, parloteaba sin cesar, sin cuidado alguno. La moza, que al parecer se llamaba Iema, le había regañado un par de veces, pero no por eso el zagal había cejado en su empeño. El zagal (*mocoso*, por único nombre) le hablaba a su hermana de los secretos de los mayores; de que su *pa* no dejaba de decir que tendrían que marcharse, de que su *ma* no dejaba de hablar de la guerra y de La Frontera.

—Y yo *nu* quiero tener que marcharme, Iema —se quejaba—. A mí me gusta esto. ¿Por qué tenemos que marcharnos? Yo *nu* le tengo ningún miedo a los soldados del Barón. Yo *nu* soy ningún cobarde.

Y la zagala, pugnando por sacarse la falda de la pelliza de las zarzas:

—Si padre y madre dicen que nos marchemos nos marcharemos y ya, ¿oca? Tu opinión *nu* vale un rulo, mocoso, así que haz el favor de dejar de quejarte.

—Me quejo si quiero —rebuscando entre la pinaza con desgana, apartándola con sus pies embutidos en unos precarios zapatos—. Tú *nu* mandas.

Iema dejó las moras recién recolectadas en la cesta, y volviéndose a su hermano con fiereza:

—Sobre ti mando lo que me venga en gana, ¿me oyes? Así que cierra el pico.

Mocoso le había regalado una fea sonrisa a su hermana.

—Tú *nu* mandas —le había dicho—. Tú *nu* mandas, tú *nu* mandas, tú...

Fue en ese momento cuando Ilda los sintió llegar: apartando zarzas, pisoteando el bosque a su paso. Sabiéndose dueños del lugar, rodeando el claro.

Fue entonces cuando Ilda manoteó para que Rosamía se echara al suelo, cuando ella hizo otro tanto y saboreó el barro. Entonces cuando:

—¿*Us* habéis perdido, zagales? —Y volviéndose hacia los otros—: Yo creo que sí, ¿eh, frais?

Los otros soldados le corearon la gracia y le dijeron que sí, que también lo creían; la mayoría de ellos, al menos. No vestían el negro y plata de Nuncio, sino el dorado y el escarlata del Barón. Eran soldados del gobierno legítimo, no desertores ni carroñeros, pero Iema, asustada de igual modo, agarró a Mocoso y lo metió tras su falda. El zagal, mientras los soldados se le iban acercando, ya no parecía tan valiente.

—Creo yo —siguió el soldado de voz jocosa—, que *nu* son tiempos para perderse por los bosques.

Era el más veterano entre los suyos. Con los dientes sucios de malayerba y el rostro devorado por la enfermedad de La Garra, su aspecto no resultaba nada alentador. Sus ojillos saltones y risueños mirando de arriba abajo a la zagala, los pulgares enredados al cinto.

—*Nu* estamos perdidos —tembló Iema levantando su cesta—. Ya volvíamos.

—Ya volvíais, ¿eh? —El veterano hizo chasquear la lengua—. Una pena.

La mayoría le rieron la gracia. Pero un hombretón alto y barbudo, mucho más joven:

—Déjalos en paz, Borza.

—Bah. —El tal Borza manoteó desgarrado hacia su compañero de armas, y con la mirada fija en Iema—: Sois de Miindre, ¿verdad?

La zagala asintió, la voz no le salía. Sepultada bajo la presencia de esos seis soldados vestidos de oro y escarlata tan solo podía aferrarse a su hermano, tirar de él.

—Podríamos acompañaros de vuelta, moza —siguió Borza—. Somos de fiar.

Ilda deseaba con todas sus fuerzas levantar sus puntas, pero no tenía ni idea de si entre ellos contaban con algún *fechicero*. Ninguno tenía fetiches a la vista, pero no podía arriesgarse a que la descubrieran.

—*Nu* hace falta —musitó Iema—. Sabemos volver.

—Pues yo creo que *nu*. —Borza no dejaba de mirarla—. Yo creo que vais a necesitar nuestra ayuda, ¿verdad, frais? Y claro —rio—, en estos días, toda ayuda tiene un precio. —Ilda escuchó gemir a la zagala aun desde la distancia.

—Déjala, Borza.

—Mi padre podrá pagaros —tartamudeó Iema—. Os pagará lo que queráis.

Borza manoteó de nuevo.

—Bah, *nu* metamos a tu padre en esto, ¿oca? Un beso nos bastará, ¿verdad, frais?

Ilda sentía la mirada de Rosamía clavada sobre ella. No había miedo alguno en esa mirada, más bien súplica. Rosamía ya había contestado a todas sus preguntas: había que actuar. Esa zagala que encontró escondida y lloriqueante entre los escombros se había convertido en unas pocas lunas en la heroína que ella nunca fue. Pero Ilda negó. Un gesto cortante sobre la pinaza.

No podían arriesgarse, no tenían ninguna posibilidad. Y ella tenía que seguir con vida. Ella no era como su padre.

La Astilla no era como La Cruz.

Abajo, en el claro, uno de los soldados, de rostro porcino y labios fofos, se había acercado hasta Iema y jugueteaba con su trenza. La zagala terminó por apartarse cuando los rollizos dedos del hombre se deslizaron hasta su cuello.

—*Nu* —murmuró—. Prae —les suplicó.

Borza hizo chasquear la lengua de nuevo.

—Pon las cosas fáciles, moza...

—Déjala, Borza.

—Queremos que *nus* pagues tú, ¿sabes? —siguió el veterano ignorando a su compañero de armas—. Pero también podemos hacer que pague tu hermano, ¿verdad, frais?

Uno de los soldados, un tipo nervudo de rostro afilado, bello si no fuese por el rictus cruel de sus labios, rio que él, de hecho, prefería al hermano. Otro, la cabeza afeitada y el gesto neutro como una estatua, escupió un gargajo de espliego entre sus botas. El más joven de los soldados, más joven incluso que el barbudo, rubicundo y gordinflón, retrocedió cabizbajo un par de pasos, pero nada se atrevió a decir.

—Vamos —Borza manoteó hacia Iema—. Ven aquí, ¿oca?

—¡Nu! —Iema le apartó de un cestazo la mano.

Las setas y las bayas se desparramaron por la pinaza del suelo. Borza:

—Por las malas entonces —y los suyos cerraron el cerco.

Rosamía no dejaba de mirarla.

—¡He dicho que la dejes, Borza!

En la guerra, así como en las montañas, el tiempo corre de distinta manera. Todo ocurrió en unos pocos latidos y, sin embargo, a Ilda le pareció que pasó toda una eternidad desde que Iema gritó hasta que el soldado de rostro porcino la agarró de la trenza y la tiró al suelo. Días enteros desde que el zagal se echó sobre el atacante de su hermana hasta que este, para apartarlo, le cruzó la cara con el puño de su espada. Lunas, desde que el del rostro barbudo se sacó la ballesta de la espalda hasta que la descargó de un culatazo sobre la nuca de su jefe. Soles mientras el del rostro de piedra hacía aparecer una pequeña hacha de la nada, curva como una hoz. Vidas enteras hasta que, de un gesto casi desgarrado, la descargaba sobre la cara del joven hombretón.

El único héroe de ese claro, de ese bosque, tenía la cara partida por la mitad.

Ilda ni siquiera había levantado sus puntas para cuando salió de su escondite. Ni siquiera se había llevado la ballesta al hombro para cuando resbaló por la pinaza y llegó hasta el claro. A veces una no tiene tiempo de preguntarse nada. De contestar.

En la guerra el tiempo corre de manera distinta.

15

El veterano, de rodillas en el suelo, miraba aturdido la mano sucia de sangre que acababa de sacarse de la nuca.

—¡Me has *dau*, hijo de mil moscas mal paridas! ¡Me has *dau*! ¡Voy a...!

No consiguió volverse del todo. La Rompebotas le acertó de pleno en el ojo izquierdo y la cabeza de Borza restalló. Fue cayendo de espaldas sobre sus rodillas y, antes de que resbalara hasta el suelo, Ilda ya tenía sus puntas levantadas. Soma para calmarse el cuerpo, Pneuma para enfriar la mente; ambas le advirtieron que sus posibilidades eran, cuando menos, precarias.

El tiempo se ralentizó sacudido por la mezcla, el mundo una lente desenfocada en sus márgenes. Iema arrastrándose de espaldas en el suelo, su hermano llorando y gritando con las manos pegadas a la cara, sangre entre sus dedos. Borza y el joven barbudo muertos, el recluta gordinflón debatiéndose sobre si sacarse la ballesta de la espalda o salir corriendo hacia el

bosque. El tipo guapo de rostro afilado la rodeaba medio agazapado con su puñal en ristre, y el de la cara porcina, la barbilla ya oculta tras una rodela que acaba de soltarse de la espalda, la apuntaba con su espada y ladraba:

—¡Matadla! —Su voz la voz de los cerdos, aguda y chirriante—. ¡A ella! ¡A ella, frais!

Oculto tras él, Rostro De Piedra desenterraba su hacha de la cara de su antiguo camarada sin que su gesto se torciese por ello lo más mínimo. Ilda tenía poco tiempo. Si no actuaba ya, si no resultaba de lo más expeditiva y pronto, iban a rodearla. Y recordó:

Si son más fuertes que tú, niña, si son más, reduce cuanto antes su ventaja.

Nu pienses, croaba La Graja. Nu te lées la cabeza. Actúa.

Y ACTÚA YA.

Ilda soltó su ballesta y esta trazó una parábola perfecta hasta impactar contra la rodela de Rostro Porcino. Lo distrajo solo por un momento, pero para cuando su enemigo consiguió asomarse tras su escudo, Ilda ya empuñaba en la mano derecha uno de sus puñales, la izquierda oculta bajo su poncho. Rostro Porcino cargó hacia ella de igual modo: confiado, sabiéndose más fuerte y mejor armado, la embistió con su espada. Ilda ni siquiera se movió del sitio.

No fintó, no pensó, no se lio la cabeza.

Su mano izquierda salió de su escondite empuñando uno de sus fetiches: un par de cilindros leñosos trenzados con una tira de piel y otra de bramante; un cilindro blanco como el hueso, el otro negro como el carbón. Y al hundirlo en el escudo de su enemigo, al levantar Soma y Xil y también Samu, la rodela estalló en jirones de cuero y polvo de hierro.

Rostro Porcino chilló como chillan los cerdos, pero su grito se le quedó a medias cuando Ilda le hundió su puñal en la papada hasta los dedos.

—*Grrbbb* —eructó Rostro Porcino. Y la sangre salió a borbotones de sus labios, entre los dientes.

Dos menos.

La fuerza de su embestida la arrolló de igual modo, pero Ilda soltó su cuchillo a tiempo para no caer abrazada a su enemigo. Todavía trastabillaba cuando sus puntas le advirtieron: lo tenía a la espalda. El soldado de rostro afilado iba a clavarle su puñal en los riñones y ella no podía hacer nada por evitarlo, ningún *fehizo* la salvaría esta vez.

—¡Ah! —graznó de pronto su atacante.

Una flecha le asomaba del muslo, cerca del culo. E Ilda, aprovechando el impulso al volverse, le soltó tal codazo en los morros que lo mandó de espaldas al suelo. La flecha se partió, se hundió más si cabe, y la Rompebotas sacó otro de sus puñales dispuesta a echarse sobre él.

Detrás, la urgió Pneuma de nuevo.

No fue lo bastante rápida. Consiguió apartarse del filo curvo y sucio de sangre de esa hacha, pero algo duro como el hierro la golpeó de pleno en la barbilla. Un fogonazo de luz, la blancura antes que el dolor. La blancura antes de tener que luchar por mantener sus puntas alzadas, para rogarle a Riga que le calmara el dolor, a Raga que le dijera qué *daimonios* estaba pasando... Ilda pugnaba por mantenerse en pie sobre la traicionera pinaza del suelo, por apartarse, por seguir respirando, cuando la patearon en las tripas. Sus puntas respondieron a tiempo: calmándole el dolor, despertándola. Consiguió apartarse de nuevo del siguiente golpe de hacha, mantenerse en pie. Bajo el efecto de sus puntas, el tiempo lento una vez más: esa hacha hundiéndose en el suelo para luego levantar el barro y la pinaza al salir, ese brazo que la empuñaba, ese rostro muerto, de

piedra, esos ojos huecos por la guerra... Y sí, también el otro brazo de su atacante, esa porra de punta acerada que ya saltaba de nuevo hacia su rostro. No tenía tiempo ni fuerzas para apartarse, y fue por puro instinto que usó su fetiche para protegerse. Por puro reflejo que levantó Soma y Xil y Samu una vez más. Sin cuidado ninguno. Sin atender a La Sorgia.

Sintió arder su fetiche entre los dedos. La mezcla salir desbordada por cada poro de su piel, devorar esa punta de hierro, esa porra, ese brazo. De pronto le faltaba el aire, o más bien le sobraba. Sus brazos, más largos y delgados; sus piernas, sólidas como las raíces de un árbol. Para luego soltarse. Para luego estallar, toda ella estallar.

Los dientes de Rostro De Piedra se descubrieron mellados y sucios de espliego al gritar. Al manotear para sacarse de encima esas llamas invisibles que le devoraban la carne. Que la arrugaban y la envejecían.

—¡Hay más en los arbustos! —graznaba Rostro Afilado—. ¡Ahí arriba! —Ilda se volvió aturdida, ya sin puntas para alentarla. Los vértices del mundo se ennegrecían, el vacío se cernía sobre ella.

Rostro Afilado había conseguido levantarse, y manoteaba hacia el bosque, hacia el escondite de Rosamía. Su mano izquierda agarrando lo poco que quedaba de la flecha partida, su mano derecha empuñando su puñal. Se tiró al suelo cuando otra flecha le pasó silbando junto a la cara y rodó hasta casi ponerse al alcance de Ilda: de espaldas a ella, a un par de brazadas de distancia. Pero Ilda solo podía boquear, apenas si mantenerse consciente. Ilda cabeceaba, trastabillaba. Ilda solo quería cerrar los ojos.

Descansar.

No te vayas, Ildi. Por favor. No te vayas.

Todavía empuñaba su puñal. Consiguió salvar la distancia que los separaba y agarrarse al soldado. Forcejearon, torpes forcejearon. Para luego, aprovechando el hueco, la oportunidad, abrirle la garganta.

Zas.

Iema gritó. La sangre negra en la penumbra del claro. La sangre sobre la pinaza, sobre el barro, sobre el rojo y dorado de los Cadágara. Por y sobre su cuerpo.

—¡Astilla!

Esta vez no fueron sus puntas quienes la avisaron. Esta vez, si rodó, si esquivó a tiempo, fue gracias a Rosamía. Solo que, una vez más, no esquivó del todo.

Sintió el hierro curvo del hacha rasgando el hueso de su hombro. Fintó para poner tierra de por medio, pero Rostro De Piedra le soltó una de sus certeras patadas y la tiró de espaldas al suelo. Le faltaba el aire, el mundo se oscurecía... En la guerra el tiempo corre de manera distinta: a veces salta como el relámpago, y otras, atraviesa metal líquido. Otras el tiempo no se mueve en la guerra. Como si el tiempo supiera que llega tu final.

Como si se regodeara con ello.

Ilda consiguió ponerse de rodillas. La flecha de Rosamía pasó errática sobre ella para clavarse inútil en un árbol; la flecha vibró, Ilda pudo ver cómo la flecha vibraba y vibraba. Rostro De Piedra, su brazo izquierdo inerte y consumido lacio a un lado de su cuerpo, alzaba su hacha sobre ella. Los ojos locos de miedo y rabia, espuma entre los labios.

El hacha descendió. Ilda pudo entretenerse en lo mellado de su curvo filo, en cada veta de la madera. La humedad del bosque era la humedad del hacha; gotas, todo goteaba. La Rompebotas tuvo tiempo de aprenderse el arma que la iba a matar.

Pero entonces una gata en celo. Una maraña de piernas y brazos salió del bosque. El pelo cortado a tijeretazos, los ojos azules, casi grises. Mientras gritaba tanto y todo. Mientras soltaba su arco y se lanzaba desarmada hacia el soldado. Contestadas ya todas sus preguntas, solo por salvarla.

Toda una heroína.

El tiempo a veces no tiene prisa alguna, e Ilda vio cómo Rostro De Piedra se quitaba de encima a Rosamía a golpes. Vio cómo la agarraba del cuello para empujarla contra un árbol, cómo echaba hacia atrás el brazo de su hacha.

Iema gritó.

Y la Rompebotas, impotente e inútil de rodillas en el suelo tras haber abusado de sus puntas, tuvo tiempo de preguntarse: *¿Así termina todo? ¿Voy a dejarla morir?*

—Nu —croó, gruñó, gimió Ilda.

A veces el tiempo restalla como un látigo. A veces, en las historias de su padre, los héroes sacaban fuerzas de donde no quedaban. Y a veces, puede que *pocas* veces, esas historias tenían parte de verdad.

—Nu —graznó Ilda al saltar.

Al atizarle en los morros con su mano desnuda:

—Nu.

Al esquivar su hacha y agarrarle el brazo:

—Nu.

Al retorcérselo:

—Nu.

Al golpearle con la frente en la nariz:

—Nu.

Al morderle la oreja:

—¡Nu!

Con su oreja entre los dientes, escupiéndola al suelo:

—¡Nu!

Al morderle el cuello mientras le retorció el brazo, mientras lo agarraba por el pelo:

—¡Nu!

A veces el tiempo corre raro de narices en la guerra... ¿Cuánto tiempo llevaba con la cara enterrada en el cuello de ese hombre? ¿Cuánto tiempo la carne entre los dientes? ¿Cuánto tiempo rasgando, destrozando, penetrando? El hierro, la mezcla... *¿Cuántos latidos desde que todo había comenzado?*

La verdad era que puede que llevara lunas enteras abrazada (*¿abrazada, Ildi?*) a ese hombre, luchando por sobrevivir, o al menos eso le parecía. Y claro, lo soltó. Al mirar a Rosamía se limpió los morros con el antebrazo, como si eso sirviera para algo, como si no tuviera la pechera sucia de sangre propia y ajena, de trozos que acababa de arrancar con sus propios dientes.

Entonces, mientras Rosamía la miraba boquiabierta:

—¡Quietas! —tembló una voz. Y al volverse, torpe, despacio, el más joven de los soldados las apuntaba con su ballesta.

Porque, oh, lo malo de la realidad, lo que tanto la diferencia de las historias, es que el final nunca llega. En la realidad los finales felices no tardan en convertirse en otra cosa bien distinta y las preguntas de una solo terminan cuando se la comen los gusanos.

—¡Quietas! —y ellas, claro, obedecieron.

16

—Baja eso, frae —croó Ilda.

—¡No! —gritó el soldado; *no...* O era de Antes o del norte de La Muralla, aunque poco importaba eso ahora—. ¡Vais a ponerlos de rodillas! ¡Ahora! ¡Las manos en la cabeza!

Rosamía obedeció. Pero Ilda no lo hizo.

—¡Al suelo, he dicho! —ladró el soldado. Los ojos cargados de llanto, así como la voz.

—Has visto lo que puedo hacer, chico —su propia voz le llegaba de lejos, tan neutra como los ojos de ese hombre al que acababa de arrancarle el cuello a mordiscos—. Soy una *fehicera*. Y *nu* estoy muy bien de la *mullera*, ¿sabes? —En sus dientes esbozó la mejor de las sonrisas de La Graja, sus dientes sucios de sangre oscura—. Así que hazte un favor y baja eso, ¿oca?

El recluta dudó. La verdad era que Ilda no podría hacer nada si él decidía apretar el gatillo de su ballesta, la verdad era que no le quedaban puntas ni fuerzas, apenas si para mantenerse en pie, pero eso él no lo sabía.

Una buena Rompebotas nunca contaba su propia historia.

—¡Me matarás si lo hago! —gimió.

Ilda dio un paso. Y luego otro más.

—Mira a tu alrededor —y se abrió de brazos como si quisiera abarcar el claro entero, los cuerpos tendidos—. Míralos —y señaló a los hermanos abrazados a la sombra de los árboles, sin quitarles ojo de encima, luchando por respirar—. Ya están a salvo. Y yo solo quería eso. Tu amigo quería eso —y mientras daba otro paso, señaló al barbudo—. Ya todo ha llegado a su fin, ¿entiendes?

La ballesta temblaba en las manos del recluta, y eso podía no ser bueno. Su dedo podía resbalar en el gatillo, tropezar incluso.

—Baja eso, frae —manoteó la Rompebotas—. Y juntos iremos a contarle al publicano lo que ha pasado... ¿Estás a sus órdenes? —Y otro paso—. ¿O a las de algún krae? —Y otro—. *Nu* importa —le sonrió—. Se lo contaremos a quien tú creas que haya que contárselo, ¿oca? A tu jefe. Seguro que entenderá —mientras andaba, mientras se seguía acercando—. Le explicaremos que a Borza se le fue la cabeza. Porque se le ha ido la cabeza, ¿verdad?

—Sí —musitó el soldado. La ballesta cada vez más torpe, más baja.

El pobre estaba llorando. El pobre gimoteaba al hablar.

—Si lo piensas bien, serás un héroe, frae. ¿*Nu* es para salvar a los inocentes que vistes los colores del Barón? ¿*Nu* es para hacer lo correcto? —El zagal asintió—. Pues eso. Salvarlos es lo correcto y lo sabes, tu amigo lo sabía... ¿Cómo se llamaba, frae?

El recluta desvió solo un momento sus ojos hacia el barbudo. Abrió los labios para decir su nombre, pero no tuvo tiempo de hacerlo.

Resulta que a Ilda todavía le quedaban fuerzas para un último salto. Y si bien su brazo izquierdo le colgaba inerte debido a la herida del hombro, el derecho supo responder. Su puñal se hundió en el cuello del joven, jovencísimo recluta.

—Lo siento, frae —le dijo casi abrazada a él.

La ballesta se disparó y el virote se hundió en la pinaza. Iema gritó de nuevo, ¿acaso había dejado de gritar en algún momento?

Para cuando Ilda dejó caer al soldado al suelo, Rosamía ya estaba a su lado. Rosamía no dejaba de mirarla.

—Tenía que hacerlo —croó—. Fuera quien fuera su jefe... —cabeceó. Se limpió la sangre y el barro y el sueño de la cara—. Mira lo que hemos hecho, niña. Mira a tu alrededor. Nos habrían colgado por esto.

Rosamía asintió.

—Solo hice lo necesario. —A Ilda le dolió y mucho decir aquello; se sentía exhausta, mareada por la mezcla y esa herida que no dejaba de latir, de sangrar. Pero decir lo siguiente le dolió aún más—: Lo difícil.

Tuvo que agarrarse a la zagala para no desplomarse. Rosamía no tenía mucha mejor pinta, Rostro De Piedra la había jodido y bien, pero en absoluto se quejó cuando Ilda la rodeó por los hombros.

Iema acunaba a su hermano entre los brazos: la cara de Mocosito sucia de sangre y llanto, la nariz torcida. Cuando Ilda y Rosamía se les acercaron enterraron la mirada en el regazo, ¿quién podía culparlos?

Ilda fue a decirles que no iban a hacerles ningún daño. Que, si habían hecho lo que habían hecho, que, si le había arrancado el cuello a ese hombre a mordiscos, había sido por salvarlos. Que eran heroínas y no villanas, aunque la sangre las cubriera por enteras. Aunque hubieran sembrado la muerte en el claro de ese bosque.

Pero, al mirarla:

—Gracias —musitó Iema. Los ojos cargados de llanto y gratitud.

Y claro, Ilda sintió que algo se le rompía dentro. *Gracias*, eso había dicho. Pero ¿gracias por qué? ¿Por toda esa muerte? ¿Por la sangre?

¿Gracias por la guerra?

Odia a tu padre si lo precisas, niña, pero no te atrevas a juzgarlo.

—¿Astilla? —Rosamía no dejaba de mirarla.

Todos la miraban, ¿por qué *daimonios* la miraban?

—Tenemos... —Iba a decir que tenían que marcharse. Pronto, ya. Pero—: Tengo que... sentarme un momento.

Solo que no se sentó, claro. Solo que resbaló de Rosamía y cayó de lado sobre la pinaza del suelo. Aquel era su lugar, bien *siuro* lo era. Junto a los suyos. Junto a todos los que había matado.

Desde ahí abajo sus tabardos ya no lucían el rojo y el dorado de los Cadágara. Sus tabardos, sus rostros sucios de barro y sangre, del mismo color. La sorpresa en todos esos rostros. Todos y cada uno de ellos... *¿la estaban mirando?*

—¡Astilla!

Rosamía se había arrodillado junto a ella. La acariciaba, le tocaba los ojos, los labios. No dejaba de llamarla.

—Será solo un momento —croó Ilda.

Solo que no manó sonido alguno de sus labios. Solo que

¿gracias? ¿Gracias por qué?

la oscuridad se hacía con el mundo.

17

Sus pies se arrastraban por la senda embarrada, a ratos conseguían apoyarse. Un paso, y luego otro.

La llevaban en volandas... No. *La* llevaba en volandas. Su voz, la voz de Rosamía:

—¿Ya estamos cerca?

Iema cargaba a su hermano sobre la espalda. Nada de cestas, nada de bayas.

—Sí. Estamos cerca.

Atardecía. Los colores se confundían a la sombra de las coníferas. Rojo y rosa sobre las alturas, naranja y fuego al atardecer. Y abajo, en las sombras, el azul, el gris y el frío de la noche. Le costaba mantenerse despierta. Sangraba.

Y su voz:

—Agárrate. —Rosamía tiraba de ella, la sostenía—. Ya lo has oído —la arrullaba—. Ya casi estamos.

Ilda fue a decirle que no era una buena idea. Que ella los había matado a todos, que las castigarían a ambas por eso. Le dijo algo parecido. Lo que le permitieron la oscuridad, el vértigo y la náusea.

Su voz:

—Cállate. Tú me salvaste. Y yo voy a salvarte ahora, ¿oca?

Su rostro. El pelo cortado a tijeretazos. Sus ojos más grises que azules en la penumbra...

Ilda estaba llorando.

—Lo siento —decía—. Lo siento tanto.

Y no solo se lo decía a ella, ni mucho menos. Ese *lo siento* era para tantos. Para Los Huérfanos. Para Verde.

Para su padre.

Sus pies se arrastraban por la senda embarrada. A ratos conseguía apoyarse. A ratos recordar.

Sé que volverás. Sé que lo harás.

—¿Rosamía?

—Estoy aquí, Astilla. Justo aquí. —Cargándola. Salvándola.

Dolía tanto recordar.

—*Nu* quiero que te vayas —jadeó; no sentía el brazo, la espalda, el cuerpo. Su cuerpo se desvanecía.

No te vayas, Ildi. Por favor. No te vayas.

—*Nu* voy a irme a ninguna parte. —El dolor en su voz, el esfuerzo—. ¿Qué tonterías dices?

Tú me salvaste del desierto. Te debo una. Y voy a tardar toda una vida en pagártelo, te guste o no.

—Toda una vida —jadeó Ilda.

El suelo la llamaba, ya no tenía fuerzas.

Su voz:

—*Nu* —mientras forcejeaba por sostenerla, mientras se quedaba sin aliento—. *Nu* te me vayas, Astilla. —Su voz tirando de ella, sus brazos—. Aguanta, prae. —Llorando, acariciándola, sosteniéndola—. Astilla. ¡Astilla!

—¿Verde? ¿Eres tú?

Dolía tanto recordar.

ANTES

Los Huérfanos

1

—Astilla —la llamó—. Vamos, déjalos. No merece la pena.

El ceño de La Astilla era el ceño de La Graja. Sus ojos, los ojos de su padre. A la sombra de ese cedro alto, altísimo, que se alzaba en el centro mismo del pueblo, entre el cuartel del publicano y el salón de mare Ladia.

—Astilla —la súplica, la urgencia en su voz.

Astilla frenó a la mula y detuvo el carro.

—¿*Pue* saberse qué miráis, frais? —bufó a los perros de los Volario, el púrpura y el halcón en sus zamarras.

Escuchó suspirar a Verde junto a ella.

—Miramos lo que nos viene en gana, moza. —Uno de los soldados, el más viejo, le sonrió bajo un feo e hirsuto bigote; los dientes diminutos y torcidos, la calva quemada y no por el sol—. *Esu* y nada más que *esu*.

Estaba sentado sobre el murete del pozo, sacándose la mierda de las uñas con un palo. Pero cuando dijo aquello, al sonreírle, la señaló con ese palo asqueroso suyo, y Astilla odiaba que la señalaran.

—¿Sabes quién soy, pedazo de lupen?

—De sobra lo sabemos —dijo otro de los soldados; más joven, más fiero. Rapado al estilo marcial—. Y yo que tú me cuidarías esa boca, ¿estamos?

—Astilla, prae...

—Me cuidaré lo que me venga en gana —les espetó ella ignorando a Verde una vez más.

Los seis hombres de los Volario silbaron por eso. Risueños, mirándose entre ellos.

—Nos ha salido fiero, ¿eh, frais? —rio el del bigote.

—De tal palo, tal astilla —rio otro.

Astilla quiso saltar del carro, plantarles cara al estilo de La Graja y escupirles una buena maldición... Eso si su maestra no la hubiera obligado a desprenderse de todos sus fetiches después de lo ocurrido, claro.

Se acabó la diiva para ti, niña. Ellos, de ti, solo esperan cruzar.

Además, le había jurado a su padre que no montaría ningún escándalo. Últimamente, sus estancias en La Bellada habían sido, cuando menos, escandalosas. Así que se agarró con fuerza a las riendas y se obligó a respirar. A contar hasta nueve tal y como La Ságida mandaba.

—¿Es que *nu* tenéis nada mejor que hacer? —De verdad que pensaba quedarse tranquila. Quitarles la mirada, azuzar a su vieja mula y seguir su camino. De verdad que no tenía intención alguna de sonreírles así, de escupirles—: Si es que algo sabéis hacer además de joderle la existencia al vecino, claro.

Al del bigote la sonrisa se le congeló en la cara.

—Cuidado, moza —le advirtió—. Todo tiene un límite.

—¿Ah, sí? —Astilla hinchó el pecho todo cuanto pudo—. ¿Y qué vas a hacerme si *pue* saberse?

Los soldados no tardaron en apartarse del pozo y formar una fila delante de ella, uno de ellos hasta echó la mano al puño de su espada. El joven escupió a los pies del carro sin dejar de mirarla, y el viejo del bigote:

—*Nu* eres tan intocable como te crees, ¿sabes, moza? —Señalándola con ese palo asqueroso suyo una vez más.

—Pues yo creo que sí. Yo creo que, ahora mismo, estáis cagados de miedo.

—¿Ah, sí? —El del bigote no dejaba de mirarla. Ninguno de ellos le quitaba ojo, de hecho.

—Haya paz, frais —la voz de Verde—. Nada tenemos contra vosotros, así que si os parece...

—A mí *nu* me parece una mierda, Verde —le soltó ella—. Así que déjame hacer, ¿oca?

Verde suspiró.

—Creo que ya va siendo hora de que alguien te dé una lección, moza. —El del bigote dejó caer desganado ese palo asqueroso suyo al suelo—. A ti y a tu padre.

—¿Qué sabrás tú de mi padre? —De pronto a Astilla le temblaban las manos en torno a las riendas. De pronto la voz le salía algo más aflautada de lo que le hubiera gustado reconocer.

—Oh, alguna cosa sé —sonrió acariciándose las viejas quemaduras de la calva—. ¿Y tú? ¿Qué sabes tú?

Poca cosa, esa era la verdad. Pero ni mucho menos iba a reconocerlo. Tan solo tenía que ocurrírsele algo ocurrente, algo ingenioso para...

—Tu padre era un asesino, moza —siguió el viejo—. De los *piores*, bien lo sé. Pero *esu* y nada más que *esu*, ¿me oyes?

Astilla había saltado del carro. Le temblaban las manos, todo el cuerpo, de hecho; y no tenía ni idea de cómo ni cuándo había acabado allí plantada, a unos pocos pasos de los hombres de El Blanco.

—¡Astilla! —la llamaba Verde.

Y el viejo:

—Cuida lo que haces, moza.

Y al poco, cuando Astilla ya se disponía a arrancarle la cara de un zarpazo:

—¿*Pue* saberse qué *daimonios* pasa aquí?

Eran pocas las veces que mare Ladia se dejaba ver fuera de su lupanar, menos aún si el sol todavía brillaba en el cielo. Delgada y huesuda bajo el viejo guardapolvos que se había echado sobre los hombros, y sin embargo puro trueno su voz. Entrada en años, menuda, y sin embargo el

fuego en su mirada, en el carmín de sus labios, en el falso y perfecto lunar de su mejilla.

No tardó en ponerse junto a Astilla y encarar a los soldados; bajo el guardapolvos, su vestido blanco todo olas y volantes tras sus pasos.

—¿Asustando a las zagalas del pueblo, *manisses*? ¿A *esu* nos dedicamos ahora? —les ladró. Y al poco, después de pasar la mirada por todos y cada uno de ellos—: Sois nuevos, veo. Eso lo explica todo —siseó.

Si bien la mayoría de los soldados se habían apartado un tanto ante la embestida de la *madame*, el viejo del bigote miraba a través de ella sin apartarse lo más mínimo. El publicano, un poco demasiado tarde como siempre, se había asomado a la puerta del cuartel, así como otros tantos de los vecinos de La Bellada a las puertas de sus casas y establecimientos, pero tampoco era eso lo que tanto atraía la atención del veterano. Los ojos fijos tras mare Ladia, al otro lado de la calle polvorienta. Los ojos fijos sobre el par de siluetas que recién asomaban del lupanar seguidos de cerca por una pequeña turba de clientes madrugadores y unas pocas putas.

Los ojos fijos sobre Los Rojos. Sobre Los Huérfanos de La Cruz.

—Ya veo —sonrió el veterano—. Los tiempos cambian, pero no cambian tanto.

El publicano se arrastraba hacia ellos. Debía obediencia a los Volario por la ley del Cadágara, pero lo suyo era más bien acrecentar su oronda barriga sin más preocupaciones que las de llevarse el siguiente pastelito a la boca. Astilla, por su parte, todavía temblaba, todavía hinchaba el pecho todo cuanto podía y más, para parecer más grande de lo que era. Pero no pudo sino distraerse un tanto ante la guerra de miradas de ese viejo soldado y Los Rojos. Todo un misterio para ella esa guerra de miradas.

—Haya paz, frais, haya paz —ladraba el publicano con las palmas alzadas.

Y claro, todo acabó allí. Astilla siguió encarando al viejo soldado por un rato, pero el publicano no tardó en llevárselos. En mandar a todo el mundo a casa y a sus quehaceres:

—¡Aquí *nu* hay na *pa* ver, frais! —Y los vecinos de La Bellada no tardaron en obedecer.

—Nos vemos, moza. —El viejo soldado se llevó los dedos a la calva quemada una vez más a modo de despedida; una fea sonrisa la suya.

Astilla, con los puños apretados, estaba a punto de soltarle uno de sus ingeniosos comentarios al veterano cuando sintió que le atizaban tal colleja que hasta los dientes le chocaron entre sí.

—Deja de meterte en líos, niña —le regañó mare Ladia; todo fuego sus ojos—. O al menos deja de hacerlo a mi puerta, ¿oca?

—Oca —rumió Astilla, ceñuda y cabizbaja.

Mare Ladia suspiró volviendo a colocar su mechón plateado tras la oreja.

—*Esus* lupen desgraciados merecen tu desprecio, Astilla. Pero deberías aprender de tu padre. La paz bien merece morderse la lengua, ¿recuerdas?

Sí, esa era otra de las famosas frases de su padre. Y sí, puede que apenas alcanzase los dieciséis soles, pero Astilla también sabía que a mare Ladia no solo le gustaban las frases de su padre.

—Recuerdo, mare Ladia. Mis disculpas.

—Bien —le sonrió con el carmín de sus labios—. Ahora al lío, ¿oca? —y braceó hacia el carro—. ¿La Graja ha tenido a bien de procurarme sus servicios?

—Ha tenido a bien, sí —corrió a contestar Verde. El muy lupen siempre se ruborizaba ante la presencia de la *madame*, de todas y cada una de sus chicas, de hecho. Si a alguien le importaba la opinión de Astilla, un par de polvos bien echados bastarían para quitarle la tontería, pero claro, Verde no era de polvos de una noche, ¿verdad?

Verde era Verde. Ni más ni menos.

Y Astilla, al poco de que mare Ladia les diese la espalda para meter a sus chicas para adentro, no tardó en burlarse de su rubor:

—Tienes la cara roja como el culo de un daján, frae. Deberías mirarte eso.

Astilla sonreía mientras apartaba la lona del carro y se echaba al hombro el cofrecillo con los ungüentos de La Graja, pero su sonrisa no tardó en venirse a menos.

—Te lo dije —rezongó Verde a su espalda.

—¿Qué me dijiste si *pue* saberse?

—Que los dejases. Que no merecía la pena. Te merecías esa colleja.

Astilla le lanzó una pedorreta a modo de respuesta. Y ya de camino al lupanar:

—¿Puedes tú con lo otro, frae? ¿O prefieres esperarme fuera?

Verde le gruñó ceñudo, pero no pudo evitar que aflorara a sus labios el fantasma de una sonrisa. A Astilla siempre le fue fácil hacerle reír.

2

Los Rojos. De todos Los Huérfanos de su padre, los más amados y los más detestados. Ambos parques en palabras, siempre distraídos, en otro mundo. Ambos ofrecían placer a aquellos que pudieran permitírselo. Ambos la joya de la corona del salón de mare Ladia. Puro misterio. Frías las miradas, de fuego las entrañas.

Así eran ellos.

Para cuando Astilla se metió en la penumbra del local, Carra ya ocupaba su lugar junto al viejo piano de Antes de Aquello. Hacía soles que nadie lo hacía sonar, desde la muerte de Dedodioro, pero ella todavía parecía escucharlo. Carra, a la rosada luz del tímido farol que reposaba sobre la tapa del piano, con los ojos cerrados, disfrutaba de la melodía.

Una extraña sonrisa en los labios, la misma de siempre, como si supiera algo que nadie más conocía. La tez morena en perfecto contraste con el vestido rojo, rojísimo, que vestía, y su pelo negro como ala de cuervo, o eso cantaban las canciones. Fuera como fuera, a la luz del farol, del tímido resplandor que se colaba por las cortinas medio echadas del salón, su piel los embrujaba a todos por igual. Su cabeza al ritmo de esa muda melodía que solo ella escuchaba, despacio, haciendo brincar los bucles de su pelo. A la luz del farol, la finísima cicatriz que recorría su mejilla de arriba abajo no hacía sino acrecentar la leyenda. De todas y cada una de las cosas que había hecho en la guerra y fuera de ella, de todas y cada una de las cosas que era capaz de hacer, de hacerte. Tanto las buenas como las malas. Tanto el placer como el dolor.

Eso contaba Carra La Roja a la luz del farol.

Para cuando Astilla se metió en la penumbra rosada del local, Fido El Rojo ya subía por las escaleras que daban a la balconada que abrazaba el local desde las alturas, hacia las habitaciones. De todos en el salón de mare Ladia, Fido El Rojo era el único, además de la *madame*, que tenía su propia habitación: la nueve, como La Ságida mandaba. Fido El Rojo no solía compartir su espacio, ni tampoco su tiempo con el resto de los mortales, a menos, claro, que se le pagara en condiciones. Y ese pequeño cuartucho, su habitación, era su santuario.

Ese templo donde, según contaban, podía hacerte estremecer de puro gozo, ya fueras hombre o mujer. Con sus *fechicerías*. Con sus juguetes y sus cuchillos. Con ese rostro afilado y moreno suyo de ave rapaz, tan distinto al de su hermana. Con esos ojos del color de la aceituna. Con esos dedos largos, larguísimos, que procuraban muerte y gozo por igual. Siempre embutido en ese traje a tres piezas de Antes de Aquello. Siempre a punto de saltar, en tensión. Siempre a punto de arrancarte el alma de un bocado.

O al menos eso se contaba.

Que La Cruz los había encontrado a ambos en las ruinas calcinadas de una ciudad. Entre tantos cuerpos desparrados, violados y mutilados. Que, cuando La Cruz los encontró, ambos empuñaban sendos puñales sucios de carne y sangre; dados de la mano. Famélicos, desnutridos, supervivientes.

A punto estuvieron de matarlo. Ese par de bestias de niños ni siquiera recordaban cómo hablar, cómo comunicarse. Solo la muerte. La sangre y la carne entre sus dientes, el hambre saciada de la peor manera posible.

Hasta que La Cruz los salvó.

Pero cuando Astilla se metió en la penumbra del local, Los Rojos solo fueron los mismos de siempre:

—El polvo te sea dulce, Astilla. —Fido le guiñó un ojo desde la balconada.

—Un gusto verte —le sonrió Carra.

Y claro, eso, una vez más, hizo que se compartieran entre los pocos y madrugadores clientes del salón unas cuantas miradas de incompreensión, hasta de estupefacción podría decirse. Los Rojos no te guiñaban un ojo. Los Rojos no te sonreían. Pero allí estaba esa moza desgarrada y mandona recibiendo tales regalos como si tal cosa. Y eso los hizo pegarse a sus vasos más si cabe. Sintiéndose pequeños, tan poca cosa.

Y claro, a Astilla le encantaba verlos así. Por aquel entonces le encantaba ser quien era.

Hasta que se le cayeron las bragas al suelo del susto, claro. Hasta que:

—Rapaz —jadeó. Rapaz le sacaría sus buenos diez soles, pero eso a Astilla no le importaba lo más mínimo. A él tampoco, o al menos eso le había demostrado en la fiesta del plenilunio de la luna de Nacidos. Ni los soles que los separaban ni que La Cruz le hubiera enseñado todo cuanto sabía de su oficio de Rompebotas.

Nada en absoluto le había importado.

—Has vuelto. —No le gustaba nada perder así la compostura. Ni tampoco que los tacones de sus botas rasparan nerviosos las tablas del suelo. Pero ese hombre, sus brazos tatuados, siempre hacía que el mundo le diera vueltas. Que perdiera pie.

O los fetiches que colgaban de su chaleco. O esa trenza rubia suya. Sin olvidar esos cacharrillos de Antes que le colgaban de las orejas. O su olor.

—He vuelto —le sonrió; y sí, al menos su sonrisa sucia de malayerba bastaba para calmarla un tanto.

—*Y dime, dime* —canturreó como una niña tonta—, *¿has visto el mar?*

—*Te digo, te digo, nu he visto el mar, pero traigo cosas que contar.*

Rieron.

—Un gusto verte —le dijo él.

—Lo mismo —le dijo ella. Y al poco, braceando para abarcar el salón—: *¿Y qué? ¿Buscando un poco de diversión?*

—Trabajo, más bien. Mare Ladia quiere dar una fiesta aprovechando que mi *troupe* se deja caer por aquí. Una de las grandes, al parecer.

Astilla le sonrió como si acabara de pronunciar la cosa más ingeniosa del mundo. Y no, nada tenía que ver con que Rapaz acabara de confirmarle que no andaba por allí buscando a las chicas de mare Ladia.

—Tu amigo *nu* parece contento de verme.

Astilla siguió su dedo hacia la barra, donde Verde acababa de entregarle el baúl que cargaba a *maisse* Omo. Los miraba de reojo a la penumbra de los faroles que colgaban de la balconada, pero cuando se cruzó con la mirada de Astilla no tardó en volverse hacia el pulcrísimo y siempre servil tabernero de mare Ladia. *Maisse* Omo estaba con ella desde el principio, y se decía que la *madame* solo aceptaba como empleados a los mejores en lo suyo. A Astilla le parecía un poco demasiado afeminado, además de *demasiado* simpático si le preguntaban su opinión, pero la verdad era que caía bien a todo el mundo, y eso, en su oficio, era toda una ventaja.

—Imaginaciones tuyas —le dijo encogiéndose de hombros—. A Verde le caes bien. Es solo que este sitio le pone un poco nervioso.

—Ya, será eso.

—¿Qué va a ser si *nu*? —le preguntó ceñuda. Puede que bastara que ese Rompebotas hiciera aparición para que las bragas se le fueran al suelo, pero Astilla odiaba que le llevaran la contraria.

O peor, que alguien pareciera saber más que ella.

—Nada, nada —se defendió el Rompebotas enseñándole sus palmas desnudas.

—Pues *esu* —sentenció Astilla. Al rato, algo arrepentida por su arrebato—: Tengo que dejar esto. —Hasta se había olvidado del cofrecillo que llevaba encima, y eso que pesaba lo suyo—. Así que...

—¿Tienes tiempo para una copa?

—Es algo pronto... Pero claro. Tengo tiempo —se apresuró a añadir. *¿Por qué daimonios sonreía así?*

¿Por qué ese Rompebotas tenía que oler como olía?

No tardó en formarse un corro a su alrededor. Desde la distancia, claro, como si a todos y cada uno de los clientes del lupanar les hubiera dado de pronto por dejar esas mesas redondas y tantas veces pulidas por el trapo de *maisse* Omo y acercarse a la barra. Pues no solo Los Rojos eran todo un misterio para los vecinos de La Bellada; todo y cuanto concernía a La Cruz despertaba su curiosidad. Y no tardaron en acercarse. En preparase para escuchar una buena historia.

Fido El Rojo a un lado, sentado en la escalera que subía a las habitaciones y abrazado desganado a la baranda de madera con las piernas colgando. *Maisse* Omo tras la barra, en la penumbra rosada de las entrañas del local; siempre tan discreto, siempre en su lugar. Rapaz braceando, partiéndose el culo, contando historias de su viaje, y Astilla muriéndose por sus huesos. Verde nervioso, como preocupado por algo; así era él. Y Carra La Roja cerrando el grupo; sentada sobre la barra, sus piernas morenas quitando el aliento bajo su rojísimo vestido, sus cicatrices.

Los pocos clientes del lupanar, viejos o maleantes en su mayoría con la fortuna o la desgracia de andar desocupados a tan tempranas horas, y también algunas putas, no podían sino permanecer en silencio. Sino esperar a que se revelase el secreto.

Así funcionaban las cosas por La Bellada.

—¿Y bien? —Astilla apuró su vaso de sidra y lo dejó caer con fuerza sobre la barra para hacerse oír. Las historias de Rapaz habían llegado a su fin y, tras un largo e incómodo silencio que nadie se atrevió a romper, había llegado la hora de las respuestas—. ¿Alguien va a contarme quiénes eran esos lupen hijos de mil daján mal paridos? —Y mirando de soslayo a Los Rojos, de uno a otra—: ¿De qué *daimonios* conocíais al nuevo perro del Volario?

Ambos esbozaron torcidas sonrisas. Astilla odiaba ese tipo de sonrisas.

—Ya... —Empujó su vaso y *maisse* Omo no tardó en llenárselo de nuevo—. Asuntos del pasado, ¿eh? Fantasmas.

—A los fantasmas es mejor dejarlos estar, mare Astilla —terció solícito el tabernero mientras, con la maestría de un prestidigitador, escanciaba la sidra sin que se derramase una sola gota—. Más aún si estos fantasmas proceden de tiempos peores a estos.

Por el rabillo del ojo Astilla vio que Verde asentía. *¿Qué sabría él de fantasmas?*

—Pues resulta que esos fantasmas llaman a nuestra puerta —les espetó ceñuda—. Y quiero saber por qué. *Merezco* saber por qué.

Otro silencio. Y al rato, Rapaz:

—Escucha, Astilla, será mejor que...

—Ese viejo luchó por el bando equivocado en La Guerra de La Partida —interrumpió Fido al Rompebotas.

—Luchó contra nosotros. Contra tu padre —siguió su hermana.

—Y acabó por perder todo cuanto poseía.

—Esa es la historia.

Todas y cada una de las cabezas del local habían ido saltando de un hermano a otro; esperando más, el secreto revelado.

—¿Esa es la historia? —rezongó Astilla al rato—. *¿Nu* hay más?

—*Nu* hay más —dijeron a coro Los Rojos.

—Pues yo creo que sí. —Esta vez ni siquiera Verde se atrevió a contradecirla—. Yo creo que ese lupen ha venido a jodernos la existencia, y al servicio de El Blanco nada menos. Y eso *nu* puede ser bueno.

—El polvo los cría y ellos se juntan —rio despreocupado Rapaz.

Pues se contaban historias de los Volario, historias que no los colocaban precisamente en el bando vencedor de La Guerra de La Partida. En el bando de los leales al Barón, de aquellos que no se dejaron embrujar por las promesas de esos sorgas llegados de los Túmulos del sur. Y de ahí su exilio. De ahí que se vieran obligados a dejar la capital para ocuparse de unas tierras que nadie quería. Al menos hasta que llegaron los años de El Buen Polvo y los Garría pagaron la expedición hasta Cañón Último. Cuando la fortuna bañó esas tierras dejadas de la mano de la civilización, los Volario no tardaron en reclamarlas como suyas.

Como buitres. Como cuervos.

—¿Sabéis lo que me ha dicho? —Astilla de verdad pensaba que si seguía azuzándolos conseguiría sacarles algo de información—. Que mi padre era un asesino. Eso y nada más.

De Los Rojos Astilla esperaba el silencio. O incluso que la contradijeran. Pero no:

—El mejor —asintió Carra.

—Un daján de hombre —aseveró Fido.

Astilla abrió la boca para contradecirlos, para negar que su padre fuera un asesino, pero de sus labios no manó palabra alguna. Solo la estupefacción. La perplejidad.

—En la guerra todo hombre hace lo que puede para sobrevivir —manoteó Rapaz quitándole importancia.

—Bien dicho, *maisse* Rapaz —terció *maisse* Omo—. Además, mare Astilla, si lo que quieres son historias de La Cruz, historias puedo contarte.

Y al poco *maisse* Omo pasó a relatarles, a ella y a sus clientes, las mismas historias de siempre. De cómo La Cruz los guio por el desierto. De cómo de no haber sido por él, La Bellada no existiría. De cómo los defendió de los peligros del polvo, de las jarpías y los daján. De cómo fue el primero en cruzar Cañón Último y regresar cargado con las riquezas de La Frontera.

—Pues si bien los Garría arriesgaron sus buenos rulos, y el polvo les sea dulce por ello —añadió el tabernero—, tu padre, niña, arriesgó el pellejo por todos nosotros. Y más de una vez. Así que *nu* hagas caso a habladurías, ¿eh? Ese viejo soldado solo quería pincharte donde más dolía. Y vaya si lo ha conseguido.

Desde el fondo del local les llegaba la voz de mare Ladia despidiéndose de la *troupe* para la que trabajaba Rapaz, para luego guiarlos hacia la barra descorriendo las cortinas a su paso. Se hacía tarde, y Astilla de sobra sabía que debían seguir su camino. Pero no dejaba de mirarlos, de saltar de un hermano a otro. Sabía que si preguntaba no encontraría más que respuestas veladas, pero ¿qué *daimonios* significaba eso de «el mejor»? ¿De «un daján de hombre»?

—¡Bueno! —Rapaz dio una palmada poniendo con ello fin a la conversación—. Me temo que ha llegado la hora de despedirse. —Y sonriéndole—: ¿Nos vemos en la fiesta?

Esta vez sus brazos no consiguieron distraerla y Astilla contestó desganada. Había llegado la hora de las despedidas. La luz entraba a raudales incendiando la penumbra y los clientes y las putas regresaban a sus mesas; Carra a su piano y Fido a perderse en las alturas.

—Vamos —le dijo Verde. Y Astilla se dejó llevar.

—No tiene que ser fácil —la voz de Verde la hizo salir de sus elucubraciones, y su ceño se acentuó por eso.

—¿El qué?

Verde se encogió de hombros.

—No saber. Tener que luchar por arrancarles la verdad. Sobre la guerra. Sobre tu madre.

Verde la miraba de soslayo, sus ojos ávidos y brillantes, y eso la sacaba de quicio.

—Sí —refunfuñó—. Es duro.

El carro traqueteaba por La Bella de camino a la jerca de los tral, dejando el cedro alto, altísimo a sus espaldas. Los establecimientos de la gente de bien se erigían a un lado y al otro de la calle principal, las aceras entabladas para quienes tenían los rulos suficientes para merecérselas. Y no solo las aceras, aquellos que podían pagarse un techo a orillas de La Bella, lucían en sus fachadas el despilfarro que suponía construirse casas de madera en el desierto. Muchas de ellas incluso encaladas, el taller de los Garría tan alto que ensombrecía el único edificio de piedra de la ciudad; ese templo chato, sombrío, al que sin duda acudían muchos menos fieles que al lupanar de mare Ladia.

En otros tiempos, todos y cada uno de esos locales hubieran estado atestados. De sus porches y de sus entrañas habrían voceado los mercaderes, y los clientes hubieran hecho cola a sus puertas dispuestos ya fuera a gastarse sus buenos rulos o a ganarlos. En otros tiempos los carros de los chatarreros habrían ocupado La Bella, estrechándola de tal manera que no les hubiera sido nada fácil cruzarla de un lado a otro. Habrían corrido los zagales en busca de tesoros, ya fuera perdidos o descuidados, y los tral de la jerca hubieran pugnado por hacerse un hueco entre tamaña marabunta. A orillas de La Bella se hubieran amontonado circenses y pitonisas, timadores y maleantes, sacerdotes y prostitutas ofreciendo cada uno sus mercancías, ya fueran de alma o de carne.

Pero Astilla no había conocido esos tiempos. Solo esa calle polvorienta y esos encalados venidos a menos. Las calles atestadas tan solo de las cabras sueltas por el pueblo, de las gallinas, de unos pocos zagales que trasteaban y jugaban como mejor sabían. Los porches comidos por la carcoma, y en vez de las voces de los mercaderes, los graznidos de los cuervos desde las alturas.

Astilla, todavía ceñuda, tiró de la mula tras dejar atrás el almacén de los Garría y la hizo torcer calle arriba pegada a la fachada del templo, entre chozas de adobe y tejados de pasto.

—Es duro y es una cagada de daján —refunfuñó—. Los Volario *nus* ganan terreno, ¿es que *nu* lo ven?

—Yo creo que sí, Astilla. Yo creo que tu padre ve muchas cosas. Y también Los Huérfanos. Yo creo que saben lo que se hacen. Mejor que tú y que yo.

—Pues crees mal —le espetó—. Lo que yo creo es que se han hecho viejos. Y que están acojonados.

Verde se encogió de hombros.

—Puede... Pero, sea como sea, el caso es que nosotros seguimos sin enterarnos de nada.

Astilla no podía quitarle la razón; de hecho, incluso enfurruñada como estaba, no pudo sino agradecerle la empatía. Verde, de todos en La Pequeña Bellada, era el único que compartía con ella la misma curiosidad, incluso el viejo Merro sabía más que cualquiera de ellos. Sobre la guerra. Sobre su padre y los Volario.

Sobre los moosa.

Porque, oh, de todos los misterios, ese era sin duda el que más la fastidiaba. Más de una vez los había visto rondando a las afueras del rancho, sin alejarse demasiado de Cañón Último. Y todas y cada una de las veces, cuando había preguntado al respecto, no había conseguido más que respuestas a medias, y muchas de esas veces ni eso siquiera. Tanto ella como Verde habían llegado a la conclusión de que su madre debía de haber pertenecido a alguna tribu de caravaneros, y ni su padre ni Los Huérfanos se habían atrevido a negarlo. Pero ahí acababa todo. Si esos moosa que pululaban por la zona la buscaban a ella o no, seguía siendo todo un misterio. Solo:

—*Nu te acerques a ellos, Ildi.*

Ellos, de ti, solo esperan la muerte.

Pero ¿por qué? ¿Qué había hecho ella para merecerlo? ¿Cómo *daimonios* les había ofendido su madre de aquella manera?

Además, no parecían tan peligrosos, curiosos más bien. Y de ahí que no entendiera la xenofobia de Los Huérfanos, de su padre. Los caravaneros eran odiados por muchos, pero su familia nunca tuvo nada que ver con las mayorías, más bien al contrario. Bastaba asomarse a la habitación de su padre para darse cuenta de que el desprecio que les profesaba nada tenía que ver con raza o costumbre alguna, La Cruz había compartido camino con los moosa, todo el mundo lo sabía. Pero entonces ¿por qué?

¿*Por qué?*; esa pregunta la había obligado a desobedecer a su maestra, a La Sorgia y sus preceptos. Esa maldita pregunta la había arrastrado hasta el laboratorio de La Graja, haciendo sombra con la mano a su candil como una vulgar ladrona, aguantando la respiración y calculando cada paso por las gimoteantes tablas del suelo hasta abrir ese cajón con manos tambaleantes.

Astilla, aquella noche, sintió sus manos más torpes que nunca al desanudar esa bolsa de gamuza; en sus entrañas, semillas alargadas, negras y diminutas, la tan preciada diiva. Astilla había avanzado y mucho en los secretos de La Ságida gracias a esa droga. A los viajes. Siempre guiada y dirigida por su atenta y orgullosa maestra, la cual, cada una de esas veces, había pintado sobre su piel los símbolos precisos, tal y como La Sorgia dictaba. Pero aquella noche no. Aquella noche, Astilla había recurrido a la diiva y se había entregado a la mezcla con la urgencia de su juventud. De ese condenado *por qué* hijo de mil moscas mal paridas.

Y oh, los daján habían contestado.

—Has tenido suerte, niña tonta —le había dicho su maestra días después. Después de pasarse en cama casi una luna al completo. Después de las tiritonas, de las fiebres, de las voces que se repetían hasta robarle el sueño—. De haberlo hecho en La Frontera, de no haber llegado a tiempo...

Astilla nunca había visto a su maestra tan preocupada como aquella vez. Ni tampoco a su padre.

—Se acabó la diiva para ti, niña —había siseado La Graja a orillas de su cama—. Se acabó la *fechicería*. Me has decepcionado —cabeceó. Y al poco, rabiosa y acojonada a un tiempo—: Ellos, de ti, solo esperan cruzar.

Así que Astilla no solo se había quedado sin respuestas, sobre su madre y también sobre los moosa, sino que había perdido mucho más: la confianza de su maestra, sus clases, sus fetiches... Después de lo ocurrido, Astilla fue condenada a la vulgaridad. Y de ahí sus continuos arrebatos. De ahí que armara una de las suyas cada vez que bajaba a La Bellada. Y todo por culpa de ese *por qué*.

—En algo tienes razón —continuó Verde en un vano intento de reconfortarla—: tienen miedo. Pero no solo tu padre y Los Huérfanos. Han pasado años desde La Guerra de La Partida, pero por aquí nadie la ha olvidado —cabeceó—. Nadie quiere hablar de la guerra, pero la tienen bien metida en la *mullera* —y se clavó un dedo en la sien.

A veces Verde soltaba ese tipo de expresiones, a veces hasta podías llegar a olvidar que no pertenecía a aquel mundo.

—La Guerra de La Partida —bufó Astilla—. El polvo le coma los ojos.

Porque la verdad era que, pese a su temprana edad o quizá debido a eso, Astilla estaba bastante harta de oírla en boca de todos. De los tiempos en los que esos sorgas del sur, de Caala y más allá, llegaron para enturbiarlo todo. Tocados por los daján en su mayoría, cruzaron La Frontera para cobijarse a la sombra de los kraes; como sus consejeros, como sus visires. Y oh, traían también sus buenos rulos consigo, y armas de Antes de Aquello con las que cualquier chatarrero podría haberse retirado de por vida. *Fechizos* prohibidos por La Sorgia, *fechizos* del desierto. Poder, al fin y al cabo. Y también una promesa: servid al desierto y el desierto os servirá.

Abrid paso a los daján y los daján os harán dueños de la tierra.

Y claro, muchos se vieron atraídos por tales promesas. La guerra sumió a la Baronía de Arborias en el caos, y durante muchos y largos soles no hubo bando perdedor ni vencedor, solo víctimas. Todos y cada uno de los bandos perdieron en aquella guerra. Y lo único que sabía ella con certeza era que, según las historias, su padre estuvo allí para salvar su pedazo de mundo, para salvarlos a todos. Siempre leal a los Cadágara. Siempre fiel a los suyos.

Pero la pregunta que le roía ahora la conciencia era: *¿Qué tuvo que hacer su padre para salvarlos? O: ¿qué daimonios significaba ser leal?*

Habían dejado atrás las chozas de barro y pasto y el carro ya culebreaba por las estrechas calles de la jerca. Chabolas destartaladas a cada lado, tejados de plástico de Antes y también de chapa. Paredes de retales, de sobras. Muchos de los fronterizos preferían los límites de la Baronía y sus peligros a cambio de huir de la desigualdad que los kraes les imponían, pero los tral no notaban demasiado la diferencia. Los tral vivían al otro lado de la línea, así eran las cosas. Y eso que a sí mismos se llamaban Los Primeros Hijos. Y eso que ellos consideraban a los *rosados* inmigrantes.

De otro mundo. De otros tiempos.

Y sin embargo eran ellos los que se cobijaban en sus precarias pellizas. Los que escondían su fealdad, sus pieles curtidas como cuero bajo sus capuces. Sus ojos de tantos rojos diferentes, sus melenas como cerdas de jabalí. Tan distintos y sin embargo tan parecidos. Tan parecidos y sin embargo obligados al exilio. Obligados en su mayoría a vagar por el desierto por el desprecio

de aquellos que habían llegado de otro mundo para quitárselo todo. Obligados a convertirse en chatarreros y carroñeros, en maleantes de todo tipo. O peor, obligados a servir de carne de cañón en sus guerras.

Aunque, siendo honestos, en La Bellada no se les trataba tan mal. Vivían aparte, sí, pero al menos no se escondían en la penumbra de sus chabolas. Llevaban sus rostros al descubierto y sus zagales haraganeaban despreocupados por sus polvorientas calles. Los viejos fumaban de sus pipas de jungu a la sombra de los umbrales de sus casas, y artesanos de todo tipo ofrecían sus precarios productos sobre mantas tiradas en el suelo. La Graja seguía siendo la bruja de La Bellada, de hecho, de eso malvivían en el rancho, de sus ungüentos y *fechizos*; pero no podía negarse que esas viejas desdentadas acompañadas de sus nietas sabían lo suyo de La Ságida. Y sabiendo quién era ella, adónde se dirigía, muchos de ellos, tanto los zagales como las viejas, tanto artesanos como holgazanes, pararon en sus quehaceres para saludarla.

—El polvo os sea dulce —les sonrió Astilla.

Siendo honestos, había más vida, más jolgorio en aquella parte de La Bellada que a orillas de La Bella. Los tral estaban más que acostumbrados a vivir en la desgracia y, cuando los años de El Buen Polvo quedaron atrás, no tardaron en acostumbrarse. Y ahora eran muchos los *rosados* que, como ella y Verde, se dejaban caer por allí. Pues la miseria, si bien la mayoría de las veces no trae más que guerra consigo, otras, las menos, trae hermandad.

—Lo descubriremos —asintió de pronto Verde a su lado.

—¿El qué?

—Todo —Esos ojos brillantes y ávidos suyos tras las gafas; al mirarla, al sonreírle—. Lo mío son las historias, ¿recuerdas? —Astilla jamás le había escuchado contar una historia, pero decidió no echárselo en cara—. Y lo tuyo es meter siempre las narices donde nadie te llama. Así que juntos descubriremos la verdad, bien *siuro*. —Y golpeándola en el hombro—: Así que alegra esa cara, ¿oca?

Astilla fue a bufarle ceñuda que se callara, pero, al toparse con sus ojos, con su sonrisa, se limitó a resoplar una carcajada. Una de las buenas, de las que sentaban bien.

—Está bien —asintió—. Lo descubriremos. Juntos.

Verde siempre supo cómo hacerla sentir bien.

5

Por La Bellada todos lo conocían como Mecha. De todos Los Huérfanos el más menospreciado; por su aspecto, por su timidez. Por esa costumbre suya de no salir nunca de su taller. De sus inventos. De sus bocetos.

Dentro del taller de Mecha olía a hierro. No a ese hierro de sangre del laboratorio de La Graja, tampoco al hierro de las forjas. Era un hierro peculiar el del taller del siempre huidizo tral. Un hierro de fuego, uno que te ponía los pelos de punta y te hacía arrugar los morros y la nariz.

Y si además conocías las historias, lo que hizo en la guerra y fuera de ella, no podías evitar encogerte como un animalillo asustado ante ese olor. Y de ahí que Astilla entrara encorvada y preguntara con un hilo de voz:

—¿Deb?

Eran pocos los que llamaban así al tral, solo su familia. A Mecha le sobraban dedos en las manos para contar a sus allegados, y eso que a su mano derecha le faltaban un par de ellos: *gajes del oficio*, solía reírse al respecto. Con esa risa quebrada suya, desagradable. La misma risa que, todas y cada una de las veces que Astilla había hecho una de sus trastadas, le había regalado. Desde que era una niña. Desde que, según contaban las historias, la vio recién nacida, todavía sucia de sangre y entrañas, y carraspeó:

—Es lo más bonito que he visto en mi vida. —Así era él.

Apenas hubo cruzado el umbral, Astilla abrió los ojos de pura perplejidad, de horror incluso, al tropezar su mirada con ese tablón larguísimo de madera apoyado sobre un par de caballetes. En la precaria mesa había tanta briososa junta que, bien repartida, podría haber mandado La Bella de vuelta al desierto... O a las cenizas más bien. El polvo de los darfos se desparramaba desde pequeños y recios baúles colocados unos encima de otros, así como de sacos de grano, tan negras sus bocas, tan abiertas que, conteniendo lo que contenían, la valiente Astilla, la siempre vanidosa Astilla, no pudo sino gemir.

No digamos ya nada de Verde: su cara, siendo honestos, era todo un cuadro.

Colgando de esa misma pared, a la radiante luz de esas lámparas de Antes, planos y dibujos de extrañas bestias aladas y mecánicas; de extraños molinos de viento y amorfas fuentes, de seres bípedos y cuadrúpedos imaginados de puro metal, de marionetas y juguetes que parecían cobrar vida con tan solo plasmarlos en papel. De la pared contraria, sobre largos y altísimos estantes que se perdían en la oscuridad, cacharros de Antes y de Después, muelles y poleas, cuerdas, garfios, tuercas y tornillos. Ese motor siempre bramando desde la oscuridad, haciendo funcionar las herramientas del tral, la luz. Ese motor que, de fallar, de hacer saltar una sola chispa sobre tantísimo polvo negro de los darfos, abriría tal cráter en la tierra que en apenas un par de latidos tanto Astilla como Verde atravesarían el tejado para luego estamparse contra la calima del cielo.

Lo poco que quedase de ellos, claro.

—Ilda —Deb siempre la llamaba por su nombre—. Has venido.

Deb no era tan viejo, pero lo parecía. Muchos decían de los tral que tenían la carne quemada, pero cuando conocías a Mecha, descubrías que no era así. Manchas rosadas cubrían su mejilla izquierda y su frente, así como media cabellera, y la piel de su mano tullida había perdido todo rastro de cuero curtido para dar paso a un color distinto: ni blanco ni rosa, ni gris ni verde, sino algo *distinto*. Cojeaba al acercarse a ellos, como un viejo cangrejo. Algo jorobado, meneando sus extremidades superiores al andar, como si dieran saltitos a cada paso. Y, sin embargo, en la mirada que les regaló al descubrir su presencia, apenas si un niño. En sus pequeños y afilados dientes la luz de las lámparas titiló de pura alegría.

De todos Los Huérfanos el más joven, el más inocente, y sin embargo el que más viejo parecía. Por sus inventos. Por lo que había hecho en la guerra y fuera de ella.

Gajes del oficio, como a él le gustaba decir.

Deb la apretó entre sus brazos, y mientras la abrazaba con toda la ternura del mundo:

—¿Cómo se te ocurre...? —La verdad era que Astilla no tenía ni idea de cómo acabar esa frase—. ¿Cómo *daimonios* se te pasa por la cabeza tener *eso* ahí, Deb?

Tanto *de eso*, quiso gritarle.

Deb se soltó de ella un tanto y posó su mirada sobre la briososa como si acabara de descubrirla.

—Ah. Es verdad —se limitó a decir. Para luego mirarla de nuevo. Para dedicarle la mejor de las sonrisas—. Cada día te pareces más a tu madre.

Se decía de Deb que no era muy listo, menos incluso que Trespasos. Quienes decían esas cosas no lo conocían, claro, pero lo que sí era cierto era que a Deb no se le daba bien relacionarse con el prójimo. Era bueno guardando secretos, jamás cedería ante el potro de tortura, pero el problema era que muchas veces ni siquiera sabía lo que podía o no podía decir, su mente funcionaba de manera distinta a las de los demás. Y de ahí que Verde y ella se miraran cuando el tral dijo aquello. Sabían que si le preguntaban directamente se cerraría en banda, pero aquella era una oportunidad que no podían arriesgarse a perder.

—Ah, ¿sí? —le sonrió Astilla—. ¿Y cómo era, Deb? Mi madre... ¿Cómo era?

De todos entre Los Huérfanos, se decía que más incluso que La Cruz, Deb era el que más había amado a la madre de Astilla. Se contaba que, de todas las personas del mundo, de los seres vivientes del mundo, la madre de Astilla era la única que había sabido mirar a través de su fealdad para amarlo como nunca antes nadie lo había amado. La única que había sabido entenderlo de verdad. Que lo había abrazado *de verdad*.

—Tu madre era la mejor persona del mundo. La más bonita. Como tú.

La verdad era que Astilla no se parecía demasiado guapa a sí misma, ni tampoco gozaba de tal fama. Sabía estar, sí, y tenía un par de ovarios bien puestos, además, claro, de ser la hija de quien era. Pero no era ni mucho menos una belleza, lo sabía.

—Ya... —rumió; y como si tal cosa—: Por eso mi padre perdía los huesos por ella, ¿eh?

—Por eso. —Deb anudó un tanto su ceño—. Por eso, sí.

—A saber por qué abandonó a los suyos —continuó Astilla ignorando el gesto del tral—. Siendo la mejor persona del mundo, la más bonita...

Deb le plantó un beso en la coronilla como hacía desde que Astilla era una niña. Y con su voz rasgada, tierna y desagradable:

—Deb *nu* es tan tonto, Ilda —y soltándola, encarando a Verde—: *Nu* lo soy.

Se contaba que, de todos entre Los Huérfanos, de todos en La Bellada y en cada palmo del desierto, Deb era la persona que más había sufrido la muerte de su madre. Había enloquecido. Se había pasado largos días y más largas noches sin comer ni dormir. Solo aullando, llamándola, gimiendo su nombre. Y claro, Astilla se sentía como una mierda: por haberse aprovechado de su debilidad, por, una vez más, haber intentado arrancarle información.

—Hola, Deb —oyó que le decía Verde—. Un gusto verte.

Deb asintió, el niño que Deb llevaba dentro lo hizo.

—Me gusta cuando venís a verme —les sonrió; y manoteando—: Pasad, pasad...

La verdad era que Astilla, sintiéndose o no como una mierda, no tenía gana alguna de pasar. Amaba a Deb, pero no conseguía apartar la mirada de la briososa.

—Deb —lo llamó cuando ya les daba la espalda—. *Nu* deberías tener *eso* ahí, ¿sabes? Es muy peligroso.

—Ah. —A veces el tral se bloqueaba: su mirada a medias y la cabeza echada a un lado, como los perros. A veces Deb necesitaba su tiempo, toda una eternidad—. ¿Me ayudáis a guardarla?

Verde y Astilla se miraron de nuevo; uno cargado con un saco de legumbre al hombro de lo poco que les quedaba de la cosecha anterior, la otra con una cesta cargada con las primeras verduras de la estación.

—¿A guardarla? —gimió Astilla.

—Claro —oyó que decía Verde. A veces era un cobarde de mil pares de daján, pero otras, las pocas veces que Astilla se apocaba, sacaba agallas de La Frontera sabía dónde.

Le temblaban las manos mientras recogía la briosa a puñados para mandarla de vuelta a los cofres y los sacos mientras Deb les hablaba de sus inventos. Braceaba y les señalaba esas bestias aladas, esos autómatas. Tan ilusionado como un zagal en su primera visita al circo, tan pasional como un par de adolescentes mordiéndose los labios.

Y Astilla no tardó en sonreír por eso. En perder el miedo. Pues de todos entre Los Huérfanos, Deb era el más entrañable. El más honesto.

En la guerra uno hace lo que puede para sobrevivir, recordó.

Y también las otras historias, mientras la sonrisa se le congelaba un tanto en la cara. Pues se contaba que, de todos entre Los Huérfanos, Deb era el que más vidas se había llevado en la guerra. Más incluso que su padre, que La Graja.

Con su fuego. Con su hierro. Con su *mecha*.

Deb la estaba acariciando dejándole un surco de hollín explosivo en la mejilla.

—Cada día te pareces más a ella —repitió. Como si hubiera olvidado lo ocurrido hacía un rato. Armado con la sonrisa más radiante y bella del mundo.

Así era él.

6

Deb los había entretenido más de lo necesario, y ya atardecía cuando Astilla y Verde dejaron atrás La Bellada de regreso al hogar. El sol se zambullía tras la lejana y sombría silueta de Cañón Último llameando sobre las copas de las coníferas, sus afiladas sombras como gráciles y negrísimas lanzas sobre el camino. A su diestra los últimos campos de labranza: los jornaleros regresaban a sus casas con sus herramientas y bultos echados a la espalda. A la luz del atardecer titilaban las alas de los insectos que zumbaban a su alrededor, un perro ladraba.

—Nu te dejan en paz, ¿eh, bicha? —Docenas de mosquitos atosigaban a la pobre mula y la vieja bestia piafaba por eso... O al menos eso creía Astilla—. Ya, ya...

La mula clavó los cascos al suelo como respuesta, las orejas casi pegadas al cuello. Rebuznó, y su rebuzno se alargó en el silencio del desierto.

El perro había dejado de ladrar.

—¿Qué pasa, bicha? —la animó Astilla—. Vamos —y la azuzó ayudándose de las riendas—. Vamos, ¿oca?

—¿Oyes eso, Astilla? —La agudísima voz de Verde a su lado—. ¿Qué suena?

El suelo temblaba. Una tormenta, ruido de cascos. Y Astilla, segura de que tan cerca de su hogar, de su padre, nada malo podía pasarle, tardó demasiado en tirar de las riendas para azuzar a la mula.

Esta piafó cuando los primeros jinetes salieron tras un recodo del camino, sus monturas levantando tal polvareda a su paso que Astilla se vio obligada a llevarse el brazo a los morros. Los cercaban desde los campos de mies y también desde el bosquecillo, llegaban del norte y también del sur. Y cuando el polvo por fin se asentó, a la luz de los candiles y antorchas que empuñaban: el halcón plateado de los Volario en sus zamarras.

Los tenían rodeados.

Uno de los soldados, plantado frente a ella y a lomos de un percherón con los lomos sucios de heridas a la luz de las antorchas, se llevó la mano a las quemaduras de su calva a modo de saludo y sonriéndole bajo su feo e hirsuto bigote:

—El polvo te sea dulce, moza.

Esta vez Astilla no tuvo ganas de soltarle algo ingenioso. Su brazo todavía echado sobre la cara, sobre los morros. Le temblaba ese brazo, tenía miedo. Y tardó en apartarlo. En gemir:

—¿Qué queréis? —Apenas si un hilo de voz.

Los hombres de El Blanco se rieron como ratas a su alrededor. Como hienas. Y esta vez eran más de seis; al menos una docena, puede que más. Verde tosió a su lado para disimular como mejor pudo su gemido.

—Poca cosa queremos, moza —le sonrió—. Solo dar un paseo, ¿eh?

—*Nu* pienso ir a ningún *lao* con vosotros. —Esta vez no los insultó. Esta vez ni rastro de los ojos de La Cruz en sus ojos, del ceño de La Graja en su ceño—. Así que dejadnos pasar, ¿oca? —Sin amenazas, sin bravuconerías.

Más risas.

—Tienes dos opciones, moza —el veterano levantó dos dedos—. Una: te vienes con nosotros por las buenas. Y otra —manoteó desgarrado y tras la luz de las antorchas se escuchó el chasquido de una ballesta—: le atravesamos el pecho aquí a tu tortolito y luego te llevamos por las malas.

Astilla abrió la boca un par de veces, pero de su garganta apenas si manaron un par de torpes gemidos. Echaba de menos sus fetiches, aunque, la verdad sea dicha, no le servirían de mucho en una situación como aquella. Miró a Verde. Verde la miró a ella.

—*Nu* tenemos tiempo para esto, jefe. —Era el mismo joven del pozo, el fiero. Y cabeceando hacia los jornaleros que corrían de vuelta al hogar ante tanto revuelo—: Nos han visto.

El veterano suspiró:

—Razón tienes, hijo —y manoteó desgarrado de nuevo.

Sonó un chasquido. Seguido de otro, y también de un tercero. La mula soltó un breve rebuzno, su último rebuzno, y echó a correr desbocada haciendo que esos perros de la guerra se apartaran de su camino.

—¡Aie! —ladró Astilla—. ¡Aie, bicha! ¡AIE!

Pero su carrera no duró demasiado; asaeteada por los perros de El Blanco, las patas se le doblaron tras unos pocos pasos y el carro pegó una sacudida. Astilla trató de aferrarse a las riendas, pero salió despedida. Un fogonazo de luz al estamparse, polvo entre los dientes. La oscuridad haciéndose con los bordes del mundo al intentar abrir los ojos.

—¡Prendedlos! —Los escuchaba gritar.

—¡Rápido, rápido! —La urgencia en sus voces, ruido de cascos sobre el suelo.

Verde, quiso gritar. Pero la boca le sabía a sangre y a polvo, los ojos se le cerraban. Arañó el suelo en un vano intento de levantarse, pero los brazos no le respondían. Alguien la agarró del pelo, alguien la arrastraba.

—Pa —gimió.

Y luego oscuridad.

7

Al despertar:

—¡Verde!

Fue a levantarse, pero tenía los pies y las manos atadas y besó el polvo de nuevo. La roca.

—¡Mírala! —No conocía esa voz—. ¡Qué fiera ella!

Más hienas. Más ratas.

La luz del fuego ondulaba en las paredes de una cueva. Los ojos le picaban, le costaba ver. El humo de la hoguera tardaba en fugarse por la estrecha grieta del techo y emborronaba la estancia. El escondite.

A su alrededor, sentados sobre rocas o en el mismo suelo, cinco siluetas emborronadas, seis si contabas la silueta tendida contra la pared.

—¡Verde! —lo llamó.

—Tranquila, moza. —Al escuchar su voz, Astilla quiso revolverse y librarse de sus ataduras. Ya no tenía miedo, solo rabia. Solo dientes—. A tu tortolito *nu* le pasa *na*. Si lo hubiéramos querido ya serviría de pasto para los cuervos, pero las órdenes del Volario han sido claras, ¿verdad, frais?

Ratas. Hienas como respuesta.

—«Los quiero vivos», esas son las órdenes —siguió el veterano—. Pero ya veremos, ¿eh? —rio. Al poco—: Levantadla.

Tiraron de ella. Astilla forcejeó, pero no sirvió de mucho. La sentaron de frente al veterano sin muchos miramientos.

—Haya paz, frais, haya paz... —Astilla no dejó de bufar y revolverse hasta que la soltaron—. Así mejor, ¿eh?

—Van a matarte —siseó; la boca le sabía a sangre—. Van a mataros a todos por esto. —Le dolían los brazos, las manos. Esos perros la habían atado y bien, pero no iba a darles el gusto de verla suplicando.

—¿Tú crees? —rio el mercenario—. Yo *nu* diría tanto, ¿sabes? *Nu* mientras no encuentren a su niñita —se burló—. Y su niñita está a punto de emprender un viaje muy, muy largo.

—Os encontrarán. —No tuvo que fingir determinación alguna al decir aquello—. Y luego os harán todo el daño que puedan. A todos —y barrió la estancia mirándolos de uno en uno.

El joven rapado sentado a la diestra del veterano, su perrito faldero. A su izquierda un hombrecillo de labios finos y ojos rasgados, y al lado de este un tipo grandullón con el cuello de un toro, feo como un insulto. Junto a Verde, el último de los mercenarios se apoyaba desgano contra la pared. No la miraba, no miraba nada. Su padre le había hablado de ese tipo de hombres. De esos que no disfrutaban con lo que hacían, pero, no sabiendo hacer nada mejor, cumplían con la tarea sin poner objeciones.

Cuídate de ese tipo de hombres, Ildi, le había dicho su padre.

—¡Ja! Tienes los ojos de tu padre, moza, bien *siuro*. Pero yo que tú me iría olvidando, ¿me oyes? El Volario también tiene sus sorgas, y tu padre te recuperará solo y cuando decida hincar la rodilla, así son las cosas.

—Mi padre *nu* hincará la rodilla ante nadie —los puños apretados, los dientes.

—Veremos, moza, veremos...

Astilla fue a replicar, pero cuando Verde se removió desde su rincón:

—¡Verde! —lo llamó.

—¡Verde! ¡Verde! —se burló el joven rapado—. Es tu novio, ¿eh? ¿Te ha desvirgado ya, putilla?

Risas. Tantas que el rostro de Astilla se llenó de rubor, de fuego. Tanto que, sin saber ni cómo ni cuándo, de pronto se había echado sobre el joven. No tenía manos para arañarlo, pero sí dientes para morder y, oh, les pilló desprevenidos. Para cuando consiguieron apartarla, Astilla tenía un trozo suyo entre los dientes.

Un pequeño trozo de mejilla.

Ahora sí: su sonrisa era la sonrisa de Los Rojos, carne entre los dientes. Su ceño el ceño de La Graja, sus ojos... El veterano le cruzó la cara y Astilla se estampó con fuerza contra el suelo. Nunca antes nadie le había pegado así. Nunca.

—Escúchame, moza. —El veterano le bufaba a la cara agarrándola por el pelo, tan cerca que podía oler a lo que olían sus entrañas—. Vas a pedir perdón, ¿me oyes? Vas a portarte bien. —Su saliva le saltaba a la cara, pero tan aturdida estaba que ni siquiera podía sentir asco—. Bien *siuro* vas a hacerlo.

Desde la bruma del dolor, del vértigo tras el golpe, Astilla vio cabecear al mercenario. El humo le picaba en los ojos, le costaba mantenerlos abiertos, pero tras la bruma vio que el tipo taciturno, sin sonreír, sin disfrutar, se sacaba un puñal de debajo del brazo y se echaba sobre Verde.

—*Nu* —gimió—. ¡*Nu*!

Verde gritó. Mientras se reían, mientras se partían el culo. Mientras le... cortaban, Verde no dejaba de gritar.

El veterano sostenía algo entre sus dedos. Astilla no quería mirar, pero este, agarrándola del pelo de nuevo, la obligó a hacerlo.

Un dedo. Un dedo meñique. El dedo de Verde.

—¿Te disculparás ahora, moza? ¿Te comportarás ahora? ¿O seguimos cortando?

Astilla se sentía mareada. Sintió que el vómito trepaba por su garganta y no hizo nada por contenerlo. A su alrededor, las risas, las amenazas. Verde había dejado de gritar, la llamaba, pero Astilla no tenía fuerzas para contestar. Solo una arcada, y otra, y

vamos, déjalos. No merece la pena

otra más. Verde había perdido un dedo por su culpa. Podían matarlo por su culpa.

—Lo siento —jadeó—. Me portaré bien —suplicó.

Porque la verdad era que ella no tenía nada que ver con su padre. La verdad era que ella no sabía una mierda de la guerra. De la sangre y de los golpes. De los dedos y de los trozos. Así que jadeó y suplicó, así que tenía miedo, tanto y todo.

Los perros se reían.

—Así me gusta, moza —se burló el mercenario tirándole el dedo de Verde a la cara.

El dedo meñique rebotó en su rostro para luego caer al suelo, un gusano fofo y sanguinolento en el polvo. Astilla lo estuvo mirando por largo rato. Luego sus ojos se toparon; los de Verde, los de ella.

Esos ojos ávidos y brillantes suyos.

8

—Ahora que estamos más tranquilos, deja que te cuente algo, ¿oca? —El veterano le pasó un brazo por encima de los hombros, pero esta vez Astilla no hizo nada por evitarlo—. Deja que te hable de tu padre. Deja que te cuente quién era de verdad.

El monstruo que era. El horror que resultó ser.

—La guerra estaba perdida, lo sabíamos. Fieles a nuestros kraes y a nuestros colores, todos y cada uno de nosotros habíamos elegido el bando perdedor, pero todavía quedaba esperanza. Todavía podíamos salvar lo poco que nos quedaba, reagruparnos, hacernos fuertes de nuevo. Nuestras familias dependían de ello, pues de caer derrotados, de rendirnos, los nuestros sufrirían el castigo del Cadágara, ya fuera con la muerte o con el escarnio de saberse por siempre traidores al Barón. Así que elegimos el exilio —suspiró el veterano—, el desierto. Los pocos supervivientes de la batalla del Erebo, aquellos que decidimos no hincar la rodilla, nos disgregamos y nos dirigimos al sur.

Creyendo que nada ni nadie los perseguiría tan lejos. Creyendo que ya habían perdido, que la guerra había acabado y no le importaban ya a nadie.

—Craso error, moza —sonrió el veterano—. La guerra nunca perdona. Nunca olvida.

Los persiguieron. Las órdenes eran claras: rendición o muerte, y ellos no se habían rendido cuando tuvieron la oportunidad. No habría prisioneros. No habría segundas oportunidades.

—Pero, ah, yo me creía más listo que nadie por aquel entonces, moza. Joven, de buena familia. El infierno *nu* podía ser para mí. Y casi lo consigo, ¿sabes? Tenía contactos. Tenía mis buenos rulos. Y supe escurrirme entre sus filas, engañarlos o comprarlos. Guié a mis hombres

hacia Los Cantos y más allá, y con el Arba ya en el horizonte juré a sus aguas que regresaría con una hueste tal que la venganza me sabría a poco. Ah, pobre de mí... —cabeceó—. Pues el Cadágara había enviado al peor de sus asesinos a buscarme.

El veterano había ordenado a sus dos mejores exploradores que echaran un ojo a los vados del Arba, pero estos tardaban en regresar. Para cuando lo hicieron, ya de noche y atados a sus monturas, les habían sacado la piel. Los ojos. Las tripas. Y alguien, o *algo* había abierto una cruz sobre sus rostros desollados.

—Esa fue la primera señal —le sonrió el veterano—. Y claro, cundió el pánico como podrías imaginar. Llevábamos a nuestras familias con nosotros, ¿sabes? A nuestros hijos y a los hijos de nuestros siervos y esclavos... —El veterano se tomó su tiempo antes de continuar, tan cerca de ella que podía oler a lo que olía su aliento, el odio que rezumaba—. Olí el fuego aun antes de sentirlo. Primero venteeé la desgracia, luego algo chisporroteó desde las tiendas, y por último se desató el infierno. —La agarró con fuerza del pelo. Le hizo daño—. Había niños allí, moza. Pero a tu padre *nu* le importó lo más mínimo.

El veterano se enfrentó como pudo a esa marea de brazos y piernas y gritos que huían y caían y se revolcaban por el suelo. Con la cabeza ardiendo, empujó y pateó y mordió a los suyos en un vano intento de llegar hasta los abrevaderos y hundir la cabeza en sus aguas. Al sacarla, ardían las tiendas y las gentes por igual. La noche olía a carne quemada. El fuego lo cubría todo.

A todos.

—Ese tral amigo tuyo nos había jodido y bien —le sonrió, la apretó contra su pecho—. Pero al poco llegaron los otros. Ese al que llamáis Trespasos, y también Los Rojos. La putilla salvaje de La Cruz y su *fehicera*. Asomaron del humo, del infierno, y nos asesinaron sin piedad. Como a moscas.

¿La putilla salvaje?

Según la historia del veterano, a Trespasos no le importaba un ápice que las flechas y los hierros se clavarán sobre su carne; un paso tras otro, descargaba sus hachas curvas sobre aquellos que todavía se resistían y ponía fin a sus esperanzas. Los Rojos eran apenas unos zagales, pero, según su historia, tan escurridizos como alimañas y tan inmisericordes como el desierto; se ocuparon sobre todo de los indefensos, de los que se arrastraban y pedían clemencia desde el polvo.

—Lo recuerdo como si fuese ayer —jadeó—. Cómo les arrancaban las orejas y los dedos para colgárselos del cuello. Cómo ese par de zagales mutilaban a los míos por puro placer.

Astilla se mareaba. Astilla tenía ganas de vomitar.

—Y por si eso *nu* fuera poco, la boca me sabía a hierro, a sangre, moza, y ya sabes lo que eso significa, ¿verdad? La *fehicera* de La Cruz nos torturaba con sus puntas desde las llamas. Los míos se mataban entre sí. Masacraban a sus familias.

Como si el fuego no les fuera ya suficiente. El infierno.

—Y también estaba esa putilla suya, todos habíamos oído hablar de ella, ¿sabes? De su brutalidad. De que, si tenías la mala suerte de toparse con ella, esa salvaje te arrancaba el corazón cuando todavía latía en tu pecho y luego se alimentaba de tu sangre.

El mercenario la agarró del corazón. Le hizo daño.

—Fue entonces cuando lo vi salir del humo. A La Cruz, con su espada todavía envainada. De *nu* haber sido por tu papaíto, moza, esa putilla suya me habría sacado el corazón, ¿sabes?

Pero entonces su voz. Entonces, cuando todo hubo acabado, cuando a las llamas ya poco o nada les quedaba por abrasar, sobre los cuerpos tendidos, mutilados y carbonizados, La Cruz habló:

Déjalo, Iia. Necesitamos testigos. Necesitamos que recuerden.

—Eso dijo tu papaíto, moza. Sin haberse manchado de sangre, tu padre habló y Sus Huérfanos obedecieron, ¿entiendes ahora? —El veterano la agarró de las mejillas y la encaró hacia él—. Sus Huérfanos eran solo unos niños, moza, más jóvenes que tú por esos tiempos. Pero tu padre los educó para la guerra. Tu padre los arrancó de sus hogares para convertirlos en eso. En monstruos. En daján. Así que dime, ¿qué clase de héroe es tu padre?

El veterano la soltó y le siguió hablando. De sus años de cadenas. De cómo lo perdió todo por traidor. Y de cómo, durante todo ese tiempo, juró vengarse. Buscarlo. Esperar su oportunidad.

Pero Astilla apenas si podía escucharlo. En la cabeza de Astilla: *esa putilla salvaje suya... se ocuparon sobre todo de los indefensos... me habría sacado el corazón... monstruos... solo unos niños... había niños allí... ¿qué clase de héroe es tu padre?*

Mientras el mercenario contaba y su cabeza daba vueltas y vueltas sobre las mismas preguntas, Astilla se cruzó con los ojos de Verde de nuevo. Su dedo cortado.

Las dudas la corroían por entera. Tras escuchar aquella historia, esa historia que contada de aquella manera solo podía ser real, odiaba y amaba a su padre al mismo tiempo, amaba y temía a Los Huérfanos. Astilla no tenía ni idea de cómo podría volver a

había niños allí

mirarlos a la cara. No tenía ni idea de si podría llegar algún día a verlos como antes, como hace unos pocos latidos. Pero una cosa sí tenía clara:

—Erais toda una columna de soldados y esclavos y siervos —interrumpió al mercenario—. Con vuestras familias. Y solo tú quedaste con vida. —Le aguantó la mirada—. ¿Y aun así te atreves a esto? ¿A hacerme esto?

La sonrisa del mercenario se había borrado de su rostro, aquella cueva ya no era lugar para las sonrisas. Silencio. Un silencio frío que el tímido fuego de la hoguera no se atrevía a calentar.

El veterano volvió a agarrarla del pelo:

—Escúchame, moza —le bufó—. Si tu padre nos encuentra, en el improbable caso de que tu padre nos encuentre, te mataré, ¿me oyes? Puede que yo también muera, sí —sus ojos chispeantes, rojizos por el humo—. Pero antes le habré robado todo cuanto ama. Todo.

9

Astilla los escuchaba murmurar desde la gruta contigua de la cueva. El fuego casi se había apagado, pero ella, atada de pies y manos, dolorida y devorada por los fantasmas del pasado, no conseguía abrazar el sueño. Se sentía traicionada. Por su padre, por Los Huérfanos. Por haberle ocultado semejante horror. Las preguntas la roían por entera: *¿Por qué asesinar a docenas de*

inocentes? ¿Por qué quemarlos vivos? ¿Por qué arrancarles el corazón si ya estaban muertos? Y también: *¿Cuántas veces más lo habían hecho?* Para ganar la guerra, para sobrevivir y prevalecer, *¿qué tipo de barbaridades había perpetrado su familia?*

Su familia. Astilla, tendida en la penumbra de la cueva, recordaba a su familia. El banjo de su padre, su ronca y dulce voz al cantar. El comedor de La Pequeña Bellada sucio de canciones y risas, de historias y de cuentos. Una noche cualquiera, una noche como tantas. Astilla recordaba sentirse arropada por todos ellos. Por Trespasos, tallando sus figurillas de madera despatarrado junto al hogar, guiñándole un ojo y sonriéndole bajo su orondo bigote. Por La Graja, siempre sentada a su lado, de lejos y sin abrazarla, pero siempre cerca; amándola desde la distancia, desde su ceño arrogante, como solo La Graja sabía amar. Por Carra La Roja, que, rauda como una serpiente al morder, jugaba a clavarse un puñal entre los dedos y la hacía reír por eso. Por Fido El Rojo, que hacía rodar un rulo por sus nudillos y luego, para su asombro, lo hacía desaparecer para sacárselo de la oreja. Por Deb, que la miraba embobado como si ella fuese la cosa más bonita que había visto jamás. Por su padre, que...

—Astilla. —Verde tampoco conseguía conciliar el sueño. Su voz tenue, apenas si un hilo de voz—. ¿Estás despierta?

A ese lado de la cueva solo habían dejado de guardia al hombre taciturno, pero este ni siquiera levantó la mirada al escucharlo. Con los brazos colgando entre sus rodillas, con la mirada perdida en sus propios fantasmas.

Astilla tardó en contestar:

—Sí. Lo estoy. —Ni siquiera su voz le parecía ya la misma. Le sonaba rara, extraña. Como si también la hubiera traicionado.

O peor: decepcionado.

Astilla recordaba a su padre contando historias. Cómo sabía hacer que el silencio se hiciera con la habitación, cómo sabía embelesarlos a todos. Sus Huérfanos habían escuchado esas historias docenas de veces, puede que más, pero su padre siempre sabía inventar lo suficiente para ganarse a su público. Para regalarles un final feliz.

Las preguntas: *¿Cuánto había inventado para ella? ¿Cuánto había mentido?*

—No les creas —murmuró Verde, como si pudiera leer dentro de ella—. Todo lo que te han contado ha sido para hacerte mal, ¿me oyes? —reptando hacia ella, sin atreverse a tocarla, tan cobarde como siempre—. Tu padre no era eso que dicen. No hizo eso que dicen. Bien *siuro*...

—Había niños allí —lo interrumpió Astilla—. Y los mató. Los quemó.

Astilla recordaba que su padre siempre se ponía a su altura para mirarla. Recordaba su infinita paciencia para con ella. Esa manera suya de enseñarle del mundo, haciéndola partícipe de todo. Recordaba que su padre, a veces, era el mejor padre del mundo.

Un putito héroe de padre.

—No sabemos si eso es verdad. —Verde tardó lo suyo en decirle aquello, también dudaba—. No lo sabemos.

—Sí lo sabemos, Verde. —Su propia voz extraña. Más vieja. Más fea—. Mi padre hizo todas esas cosas. Y más. Mi padre los salvó —*oh, pero ¿de verdad los salvó, Ildi?*— para convertirlos en asesinos. En monstruos.

En pequeñas y cobardes alimañas. En heraldos de la muerte. En torturadores y pirómanos. En bestias, para arrancarles el corazón a sus enemigos.

—¡Y una mierda, Astilla! —Astilla no esperaba que Verde le gritara así. Ese susurro afilado que hizo que por un momento se hiciera el silencio al otro lado de la grieta, que el hombre taciturno levantara la mirada para clavarla sobre ellos—. ¡Sabes que eso no es verdad! ¡Los conoces! ¡Los conozco! —Y al poco, ya más calmado, agarrándola por el hombro y tirando de ella—. Tu padre me salvó del desierto cuando pudo dejarme allí tirado. Tu padre pudo venderme como esclavo, pero me cuidó como a uno más de su familia. Y también lo hizo con Trespasos y con La Graja. Con los Rojos y con Deb. ¡Salvarlos! —Había veces que Verde sacaba agallas de La Frontera sabía dónde—. A ellos y a muchos más. A mare Ladia. A los Garría. A Merro el chatarrero. Todos le deben la vida, Astilla, lo sabes.

Ah, pero *¿lo sabía?*

—La Graja ha sido como una madre para ti y lo sabes —siguió atosigándola Verde—. Trespasos siempre te ha cuidado como a una hermana pequeña. Y también Los Rojos. Y ¿qué me dices de Deb? Todo eso cuenta, ¿me oyes? Todo eso son.

Astilla se volvió hacia Verde, hacia su amigo de hacía ya tantos soles. En la penumbra no resultaba nada fácil verlo, pero Astilla se lo conocía de sobra. Al encararlo, Verde se retiró, no soportaba tenerla tan cerca. Y aun así:

—Así que déjate de chaladuras, ¿oca? —le siguió diciendo, un hilo de voz—. Hicieran lo que hicieran en esa guerra maldita, ellos son tu familia. Una buena familia. La mejor.

Astilla escuchó toser al hombre taciturno y cuando se volvió hacia él lo descubrió escondiendo la mirada. La verdad era que Verde estaba contando una buena historia por una vez. Que estaba mintiendo e inventando para llegar al final feliz.

—Lo siento —farfulló Astilla, pero *¿a quién se lo decía? ¿A Verde? ¿A su padre? ¿A Los Huérfanos?*

—¿Cómo? —se extrañó Verde; La Astilla no acostumbraba a pedir perdón.

—Que lo siento. Ha sido por mi culpa. Tu dedo... —Astilla manoteó maniatada para señalarlo y Verde la agarró de las muñecas. Gimió al hacerlo, al chocar su muñón contra ella. Pero no se las soltó.

—Vamos a salir de esta, Astilla, ya lo verás. —La voz le temblaba. Verde, tan cobarde como siempre, no podía creerse lo que estaba diciendo, pero lo decía. La arrullaba—. Te lo prometo, saldremos de esta, hasta nos reiremos de esta —y cobarde o no, quizá por eso, Verde sonrió en la penumbra—. No vas a librarte de mí tan fácil, ¿me oyes? Tú me salvaste del desierto. Te debo una. Y voy a tardar toda una vida en pagártelo, te guste o no.

Astilla quiso decirle que sí, que claro que le gustaba. Quiso subirle esas gafas suyas de Antes a las que siempre les daba por resbalar hasta la punta de su nariz. Quiso acariciarlo. Por un momento, solo un brevísimo momento, hasta quiso besarlo. Pero entonces las lágrimas la sorprendieron para quemarle los ojos, para arrastrarse sólidas como gusanos por sus mejillas. Limpias como lluvia. Y repitió:

—Toda una vida.

Toda una vida en el comedor de La Pequeña Bellada. Sin miedo. Sin dolor. Sin las manos y las piernas atadas, y lloraba por eso. Por su padre. Por Los Huérfanos. Por Verde.

Al llorar el miedo se derramaba. Todas sus preguntas. Todas las traiciones.

—Eso —le sonrió Verde—. Toda una vida. Te lo prometo.

Su padre siempre contaba en sus historias que cuando algo se decía tres veces se hacía real. Que una promesa no valía nada si no se repetía tres veces. Que así funcionaban las historias.

Su padre: el mentiroso perfecto.

Verde la estaba abrazando como podía con sus manos atadas. Su cabeza enterrada en el hombro de ella, la de ella enterrada en el hombro de él. Un torpe abrazo.

El mejor.

10

El hombre taciturno tosió de nuevo. Una, dos, y hasta tres veces.

Cof, cof, cof.

11

Cuando los sacaron a rastras de la cueva todavía no había amanecido y el viento soplaba frío desde el desierto. En un cielo azul lechoso titilaban las últimas estrellas de la noche, y al este, el horizonte llameaba, una delgada línea de luz que amenazaba con incendiarlo todo a su paso. Laderas peladas rompían la planicie hasta donde alcanzaba la vista, no había ni rastro de Cañón Último por ninguna parte. Astilla nunca había estado tan lejos de su hogar.

La empujaron para que siguiera andando. El joven. Caramordida.

—Camina, putilla.

A Astilla no le gustaba nada cómo la miraba desde lo ocurrido la noche anterior. Cómo pasaba la lengua por sus labios fofos cada vez que lo hacía. Aun de espaldas a él, sabía que lo estaba haciendo. *Lo sentía.*

Los otros ya tenían los caballos preparados. El sol, que recién asomaba, refulgió sobre el hierro de sus zamarras y la tierra se tiñó de un blanco puro.

—Tierra Hueso —farfulló Astilla.

Si La Bellada era un lugar fronterizo que apenas importaba a nadie, se debía en gran parte al desierto que la aislaba por oriente del resto de la Baronía. Una delgada línea de tierra blanca como la cal bastaba para desalentarlos, pues se decía que los moosa habitaban en sus profundidades, que en sus cumbres anidaban las jarpías. Y si bien eran pocas las veces que a La Frontera le daba por pasarse por allí, Después de Aquello una no podía confiar demasiado en las probabilidades.

—¡Camina, he dicho!

Esta vez Caramordida la empujó con la fuerza suficiente como para que, atada de pies y manos como estaba, Astilla besara el polvo blanco del suelo.

—¡Déjala! —oyó gritar a Verde.

Astilla no conseguía levantarse. Ratas y hienas a su alrededor, pero a ella le costó toda una luna erguirse sobre sus rodillas.

—¡Pedazo de lupen, voy a...!

La agarraron por el pelo. Dolió.

—¿Qué vas a hacerle, moza? —El veterano tiró de ella hasta ponerla de pie—. Recuerdas nuestro trato, ¿verdad? —Caramordida le sonreía con sus labios fofos y brillantes, y Astilla tardó en asentir—. Quiero oírlo, moza, ¿recuerdas nuestro...?

Alguien tosió, interrumpiendo al veterano.

Cof.

Y al poco: *cof, cof.*

El hombre taciturno, doblado por la mitad, tosía y tosía agarrado a las riendas de una yegua tan blanca y sucia de polvo como el desierto. Todos se volvieron para mirarlo, formando un precario corro a su alrededor.

—¿Qué *daimonios* te pasa, frae? —ladró el veterano sin soltar a Astilla.

El hombre taciturno había caído de rodillas, y tosía y tosía abrazado a sus tripas. La yegua relinchó en señal de protesta y, soltándose de su jinete, trotó hasta poner la suficiente tierra de por medio, una nube de polvo tras sus pasos.

El hombre taciturno no dejaba de toser. La cara cada vez más roja. Los ojos.

—¡Haced algo por él, pedazos de lupen sin mollera! —manoteó el veterano.

Dos de sus hombres corrieron a obedecer, un par de sorgas a juzgar por los fetiches que uno de ellos llevaba colgando del cuello a modo de un collar de cuentas feo y grotesco. Talismanes simples casi todos ellos por lo que Astilla pudo observar, fetiches leñosos en su mayoría, de Riga, y solo unos pocos de metal. Su compañero ya se había arrodillado junto al hombre taciturno, pero este no tardó en espantarlo a brazadas, en apartarlos a ambos. La estaba mirando. Por uno de los ojos le crecía una sombra carmesí, una nube de sangre que poco a poco iba ganando terreno. Sangre en sus labios al toser, en su pecho. En su boca al exhalar:

—Te encontré.

El hombre taciturno extendió una mano hacia ella y luego tosió una última vez. Su boca reventó al hacerlo. Sus ojos, sus orejas, su nariz; todos y cada uno de los agujeros que tenía visibles reventaron. Y de la erupción de sangre y carne de sus agujeros nació el enjambre. Una tormenta de insectos que se echó sobre ella mientras sus ojos se hinchaban de puro terror. No tuvo tiempo siquiera de gritar. Los otros sí: escuchó ladrar al veterano, gemir a unos pocos, a Verde llamarla. Los escuchó apartarse de los caballos, que salieron en estampida llevándose a unos cuantos por delante. Pero el enjambre ya se echaba sobre ella. El enjambre la acariciaba con sus patitas, la mordía, la... ¿*abrazaba*?

Astilla conocía ese olor. Ese sabor a hierro y a sangre, a puntas alzadas. Así que se dejó hacer. Se rindió al enjambre del que ya manaban unos brazos para abrazarla. Un pecho para protegerla de todo mal. Unos labios para:

—Te tengo, niña. Ya te tengo.

Astilla escuchó entrechocar las piedrecillas que colgaban del moño alto y trenzado de La Graja en el enjambre de su abrigo. Al otro lado de la tormenta de insectos todo eran gritos y ladridos y díscolas órdenes por parte del veterano, pero dentro todo olía a hogar. A sentirse a salvo.

—¡Matadla, por La Frontera! ¡Matadlas a las dos! ¡Ya!

Fuera del enjambre más puntas alzadas, más sangre, más hierro. Los sorgas de El Blanco respondían a las puntas de La Graja y el enjambre se disipaba. Astilla no era ninguna tonta, sabía que aquel *fechizo* le había costado y mucho a su maestra; la sentía cansada entre sus brazos, encorvada por el esfuerzo. Y claro, sintió miedo. Más miedo incluso por su maestra que por lo que pudieran hacerle a ella. Miedo cuando, por encima del hombro de La Graja, que todavía la apretaba contra su pecho, vio la boca de uno de esos baladeros de Antes de Aquello apuntándola.

Fue a gritar. Fue a soltarse y cubrir con su cuerpo a su maestra. Pero no fue necesario. Una voz:

—¡Ya la tiene, Deb! —La voz de Trespasos.

El cielo repiqueteó, un aguacero de chasquidos sobre su cabeza, y un instante después el soldado del baladero manoteaba para sacarse el fuego de encima. Y no solo él. Todos los perros de El Blanco que hacía tan solo un momento las apuntaban con sus ballestas y sus baladeros en perfecta formación brincaban por y sobre la tierra blanca como el hueso tratando de huir del infierno. Uno de ellos fue a sacarse las llamas de la cara y Astilla vio cómo se llevaba con él un trozo de piel. Vio cómo a otro le reventaba un ojo, cómo otro pobre desgraciado rodaba y rodaba por el duro suelo desollándose contra el polvo... ¿*Qué daimonios acababa de pasar?*

Rápido. Tanto que el veterano, los brazos echados sobre la cabeza y de morros contra el suelo, tardó en señalarla y gritar de nuevo:

—¡*Mátala!* —Su voz convertida en un esperpento de voz. Ridícula y rabiosa, aguda y chirriante al otro lado de la densa cortina de humo que se levantaba desde los cuerpos en llamas para sumarse a la polvareda que las bestias habían dejado tras de sí en su huida.

La Graja la sujetaba, obligándola poco a poco a retroceder hacia la cueva, pero Caramordida, obedeciendo a su jefe, corría hacia ellas con su espada ya desenvainada. Su sonrisa se le había borrado del rostro y, ya fuera por el fuego o por el humo o por el terror, tropezaba a cada paso. Pero ya casi las había alcanzado, solo un poco más y... Una sombra agazapada hizo aletear sendos destellos de acero tras Caramordida. El primero de los destellos se le clavó en la parte de atrás de una rodilla; el segundo, a la altura de los riñones. Luego los cuchillos, acabados ambos en un par de puños de hueso, se retorcieron. Luego, al retirarlos, borbotó un río de sangre de la parte baja de su espalda para derramarse sobre la blancura de la tierra. Luego, de un tirón, el primero de los cuchillos en clavarse separó rodilla, espinilla y pie del resto del cuerpo.

Luego su padre, La Cruz, estaba allí plantado. Sangre en sus puñales. Sobre su poncho. Sobre su cara.

—Métela dentro, Graja. —Astilla apenas si reconocía su voz. Sus ojos más negros que nunca.

—¡Pa! —lo llamó, pero La Cruz ya le daba la espalda.

Unos pocos habían caído, pero todavía les superaban con creces en número y ya se reagrupaban. A La Cruz no le importó. Astilla, de las historias de su padre, de los otros, había imaginado la elegancia de La Cruz al enfrentarse a sus enemigos, de las canciones de la guerra había imaginado una danza grácil sobre el desierto. Pero allí no había ni rastro de elegancia. Uno de los soldados apuntaba a su padre con una ballesta y La Cruz rugía y resollaba y gruñía como la cerda del rancho al acercarse; viejo y torpe. Solo que cuando llegó hasta él, sin darle tiempo a disparar y fingiendo que tropezaba, le partió la rodilla de una patada al perro del Volario. La

pierna se le dobló en un ángulo imposible, y cuando el soldado se agachó por eso, por el dolor, uno de los cuchillos de su padre se le clavó en la cara. Al sacarlo, más rojo sobre el blanco. Al sacarlo, otro de los perros de El Blanco cargaba hacia él con una delgada y afilada porra de púas, y sí, Astilla, de las historias, esperaba que su padre fintase con la elegancia de una serpiente. Pero no. Lo que hizo su padre fue echarse sobre él como un oso acorralado en su cueva.

Lo que hizo su padre fue rodar por el suelo en una tormenta de puños y dientes y cabezazos. Para, al poco, acabar encima. Para levantar sus puñales y, con sus puños de hueso, machacarle la cabeza a su enemigo. Una

paf

y otra

paf

y otra

paf

vez. Hasta hundirle el cráneo en un amasijo de sangre, huesos y materia gris. Hasta, gritando y babeando y escupiendo como una bestia, asesinar brutalmente a su enemigo.

En el humo y en el polvo que los cercaba. En el rojo sobre el blanco. En la masacre.

Y cuando otro de los soldados intentó apuñalarlo por la espalda, su padre se volvió a tiempo y le clavó uno de sus puñales en la entrepierna. Para luego, con un puñal clavado entre las piernas de su enemigo, con otro bajo las costillas, usarlo como escudo para acercarse a ese pobre desgraciado que había tenido la mala idea de dispararle con su baladero.

Astilla siempre había amado la voz de su padre, su boca las pocas veces que sonreía. Pero aquel grito, ese bramido que manó de su pecho mientras lanzaba al soldado ya muerto contra el otro, no era ya su voz. Esa mueca tan rabiosa y tan gozosa y tan *cruel* al rajarle el cuello mientras su adversario, de rodillas, rogaba clemencia, poco o nada tenía que ver con la boca de su padre. Esa bestia de hombre, nada con las canciones. Con el héroe que Astilla se había imaginado. Mientras sus puños de hueso rompían articulaciones y mandíbulas y cráneos, mientras sus filos mutilaban y torturaban y sentenciaban...

Y sí, la masacre, el infierno, se repetía por igual allá donde Astilla posara la mirada. La Graja tiraba de ella, pero Astilla quería ver. *Saber*.

Fido El Rojo acababa de apuñalar en el ojo a uno de los perros de El Blanco, pero no se conformó con eso. Su cuchillo no medía siquiera un palmo, pero para cuando su rival tocó el suelo, su cuerpo estaba lleno de agujeros. El Rojo lo apuñaló en el pecho y en la cara y en los ojos, y, para cuando dio por terminada su tarea, su elegante y caro traje a tres piezas de Antes de Aquello estaba cubierto de sangre de la cabeza a los pies... Trespasos tampoco bailaba. Trespasos ni siquiera esquivaba los golpes, ni siquiera se agachaba ante los truenos de los baladeros. No rugía, no gruñía como los cerdos. Solo un paso, y otro, y otro más, sin torcer su camino. Para luego descargar sus hachas delgadas como lunas crecientes sobre cualquiera que se atreviera a plantarle cara. Para luego descargar su brutalidad. Con su camisa rajada en docenas de heridas, con un virote asomándole del muslo derecho. Como si no pudiera morir. Como si la muerte fuera su vieja amiga de siempre... Carra La Roja sonreía a uno de los soldados con un pedazo de carne entre los dientes mientras a este le chorreaban los dedos tapándose el hueco de lo que hacía tan solo un rato había sido su oreja. Carra La Roja, con su vestido rajado y más rojo

que nunca, descalza sobre el cieno de sangre y sudor que pisaba, agarró el baladero que ese soldado acababa de dejar caer y le partió la cara con él. Los pómulos, los dientes, la cabeza. Sin dejar de sonreír con ese pedazo de carne entre los dientes...

Ya casi había acabado todo; rápido, demasiado rápido, tanto que La Graja apenas si había conseguido acercarla unos pocos pasos hacia la cueva. Trespasos perseguía a un pobre desgraciado que se arrastraba a gatas por el polvo en un vano intento de alcanzar su espada, pero los demás ya habían acabado. Los demás resollaban para recuperar el aliento, y los pocos supervivientes que quedaban ya no podían ni levantarse. Ya solo gemidos a su alrededor, súplicas. Solo humo y olor a carne quemada. Solo rojo sobre blanco en el desierto.

Ya casi habían alcanzado la cueva cuando:

—¡Quietos! —Su voz, un esperpento de voz—. *¡Quietos o me lo cargo!*

El veterano de la calva quemada, a unos pocos pasos de ella y de La Graja, apretaba un puñal contra el cuello de Verde. Debía de haberle arrancado las gafas de un golpe, pues su mejilla izquierda empezaba a hincharse. A Verde ya no le quedaban agallas y lloraba como el zagal que era.

—¡Si dais un paso más me lo cargo! —Un hilo rojo de sangre manó del cuello de Verde cuando el veterano ladró aquello.

Y Astilla quiso gritar, rogarle que no lo hiciera, suplicarle que...

—Graja —croó su padre.

Y La Graja manoteó con un fetiche entre sus dedos. Los ojos del veterano se salieron de sus órbitas. La mano le temblaba, su puñal. Del pecho manó un torpe gemido y, poco a poco, su puñal se fue apartando del cuello de Verde. Para luego empujarlo, apartarlo de él. Para luego girar el filo de su puñal hacia su propio pecho y...

—Lo quiero vivo, Graja. —La voz de La Cruz. De ese hombre que no era su padre.

El filo se desvió en el último momento y se clavó entre sus piernas. El veterano graznó. Un esperpento de chillido.

—Ahí lo tienes. Vivo —siseó La Graja.

Su padre pasó a su lado sin mirarla siquiera. Y a la luz del amanecer, en la polvareda teñida de tanta sangre derramada, sobre el barro y rodeado de Sus Huérfanos, La Cruz agarró al mercenario de la zamarra, lo levantó y, ambos de rodillas, le obligó a encararlo.

—Te conozco —dijo, sus puñales de puño de hueso ya al cinto, bajo su poncho—. Te dejé vivir.

Los Huérfanos habían formado un círculo a su alrededor. Las hachas de Trespasos goteaban, *plic, plic, plic*, sobre el suelo blanco como el hueso. Fido se limpiaba los cuchillos en la ropa, y su hermana se relamía los dientes. Deb sonreía a los cuerpos carbonizados y La Graja la agarraba por los hombros. Fuera de ese corro ya todo había llegado a su fin. Las súplicas se habían silenciado. Fuera de ese corro ya solo la muerte, nada más.

—¡El Blanco te matará por esto! —tartamudeó lastimero el veterano—. ¡Os matará a todos por esto!

La Cruz asintió.

—Puede —dijo. Al poco, sin soltarlo, sin dejar de mirarlo—: Trespasos.

—Sí, pa. —En perfecta posición marcial. Ni rastro del Trespasos que Astilla conocía.

—Ocupate de ellos —y cabeceó hacia los cadáveres, hacia los pocos supervivientes que gemían y sollozaban—. Los quiero descuartizados. Los quiero metidos en sacos. —*¿En sacos?* —. Quiero que esta misma noche los llevéis a la mansión de El Blanco y rociéis las habitaciones de sus hijos, de su familia —gruñó—, con sus trozos y su sangre. La Graja te ayudará si es necesario. ¿Estamos?

—*Nu* será fácil, pa —gruñó Trespasos.

—El Blanco tiene sus sorgas —terció La Graja—. Nos verán llegar. Costaría lo mismo matarlos de una vez y para siempre.

Su padre asintió de nuevo.

—Si los matamos el Barón se verá obligado a responder, Graja —gruñó. Y al poco, sin soltar al mercenario, se limitó a preguntar—: ¿Puede hacerse?

—Puede hacerse, sí —siseó La Graja tras ella; *¿estaba sonriendo?*

—Se hará, pa —sentenció Trespasos.

Para luego, cojeando, obedecer. Su hacha subiendo y bajando. Sonando a lo que sonaba.

—Deb.

—¿Sí? —torpe, tímido.

—Quiero que los graneros de El Blanco ardan hasta las cenizas. Que no te importe si hay alguien dentro.

—Sí —repitió el tral.

Los ojos del veterano no cabían en sus cuencas. Con el más puro terror saltaban de La Cruz a Sus Huérfanos, y la verdad era que Astilla no podía culparlo. Verde la había agarrado de la mano y ella se la apretaba con fuerza. Se la agarraba para no caer.

—Rojos.

—Sí, La Cruz.

Su padre se movió rápido. Su padre empujó al veterano de espaldas al suelo y sus aceros aletearon al salir de sus vainas. Le clavó las palmas de las manos a la dura y blanquísima tierra con sus puñales y lo dejó crucificado al suelo. El veterano chilló.

—Que sea lento —les dijo—. Lo más lento que podáis. Divertíos.

¿Divertíos?

El veterano, ese hombre al que Astilla tanto había odiado hacía un rato, todavía chillaba mientras su padre los llevaba a ella y a Verde de vuelta a la cueva. Agarrándolos por la espalda, casi acariciándolos. Con sus manos sucias de sangre. De trozos. De masacre.

Una vez dentro, los adelantó y tardó en encararlos. Antes respiró, despacio, mientras el veterano gemía y chillaba fuera de la cueva para luego, tras un golpe, solo chillar. Al parecer acababan de cortarle algo, de *arrancarle* algo, pero eso a su padre no parecía importarle. Su padre respiraba despacio.

La espalda de su padre se hinchó para luego exhalar un largo suspiro.

—La guerra es esto, Ildi. —Todavía no los miraba—. Querías saber de la guerra. Yo *nu*. Yo *nu* quería que supieras de la guerra. Yo quería la paz. Para ti. Para vosotros. —Su padre se miraba las manos sucias de sangre en la penumbra—. Pero supongo que solo cambiamos a ratos. Para luego ser los mismos de siempre.

Una de las frases de su padre.

—Os he fallado. Lo siento por eso.

Su padre tuvo que sacar todo el valor del mundo para conseguir volverse hacia ellos. Encorvado, derrotado al mirarlos.

—Yo *nu* quería esto. Yo *nu* he elegido esto, Ildi.

Ese tampoco era su padre. Ese hombre derrotado, triste. Astilla nunca había visto a su padre así. Tan poca cosa. Tan partido por la mitad.

—Lo siento —les dijo.

Verde y Astilla asintieron. Tardaron demasiado en acercarse. En dejarse rodear por esas manos sucias de sangre, en abrazarlo.

—Gracias por venir, pa —tardó en decirle Astilla.

Luego todos lloraban. Astilla nunca había visto a su padre llorar.

AHORA

Mare Gris

1

—El Blanco *nu* volvió a molestarnos. Durante soles enteros, él y su familia permanecieron encerrados tras sus murallas, y ni siquiera cuando se inauguró su cantera hicieron aparición. En La Bellada los secretos no tardaban en dejar de serlo, las historias corrían de boca en boca, de tugurio en tugurio. El poder de El Blanco había quedado en entredicho, el nombre de mi padre se repetía a orillas de La Bella. Y si bien jodieron cuanto pudieron a los Garría y a sus negocios, a nosotros nos dejaron en paz. Mi padre era bueno en su oficio, el mejor, y los Volario tenían miedo. Les habíamos ganado la partida. O al menos eso nos llegamos a creer... —Todavía le dolían los dientes al sonreír—. Pero supongo que la guerra nunca perdona, ¿eh? La guerra nunca olvida.

Ilda se miró las manos desnudas como su padre hacía ya tantos soles en las entrañas de esa cueva. Ya no había rastro alguno de sangre en ellas, pero Ilda las sabía sucias de muerte.

—De pronto todo había cambiado. Ellos hacían como que *nu*, claro. Mi padre y Sus Huérfanos seguían jugando a ser una familia feliz, nos sonreían como si nada, a Verde y a mí. La gente los saludaba por el pueblo como los héroes de las historias que eran, pero yo había visto lo que había visto. Yo sabía que esas historias poco o nada tenían que ver con la realidad. En las historias, mi padre y Sus Huérfanos hacían lo necesario para sobrevivir, pero ese gozo, esas sonrisas y esa brutalidad que yo había visto con mis propios ojos nada tenían que ver con lo *necesario* —siseó—. Los juzgué. Los sentencí. Por aquel entonces yo me creía más lista que nadie, ¿sabes? Y de pronto todo había cambiado.

Llovía de nuevo. Hacía unos pocos días que habían dejado Miindre atrás, y a orillas de un bosque distinto la lluvia volvió a alcanzarlas. Los árboles brillaban a la tenue luz del fuego que protestaba bajo la llovizna entre ellas. Un par de hules sobre los hombros encorvados, un par de rostros blancos como fantasmas flotando en esos hules.

—De *nu* ser por Verde todo se habría precipitado. De *nu* ser por él... —Ilda había dejado de mirarse las manos; dolía tanto recordar. El dolor en cada arruga, en cada cicatriz de su rostro—. Verde siempre estaba allí para recordarme lo bueno. Para hablarme de mi familia. Verde todavía confiaba en ellos, y una y otra vez me prometía que todo se calmaría. Que volvería a verlos como antes. Como siempre. Y el muy lupen —sonrió— a punto estuvo de conseguirlo.

Sus ojos negros, negrísimos al contar.

—¿Y qué pasó? —Rosamía tardó en preguntar aquello, apenas si un hilo de voz. Ilda la miró.

—Pasó que todavía quedaban más mentiras —quitándole la mirada, enterrándola en sus manos de nuevo.

—¿Sobre tu madre? ¿Es eso?

Ilda gruñó. Metió las manos bajo el hule y se abrazó a sí misma. La negrura de su mirada perdida en el fuego.

—Ya basta por hoy, ¿oca?

Rosamía se mordió los labios.

—Oca —musitó.

—Te prometo que te contaré toda la verdad, niña. Pero *nu* ahora. *Nu* hoy. Hoy ya he contado demasiado. —Rosamía asintió—. Ven —la animó Ilda levantando un brazo y formando una cálida cueva bajo el hule—. Arrímate. Hace una noche de mierda.

No habían encontrado refugio alguno y se habían visto obligadas a pasar la noche al raso. Ambas echaban de menos las comodidades de Miindre: la comida caliente, el fuego del hogar, unas paredes y un techo. La adorable gratitud con las que su caldeso, llamado Toás, las había recibido. Iema y su hermano tratándolas como a heroínas ante los suyos, sentaba bien sentirse así... El caldeso hasta les había ofrecido un buen trabajo. Las gentes de Miindre habían decidido dejar atrás su hogar hacia oriente, hacia Devar y más allá, hacia Libertia, y el buen Toás necesitaba a alguien que los guiara por los peligros del desierto.

—Te necesito a ti —le había dicho.

Pero Ilda se había negado. Ilda tenía que hacer lo necesario, lo difícil. Ella no era ninguna heroína. Ella solo había dejado a sus fantasmas atrás y ahora tenía que volver a buscarlos. Ese era su camino.

Rosamía rodeó la hoguera y se arrastró hacia ella por la pinaza del suelo. Cuando se acurrucó entre sus brazos, Ilda no pudo sino fijarse en lo joven que era. Había vivido todo un infierno, ese infierno la había hecho madurar, pero, cuando se acurrucaba en su pecho, o cuando escuchaba sus historias al amor del fuego, Rosamía era poco más que una niña.

Y sin embargo ella la obligaba al desierto. A sus fantasmas. A la venganza.

No había querido separarse de ella. Cuando la curaron de sus heridas, cuando se despertó en ese lecho que ahora tanto añoraba en la casa del mismísimo caldeso, Rosamía estaba allí. Dormitaba sobre una incómoda silla, pero no parecía importarle. Ilda gimió, y Rosamía, al despertar, iluminó el mundo con su sonrisa. Para Rosamía, Ilda era toda su familia. Su madre, su padre, su hermana, incluso. Pero ¿qué era Rosamía para ella? Esa sonrisa radiante que le acunaba el dolor, ¿qué *daimonios* significaba para ella?

La respuesta llegó como un mazazo: es Mi Huérfana.

Ilda entendió muchas cosas en ese momento. Mientras Rosamía le contaba lo ocurrido, mientras llamaba al buen Toás, Ilda comprendió que no solo los salvados se enganchan a su salvador. Que no solo los vulgares a sus héroes.

—¿Astilla? —Rosamía la llamaba desde su pecho.

—¿Qué, niña?

—Tu padre *nu* podía ser un mal hombre. Te crio a ti. Te enseñó a ti. Y eso ya es algo bueno.

A veces Rosamía soltaba ese tipo de discursos. Tan torpes, tan simples e infantiles. Y a veces esos discursos la hacían llorar. Últimamente Ilda lloraba demasiado.

—Y para que lo sepas: todavía estás enamorada de él.

Ilda arrugó su ceño.

—¿De mi padre?

—Nu, boba —rio Rosamía—. De Verde. Todavía estás enamorada.

No te vayas, Ildi. Por favor. No te vayas.

Toda una vida.

Toda una vida, toda una vida, toda una vida.

Ilda gruñó.

—Nu tienes ni idea, niña. —Sentaba bien abrazarla contra su pecho—. Ya basta por hoy, ¿oca?

Sus hules chorreaban bajo la llovizna, pero dentro olía a cueva. A hogar.

2

Ilda y Rosamía por fin habían dejado el frente atrás. La guerra se sentía en cada rincón del desierto, se narraba al amor de la lumbre en cada posta en la que se detuvieron a descansar, y ahogaba las cosechas y los graneros de los fieles siervos del Barón. La guerra se repetía por doquier arrastrando a centenares de refugiados hacia el sur, pero el frente, los cuerpos amontonados y mutilados, el olor a sangre y a humo y a carne quemada, era cosa ya del pasado.

Ilda incluso había llegado a olvidar lo que significaba sentirse a salvo. Que los zagales la recibieran al ritmo de *Dime, dime, Rompebotas, ¿has visto el mar?*, y que ella pudiera permitirse el lujo de contarles que no, que no lo había visto pero traía cosas que contar. Todas y cada una de esas veces Rosamía escuchaba esas historias a su sombra, y cuando terminaba de contar, era la zagala quien recibía los regalos y las viandas a cambio de las buenas nuevas. Pues Ilda no hablaba a esos zagales de la guerra, ni tampoco a sus mayores. Estos preguntaban por cómo estaba la cosa en el norte, claro, querían saber, pero Ilda prefería inventar. Un buen Rompebotas nunca cuenta su propia historia, y tanto adultos como niños no tardaban en dejarse encandilar por sus mentiras.

Daba gusto verla: Rosamía toda una gigante entre los otros mozos, babeaban por ella y eso que algunos de ellos le sacaban algunos soles. Rosamía había cambiado tanto y todo, y para ellos, para los vulgares de la tierra, esa chiquilla era poco más que una leyenda. Y sí, a ella le gustaba. Y también a Ilda. No podía evitar sentirse orgullosa, al menos alguna de esas veces. Otras, sentía unas ganas terribles de salir corriendo, de dejarla atrás para no arrastrarla a la guerra de nuevo.

A su propio frente. A su propio infierno.

Pero Rosamía no quería ni oír hablar del tema. Cada vez que Ilda dudaba, que buscaba las palabras adecuadas para decirle que no tenía por qué seguirla, que era demasiado peligroso, que lo más seguro era que ambas perdieran la vida por nada, Rosamía la miraba ceñuda y le espetaba:

—*Nu* pienso dejarte, Astilla. Si quieres que me vaya tendrás que ser tú la que me eche de tu lado, ¿estamos?

Y no, ninguna de esas veces Ilda se atrevía a pedirle que se fuera. Un héroe no es nada sin sus acólitos. Sin Rosamía ella sería poco más que un fantasma. Que una vulgar asesina.

Se compenetraban a las mil maravillas. Ilda ya no se veía obligada a ladrarle las órdenes precisas, la zagala siempre sabía lo que era necesario hacer. Rosamía había aprendido no solo de ella, sino también del desierto, y a veces incluso la descubría venteando el aire como la rastreadora perfecta, o, sin que ella le dijera nada, eligiendo el lugar adecuado para pasar la noche. Hasta había aprendido de La Ságida, y eso que Ilda seguía empeñada en no enseñarle nada al respecto. Eran muchas las veces que Rosamía le tendía los ingredientes y materiales precisos para sus ungüentos y fetiches, y si bien todas y cada una de esas veces Ilda le contestaba con un gruñido, no podía evitar sentirse orgullosa de ella.

—Yo también necesitaré un nombre, ¿*nu*?

Otro fuego distinto que compartir, otra noche cualquiera bajo las estrellas.

—¿Un nombre? Ya tienes uno, niña.

Rosamía ya no se enfurruñaba como una niña cuando algo la disgustaba. El ceño de Rosamía era su propio ceño, el ceño de La Graja.

—Digo uno como el tuyo —rezongó mientras mordisqueaba lo poco que le quedaba a ese hueso de conejo que la zagala había cazado con sus propias manos—. Un nombre del desierto. —La miró por encima del fuego, esos ojos grises suyos—. Como Trespasos. O como La Graja. O como La Cruz.

—Ya —gruñó Ilda—. Pues a mí me gusta Rosamía.

—Rosamía es nombre de paleta —bufó la muchacha.

—Los nombres tienen poder, niña —le advirtió—. Los nombres son poco menos que *fechizos*, así que *nu* quieras un nombre para la guerra. Además, *nu* tiene nada de malo ser una paleta.

Rosamía se encogió de hombros.

—Puede, pero yo *nu* quiero serlo.

—¿Y qué quieres ser? —le sonrió Ilda.

—*Nu* me trates como a una niña, ¿oca? —la amenazó con su hueso de conejo.

—La Frontera me salve de eso —se defendió Ilda—. Pero en serio, ¿qué te gustaría ser? ¿A qué te gustaría dedicarte?

Sus hombros se alzaron de nuevo.

—Ya lo sabes. Quiero ser una Rompebotas. Cuando todo esto acabe, quiero viajar. Recorrer Las Baronías de Los Ríos y también Libertia. Los delfinados de oriente y los Túmulos del sur...

—¿Los Túmulos del sur? —la interrumpió Ilda—. ¿Sabes lo que dices?

—*Nup* —le sonrió—. Por eso quiero conocerlos.

Ambas rieron.

—Suena bien —asintió Ilda—. Quizá podamos hacerlo juntas.

Solo que su sonrisa, claro, no tardó en torcerse. Era muy poco probable que salieran vivas de La Bellada. Puede que por un milagro de La Frontera consiguiera matar a El Blanco, puede que consiguiera vengarse y de paso descubrir cómo *daimonios* su padre se había dejado atrapar o

si los daján a los que había interrogado al oeste de Bosque Blanco le habían dicho la verdad, pero de ahí a salir vivas había todo un desierto de por medio. Si la seguía, Rosamía no cumpliría nunca su sueño. Nunca su vida.

—*Nu* vayas a empezar con tus chifladuras, ¿eh? —le advirtió la zagala adivinando sus pensamientos—. Iré contigo hasta el final. Además, quiero conocerlos. A Verde y a los demás.

—Ya lo tengo —dijo Ilda de pronto, como si tal cosa.

—¿El qué?

—Tu nombre. *Nu* sé si te gustará... —Rosamía la animó a que siguiera manoteando al otro lado del fuego—. Está bien. —La miró, esos ojos grises suyos—. Gris. Ese puede ser tu nombre.

—¿Gris? ¿Por qué Gris?

—Por tus ojos —le señaló la Rompebotas.

Rosamía se quedó pensativa por largo rato, hasta que acabó por torcer los labios.

—*Nu* sé...

Esta vez le tocó a Ilda encogerse de hombros:

—Es todo lo que tengo.

Al día siguiente Rosamía había desollado a los conejos y se había cosido un par de brazales con su piel que, la verdad sea dicha, le quedaban a las mil maravillas.

—Gris —le sonrió—. Me gusta.

En los días venideros Rosamía se fue disfrazando de su propio nombre. Piel de conejo y también de coyote, plumas de halcón y pieles de serpiente, hasta parecer poco menos que una moosa.

—Gris —le dijo Ilda—. Me gusta.

Los nombres tenían poder. Y Rosamía, Gris, ya tenía el suyo.

3

Gris la escuchaba gemir bajo las pieles, y no por el frío. Esos amables granjeros habían compartido el techo de su pajar con ellas y con una familia de refugiados que habían tenido a bien procurar cobijo, pero ni la amabilidad de sus vecinos ni el calor de las bestias que mugían bajo las tablas del suelo conseguían salvar a La Astilla de sus pesadillas.

Gris nunca le había sacado el tema, pero eran muchas las veces que su maestra (así le gustaba llamarla) la despertaba con sus chillidos, más aún a medida que se acercaban a su hogar. En sus pesadillas Ilda repetía sus nombres. Los nombres de sus historias. En sus sueños llamaba a Verde y le pedía perdón. Gimoteaba el nombre de su maestra y le pedía perdón. El de su padre. Y también los llamaba a ellos.

A los daján.

Ilda siempre había sido clara con ella:

—*Nu* voy a enseñarte, niña.

—¿Y por qué, si *pue* saberse? Mi *baba* sabía de puntas, así que a mí me será más fácil, tú misma lo dijiste...

—Pues tendrás que buscarte a otra.

—¡Yo *nu* quiero buscarme a otra! ¡Yo te quiero a ti!

—Escucha, niña. —Había veces que el ceño de su maestra la acojonaba y bien. Sus ojos negros como el hambre—. Yo *nu* puedo enseñarte. Ni a ti ni a nadie. Yo soy distinta a los otros sorgas. Mi sangre es... distinta. Especial.

—¿Tu sangre?

Su maestra se había pasado toda su infancia buscando respuestas. Gran parte de su juventud. Y de ahí que arrugara la cara aquel día. De ahí que:

—Lo siento, niña. De verdad. Pero *nu* puedo contarte más.

Su maestra guardaba demasiados secretos para ese cuerpo enclenque suyo, demasiadas respuestas a medias. Su maestra, para su desgracia, cada vez se parecía más a aquellos que había condenado al exilio. A su familia. Y eso le robaba las noches. Y era por eso que les pedía perdón bajo las pieles.

Pero la verdad era que Gris no tenía ni idea de por qué llamaba a los *daimonios*. ¿Tenía que ver con esa sangre suya? ¿Era por ellos que no podía enseñarle?

A los daján les preguntaba por su padre, o eso sacaba Gris de sus balbuceos. A los daján les preguntaba por qué, cómo *daimonios* se había dejado atrapar. Pero los daján la torturaban. Los *daimonios* se reían de ella, se partían el culo. Y eso le dolía, tanto y todo.

—*Nu* quiero —les rogaba—. Yo *nu* quiero ser eso. Prae... Yo *nu*...

Para luego llamar a su padre de nuevo. A Los Huérfanos. A Verde.

A su madre.

—¿Ma? —preguntaba bajo las pieles.

Gris la arrulló. Le gustaba saberse propietaria de ese secreto para con su maestra. Ilda la había salvado de ser violada y asesinada, le había enseñado del desierto, le había dado no solo una segunda oportunidad, sino una vida con la que una pueblerina como ella jamás habría soñado. Ilda le había enseñado a aprehender de la vida como nadie antes, y por eso le encantaba poder devolverle el favor, aunque nunca se atreviera a contárselo por miedo a herirla en su orgullo.

—Chsss —la arrulló reptando entre sus pieles.

Para luego acunarla. Para luego decirle que sí, que era su madre. Hasta que su maestra, esa mujer dura como la piedra y la montaña, dejaba de gimotear.

4

Su maestra le había dicho una vez que a una buena Rompebotas no le es *mester* preguntar. *Le basta con escuchar*, eso le había dicho. Así que Gris escuchaba:

—Ya sabes *lu* que dicen...

—¿Y qué dicen si *pue* saberse?

—Pues eso... Que Nuncio fue el verdadero causante de La Guerra de La Partida. Que estuvo detrás de todo desde el principio.

—¿Detrás de qué? ¡Habla claro, por La Frontera!

—Pues eso... Detrás de la rebelión de los kraes. Detrás de todo.

—¿Insinúas que *confriaternizaba* con esos sorgas del sur hijos de mil moscas mal paridas? ¿Con sus daján? Bah, chifladuras. *Esu* y nada más.

—*Esu, esu.*

—Pensad *lu* que queráis, frais. Pero cuando el polvo suena...

—Cuando el polvo suena ¿qué? ¿Eh?

—Pues eso... Ya habéis oído *lu* que se dice por ahí, ¿*nu*? Que Nuncio se trae sus armas del sur. De los Túmulos. Y ya sabéis *lu* que significa eso...

—¿Y qué significa si *pue* saberse?

Gris dejó de escucharlos. Agazapada en un rincón a la sombra de uno de los estrechos ventanucos que encharcaba de luz ese tugurio dejado de la mano del polvo, de cara a la puerta como Astilla le había enseñado.

Unas pocas mesas y sillas desperdigadas por el suelo de tierra y, en torno a ellas, los nativos del lugar, acompañados de unas pocas gentes del desierto como ella misma, de unos cuantos refugiados, compartían sus desdichas. Un techo de vigas carcomidas y hatillos de pasto por el que se colaban delgados y polvorientos hilos de luz y una puerta que gemía y que nunca conseguía cerrarse del todo cada vez que alguien la empujaba de vuelta a su sitio. Desde su rincón las voces se confundían. Era pronto para tanto fiel en tan precario templo, pero los dados rodaban y los naipes se repartían, flotaba el humo de las pipas de jungu y las jarras y los vasos cantaban *toc, toc, toc*, cada vez que descendían de las bocas a las mesas. Ladraban los perros, como a su maestra le gustaba decir, y Rosamía repartía su atención de un grupillo a otro.

Bajo su capuz. Sin preguntar, sin llamar la atención ni repartir sonrisas, sin contar su propia historia. Como una buena Rompebotas.

—¿*Cuidau* con *lu* que *sarlas*, pedazo de lupen sin *mullera*! —ladraba un viejo desdentado—. Aquí en el sur las cosas *nu* son como en el norte, ¿*mioyes*? A este *lau* del Erboro le somos fieles a Nuncio Cadágara, ¡siempre *lu* hemos sido! Así que déjate de chaladurías, ¿estamos?

—El Erboro ni siquiera cruza la Baronía de este a *ueste*, viejo, así que *nu* estáis en *lau* ninguno, *esu pa* empezar. Además, solo digo *lu* que creo, y *nu* creo vayan a colgarme por eso.

Risas.

—¿Pues crees mal, mozo! —terció otro—. Nuncio Cadágara *nu* se anda con chiquitas, ¿sabes? Ese *nu* es como su hermano, los cuervos le coman los ojos. *Nu*... Nuncio tiene *lu* que hay que tener. Nuncio sabe de la guerra.

—Y *nu* digo lo contrario, de *esu* sabe y nada más, de la guerra —bufó—. Pero de *nusotros*, de los parias de la tierra, nada entiende. De *nusotros* solo espera carroña *pa* sus batallas, bien *lu* sé. Y hambre *pa* nuestros hijos. Nada más.

—Escúchame bien, pedazo de lupen —le advirtió el viejo—: por aquí *nu* queremos rebeldes, ¿*mioyes*? Si eres de *esus* de Archo El Duende *nu* vengas a comernos la *mullera*, ¿estamos? Por estos polvos somos gentes de paz, siempre *lu* hemos sido.

—¿*Esu, esu!*

Nada interesante. Como su maestra solía decir: *La política para quien saque algún rulo de ella.*

—La Frontera se mueve, frais. —Unos tipos con chalecos tachonados de todo tipo de chatarra de Antes murmuraban desde la mesa más cercana; también a contraluz como ella, también de cara a la puerta—. Ya escuchasteis a ese Rompebotas. El Pedo de Dios a punto estuvo de alcanzarle en Tierra Hueso, hasta escuchó a Los Cucos cantar. Y puedo juraros que en todos mis soles La Frontera nunca había llegado tan al norte.

—Mal asunto —dijo otro.

—De los *piores*, sí...

Tierra Hueso. Eso ya resultaba más interesante. Pero, para su desdicha, los chatarreros de la mesa vecina permanecieron taciturnos y ceñudos con las miradas perdidas en el fondo de sus jarras de cerveza. Gris bebió de la suya y arrugó los morros por eso. La verdad era que le sabía demasiado amarga, así como el vino y la sidra, pero a su maestra parecía encantarle, así que ella *nu* iba a ser menos.

Desde la barra:

—Queremos trabajo, nada más —decía un hombretón con cara de ladrillo y el cuello de un buey—. Nuestras familias pasan hambre. Somos gentes de bien y podemos trabajar. *Sabemos* trabajar.

—*Nu* lo dudo, buen *maisse* —se disculpó el tabernero alzando sus manos desnudas—. Pero *nu* hay trabajo por aquí, ya ves *lu* que hay... —y barrió la estancia braceando al mismo tiempo que se encogía de hombros: la cal de las paredes dejando asomar ora aquí ora allá los oscuros adobes de la fachada, esa moza con un cubo a cuestas rociando el suelo para sostener la polvareda que esa marabunta de pies forasteros levantaba a su paso, esa puerta que no dejaba de chirriar—. *Nu* estamos acostumbrados a tanto movimiento, ¿sabes? Quizá en Colra, puede que en Matús...

—En las ciudades no dejan pasar a nadie —cabeceó el espigado hombrecillo, al que su compañero hacía sombra—, así que Colra no es una opción. —*No*, había dicho *no*. Como los norteros y los de Antes—. Y Matús nos queda demasiado lejos. No llegaríamos.

—Cierto, cierto —asintió pesaroso el tabernero—. Se dice que hay carroñeros por la zona de Los Cantos. Los muy lupen se aprovechan de la desgracia de cualquiera, y el pobre Nuncio *nu* da para más.

Desde su escondite, Gris se percató de que el cuello del hombretón se llenaba de cuerdas. Una buena Rompebotas no solo escuchaba, sino que también se fijaba en los detalles y se preguntaba por ellos. Por esa rabia contenida.

Su maestra le había contado que la mayoría de esos carroñeros le eran fieles a Nuncio, que a este no le importaba si soldado de levallas o perro del desierto, solo la lealtad. Y a los carroñeros les gustaba la guerra casi tanto como a Nuncio le encantaba ganar al precio que fuera. De ahí la rabia del hombretón ante las palabras del tabernero, de ahí las cuerdas de su cuello.

—Tiene que haber algo que podamos hacer —gruñó—. Lo que sea. Estamos dispuestos a trabajar duro a cambio de un plato de comida para los nuestros. *Nu* pedimos nada más.

El tabernero, pensativo, se llevó el dedo índice a los labios y se dio varios golpecitos.

—Puede que haya algo, sí... —les dijo al rato—. Pero *nu* aquí, sino en La Bellada. En la cantera de los... ¿Cómo se llamaba ese viejo krae? —Más golpecitos—. ¡Ah, sí! Ya me acuerdo: ¡la cantera del krae Dugo *El Blanco* Volario! —Gris apuró su jarra de cerveza de puro nervio—.

A unas cuatro o cinco jornadas si el sol *nu* se tuerce. *Esu* si conseguís cruzar Tierra Hueso, claro —añadió sonriendo La Frontera sabía por qué—. Y últimamente *nu* hay muchos Rompebotas que se atreven a hacerlo, ¿sabéis?

El hombre espigado preguntó por qué.

—Ya sabéis, cuando Los Cucos cantan... —Tanto el hombretón como el otro asintieron apesadumbrados—. Hace poco más de una luna había bastante movimiento, ¿sabéis? Y a veces hasta se dejaban ver por aquí... —El tabernero se inclinó sobre la barra y bajó la voz, por lo que Gris tuvo que forzar los oídos para escucharlo por encima de los ladridos—. Carros bien cubiertos bajo sus lonas, frais, pero algo pudimos ver, ¿eh? —sonrió de nuevo—. Baladeros de los grandes, *esu* se cuenta. Armas de Antes de Aquello de las gordas. Para la guerra y sacadas de La Frontera sabe *dónde*.

A Gris le temblaban las manos. No esperaba *tanta* información. Astilla iba a estar más que orgullosa de ella, más aún si además les conseguía la excusa perfecta. El disfraz adecuado.

Y sí, se sintió un tanto mareada al levantarse, hasta puede que zigzagueara un tanto al acercarse a la barra. Pero para cuando llegó hasta ellos y se retiró el capuz, ya era una buena Rompebotas: sin sonrisas, manteniéndose viva y al margen.

—Nosotras podemos llevaros —les dijo.

Su maestra iba a colmarla de elogios por esto.

5

A Ilda le dolía horrores la cabeza, puede que de tanto apretar el ceño. O por llevar tantas noches durmiendo tan poco y tan mal. Por las

ya sabes por qué, daga
voces.

—Tenías que haberme preguntado antes —siseó—. Por La Frontera que hay veces que esa cabeza hueca tuya *nu* sirve *pa* otra cosa que *pa* lucir. —Se sintió mal apenas dijo aquello, pero el dolor de cabeza le resultaba mucho peor.

Rosamía la miraba boquiabierta.

—Vamos, Astilla —se defendió—. Unas Rompebotas cualquiera guiando a unos refugiados, sabes que es un buen plan.

—¿Qué sabrás tú de buenos planes? ¿Eh? *Nu* tienes ni idea de lo que nos espera al otro lado de Tierra Hueso. De lo que nos espera en el desierto. Has puesto a esas gentes en peligro, y también a nosotras. En eso consiste tu *buen plan*.

Rosamía no merecía aquello, bien lo sabía. Pero había veces que a una las palabras le salían solas, y luego ya no podía echarse atrás. Ilda no era de las que se echaban atrás.

—Lo siento —Rosamía apretaba los puños cabizbaja—. Creí que...

—Creíste —bufó Ilda; *¿por qué daimonios no podía parar?*—. Pues a partir de ahora deja de creer, ¿oca? A partir de ahora nos enfrentamos a la muerte. A algo peor que la muerte. Así que déjame que crea por las dos, ¿oca?

—Oca.

Silencio. Rosamía aguantaba su ira como mejor podía frente a ella, e Ilda, sentada a los pies de la cama y con las manos colgando derrotadas entre las piernas, se enfurruñaba como una zagala a la vez que se arrepentía como una vieja.

—Iré a decirles que *nu* podemos guiarlos —dijo al rato la zagala—. Enseguida vuelvo.

—Espera. —Rosamía se detuvo con la mano ya sobre el pomo de la puerta de la habitación—. Lo siento, ¿oca? —La voz ronca, como si todavía siguiera enfadada, como si fuera su rabia la que se disculpaba—. *Nu* tenía por qué hablarte así. Es solo que... —Ilda chasqueó la lengua y se tiró de las trenzas y abalorios de su encrestado pelo, no encontraba las palabras adecuadas—. *Nu* podemos presentarnos en La Bellada así sin más. Tenemos... —Hizo pinza con sus dedos sobre sus ojos cerrados alrededor del puente de su nariz, puntos blancos en la negrura al aliviarse el dolor por un rato demasiado corto—. Tengo que saber más.

Ya lo sabes, daga, los escuchó.

—¿Saber de qué? —La voz de Rosamía tembló desde la puerta.

—Saber de todo. Saber qué vamos a encontrarnos. Quiénes siguen vivos, quiénes... —Ilda cabeceó. Suspiró. No encontraba las palabras, menuda Rompebotas estaba hecha—. Lo siento —repitió—. *Nu* pienso con claridad estos días. —La miró; Rosamía le sostuvo la mirada, esos ojos grises suyos—. Vas a tener que pensar por las dos, ¿oca?

Sendas torpes sonrisas se reflejaron la una en la otra.

—Lo siento —dijo por tercera vez—. El tuyo *nu* es tan mal plan, ¿sabes?

Rosamía se hinchó.

—Gracias, Astilla.

Una punzada de dolor la mandó de vuelta a la negrura de sus ojos cerrados, a las *solo así regresarías, ¿verdad?* voces.

—Astilla... ¿Estás bien?

Ilda se había prometido no abusar de sus puntas, no con los *daimonios sarlando* en su cabeza, pero necesitaba pensar con claridad. Levantó Soma y también Xil con el trapo encerado que colgaba de su cuello y reposaba sobre su pecho.

El alivio fue instantáneo. Sentaba bien.

—Estoy bien. —Al menos esa sonrisa no le salió ya tan mal—. Es solo un dolor de cabeza. Vamos a *sarlar* con esos nuevos amigos tuyos, ¿oca?

—*Nu* vayas a asustarlos —se burló Rosamía ya abriendo la puerta.

—¿Tan mala cara tengo?

Ambas rieron. Las voces habían desaparecido.

Ilda salió de la precaria tienda con la manta echada sobre sus huesudos hombros. Había adelgazado y mucho en la última luna, lo sabía bien. Y no solo eso: cada día que pasaba se sentía más cansada, más vieja. Las extremidades flojas y vago el aliento, como si hubiera abusado de sus puntas... Solo que ella no había hecho eso. Ilda no era ninguna tonta y se cuidaba de recurrir a la mezcla solo cuando era estrictamente necesario. Pero la verdad era que no se encontraba nada bien. Al dolor de cabeza se le había sumado una tos bastante fea, y ni siquiera sabía si había pegado ojo esa noche cuando, harta de revolverse bajo las mantas torturada por aviesos pensamientos y un calor de mil *daimonios*, empujó la piel curtida que cerraba la tienda y salió al exterior.

El frío le sentó bien, por un rato al menos. Los carros de los refugiados formaban una precaria muralla alrededor del campamento. Sobre estos, a modo de atalayas, unos pocos candiles para unos pocos guardias. Uno de ellos, sentado con los brazos desganados entre las piernas, la saludó al verla pasar, e Ilda asintió como respuesta. Algunos de los fuegos todavía humeaban, un corro de insomnes murmuraba alumbrado por las brasas en torno a uno de ellos, pero Ilda prefirió la soledad.

Mantenerse al margen, mantenerse viva.

La luz del alba apenas si clareaba el horizonte a sus espaldas, aleteando sobre la lejana cordillera de Los Cantos. Hacia el este, la llanura del paisaje era tal que esas montañas parecían estar al alcance de una breve jornada, pero Ilda no se dejaba engañar. Estaban lejos del Arba, demasiado lejos. Más de una vez le habían ofrecido la posibilidad de cruzarlo, de dejar Arborias y su guerra atrás, pero ella había elegido quedarse.

Hacer lo difícil, lo necesario.

—Mierda —masculló.

Últimamente no se quitaba las frases de su padre de encima. Recordar, contar su historia, no le había hecho nada bien. *Las historias tienen poder, Ildi*, le decía siempre su padre, y esa historia suya, ese fantasma de rostros y voces y recuerdos, la había jodido bien. Los sentía sobre su espalda. Encorvándola.

Llamándola.

Y por si eso no fuera poco, había decidido arrastrar a Rosamía con ella y utilizar a esos pobres refugiados como escudo para acercarse. Gris y ella los habían encandilado asegurándoles que el desierto no supondría un problema estando ellas allí para guiarlos, pero no les habían contado nada sobre sus propios intereses. Ni tampoco del peligro que podría suponer para ellos trabajar para El Blanco. De la miseria que podría suponer. Del hambre. De la explotación.

Desde luego aquel plan suyo no era un buen plan, pero tampoco tenía otro mejor... ¿O sí? No, ya lo había intentado. Ellos, de ella, solo esperaban cruzar. Los daján no ofrecían respuestas, solo más preguntas.

Ya lo sabes, daga, ya sabes por qué, le habían dicho cuando ella les preguntó por qué *daimonios* su padre se había dejado atrapar. Aquella noche en el desierto, cuando fumó la diiva, antes de ser interrumpida por esos carroñeros con la mollera cocida por el sol.

Al recordar, ya fuera de la muralla de carros incendiados por la luz de los candiles y bajo las radiantes estrellas que temblaban en ese cielo azul añil, Ilda se llevó los dedos a la fea herida de sus labios. Gracias a Gris había cicatrizado bien, pero cuando el cielo se cargaba de tormenta

todavía le dolía. ¿Cuánto tiempo había pasado de aquello? Apenas si recordaba ya sus rostros. Ese carroñero con el cuerpo cubierto de cicatrices mal curadas. Ese ojo tuerto a la luz de las llamas.

El miedo. El dolor.

Ilda suspiró. Tenía que recordar, por mucho que le doliera. Antes de los carroñeros, cuando el fuego la devoró por entera. Cuando cayó en las voces...

¿Me estáis diciendo que se dejó atrapar por mí?

Decimos lo que decimos, daga, nada más.

Nu me llaméis así. Nu juguéis conmigo, y apretó, y les hizo daño, y los daján rieron por eso.

Solo así regresarías, ¿verdad?, se burlaron.

Nu, cabeceó en las voces. Nu tiene ningún sentido. Yo nu soy tan importante. Nu puedo ser tan importante.

Ah, pero lo eres, sí, reían. Es fácil: a veces solo con una puerta puede cerrarse otra puerta, ¿eh?

Ilda negó de nuevo aquella noche. Apretó los puños hasta hacerse daño, los dientes. Esos daján bien podían estar jugando con ella. Ella les obligaba a la verdad con los dibujos precisos dibujados en el polvo, con sus puntas, pero esos *daimonios* bien podían torcerla. No mentir, pero sí soltar verdades a medias. Confundirla. Y lo que decían no tenía sentido alguno. No *podía* tener sentido alguno.

Mi padre nu haría eso, protestó.

Pero la verdad era que ni ella misma se lo creía. Su padre había hecho cosas horribles por defender su rincón del desierto.

Cosas horribles de verdad.

Y los daján lo sabían, se partían el culo por eso. La voz de los daján, la voz de las moscas. E Ilda, aquella noche, sintió florecer la rabia en sus entrañas. Les hizo daño. Les hizo mal.

Necesito algo, su ceño era el ceño de La Graja. Necesito la verdad.

Y los daján le habían contestado:

Ya sabes quién tiene la verdad, daga. Siempre lo has sabido.

Sí, siempre lo había sabido. El pueblo de su madre. Aquellos que, de ella, solo esperaban la muerte. Aquellos a los que ya recurrió poco antes de descubrirlo todo. De obligar al mentiroso perfecto a que le contara toda la verdad.

Aquella noche apenas si le quedaban ya fuerzas para retenerlos, pero quiso seguir preguntando. Por La Graja y los demás. Por Verde. Pero entonces los escuchó llegar: *Te lo dije, jefe. Te dije que había visto un fuego.* Entonces tuvo que soltarlos y ahora, noche tras noche, los daján la perseguían...

—Nu —masculló al margen de los ronquidos de los refugiados y de la seguridad de las carretas.

Eso no era así, no había sucedido así. Los daján no la perseguían desde entonces. Los *daimonios* solo roían su mente cada noche después de haberle contado a Rosamía su propia historia. Esa era la verdad.

Ilda se tiró de las trenzas y los abalorios de su encrestado pelo. ¿Y si los daján no tenían nada que ver con las voces? ¿Y si era solo ella misma la que se maltrataba las noches? ¿Y si estaba perdiendo la *mullera*?

—Mierda —repitió. Tosió.

Frente a ella, la llanura llegaba a su fin para desparramarse entre sotobosques y rocas peladas. Una trocha serpenteaba ladera abajo hasta salvar los barrancos y, después, el desierto. Tan blanco bajo las estrellas como blanco bajo el sol.

—Tierra Hueso —murmuró—. He vuelto.

Cuando dejó La Bellada atrás le costó poner tierra de por medio. Las primeras lunas las pasó rondando ese desierto blanco como la cal, vagando de un puesto fronterizo a otro, ofreciendo sus servicios como Rompebotas. Sin alejarse demasiado. Como si una parte de ella deseara que su padre y Sus Huérfanos desobedecieran sus últimas palabras y salieran a buscarla. Como si una parte de ella no supiera vivir sin ellos.

Como si su vida ya no fuese su vida desde entonces.

—Una mala costumbre esa de dormir, ¿eh? —La voz de Rosamía la apartó de sus fantasmas.

Se puso a su lado. Esos ojos grises suyos.

—Dormir está sobrevalorado —le sonrió. O al menos intentó hacerlo, justo antes de que un violento acceso de tos la doblara por la mitad.

Rosamía dio un par de pasos titubeantes hacia ella, pero Ilda la detuvo enseñándole la palma de la mano.

—*Nu* es nada —acabó por gruñir—. Aguantaré.

—Llevas toda la noche tosiendo.

—Lo sé.

—Y ardías. —La zagala le tocó la frente—. Todavía ardes.

Ilda se apartó con la mayor delicadeza posible, Rosamía no merecía que descargara de nuevo su mala leche con ella.

—Me pondré bien, ¿oca?

La zagala tardó en apartarse, en asentir. No dejaba de mirarla.

—¿*Nu* puedes hacer nada con tus puntas?

Ilda cabeceó. Le dijo que sí, que claro, que ya lo haría cuando se pusieran en marcha. Pero la verdad era que eso no sería en absoluto una buena idea. Una no recurría en ese estado a la mezcla, enferma, con la mollera llena de fantasmas.

En el silencio que siguió a sus palabras, ambas otearon el horizonte que se abría ante ellas.

—Los refugiados están preocupados por los moosa. —Rosamía la miraba de nuevo—. ¿Tenemos que preocuparnos?

Ilda negó.

—Los moosa *nu* serán un problema. *Nu* aquí. Los moosa odian este lugar.

Cuando dejó La Bellada atrás, hacía ya tantos soles, Ilda se recorrió de palmo a palmo ese yermo dejado de la mano de la civilización. Había escuchado las historias, al fin y al cabo, y sentía curiosidad. Después de lo ocurrido justo antes de su exilio, los moosa que rondaban Cañón Último ya no atenderían a razones, e Ilda necesitaba respuestas. Así que los buscó. Así que preguntó en cada puesto fronterizo, en cada tugurio embrujado por las pipas de jungu. Pero todas esas historias también resultaron ser mentira. Todas excepto una, la de un viejo Rompebotas calvo como una de esas bombillas de Antes. Ni cejas tenía.

Nu encontrarás a los caravaneros en estas tierras, le contó. Odian Tierra Hueso. La detestan.

Ella le había preguntado por qué, y el viejo Rompebotas se había encogido de hombros:

Quién puede saberlo, ¿eh? Algo ocurrió. Los daimonios se llevaron el mar, eso me contaron. Los mooru como ellos les llaman, signifique lo que signifique eso.

—Ah, ¿sí? —Rosamía la hizo regresar al presente una vez más—. Pues *nu* es eso lo que cuentan.

Ilda la encaró.

—Escucha siempre, niña, y escucha bien —le advirtió—, pero *nu* te creas todo lo que escuches, ¿oca? La mayoría de las veces la gente *nu* dice más que chifladuras. Historias de miedo para espantar el miedo, nada más.

—Oca. —Al poco—: ¿Entonces? ¿Qué problemas esperas?

—Ese problema —señaló Ilda.

Detrás de las quebradas, al sur de la blanca planicie, el horizonte se enturbiaba. Una línea negra bajo las estrellas cabalgaba el yermo. Una línea que crecía y se expandía como nubes de tormenta arrastrándose por el desierto. Su color, el color de la noche. De la oscuridad.

—La Frontera —murmuró Rosamía.

Ilda asintió.

—Con suerte podremos rodearla. El sol *nu* servirá de guía allí abajo, niña. Cuando lleguemos al desierto, nuestro camino será el camino que se aleje de El Pedo de Dios.

—¿Y si *nus* alcanza?

Ilda se encogió de hombros bajo la manta que vestía.

—Ya has estado en La Frontera antes. Si nos alcanza, camina recto. *Nu* dudes, *nu* te comas la *mullera*. O La Frontera lo sabrá.

—Prefería a los moosa —bufó la zagala.

—Sí —sonrió Ilda—. Yo también.

Otro silencio. El cielo clareaba, las estrellas temblaban en el cielo.

—Me gustaría conocerlos —dijo al cabo Rosamía como si tal cosa—. A los moosa —le aclaró—. A la gente de tu madre. Seguro que tienen mucho que enseñarnos.

—Si quisieran —gruñó Ilda; y ya volviéndose hacia el campamento—: Vamos. Será mejor que nos preparemos para el nuevo día, ¿oca? Será largo.

7

Gris asintió a espaldas de su maestra. No había conseguido reunir el valor suficiente para preguntarle lo que de verdad quería saber. Eran muchas las historias sobre su pasado que Astilla había compartido con ella, puede que más que con nadie antes, pero apenas le había hablado de su madre. De si al final consiguió arrancarles la verdad sobre ella, sobre su vida y también sobre

su muerte. No tenía que ser fácil. Gris la miraba caminar encorvada bajo la manta y sentía pena por ella. La admiraba como nunca había admirado a nadie, deseaba ayudarla, pero no tenía ni idea de por dónde empezar.

Ella no sabía nada de infancias complicadas. Ella se había pasado la vida a la sombra de su madre y al amor de la sencillez de las tareas cotidianas. Crecer, convertirse en una mujer, tener hijos. Pero su maestra no. Su maestra había crecido a la sombra de una leyenda de hombre al amor de los secretos y las mentiras. Y eso no tenía que ser fácil. Los negrísimos ojos de su maestra nunca dejaban de hurgar para dentro; no había obtenido respuestas entonces y eso la torturaba. O quizá todo lo contrario. Quizá, después de tanto buscar, había encontrado algo que la obligaba al pasado. Algo lo bastante terrible. Lo bastante revelador.

Puede que ella fuera poco más que una zagala, pero algo sabía del pasado. Lo había visto en los ojos de sus padres por muy sencillos y vulgares que fueran, esa manía de recordar. *Nu somos lo que soñamos ser*, le había advertido una noche cualquiera su maestra. *Somos lo que recordamos que somos al despertar cada mañana. Con nuestras heridas y nuestras lágrimas. Con nuestros errores. Eso y nada más.*

Así que, ¿qué recordaba Astilla de ella misma? ¿Qué la torturaba de esa manera?

Las mujeres fueron las primeras en atreverse a los primeros fulgores del alba, y no tardaron en tener los fuegos avivados y los pucheros prestos. Unas pocas, sobre todo las más jóvenes, las miraban con una pizca de admiración, la mayoría las escudriñaba con envidia, y otras pocas con desprecio. Gris podía haber sido cualquiera de esas mujeres. Todo lo que le esperaba en su pueblo era eso: enamorarse si tenía suerte, casarse y madrugar para preparar los pucheros. Y la verdad era que Gris nunca había mirado más allá de eso, cuando todavía se llamaba Rosamía y todo lo que recordaba era Rosamía. Pero entonces la conoció y el mundo se hizo inmenso para ella. Quizá eso diferenciaba a los vulgares de los extraordinarios, lo grande que eran capaces de ver el mundo. Una solo podía cumplir con su destino si conseguía mirarlo directamente a la cara. Si alguien o algo le enseñaba a mirar.

Pero mirar tenía un precio, y Astilla había mirado demasiado.

Al despertar nu solemos recordar lo bueno, niña, le había dicho su maestra una noche cualquiera en un fuego cualquiera. *Al abrir los ojos recordamos el dolor. Las decisiones que tomamos para enfrentarnos a él. Eso somos. En eso consiste envejecer.*

Gris suspiró. Olía bien, eso no podía negarlo: esas mujeres hacían maravillas con esas paupérrimas *gassas* y un poco de grasa de cerdo. Olía a hogar. Pero para Astilla el hogar debía de oler bien distinto: el gesto ceñudo al salir de su tienda y meter la cabeza por su viejo poncho, los ojos negros como el hambre.

Gris no tardó en seguirla ya vestida para un nuevo día y ponerse a su lado. Decir que despertaban todas las miradas no bastaba, esas gentes tenían puestas todas sus esperanzas en ellas, y una de las mujeres no tardó en acercarles el desayuno. No podía tener muchos más soles que ella misma, pero la miseria la había envejecido. O los partos. O los pucheros.

—Gracias —le sonrió.

Su maestra se limitó a asentir al recibir el cuenco de *gassas*. *Cuídate de las sonrisas en el desierto*, una de las frases de La Cruz. De las frases de su maestra.

Un rumor de voces vespertinas fue despertando poco a poco a su alrededor. Los más jóvenes fueron saliendo de sus tiendas para atender a las bestias mientras los mayores desenredaban las lonas y preparaban los carros con ojos abotargados de sueño. Los perros ladraban al exangüe ganado o se arrastraban cabizbajos tras los talones de sus amos. Un zagal corría tras una gallina que acababa de escaparse de la jaula al ir él a por los huevos, y un viejo desdentado amaneció con un chiste para sus vecinos. Un rumor de vida, un rumor cotidiano al margen del desierto y de la guerra.

Los fuegos se avivaban a medida que se iban formando corros en torno a ellos y, desde uno de estos corros, el tipo espigado de la taberna braceaba hacia ellas invitándolas a acercarse. No vestía las verdes sotanas de los sacerdotes nortños, pero, según les había contado, era el humilde *dácono* de tan precaria parroquia. Un yasón de pleno derecho, un Hombre Libre. A Gris nunca le gustaron demasiado los sacerdotes, pero la verdad es que *pare* Aión le caía bastante bien. No así a su maestra, claro. Para Astilla, ese hombre alto y delgado de pelo revuelto no era de fiar. Según ella, era demasiado guapo para tratarse de un sacerdote. Y eso la ponía nerviosa.

—Que el polvo os sea dulce —les sonrió, la voz suave y calculada—. Sentaos, sentaos. Abbá sonríe a aquellos que comparten su yantar y compañía.

En torno al fuego, esas gentes exiliadas por la guerra no parecían compartir su entusiasmo, y si bien se dejaba caer alguna que otra risa cascada, la mayoría, sentados sobre sacos y cajas destartadas o en el mismo suelo, compartía sus cazuelas de *gassas* cabizbajos y en silencio. Se les veía agotados. Llevaban huyendo ya demasiado tiempo, y eso les encorbaba el ánimo más aún que el miedo por lo que estaba por llegar. El hombretón de cuello de buey también estaba allí; Rono, se llamaba. Era el hijo mayor del antiguo caldeso de esas gentes, el cual, según había escuchado Gris, había sido asesinado por unos desertores de La Frontera sabía qué bando, y si bien, debido a la falta de tiempo y lugar, todavía no había heredado oficialmente el cargo de su padre, ni Astilla ni Gris tenían duda alguna de quién llevaba la voz cantante en ese grupo de refugiados.

—*Nu* es el trabajo lo que me asusta, joven Rono —cabeceaba uno de los refugiados—. Bien *siuro* he trabajado lo mío, ¡y lo sabes! Pero *nu* somos gente de *yerrar* —negó mientras se rascaba la grasienta pelusa gris que apenas si cubría su alopecia—. Solo digo que todavía estamos a tiempo de dar media vuelta, ¿eh? Nada más.

—¿Y adónde si *pue* saberse, *maisse* Torra? —terció un hombre de rostro chupado mientras, sin mirarlo siquiera, hurgaba con un palo en el polvo del suelo—. Ya *lu* hemos hablado. Ya buscamos otras opciones y *nu* encontramos ninguna, ¿recuerdas? El tiempo juega en nuestra contra, así que ese desierto hijo de mil moscas mal paridas es nuestra mejor opción. Nuestra *única* opción, de hecho —sentenció empuñando ese palo suyo como si fuera una espada.

Rono asintió, las mandíbulas apretadas. A su lado, una mujer de moño alto y rostro severo no tardó en imitarlo.

—Razón tienes, *maisse* Jan —aseveró con los puños apretados sobre la falda de su pelliza negra de luto—. El desierto es nuestra *única* opción. *Nu* la que elegiríamos en mejores tiempos que estos, bien *siuro*, pero es todo lo que nos queda. Mi marido, Abbá lo tenga en su gloria —añadió asintiendo hacia el sacerdote—, hubiera estado de acuerdo.

—Bien dicho, mare Clodia.

—¿Y qué hay de los rumores? —El tal *maisse* Torra se llevó un pellejo de sidra al gaznate, mamó de él como de la teta de su madre y luego se rechupeteó su hueca y amarillenta dentadura—. ¿Eh? —Barriéndose los morros con su antebrazo sucio de mugre—. ¿Qué pasa con ellos?

—¿A qué te refieres? Habla claro, por La Frontera.

El viejo infló los carrillos y resopló antes de hablar.

—Pues a todo me refiero —se quejó—. Al desierto. A los *daimonios* y a *esus* salvajes *sacapieles*. —Gris vio por el rabillo del ojo que el ceño de su maestra se acentuaba—. Y por si eso *nu* fuera poco, a lo que nos espera al otro *lau*. Ya escuchasteis a ese saltimbanqui del sombrero emplumado —y manoteó sobre su cabeza con desprecio—. La gente *nu* vuelve de la cantera de ese tal Volario, y los que vuelven, vuelven mal. Enfermos. Moribundos.

Gris y Astilla cruzaron una rápida mirada; era la primera noticia que tenían al respecto.

—Eso son solo habladurías —intervino ceñuda la mujer del difunto caldeso—. Y además contadas por un rufián que prefiere las cabriolas a trabajar en el arado. Te tenía por un hombre con la *mullera* puesta en su sitio, *maisse* Torra, *nu* por un zagal que se cree todo lo que oye. — Muchos asintieron en torno a la hoguera.

El viejo negó y mamó de nuevo de su pellejo de sidra. Con ansia, casi con desesperación. Gris arrugó los morros: ese viejo hedía desde la distancia.

—Solo soy un hombre realista, mare Clodia, nada más. Solo digo que *nu* me parece buena idea arriesgarnos al desierto por nada, ¿acaso he perdido la *mullera* por eso?

—Por La Frontera —bufó Jan azuzando su palo—, ¿y qué *daimonios* propones? ¿Eh?

—Haya paz —los calmó el *dácono*—. Abbá aprieta, pero no ahoga, hermanos míos. Nos esperan días difíciles, sí, y por La Verde Palabra que ya hemos dejado unos cuantos atrás, bien lo sé. Pero también sé que Abbá ha tenido a bien regalarnos tan buena compañía. —Las señaló, a ella y a su maestra. Y al poco, sonriente—: Así que decidnos, decidnos, Rompebotas, ¿debemos temer al desierto?

Su maestra no se hizo de rogar:

—Siempre —gruñó sin levantar la mirada de su cuenco, todavía lleno de *gassas*—. Solo los necios y los muertos *nu* temen al desierto. Por suerte —añadió al rato, ya encarándolos—, ninguno de nosotros somos lo uno ni lo otro, ¿verdad? Al desierto se le teme y se le respeta, pero la única que debe preocuparse por él soy yo. Vosotros preocuparos por *nu* perderme de vista y todo irá bien.

Enferma o no, ceñuda o no, Astilla sabía ganarse a su público. Un tanto brusca para el gusto de Gris, quizá, pero, viendo el efecto que sus palabras causaron en los refugiados, no tuvo nada que añadir. La seguridad de su maestra resultaba contagiosa... Al menos para la mayoría.

—¿Y qué pasa si *nus* cruzamos con esos *sacapieles*? —*Mierda*. Ese era un tema delicado—. ¿Te bastarás tú sola para enfrentarlos? ¿Es *esu*?

—Los *caravaneros* —croó su maestra— *nu* serán un problema.

—Ah, ¿*nu*? —la espetó Torra—. ¿Y cómo es eso si *pue* saberse, moza? ¿Eh?

—Vamos, hermano —intervino el *dácono* para alivio de Gris—. Son solo salvajes, y nosotros gentes civilizadas bajo El Verde Abrazo de Abbá. No tienes por qué preocuparte por ellos. Esas pobres bestias no pueden hacernos mal alguno.

Mierda. El alivio de Gris se había marchado tan pronto como había llegado. Miró a su maestra: su ceño, el ceño de La Graja. Y todavía no se había acabado:

—Nuestro buen *dácono* tiene razón —todas las miradas se volvieron hacia la voz de barítono de Rono—. Esos desertores nos jodieron bien, sí —dijo en referencia al ataque que había acabado con la vida de su padre—. Pero esos *sacapieles* son un asunto distinto. Si solo de sangre entienden, sangre tendrán.

—*Esu* —asintió mare Clodia—. Ya lo decía mi padre: *Un buen día es un día con un salvaje menos* —rio.

Rieron.

Los ojos de su maestra eran los ojos de su padre, negrísimos a la luz del amanecer. Apretaba el cuenco de *gassas* entre sus manos, las mejillas arboladas, como si le costase respirar.

—¿Todo bien, mare? —le preguntó solícito el sacerdote.

Astilla lo encaró y Gris arrugó la cara esperando la explosión... Y la explosión llegó, sí, pero no de la manera que ella esperaba. Apenas encaró al sacerdote, su maestra rompió a toser dejando caer el cuenco de *gassas* debido a las fuertes convulsiones que la asaltaron. Las manos cerradas al pecho, la cara roja como el sol al atardecer. Todos la miraban boquiabiertos, pero ninguno de ellos hizo nada por ayudarla, solo Gris, que se arrastró para tenderle los brazos y sostenerla. Astilla se dejó hacer, torpe y débil entre sus brazos. A la vista de todos.

—¿Todo bien? —Rono apenas esperó a que dejara de toser para preguntarles aquello, las mandíbulas apretadas.

Astilla se soltó de los brazos de Gris. Asintió, las manos todavía pegadas al pecho, y tras aclararse la garganta:

—*Nu* es nada —carraspeó—. Es solo... solo que... —Rompió a toser de nuevo, esta vez echando espumarajos por la boca.

Gris la sostuvo, el cuerpo de su maestra era todo un terremoto entre sus brazos.

Tardó demasiado en recuperarse. Algunos de los refugiados hasta se habían arrastrado por el polvo para alejarse de ellas, las miradas entornadas y sucias de... Miedo, eso era. Acostumbrados a la guerra y a la miseria como estaban, a la muerte y a la epidemia, no podían sino desconfiar.

—*Nu* es nada —consiguió gruñir Astilla, ya manteniéndose erguida por sí sola, ya entera. Y acariciándose la garganta—: Me ha entrado por mal sitio —se disculpó enderezando el cuenco que acababa de volcar—. Ya estoy bien.

Había levantado sus puntas, Gris podía sentirlo. Pero su ardid no engañaba ya a nadie.

—No tenemos secretos entre nosotros, mare. —A Gris ese *dácono* ya no le parecía tan guapo ni tan amable—. Te necesitamos entera en el desierto, si hay algo que debemos saber...

—Nada. *Nu* tenéis de qué preocuparos. —Y ya en pie, sacudiéndose el polvo de encima—: Será mejor que nos pongamos en marcha, ¿oca? —les sonrió.

Esta vez su maestra no se cuidó de las sonrisas. Torpe, débil.

A la vista de todos.

Docenas, si no centenares, de golondrinas manaban de cada hueco sombrío de las quebradas para rayar el cielo con el silbido de sus alas y motear con sus sombras esa serpiente de carros, bestias y polvo que descendía trocha abajo hacia el desierto. Atrás quedaban la meseta y los campos desnudos de mies tras la cosecha, atrás el fuego y la civilización. Abajo, en el desierto, nada de todo eso existía. En el desierto, cuando el mundo se convirtiera en una olla de barro cocido blanco como el hueso, añorarían la sombra y el abrigo de las montañas. El cantar de las golondrinas se tornaría en el graznido de los cuervos y en el zumbido de las moscas, el polvo en tormenta. El cielo en un reflejo del infierno que estaban condenadas a pisar.

Había intentado de mil maneras hacerla cambiar de opinión. Le había rogado, y más de una vez, que se tomara unos días. Que mandara al cuerno a esos paletos desagradecidos, que su palabra no valía tanto como su vida. Hasta se había atrevido a hablarle de su venganza, gritándole que ese viejo krae hijo de mil *daimonios* no iba a irse a ninguna parte.

Pero de nada había servido. Su maestra no era de las que se dejaban convencer y había acabado por mandarla al cuerno. La verdad era que no la había tratado nada bien, pero Gris estaba más que acostumbrada a eso. A lo que no acababa de acostumbrarse era a ese macilento brillo que encharcaba sus ojos; a sus pupilas dilatadas, a su respiración agitada. Nunca la había visto abusar de sus puntas de esa manera y, por lo poco que sabía de La Ságida, se daba cuenta de que aquello no era, no *podía* ser una buena idea. ¿Qué pasaría cuando ya no tuviera fuerzas para levantar Soma? ¿Qué, cuando la mezcla le pasara factura? ¿Podría llegar a matarse? Y lo que era más importante: ¿podía ella hacer algo por evitarlo?

No hablando, desde luego. Astilla se mantenía al margen incluso de ella, y Gris solo podía seguirla de cerca. Al menos parecían haber recuperado la confianza de los refugiados: más de una vez Rono y el sacerdote se habían adelantado hasta alcanzarla y, por lo que Gris había podido percatarse desde la distancia, no habían hecho sino asentir a las palabras de su maestra, e incluso le habían sonreído al cruzarse con ella de vuelta a los carros. Solo que, ante sus sonrisas, esta vez Gris se había limitado a asentir, recordando: *La opinión de las turbas cambia con facilidad, niña.*

Mantente viva, mantente al margen.

Gris suspiró, y al poco sonrió por eso. Ese suspiro suyo se parecía demasiado al suspiro de su maestra, hasta puede que, sumida en sus pensamientos, hubiera arrugado el ceño. Y, ya fuera por su juventud o por pura devoción, aquello no le disgustaba del todo.

Tras ella los refugiados frenaban a gritos a las bestias que tiraban de los carros: la trocha descendía abrupta entre los cerros de encinas y los esmirriados pinos que ensombrecían la caravana, y más que azuzarlas, se veían obligados a retenerlas. Surcos en el terreno demostraban la presencia de agua en alguna luna anterior a la cosecha, pero hacía mucho que no llovía por esas tierras. Gris lo sentía en los matojos agostados, en las ramas de las coníferas rendidas al calor sofocante que trepaba desde el desierto, y en las cansinas nubecillas de polvo que levantaba a cada uno de sus pasos. Al volverse, la polvareda que levantaba la caravana era tal que expulsaba a las golondrinas del cielo; las voces, los ladridos, la gravilla que corría pendiente abajo. Los refugiados se veían obligados a caminar apelotonados por lo estrecho de la senda, y Gris compadeció a los pobres desgraciados que cerraran la comitiva, pues incluso ella, que encabezaba la marcha a unos pocos pasos de su maestra, se vio obligada a echarse la mordaza a los morros.

A ese paso no conseguirían alcanzar Tierra Hueso antes del atardecer, y Gris no sabía si sentirse aliviada o preocupada por eso. Con La Frontera tan cerca el desierto podría resultar un problema, pero ¿cómo llevaría su maestra añadir una jornada más al viaje? Y lo que era aún peor: ¿qué pasaría si cuando por fin alcanzaran La Bellada a ella ya no le quedaran fuerzas para su venganza?

Gris era lo bastante joven para no llegar siquiera a plantearse abandonarla; la admiraba demasiado, la quería demasiado. Pero, quizá por las mismas razones, dudaba y mucho de que su maestra hubiera tomado la decisión adecuada. *Vas a tener que pensar por las dos, ¿oca?*, recordó. Pero ¿cómo *daimonios* se hacía para hacer entrar en razón a una piedra?

Gris suspiró de nuevo. Le daría un día, dos a lo sumo, y si su maestra no daba el brazo a torcer, si no mejoraba, tendría que hacer algo. Lo que fuera.

Tras ella los refugiados voceaban alarmados. Uno de los carros había volcado, con la mala suerte de rasgar sus lonas contra las afiladas ramas de un pino, y su carga se desparramaba ladera abajo. Una de las recias yeguas que tiraban del carro, al verse atrapada por el vehículo, había coceado y relinchado hasta destrozarse una de las ruedas y, de paso, romperle la rodilla a uno de los refugiados. Este se revolcaba por el suelo agarrándose la pierna, sus gritos arañaban el cielo sucio de polvo. Un zagal lloraba, los perros ladraban, y de las golondrinas no había ya ni rastro.

No llegarían al desierto antes del atardecer.

9

Ilda se dejó caer desmañada al suelo apenas se alejó de la precaria muralla de carros y de la luz de sus fuegos. Al dejar caer sus puntas, sus piernas se le doblaron y, al poco, resollaba de rodillas en el polvo. No quería toser. Si tosía volvería el terremoto, regresaría el dolor y, de hacerlo, no tenía ni idea de si conseguiría arrastrarse de vuelta al campamento.

Con los ingredientes precisos hubiera podido aliviarse la fiebre. Ella no era demasiado buena con El Tercer Triángulo, sus lecciones se habían interrumpido mucho antes de eso, pero, con el tiempo suficiente, podría haberse fabricado un fetiche en condiciones, de Ru, de esos que transformaban la carne. Solo que ella no tenía ni lo uno ni lo otro. Ilda, de vuelta al hogar, se había pasado las noches mezclando ungüentos y moldeando fetiches solo para su venganza. Para la sangre, para matar. Para hacer lo difícil y necesario. Y ahora se ahogaba, ahora le dolía respirar y no podía hacer nada por evitarlo.

Solo luchar por no toser. Por inhalar aire y luego soltarlo.

No funcionó. Con la primera tos las piernas le fallaron, y a la tercera ya arañaba a cuatro patas el polvo. Tenía calor, su cabeza era un cajón lleno de cuchillas que castañeteaban cada vez que tosía, y para cuando consiguió dejar de hacerlo, se encontró hecha un ovillo en el suelo. Su pecho (*tan flaco, Ildi, tan poca cosa*) subía y bajaba al ritmo de su agitada respiración. La fiebre la asaltaba enturbiando sus sentidos: las afiladas sombras de los árboles, las estrellas difusas en el cielo tras el follaje, las voces de aquellos a los que había jurado proteger. Pero no así las voces de su consciencia, no así sus fantasmas. Estos ladraban en la fiebre. La ensordecían.

Ya lo sabes, daga. Ya sabes por qué.

Ilda intentó, los dientes apretados, expulsarlos a fuerza de rabia. Arañó la gravilla del suelo, bufó y escupió entre sus dientes. Si sus puntas no bastaban, si rogarles que se fueran no bastaba, su rabia tendría que ser la rabia de su madre. De esa moosa que sacaba pieles y arrancaba los corazones de sus enemigos, de esa mujer tocada por los daján del desierto.

Porque, oh, tenía que conseguir levantarse. Tenía que... Tras uno de sus bufidos, la tos le ganó de nuevo la partida. Consiguió agarrarse al tronco de una encina, y solo así, medio erguida, consiguió dejar de toser.

—Vamos, Ilda —ronqueó para sí misma—. Vamos. Son solo unas fiebres. Nada más.

¿Estás segura, daga?

De su garganta, para no toser, para espantarlos, manó un ronco gemido: *mmmmmmmmmm...*; un mantra, una oración.

Las voces se silenciaron.

Apoyándose contra el rugoso tronco de la encina, consiguió ponerse en pie. Casi de manera instintiva fue a echar mano de sus puntas, pero se contuvo a tiempo. No podía seguir abusando de ellas, tenía que dejar lo poco que le quedaba para el largo día que les esperaba. Tenía que conseguir dormir, eso era. Hasta le dio vueltas a la idea de tenderse ahí mismo sobre la hojarasca y la gravilla del suelo, lejos de todo y de todos. Pero tenía responsabilidades. Una buena Rompebotas no solo guiaba a los suyos a fuerza de saber orientarse por el desierto, una buena Rompebotas ofrecía entereza y determinación.

Esperanza.

—¿Astilla?

Su primera reacción al verla llegar fue el enfado. Por suerte, la luz de las estrellas apenas si las alumbraba, mucho menos la de los lejanos fuegos que moteaban los sombríos colores del sotobosque, y Rosamía no pudo llegar a ver su mueca de disgusto.

—Estoy bien. —Ilda se dejó hacer cuando Rosamía le ofreció su brazo—. Qué haría yo sin ti, ¿eh? —La sonrisa de la zagala se abrió paso por las sombras.

Su padre tenía razón: la amabilidad no costaba un rulo.

Para cuando llegaron hasta los fuegos Ilda ya se mantenía sola en pie, y los fantasmas de su cabeza apenas si eran un rumor lejano. No duró mucho, claro. Apenas se tumbó y cerró los ojos, las voces regresaron.

La fiebre. El dolor.

—Ya casi —se decía, deliraba—. Ya casi. Ya casi.

Como un mantra. Como una oración.

10

El sol era un disco blanco y perfecto tras la calima. El aire no se movía, a cada paso que daban, a cada vuelta de cada rueda, el polvo permanecía en suspensión. El calor ondulaba el horizonte. El silencio del desierto caía sobre ellos como una mortaja; nada se arrastraba por esa tierra de

hueso, nada volaba sobre ella, ni siquiera los cuervos, las moscas. Solo esa serpiente de cuerpos cada vez más encorvados; mordazas sobre los rostros, los ojos sucios de cansancio. Las bestias tiraban de los carros con las cabezas bajas, resollando a cada paso. Y de fondo, como para enmarcar tan desoladora escena, el suave rumor de El Pedo de Dios.

De la tormenta que los cercaba por el sur.

Gris caminaba cerca de su maestra, sin perderla de vista. Llevaban ya dos días con sus noches errando por Tierra Hueso, y Astilla no conseguía engañar ya a nadie, ni siquiera a los refugiados. Su maestra, por pura cabezonería, mantenía el ritmo encabezando la caravana, pero decir que no se la veía nada bien no hacía honor a la realidad. Incluso con la mordaza echada se la veía más delgada que nunca; los ojos hundidos en las cuencas, los pómulos afilados. Si te acercabas lo suficiente, la escuchabas gemir a cada paso, ronronear para conseguir dar el siguiente y el siguiente y el siguiente. Si te acercabas lo suficiente, podías escucharla delirar.

Hablar con sus fantasmas.

Esa misma mañana, en el desayuno, *pare* Aión le había preguntado a Gris al respecto.

—¿Qué hace? —Su maestra desayunaba en el umbral de su tienda, con medio cuerpo en sombras y alejada de todo el mundo. Aunque, siendo honestos, llamar desayunar a eso que hacía era decir demasiado. Tenía la cuchara metida en el cuenco, pero ni la subía ni la bajaba, si acaso removía de vez en cuando en sus entrañas. Desde las sombras les llegaba un hondo gemido. Como si cantase—. ¿Con quién habla? ¿Con los daján? —El sacerdote miraba a su maestra con ojos entornados, ni rastro de amabilidad en su mirada.

—*Nu* habla con ellos —inventó Gris—, los expulsa.

El sacerdote no se dejó convencer, los morros apretados. Se cruzó de brazos y barrió el paisaje desolador que cercaba el campamento. El sol todavía no despuntaba tras las quebradas y una línea negra delimitaba el horizonte hacia el sur. Cada vez más cerca.

—No me gusta —rezongó—. No me gusta nada.

—Y a quién sí, ¿eh? —Gris hasta se atrevió a palmearle la espalda, jugando a que a ella El Pedo de Dios no le causaba terror alguno.

No funcionó. El sacerdote la miraba ceñudo.

—Decidimos confiar en ella —susurró señalando a su maestra—. Y ahora mírala, no puede ni tenerse en pie. No os pagamos para esto, moza.

Gris disimuló como mejor pudo sus propias dudas. Unas pocas lunas atrás, se habría acobardado, y mucho, ante las palabras de un hombre mayor que ella el cual, además, decía ser un siervo de Dios, pero había cambiado mucho en ese tiempo. El miedo era el mismo, sí, y también las dudas, pero al menos había aprendido a fingir que ninguna de esas dos cosas tenían nada que ver con ella. Y le espetó:

—Nos pagáis para que os llevemos sanos y salvos hasta La Bellada. Para eso y nada más. Y así será, ¿estamos?

El sacerdote no la miraba a los ojos, sino a sus dedos enrollados en torno al puño de su largo puñal. Lo había hecho sin darse cuenta, esa era la verdad, pero tampoco los retiró al percatarse. *Pare* Aión la evaluó por largo rato, y ella supo aguantarle la mirada. Gris era poco más que una zagala, pero, como le decía siempre su maestra: *llevas el desierto a cuestras, niña*; y acabó por ganarle la partida al sacerdote, que, tras un bufido, cabeceó y, llevando las manos al cielo:

—¡Que Abbá nos proteja! —rezó, y cabeceando de nuevo—: Más vale tengas razón en confiar en ella, moza. —Echó una última mirada desconfiada hacia Astilla y luego le dio la espalda—. Rezo por eso.

Gris se quedó allí plantada aguantando las miradas de los refugiados. Las manos le hubieran roto a temblar de no tener los puños apretados, pero aguantó el tipo como mejor pudo. Estaba justo donde tenía que estar, entre sus miradas acusadoras y su maestra.

No tenía ni idea de que la vida del Rompebotas también fuese eso. En el desierto, bajo ese cielo blanco de castigo, no bastaban las historias al amor del fuego. Cuando la cosa se complicaba, las miradas se tornaban desconfiadas; en la carencia, el miedo arrugaba los ánimos. Y entonces solo quedaba aguantar. Mantener las distancias, mantenerse al margen. De mostrar debilidad, el miedo no haría sino crecer en esas pobres gentes. Y si se acercaba demasiado, si intimaba, descubrirían la verdad, descubrirían que el miedo que ellos sentían no era muy diferente al suyo.

No podía culparlos. Hacía solo unas lunas ella también habría desconfiado. Después de Aquello los vulgares de la tierra evitaban el desierto y, por tanto, nada sabían de él. Siendo honestos, ella tampoco sabía demasiado, y de ahí que no la perdiera de vista. De tan solo pensar en que a su maestra pudiera ocurrirle algo las tripas se le atenazaban. *Ya has estado en La Frontera antes*, le había dicho. *Si nos alcanza, camina recto*. *Nu dudes, nu te comas la mullera*. *O La Frontera lo sabrá*. Pero oh, su maestra, recto, lo que se dice recto, no caminaba. Y, por si eso no fuera poco, las dudas acosaban a los refugiados, a ella misma.

La necesitaban, esa era la verdad.

En ese paisaje que era siempre el mismo, sin árboles, sin sendas, sin nada más para guiarse que las rocas peladas que manaban de la blancura. Las rocas y el sol, que, de verse sepultado por El Peto de Dios, podría torcerse. ¿Cómo caminarían rectos entonces? ¿Hacia dónde?

Mmmmmmmmm, cantaba su maestra encabezando la caravana.

11

Su sombra pronto desaparecería tras sus pasos. Ilda se había limitado a seguirla, un paso y luego el siguiente, pero pronto la dejaría atrás. Cuando el sol ocupara su cenit, su sombra se desvanecería. Para luego desparramarse sobre sus huellas que el desierto no tardaría en borrar.

Sombras. Ilda recordaba las sombras sobre ese lienzo en blanco. Primero un parpadeo al encenderse la lámpara tras la sábana, y luego: sombras. Una historia, la historia perfecta.

Ilda recordaba su voz.

Recordaba verlo cambiar a sus ojos, tanto y todo. Y eso le dolía. Muchas veces recordar lo bueno dolía más que recordar lo malo. Cuando los mejores tiempos se desvanecen, a veces, solo nos dejan dolor. Sombras que desaparecen para desparramarse tras nuestras huellas, nada más.

Ilda se había pasado sus últimos soles ignorando su sombra. Luchando, rebelándose contra el recuerdo. Y ahora que había abierto esa puerta, ahora que le había dado por mirar atrás, ya no podía apartar la mirada. Como en esa historia de sombras sobre ese lienzo en blanco. En esa

historia había un monstruo, un monstruo terrible que seguía tus pasos. Podías olerlo, podías escucharlo respirar, y si te volvías, si el miedo te hacía encararlo, entonces el monstruo se hacía con tu carne.

Y sí, ella había mirado. Y lo que se había encontrado no le había gustado nada.

—Mmmmmmmmm —se dijo.

Para no toser. Para ignorarlos. Un paso, y luego el siguiente. A ratos, su mano tropezaba con ese fetiche que llevaba colgado del cuello. A ratos, apenas si un leve aleteo de la mezcla, se regalaba una pizca de Soma para aliviar el dolor. Como el adicto al yapí que, sabiendo que tardará en encontrar su siguiente dosis, desmenuza unas pocas migas para untárselas en los dientes, creyendo que así podrá controlar los temblores. Para nada, claro. Para luego descubrir que sigue siendo el mismo adicto de siempre. Que el dolor sigue allí. Los fantasmas.

Su sombra había desaparecido. No importaba. Un paso, y luego...

12

Gris no llegó a tiempo. Al dar el siguiente paso, la pierna le falló y su maestra besó de morros el suelo. Cayó cuan larga era, sin manos o brazos o rodillas que la protegieran de la caída. Sonó: *paf*, y el polvo ascendió para quedarse flotando, flotando sobre ella.

—¡Astilla! —Gris no pudo evitar que su voz sonara de aquella manera. Un violín desafinado, el graznido de un cuervo.

Al arrodillarse junto a ella, el aliento de su maestra era el aliento de un animalillo asustado. Sus pulmones subían y bajaban acelerados, pero de su boca apenas si manaba un hilo de aire. Los ojos vueltos sobre sí mismos al tumbarla sobre sus piernas, las mejillas rojas, la frente perlada de rubor y sin embargo fría como la noche del desierto.

—Estoy aquí. —Gris no pudo evitar gemir al decir aquello—. Estoy contigo, ¿me oyes?

Gris sacó su odre de agua y humedeció la frente de su maestra con delicadeza, los labios. A su espalda, los refugiados frenaban la caravana. Pasos que se acercaban, una voz de barítono:

—¿Qué le pasa?

Y otra voz, ya no tan suave, no tan calculada:

—¿Son los *daimonios*? ¿Es eso?

Gris a punto estuvo de ladrarle que no había daján ninguno en ese desierto, no al menos hasta que La Frontera les diese alcance, pero por fortuna supo recapacitar a tiempo. Ese sacerdote, sin saberlo, le había dado una idea, y mintió:

—Sí. Es por ellos. —En su viaje hacia el sur había visto a su maestra mentir tantas veces que hasta le resultó fácil hacerlo—. Está impidiendo que crucen con sus puntas, y eso la deja así. En este estado. —Tenía que hacerles creer que su maestra seguía siendo indispensable, porque, de hecho, lo era. Ella no tenía ni idea de cómo guiarlos por ese desierto de hueso, y si no quería que cundiera el pánico y todos acabaran devorados por El Pedo de Dios, mentir era todo lo que le quedaba—. Tenemos que parar.

—¿Ahora? —Incluso la voz de *maisse* Rono se agudizaba—. ¿Aquí?

Gris cabeceó:

—Tengo que dibujar los símbolos precisos —mintió con lo primero que le vino a la mente—. Ahora ella los está conteniendo, pero necesita mi ayuda. —¿De verdad estaba funcionando? ¿De verdad una mentira tan torpe podía salvarlas de la furia de los refugiados?

Una mentira solo es mentira hasta que se repite lo suficiente, le había dicho su maestra.

—Decídesles que paren —les ordenó. Ella, una zagala que hace unas lunas ni siquiera se atrevía a mirarle a los ojos al caldeso de su pueblo—. Necesito tiempo. Y espacio.

Tanto *maisse* Rono como *pare* Aión tardaron en acatar sus órdenes. Sus miradas yendo y viniendo del desierto a Astilla, de la Rompebotas a su propia gente. Se les veía asustados, y Gris no podía culparlos por eso. Sin embargo:

—¡Vamos! ¡Ya! —Esta vez su voz la sorprendió incluso a ella misma.

Una vez se quedó a solas con su maestra, sacó de su morral una compresa y vació sobre esta su pellejo para luego aplicársela sobre la frente. Tenía que bajarle esa fiebre como fuera. Arrugó el ceño intentando recordar los remedios de su *baba*, pero en ese desierto sin vida no le sería nada fácil encontrar lo que buscaba. Y tampoco es que Astilla le hubiera enseñado nada nuevo en cuanto a enfermedades se refería. Habían cruzado la Baronía casi de punta a punta, pero por fortuna (o por desgracia, dada la situación) la enfermedad las había respetado en todo ese tiempo, así que, de momento, el agua tendría que bastar.

Si conseguía, claro, que esos refugiados siguieran confiando en ellas. De abandonarlas a su suerte todos sufrirían las consecuencias. Con La Frontera tan cerca ninguno de ellos... No, era mejor no pensar en eso. No ayudaba.

Pero ¿era buena idea quedarse allí? ¿Detenerse?

Si nos alcanza, camina recto.

Cuando los carros la fueron cercando, Gris al fin pudo permitirse suspirar. Por mucho que La Frontera todavía quedara lejos y que Astilla le hubiera jurado que no había caravaneros por esas tierras, la quietud y el vacío del desierto la ponían nerviosa. Esos carros resultaban una muralla cuando menos precaria, pero, de momento, podían servir.

Dos chicos de su edad la ayudaron a montar la tienda y Rono la ayudó a cargar con Astilla hasta meterla dentro. Luego Gris los espantó ceñuda y a brazadas al más puro estilo de su maestra y los refugiados guardaron las distancias mientras ella dibujaba símbolos en el polvo. Sin volverse, les ordenó que encendieran fuego para conseguir algo de leña carbonizada y también que le trajeran agua y sal. Las mentiras parecen menos mentiras si se disfrazan de verdad, y ella necesitaba tiempo. La verdad era que improvisaba sobre la marcha, pero no parecían darse cuenta. El rumor de sus voces no tardó en romper el silencio del desierto. La miraban, pero había más fascinación y curiosidad en esas miradas que miedo mientras ella inventaba símbolos sobre el polvo, y eso estaba bien.

Dibujar esa torpe Ságida alrededor de su maestra, al menos, calmaba ese ratoncillo que le roía las tripas. Por el momento el miedo era solo eso, un pequeño roedor en el fondo de su consciencia, pero ¿qué pasaría si su maestra tardaba en recuperarse? ¿Qué haría ella entonces?

Gris ahogó un gemido como mejor pudo. Terminó lo que estaba haciendo y, encarándolos:

—Puede que tengamos que pasar la noche aquí —les dijo; el rumor de sus voces arreció como el viento antes de la tormenta—. Solo necesito algo de tiempo —los calmó enseñándoles las manos sucias de polvo—. Saldremos antes de despuntar el alba.

Con miedo a que el temblor de sus manos la delatara, Gris les dio la espalda y agarró el toldo de la puerta, pero:

—Mare Gris. —Era la madre de Rono, la del moño alto.

—¿Sí? —Su voz tembló un tanto ante las miradas de los refugiados.

—¿Y qué pasará si La Frontera nos alcanza?

De nuevo el silencio. Mientras esperaban su respuesta, mientras todas y cada una de las miradas de esas pobres gentes perdidas en el desierto se clavaban sobre ella.

Gris se encogió de hombros. Le costó lo suyo hacerlo.

—*Nu* sería la primera vez —se limitó a decir.

Mare Clodia asintió, si bien tardó en hacerlo. Rono apretaba sus mandíbulas de tal manera que Gris escuchaba chirriar sus dientes. *Pare* Aión murmuraba rezos a su Dios con los ojos cerrados y la frente apoyada sobre sus manos cruzadas. Una zagala de la cual no conocía ni el nombre la miraba boquiabierta, de manera parecida a como ella había mirado a su maestra los primeros días juntas. ¿Habría fingido entonces Astilla como ella fingía ahora? ¿Consistiría en eso ser valiente? ¿*En fingir*?

Fuera como fuera, cuando por fin se metió en las entrañas de la tienda todas las mentiras se vinieron abajo. Los héroes, en las historias, no temblaban como ella temblaba ahora. No se mordían los dientes ni se tiraban de los pelos por no saber qué hacer. Ni se frotaban la cara ni gemían. Ni murmuraban:

—Oh, joder, oh, joder, oh, joder...

La compresa ya no estaba fresca, su maestra ardía. Gris gimió.

—Vuelve conmigo —le suplicó— Tienes que volver conmigo, ¿oca?

Y como respuesta:

—*Mmmmmmmmm...*

¿Qué *daimonios* se suponía que tenía que hacer?

13

En la fiebre las voces temblaban:

—¿Sigue igual?

La voz de Rosamía:

—Va mejorando. Para el alba estará lista.

El alba, ¿cuándo era eso? En la fiebre el tiempo se confundía. La luz y la oscuridad, el día y la noche eran una serpiente que se mordía la cola. La luz de los fuegos la luz del sol, imposible distinguir. Solo la lona de su tienda incendiada. Solo calor.

—¿Y si *nu* lo está?

—Lo estará.

—Ya... Pero ¿y si *nu*?

Un gruñido:

—Lo estará. La Cruz siempre se las apaña para salvarnos a todos, ¿recuerdas?

En la fiebre las voces del pasado y las del presente se mezclaban. En la fiebre, las barreras que delimitaban la realidad, el ahora del antes y del después, se desplomaban.

—Odia a tu padre si lo precisas, niña, pero no te atrevas a juzgarlo —le decía La Graja. Y también—: La Frontera se acerca, moza, ¿es que *nu* lo ves?

—Sin ánimo de ofender, *maisse* Torra, pero creo que sé bastante más de La Frontera que *usté*. El Pedo de Dios todavía queda lejos, ¿oca? Al otro lado de Cañón Último.

Solo que Rosamía nunca había estado allí. Solo que la voz de Rosamía era la voz de Verde:

—No te vayas, Ildi —le decía—. Por favor. No te vayas.

En la fiebre sus caricias la hacían estremecerse de placer. Ella siempre había creído que Verde no tenía ni idea de cómo hacer gozar a una mujer, pero no tardó en sorprenderla. Puede que no tuviera los brazos de Rapaz, su fiereza, puede que, a veces, temblara de terror ante su cuerpo desnudo, pero sabía hacer de su propio miedo una historia escrita sobre su piel. De la torpeza ternura, de la ternura relámpago, de todo el amor que sentía por ella un terremoto por su cuerpo. Verde siempre estaba distraído, su mente siempre a medias, en tantas partes a la vez. Pero cuando la acariciaba solo estaba allí. Solo para ella. Y eso la hacía gemir de placer, en la fiebre.

En la misma fiebre que sus caricias la agobiaban.

—Lo siento —se disculpaba Verde... ¿O era Rosamía?

Ambos tenían la maldita manía de disculparse por todo. Y ella tenía calor y se quitaba a patadas las mantas, y luego tenía frío y suplicaba para que él o ella o quien fuera la tapara de nuevo.

—Has abusado de la diiva —le decía La Graja.

—Has abusado de tus puntas —le decía Rosamía.

Pero ¿qué había sucedido antes y qué después?

Fuera, significara lo que significara aquello:

—¡Basta de mentiras, moza! ¡La hemos escuchado toser toda la noche, bien *siuro*! ¡Así que dínos qué *daimonios* está pasando!

—¡*Esu!* ¡*Esu!*

—¡Dijiste antes de despuntar el alba!

Y otro:

—¡Si *nu* nos dice la verdad yo digo que las dejemos a su suerte!

—¡*Esu!* ¡*Esu!* —corearon las voces.

Ilda enredó sus dedos a la manta para quitársela de encima. Tenía que salir antes de que Verde lo echara todo a perder. Bastaría con dejarse ver para amedrentarlos, lo sabía. Verde siempre había sido un pardillo de mil pares de *daimonios*, y ella siempre tenía que andar salvándole el culo. Pero entonces ¿por qué *daimonios* no conseguía quitarse esas mantas de encima?

—¿Dejarnos a nuestra suerte? —En la fiebre, la voz de Rosamía había cambiado tanto y todo—. ¿Vosotros a nosotras? —se burlaba—. Adelante, *maisse* Torra, eres libre de hacerlo. ¡Sois libres de hacerlo! —les ladró—. ¡Que el desierto os sea dulce!

En la fiebre la voz de Rosamía era la voz de La Graja: el desprecio de su discípula el desprecio de su maestra. Luego Rosamía lloraba junto a ella. En la fiebre su padre colgaba de una soga y todos lloraban por eso.

—*Nu* podré engañarlos mucho más tiempo, Astilla —gemía—. Y ya es tarde para dejarlos marchar. Sin ti ninguno de nosotros sobrevivirá a esto, ¿me oyes? Así que tienes que volver conmigo —Y luego—: No te vayas, Ildi. Por favor. No te vayas.

En la fiebre Los Cucos cantaban y la lona de la tienda temblaba al arreciar el viento. En la fiebre La Frontera las alcanzaba.

—¡Déjame pasar! ¡Por Abbá y El Verde Libro, moza! ¡Por tu propio bien! ¡Déjame pasar!

La estaban amenazando. Tenía que conseguir salir de ese lío de mantas y voces y tiempos, pero sus brazos no le respondían.

—Escucha, moza, y escucha bien —la voz de Rono era la voz del veterano de la frente quemada—. Si *nu* lo hacemos por las buenas, lo haremos por las malas, ¿entiendes?

—¡*Esu!* ¡*Esu!* —ladaban los perros del Volario.

Se escuchó un golpe. Y al poco:

—Atrás o le rajo el cuello. —¿Esa era Rosamía? ¿O era Carra La Roja? ¿O su madre? No, no conocía la voz de su madre—. Bien, así está mejor. Habéis perdido la *mullera*, frais. ¿Sabéis lo que pasará si pisáis estos símbolos? ¿Tenéis idea de lo que supondrá quedaros sin ella, sin mí en este desierto? ¿En La Frontera? Los daján os roen la *mullera* y ni siquiera os dais cuenta... ¡Me habéis obligado a esto!

Esos ojos grises suyos:

—Tienes que decirme cómo salir de esta —gimoteaba—. Tienes que decirme cómo hago para salir de aquí. Para seguir. Si cae la noche yo *nu*...

—Vamos, *nu* seas bobo —le dijo a Verde—. Es solo un poco de polvo, nada más.

Verde gimió por eso. La soltó. ¿Estaba llorando? ¿O era solo que le faltaba el aire? Y lo que era más importante: ¿qué *daimonios* hacían ella y Verde en esa tienda? ¿Cuándo *daimonios* había pasado eso?

Rosamía ladraba órdenes a los refugiados. Les gritaba que vaciaran un carro para ella, que tenían que seguir. Y esta vez, ya fuera por miedo o por ganas de proseguir la marcha, ninguno de ellos puso objeción alguna ni preguntaron por los símbolos que hasta hacía un rato parecían tan importantes.

Luego, en la fiebre, el mundo se movía al otro lado de la lona del carromato. Ilda se agarró como pudo a las paredes de tablas y se asomó. La tormenta los había alcanzado, siluetas difusas y encorvadas tras el polvo. Rosamía encabezaba la marcha, su arco encordado cruzándole el pecho. Sus puñales de puño de hueso al cinto. Esa cicatriz que le partía la cara en cuatro trozos.

Esa cruz.

¿Era ya de noche? Sí, debía serlo, pues el desierto aullaba, y no por las bestias. Su padre ladraba órdenes de un lado a otro del campamento: de los barriles, los sacos y las cajas hacían barricadas, de cada palo y cada piedra, armas.

—¡Los aulladores *nu* son como nosotros! —gritaba su padre—. ¡Son poco más que daján! ¡Así que tratarlos como tal!

Su padre siempre había sabido cómo ganarse a su público. Los refugiados, siluetas sombrías que parpadeaban a la luz de los fuegos, se agrupaban a su alrededor. Su padre señalaba y ellos asentían, su padre golpeaba espaldas y removía cabelleras y ellos suspiraban por eso. Su padre sabía que, de aparecer una manada de aulladores, esas pobres gentes no tendrían nada que hacer, pero su determinación resultaba contagiosa.

La esperanza de su padre era la esperanza de esas gentes.

En la fiebre agarró a su padre por el cuello de esa camisa de pieles grises que vestía. En la fiebre su padre resultó ser Rosamía.

—Los símbolos —ronqueó—. Tienes que...

—*Nu* puedo hacerlo, Astilla —gimió. Esos ojos grises suyos enrojecidos por el llanto y el miedo, su rostro arrugado por la impotencia—. *Nu* sé hacerlo.

La noche aullaba.

—Sabes —gruñó tirando de ella—. Claro que sabes, *nu* seas boba. Eres mi maki. Y estoy orgullosa de ti. Así que claro que sabes. Claro que puedes.

Ilda, exhausta por el esfuerzo, se derrumbó de vuelta a las mantas... ¿Por qué *daimonios* acababa de decirle aquello a Verde? ¿Qué se suponía que tenía que saber?

No importaba. Estaba tan cansada que ya nada importaba.

En la fiebre Ilda por fin podía suspirar. En la fiebre confiaba en él o en ella o en ellos, lo mismo daba. En sus fantasmas.

En la fiebre por fin pudo descansar.

14

La luz del sol le hizo arrugar el ceño apenas consiguió abrir los ojos. El cielo era una lona que temblaba bajo el embate del viento, y el suelo traqueteaba bajo su cuerpo tendido. Ruido de cascos y ruedas. De voces.

—Uh —gimió.

La lengua, de seca que la sentía, no le cabía en la boca. Le costó lo suyo hacerla asomar de entre sus labios lacerados por la deshidratación. Tenía sed. Una sed terrible, de hecho.

—Agua —croó.

Pasos sobre las tablas del suelo. Al poco una sombra se interpuso entre ella y la lona incendiada por ese sol inclemente. La sombra tenía una cara redonda y aniñada, en la cabeza un sucio trapo a modo de turbante. La sombra la miró con esos ojos grandes suyos, boquiabiertos de sorpresa y miedo, y, tras corretear encorvada bajo la lona, empujó el toldo de la puerta y gritó:

—¡Mare Gris! ¡Está despierta!

Para luego desaparecer. Para luego repetirse esas mismas palabras en otras voces distintas. *Mare Gris*, la llamaban. ¿Qué *daimonios* había pasado? ¿Dónde se suponía que estaba?

Tras un hondo quejido consiguió estirar el brazo y agarrarse a la pared del carromato. Le costó lo suyo salir de las mantas y soportar el peso de su cuerpo. Se sentía vacía, hueca. El dolor de cabeza, que tantos días con sus largas noches la había acompañado, había desaparecido, y eso la confundía, como si se sintiera huérfana sin él. Sin las voces. Sin el dolor.

El carro se hundió bajo el peso de alguien que acababa de saltar al pescante.

—Mis disculpas, *maisse* Cerro.

—*Nu* es nada, mare Gris. Pasa, pasa...

Ilda arrugó los ojos cuando el toldo se apartó y la luz entró a raudales. Una silueta sombría esquivaba los pocos sacos y cajas con los que compartía alojamiento para acucillarse a su lado. Tenía mala cara, esa era la verdad. Los ojos hundidos en ese par de pozos que eran sus ojeras, más delgada que nunca. Más mayor. Más auténtica.

—Estás despierta —al decir aquello, al suspirarlo, la sonrisa de Rosamía volvía a ser la misma de siempre. Al sonreír rejuveneció soles enteros. Poco más que una niña al sonreír.

Ilda se aclaró la garganta. Con su mano libre se agarró el pecho temiendo que la tos fuera a castigarla por ese sencillo gesto, pero, para su alivio, la tos no llegó.

—Ten. —Rosamía le ofrecía un pellejo ya descorchado—. Bebe. Te hará bien.

Tuvo que ayudarla a beber. El carro traqueteaba bajo ellas por lo abrupto del camino, y Rosamía, sin soltar el pellejo, le pasó una mano por la nuca y la sostuvo mientras ella se saciaba.

Esos ojos grises suyos.

—¿Dónde...? —tosió—. ¿Cuánto...?

—Tres días con sus noches. O eso creo —le sonrió Rosamía—. Han sido tres días difíciles.

Ilda se llevó su mano libre a su pelo encrestado. Costaba tanto recordar.

—Los aulladores. —Toda ella se erizó al recordarlos. La noche y sus aullidos.

—Nunca llegaron —Rosamía enterró la cabeza entre sus hombros—. Supongo que pasaron de largo. O quizá solo tuvimos suerte. Una suerte de mil *daimonios*, ¿eh?

La lona restallaba bajo el embate del viento, la luz del sol era la luz del polvo.

—¿Seguimos en La Frontera?

—*Nup* —le sonrió de nuevo—. Caminé recto. *Nu* dudé, *nu* me comí la *mullera*.

—Tienes una cara horrible —gruñó Ilda—. Bien *siuro* llevas días sin dormir.

—Bah, dormir está sobrevalorado.

Ilda bufó o tosió o rio. O todas esas cosas.

—Ya lo vas pillando, ¿eh? —Por largo rato se sostuvieron las miradas—. Me has salvado. Los has salvado a todos. ¿Lo sabes?

Rosamía se encogió de hombros una vez más.

—Tuve mis problemas —mordiéndose los labios—. Incluso estuve a punto de rajarle el cuello a ese sacerdote hijo de mil moscas mal paridas, tendrías que haberle visto la cara. —Rieron—. Pero sí. Al final lo conseguimos. —Miró la lona como si pudiera ver el desierto a través de ella—. O eso creo.

—¿El Pedo de Dios se acerca o se aleja?

—Se aleja. A cada amanecer.

—¿La noche aúlla?

—Solo por los chacales.

—¿Tenemos agua?

—Suficiente, sí.

—Entonces lo has conseguido. —Hacía tiempo que no manaba una sonrisa de sus labios sin que ella tuviera que fingirla—. Eres toda una Rompebotas.

Aun en la penumbra del carromato las mejillas de la zagala se arrebolaron.

—*Nu* ha sido para tanto —manoteó—. De hecho, creo que nos asustamos más de la cuenta, ¿sabes? Ahora que todo ha pasado, creo que La Frontera nunca llegó a alcanzarnos. Además —y se pegó a ella bajando la voz—, ellos creen que eres tú la que los ha salvado. Con tus puntas. De

los daján.

—¿Y cómo es eso?

Rosamía le guiñó un ojo.

—Les conté una pequeña mentirijilla. La historia que querían escuchar.

—Mare Gris —gruñó Ilda—. La mentirosa perfecta.

—Supongo... Así que más te vale salir de este carro siendo la sorga que esperan que seas, ¿oca?

—¿Con esta cara? —gruñó—. *Nu* me costará.

Más risas. Al rato:

—Bueno, será mejor que vuelva a...

—Gris. —Ilda no solía llamarla por su nuevo nombre—. Espera.

—¿Qué ocurre?

Oh, ocurrían muchas cosas. Ocurría que, de no ser por ella, puede que Ilda hubiera muerto en el desierto. Ocurría que se había portado como una imbécil. Ocurría que había tomado la mala idea de seguir adelante con su venganza. Ocurría que no la había escuchado cuando tenía razón. Ocurría que la había culpado de todos sus males cuando solo intentaba ayudarla. Ocurría que se había acostumbrado tanto a su compañía que la amaba como a una hermana.

Ocurría que hacía mucho, mucho tiempo, que no amaba a nadie así, y ella merecía saberlo.

Solo que son muchas las veces que, al salir los pensamientos por nuestros labios, no dicen lo que deberían decir:

—Esto es lo que soy, ¿entiendes ahora? Esta fiebre. Este dolor. Esta venganza. —Sus negrísimo ojos la taladraron—. Y si sigues a mi sombra en eso te convertirás. En *esto*. Así que todavía estás a tiempo. —Y, La Frontera sabía por qué, gruñó—: *Nu* te necesito, ¿oca? — Cuando sí que sentía necesitarla, cuando sentía todo lo contrario—. Y puede que esta sea tu última oportunidad de vivir tu vida. De vivir.

Rosamía ni siquiera la miraba. Rosamía esperaba gratitud. Un *lo siento*. Un *tenías razón*. O al menos eso creía ella que esperaba Rosamía.

—Tú me diste esta vida —musitó la zagala—. Este poder para salvarlos a todos. Esta fuerza. Así que, una vez más —ahora sí que la miraba—: tendrás que ser tú la que me diga que me vaya.

Rosamía se quedó esperando por largo tiempo, como si esperase palabra alguna de aliento por su parte. Un *quédate conmigo*. Un *gracias*.

Pero nada de eso llegó. Ilda se dejó caer sobre las mantas y nada dijo. Ni siquiera una última mirada. Nada. El silencio nada más.

—Descansa, ¿oca?

La escuchó salir de vuelta al desierto. Escuchó risas a su paso. Mare Gris, la llamaban. Pero ella no se había atrevido a decirle la verdad. Para ella, como para su padre, la verdad era una losa. Algo que llevar dentro, siempre dentro. Algo que los aterrorizaba más que los cuchillos y las balas. Más que los daján.

Os parecéis demasiado, ¿sabes?, recordó.

De tal cruz tal astilla.

Recordar era una losa para ella. Una tumba llena de fantasmas.

ANTES

Asfixia

1

Sobre el escenario de tablas titilaban nueve velas. Al apagarse el resto de las luces, las voces se fueron silenciando. Alguien tosió. Alguien murmuró algo a otro alguien. Mientras esa marea de rostros y miradas encaraba el escenario.

Mientras, en la penumbra del salón de mare Ladia, se hacía el silencio.

Ruido de pasos sobre el entablado. Mare Ladia vestía sus mejores galas a lomos del escenario, un vestido azul oscuro, casi negro en la penumbra de las velas. A la luz de las velas, su piel un fantasma de piel. Sus blanquísimas piernas, su blanquísimo cuello; fantasmas para embrujar a su público. Mare Ladia no habló hasta que todas las voces y los murmullos se hubieron silenciado. Mare Ladia los fue mirando de uno en uno, a los rezagados del silencio, hasta que, como siempre, consiguió toda su atención. Y solo entonces:

—Esta noche mi casa es vuestra casa, vecinos de La Bellada —dijo como cada una de las noches—. Mi templo vuestro templo. Pero me temo, vecinos míos, que esta noche *nu* rezaremos al dios del gozo y el pecado, ¡mis disculpas por eso *maisse* publicano! —Risas—. Me disculparía también con nuestro amado caldeso, pero, ¡ah! —y se llevó teatralmente las puntas de los dedos a los labios—, ¡si soy yo! —Aplausos y risas; a la luz de las velas, su sonrisa la fruta perfecta. Guiñándoles un ojo—: Gracias por eso, frais.

Voces de hombres, pero también de mujeres, jalearon a su recién nombrada caldesa. Y ella esperó. Mare Ladia no fingió ser la mujer humilde que no era. La barbilla alta, su pecho echado para adelante y los brazos en jarras. Hasta conseguir de nuevo toda su atención.

—Esta noche soñaremos despiertos. Esta noche, gracias a nuestros invitados de Forja de Luna, mi templo será el templo de las historias. De los sueños. Así que sed bienvenidos y el polvo os sea dulce, vecinos de La Bellada. —Y con una última y perfecta reverencia—: Espero disfrutéis.

Desde la barra y desde las mesas, desde las escaleras que daban al piso de arriba y de pie o apoyados contra la pared encalada, más aplausos, más ladridos mientras mare Ladia los dejaba a solas con el escenario y sus velas.

Poco después de su marcha se escuchó un chasquido. La oscuridad rieló sobre el escenario y, en el centro mismo de las velas, un par de cortinas negras como una noche sin luna se replegaron sobre sí mismas para dejar paso a un rectángulo no mucho más grande que una

ventana. Una sábana gris en la penumbra, una sábana y el silencio, nada más.

Entonces un zumbido. En alguna parte, lejos de esas paredes que los cercaban, en otro mundo, uno de esos motores de Antes de Aquello rompió a ronronear, y al poco correteó por esas negrísimas cortinas una miríada de estrellas. Tras el telón, como para corear cada parpadeo de cada estrella, vibraron las cuerdas de una lira, y el público suspiró por eso, gimió cuando esa sábana se incendió para alumbrarlos a todos.

Y en esa ventana de luz, una luna negra y creciente flotaba en las alturas. Luego una montaña. Luego un árbol, y otro, y otro más. Hasta formar un umbral, un túnel de luz enmarcado por sus umbrías ramas. Y en ese túnel, un monigote de sombras les decía:

—Esta es mi historia y la vuestra como todas las historias, y esta historia dice así: *Érase una vez un monstruo terrible...*

2

Astilla se quedó sin aire al escuchar su voz. Esperaba sonreír. Esperaba sentirse orgullosa o, en el peor de los casos, tener algo con lo que burlarse de él a la mañana siguiente. Pero no eso. Esa asfixia. Ese darse cuenta de algo, justo en ese momento.

Mientras esa sombra, ese monigote que ella sabía de cuerda y madera, les contaba:

Érase una vez un monstruo terrible. Érase una vez un bosque y un río y, en sus orillas, una aldea, y érase que las pobres gentes que allí habitaban sufrían una terrible maldición. Un sol de cada nueve la tierra no daba fruto alguno, los pozos se secaban, el ganado enfermaba y las bestias del bosque migraban a mejores tierras hasta solo dejarles los cuervos sobre los tejados y las moscas sobre la piel. Un sol de cada nueve esas pobres gentes morían a causa de la hambruna y la pandemia, y solo si obedecían a la profecía podían salvarse del fin de todas las cosas.

Mientras él hablaba, esa ventana de luz cambiaba una, y otra, y otra vez. Ese monigote de sombra que ella sabía de hilo y leña estaba en el centro de todo, pero, mientras contaba, a su alrededor moría el ganado y se yermaba la tierra, zumbaban las moscas y se secaban los ríos.

Todo en sombras. En la carencia de luz.

La profecía decía lo siguiente:

Un sol de cada nueve aquellos que viven a orillas del río entregarán a su retoño más amado. Lo ungirán como su Elegido y le harán cruzar el río hasta llegar al bosque. En el bosque deberá derrotar a un monstruo terrible y, solo si consigue hacerlo, romperá la maldición. Pero ese elegido, decía la profecía, tendrá que tener mucho cuidado. El Ungido no deberá nunca volverse, advertía la profecía. Nunca hasta salir del bosque y llegar a la luz. Pues si lo hace, si el miedo le obliga a encararlo, entonces el monstruo se hará con su carne. Bastará con seguir el camino correcto. Con nunca mirar atrás. Con no dudar para ser el héroe que su pueblo necesita; eso contaba la profecía.

Astilla se sabía esa historia de memoria, se la había escuchado murmurar cientos de veces mientras compartían sus tareas en el rancho. Astilla conocía incluso el final, la extraña moraleja de esa historia, pero se sentía fascinada de igual modo. Esa no era, no podía ser la voz de Verde. Y si lo era, ¿qué *daimonios* se suponía que le estaba pasando?

Pero la maldición nunca llegaba a su fin. Aquellos que vivían a orillas de ese bosque y de ese río, un sol de cada nueve, mandaban a su hijo más amado al bosque, pero este, o esta, nunca regresaba. Las cosas mejoraban, sí, los pozos manaban, la mies germinaba y el ganado dejaba de morir, pero, con el paso de los soles, un sol de cada nueve, todo volvía a repetirse. Y, cansados de perder a sus retoños más amados, érase que ocurrió que decidieron que no pasaría nada si, solo por una vez, mandaban al más raro, al más extraño, al más torpe de todos sus hijos.

En la ventana de luz apareció una torpe y canija sombra, Astilla la conocía bien. Lo había visto jugar con ese monigote incansables veces, mientras murmuraba esa misma historia que, sin embargo, ahora, a la luz de la lámpara, le parecía tan distinta.

Esa torpe y canija sombra, en la ventana, era repudiada por todos. Ella, o él, intentaba agradarles, pero nunca le salía bien. Ese pobre zagal no era bueno con el arado ni tampoco con el arco. No valía para las redes de los pescadores ni tampoco para el yunque del herrero. Si intentaba curtir una piel le quedaba tiesa, y cuando horneaba pan se le quemaba por fuera y le quedaba crudo por dentro. Ni siquiera valía para cargar los sacos hasta el molino, pues apenas si podía cargar consigo mismo.

Pero no era por todas esas cosas que se burlaban de él. Si no lo entendían, si preferían no acercarse a él, era, sencillamente, porque era diferente. Porque soñaba con las estrellas en vez de soñar con ganarse el pan. Porque soñaba con la luna en vez de soñar con una buena mujer. Porque, sencillamente, siempre estaba soñando.

Cuando le comunicaron a esa torpe y canija sombra que ni bailar sabía que sería él el que se adentraría en el bosque, no protestó. En la ventana de luz, su madre, otra voz distinta tras la sábana, le ofreció entre lágrimas un morral con una hogaza de pan, un buen pedazo de queso y una botella del mejor vino. Su padre, una sombra enorme, le regaló su hacha. El caldeso su bastón, el curtidor unas botas y la cestera de la aldea una trenza de zarza que ella misma le ató al cuello. El herrero una de sus herraduras para que le diese suerte, y la más anciana de las ancianas del pueblo una lámpara para que lo alumbrase en la necesidad.

Nueve regalos para El Ungido, tal y como La Ságida mandaba.

Luego la torpe y canija sombra cruzaba el puente hasta llegar al bosque, un túnel de luz enmarcado por afiladas sombras. En la sábana, un cuervo enorme graznó sobre las ramas y el público jadeó por eso. En el bosque las ranas croaban tras la sábana, crujía la hojarasca, soplaban el viento y la tormenta.

Y en el centro de todo eso esa torpe y canija sombra.

La luz dio paso a las sombras, el día a la oscuridad, y nuestro desventurado héroe sintió miedo. La luz de la luna no bastaba para alumbrar su camino, así que encendió la lámpara que la más anciana de las ancianas le había regalado. No ayudó. Las sombras se afilaron, su senda se tornó más tortuosa si cabe. Estaba temblando. Quizá aquellos y aquellas que habían recorrido ese camino antes que él, un sol de cada nueve, hubieran sido los héroes que su pueblo necesitaba, pero él, desde luego, no lo era. Él no podía dejar de preguntarse qué les habría

pasado. Para no volver. Para nunca regresar. ¿Habían encontrado al monstruo? ¿Se habían sacrificado para salvarlos a todos? Y si era así, ¿por qué, un sol de cada nueve, la maldición se repetía?

¿Por qué?

Según la profecía, El Ungido no debía dudar, pero él dudaba lo suyo. Dudaba cuando su lámpara parpadeó una última vez para extinguirse con un último suspiro. Dudaba cuando, al detenerse, escuchó la hojarasca partirse tras sus pasos. Cuando sintió su aliento. Su inmensidad.

Al pronunciar esa última palabra, en la sábana, las sombras del bosque se deformaron para formar una criatura enorme tras la torpe y canija sombra, y el público gimió por eso. Sus brazos, tan largos que oscurecían el cielo, eran púas afiladas. Su espalda una cordillera de espinas. Su rostro una máscara de dientes y colmillos. Sus ojos pura luz en la oscuridad.

En las sombras.

Nuestro protagonista cada vez la sentía más cerca, más inmensa a su espalda. Si apretaba el ritmo, la bestia también lo hacía. Si cerraba los puños y caminaba recto tal y como la profecía mandaba, el monstruo gruñía tras sus pasos. El miedo no hacía sino crecer a cada paso que daba y, para cuando echó a correr, ya tenía claro que no podría conseguirlo. Que él no era tan valiente. Que él, de héroe, no tenía nada.

En la ventana de luz, el monstruo casi ocupaba al completo la sábana. El monstruo era un techo de ramas en el cielo, una muralla de espinas a su espalda, un torrente de garras a punto de alcanzarlo. Tras la sábana, los miembros de Forja de Luna hacían tronar chapas de metal a cada paso de la criatura, soplaban a través de tubos para su aliento y rasgaban violines para acelerarles el corazón. Para hacerles olvidar que había alguien tras la sábana. Para hacerles soñar.

Y su voz:

Fue entonces que, a nuestro desventurado héroe, le dio por pensar que, quizá, el valor no consistía en caminar recto. En siempre seguir adelante, en nunca dudar. Fue entonces, en el miedo, en el terror, que su curiosidad floreció. Y se preguntó: «¿Qué querrá el monstruo de mí?». Y érase que desobedeció la profecía. Érase que El Ungido miró atrás.

En la sábana las sombras se retorcieron de nuevo. A los ojos boquiabiertos de su público, en la ventana de luz, el cuerpo del monstruo se hizo bosque una vez más. Y resultó que tras la torpe y canija sombra no había ningún monstruo terrible. En la ventana de luz, dos torpes y canijas sombras se reflejaban.

«Es la primera vez que alguien me mira en el bosque»; la voz del monstruo, una voz familiar.

«¿Eres yo?», le preguntó nuestro héroe.

«Soy tu sombra», le contestó el monstruo. «Soy lo que no quieres ser. Lo que tienes miedo de ser. Soy aquel que te hace llorar las noches largas. Soy aquel que te roba el aire cuando tienes miedo. Soy aquel que los héroes detestan. Aquel que los héroes necesitan matar para convertirse en héroes. Así que mátame y sálvalos a todos. Como antes. Como siempre».

Nuestro desventurado héroe sacó el hacha que su padre le había dado, ¿qué otra cosa podía hacer? Así funcionaba el mundo, ahora lo entendía. Mataría al monstruo, se mataría a sí mismo y salvaría a su pueblo.

En la ventana de luz, la torpe y canija sombra levantó el hacha de su padre y el monstruo agachó la cerviz para recibir el golpe.

Solo que el golpe no llegó. Y el hacha, al soltarla, quedó enterrada en el suelo.

«*Tengo pan, queso y vino*», le dijo nuestro héroe tras dejar caer el hacha. «¿Quieres?».

Tras decir aquello la luz de la lámpara se apagó. Se hizo el silencio. El público esperó, pero desde detrás de las sábanas no les llegaba sonido alguno. ¿Había llegado la historia a su fin?

No.

En la ventana de luz, una torpe y canija sombra cruzaba el puente de vuelta al hogar. Al ritmo de la lira, cruzaba los campos de mies que ya germinaban. Los lozanos frutales de las veredas. Los ríos corriendo, corriendo por y sobre las acequias de los huertos. Los corzos y los cerdos silvestres seguían sus huellas al ritmo de los timbales. El ganado celebraba su llegada.

Todo en sombras. En la ventana de luz.

Para luego apagarse de nuevo. Para luego, en la oscuridad, en la penumbra de las velas, su voz:

—Esta ha sido mi historia y la vuestra como todas las historias. Este cuento que, como todos los que merecen contarse, mentía desde el principio. Pues un buen hombre me dijo una vez que lo único que nos separa de la verdad es el cuento preciso, la mentira adecuada. Pues los monstruos son solo monstruos si les damos la espalda y las profecías existen para obligarnos a dudar. Espero hayáis disfrutado. Y si entender no habéis entendido, lo mismo da. Con que hayáis soñado nos basta.

Silencio, oscuridad.

Y luego aplausos. Vítores. Mientras los miembros de Forja de Luna salían desde detrás de la sábana y, a la luz de las velas, ofrecían a su público florituras y reverencias.

Verde fue el último en salir, y la marea de voces y palmas y vivas arreció para el vecino de La Bellada. Verde la estaba mirando. Sonreía, saludaba y daba gracias, pero la miraba a ella tras sus remendadas gafas de Antes de Aquello. Esperando, quizá, su sonrisa. O puede que un destello de orgullo. Pero no eso. Ese no tener ni idea de qué decir. Esa asfixia.

¿Qué *daimonios* le estaba pasando?

3

Unas tres lunas antes, los miembros de Forja de Luna llegaron a La Bellada una tarde cualquiera para poner la vida de Astilla patas arriba.

Un carro tirado por una pareja de mulos y escoltado por tres burras y una cabra levantaba el polvo de La Bella a la luz del atardecer. A lomos de ese trío de burras, dos ancianos y un joven tral; a lomos del pescante del carro, un hombre y una mujer de mediana edad.

El hombre del carro llevaba un par de cascabeles como pendientes y la mujer un par de lunas plateadas incendiadas por la luz del atardecer. Vestían ambos con extrañas galas, no ropas elegantes de Antes de Aquello, sino telas y sedas multicolores, de una elegancia tal que hizo suspirar a más de uno y más de una a la sombra de sus puertas y ventanas. El hombre del carro

tenía la tez oscura y el rostro afilado de un ave rapaz, y su sonrisa le hizo pensar a Astilla en la sonrisa de un chacal del desierto. La mujer, también de tez oscura, tenía los ojos verdes y almendrados y el pelo negro y ensortijado, y su sonrisa le hizo recordar a Astilla las noches al amor del fuego.

El anciano de la burra, tan arrugado como una uva pasa y vestido como el perfecto bufón, tarareaba una alegre canción al ritmo de los cascabeles y campanillas que colgaban de su montura. La anciana, erguida, alta y estirada sobre su asna, taladraba a los vecinos de La Bellada con sus ojillos negros a la par que los deslumbraba con la miríada de joyas y lentejuelas que cubría su vestido enlutado. El joven tral que cerraba la marcha embutía su curtida piel en las galas de un krae: sombrero emplumado y chaleco bordado de volutas de plata, guantes rojos como la sangre y altas botas del mismo color.

En una de las paredes del carro, en letras plateadas y bajo una luna creciente, estaba escrito: Forja de Luna. En la otra: *No somos chatarreros. No vendemos del Antes ni tampoco del Después. Vendemos sueños para aquellos que se atrevan a soñar.*

El carro parecía un carro cualquiera hasta que, a los ojos de los curiosos vecinos de La Bellada que ya se asomaban de sus locales y sus hogares, se detuvo a la sombra de ese cedro altísimo que se alzaba entre el cuartel del publicano y el salón de mare Ladia. Cuando ese carro se detuvo, crujieron sus engranajes y sus paredes se abrieron de par en par para desplegar un telón del color de una noche de verano. Tras el telón, sobre el carro, un escenario, y, a cada lado de este, estantes llenos a rebosar de pulcras filas de botecitos y remedios que prometían en carteles de letras cursivas y afiladas tanto el amor de tu amado como milagros contra la alopecia, de cajitas y bolsas de cuero que aseguraban el alivio de toda enfermedad, y también de muñecos de trapo y de hilo, de cuerda y madera, que bailoteaban si les dabas cuerda y profetizaban a los mozos del pueblo el fin del tedio. De pelucas chistosas y también elegantes, de libros, cuadernos y legajos, de abalorios que refulgían al sol del atardecer y joyas que, si bien todos sabían falsas, relucían lo bastante para embrujar a aquellos y a aquellas que se atrevieran a posar sus ojos sobre aquel despliegue de ensueño.

Estantes repletos de milagros, al fin y al cabo, y, en el centro de todo eso, un mozo y una moza tan parecidos como dos gotas de agua y vestidos con gemelas prendas de azul terciopelo vendían a voces no solo tan milagrosos productos, sino también noches y tardes de diversión para aquellos que tuvieran a bien ofrecer a los miembros de Forja de Luna unos pocos rulos.

—¡Salid de vuestros lares, buenas gentes de La Bellada! —vociferaban a una sola voz—. ¡Asomaos a vuestras puertas y ventanas pues *nu* somos ni carroñero ni daján! ¡Forja de Luna nos llaman y de lejos venimos para haceros soñar!

Tras ellos, un hombre más alto y delgado incluso que el mismo Trespasos y de piel más negra si cabe que La Graja hacía saltar de una mano a otra al menos cinco antorchas encendidas con sus largos, larguísimos brazos, y, tras este, una zagala de pelo atigrado y rostro lozano hacía sonar una flauta.

Esa zagala tenía los ojos más azules que Astilla había visto jamás. Esa zagala miró a Verde con esos ojos suyos y Verde la miró a ella. Esa zagala resultó llamarse Mevéa. Y, una tarde cualquiera, llegó a La Bellada para poner el mundo de Astilla patas arriba.

Verde había dejado de seguirla a todas partes y tanto en el rancho como a orillas de La Bella solo se hablaba de una cosa: Forja de Luna.

La Bellada, desde los años de El Buen Polvo, no era ya un lugar de paso para nadie, y toda novedad, más aún si esta llegaba desde el exterior, se recibía como agua de lluvia en el desierto. Aquellos circenses y vendedores ambulantes atraían la atención tanto de los zagales como de los más ancianos, y mare Ladia, siempre atenta a las mejores oportunidades y recién nombrada caldesa, no tardó en invitarlos a su hogar. La noche siguiente a su llegada, el diligente *maisse* Omo echó contra la pared las redondas mesas del local y las sustituyó por una mesa larga que no tardó en vestir con sus mejores galas. Siguiendo las órdenes de mare Ladia, las putas dejaron de serlo para limpiar de cabo a rabo el salón frotando suelos, paredes e incluso techos durante todo el día, y, en menos de lo que tarda en prepararse un buen puchero, su templo se había convertido en la envidia de cualquier krae. A su mesa fueron invitados solo los más afortunados y huelga decir que a El Blanco y los suyos no les llegó tarjeta alguna.

Sí a La Cruz y Sus Huérfanos, claro, sí a Astilla y a Verde, y también a Merro, el viejo chatarrero. Para cuando llegaron de La Pequeña Bellada, los Garría ya estaban allí, y también el publicano con su mujer y toda su caterva de hijos, bien entrados en carnes todos ellos. No tardaron en compartirse abrazos y apretones de manos, y Astilla pronto sintió sus mejillas irritadas de tanto besuqueo.

—Alivia ese ceño tuyo, niña —la regañó sonriente mare Ladia al pasar—. *Nu* te pega con el vestido.

Sí, aquella noche llevaba un vestido. No uno tan blanco ni de cola tan larga ni con tantos volantes como el de la *madame*, claro, pero, para su disgusto, un vestido de igual modo. Todos le habían dicho que se la veía radiante con ese incómodo trapo del color del fuego. *Sencillo, pero eficaz*, le había dicho La Graja tras obligarla a ponérselo, y Verde, al verla bajar por las escaleras, había tartamudeado lo suyo para terminar balbuceando: *Te queda bien con la piel... Con el color de tu piel, quiero decir*. Pero nada de eso lo hacía más fácil. Aunque sí que lo hacía más llevadero ver que todos compartían su desdicha.

Hacía ya tres largos soles desde lo ocurrido en Tierra Hueso y según La Graja y su padre tocaba celebrar la paz. Astilla no era la única a la que habían obligado a disfrazarse para la ocasión. Trespasos no dejaba de ajustarse las hombreras de su chaqueta marrón, tirándose a cada poco del estúpido lazo que le apretaba el cuello de la camisa y que, según Verde, se llamaba pajarita. La Graja se había vestido con una larga e incómoda toga al estilo de los sorgas de las leyendas y, por mucho que todo aquello hubiera sido también idea suya, lucía un ceño más pronunciado que el suyo mismo, tan fuera de lugar bajo su disfraz como un córvido disfrazado de arlequín. Incluso a Deb le habían obligado a quitarse esa sucia pelliza suya que olía a hierro y vestirse como La Frontera mandaba, pero no con demasiado éxito: para cuando llegaron al salón ya había perdido dos botones de su embutido chaleco, una de las mangas de la camisa le quedaba grande y la otra se le escurría una y otra vez antebrazo arriba, y ese sombrero suyo no alcanzaba a ocultar, ni siquiera a la tenue luz de las velas del local, sus horribles cicatrices. Otro asunto bien distinto eran Los Rojos, claro. Para Los Rojos ese era su hábitat. Su hogar.

Pero si de deslumbrar se trataba, su padre no se quedaba rezagado. La verdad era que Astilla nunca lo había visto vestido de aquella manera. Al poco de llegar, mare Ladia, la cola de su vestido blanco atada a su mano izquierda con una elegante cinta, lo miró de arriba abajo y no tardó en arrastrarlo de un lado a otro sin soltarse de su brazo. Ya fuera o no por casualidad, el albor de su vestido combinaba a las mil maravillas con el elegante traje negro a tres piezas que su padre había sacado La Frontera sabía de dónde. Al verlos allí plantados, a mare Ladia y a su padre siendo el centro de todas las miradas, no tardó en florecer en sus labios una sonrisa. Desde lo ocurrido en Tierra Hueso no recordaba haber sonreído de aquella manera; siempre ceñuda, siempre enfurruñada con su padre desde entonces. Pero al verlo tan sonriente, tan bien peinado y tan feliz del brazo de su amada, tan guapo, incluso llegó a olvidar todas esas historias horribles de la guerra. De las mentiras. De las verdades a medias.

De los golpes y de los cuchillos y de la sangre.

Ni siquiera cuando los miembros de Forja de Luna fueron recibidos por *maisse* Omo y se desparramaron por el local consiguieron eclipsarlos del todo, y eso que a la pareja que dirigía la *troupe* se les veía espléndidos en sus sedas multicolores ya limpias del polvo del camino. Él llevaba un sombrero floreado y en una elegantísima reverencia lo arrastró por el suelo ante mare Ladia; ella ofreció el dorso de su mano a su padre como la más altiva de los kraes y La Cruz respondió a su gesto como la etiqueta mandaba.

Se presentaron como Balasar y Miruna de Luna, y en el centro del corro que ya empezaba a formarse, fueron presentando al resto de su *troupe*. A la anciana la presentaron como Sirra La Hieromante, y al viejo de los ojos somnolientos y alegres como Pozuelo El Bufón. El tral resultó gozar de un nombre tan presumido como sus prendas: Cilerio Tabadeo; los jóvenes gemelos Tiá y Tió, el malabarista Cal El Largo y, por último, la moza flautista que vestía un vestido del color de sus ojos y que resultó llamarse Mevéa.

Siendo honestos, a Astilla esa zagala le cayó a las mil maravillas aquella noche. No tardaron en quejarse de sus respectivos vestidos prefiriendo antes y sin lugar a dudas el polvo del camino a esas estúpidas fiestas que ambas sabían tan llenas de hipocresía como de veneno los colmillos de la serpiente, y cuando la cosa empezó a calentarse al amor de los espirituosos mejor guardados de la *madame*, y su padre, con la camisa arremangada, rompió a tocar una alegre melodía con su banjo acompañado de uno de los Garría que tocaba el cajón, juntas se rieron desde una esquina de las bonanzas y desventuras de los afortunados invitados de mare Ladia.

Aplaudieron a Trespasos cuando este, algo más bebido de la cuenta, intentó seguirle el ritmo a una de las putas en el jocoso corro que se formó bajo el escenario, y lloraron de la risa cuando, al desplomarse sobre la mesa, sus orondos bigotes se hundieron en una ensaladera y salieron chorreando como recién salidos del baño. Fueron las primeras en sumarse a los vítores y jaleos cuando mare Ladia subió a la mesa a bailar bajo las velas que titilaban desde los candelabros como un cielo estrellado, y compartieron codazos al ver como todos y cada uno de los hombres, y sí, también algunas mujeres, babeaban ante aquel milagro de la naturaleza. Cuando fuera rompió a tronar y todos gritaron asustados, ellas corrieron raudas a asomarse a la ventana para toparse con Deb que, con la ayuda de Cal El Largo, llenaba el cielo de estrellas multicolores. Incluso llegaron a apostar con Los Rojos a los dados, para desventura, claro, de ambas. Para cuando quisieron darse cuenta, todo el mundo había bebido lo suficiente como para que no les pareciera nada del otro mundo que la cabra de Forja de Luna pastara sobre los

manjares del salón de mare Ladia, pero, sin duda alguna, lo que se llevó la guinda del pastel aquella noche fue esa discusión sin fin de La Graja y Sirra La Hieromante, ambas siempre ceñudas cada vez que Astilla y Mevéa pasaban a su lado, siempre refutándose la una a la otra, tan distintas y sin embargo tan iguales. Más de una vez las sorprendieron señalándolas, y más de una vez, riéndose como chiquillas, corrieron raudas a alejarse de tan frías y ardientes miradas, y solo por eso esa fiesta a la que tan pocas ganas tenía de acudir ya merecía la pena.

—Parece que a tu amigo le ha gustado Balasar —le dijo señalando a Verde cuando ya la fiesta, más que parecer graciosa, empezaba a dar bastante pena para aquellos que no estuvieran lo bastante borrachos—. *Nu* se ha apartado de él en toda la noche.

Astilla bufó.

—Ese se va con cualquiera que sepa *sarlar* en condiciones —manoteó—. El pobre tiene tan poca sangre en las venas que se deja embrujar por cualquiera —rio. Y sí, puede que ella también hubiera bebido más de la cuenta.

—Pues a mí *nu* me importaría embrujarlo. —Al encararla, Mevéa tenía las mejillas encendidas, más por el alcohol que por la vergüenza, pues, de esta última, no parecía tuviera demasiada a aquellas horas—. ¿Te molesta? ¿Estáis...?

—Oh, *nu* —corrió a informarle Astilla—. Solo somos amigos. Nos conocemos desde... Bueno, desde siempre.

—¿De verdad? —insistió.

—De verdad. —E incluso le guiñó un ojo.

Solo que se sintió rara al decir aquello. Abandonada cuando Mevéa, quizá empujada por los vapores de mare Ladia, no tardó en rondar al bueno y torpe de Verde. Jocosa, cuando, nervioso, lo vio esquivarla de una punta a otra del local, y al poco ceñuda cuando los vio reírse juntos. Molesta, incluso, La Frontera sabía por qué.

Pero aquella noche, como todas, llegó a su final, no sin antes decidirse que los Forja de Luna se quedarían como invitados especiales de mare Ladia por un tiempo indefinido.

—Mi templo es vuestro templo —dijo a lomos del escenario, y su público aplaudió por eso. Para luego, cuando la noche helaba los huesos justo antes del amanecer, retirarse en una torpe riada salpicada de ebrios meandros que, si tenían suerte, los llevaría de vuelta hacia su hogar.

Astilla, ceñuda, deambulaba por el salón en busca de Verde mientras *maisse* Omo, sin pronunciar queja alguna, ordenaba el mobiliario y retiraba los desperdicios pisoteados del suelo, y también, por qué no decirlo, a algún rezagado que, de no ser por su ayuda, puede que nunca hubiera conseguido levantarse. Trespasos se carcajeaba desde las escaleras junto a Pozuelo El Bufón y un par de putas, en la puerta mare Ladia se despedía de Los Garría, y junto a la estufa barriguda del local Balasar y Miruna de Luna parecían a todas luces cortejar a Los Rojos, pero de Verde no había ni rastro.

—¿*Dónde* se habrá metido ese lupen? —bisbiseó.

—Ildi.

La voz de su padre le arrancó el ceño de la cara, y no precisamente por haberla descubierto buscando a aquel que, por norma, siempre la andaba buscando a ella. Desde lo ocurrido en el desierto eran contadas las veces que ella y su padre habían pasado tiempo a solas, y a Astilla le costó lo suyo volverse hacia su voz. El peinado se le había ido al traste, y de su elegante traje

solo quedaban una camisa remangada y unos pantalones sucios el polvo sabía de qué, pero todavía se le veía tan guapo como antes. Viéndolo así, su padre no parecía un brutal asesino para nada.

—Pa... Eres tú.

—Siento decepcionarte.

—*Nu* me decepcionas. *Nu* buscaba a nadie... Nada en concreto —mintió.

Su padre asintió, y en el silencio que siguió a tan pocas palabras, ambos acabaron apoyados contra la pared. Era raro ver a su padre de aquella manera, *sentirlo* de aquella manera. La Cruz siempre tenía las palabras adecuadas, La Cruz no regalaba historias ni sonrisas, pero aquella noche tenía algo que decir y no lo soltaba. Y eso era raro. Tanto que el silencio empezó a parecerle de lo más incómodo, tanto que:

—Así que se quedan, ¿eh?

Su padre enterró la cabeza entre los hombros.

—Eso parece, sí.

Astilla apenas si se atrevía a mirarlo de reojo.

—Pues la verdad es que *nu* entiendo por qué. Encontrarían mil sitios mejores que La Bellada, aquí los rulos van a menos, todo el mundo lo sabe. Alguien debería decírselo.

—Lo saben. Incluso me arriesgaría a decir que por eso mismo han cruzado el desierto. Porque lo saben.

—*Nu* te sigo. —Su padre esperó. Su padre volvía a ser el mismo de siempre y sabía, o mejor, *confiaba* en que ella solita encontraría las respuestas. Con los ojos abiertos al comprender —: Están huyendo. Se esconden de algo, ¿es eso?

—Sé lo mismo que tú, Ildi. Pero como bien has dicho, encontrarían sitios mejores si es hacer fortuna lo que buscan.

Desde la pared, Astilla escudriñó a los circenses con una mirada distinta. Pozuelo El Bufón compartía una botella con Trespasos; resultaba tan agradable a la vista que bastaba con echarle un vistazo para que una sonrisa aflorara en sus labios. Era raro que Balasar y Miruna de Luna, siendo pareja como decían, flirtearan con Los Rojos de aquella descarada manera, pero eso no los convertía en unas malas bestias. Los gemelos dormían agazapados en un rincón junto a la cabra como un par de inocentes Imberbes y el tal Cilerio Tabadeo no hacía mal a nadie por querer gastarse los rulos escaleras arriba con las chicas de mare Ladia. Cal El Largo compartía historias e inventos con Deb cuando por costumbre nadie compartía con el tral ni media hogaza de pan, y Sirra La Hieromante, si bien seca como leña de río, no podía ser una mala persona si La Graja todavía le regalaba su compañía a tan avanzadas horas y, al parecer, con gusto. Por no hablar de Mevéa, la cual se había pasado toda la... ¿*Dónde* daimonios estaba Mevéa?

Astilla cabeceó.

—Pues *nu* parecen mala gente.

Su padre gruñó.

—En un mundo como este huir de algo *nu* te convierte en un monstruo, Ildi. Puede que todo lo contrario.

—Ya... —Astilla se rascó la cabeza—. ¿Crees que son renegados? ¿O de *esus* de Archo El Duende?

Su padre se encogió de hombros.

—Para mí son lo que dicen que son: Forja de Luna. Y de momento *nu* tengo por qué desconfiar.

—Ya... *Lu* que está claro es que familia *nu* parecen. Cada uno parece sacado de un cuento distinto, ¿eh?

—Bueno... Míranos a nosotros.

Ambos rieron. Y eso era raro.

Al rato:

—Ildi... —Esta vez fue Astilla quien esperó; no tenía pensado ponérselo fácil. No después de tres largos soles sin explicación alguna, de pasarse toda una vida esperando una respuesta. Tuviera lo que tuviera que decir, tendría que sacárselo él mismo de las entrañas.

Por mucho que le costara lo suyo ver a su padre de aquella manera; torpe, tan poca cosa. Apretando los dientes por no saber qué decir o cómo decirlo. Más borracho de la cuenta, rejuveneciendo años enteros al dudar cuando no estaba acostumbrado a hacerlo. Por mucho que le costara lo suyo no salvar la distancia que los separaba y abrazarlo por mostrarse así, tan vulnerable y tan tierno ante ella bajo ese cielo estrellado de velas y candelabros, Astilla no iba a ponérselo fácil.

—Quiero que sepas que todo lo que hice, que todo lo que siempre he hecho, ha sido por protegerte. Por protegeros a todos. —Su padre se miraba las manos desnudas como aquel día en aquella cueva. Las palabras, fueran cuales fueran, le temblaban en los labios sin atreverse a salir, pero ella siguió esperando. Su padre acabó por suspirar—. Siento haberte decepcionado. Solo hice...

Astilla quería abrazarlo, de verdad quería hacerlo. Pero:

—Basta —siseó. De pronto se sentía rabiosa, y ni toda la ternura del mundo ni toda la debilidad de su padre eran capaces de extinguir las llamas que sentía bien dentro.

Llamas por todas las mentiras, por las verdades a medias. Llamas por haberse visto obligada a buscar la verdad desde que era una niña. Llamas por su madre y por su sangre y por ser tan especial para todo el mundo. Llamas porque el pueblo de su madre, de ella, solo buscara la muerte. Llamas por haber abusado de la diiva aquel día y llamas por haber perdido la oportunidad de convertirse en una sorga. Llamas por ser siempre ella la que acababa por complicarlo todo, llamas por saber que si siempre acababa complicándolo todo era porque necesitaba saber y su padre, La Cruz, se mantenía al margen y se mantenía vivo. Llamas porque ese pedazo de lupen de Verde no estaba por ninguna parte. Llamas porque se sentía sola y también porque, a pesar de todo, sentía ganas de abrazarlo.

Llamas porque:

—Quiero saber qué le pasó. A mi madre. Quiero saber cómo era. Cómo murió. Y quiero saber por qué su pueblo quiere matarme. ¡Si eso es verdad siquiera! ¡Si *nu* todo lo que me has contado es mentira!

Estaba gritando. De pronto ella y su padre se habían convertido en el centro de todas las miradas. Cuando dejó de gritar y consiguió enfocar a su padre, parecía que este acabara de recibir un flechazo, pero Astilla no tenía pensado ponérselo fácil.

—Respóndeme a eso y dejarás de decepcionarme, ¿oca? Ten el valor de contarme toda la verdad y seré tu perrito faldero de nuevo. La astilla de tu cruz. Pero basta de mentiras. Basta de excusas. Quiero saberlo *todo*.

Ya está, ya lo había dicho. Lo había soltado. Pero no por eso se sentía mejor. Pero no podía dejar de pensar que quizá, si lo hubiera abrazado, se sentiría mucho mejor de lo que ahora se sentía.

Solo que las llamas, cuando su padre dijo lo que dijo, no tardaron en avivarse.

—Solo hice lo necesario. —Ni siquiera la miraba—. Lo difícil. Nada más.

Otra de las malditas frases de su padre.

—¿Y a qué *daimonios* se supone que contesta eso? ¡Eh! ¿A qué?

—Basta, niña. —La voz de su maestra sonó como un látigo en su consciencia.

Si su padre la hubiera agarrado del hombro como La Graja la agarraba, si cualquiera se hubiera atrevido a tirar de ella de aquella manera, Astilla le habría arrancado la mano de un mordisco, pero no a su maestra. Su maestra, desde niña, le daba algo de miedo.

Y Astilla se limitó a boquear. De pronto las mejillas encendidas por saberse en el centro de todas las miradas. Por comprender que acababa de liarla una vez más, que acababa de fastidiarles la fiesta a todos. Por rabiar como rabiaba.

Se limitó a apartar la mano de su maestra de un empujón y salió a zancadas del local. Otra noche cualquiera Verde habría corrido tras ella. Verde le habría servido de saco para meter toda su rabia y su vergüenza y su dolor. Le habría gritado tanto y todo y a él no le habría importado.

Pero aquella noche no era una noche cualquiera. Verde había dejado de seguirla a todas partes y, en las lunas que siguieron a aquella noche, tanto en el rancho como en La Bella solo se habló de una cosa: Forja de Luna.

5

Como bien decía una de las frases de su padre, la paz bien merecía morderse la lengua, y Astilla, ya fuera por vergüenza o por facilitarse la vida, no tardó en hacer las paces con él.

No hablaron del tema, claro. Su padre y ella no hablaban de ese tipo de cosas. Pero un buen día, mientras Trespasos dejaba caer viruta tras viruta de la figurilla de madera que tallaba al amor de la lumbre y su padre desayunaba aun antes de rayar el alba como hacía a diario, Astilla se acercó a él y le plantó un torpe y brusco beso en la coronilla.

—Lo siento —le dijo ya sentándose a la mesa.

Y él, sin mirarla:

—Yo también lo siento.

La Graja cabeceó satisfecha desde las sombras y, para bien o para mal y con los mismos secretos de siempre a la mesa, todo volvió a ser como antes.

Aunque no todo. Verde cada vez pasaba más tiempo en La Bellada y, una vez Astilla hubo arreglado sus cosas, no tardó en burlarse de él por eso:

—¿Y bien? —lo asaltó esa misma mañana cuando él regresaba de regar los huertos—. ¿Nu tienes nada que contarme?

No era ni mucho menos la primera vez que se veían desde la fiesta. Verde no le había servido de saco donde meter toda su angustia aquella noche, pero sí los días que la siguieron. Sí, iba y venía más, se traía algo entre manos, pero, siendo honestos, todos y cada uno de los días sacaba un rato para ella.

Así era él.

—¿Qué voy a tener para contarte? —La verdad es que la cara de Verde era todo un cuadro: sonreía y se ruborizaba y negaba a un tiempo. Temblando y también jocoso, cabizbajo y al mismo tiempo a punto de gritar de felicidad. Sobre todo, esto último.

Estaba claro: había follado y bien.

—Ah, *nu* sé —siguió jugando Astilla—. Algo como que su pelo es del color del trigo —y medio bailoteó, medio manoteó hacia los campos de mies—. O de que sus mejillas lucen como una manzana madura. O de que sus ojos nada tienen que envidiar al cielo. *Nu* sé, yo *nu* soy la cuentacuentos, pero algo de *esu* —y le guiñó un ojo.

—Veo que ya no estás enfadada —bufó Verde.

Astilla torció la cabeza.

—Yo siempre estoy enfadada, ya sabes. —Por no decir, claro, que algo sí que le molestaba su nuevo romance—. Pero lo disimulo como mejor puedo. —Al poco, aguantándole la mirada—: Gracias por *nu* dejarme sola estos días. De verdad.

—Bah. No es nada. —Recolocándose las gafas. Escondiéndole la mirada.

La verdad es que Astilla no tenía ni idea de por qué a Verde se le veía tan guapo aquella mañana, y eso la fastidiaba lo suyo. Pero ya se había pasado demasiados días en el pozo, así que lo mejor era no darle demasiada importancia a aquello.

—Bueno —sonrió—, ahora vamos a lo importante. ¿Cómo decías que eran sus ojos?

Los días fueron dando paso a las semanas y las semanas a las lunas y Astilla no tardó en descubrir que no solo Mevéa la privaba de las atenciones de su viejo amigo de la infancia. Hasta la llegada de los Forja de Luna, su padre había sido el mejor contador de historias de La Bellada, pero, ya fuera por novedad o por verdadero oficio, Balasar de Luna resultó superarlo con creces en muchos aspectos. Cada día de mercado los miembros de Forja de Luna desplegaban sus maravillas a la sombra de ese cedro altísimo que se alzaba entre el cuartel del publicano y el salón de mare Ladia, para luego, al caer las sombras, guiar a los vecinos de La Bellada hacia sus pecaminosas entrañas. Los años de El Buen Polvo habían quedado atrás hacía muchos soles, pero, exceptuando al dácono de la aldea y a sus cada vez menos numerosos parroquianos, todos estaban de acuerdo, su padre y La Graja incluidos, en que Forja de Luna había traído consigo nuevos tiempos de bonanza para aquellas tierras dejadas de la civilización, e incluso a alguno de los perros del Volario se le veía de vez en cuando pululando por allí con su familia. Y sí, en gran parte se debía a Balasar de Luna y sus historias, y Verde, como gran amante de los cuentos que era, pronto se vio seducido por el carisma y el buen hacer de ese hombre con rostro de ave rapaz.

—Te perdiste una buena anoche. —Verde la encontró sentada sobre el murete que separaba los campos de mies de la acequia que llevaba hasta el viejo molino.

Atardecía, y las afiladas sombras de los frutales parecían señalar a las umbrías paredes de Cañón Último.

—¿Una buena de qué?

Verde ahogó un quejido al trepar hasta lo alto del muro para sentarse a su lado; nunca había destacado por su agilidad.

—Una buena historia. Seguida de una buena fiesta —le sonrió—. Pero sobre todo lo primero.

Cantaba la chicharra y olía a campo recién cosechado. Una suave brisa de verano que apenas alcanzaba a aliviar el calor del desierto mecía los restos de la cosecha, las briznas de paja destellaban sanguinas a la luz del atardecer al cruzar erráticas ante sus ojos. La Bellada era un espejismo lejano tras la calima y los manzanos se veían cargados de frutos verdes y duros que ya iban pidiendo a gritos que alguien les aliviara la carga. La acequia ronroneaba a sus pies coreada por los balidos de las cabras y los gruñidos de la vieja cerda que, al ver acercarse a Trespasos y a Merro, el viejo chatarrero, cargados con sendos sacos de grano, celebraban su llegada.

—Así que sobre todo de lo primero, ¿eh? Poco me he perdido entonces —añadió al rato—. De historias ya he tenido bastante para varias vidas.

Aquello no era del todo verdad, bien lo sabía Astilla. El motivo de su ausencia no era ni mucho menos la falta de interés: las pocas veces que había escuchado contar una historia a Balasar de Luna se había sentido tan embrujada como el resto, más aún si por ventura Miruna de Luna las aderezaba con alguna de sus canciones. Pero de ninguna manera tenía pensado contarle que le molestaba lo suyo verlos tan acaramelados a él y a Mevéa; a ese pequeño detalle, siendo honestos, ni ella misma le daba demasiadas vueltas.

La verdad era algo que una llevaba bien dentro. *Un buen Rompebotas nunca cuenta su propia historia, Ildi*; una de las frases de su padre.

—Ya supongo. —A Verde se le veía algo dolido—. Solo quería que... Bueno —manoteó—. Que lo supieras. Estás más que invitada.

La verdad era que Astilla ya no se sentía demasiado invitada a ninguna parte. Con su ceño siempre apretado, con ese pronto suyo que hacía que todos le tuvieran, si no miedo, al menos cierta *precaución*.

—Lo sé. Y gracias. Pero ya sabes que siempre he preferido la soledad a las turbas.

—Mantente viva y mantente al margen, ¿eh?

—Supongo —sonrió Astilla. O al menos intentó que aquella mueca suya lo pareciera.

Porque la verdad era que tenía otros motivos para preferir la soledad. La paz bien merecía morderse la lengua, pero no por eso Astilla se daba por rendida. Si su padre no iba a darle respuestas nunca, ella las buscaría por sí sola. Si La Graja no tenía pensado enseñarle en condiciones, ella profundizaría en los misterios de la mezcla por sí misma. Ambas cosas podían resultar peligrosas, sí, de hecho, ni siquiera había empezado a trazar un plan en condiciones en cuanto a todo ese asunto de las respuestas se refería. Respecto a La Ságida sí que había hecho ciertos avances. Si bien había tenido la suficiente lucidez de no acudir a la diiva, si bien no era tan estúpida como para colarse en el laboratorio de La Graja de nuevo, ella ya sabía lo bastante de La Ságida para seguir profundizando por sus propios medios, y de ahí lo torpe, o más bien cansado, de su sonrisa.

Astilla, sin que nadie tuviera ni la más mínima idea al respecto, llevaba casi una luna sin dormir más que unas pocas horas cada noche. Las lecciones de su maestra se limitaban a El Primer Triángulo, e incluso de este apenas si experimentaban más allá de sus dos primeras

puntas, dejando Samu, su Ajeno, de lado. Se pasaban las horas levantando Soma y repitiendo una lista infinita de materiales e ingredientes casi a modo de oración, y cuando la lección llegaba a su fin, Astilla no sabía más de La Estrella de Nueve Puntas que cuando tenía doce o trece soles.

Astilla, que al parecer había aprendido a mentir tan bien como su padre, asentía obediente a las palabras de su maestra, pues sus verdaderas lecciones se practicaban en soledad, aprovechando todo cuando La Graja le había enseñado para, al caer las sombras y en la intimidad de su habitación, levantar puntas que su maestra jamás le habría permitido levantar.

De sus visitas a la jerca de los tral aprovechaba para conseguir información de las ancianas, pues si bien estas no eran sorgas avezadas como su maestra, quizá ni sorgas siquiera, las viejas tral burlaban lo suficiente los rectísimos preceptos de La Sorgia como para despertar su interés. A la sombra de los toldos de sus chabolas las ancianas lanzaban sus zulas: tabas de leño, hierro y hueso, madera de río, plumas y trozos de piel, balas y monedas para adivinar el futuro o al menos anclar al presente a los vecinos de la jerca. Y sí, Astilla sentía la mezcla entre sus dedos todas y cada una de esas veces, y si luego, ya en las umbrías entrañas de sus chabolas, ella hacía las preguntas adecuadas, si contaba las mentiras precisas a la luz de las velas de sebo, las ancianas se atrevían a enseñarle lo suficiente de su *fechicería* perseguida por El Tribunal, vendiéndole de paso, y a un buen precio, los materiales precisos para la elaboración de fetiches que Astilla tenía terminantemente prohibidos, siempre a cambio de la promesa de que nunca le contara nada de todo eso a la temida Graja, ni aunque Los Cucos cantaran y el polvo se los llevara a todos por delante.

Una no experimenta con la mezcla, niña, le decía siempre su maestra. *Una aprehende de la mezcla, y luego, con el debido respeto, una ruega por su ayuda.*

Pero la verdad era que a Astilla no se le daba demasiado bien rogar. Y de ahí su soledad. De ahí esas ojeras que tanto la afeaban. De ahí su ceño siempre fruncido. De ahí que Verde, que tan bien la conocía, le dijera aquella mañana:

—No tienes buena cara, Ildi. —Solo su padre y Verde la llamaban así. Por norma no solía molestarla, pero tuvo que disimular y bien para ocultar la mueca de disgusto que ya fruncía sus labios.

Frotándose los ojos:

—*Nu* estoy durmiendo demasiado bien. Será eso.

—Ya... —Desde lo ocurrido en el desierto Verde tenía la maldita manía de acariciarse el muñón de su dedo con el pulgar, y eso, aun habiendo pasado tanto tiempo, todavía la hacía sentir culpable por lo ocurrido—. Se te echa de menos, ¿sabes? Todos te echamos de menos.

¿A mí?, estuvo a punto de soltarle. ¿A mí se me echa de menos, pedazo de lupen? Porque la verdad era que ella no había sido la primera en distanciarse. La verdad era que, si Verde la hubiera seguido a todas partes como antes, ella, para bien o para mal, nunca habría llegado a eso.

—Vamos, *nu* será *pa* tanto —una mueca de sonrisa colgando de sus labios—. Sin mí por ahí dando vueltas *nu* hay nadie que os fastidie la fiesta.

—No es justo que te digas eso —la refutó su amigo—. Tenías tus razones para enfadarte aquel día, todavía las tienes. Tu padre...

—Vale —le cortó Astilla manoteando desganada—. Esto *nu* tiene nada que ver con mi padre, Verde. Ya hice las paces con él. —Y encarándolo, esos ojos verdes suyos—: Estoy bien. De verdad. Solo algo cansada.

Verde nunca conseguía aguantarle mucho tiempo la mirada.

—Está bien. No insisto más. Solo quería que supieras que... Pues eso. Que se te echa de menos.

Verde esperó por largo rato sentado sobre el muro. En silencio. Esperando que ella, quizá, se atreviera a decirle que esa misma noche iría con él al salón de mare Ladia, como antes, como tantas otras veces. O esperando que le dijera que ella también lo echaba de menos. Esperando, al menos, que ella le contara la verdad.

Pero el silencio se hizo demasiado largo.

—Nos vemos, entonces —musitó su amigo de siempre tras bajar de un salto del murete.

—Eso —le sonrió Astilla.

Si la gente la prefería sonriente, ella les regalaría su sonrisa. Si bastaba con sonreír, con decir lo que querían escuchar para que por fin la dejaran en paz con sus asuntos, no costaba tanto hacerlo. Como decía su padre: *La amabilidad no cuesta un rulo*.

Verde se detuvo tras dar unos pocos pasos de vuelta al rancho. Las paredes de Cañón Último se tragaron el sol y la sombra se extendió por y sobre los huertos. Verde se volvió despacio. El muy lupen se acariciaba su muñón, sin mirarla.

—Hay algo que quería contarte. He estado liado estos días y... Bueno, no he tenido mejor ocasión.

El viento arreció, más frío que antes, y Verde tuvo que agarrarse el sombrero para que el temporal no lo arrastrara consigo. Tan torpe, tan poca cosa como siempre. Y sin embargo, La Frontera sabía por qué, más guapo. Más afilado. Más hombre.

—Habla, frae. Soy solo yo. —Astilla quería sonar despreocupada, pero, viéndolo allí plantado, tan compungido, tan sin saber qué decir, un nudo atenazaba sus entrañas.

—Estoy preparando un espectáculo con los Forja de Luna. Una historia. Un teatro de sombras.

Astilla suspiró aliviada.

—¿Era solo eso? —rio—. Y quieres que vaya a verlo, ¿verdad? —Verde no decía nada, aunque tampoco era que ella le dejara hablar—. Pues claro que iré, pedazo de lupen. *Nu* tienes ni que pedirlo.

—Gracias. —Verde seguía sin mirarla—. Pero no es solo eso. Hay algo más.

Ceñuda:

—Me estás asustando. Habla ya, ¿oca?

Verde asintió. Y terminó por mirarla.

—Cuando Balasar y los otros se marchen me marcharé con ellos, Ildi. Quiero dedicarme a esto. Quiero conocer mundo a lomos de un escenario. Todo esto del teatro y de las historias... — Las palabras se le acabaron y acabó por bufar—. Quiero hacerlo. Lo siento.

En el silencio que siguió a las palabras de Verde, el canto de los grillos fue tragándose al de las chicharras. El crujir de las ramas ante el embate del viento, la rueda del molino girando, girando.

—*Me gustaba leer. Me gustaban las historias* —musitó Astilla.

—¿Qué?

—Eso fue lo que me dijiste. —El polvo sabía por qué, estaba sonriendo—. Cuando te pregunté que qué era lo que hacías Antes de Aquello. Cuando todavía no habías conseguido ni salir de la cama. Cuando todavía eras un atolondrado de Antes recién cruzado, te pregunté qué era lo que hacías y me dijiste eso. Que te gustaba leer. Que te gustaban las historias.

—Astilla, yo...

—Nada de yo. —Había bajado del muro, con solo dar un par de pasos lo hubiera tenido encima—. Uno tiene que hacer lo que tiene que hacer, frae. Y está claro que lo tuyo es esto. Lo harás bien. Tienes que hacerlo. Tienes que irte.

La verdad era que Astilla no quería decirle eso. Lo que sentía, lo que todo su ser le pedía a gritos que dijese era justo todo lo contrario. Si era necesario, echarle en cara su ausencia, su abandono. Si era necesario, contarle lo que nunca le había contado. Lo importante que él era para ella. Todas las veces que la había sacado del pozo. Todas las veces que le había servido de saco para meter toda su rabia y todas sus penas.

Si era necesario recordarle la promesa que le hizo en aquella cueva: *No vas a librarte de mí tan fácil, ¿me oyes? Tú me salvaste del desierto. Te debo una. Y voy a tardar toda una vida en pagártelo, te guste o no.*

Recordarle: *Toda una vida, toda una vida, toda una vida.*

Si era necesario rogarle que no se marchara, pero Astilla estaba cansada de rogar. De esperar. Así que le palmeó la espalda.

—Vamos, *nu* es para tanto —rio—. La gente viene y la gente va, así son las cosas por estos polvos. Yo misma me iré algún día. Cada vez tengo menos que me ate a este lugar. —Y sí, lo sintió derrumbarse un tanto bajo su mano al escuchar aquello. Y sí, se sintió algo mejor por eso—. Al final de todas las relaciones, de todas las historias, estamos solos. Y solos tenemos que decidir. Lo demás son solo cuentos. Mentiras que nos contamos para aliviarnos las noches.

—Mantente vivo —musitó Verde—. Mantente al margen.

—*Esu.*

Aquella tarde dijeron poco más. Verde acabó por marcharse y ella se quedó sola. Desde el murete escuchó sonar la flauta de Mevéa junto al banjo de su padre. Junto a la chimenea escoltada por las figurillas de Trespasos su familia disfrutaba de la compañía, pero ella no.

Ella tenía cosas que hacer. Verdades que descubrir. Y todo lo demás, poco importaba.

Hasta aquella noche, claro. Hasta las sombras y la luz. Hasta la asfixia.

6

Verde la miró desde el escenario, y esta vez fue ella la que no consiguió aguantarle la mirada. A su espalda, mientras se abría paso a brazadas entre los cuerpos, vítores y aplausos:

—Esos lupen me han hecho llorar, bien *siuro*.

—Parecía un sueño... Ha sido precioso.

Mientras ella boqueaba, mientras la puerta parecía quedar cada vez más lejos.

Cuando se marchen me marcharé con ellos, Ildi.

—Otro final feliz —gañía el viejo zapatero—. En mis tiempos los cuentos enseñaban a portarse como La Ságida manda, y si para *esu* tenían que matar al protagonista, pues lo mataban y ya. Y ahora, ¡mira! Solo finales felices. ¡Así *nus* va!

A su espalda:

—¡*Maisse* Balasar, *maisse* Balasar!

Y también:

—¡Verde, Verde!

Astilla consiguió alcanzar la puerta y la empujó con fuerza. El frío aliento de la noche no bastó para aliviarle las llamas que sentía en el pecho. La asfixia. Ceñuda, torpe y resollando, se dirigió hacia el cedro. Necesitaba soledad. Necesitaba alejarse lo suficiente de La Graja para levantar Soma, Pneuma, para calmarse la mente.

Necesitaba distancia, eso era.

Todavía resollaba al apoyarse con ambas manos contra el tronco del árbol. *Cuando se marchen me marcharé con ellos*, pero ¿qué *daimonios* le importaba a ella eso? Era su amigo, sí, su amigo de siempre, pero cada cual seguía su vida. Ella tenía cosas que hacer. Cosas que descubrir. Así que, ¿qué importaba si él seguía su camino?

Soma la alivió como al adicto al yapí su droga, y consiguió respirar. Solo que su cabeza seguía dando vueltas y más vueltas. Había algo allí que no encajaba. Una verdad que no se atrevía a conjurar... Necesitaba Pneuma, eso era. Y también Metayón. Necesitaba *fechizarse* a sí misma para aliviar el tormento de su mente, pero ¿dónde, por La Frontera, había metido ese maldito fetiche suyo?

La encontró así, hurgando en los bolsillos de su zamarra. Tan ceñuda como siempre. Tan Astilla como siempre.

—Ildi —la llamó.

Su maldita voz.

De lejos, al otro lado de La Bella, todavía llegaba hasta ellos el rumor del triunfo, de *su* triunfo. Y Astilla no conseguía arrancar a sus labios las palabras adecuadas. Astilla, aun con Soma levantado, se limitaba a boquear como un pez fuera del agua.

—¿Y bien? —le preguntó—. ¿Qué te ha parecido?

Lo que le parecía es que alguien se había llevado a Verde y había colocado allí a ese hombre que ella no conocía de nada. Ese hombre que hablaba de monstruos y héroes con la voz precisa. Con ese pelo largo y mal peinado que le quedaba tan bien. Con ese chaleco del color de sus ojos, con esos malditos ojos suyos ávidos al mirarla, al esperar su respuesta. Joder, si hasta esas gafas remendadas y sucias de polvo le quedaban a las mil maravillas, así que ¿quién *daimonios* era ese Verde y dónde se había metido su Verde de siempre?

Eso le parecía.

—Ha estado bien. —Al menos gracias a Soma podía respirar.

—¿Solo bien? —El Verde de antes se habría derrumbado ante tan parco elogio por su parte, pero ese Verde, el que tenía delante, hasta parecía estar jugando con ella.

—Bueno... *bastante* bien la verdad —trató de sonreír.

Pero había algo allí que no encajaba. Al tenerlo tan cerca, sobre las raíces de ese árbol, una verdad que Astilla no se atrevía a conjurar... O al menos su cabeza no se atrevía a hacerlo. Pues a su cuerpo le pasaba algo raro. Para su cuerpo todo encajaba. Su cuerpo dio un paso, y luego

otro. Tan cerca que Verde retrocedió. Tan cerca que podía oler a lo que olía.

—¿Te pasa algo? —¿*Acababa de tartamudear*?

No importaba. Si tartamudeaba o no, si ese nuevo Verde eran solo imaginaciones tuyas o no. Solo salvar la distancia que los separaba, solo eso importaba.

—¿Qué...?

Verde no tuvo tiempo de acabar la frase. Astilla lo miraba de cerca, una mirada distinta a todas las miradas que habían compartido hasta entonces. El mismo cedro de siempre y sin embargo distinto. La misma Bellada de toda su vida y sin embargo La Otra Bellada. Hasta el aire había cambiado. Hasta el desierto.

En esa mirada que apenas si duró unos instantes y que para Astilla duró una vida entera, todo cambió. A veces las verdades le hacen eso al mundo; lo cambian para siempre. Y dejó caer sus puntas. Y salvó la distancia que los separaba. Y Verde no consiguió acabar su frase.

Y todo encajó.

Verde sabía distinto a todos los hombres que había besado antes. Todos los hombres sabían distintos, claro, pero en la torpeza de su beso, en sus dudas, Verde le regaló algo que nadie le había regalado nunca antes.

Verde sabía a vulnerabilidad. A autenticidad. A su propia historia.

Y cuando por fin consiguió responder a su beso. Cuando la agarró de la nuca y de la espalda y la apretó contra sí. Cuando ambos Verdes, el de antes y el de después, se fundieron en ese beso, Astilla nunca había sido tan Astilla como ahora.

Y apartándose solo un tanto. Tan cerca que el aliento de él era su aliento. Mirándose como nunca antes:

—Así de bien —le dijo.

Verde suspiró.

—Esto me va a meter en un lío de mil pares de daján, Ildi.

Ella le sonrió.

—Ya lo siento.

—No lo sientas —dijo él.

Verde sabía a Verde. Ni más ni menos.

7

Aquella primera noche la recuerda en blancos y negros. En plata y azul. La recuerda a parpadeos. A escenas arrancadas del tiempo.

Aquella primera noche recuerda arrastrarlo por los campos de mies. Sus cuerpos de azul noche en las sombras, de plata sus ojos al mirarla, su sonrisa al sonreír. Recuerda sus manos enlazadas. Un par de zagales que, de pura ansia y deseo, no dejaban de tropezar el uno con el otro. Para revolcarse a ratos por el suelo en ese juego de manos y de bocas. El picor en su cuerpo por y sobre los campos recién cosechados. Recuerda no importarle nada de todo eso.

Nada del dolor. De los fantasmas. De las mentiras.

Recuerda parpadear y tenerlo bajo su cuerpo. Parpadear y tenerlo encima. Parpadear y arrastrarlo, arrastrarlo, arrastrarlo como la luna los arrastraba hasta ese pajar inundado por su luz.

Recuerda oírle decir:

—Creo que me estoy enamorando —y reírse a carcajadas por eso.

Recuerda trepar escaleras arriba. La torpeza de Verde al desabrochar los botones de su chaleco. Arrancarse la ropa, la suya, la de él. Recuerda que sus pantalones se quedaron colgando de una viga y que luego, una vez todo hubo acabado, tuvieron que saltar, ella en los hombros de él, para conseguir recuperarlos.

Parpadear y sentir su olor. El olor de la mies recién cosechada, pero, sobre todo, el suyo. Mientras él jadeaba:

—Oh, tu olor.

Y:

—Ah.

O:

—Uh.

Y ella:

—¿Todo eso? —riéndose.

Mientras él temblaba de puro gozo sobre y bajo su cuerpo. Mientras los cuerpos apenas si un par de serpientes sudadas retorciéndose, retorciéndose, retorciéndose.

Parpadear y mirar hacia las profundidades de su cuerpo. Ese claro de luna que se colaba por las vigas del techo resbalando sobre su rostro metido ahí abajo, entre sus piernas. Los morros perlados de los jugos de su cuerpo. Preguntarle:

—¿Todo bien ahí abajo?

La lengua de él relamiéndose los labios:

—Todo perfecto.

Recuerda partirse el culo de puro placer.

—¿Te molesta que me ría?

Y él, hablando tan cerca de su coño que la besaba a cada sílaba:

—Todo perfecto.

Parpadear y no aburrirse nunca de sus labios. Tenerlo dentro y apenas sentirlo, pues solo sentía su boca. Su:

—Cueva.

—¿Qué?

—Nada. Calla. Bésame. *Nu* pares, ¿oca?

Parpadear y estar subida encima de él. Ceñuda, como si levantara las puntas más difíciles. Las más prohibidas. Hasta el relámpago. Hasta el trueno. Y luego otro, y otro más. Hasta la tormenta.

Las olas. Un mar de puro placer.

Recuerda verlo sonreír por eso. Ver esos ojos verdes suyos, de plata a la luz de la luna, henchirse orgullosos al verla gozar de aquella manera. Al verla gozar, sus ojos perdieron todo el miedo y todas las dudas y toda su torpeza.

Parpadear y escuchar su grito cascado. De animal. De bestia moribunda. Mientras sentía latir su polla entre los dedos. Todo su cuerpo en su polla.

Tan parecido al dolor. Tan parecido a morir.

Tan distinto.

Parpadear y sentirlo tendido sobre su vientre. Tan cerca que todavía podía sentirlo respirar ahí abajo. Y a pesar del cansancio, de haberse corrido y más de una vez, estremecerse de placer.

—Gracias —le dijo él.

Y ella, agarrándolo de ese pelo largo y despeinado suyo que tan bien le quedaba:

—Calla, pedazo de lupen. Calla ahora, ¿oca?

Reírse por eso. Ambos partirse el culo por eso.

Parpadear y estar fuera del pajar. Ella dándole la espalda, ocultándole esas lágrimas que ni siquiera sabía por qué derramaba. Sentirlo a tuestas a su espalda. Queriendo tocarla, pero sin atreverse a hacerlo.

Escucharle preguntar:

—¿Y ahora?

Recuerda encogerse de hombros.

—Ahora *nu* tengo ni idea.

Porque la verdad era que ella siempre acababa por romperlo todo. Su historia era la siguiente: si algo le importaba, ella le hacía daño. Y tenía miedo de romperlo a él, a su amigo de siempre. Tenía miedo de cansarse de él.

Recuerda que pronto el mundo le parecía demasiado frágil.

Y quizá todo tenía que haberse quedado ahí. Ella dándole la espalda. Salvándolo del dolor. Quizá tenía que haberse conformado con esos blancos y negros. Con ese plata y ese azul. Con esos pocos parpadeos.

Pero acabó por volverse hacia él. Y todo encajó.

Recuerda besarlo a la luz de esa luna casi llena. Estaban temblando. Tenían que haberse dado cuenta entonces. Pero eran solo unos chiquillos. Y tenían sed.

¿Quién puede culparlos?

8

Los Forja de Luna no tardaron en dejar La Bellada. Si renegados o no, si seguidores de Archo El Duende o vulgares asesinos, nunca se supo. Solo un grupo de circenses que alegró las vidas de esa gente fronteriza por un tiempo. Que de sueños los alimentó para luego dejarlos con el mismo polvo de siempre. Para, como todos, seguir su camino.

Mevéa tuvo el enorme valor de buscarla antes de marcharse.

—Supongo que esto es un adiós —le dijo. El enorme valor de sonreírle. De no odiarla con esos ojos de azul cielo suyos.

—¿De vuelta al norte?

Mevéa arrugó la nariz.

—¿Quién sabe?

Astilla, siendo honestos, no se sentía tan valiente ante su presencia. Desde aquella noche a la luz de esa luna casi llena, desde que Verde le contó que la había traicionado, ella y Mevéa nunca habían compartido momento alguno de soledad. La había descubierto mirándola desde la distancia, los ojos entornados, pero nunca le había dedicado palabra alguna de reproche. Y ahora Astilla no sabía qué decir. Torpe, tan ceñuda como antes.

—Yo... —croó—. Verás, Mevéa. Yo nunca quise... *Nu* era mi intención...

—Lo sé —la interrumpió. Y sí, ese pedazo de mujer todavía le sonreía. A pesar del dolor en sus ojos enrojecidos, a pesar de la voz que se le quebraba—: Y lo entiendo. Siempre fuiste tú. Para él, siempre fuiste tú.

—Lo siento —terminó por bufar Astilla; no tenía ni idea de qué más decir.

—*Nu* lo sientas. —A veces ciertas palabras tenían la manía de repetirse. Como una oración. Mevéa tuvo el valor de abrazarla al despedirse y ella no pudo sino responder a su abrazo.

Luego los Forja de Luna dejaron La Bellada atrás y todo volvió a ser como antes... No. Como antes no. Ya nada era como antes. De pronto todo encajaba, y sus lecciones nocturnas fueron sustituidas por noches de gozo y risas. Verde y ella, como antes, como siempre, iban juntos a todas partes, pero ni ella era ella del todo ni Verde era el mismo Verde de siempre. Para gozo de su familia, de la familia de ambos, compartían sonrisas y miradas a la vista de todos como el par de tortolitos en los que se habían convertido, y si bien tuvieron que soportar las pullas y las burlas de Los Huérfanos, unas pocas bromas no iban a fastidiarles el milagro de haberse descubierto de aquella manera.

Y sí, a ratos Astilla se descubría pensando en su madre. En esos moosa que salían de la floresta y tanto la despreciaban. En aquella cueva y aquel desierto blanco como la cal. En su padre resollando y golpeando y asesinando. En las mentiras. En todo lo que le quedaba por descubrir. Pero, para su sorpresa, tan aciagos pensamientos no remoloneaban demasiado en su consciencia. Bastaba con verlo llegar para que su sempiterno ceño fruncido se aliviara. Bastaba con mirarlo de lejos, todavía extrañada por verlo *así*, y todos los fantasmas se desvanecían.

El miedo nos hace ser como somos, le había escuchado contar a su padre una vez, en una de sus historias. *El dolor decide por nosotros la mayoría de las veces. Pero hay otras veces en las que el amor llega para llevárselo todo por delante.*

La vida es dolor, le había dicho su padre a su público. *Y el dolor nos condena al miedo. Pero es por el amor que vivimos.*

Y ahora Astilla lo entendía. Astilla había follado y bien desde muy joven: con Rapaz, y también con algún que otro mozo del pueblo, sin importarle nunca lo que dijeran las malas lenguas. Pero nunca antes ese cariño, esa ternura, esa confianza. Hasta llegar a olvidarse de la otra parte de la historia de su padre. Del miedo y del dolor. Hasta llegar a creerse, como todos aquellos que se han enamorado de verdad alguna vez, que aquello que ella sentía no tendría fin. Que sí, que los otros habían podido fracasar, pero que ella, *ellos*, nunca fracasarían.

El amor nos hace estúpidos, le advertía su maestra. Pero ella no tenía tiempo ni ganas para escucharla.

Ella se había pasado la vida soñando con encontrar respuestas, con convertirse en una sorga como su maestra y una Rompebotas como su padre, pero ahora, para su sorpresa, soñaba con algo bien distinto. ¿Qué tendría de malo quedarse en La Bellada? En aquel rincón del desierto que ya a nadie le importaba, que les pertenecía, que siempre les había pertenecido. Al que podían

llamar hogar. ¿Qué tenía de malo plantearse allí una vida entera? ¿No lo hacían acaso la mayoría? ¿Nacer y crecer y morir en el mismo lugar? Se habían ganado la paz. Su padre los había salvado a todos del desierto y gracias a eso gozaban del favor de sus vecinos, ¿así que por qué no quedarse? Si ya tenía todo cuanto necesitaba. Si era feliz, ¿por qué mandarlo todo al polvo?

Feliz. La verdad era que Astilla no recordaba ser feliz desde que era una niña a la sombra de su padre. Pero ahora lo era. Ahora, ya fuera en el salón de mare Ladia o en el mismo rancho, ella compartía sus noches con su familia. Noches en las que, mientras Trespasos tallaba sus animalillos de madera junto al fuego y La Graja cabeceaba satisfecha desde las sombras, ella cantaba al amor de las cuerdas del banjo de su padre. Noches en las que no le importaba si su voz se rompía demasiado en algunas notas o si atinaba del todo, pues, cuando el amor llegaba para llevárselo todo por delante, para hacernos tontos y estúpidos y descuidados, una mirada bastaba para que nada de todo eso importara. Noches en las que se subía a lomos del escenario para bailar con mare Ladia, como antes del antes, como cuando era una niña y la *madame* la levantaba en brazos y le daba vueltas y vueltas y vueltas. Noches en las que su maestra, harta de verla tan distraída, le decía que su lección llegaba a su fin y a ella no le importaba una mierda.

—Eres pura llama, niña —le regañaba su maestra—. O gozas o muerdes. Cada día que pasa te pareces más a ella.

Y también:

—Tu sangre precisa de La Sorgia como el pozo del agua, niña, no lo olvides nunca.

Pero, oh, ella no tardaba en olvidar todas esas cosas. Había veces en las que el amor llegaba para llevárselo todo por delante, y a ella esa riada la había arrastrado hacia las profundidades de esos mares de leyenda sobre los que Verde, algunas noches, le contaba.

—Pero ¿cómo de grandes eran? —Él pegado a su vientre, ella con los dedos enredados a su melena.

Oliendo a lo que olían.

—Inmensos. Mucho más grandes que la tierra.

—¿Cómo más grandes que la tierra?

—Pues eso. Que había más mar que tierra. Más agua que suelo. El planeta azul, lo llamábamos.

Astilla bufó.

—Ya me estás contando otra de tus historias.

—No. Te digo la verdad.

—Ah, ¿sí? Y si me dices la verdad, ¿cómo es que *nu* tienes escamas como los peces? ¿Cómo es que nadas *pior* que yo? ¿Eh?

Rieron. Aquellas noches reían mucho.

De hecho, Astilla recordaba una en especial. Su padre y ella habían bebido un poco más de la cuenta. Por una vez, mare Ladia había dejado atrás su templo y sus responsabilidades, y tanto algunos de los Garría como ella misma habían acudido a La Pequeña Bellada a celebrar La Luna de Muertos. El comedor estaba atestado. Trespasos no dejaba de alimentar la lumbre y fuera hacía un frío de mil pares de daján. Dentro no. Si algo definía lo que había ahí dentro era justo todo lo contrario.

Su padre y ella habían bebido un poco más de la cuenta. Él rasgaba las cuerdas de su banjo y ella cantaba como mejor podía. Su padre y ella eran el centro mismo de todas las miradas aquella noche, pero a ninguno de los dos parecía importarle. Su romance con Verde no solo había cambiado las cosas para con ambos; desde que ella había dejado de frustrarse por todo, de querer arrancarle la verdad a zarpazos, padre e hija compartían con gusto el tiempo que pasaban juntos. El respeto mutuo. La admiración. El orgullo. Y ni siquiera esos ojos verdes y ávidos suyos la distraían aquella noche de lo que estaba haciendo. De esas cuerdas. De su canción.

El mundo no existía para ellos aquella noche. Como si bastaran esas risas, ese beber de más para perdonárselo todo. Para olvidar.

Su padre y ella habían bebido más de la cuenta y cuando el más joven de los Garría rompió a tocar el cajón y Merro el chatarrero sacó su viejo y remendado acordeón de Antes de Aquello, no dudaron en romper a bailar. Astilla no recordaba haber bailado nunca antes con su padre. No lo recordaba nunca tan feliz, tan limpio. A ella misma nunca se recordaba así. Dando vueltas y vueltas. Siendo payasos para todos. Sonriendo, riéndose como reían al tropezar.

Y ya fuera por el alcohol o por esa riada de amor que todo se lo llevaba, cuando la canción llegó a su fin, Astilla besó a su padre en la coronilla y le dijo:

—Eres un pedazo de bestia de padre, ¿lo sabes? El mejor.

Y ya fuera por el alcohol o porque su padre acabara de recibir el mejor regalo de su vida, los ojos negros, negrísimos, de La Cruz se nublaron de lágrimas y le dijo:

—Eres mi carne, Ildi. Te digan lo que te digan. Escuches lo que escuches. Eres mi carne. Todo lo que yo soy.

La voz se le rompió a su padre aquella noche, y ella, sin darle más importancia de la debida a sus palabras, lo abrazó. En el centro mismo de todas las miradas.

Aquella noche, tirando de Verde escaleras arriba más borracha de la cuenta, el mundo de Astilla daba vueltas y vueltas en la riada.

—Desnúdate —le ordenó a su amigo de siempre.

Para luego ella misma arrancarse la ropa. Para luego, La Frontera sabía por qué, masturbarse ante sus ojos vidriosos por el ansia. Mientras ella gemía y se mordía los labios, él se relamía. Mientras ella deslizaba sus dedos arriba y abajo, arriba y abajo hasta retorcerse de placer al llegar al orgasmo, un ronco quejido manaba del pecho de él. Al mirarla. Al deseirla como la deseaba.

Aquella Luna de Muertos Verde la agarró de la mano y se metió sus dedos todavía empapados de gozo en la boca.

—Dame de beber —murmuró.

Y claro, perdieron la poca cordura que les quedaba. Follaron sin rastro alguno de ternura. Ya fuera por el alcohol o por las ganas que se tenían, él la tumbó de espaldas sobre la cama y se la folló como nunca antes nadie se la había follado, mientras el mundo daba vueltas y más vueltas.

En la riada.

Y luego, pegado a su vientre:

—Os parecéis demasiado, ¿sabes?

—¿Uh? —Demasiado borracha. Demasiado satisfecha.

—Tú y tu padre. Os parecéis demasiado. De tal cruz tal astilla.

Aquella noche a Astilla le gustó y mucho escuchar aquello. Parecerse a su padre cuando, hacía tan solo unas pocas lunas, habría odiado escuchar aquello. Y todo ¿por qué? ¿Por una riada que todo se lo llevaba por delante? ¿Por Verde?

¿O más bien por la asfixia? Por esa asfixia que había hecho que todo cambiara. Que la había cambiado a ella. Que había silenciado el mundo y los mundos a su alrededor.

Asfixia, eso era.

Pero de lo que Astilla no tenía ni idea aquellos días felices, era que la asfixia llegaría de nuevo para llevárselo todo por delante. Lo que Astilla no entendía o no quería entender es que todas las riadas acaban por llegar a su fin. Que la lluvia se extingue. El barro se estanca. Y que las riadas no dejan tras de sí más que leños varados en la corriente.

Abandonados a la verdad de que todo, todo, llega siempre a su final.

Pues mientras la riada te arrastra no te da por mirar atrás. Y no todos estamos preparados para enfrentarnos a nuestra sombra. Ella no lo estuvo.

9

Ella resultó ser la mentirosa perfecta:

—Toda una vida —le dijo.

Sus labios tan pegados que cada palabra era un beso.

—Toda una vida —la abrazó él.

Toda una vida, toda una vida, toda una vida.

Los mentirosos perfectos.

AHORA

La Graja

1

El esqueleto calcinado de la rueda del viejo molino se había desplomado sobre la acequia. Del molino solo quedaban cenizas y vigas carbonizadas. Por la acequia ya no corría el agua para regar los huertos. Ya no había huertos.

Y a su espalda:

—¿Entiendes ahora, niña?

Los primeros fulgores del alba apenas si bastaban para delimitar las ruinas. Los adobes, las piedras desmoronadas. Los frutales talados o arrancados de la tierra. Los tejados de chapa clavados al suelo como los afilados dientes de una criatura imposible. Pedazos de toldos y telas restallando al viento desde postes ennegrecidos.

Eso era todo cuanto quedaba.

Eso y el hueco de la puerta. La puerta del rancho había resistido a la barbarie. A la venganza. Los adobes abombados y el dintel inclinado, apenas si se podía pasar, pero el hueco de la puerta resistía. La misma puerta por la que ella había cruzado tantas veces. A cuya sombra La Graja la esperaba para sus lecciones. En la que Verde le dijo aquello de: *No te vayas, Ildi. Por favor. No te vayas*. La misma puerta en la que la silueta de su padre tantas veces la había recibido. Su sombra.

Su lugar.

Ilda tenía los puños apretados. Los dientes. Su cuerpo subía y bajaba al respirar, como una bestia malherida. Rodeada. Hambrienta.

Y a su espalda:

—No pudimos hacer nada por evitarlo. Lo intentamos. Pero llevaban preparándose demasiado tiempo para esto. Todos los años de paz. De silencio. Para esto.

El amanecer era gris. La cantera quedaba lejos, pero sus efluvios enturbiaban el alba. Ya no había amaneceres dorados para La Bellada. Ya no había huertos. Ya solo quedaba el hueco negro, negrísimo, de esa puerta.

Eso y su rabia. Todo su odio.

A su espalda:

—Tu padre...

—Mi padre era un asesino —la interrumpió; antes nunca la hubiera interrumpido así—. El mejor. Pero lo que yo voy a hacerles. El dolor que sufrirán. El terror que padecerán. Ni en sus peores pesadillas han llegado a atisbar lo que les espera. —Y volviéndose, la cicatriz que le partía los labios tensa y blanca como un rayo de luz—: Yo *nu* soy mi padre. Pero lo juro por La Ságida y La Frontera, por el polvo y mi sangre: sufrirán. Todos y cada uno de ellos. Si mi sangre está maldita, malditos sean.

Todos y cada uno de ellos.

2

Al salir de Tierra Hueso Ilda esperaba dejar atrás la calima; ese cielo siempre encapotado, ese sol blanco como la cal. Solo que, al dejar el desierto, la calima, si cabe, se intensificó. Esa fue la primera de sus sorpresas, la primera vez que, al regresar después de tantos soles, no reconoció en esas tierras su hogar de siempre.

Hasta las montañas habían cambiado. La mansión de El Blanco se erigía sobre la misma peña pelada de siempre, a su izquierda, al sur, pero habían excavado fosos y levantado murallas a sus faldas, trincheras para la guerra. Aun desde la distancia podía ver esas líneas negras serpenteando alrededor de la colina, como si siguieran algún extraño patrón, pero no fue eso lo que le hizo arrugar el ceño. Ni tampoco ese fulgor gris y macilento que manchaba la bóveda celeste.

—¿Qué *daimonios* le han hecho a esa montaña? —musitó Rosamía a su lado.

Ilda gruñó.

Al norte, al otro lado del valle que llegaba hasta La Bellada, frente a la mansión, algo o alguien había destrozado a mordiscos la montaña. Algo o alguien había arrancado los árboles de raíz. Lo que antes era tierra y sotobosque, era ahora una pared alta, lisa e ingobernable. Gris. Donde antes había suelo ahora no había nada porque algo o alguien se lo había llevado.

Algo o alguien había partido una montaña entera por la mitad.

—Máquinas —croó.

Al entornar los ojos, la pared no era tan lisa como parecía. La rompían sinuosos caminos que discurrían pegados a la ladera, y por esos caminos, como extraños insectos, máquinas de Antes de Aquello. Escuchaban croar sus motores desde la distancia. Palas y dientes enormes que rascaban y arañaban y destrozaban la roca. Carros como casas de grandes cargados hasta los topes con polvo y piedra, altísimas grúas y poleas. Esas máquinas abriendo túneles y grietas en la pared. Y por esas grietas, como diminutas hormigas, una riada incesante de hombres, mujeres y carretas de mano. Perdiéndose en sus profundidades. En la oscuridad.

Los subían en montacargas desde la base de la cantera. Allí abajo, en la sempiterna sombra de la pared, se distinguía un mar de diminutas chabolas y toldos conglomerados en una masa informe y grotesca. La luz del sol no era para esas gentes. Esclavos o no, en esas barriadas no se respiraba más que el aliento polvoriento de la montaña. Hacinados. Las aguas sucias. El alimento justo y necesario.

Ilda sentía la boca seca. Por la polvareda. Por tamaña demostración de poder. Ilda no esperaba aquello y no bastó con relamer sus labios para dejar de sentir la sed que sentía.

—¿Alguna vez habías visto algo...? —A Rosamía le costó lo suyo tragar el nudo que la asfixiaba—. ¿Algo como...?

No consiguió terminar. Ambas se echaron las manos a la cabeza cuando la montaña reventó. Una explosión, un trueno, y luego las rocas y el polvo cayendo pared abajo. Una polvareda tal que el mismo Pedo de Dios hubiera sentido envidia. El viento la arremolinó y la polvareda se llevó consigo la cantera, dejándolas a ciegas. Y para cuando todo terminó, una vez el polvo se hubo asentado, donde antes había una pared alta, lisa e ingobernable, los truenos habían abierto una boca nueva en la montaña.

Máquinas de Antes. Explosivos de Antes. Todos los horrores de Antes que pudieras imaginar. ¿Qué *daimonios* había pasado en los soles que ella llevaba fuera? ¿De dónde había sacado el Volario tamaña fuerza? ¿De *quién*?

La caravana de refugiados se había detenido, tan maravillados y aterrorizados como ellas. Ilda escuchó pesados pasos a su espalda y Rono no tardó en aparecer junto a ellas. Las mandíbulas apretadas al recorrer de arriba abajo con su mirada la pared que se alzaba ante ellos. Los ojos entornados al descubrir las chabolas. Su enorme pecho que subía y bajaba, subía y bajaba.

Trabajo, desde luego, tendréis de sobra, quiso decirle Ilda, pero acabó por morderse la lengua. Había veces en las que el silencio bastaba y se sobraba para decir todo cuanto había que decir.

—Vamos —gruñó. Ya era demasiado tarde para dar media vuelta.

3

Con la pared desnuda de la cantera siempre a su diestra, Ilda encabezó a los refugiados por el valle que, para bien o para mal, acabaría por llevarlos a su nuevo hogar. Ni los perros se atrevían a ladrar a los pies de la devastación. Los motores ronroneaban desde las alturas en la lejanía, algún grito lejano, quizá de los capataces. Las rocas partiéndose, cayendo, siendo transportadas. Los montacargas atestados gimiendo arriba y abajo de la montaña. Pero en la caravana un silencio fiero. Hostil.

Sobre todo, al pasar junto a la trocha que daba a las canteras. A las chabolas. A su más que probable futuro.

Al menos Ilda y Rosamía tenían un plan. Cumplirían el contrato, los llevarían a La Bellada, y una vez allí la zagala se ocuparía de buscar información. Habían pasado largos soles desde que Ilda decidiera abandonar su hogar, y en ese tiempo había cambiado lo suyo, pero todavía había quien podría reconocerla. Ilda llevaba medio rostro tapado por un pañuelo para protegerse del polvo, y el ala del sombrero que se había echado le ensombrecía la otra mitad. Su poncho no permitía adivinar formas ni tamaño, las cicatrices que lucía no las lucía entonces. Y por si eso fuera poco, tenía sus fetiches. Los perros del Volario también tenían sus sorgas, pero no era nada

raro que una Rompebotas levantara sus puntas. Prefería no tener que utilizarlas: aun habiendo dejado atrás la fiebre, las voces persistían al anochecer, cada vez más acuciantes a medida que se acercaban. Estaba segura de que si abusaba de ellas la fiebre podría regresar, e iba a necesitar de la mezcla si la cosa se torcía *de verdad*.

Lo primero era lo primero: mantenerse al margen, mantenerse viva. Rosamía se ocuparía de recabar la información suficiente, de buscar a Los Huérfanos si es que quedaba alguno con vida. A La Graja, a Trespasos, y sí, también a Verde. Ellos tendrían todas las respuestas, o si no todas, sí las suficientes. Y con todas las cartas sobre la mesa llegaría el momento de decidir. De urdir y tramar hasta descubrir cómo *daimonios* iba a colarse en esa fortaleza que, desde allí, desde las profundidades, parecía tan inexpugnable.

Existía una segunda opción, claro. Si no encontraban información ninguna, si todos se habían largado, a Ildi siempre le quedaría la posibilidad de hacer caso a las voces. De acudir al pueblo de su madre tal y como los daján le urgían que hiciera.

Ya sabes quién tiene la verdad, daga. Siempre lo has sabido.

—Astilla. —La voz de Rosamía la sacó de sus elucubraciones.

La zagala señalaba hacia las alturas; no hacia la cantera, sino justo en dirección contraria. En la falda de la colina sobre la que se alzaba la mansión de El Blanco, habían erigido torres y empalizadas de roca basta, y desde uno de estos barracones una hilera de jinetes salía a su alcance.

—Mierda —masculló tras su mordaza.

No esperaba aquello. No esperaba toparse con los perros del Volario hasta llegar a La Bellada, quizá ni siquiera entonces. Cuando ella dejó su hogar, esos pedazos de lupen no se atrevían a dejar su fortaleza, mucho menos luciendo el púrpura y el halcón rampante en sus zamarras y estandartes. Pero claro, las cosas habían cambiado, y ella no tardó en detener, con un sencillo gesto de su mano, la caravana que seguía sus pasos.

Tampoco le gustó descubrir que más de la mitad de esos jinetes empuñaban baladeros de los de Antes. De la docena que trotaba montaña abajo, al menos ocho los llevaban bien a la vista. Y por si eso fuera poco, tras las empalizadas y las trincheras, pudo distinguir muchos más.

¿De dónde había sacado El Blanco tantos hombres? ¿Cómo, por el polvo, iba ella a enfrentarse a semejante ejército?

No los rodearon, se limitaron a llegar hasta el cruce y cerrarles el paso. Ilda escudriñaba sus rostros bajo el ala del sombrero, por suerte no reconoció a ninguno, así que puede que sus puntas no le fueran necesarias. Por el momento.

El *pare* Aión, Rono, Rosamía y ella misma se separaron de la columna y se dirigieron hacia los soldados. Había un par de rostros jóvenes entre ellos, pero el resto eran todos veteranos del polvo. Aquellos hombres no habían sido reclutados a levass, ni mucho menos. Estaba claro que había cosas que nunca cambiaban, y El Blanco seguía prefiriendo la lealtad a los rulos que a sus propios colores.

Al que se adelantó no dejaba de moquearle la nariz. Un ojo enrojecido, una barba mal afeitada.

—El polvo te sea dulce —lo saludó Ilda.

El mercenario apenas si asintió a su saludo. Se sorbió un par de veces la nariz y luego, sin bajarse de su montura, los miró de arriba abajo, primero a ellos, y luego torció la cabeza para echar un vistazo a la caravana. La miseria que llevaban encima, los toldos y las ropas ajadas y sucias de polvo no engañaban a nadie.

—Riquezas *nu* traéis, ¿eh? —les dijo con voz cascada, sin amago alguno de sonreír a pesar de la pulla que acababa de soltarles—. ¿Y bien? ¿Cuál es vuestra historia? —Y clavando su mirada sobre Rono y el párroco, que permanecían cabizbajos—: Y recordad que estamos en guerra, frais. Y en la guerra, las mentiras pueden resultar peligrosas.

Que el mercenario la ignorara no era una mala noticia del todo. Ni tampoco que sus hombres no lo corearan con risas. Se les veía relajados, pero Ilda sabía lo bastante del desierto y de la guerra como para no dejarse engañar; esos hombres eran profesionales.

—Mi nombre es Rono, y este es el *pare* Aión, dácono de nuestra parroquia. —Rono la señaló con su manaza—: Esta es nuestra Rompebotas, y esta es mare Gris, su maki. Venimos de muy lejos. La guerra acabó con nuestros hogares y nuestras tierras, pero *nu* por eso os pedimos caridad. Si hemos cruzado el desierto es porque escuchamos que aquí tendríais trabajo para nosotros. Podemos trabajar. Sabemos hacerlo. Es lo único que pedimos.

El mercenario asintió de nuevo, y de paso se sorbió otro par de veces la nariz, frotándosela luego con el dorso de la mano.

—Habéis oído bien. Trabajo tenemos, sí, pero *nu* seguís el camino correcto. La Bellada *nu* puede acoger a tantos, menos en estos tiempos que corren. —*Mierda*, eso ya no era una buena noticia para nada—. Volved tras vuestros pasos, hacia la cantera. Buscad allí a *maisse* Iarro, el primer capataz. *Nu* os será difícil encontrarlo. Tiene su despacho a la entrada de la cantera, buscad una torre bajo la bandera del krae Dugo Volario —y se palmeó su halcón plateado al decir aquello—. Él *us* dará trabajo. —Y sorbiéndose la nariz una vez más—: Trabajo de sobra para todos.

El mercenario no parecía divertirse con la situación, de hecho, más bien todo lo contrario. Miraba la columna de refugiados casi apesadumbrado, pero Ilda estaba segura de que, en el caso de que se lo ordenaran, no dudaría en matarlos a todos. Ese era su trabajo, al fin y al cabo, y seguro que pensaba que era mucho mejor que picar piedra hasta morir a la sombra de la montaña.

Ilda desapretó los puños... ¿Quién era ella para juzgarlo?

Rono y el dácono no tardaron en regresar a la caravana para contar las buenas nuevas a los suyos. El mercenario le dedicaba ahora toda su atención, tanto que Ilda estuvo tentada de levantar sus puntas. Pero:

—*Dime, dime, Rompebotas, ¿has visto el mar?* —canturreó el triste mercenario.

—*Te digo, te digo, nu he visto el mar, pero traigo cosas que contar.*

De nuevo, el mercenario asintió.

—Pues te aconsejo cuentas esas cosas lo más lejos que puedas de este lugar, Rompebotas. —Miraba las paredes de la cantera al decir aquello, los labios torcidos, como si le asqueara de tan solo mirarla—. Cobra tus rulos de esas pobres gentes y pon desierto de por medio cuanto antes, ¿me oyes? Estas tierras están malditas. —Y mirándola directamente a los ojos—: Bien *siuro* lo están.

—Un momento, *maisse* —lo asaltó Rosamía cuando ya daba media vuelta a su montura—. Aquí mi maestra y yo somos Rompebotas, y del polvo vivimos. Con estas gentes hemos terminado y, como bien *nus* has aconsejado, pronto pondremos tierra de por medio. —Le regaló la mejor de sus sonrisas—. Pero quisiéramos llegar hasta La Bellada antes de marcharnos. Quizá haya alguien que...

El mercenario la interrumpió con un bufido.

—Y yo quisiera que dejara de picarme la nariz, moza, pero las cosas son como son. —Azuzó a su montura—. Nadie sale ni entra de La Bellada, esas son las órdenes. Que el polvo os sea dulce.

Rosamía boqueó un par de veces, pero el mercenario ya le daba la espalda. Dejándolas allí plantadas sin más respuestas que antes, a la sombra de esa pared alta y lisa. Gris.

¿Qué *daimonios* le habían hecho a su hogar?

4

En la barriada de chabolas todo estaba cubierto por una fina pátina gris: los toldos y los tejados, la ropa tendida, el agua que bombeaban *rink, rink, rink* desde el pozo. Las pieles y los cuerpos. Los ojos. Las miradas.

Una rechoncha torre, de no más de tres alturas, vigilaba la entrada a la explanada. La barriada estaba metida en un pozo excavado en la misma montaña, y si Ilda no recordaba mal, aquellos eran los cimientos de la antigua cantera. En ese agujero sepultado por paredes lisas de la altura de dos hombres había comenzado todo; por aquel entonces, un gran agujero, ahora, ese agujero era solo un árbol en el bosque. Un lago en el mar. Y ¿en cuánto tiempo? ¿Diez soles? ¿Puede que menos? Fuera como fuera, metidos dentro de ese pozo, los trabajadores de la cantera no tenían otra escapatoria que esa trocha vigilada por esa torre rechoncha sobre la que ondeaban los colores del Volario.

Tras la torre se abría una planicie con unas pocas piedras sembradas por aquí y por allá, ni rastro de hierbas o matojos, ni un retoño de zarza crecía en sus profundidades. Solo las chabolas. Desperdigadas por la planicie sin orden aparente alguno, como leños varados y amontonados por la corriente. Chabolas fabricadas con los esqueletos de los carros con los que habían llegado, con mantas y con pieles, con las pocas rocas de las que el krae Dugo Volario podía prescindir. La miseria escoltada por las viejísimas miradas de los hastiados guardias, por los ladridos de los capataces, por los gemidos de los perros.

Maisse Rono miraba todo aquello con las mandíbulas apretadas y el ceño más fruncido si cabe que la propia Ilda. La Rompebotas se compadecía de él. Sobre todo cuando se volvió y miró hacia su pueblo y más allá. A la entrada de la cantera, *maisse* Rono añoró el desierto, incluso lo tomó como una opción. Regresar al polvo, a los aullidos, a La Frontera. Pero acabó por suspirar.

—Podemos trabajar —le escuchó farfullar Ilda al dirigirse hacia la torre—. Podemos hacerlo.

El tal *maisse* Iarro, un hombrecillo de tez morena y melena erizada y gris que había conocido tiempos mejores, los recibió sin levantar la mirada de su cartapacio. Tenía los dedos sucios de tinta y unos ojos abotargados por el sueño, pero estaba claro que gozaba del favor de El Blanco, pues, por allí, todos acataban sus órdenes sin rechistar. No parecía cruel, sino algo incluso peor para los vecinos de *maisse* Rono: indiferente. A la crueldad se la podía combatir llegado el caso, la crueldad podía llevarlos a la rebelión; a la indiferencia, a que te vieran como poco más que una hormiga, que un leño o una piedra, a eso, difícilmente se le podía ganar la partida.

Si bien contó en esa torre al menos a una decena de guardias, si bien había muchos más desperdigados por la barriada al otro lado del ventanuco de la torre, no eran ni mucho menos tan avezados como Nariz Chorreante y los suyos, incluso las zamarras sobre las que lucían los colores del krae se veían más desgastadas. Más canijos y enjutos todos ellos, más viejos, más poca cosa, como si El Blanco tuviera tan poco miedo a los trabajadores de la cantera que los insultara con tamaña colección de maleantes sin seso ni músculo alguno. Esos guardias eran la morralla de El Blanco, Ilda no tenía ninguna duda al respecto. De hecho, si se presentaba la ocasión, no sería demasiado difícil desatar allí una rebelión de mil pares de daján... O al menos eso pensaba hasta que, mientras Rono y *pare* Aión ultimaban los contratos, apoyó una de sus manos sobre el alféizar del ventanuco y, asomándose, dedicó su atención a los trabajadores y trabajadoras de la cantera.

Rink, rink, rink, escuchaba gemir a la bomba del pozo. Allí abajo un anciano tiraba de la palanca y un agua sucia y gris se derramaba sobre su canasto de cuero. Ilda no tenía ni idea de por qué *daimonios* no se había cortado ya a tijeretazos esos pobres jirones de pelo que le colgaban de la coronilla; en su humilde opinión, no había nada más penoso que una persona que no supiera aceptar el paso de los soles, y ese viejo de ahí abajo... Su ceño se acentuó cuando ese anciano se cargó el cesto al hombro y se volvió hacia la torre. Ese viejo no era un viejo para nada. La piel de su rostro lisa, sin arrugas. Los ojos enrojecidos, sí, y sumergidos en los pozos de sus ojeras violáceas, pero jóvenes. Ese viejo apenas si alcanzaría los veinte soles. Pero el pelo se le caía a pedazos. Pero a través de los agujeros de su mugrienta pelliza se adivinaban extraños hematomas.

Como si algo se lo comiera por dentro, Ildi, como si...

Y ahí no acababa la cosa. Ahora que se fijaba, la situación se repetía por doquier. De chabola a chabola, de la barriada a los montacargas, esas pobres gentes, más que caminar, deambulaban. Los zagales no jugaban allí abajo, ni siquiera aquellos que no eran lo bastante altos o lo bastante fuertes para cargar piedras arriba y abajo de la montaña. Los perros tendidos a la sombra. Las ancianas enclenques y con la mirada perdida al remover sus pucheros. Las mujeres tan alopécicas como los hombres. Las heridas de esos hombres que no se curaban del todo, que... Su mirada resbaló montaña arriba, por esa pared alta, lisa y gris. Su mirada escrutó los huecos negros de la montaña, los carros de mano salían de esos agujeros llenos de rocas y pedazos. Piedras oscuras, algunas de ellas veteadas de un amarillo verdoso.

De pronto su boca le sabía a hierro. Las voces:

¿Lo entiendes ahora, daga? ¿Sabes ya por qué has regresado?

—Pues ya está. —La voz de *maisse* Iarro la sorprendió cuando ya se volvía hacia la mesa de su despacho. Rono, su corpachón encorvado sobre la mesa, acababa de dejar su marca sobre el papel. De firmar su sentencia de muerte—. *Maisse* Reo os señalará el lugar que os corresponde en la barriada. Empezaréis en el turno de noche. Podéis marcharos. —El hombrecillo les dijo todo aquello sin levantar la vista de sus legajos. Sin dedicarles una sola mirada.

Ilda dio un par de torpes pasos hacia ellos, la mano tendida como si quisiera hacerse con ese papel y partirlo en pedazos. Rosamía la miraba extrañada, uno de los guardias se separó de la pared sobre la que estaba apoyado. Pero tenía que advertirles, tenía que...

—¿Pasa algo? —La voz de Rono. Todos la miraban, guardias incluidos.

Pero no, claro que no pasaba nada. Solo las voces jugándole una mala pasada, nada más.

—*Nu* es nada —gruñó—. Solo quería hablar de nuestra parte antes de separarnos. De nuestros rulos.

Rono la miraba enfurruñado, o decepcionado más bien. No importaba. Ilda tenía otras cosas más importantes sobre las que preocuparse. Dada la situación, iba a necesitar de sus puntas para encontrar las respuestas que buscaba, y no debía perder el tiempo en menudencias como aquella.

Rono gruñó que ya hablarían una vez asentaran los carros, e Ilda asintió. Rosamía la seguía mirando y ella la calmó con un sencillo gesto de la mano.

Rink, rink, rink, gemía la bomba del pozo. Pero ella tenía cosas que hacer.

5

Ilda sopesaba la bolsa que *maisse* Rono acababa de entregarle cuando Rosamía la asaltó.

—¿Y bien? ¿Qué *daimonios* te ha pasado ahí dentro?

A su alrededor, como tantas otras veces en el desierto, los refugiados montaban el campamento, solo que, esta vez, su estancia sería un poco más larga que las anteriores. *Maisse* Cerro miraba su carro con una palanca en una mano y un martillo en la otra. Rono le había ordenado desmontarlo, pero no se le veía nada seguro al respecto. Ese era su carro de siempre: le había servido bien allí en su hogar, y también en el desierto. Y el pobre desgraciado de *maisse* Cerro negaba al mirar las herramientas que empuñaba. Su carro y la cantera, la cantera y su carro.

Mierda de vida, pensó Ilda.

—*Nu* lo sé, niña —terminó por suspirar. Había dudado sobre si mentirle o no, pero Rosamía no merecía más mentiras por su parte. Solo que, claro, siempre podía elegir no decirle *toda* la verdad—. Toda esta miseria —braceó—, esta mierda de vida... Este *nu* es un buen lugar para estas gentes. Para nadie.

Rosamía se encogió de hombros.

—Es su decisión.

Ilda curvó un tanto los labios; todavía le sorprendía cuánto había madurado esa zagala en las pocas lunas que llevaban juntas.

—Supongo que sí. Pero *nu* por eso es la decisión correcta. La miseria *nu* nos pone fácil elegir.

Rosamía asintió. Al rato:

—¿Y bien?

Ilda tardó en contestar. La mareaba esa turba incesante a su alrededor, esa riada de almas desgraciadas arriba y abajo de la montaña. El ruido de los motores, el constante temor a que la montaña volara por los aires tras la siguiente explosión. Esa pátina gris que todo lo cubría.

—Cambio de planes —acabó por decir, guardándose la bolsa de rulos bajo el poncho—. Necesitaré de mis puntas para llegar hasta La Bellada. *Nu* quería tener que utilizarlas tan pronto, pero... —La miró—. Así son las cosas.

—Ya —cabeceó Rosamía, una fea sonrisa en los labios—. Pero *nu* me refería a eso, ¿sabes? *Nu solo* a eso —puntualizó. Y encarándola—: Son demasiados, Astilla. Más de los que esperábamos. Y lo sabes.

Esta vez le tocó a Ilda asentir.

—Lo sé. Pero cuando sepa qué fue lo que ocurrió de verdad. Cuando consiga encontrarlos...

—*Consigamos* —le espetó Rosamía ceñuda.

Ilda negó.

—*Nu* podré colarnos a las dos, niña. El Blanco también tiene sus sorgas y...

—¡Polvo para tus ojos! —Los ojos de Ilda se abrieron de par en par; hacía menos de una luna, Rosamía nunca se hubiera atrevido a maldecirla así—. ¡*Nu* te he seguido por el desierto para esto, *mioyes*? ¡*Nu* vas a dejarme de lado ahora! ¡*Nu* así!

Ilda la calmó, ambas manos extendidas.

—*Nu* pienso dejarte de lado, niña. —Ni siquiera ella sabía si le decía la verdad—. Levantaré mis puntas y me colaré en La Bellada, sí, pero luego, cuando consiga la información que busco, volveré a buscarte. —La agarró por los hombros—. Estamos juntas en esto, ¿recuerdas?

—Ya... ¿Y qué pasa si *nu* vuelves? ¿Qué, si alguien te reconoce? ¿Cómo lo sabré? —Rosamía se soltó de su abrazo—. ¿Cuánto tiempo quieres que te espere en este... este...? ¡Bah!

A Ilda empezaba a zumbarle la cabeza... *Estas tierras están malditas*, recordó.

Bien siuro lo están.

—Cálmate, Gris. —No solía llamarla así—. Has sobrevivido al desierto. Me salvaste. Salvaste a estas gentes. Así que un poco de polvo *nu* te hará daño, ¿oca? —¿*Estás segura de eso, Ildi?*—. Además, en este lugar pasa algo raro y quiero que descubras qué es. En dos o tres días estaré de vuelta. Tienes mi palabra.

—La palabra de la mentirosa perfecta, ¿eh?

—Es la que tengo. Tendrá que valerte.

—Tendrá que valerme, ya... Así son las cosas, ¿eh?

—Sí. Así son las cosas.

Rosamía terminó por suspirar para luego darle la espalda. Toda su rabia, su impotencia, en ese suspiro. La zagala no merecía aquello, lo sabía bien. Pero acudir a La Bellada bien podía suponer un suicidio, e Ilda ya cargaba con demasiados fantasmas a su espalda.

—Gris —la llamó. Ella tardó lo suyo en volverse—. Aléjate de esos pozos, ¿oca? — Señalando las grietas de la montaña—. Y reserva el agua que te quede en esos pellejos tuyos. El agua de este lugar *nu* tiene muy buena pinta.

Rosamía asintió, algo menos enfurruñada.

—¿Marchas ya?

Ilda negó.

—Necesito de las sombras para lo que pretendo hacer.

—Ya... —Por fin la miraba—. Ten cuidado, ¿oca?

—¿Cuándo me has visto *nu* tenerlo?

La hizo reír. Y eso, dada la situación, ya era bastante.

6

Gris estaba enfadada, no podía negarlo. Puede que fuera joven, puede que se hubiera pasado casi toda su vida agarrada a la falda de su madre, pero no por eso era ninguna tonta. Su maestra intentaba dejarla de lado. Puede que ni ella misma se diera cuenta, pero era lo que intentaba hacer. Y, siendo honestos, no podía culparla. Ella misma no dejaba de preguntarse qué era lo que podría aportar llegado el caso. Su maestra tenía sus puntas, su sangre especial, pero ¿qué tenía ella? ¿Su arco? ¿Su fe?

Porque la verdad era que, por mucho que le hubiera dicho que los perros del Volario eran más de los que se esperaban, Gris seguía confiando en las capacidades de su maestra. Era tozuda esa mujer, pero no era solo eso. Para su maestra dar su palabra era algo religioso. Su determinación: su templo. Y todas sus dudas, su ceño siempre fruncido, no hacían sino refutar todas esas cosas. Su maestra, teniendo poco más de veinte soles, había salido de su hogar y se había cruzado toda una Baronía solo para dejar atrás su pasado. Como su vida no le bastaba, se había inventado otra. Eran pocas las Rompebotas mujeres que hollaban solas el desierto, menos aún las que se atrevían, como ella, a cruzar de cabo a rabo una tierra en guerra. Pero Astilla había hecho todas esas cosas. Astilla había decidido salvarla cuando podría haber puesto polvo de por medio, salvar a los hermanos de Miindre cuando todo apuntaba a que podría perecer en el intento. Y no solo por determinación, no solo por pura tozudez.

Sino porque pensaba que era lo correcto. Porque alguien, en algún momento, le había enseñado que así funcionaba el mundo. Si podías salvar, salvabas. Si tenías que arriesgarlo todo para hacer lo correcto, lo arriesgabas y punto. Podías equivocarte. Podías fracasar. Pero eso no lo hacía menos válido. Alguien, en algún momento, le había enseñado a vivir así.

Y ahora ese alguien estaba muerto. Así que no importaban las máquinas ni las armas ni los ejércitos que El Blanco hubiera dispuesto a su alrededor. Su maestra no pararía por eso. Y Gris, por mucho que no tuviera ni idea de cómo ayudarla, todavía confiaba plenamente en que podría llegar a conseguirlo.

Solo que, claro, no por eso su enfado se aliviaba. Enfurruñada como estaba, había dejado que sus piernas la arrastraran hasta las profundidades de la barriada. Apenas si despertaba interés a pesar de las extravagantes prendas que vestía, tan fuera de lugar entre las pellizas y las zamarras con las que los trabajadores de la cantera tenían que conformarse. Allí abajo la curiosidad no duraba demasiado. La curiosidad podía arrastrarlos a la esperanza y, allí abajo, la esperanza se pagaba cara.

Un trío de ancianos rechupeteaban sus pipas de jungu sentados en torno a un barril. Jugaban a La Estrella, pero los naipes caían desganados sobre la mesa improvisada. Charlaban, y a una buena Rompebotas no le era *mester* preguntar.

—Ese pedazo de lupen siempre anda metiéndose en líos, así que *nu* es de extrañar que *lu* hayan metido ahí dentro — rezongaba uno de ellos—. Hemos firmado *lu* que hemos firmado. De nada sirve protestar ahora.

—Que yo sepa *nu* solo firmamos por rulos, *maisse* Orreo. *Nus* prometieron seguridad —y golpeó con uno de sus nervudos dedos la mesa—. *Nus* prometieron dos comidas al día —y volvió a golpear—. *Nus* prometieron agua limpia —y lo mismo—. Y sí, también buenos rulos. Pero, que yo sepa, solo de esto último *nus* dan, y ¿para qué? ¿Eh? Para gastarlo en sus almacenes, ¡para *esu* nada más! —Su dedo hincándose una y otra vez sobre la mesa.

—Y así el polvo vuelve al desierto —asintió el tercero de los viejos.

Gris siguió andando. Si se quedaba demasiado tiempo quieta podría llegar a despertar el interés de los guardias que por allí pululaban; aunque, la verdad sea dicha, no tenían mucha pinta de mostrar interés por nada. Allí abajo se hablaba poco, y lo poco que se hablaba era lo de siempre: el duro trabajo, la poca comida. Allí abajo los problemas de todos eran los mismos, y Gris deambulaba saltando de una conversación a otra, sabiendo de lo difícil, de la titánica tarea que le esperaba si pretendía sacar algo en claro de los rumores de esas pobres gentes.

De los ojos de esa mujer que amamantaba a esa criatura con sus pechos hambrientos. De las espaldas cubiertas de cicatrices de los zagales que cargaban con cestos de piedra. De la triste canción que esa anciana tarareaba al amor de una lumbre de bosta sin que nadie la coreara.

Como buscar agua en el desierto... O puede que no tanto:

—Cada vez son más los que envían a La Grieta. —Dos mujeres murmuraban a la sombra de los toldos, y si murmuraban, ella quería saber por qué—. *Nu* sé de *dónde* sacan a esos pobres desgraciados, pero bien *siuro nu* firman contrato alguno.

—Esclavos —asintió la otra.

—O algo peor, ¿*quín* sabe? Pero el caso es que los meten con los rebeldes de La Bellada. —*¿Rebeldes? Aquello se ponía interesante*—. Y ya sabes lo que se dura ahí dentro.

—Bien lo sé, sí. Estuve allí, ¿recuerdas?

—¿La viste?

—Con estos ojos. Y por mucho que digan de esa bruja, de *nu* ser por ella, el zagal de mi sobrina *nu* habría sobrevivido, como el polvo es polvo que *nu*. —*¿Bruja?*

Gris estuvo tentada de salir de su escondite dispuesta a arrancarles la verdad de la manera que fuera. Pero decidió esperar. Mantenerse viva. Al margen.

—¿Y cómo era?

—Vieja, ya sabes *lu* que se respira ahí dentro. Y negra como las tripas de la montaña. — Gris se mordía los carrillos—. Si te digo la verdad, las piernas me temblaban cuando me llevaron ante ella. Los ojos de esa mujer eran los ojos del desierto, ¡por La Frontera! —y se besó un par de dedos cruzados—. Pero te digo verdad cuando te digo que esa bruja *nu* dudó un solo instante en ayudarnos, ¡y a cambio de nada! Así que los cuervos les coman los ojos a aquellos que digan *lu* contrario.

—¿Levantó sus puntas?

La mujer enterró la cabeza entre sus hombros:

—Puntas *nu* le quedan, *esu* se dice, ya sabes cómo son las cosas ahí dentro. Pero *nus* dijo lo que hacer. Y vaya si funcionó.

Los ojos de esa mujer eran los ojos del desierto. Negra como las tripas de la montaña.

A Gris ya no le importaba llamar la atención. Tenía que encontrar a su maestra antes de que se largara; el sol ya caía tras la montaña, le quedaba poco tiempo. Así que echó a correr. E incluso en esa carrera suya no tardó en darse cuenta de que tampoco es que hubiera tenido demasiada suerte. A su alrededor rescataba alguna frase que otra a pesar de su torpe carrera de vuelta a los carros de los refugiados, y muchas de esas frases hablaban de La Grieta. De la bruja.

A veces una urdía complicados planes y luego la vida te los desbarataba de un manotazo. Había veces en que todas las respuestas estaban al alcance de la mano y una las buscaba al otro lado del desierto. Y sí, a veces una descubría para lo que servía cuando ya era demasiado tarde para hacerlo.

La montaña acababa de tragarse el sol. Un último parpadeo y, luego, la penumbra. El frío de las sombras.

7

Gris no esperaba aquello de su maestra. Esperaba su ceño fruncido, o que la agarrara de las pieles y la sacudiera en busca de respuestas. Que la insultara por no haber hecho las preguntas precisas, por no haberle conseguido toda la información. Pero no eso.

Ese arrancarse el sombrero de un zarpazo y bajarse la mordaza. Ese quedarse sin aliento. Esa niña asustada. Ese gemir:

—¿Graja?

Ni siquiera tenía demasiado claro a quién le preguntaba aquello. Su maestra, con el morral ya echado a la espalda, se dejó caer contra un carro destartado. Le habían arrancado las ruedas y las lonas, sus paredes a medio desmontar, pero le sirvió de apoyo de igual modo.

—¡Y puede que *nu* solo ella! —Gris todavía jadeaba por lo alocado de su carrera—. Los rebeldes de La Bellada, ¿recuerdas? Quizá estén todos allí, Astilla. Trespasos y Verde y Los Rojos... —Gris acabó por morderse la lengua; no era buena idea pronunciar esos nombres en voz alta—. *Todos*, Astilla. Puede que ya los hayamos encontrado. Puede que hayamos tenido una suerte de mil pares de daján.

Su maestra ni siquiera la miraba.

—Si llevan aquí desde entonces —bisbiseó cabizbaja—. Desde que mataron a mi padre. Si eso es así... —Acabó por negar.

Gris comprendió: *Ya sabes lo que se dura ahí dentro. Ya sabes lo que se respira ahí dentro.*

—¿Crees que...? —boqueó.

—De nada sirve creer ahora, niña. —Gris suspiró; ahí estaba su ceño, su determinación—. Si son más fuertes que tú, si son más..., actúa ya —recitaba su maestra—. Tenemos que hacerlo hoy. Esta noche.

—Pero, Astilla, ni siquiera sabemos dónde está esa Grieta, o si está vigilada, o si...

—Si esa mujer entró, yo podré entrar. —Se había levantado, y pisoteaba el suelo de un lado a otro como una bestia enjaulada—. Míralos. Estos guardias están tan enfermos como el resto. *Nu* supondrán un problema. *Nu*. Podremos ocuparnos de ellos. Podremos llegar hasta ella. Y luego...

—Espera, espera —la calmó; casi la prefería boqueando asustada. Esa mujer que pisoteaba el suelo tampoco era su maestra de siempre... ¿O sí?—. Si te pones a rajar cuellos desde ya, llamaremos demasiado la atención, ¡lo sabes! Vamos, Astilla, necesitamos un buen plan. *Nu* solo para entrar, sino también para salir de este... esta... ¡prisión! —acabó por bufar. No acababa de creerse que una zagala como ella le estuviera dando lecciones de sensatez a una Rompebotas de tomo y lomo como su maestra.

Ni tampoco acababa de creerse del todo esa fea sonrisa con la que Astilla la encaraba. La cicatriz de sus labios, blanca por la tensión.

—Tú preocúpate por entrar, niña —le dijo entre dientes—. Ella se ocupará de hacernos salir.

—¿Ella? ¿La Graja? —gimoteó—. Vamos, Astilla, tu maestra lleva allí dentro lunas enteras, eso si se trata de ella siquiera, que *nu* lo sabemos. Si *nu* ha conseguido salir hasta ahora, ¿qué *daimonios* te hace pensar que podrá conseguirlo?

Al caer la oscuridad los motores cesaban en su bramar. Los montacargas arriba y abajo de la pared, los trabajadores deambulaban erráticos de vuelta a sus hogares o a la oscuridad de la cantera para el turno de noche, pero aun así la oscuridad pertenecía al silencio. Y este se alargó mientras su maestra, dándole la espalda y de cara a la montaña, tardaba demasiado en contestar.

—Porque voy a darle un motivo —terminó por croar—. Porque he regresado. Eso bastará.

Gris boqueó dispuesta a discutirle, pero cuando su maestra la miró por encima del hombro, cuando se topó con esos ojos negríssimos suyos al fulgor de los fuegos de los refugiados, solo pudo suspirar.

—Está bien. Vamos.

8

Aprovecharon la marea de refugiados que acudía al turno de noche para subirse al montacargas. Un par de preguntas les bastaron para saber que La Grieta estaba allí arriba. Los prisioneros de La Grieta estaban marcados a fuego, en la cara como si de esclavos de varros se tratara, y no

tenían permitida la entrada a los montacargas. La única escapatoria que tenían era una caída en picado y una muerte segura, así que no eran necesarios demasiados guardias, solo buenas cadenas, solo el aire que se respiraba allí dentro para arrebatarnos toda idea de rebelión.

Porque ahora voy a darle un motivo. Porque he regresado, le había dicho a Rosamía.

Y mientras el montacargas gemía montaña arriba, encajonada entre los refugiados, Ilda recordaba la voz de su maestra: *No lo entiendes, niña. Al marcharte no solo lo abandonas a él, nos abandonas a todos. Nos condenas a todos. No puedes ser tan egoísta.*

La voz de Carra La Roja: *Sin ti seremos mucho menos. Sin ti nos faltará la sangre; y también la voz de su hermano: Se acabó, entonces. Todo se acabó.*

La voz rota de Deb: *Otra vez. Otra vez.*

La voz de Trespasos: *Sé que volverás. Sé que lo harás.*

La de Verde: *No te vayas, Ildi. Por favor. No te vayas.*

La de su padre: *Lo siento, Ildi. Solo hice lo necesario. Lo difícil.*

Ahora que había regresado, todas esas frases, todos sus fantasmas, por fin encajaban. Ahora, por fin, después de tantos soles de errar por el desierto, estaba justo donde tenía que estar.

Una vez arriba no les fue difícil separarse del resto. Ni los capataces ni los guardias ponían demasiado empeño en lo que hacían, y a Ilda le resultó de lo más sencillo camuflarlas con sus puntas. Al parecer El Blanco no tenía allí a sus sorgas, pues nadie dio la voz de alarma... Aunque, pensándolo bien, también podía ser otro el motivo de que sus puntas no levantaran sospechas. La boca le sabía a hierro ahí arriba, casi como si se encontraran en el corazón mismo de La Frontera. Sus puntas se levantaron titubeantes, pero sirvieron de igual modo. Aprovechando la oscuridad. Las máquinas y los carros de mano. Y eso era lo único que le importaba.

Dos guardias escoltaban la entrada de La Grieta a la luz de un candil que colgaba de un poste combado clavado al suelo. La Grieta: una entrada a la montaña más alta y estrecha que las demás, más negra si cabe. El guardia más lejano, a la derecha de la cueva, medio dormitaba apoyado contra la pared, una ballesta acunada entre sus brazos; el otro se hurgaba entre los dientes sin empuñar arma alguna. Sería fácil.

—Tu arco —gruñó a Rosamía—. Ocúpate del de la derecha. Que *nu* tenga tiempo de gritar.

La zagala la miró por un instante con los ojos abiertos como platos, pero no tardó en asentir. En sacudir su hombro y hacer caer su arco hasta sus manos.

El guardia que se hurgaba los dientes entornó los ojos; acababa de descubrirla, Ilda nunca fue demasiado buena con El Triángulo Mente. A la luz del candil retrajo los morros y le enseñó sus dientes sucios de malayerba.

—¿*Quín* va? —ladró.

Solo que la última palabra se le atragantó un tanto. Puede que tuviera familia. Hijos o mujer, cuando menos, una madre. Pero a Ilda no le importó. Su padre había sido el asesino perfecto, y si ella quería vengarlo, si quería salvar lo poco que quedara por salvar, también tenía que serlo.

Le hundió el cuchillo en el cuello hasta sus dedos. Y al sacarlo de allí, al rajar de lado a lado y luego sacarlo, algo silbó muy cerca de ella. Mientras Ilda abrazaba al guardia que acababa de matar para dejarlo con cuidado sobre la pared, un asta seguida de unas plumas asomaba del

pecho del otro guardia. El mercenario jadeó, al jadear la sangre manó a borbotones. Se miró el pecho confundido. Abrió la boca, quizá para gritar, pero Ilda se le echó encima.

Para luego dejarlo contra la pared, cada uno de ellos a cada lado de la brecha. Como si durmieran.

Gris jadeaba a su lado. ¿Era la primera vez que mataba a alguien? Sí, puede que sí. Ese era el camino que había elegido. La decisión que había tomado al seguir los pasos de la asesina perfecta.

—¿Lista? —se limitó a preguntarle.

—Lista. —Y no, no tardó demasiado en decir aquello.

Agarraron el candil de la puerta y atenuaron su brillo con una tela vieja que Ilda llevaba en el zurrón. La Rompebotas encabezaba la marcha; al principio tuvieron que caminar casi de lado para conseguir colarse, pero la entrada no tardó en ensancharse. Precarios puntales de madera sujetaban precarios arcos sobre los que resbalaba la tenue luz de la lámpara, las paredes de roca basta, sin pulir. Bastaron unos pocos pasos para descubrir que ese aliento fétido que sabía a hierro y manaba de los otros agujeros, manaba allí con más fuerza, pero aun así levantó Soma para calmarse el pulso que ya se le aceleraba, Pneuma para enfriar la mente.

Voces. Luz al fondo del túnel. Apagaron su candil y lo dejaron con cuidado en el suelo. Ilda le ordenó a Gris que esperara con un sencillo gesto en la oscuridad, y se adelantó hasta el punto en el que la entrada daba paso a una estancia más amplia. Un candil en el suelo, a poco más de tres pasos de ella, otro sobre una mesa sobre la que rodaban los dados. Tres hombres en torno a esa mesa; apenas si tenían sus armas al alcance, pero no sería nada fácil despacharlos sin que tuvieran tiempo de dar la voz de alarma.

Lo mismo daba.

La luz del candil alumbraba los dientes de esos perros sin nombre cuando Ilda hundió su mano bajo el chaleco hasta cerrar los dedos en torno a esa piedra que sabía de lo más efectiva. Polvo de los darfos al que, gracias a Riga, a Soma y Xil, podía ordenarle explotar cuando ella quisiera que explotara. Y esos tres lupen de ahí dentro no tenían ni idea de lo que les esperaba. Que rieran. Que jugaran a sus dados.

Ilda pegó la espalda contra la pared y, tras levantar sus puntas, lanzó la piedra sin salir de su escondite.

La explosión tembló en las paredes de la cueva. Cayó polvo del techo, un relámpago de luz. Gritos, golpes, muebles que se partían. Ilda contó hasta nueve, y luego se asomó con su puñal en ristre. A uno de los guardias le había reventado la cara la explosión; las llamas correteaban por y sobre su cuerpo, pero no se movía. Otro se había estampado contra la pared con la mala suerte de abrirse la cabeza, y el último gritaba y graznaba intentando sacarse ese traje de llamas que de pronto vestía.

Una flecha acabó con su sufrimiento. Se hundió en su garganta; el guardia giró sobre sí mismo, cayó al suelo y dejó de gritar. Su cuerpo todavía incendiado, los cuerpos de sus compañeros todavía ardiendo. La mesa. Las sillas. Hasta los dados. Las llamas refulgiendo sobre las paredes de la cueva.

—Joder —escuchó jadear a Gris.

Pero poco más. A pesar de sus puntas alzadas, Ilda se sentía ensordecida por la explosión. Esperaba que no pudieran haberla oído desde otras cuevas, pero no tenía ninguna duda de que, de un momento a otro, verían aparecer a más soldados al otro lado de los restos calcinados.

Ahora sí que escuchaba los gritos, de hecho. A medida que los pitidos de sus oídos se iban suavizando, los escuchaba. Pero en su mayoría, o al menos eso le parecía, no eran gritos de alarma. La mayoría eran de puro terror, y eso estaba bien. Aquella cárcel, esa Grieta, era una ratonera, pero no solo para los presos. Los guardias, los pocos que hubiera, solo tenían una salida.

Y esa salida era ella.

He vuelto, pa.

9

A Gris le dolían las manos. Los dedos, de sujetar el arco.

Pero no solo era eso. Le dolían los brazos, y la carne, y la piel. Las llamas no acababan de apagarse. En la oscuridad, la luz latía. Resbalaba sobre la sangre negra de los cuerpos tendidos, sobre los negrísimos ojos de su maestra. La Astilla jadeaba, en el centro de todo eso.

¿A cuántos había matado?

Esos pobres lupen desgraciados no habían tenido oportunidad alguna. Su maestra llevaba mucho tiempo preparándose para eso. Todas sus puntas, sus fetiches; para eso. Para asesinarlos. Para incendiarlos.

Gris se pasó despacio la lengua por los labios; no podía dejar de mirarla. ¿Estaba asustada? ¿Tenía miedo de ella? ¿Se sentía acaso como su maestra se había sentido al ver a su padre matar y aplastar y mutilar?

—Gris. —La cara de su maestra estaba sucia de sangre y de ceniza a la luz de las llamas—. ¿Sigues conmigo?

Sin que pudiera contenerlo, una torpe risilla manó de sus labios. Casi como un bufido.

—¿Gris?

—Son nueve. Como La Ságida manda. Has matado a nueve. Tú sola.

Eso no era del todo verdad. Ella misma había matado a tres, si contaban a los de fuera. Aunque, si los contaban, ya eran once; la historia ya no quedaba tan bien, y eso tenía su gracia.

—Eh, Gris. —Su maestra acababa de barrerse la mugre y la sangre de la cara con el antebrazo; no mejoró demasiado la situación—. Tenía que hacerlo, ¿entiendes?

Oh, pero no tenía por qué hacerlo, ¿verdad? Ni siquiera habían tenido tiempo de idear ningún otro plan. Su maestra no *tenía* que hacer aquello, sino que *quería* hacerlo así. Su maestra se estaba mintiendo a sí misma. Esa era la historia de su maestra ahora.

—¿Niña? ¿Eres tú?

A pesar del dolor de sus manos, Gris tensó el arco y apuntó hacia la boca de la cueva; había algo allí, alguien. Astilla tardó algo más en volverse. Su maestra, La Frontera sabía por qué, boqueaba de nuevo. La verdad es que ya no daba miedo en absoluto. Solo una niña asustada,

como si estuviera a punto de romper a llorar.

¿Podía alguien cambiar tanto en tan poco tiempo? ¿Podía alguien ser dos cosas tan distintas? ¿Dos historias?

—¡Detrás, Astilla! —ladró Gris.

Su maestra tardó en volverse. Por la misma brecha por la que se habían colado los guardias, aparecía ahora una silueta apenas si alumbrada por las llamas que ya se extinguían. Encadenada de pies y manos, delgada hasta la náusea, los pómulos afilados de inanición. Medio rostro quemado por los hierros al blanco. Rapada. Vestida con trapos y harapos, semidesnuda. Con unas extrañas marcas en la mejilla que no estaba cubierta por horribles cicatrices. Negra como las tripas de la montaña. Su voz, campanas de bronce en la oscuridad.

Su maestra tardó en volverse, y para cuando consiguió hacerlo, Gris pudo atisbar que las lágrimas manaban a sus ojos, que resbalaban por sus mejillas.

—Sí. Soy yo —La voz rota. Partida por la mitad.

—Mi niña. —Esa vieja enclenque, esa sombra de mujer también lloraba—. Mi maki. Has vuelto.

Gris había bajado el arco hacía rato. A espaldas de esa vieja, más siluetas, más rostros quemados. Pero Gris no les prestaba ninguna atención. Gris por fin había entendido quién era esa vieja y sentía unas ganas terribles de gritarles que salvaran la distancia que las separaba y se abrazaran de una vez.

Tardaron en hacerlo. Así eran ellas.

10

—Hazlo, niña. Tienes que hacerlo.

La voz de La Graja restalló como un látigo en su consciencia. Los dedos le sudaban en torno al mango de la sierra que empuñaba. Una herramienta pensada para la tortura. Para mutilar.

—Mírame, ¿oca? —Ilda obedeció; ante la voz de su maestra no podía sino obedecer—. Bien. Ahora levanta Soma. —*Imagina el cedro que se alza junto al salón de mare Ladia. Sus ramas. Su tronco. Sus raíces. Imagínalo y agárrate a él, niña. Y respira*—. Bien. Y ahora, hazlo.

La Graja cerró los ojos. Su escuálido brazo estirado sobre ese camastro de madera y hierro, sobre ese potro de tortura. Sujetada por uno de los Garría. Por el mismo Garría que había tocado el cajón aquella noche junto a su padre bajo ese cielo estrellado de velas y candelabros.

—Hazlo ya, niña.

Ilda acarició la piel de La Graja con el filo de la sierra. Su maestra tenía algo clavado en el antebrazo: a la luz del candil, una cadena de un metal oscuro que ora manaba ora se incrustaba en su carne destrozada, serpenteando desde el codo hasta la muñeca. Una facia para anular sus puntas. Un fetiche un tanto *especial* creado por los sorgas de El Blanco, por sus terrosos.

Los terrosos eran capaces de anular la mezla a su alrededor. Una de sus facias bastaba para hacer del mejor de los sorgas un vulgar de la tierra. Con una pulsera habría bastado. Con un colgante, con un pendiente.

Pero los sorgas de El Blanco habían decidido clavárselo a la carne.

—¡Corta, niña! ¡Corta de una vez!

Ilda hundió el filo de la sierra un poco por debajo del torniquete improvisado. La sangre saltó, pero no se detuvo. Ilda cortó. Adelante y atrás, adelante y atrás.

—Mmmmmmmmm —gemía.

Y la sierra: *ris, ras; ris, ras; ris, ras*.

La Graja gritaba. Rosamía gritaba. Pero ella hizo lo necesario. Lo difícil.

11

La Graja resollaba de rodillas junto al potro de tortura; todavía olía a carne quemada. Astilla se ocupaba de su herida sin dejar de arrullarla; levantaba sus puntas, Gris podía sentirlo. Sendas mujeres alumbradas por la luz del candil que reposaba sobre la mesa. El silencio a su alrededor.

El silencio en esa escasa veintena de hombres y mujeres que apenas si podían tenerse en pie. Mutilados. Torturados. Hambrientos.

—Sois pocos —le había dicho Astilla a La Graja una vez se hubieron soltado de su abrazo.

—¿Qué esperabas, niña? —había graznado la bruja—. ¿Un ejército?

El ceño de Astilla se había acentuado.

—¿Dónde están los demás, Graja? Los Huérfanos.

Esa anciana enclenque le había aguantado la mirada.

—No es tiempo para historias ahora, niña. Antes tenemos que salir de aquí. —Y levantando el brazo derecho—: Vas a tener que ayudarme a quitarme esto.

Y luego esa sierra, *ris, ras; ris, ras; ris, ras*; luego los gritos, la carne abriéndose hasta el hueso. El fuego arrugando su piel, cerrando la herida.

Ilda y otro de los prisioneros le ofrecieron sus brazos a mare Raiia cuando esta hizo amago de levantarse, pero La Graja los espantó a ambos. Con su única mano se agarró a la esquina del potro de tortura, medio rostro arrugado por el dolor al levantarse. Los dientes apretados, el ceño fruncido. Pura tormenta en sus ojos.

La Graja resollaba encorvada sobre la mesa. Miró a su maki.

—Ahora dime que tienes algo para mí, niña.

Astilla hurgó en su zurrón.

—*Nu* tengo nada de Ru. Nunca aprendí a...

—Ya me curaré a su debido tiempo, niña. Primero tenemos que salir de aquí. ¿Tienes algo de Raga?

La Graja manoteó hacia su maki con cierta desesperación en la mirada. Y no por el dolor, Gris lo sabía bien. Esa mujer tenía sed, pero no de agua. Gris lo había visto antes en su maestra: esa avidez por la mezla, por las puntas alzadas.

Cuando Astilla por fin puso ese feo fetiche entre los dedos de La Graja, la vieja gimió:

—Uh —dijo.

La Graja empuñaba un trío de amorfos cilindros toscamente afilados en la punta; dos puntas apuntando hacia un lado, la del centro hacia el otro. Hierro, plomo y cobre, en ese orden. Rojo, gris y naranja, atados entre sí con hilo de plata.

En su viaje hacia el sur, además de aprovechar cualquier mercado para hacerse con esos materiales, su maestra le había pedido a Gris la sangre de su luna. La había visto bañar ese hilo de plata en su sangre. La había visto templar en varias hogueras ese pedazo de metal, pintarlo de barro y ceniza, canturrear mientras hacía todo eso.

Y ahora, La Graja:

—Oh.

Gris no era ninguna tonta. Gris, por muy joven que fuera, conocía esos gemidos. No había tenido la oportunidad de conocerlos en *profundidad*, solo unos pocos besos y toqueteos detrás de las ruinas calcinadas del granero que se quemó, allá en su pueblo, nada más. Pero sí que los había escuchado. Para su disgusto había escuchado a sus padres, y también a su maestra cuando en aquel pueblo, tras contar una de sus historias, bebió un poco más de la cuenta y decidió subir las escaleras con ese mozo de tan buen ver. Su maestra le sacaba algunos soles a ese mozo, pero no pareció importarle. Y mientras Gris intentaba dormir aquella noche, en la habitación de al lado:

—Uh. Oh. Ah.

—Ah. —La Graja se relamía los labios entreabiertos.

Pero la cosa no quedó ahí.

A Gris la boca le sabía a hierro, el aire pesaba a su alrededor. Se *inflaba*. Como dos amantes que se encuentran después de muchas lunas de ausencia, La Graja resollaba de puro placer al levantar sus puntas. Al reencontrarse con la mezla, las paredes de la cueva se hinchaban y deshinchaban, la luz del candil se expandía como agua por esas paredes.

A Gris la boca le sabía a sangre.

Yo nu soy una sorga, le había dicho tantas veces su maestra. *Cuando te encuentres con una sorga de verdad, lo sabrás*.

Y sí, Gris lo *sabía*. Aquello no tenía nada que ver con las puntas de su *baba*. Ni tampoco con las de su maestra. Ese placer, ese vibrar que La Graja sentía, se lo contagiaba a todos ellos.

Los labios de La Graja temblaban.

—Mmmmmmmmm —decía.

Para luego estallar en un último grito. Un último suspiro. Sin importarle un ápice su brazo amputado. Sin importarle lo más mínimo no haber visto la luz del sol en tantas lunas. El hambre o la sed. La Graja tenía sus puntas.

Su sonrisa, un tajo de luz en la oscuridad.

Lo difícil no era sacarlas a las tres de allí, sino sacar a esa casi veintena de hombres y mujeres, los cuales, muchos de ellos, ni correr podían. Algunos, incluido el Garría, se habían ofrecido a quedarse: lo importante era que se salvaran ellas, que encontraran a los demás. A La Graja no le había parecido una mala idea, pero:

—Nos vamos todos —había gruñido su maestra, el ceño apretado—. *Nu* hay más que hablar.

Y cuando ya se volvía hacia la gruta de salida, a su espalda:

—Se parece a él.

—Tiene sus ojos.

—De tal cruz tal astilla.

Esta vez La Graja encabezaba la marcha. Al salir de la cueva, los guardias dormitaban junto a la entrada; uno con la garganta abierta, el otro con una flecha asomándole del pecho. Todavía reinaba la oscuridad, el frío aliento del desierto silbaba por los huecos abiertos de la montaña.

Los perros del Volario que protegían el montacargas arrugaron los ceños al ver acercarse a ese grupo de desaharrapados. Algunos se echaron los baladeros al hombro, otros a los puños de sus porras y sus espadas. Pero aquello no duró demasiado. Esa media docena de guardias no tardó en relajar sus semblantes y sonreírles al verlos llegar.

—*Maisse* Iarro —se inclinó uno de ellos ante La Graja.

Gris sabía lo suficiente de La Ságida como para saber qué era lo que estaba pasando: La Graja, con su fetiche en ristre, los *fechizaba*. Por cada uno de ellos tenía que levantar tres puntas de Raga, dieciocho puntas en total, y eso, cuando menos, era un puto milagro del desierto. Pues La Graja no se conformaba con emborronar sus siluetas. A La Graja no le bastaba con hacerlos desaparecer. La maestra de su maestra necesitaba confundirlos lo bastante como para que esos lupen hicieran bajar el montacargas para ellos, para sus rostros medio quemados, y, con la frente perlada de sudor, un fino hilo de sangre resbalando por su nariz, hizo que los perros del Volario les sonrieran como a su señor.

Los convirtió en sus más fieles vasallos.

A Gris le pareció que pasó toda una eternidad hasta que el montacargas llegó al pozo. Le picaba la espalda al saberse apretujada entre todos ellos, sentía unas ganas terribles de mear. Y cuando por fin el montacargas tocó tierra con un chirrido de sus cuerdas y poleas, La Graja se volvió hacia los perros de El Blanco. Un tajo de sonrisa en la oscuridad.

—Ahora quiero que os matéis —croó; la frente perlada de sudor, sus escarificaciones blancas e hinchadas—. Ahora quiero que os arranquéis los ojos. La piel. Quiero que hagáis ruido, ¿estamos?

Astilla tiró de ella obligándola a seguir. Gris se dejó hacer, claro. A su espalda, ruido de hierros y cueros, de carne desgarrada. Gritos. Truenos cuando uno de esos lupen disparó su baladero.

No tardó en darse la alarma. Una campana repiqueteaba desde la torre, desde la misma torre que les cerraba el paso, y Gris no pudo evitar gemir por eso.

—*Nu* te sueltes de mí ahora, ¿oca? —Su maestra le rodeó la mano con sus dedos; un fuerte apretón—. Ahora viene lo difícil.

Al poco, una riada de guardias salía de la torre en dirección a los montacargas. Ellas estaban en medio de todo eso, ellas y una veintena de hombres y mujeres hambrientos y mutilados, y a Gris le costaba respirar. La mezcla rabiaba, las puntas de La Graja ondulaban la realidad. Para cuando el primer grupo llegó hasta ellas, La Graja también sangraba por las orejas; las pupilas tan dilatadas que el blanco no existía en sus ojos; su respiración, su pecho al subir y al bajar, el fuelle de la forja de un gigante imposible.

—¡Los sorgas nos han traicionado! —les graznó La Graja—. ¡Volved a la torre! ¡Volved y matadlos! ¡Quemadlos a todos!

Se tambaleó al decir aquello, y Astilla se soltó de Gris para agarrarla entre sus brazos. Pero funcionó. Los guardias apretaron sus ceños, dudaron, pero acabaron por volver tras sus pasos.

Mientras, la campana repiqueteaba. Mientras, La Graja, en brazos de su maki, luchaba por mantenerse despierta.

—Vamos —gruñó Astilla.

Gris se abrazó a ellas. Un paso y luego el siguiente, tirando de la *fechicera* hacia la torre. Gritos por doquier. Ruido de hierros, ruido de guerra a las puertas del barracón.

—Sácanos de aquí, niña —jadeaba La Graja—. Ya no puedo más.

Al bajar la mirada hacia ella, Gris vio que el fetiche que empuñaba hacía un rato se había convertido en cenizas. Había abusado de él, de ella misma; a La Graja ya no le quedaban más puntas.

Una de las ventanas parpadeaba; debía de haberse caído un candil prendiendo los muebles y las tablas del suelo, llamas arañando el marco de esa ventana. Corrían los guardias de un lado a otro de las barriadas, los trabajadores manaban asustados de las negras bocas de sus precarias chabolas.

—Mierda —escuchó maldecir a Astilla.

Y aun así lo estaban consiguiendo. Los guardias corrían hacia la torre, hacia ese faro en llamas de su ventana, y ellas y los desharrapados corrían hacia la trocha.

—¡Eh! —les ladró uno de esos guardias. Separándose de los suyos, alzando el baladero que empuñaba.

Su maestra:

—¡Gris!

Gris no dudó. Le temblaban las manos y le dolían los dedos, el pecho se le asfixiaba, pero no dudó. Le acertó en el cuello. El guardia cayó.

Lo estaban consiguiendo.

13

No encendieron fuego alguno aquella tarde; no podían arriesgarse. Se habían pasado toda la noche anterior y gran parte del día trepando la montaña para luego perderse por su grietas y recovecos, intentando rodearla hacia la puesta de sol. Pero La Graja ya no podía más. Ilda

tampoco, no iba a negarlo. Había utilizado sus puntas con su maestra, para fortalecerla, para mantenerla en pie, y ahora pagaba las consecuencias.

Tendrían que conformarse con el cauce de ese río seco que manaba a espaldas de la cantera, de la mitad de la montaña que todavía seguía en pie. Con el follaje de las encinas y las coníferas para ocultarse. Con las grietas. Con las sombras.

—Necesito saberlo, Graja. ¿Dónde están los demás?

Mare Raiia apenas si acababa de desmoronarse sobre ese canto rodado, acunándose el brazo tullido contra las tripas, cuando Ilda le preguntó aquello. Menuda compañía formaban, daba pena mirarlos. La mayoría rostros desconocidos, sacados de La Frontera sabía de dónde y por qué crímenes. Tenían hambre, y también sed. Estaban agotados. Pero había llegado la hora de las respuestas.

—Los demás —musitó La Graja.

Las escarificaciones de su rostro hinchadas, sus arrugas como raíces clavadas a su carne. Media cara quemada, los ojos todavía dilatados por la mezcla. El dolor.

Pero Ilda ya había esperado demasiado:

—Sí, los demás. Trespasos. Los Rojos. Deb. Mare Ladia. Verde —le costó lo suyo pronunciar ese último nombre. La voz le tembló. Las manos—. Necesito saber cómo *daimonios* mi padre se dejó atrapar, Graja. Por qué.

Por primera vez desde que se habían reencontrado, rebrilló en los ojos de la anciana un atisbo de derrota. La rabia consumida al mirarla. Se sentía extraña al verla así. Puede que nunca antes la hubiera visto así.

—Oh, niña —cabeceó—. Tu padre no se dejó atrapar. Sencillamente no pudimos... —dejó de mirarla; cabizbaja, los hombros derrotados—. Esta vez no pudimos ganar, niña.

Ilda seguía de pie. Los puños apretados, el ceño. Puede que La Graja no mereciera su enfado, ni tampoco su desconfianza, pero era todo cuanto le quedaba. Como su padre solía decir: *Cambiamos a ratos, para luego ser los mismos de siempre*; y ahora que había regresado, todos sus fantasmas llamaban a la puerta. Todos los soles que le fue negada la verdad. Todas las mentiras.

—Tu padre nunca volvió a ser el mismo —jadeó su maestra—. Cuando te marchaste, La Cruz, sencillamente, dejó de ser La Cruz. Apenas si salía del rancho. Mare Ladia lo visitaba a menudo, y también los Garría, pero todo había cambiado. Nada de cenas al amparo de la chimenea. Nada de Luna de Nacidos ni de Luna de Muertos. Nada de historias. Ni rastro de La Cruz —suspiró—. Tu padre envejeció años enteros cuando te marchaste, niña, como si algo se lo comiera por dentro. Todos sus fantasmas. Todo cuanto había hecho. Para nada, ¿entiendes?

Ilda negó. No sabía exactamente a qué negaba, pero negó de igual modo, como si ese sencillo gesto fuera capaz de explicar cómo se sentía. La tormenta. La tempestad que bullía en sus entrañas.

—La Cruz se pasaba los días encerrado en su habitación. Nunca cejó en sus responsabilidades, ya lo conoces, pero salía solo para lo estrictamente necesario. Nunca lo habíamos visto así, no teníamos ni idea de cómo reconfortarlo. Al principio nos mentíamos diciéndonos que el tiempo acabaría por ponerlo todo en su sitio, que las heridas se cerrarían y todo volvería a ser como antes. —Tanto el brazo bueno de La Graja como el tullido le colgaban inertes entre sus huesudas piernas. Toda ella colgaba inerte—. Pero no —suspiró—. Los soles

pasaron y nunca nada volvió a ser como antes. Todos te echábamos tantísimo de menos... —La miró—. Te lo advertí, ¿recuerdas? Te dije que al marcharte no solo lo abandonabas a él. Te dije que nos condenabas a todos.

Silencio. En ese par de miradas enfrentadas; una vieja y derrotada, la otra negra como una noche sin luna. Hueca. Fría.

—¿Qué fue lo que pasó, Astilla? —tembló la voz de Gris a su lado.

Pero Ilda manoteó hacia ella para hacerla callar. Negó por segunda vez. Había llegado el tiempo de las respuestas, pero no para la zagala. Ella tendría que cargar con todas sus dudas un poco más, y, siendo honestos, poco le importaba eso ahora.

—Sigue —le gruñó a La Graja.

—Está bien —otro suspiro, su mirada de vuelta a los dedos de sus pies descalzos y lacerados por la caminata—. Habrían pasado unos dos soles desde tu partida cuando La Bellada empezó a recibir visitantes del sur. Con sus buenas armas de Antes de Aquello, con sus sorgas tocados por los daján —y se clavó un dedo en la sien al decir aquello—. Decían no venir de los Túmulos ni tampoco de Caala, pero no engañaban a nadie. Mare Ladia fue la primera en calarlos y les prohibió la entrada en su local, aunque tampoco es que aquello les importara demasiado. La Bellada, para ellos, era solo su patio de recreo. Si habían cruzado el desierto y La Frontera no era por nosotros, ¿entiendes? Sino por El Blanco. Por su cantera.

La Graja, por aquel entonces, no tenía ni idea de qué *daimonios* sacaba El Blanco de la cantera que tanto pudiera despertar el interés de los sureños; de hecho, aun habiéndose pasado a la sombra de esa montaña partida por la mitad casi un sol entero, seguía sin saberlo. Solo rocas, eso era lo que los sureños se llevaban a cambio de carros cargados de armas. De mercenarios y máquinas. De *fechiceros*.

Solo sabía que la gente enfermaba al tocar esas rocas, al estar cerca de esas rocas. Solo que la mezcla se pudría en la montaña. Que gemía. Que la mezcla se moría ahí dentro.

—Mare Ladia acudió a tu padre, así como los Garría y el mismo publicano; a ninguno de ellos les gustaba tener por allí a esos *maliantes* del desierto hijos de mil moscas mal paridas. Y sí, también tenían miedo a las represalias de El Blanco. Todos lo teníamos, hasta Los Rojos. Todos le acuciábamos, niña, pero tu padre siempre nos venía con lo mismo: «Esperaremos». Tu padre ya ni nos repetía sus frases, nada de la paz bien merece morderse la lengua, nada de mantente vivo y mantente al margen, solo: «Esperaremos». Y eso fue lo que hicimos, niña, ese fue nuestro error. Estábamos tan acostumbrados a que La Cruz nos dirigiera, que sin su aliento apenas si podíamos respirar. Todos nosotros huérfanos de nuevo. Poco más que niños.

Un último halo de luz refulgía en los perfiles de la cumbre. Un fuego encendido en las alturas y, en sus profundidades, la oscuridad. Esa compañía de hombres y mujeres rotos echaba de menos el fuego, bastaba mirarlos abrazándose a sí mismos, acucillados y amontonados para darse calor bajo esa pátina gris que, incluso al otro lado de la montaña, los cubría por entero. Pero a Ilda no le importaba nada de todo eso. Ilda escuchaba.

Todavía de pie.

—Los únicos en plantarle cara a El Blanco fueron los moosa. —Ilda y La Graja compartieron sendas y fugaces miradas—. Aquel moosa herido que aquel día aciago y maldito arribó a nuestras puertas solo fue el primero de tantos, niña. Los moosa odiaban más si cabe a El Blanco que a tu padre, La Ságida sabe por qué, y ni aun cuando los sureños arribaron, le dieron

cuartel. Pero con el paso de los soles El Blanco se había hecho fuerte en su fortaleza: tenía sus buenas armas y también sus buenos rulos, tenía sus máquinas y sus *fehicerías*, y la cosa no acabó bien para el pueblo de tu madre.

Ilda apretó los puños al escuchar aquello. No por las muertes de los moosa, por los cadáveres que sembraban los bosques y los montes, ni por las razias que, según le contaba La Graja, El Blanco había perpetrado por todas y cada una de sus fronteras. No, Ilda no apretó los puños por eso. Si Ilda rabió fue porque La Graja había nombrado a su madre. Porque no tenía derecho a nombrarla.

—... pero tu padre nunca nos contó qué era lo que venían a buscar. —Ilda cabeceó; por culpa de su rabia se había despistado de la historia de su maestra—. A veces hasta se reunían en su cuarto, pero siempre a puerta cerrada. Yo discutí con él. Trespasos discutió con él, hasta el punto en que un buen día abandonó el rancho, pero...

—Espera —la interrumpió Ilda—. ¿Mi padre y los moosa? ¿Juntos? ¿*En su habitación?*

Eso no tenía ningún sentido. Los moosa odiaban a su padre por lo que había hecho. Incluso la odiaban a ella por culpa de su padre... ¿*O no?*

La Graja no alivió sus dudas al enterrar su cabeza entre los hombros y croar:

—Lo sé, niña. Yo tampoco lo entiendo. —Y mirándola—: Supongo que yo tampoco supe nunca toda la verdad. Supongo que tu padre se guardaba su historia solo para él.

Ilda negó por tercera vez. No dijo más.

—Fuera como fuera —prosiguió La Graja—, las visitas de los moosa se repitieron con más insistencia los últimos días. Tu padre desaparecía noches enteras, y cuando regresaba, lo hacía sin dar explicación alguna. Ni yo misma lo conocía, ni siquiera yo conseguí acercarme. Y tan ciegos estábamos con él, tan preocupados porque nuestro pilar se resquebrajara en pedazos, que ninguno de nosotros supo ver la tormenta que se avecinaba.

La Graja se mordió los labios resecos y Gris enseguida le ofreció solícita su pellejo. Ilda no. Mientras La Graja saciaba su sed, Ilda solo sentía rabia. Esa rabia suya de siempre. Esa que hacía que todo se fuera siempre al cuerno. Que hacía daño a todo aquel que la rodeaba. Que los condenaba.

Que la asfixiaba.

—Sigue —siseó.

Y su maestra se barrió los labios con la venda de su muñón y siguió:

—La noche que vinieron a llevárselo, una tormenta seca como el desierto rugía sobre Cañón Último, lo recuerdo como si fuera ayer. La luz que parpadeaba sobre todos nosotros desde las montañas. Sus motores, los truenos. —Los ojos de la anciana se habían sumergido en el recuerdo. Las pupilas todavía dilatadas, su rostro una máscara de pura derrota.

En algún momento, en algún lugar, alguien o algo le había arrebatado toda su rabia a su maestra.

—No hubo amenazas ni gritos de advertencia. Merro salió a su encuentro y la luz de esos carros del *daimonio* sobre los que iban montados lo cegó. Lo recuerdo poniéndose las manos así —y se protegió con sus propios brazos, se encogió tras ellos—. Lo recuerdo en calzones, niña. Es lo último que recuerdo de él. Del fiel Merro. Antes de que lo asaetearan con sus baladeros.

La Graja fue a levantar sus puntas aquella noche. La Graja gritó y, con un fetiche en cada mano, cargó hacia la luz que la cegaba mientras los truenos rompían la montaña. Sabiendo que eran demasiados. Que le había llegado la hora. Pero:

—«¡Quieta, Graja!», me gritó tu padre. «¡Quietos todos!», nos gritó. Y su voz volvía a ser la de siempre, niña. Volvía a ser *él*. Tanto que hasta esos matones del *daimonio* no pudieron sino obedecer. Tanto que yo, tonta de mí, dejé que se lo llevaran.

La Cruz les ofreció un trato: se dejaría atrapar por las buenas si nadie más salía herido. Si no había más sangre por su parte, no habría sangre por la suya.

Y claro, esos *maliantes* habían escuchado las historias. Por esos polvos no había nadie que no las hubiera escuchado. Y sí, prefirieron hacerlo por las buenas. A su manera.

—Recuerdo que tu padre se arrodilló junto a Merro y lo besó en los labios. Ya estaba muerto, pero era su manera de despedirse —la voz de su maestra, un hilo de voz—. Recuerdo que se plantó delante de mí y me dijo: «Esperaremos, Graja». Recuerdo esas cicatrices tuyas, blancas en la tormenta —y La Graja se acarició la cara dibujando una cruz—. Recuerdo que quise discutirle. Que quise gritarle. Suplicarle que no se rindiera. Pero que no hice ninguna de esas cosas, niña. Que le obedecí por última vez. Que esperé.

Su maestra se quedó sin aliento al decir aquello. A su alrededor un cortejo fúnebre. El Garría lloraba, así como otra mujer que Ilda también conocía de aquellos tiempos. Ella no. Ella se limitó a negar; una, dos, y hasta tres veces más. Como si bastara con negar para espantar esas palabras. Esa realidad.

Como si bastara con negar para espantarlo todo.

—¿Y después? —croó—. ¿Qué ocurrió después?

—Astilla... —murmuró Gris echando las manos hacia ella.

—Nu. —Ilda negó por séptima vez—. Sigue —le gruñó a su maestra, a esa anciana derrotada en la que se había convertido su maestra.

Y La Graja continuó:

—Nos habíamos juntado todos en el salón de mare Ladia, solo faltaba Trespasos. Desde la última discusión con tu padre ninguno de nosotros sabía nada de él, pero tampoco es que tuviésemos tiempo para preocuparnos por eso. Discutíamos sobre cuáles eran los siguientes pasos a dar cuando uno de los Garría nos trajo la noticia: La Cruz sería ejecutado esa misma tarde.

La Graja se apretó los ojos a cada lado de la nariz con los dedos de la única mano que le quedaba.

—Eso no podíamos permitirlo, claro. Teníamos que idear un plan, y teníamos que hacerlo ya. Pero ¿sabes qué, niña? —bufó o rio La Graja—. El que forjaba los planes era siempre tu padre, y de nuestras bocas no salieron aquel día más que reproches y amenazas vanas. La realidad que se cernía sobre nosotros era que El Blanco tenía un puto ejército a su disposición. Tenía las armas y también el número para aplastarnos, y por si eso fuera poco, nos faltaba la única persona que creíamos capaz de sacarnos de ese atolladero.

La Graja le habló de la tarima que levantaron a la sombra de ese cedro alto, altísimo, que se alzaba entre el cuartel del publicano y el salón de mare Ladia. De los rostros avejentados amontonados a su alrededor, como si no pudieran creerse del todo que aquello les estuviese ocurriendo a ellos.

—Todavía recuerdo los martillazos. Nos recuerdo alrededor de esa estufa barriguda escuchando cómo los perros del Volario clavaban las tablas del patíbulo. A cada golpe íbamos enmudeciendo, niña. A cada golpe perdíamos la esperanza.

Ilda también escuchaba los golpes. Como uno de esos relojes de Antes de Aquello, los golpes del martillo marcaban el inquebrantable paso del tiempo hasta su inexorable final.

—En las historias de tu padre las turbas embravecían al ver a sus héroes encadenados. En las historias de tu padre, llegado el caso, se desataba la rebelión. Pero ninguno de nosotros se rebeló aquel día. Al verlo aparecer enmudecimos. Y ese silencio nos robó lo poco que nos quedaba para arrastrarnos a los brazos de la impotencia. De la *cobardía*. —Al pronunciar esa última palabra, la rabia regresó a los ojos de la anciana.

La poca rabia que le quedaba ahora era solo hacia sí misma. Eso era todo lo que quedaba de la tormenta de sus ojos.

—Me miró, ¿sabes? Me encontró entre la multitud. Y puedo jurarte que leí en sus labios: «Esperaremos», pero ¿a qué, niña? ¿A qué *daimonios* quería que esperáramos?

La turba no se rebeló cuando le ataron la soga al cuello. Cuando la trampilla sonó *clac* y se abrió bajo sus pies, ningún héroe de leyenda acudió desde el desierto para salvarlo. Cuando el cuello de La Cruz se partió, no se partió la tierra por eso. En las historias de verdad esas cosas no ocurren. En la vida real los héroes mueren sin ruido. Sin cortejos de ángeles o de daján. Sin moraleja. Solo *clac*, y luego el silencio.

El silencio para siempre.

—No he dejado de arrepentirme por no haber muerto aquel día, niña. El Blanco estaba allí, ¿sabes? Más viejo, más... *blanco*, pero el muy lupen por fin había salido de su palacio después de tantos soles. Ese hijo de mil daján quería verlo. *Saborear* su venganza. Y yo fui lo bastante cobarde como para no hacer nada. Todos nosotros. Sus Huérfanos. Ninguno de nosotros hizo nada, niña. Esa es la verdad.

Ilda negó. En las historias de su padre Sus Huérfanos siempre lograban lo imposible. En sus historias, Sus Huérfanos no se amedrentaban ante nada. Sobrevivían a la guerra y al desierto, a ejércitos enteros. E Ilda no podía comprender por qué no hicieron nada aquel día. Por qué no murieron con él si era lo correcto.

Ilda negaba la realidad misma con ese sencillo gesto suyo. Ilda se había largado, había puesto tierra de por medio, pero ciertas verdades habían persistido. Se había criado a la sombra de los héroes, y por sus sombras se había convertido en lo que era. Por sus historias se había arriesgado a la muerte solo por salvar a quien merecía ser salvado. Y ahora, cuando la verdad se rebelaba, todas esas historias, todas sus leyendas, resultaban ser mentira.

La mentira perfecta.

—Esa misma tarde, mientras tu padre todavía colgaba de una soga, uno de los perros de El Blanco se subió al patíbulo para anunciarnos que el Barón Albredo IV Cadágara había muerto. Que a partir de ese día se declaraba la ley marcial hasta que Nuncio Cadágara, su hermano, ocupara el trono que siempre le había pertenecido.

Esa misma tarde les comunicaron que tanto el publicano como la caldesa perdían todos sus poderes. Que todos aquellos que ostentaran patronazgos de tierras o de bienes debían cedérselas al krae Dugo Volario en pos de la defensa de esas sus tierras. Que, desde ese mismo momento y

hasta que acabara la guerra, la ley del krae Dugo Volario era la única ley. Y todo aquel que la desobedeciera, todo aquel que osara rebelarse, encontraría la muerte.

La Graja la miraba desde las profundidades:

—¿Entiendes ahora, niña? El Blanco solo esperaba su oportunidad. Todo ese tiempo que pasó sin salir de su fortaleza. Todo ese tiempo que nos creímos victoriosos... Solo esperaba su oportunidad. La guerra.

La rabia tardó en llegar, pero acabó por hacerlo. Las cosas cambiaron tanto y tan rápido en los días siguientes que aquellos que se oponían a la ley del krae no tardaron en reunirse.

—Pero algunos decidieron actuar por su cuenta —suspiró La Graja—. Algunos no supieron esperar.

Mare Ladia pudo soportar perder su título de caldesa. Pudo soportar la muerte del hombre que tanto había amado. Pero no pudo asumir que El Blanco se quedara con el patronazgo de su salón.

De su templo.

—Yo no estaba allí para verlo, niña, pero, según me contaron, fue algo digno de ver. —Su maestra por fin sonreía: el valor de la *madame*, al parecer, bien merecía su sonrisa.

Los perros del Volario salieron confiados de su salón tras comunicarle la noticia, pero no esperaban para nada ese destello de volantes blanquísimos que manó de esa puerta batiente. Su vestido blanco cubierto por uno de los ponchos de La Cruz. El baladero que empuñaba.

—Se cargó a cinco de ellos antes de que consiguieran abatirla —se carcajeó La Graja—. Y cuando se echaron encima de ella, a uno le sacó un ojo y a otro le clavó su cuchillo en las pelotas. No pudieron llevársela viva, ¿sabes? Tuvieron que rajarle la garganta. Una buena forma de morir.

La muerte de mare Ladia fue uno de los motivos que los empujó a juntarse, en especial a Los Rojos que tanto la respetaban, pero la cosa no acabó ahí. Los perros de El Blanco prohibieron toda reunión de más de seis personas, pero no por eso consiguieron extinguir los rumores, y érase que una historia deambulaba de boca en boca sembrando la esperanza.

Se contaba que el viejo Ugo, que sufría de insomnio, había visto amanecer a uno de los perros del Volario atado al cedro de la plaza. Le habían arrancado los ojos y la lengua, pero no solo eso. Alguien, con un arma de frío metal, había dibujado una cruz de sangre en su rostro.

Se murmuraba que las patrullas del krae estaban siendo emboscadas. Que aparecían sus cuerpos torturados y mutilados, pero no por los moosa. Que los perros del Volario ya no dormían tranquilos. Que alguien o algo los acechaba.

Un símbolo. Un fantasma.

—No teníamos ninguna duda de quién estaba detrás de esas muertes —sonreía La Graja—. El pobre Deb hasta llegó a proponer que quizá fueras tú, que quizá habías regresado, pero el resto sabíamos la verdad. Esas muertes eran su manera de perdonarle, ¿entiendes, niña? Y también de ser perdonado. Trespasos se sentía culpable por no haber estado allí el día que lo mataron, y por eso hacía lo que hacía. Lo sabíamos. Lo conocíamos.

Pero las malas nuevas no tardaron en llegar, y los heraldos del krae anunciaron a los cuatro vientos la captura de uno de Los Huérfanos del traidor La Cruz. Su muerte.

—Y de ahí que nos precipitáramos, niña. De ahí que decidiéramos salir de nuestro escondite antes de la cuenta...

La Graja suspiró. Para luego contarle que, una vez más, El Blanco les había estado esperando. Que una vez más ese vejestorio hijo de mil daján solo había estado esperando su oportunidad.

—Nuestro plan era sencillo: cortarle la cabeza a la serpiente —siseó La Graja—. De nada serviría tomar el cuartel del publicano, de nada serviría rebelarse abiertamente contra su ejército, pero si conseguíamos colarnos en su fortaleza, si conseguíamos acabar con él, quizá tendríamos entonces una oportunidad para recuperar nuestro hogar de las garras del Volario... Dejaron que nos acercáramos. Dejaron que llegáramos hasta lo alto de la colina. Dejaron que Deb, con la ayuda de los Garría, excavara sus trincheras bajo la muralla. Dejaron que llegara a creer, que *llegáramos* a creer, que podíamos conseguirlo. Que mis puntas bastaban. Que ahora eran ellos los que nos habían menospreciado... —Esta vez le tocó a La Graja negar—. Pero nos estaban esperando.

Muchos de los Garría murieron aquel día. Muchas de las chicas de mare Ladia que habían acudido a vengar a aquella que consideraban su madre. Y también el antiguo publicano, que, en un último y único acto de valor, decidió hacer lo correcto.

—¿Y Los Huérfanos? —la interrumpió Ilda—. ¿Qué pasó con Los Huérfanos?

La Graja asintió.

—La primera en caer fue Carra, y Fido perdió la razón. Los sorgas de El Blanco me tenían anclada con sus puntas, y pude ver cómo corría montaña arriba como si quisiera romper las murallas de su mansión a cuchilladas. Tardó en caer, lo recuerdo. El primer disparo ni lo sintió. Al segundo tropezó, pero al poco siguió corriendo. Siguíó intentándolo. Al tercero consiguieron tumbarlo, pero no tardó en levantarse. Gritaba, todos gritábamos. El sol del amanecer refulgía sobre sus baladeros, sobre esa trampa de hierro y sangre que habían cernido sobre nosotros, pero no por eso dejábamos de gritar... Tuvieron que dispararle muchas veces para conseguir que se quedara en el suelo, niña. Así era él.

Se acabó entonces, recordó Ilda. Todo se acabó.

Lo único que La Graja sabía de Deb es que lo habían capturado antes de que consiguiera sembrar su fuego a la sombra de la montaña. Lo último que sabía de él, es que lo llevaban encadenado por La Bella como a una bestia. Que lo tenían por un bufón. Por un monstruo del que reírse, por un monstruo al que lanzar desperdicios y divertirse con eso.

—También vi cómo se llevaban a La Roja; seguía viva, ¿sabes? Pero vi cómo se la llevaban. Yo pude ver todo ese desastre, niña, pues sus sorgas no me dejaban mover un solo músculo. Esas eran sus órdenes, estoy segura. Yo, de todos Los Huérfanos de La Cruz, era la que siempre le había plantado cara, y El Blanco quería que viese todo eso. Que lo *sintiese* —siseó.

Apenas si hubo supervivientes; que La Graja supiera, nadie consiguió escapar aquel día. A los pocos que quedaron con vida se los llevaron a morir a La Grieta. A ella la encadenaron con su facia y, si había sobrevivido hasta entonces, no era porque fuera más fuerte que el resto, sino porque El Blanco la quería viva. La quería derrotada.

—Esta es la historia, niña. La Bellada, nuestro hogar, sufre bajo la ley de El Blanco. La historia es que nos lo han quitado todo, ¿entiendes? Que ganó. Que no pudimos hacer nada para evitarlo.

Ilda negó; nueve veces, como La Ságida manda. Pero no negaba por la barbarie, ni tampoco por quitarle la razón a la anciana. Negó porque faltaba algo. Un nombre.

—¿Y Verde? *Nu* lo has nombrado. ¿Qué fue de él? —Dolió preguntar aquello. Gimió al hacerlo.

Y en el rostro de esa anciana marchita que había sido su maestra, dos cosas: en sus labios una triste sonrisa, en sus ojos la sorpresa.

—Así que no lo consiguió, ¿eh? —Ilda la miró ceñuda, sin entender—. Verde salió a buscarte, niña. No habría pasado siquiera una luna cuando lo hizo. Ese pobre atolondrado no sabía vivir sin ti, y no dudó en enfrentarse al desierto. Por ti.

Ilda quiso arrancarle la sonrisa a esa anciana de un zarpazo. Quiso arrancarle su historia entera, pues aquello no podía ser verdad. Tan vulgar, tan estúpida esa historia. Verde no podía haber salido tras ella para luego no encontrarla, esas cosas no ocurrían en los cuentos. En los cuentos todo tenía un significado, todo sucedía por algo. Y ella era la que era por todas esas historias, así que Verde no podía haber desaparecido sin más.

No te vayas, Ildi. Por favor. No te vayas.

—Regresó tras varios soles, más viejo, más enclenque y más feo, pero no tardó en marcharse de nuevo —le contaba La Graja—. Nos dijo que había hallado la manera de encontrarte. Habló con tu padre, discutieron —bufó—. Todo el mundo discutía con tu padre en esos días. Pero no tardó en marcharse de nuevo. Y nunca volvimos a saber de él.

Ilda negó por décima vez. Once, doce, y hasta trece veces negó, rompiendo el equilibrio que toda historia debe mantener para tener sentido. Para dejarnos una moraleja.

Un final feliz.

—Así que ya nada importa —exhaló la Rompebotas—. He regresado para nada.

—Tú misma lo has dicho, niña: has regresado, y eso *importa*. Tú eres todo por lo que luchó tu padre, y aquí estás. Solo eso ya merece la pena. Solo eso...

—*Nu*. —Ni siquiera sabía cuántas veces había negado ya—. Nada merece la pena. *Nu* así. *Nu* en la derrota. Mi padre nunca habría permitido esto. Tiene que haber algo que se nos escape. Algo que...

—No lo hay, niña. No lo hay —suspiró su maestra—. A veces se gana. Otras, se pierde. Y esta vez hemos perdido.

Ya no quedaba ni rastro de los fulgores del atardecer. Allí abajo, en la floresta de ese río seco, la noche se derramaba sobre ellas.

—No voy a permitir que hagas ninguna tontería, ¿me oyes, niña? No te voy a dejar morir a ti también. Sé que quieres vengarte, pero...

—Basta —le espetó Ilda—. Cállate. Cállate ya.

La Graja la miró perpleja, casi asustada. Y, siendo honestos, hasta a ella misma le había asustado su propia voz. Tan parecida a la tormenta. Tan parecida a la voz de su padre.

—Yo ya no soy la niña de antes, Graja. Yo ya no soy lo que queráis que fuera. No soy vuestra historia, soy la mía. Y solo yo decidiré.

Su maestra se había quedado sin palabras. Rosamía fue a agarrarla del brazo, pero Ilda se la quitó de encima y les dio la espalda.

—Descansad lo que podáis —les dijo sin mirarlas—. Mañana seguimos.

Ilda se alejó de ellas antes de dejarse caer abrazada a sus piernas. Todos sus fantasmas habían resultado no ser tales. Todo lo que ella creía cierto e inamovible había resultado ser la mentira perfecta.

Su padre no tenía ningún plan, su padre no se había dejado atrapar, solo había perdido. Los Huérfanos habían fracasado, ya no le quedaban Huérfanos a los que agarrarse. Verde, sencillamente, se había ido a buscarla.

Esa era la historia de La Graja. La verdad que tanto había esperado.

Ilda ya ni siquiera escuchaba las voces. Ilda cabeceaba, se mecía abrazada a sus piernas. No podía pensar. No conseguía hacer que todo encajara.

Ilda, antes de conseguir dormirse de puro agotamiento, negó por última vez.

—*Nu* —dijo.

Significara lo que significara aquello.

14

El esqueleto calcinado de la rueda del viejo molino se había desplomado sobre la acequia. Del molino solo quedaban cenizas y vigas carbonizadas. Por la acequia ya no corría el agua para regar los huertos. Ya no había huertos.

A su espalda:

—Tu padre...

—Mi padre era un asesino —le espetó—. El mejor. Pero lo que yo voy a hacerles. El dolor que sufrirán. El terror que padecerán. Ni en sus peores pesadillas han llegado a atisbar lo que les espera. —Y volviéndose, la cicatriz que le partía los labios tensa y blanca como un rayo de luz —: Yo *nu* soy mi padre. Pero lo juro por La Ságida y La Frontera, por el polvo y mi sangre: sufrirán. Todos y cada uno de ellos. Si mi sangre está maldita, malditos sean.

Y en las historias todo hubiera acabado ahí. En las leyendas, los héroes proferían ese tipo de juramentos y luego se limitaban a cumplirlos. Así funcionaban las cosas en las historias, pero:

—Y *nu* —resopló—, *nu* tengo ni idea de cómo voy a conseguirlo, ¿esa es la verdad! —Si gritaba no era por la impotencia. Por el dolor. Si gritaba era porque sentía asomar las lágrimas a sus ojos y no las quería allí, no podía permitírselas allí ahora—. Pero todo esto *nu* puede acabar así. Mi padre nunca hubiera permitido que esto acabara así. Él, para conseguir su final feliz, mentía y punto, ¿recuerdas? —la voz se le quebró, las lágrimas le abarcaron las mejillas—. Así que haré lo necesario. Lo difícil. Pero esto *nu* puede acabar así.

Al barrerse las lágrimas de un manotazo su rostro se manchó de hollín. Como el pueblo de su madre, Ilda, sin haberlo querido, acababa de pintarse para la guerra.

Había dejado de llorar, de bracear como cuando era niña y tenía uno de sus berrinches. Su voz, la voz de su padre:

—Lo juro. Por La Ságida y La Frontera. Por mi madre y por mi padre. Por Trespasos. Por Los Rojos. Por Deb. Por ti. Y también por Verde. Por todos. Juro que esto *nu* va a acabar así.

Junto al hueco negrísimo de esa puerta encaró a Rosamía. A Su Huérfana. Esta retrocedió un tanto, tal era el fuego de su mirada. Pero:

—Pero antes mereces la verdad, niña. Yo *nu* la tuve, *nu* me la dieron, y *nu* es justo que repita los mismos errores contigo. La misma historia. Yo *nu* soy como mi padre. Y tú mereces eso y mucho más.

La voz se le rompía de nuevo. Tardaron en acercarse, pero tanto La Graja como Gris acabaron por hacerlo. Primero la mano de una en su hombro derecho, luego la mano de la otra en su hombro izquierdo. Luego la abrazaron.

—Deja salir el miedo, niña —el aliento de su maestra aleteando en su cuello—. La tristeza. La rabia. El dolor. Déjalo salir.

Luego las tres lloraban.

Y, al hacerlo, prendieron la esperanza en esa columna de hombres y mujeres torturados y mutilados que las habían seguido por el desierto.

Esa era su historia.

ANTES

La verdad

1

Astilla no recordaba mejores tiempos que aquellos. La Bellada seguía siendo la misma Bellada de siempre, un rincón aislado del resto del mundo, pero era *su* rincón.

Vivían precariamente de lo poco que el rancho les ofrecía y de los brebajes de La Graja. El Blanco seguía sin hacer acto de presencia, recluso en su mansión. Contra todo pronóstico, el gobierno de la polémica *madame* hizo que cesaran antiguas rencillas entre los vecinos, y en los días de mercado, al atardecer, se montaban largas mesas a la sombra de ese cedro alto, altísimo, que se alzaba entre su salón y el cuartel del publicano y, por primera vez en mucho tiempo, quizá sencillamente *por primera vez*, los vecinos de uno y otro bando compartían chistes y viandas a la luz de la luna.

Ella ya no solo era la hija de La Cruz, esa zagala a la que era mejor seguirle la corriente para que no te asaltara con uno de sus berrinches. La Astilla se había convertido en una mujer hecha y derecha, una mujer en la que se podía confiar. La Bellada seguía siendo la misma, pero ella ya no. Ella había cambiado, tanto y todo, y de pronto se sentía orgullosa de mirarse en el espejo cada mañana. O mejor, de abrir los ojos y toparse con él, con ese atolondrado de Antes de Aquello que su padre había salvado del desierto. Abrir los ojos y amarlo como lo amaba. Esa era ella ahora. Una mujer capaz de amar.

Tenía poco más de veinte soles, pero una buena mañana se despertó pensando que ese era el final de su historia. Su final feliz.

Esa buena mañana abrió los ojos y lo despertó con un beso. Él le sonrió, claro, esos ojos verdes suyos. Y ella le dijo:

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por todo.

Esa buena mañana, mientras él se la follaba despacio, sin prisa y todavía abotargados de sueño, Astilla llegó a pensar que así acababa todo. Que ya nada más importaba. Que lo habían conseguido.

Esa buena mañana, al salir de su habitación, se topó con su padre en el pasillo y, besándole en la coronilla, le recordó:

—Eres una bestia parda de padre, ¿lo sabes?

Él le sonrió, claro. Y La Cruz no solía regalar sus sonrisas.

Esa buena mañana todo parecía marchar a las mil maravillas. El mundo era eso, sencillamente eso. Pero en las historias reales no existen los finales felices. En las historias reales el mundo se mueve a tu alrededor sin que te des cuenta, y cuando algo acaba, sin ruido, sin moraleja alguna, empieza lo siguiente.

Para Astilla aquellos años fueron su final feliz. Pero luego, esa misma mañana, la vida siguió. La realidad llamó a su puerta.

2

Uno de los Garría les trajo la noticia: un grupo de caravaneros había atacado la cantera de El Blanco poco antes del amanecer.

Les habían sacado la piel a los guardias y capataces. Los ojos. Los habían destripado para luego colgar sus entrañas de los postes más altos como advertencia. Y para cuando los perros del Volario llegaron, no quedaba más que eso; tripas al viento que ondeaban como macabras banderas. Sus cuerpos como carroña para las bestias.

La Graja y La Cruz compartieron sendas miradas. Su padre acabó por asentir:

—Tenemos que saber más. Por ahora, esto *nu* nos concierne, pero podría llegar a desatarse una guerra. Y tenemos que saber por qué.

El corazón de Astilla latía desbocado. Verde la agarró de la mano, pero ella no consiguió responder del todo a su apretón. Consiguió asentir, regalarle el fantasma de su sonrisa, pero para entonces algo roía su consciencia. Algo que creía enterrado. Una pregunta. Una historia prohibida.

Un gusano que hurgaba y hurgaba abriéndose paso por su cuerpo.

Pero aquellos eran los buenos tiempos, al fin y al cabo, y ante esos ojos ávidos y verdes suyos, consiguió sonreír. Los dedos de ella se enredaron en torno a los dedos de él y consiguió enterrar de nuevo ese gusano que se abría paso por sus tripas.

Esa misma noche los truenos de los baladeros la arrancaron de los brazos del sueño. Sus ojos perplejos en la penumbra de la habitación.

—Disparos —escuchó jadear a Verde a su lado.

Astilla asintió. Sonaban lejos, por Cañón Último, pero se trataba de disparos sin duda alguna. Y sí, puede que se lo quitara de encima con cierta brusquedad. Puede que se arrancara las sábanas con el ceño algo fruncido.

Encontraron a su padre al borde del huerto de frutales, oteando el horizonte sucio de calima a la luz de esa luna partida por la mitad. Él sí que había tenido tiempo de vestirse: su poncho, los puños de hueso de sus cuchillos, sus manos apoyadas sobre cada uno de esos puños.

—Son disparos —musitó Astilla, y su padre asintió.

Trespasos no tardó en aparecer. Seguido por La Graja, por Merro.

—Mal asunto —dijo este, y su padre gruñó.

Astilla sintió el sabor metálico de la mezcla al desatarse; mare Raiia levantaba sus puntas. Los ojos cerrados, su pecho hinchándose y deshinchándose, hinchándose y deshinchándose. Despacio.

—Son los perros del Volario —les comunicó al rato—. Ellos y los moosa —y su padre asintió de nuevo.

—Trespasos —se limitó a decir, y este, sin que le hiciera falta nada más, saltó la acequia y desapareció en la oscuridad. Su padre la encaró—: Volved adentro, Ildi. Por ahora *nu* hay más que ver, ¿oca?

Algo dentro de ella la urgió a decirle que no. A rebelarse, a fruncir el ceño y espetarle que no tenía pensado moverse de allí. Pero aquellos eran los buenos tiempos.

—Oca —le dijo, y arrastró a Verde hasta la casa.

Ambos estaban todavía despiertos, tendidos el uno junto al otro, cuando la puerta del rancho se abrió de un golpe. Voces bajo las tablas:

—¡Graja! —la voz de su padre.

Ruido de pasos. Portazos. La voz de su maestra:

—¡Despeja la mesa, Merro!

Astilla se dio cuenta ya en las escaleras de que no se había parado a esperar a Verde. Las bajaba a saltos, su corazón latiendo, latiendo. Y algo más. Hacía tiempo que no sentía eso, pero a Astilla le costaba respirar. Se asfixiaba.

Abajo, su padre y Trespasos descargaban un cuerpo sobre la mesa. A la tenue luz de las débiles llamas de la chimenea, ese cuerpo cubierto de pieles y de barro. De sangre. La cara cubierta por una máscara de hueso coronada de plumas; los ojos, tras la máscara, vueltos sobre sí mismos. Sangre en la boca, en los dientes que apretaba al rugir como una bestia malherida. Algo o alguien le había destrozado su tabardo leñoso; sangre en las tripas. A la tenue luz de la chimenea ese cuerpo temblaba, daba sacudidas, mordía.

—¡Agarradlo! —les gritó La Graja, que llegaba cargada con un morral de su laboratorio.

Ruido de cacharros, de gemidos, de rugidos. La Graja levantaba sus puntas. Trespasos pugnaba por sacarle esa máscara de hueso de encima, y Merro, sin soltar la lámpara que empuñaba, forcejeaba con su tabardo. Su padre lo sujetaba: no había tenido tiempo de ponerse esa cinta suya, y el pelo, el sudor, le caía sobre los ojos.

Merro:

—*Lu* han jodido bien, frais, por el polvo que sí...

Astilla pudo discernir una herida de lanza en las tripas. Otra de baladero cerca del hombro, cerca del corazón. Verde le buscó la mano, pero ella se la espantó.

Las puntas de La Graja acabaron por calmarlo. El moosa dejó de retorcerse, de morder.

—¡Necesito espacio, por La Ságida! —les ladró la *fechicera*.

La mirada de su padre por fin se topó con la suya.

—Ildi...

Astilla negó. Y su padre no dijo más.

Consiguieron sacarle el hierro que llevaba dentro. Limpiarle la herida, cosérsela. Trespasos lo levantaba y La Graja le vendaba las tripas cuando Astilla por fin consiguió preguntar:

—¿Por qué lo salvamos?

Todos, incluida La Graja, volvieron hacia ella sus miradas. Silencio. Y luego, su padre:

—Si puedes elegir entre salvar o *nu* una vida la salvas, Ildi. —La furia de sus ojos. La determinación—. Si puedes elegir entre hacer o *nu* lo correcto lo haces. ¿Estamos?

Astilla asintió. Todos lo hicieron.

Astilla apenas si durmió aquella noche. Escuchaba roncar a Verde a su lado, la navaja de Trespasos tallando sus figuritas junto a la chimenea, sin quitarle ojo de encima a su invitado. Astilla escuchaba removerse al moosa bajo las tablas del suelo, luchando por conseguir arrancarle a la vida otra bocanada más de aire.

Astilla apenas si recordaba algo de su madre. Solo su olor. Su canción. Sus brazos al acunarla. Pero puede que ese moosa supiera algo más de ella. Puede que ese hombre que agonizaba bajo las tablas del suelo tuviera todas las respuestas.

A Astilla le costaba respirar.

3

Lo habían cargado hasta una de las chabolas que crecían como setas alrededor de la casa principal y habían cerrado la puerta con un buen candado; Ilda tenía prohibida la entrada, y también Verde.

—*Nu* debes acercarte a él, Ildi. Nunca, ¿me oyes?

—Te oigo, pa.

No había día en el que su padre no acudiese a atender las heridas de su invitado, y cuando este por fin despertó, Astilla los escuchó discutir desde las pocilgas. Astilla escuchó golpes, forcejeos, y no dudó en soltar el horquillo y correr a su encuentro. La Graja la detuvo.

—¡Espera, niña! —y Astilla obedeció.

Al poco los escucharon hablar al otro lado de las paredes de la chabola. Astilla no tenía ni idea de lo que decían, hablaban en lengua moosa.

—Vamos, niña —le ordenó La Graja; su mano férrea sobre su hombro—. Nada tenemos que hacer aquí.

Astilla la miró ceñuda por un momento, pero acabó por obedecer. Aquellos eran los buenos tiempos, al fin y al cabo... ¿*O no*?

En los tres días que siguieron a la llegada del moosa, los truenos se repitieron por Cañón Último. La guerra continuaba, los Garría y mare Ladia, así como Los Rojos y Deb, se dejaban caer por allí a menudo. Murmuraban. Se preguntaban por qué.

—Tiene que ser por la cantera —braceaba uno de los Garría junto a la chimenea—. Los moosa tienen que querer algo de la montaña. Quizá sea un lugar sagrado para ellos o...

—Elucubraciones, Onás —le regañaba La Graja—. De nada nos sirven.

—Podríamos aprovecharlo —propuso Carra La Roja.

Y su hermano:

—Poner fin a todo esto de una vez por todas.

—Eso *nu* suena nada mal. Por La Frontera que *nu* —musitó mare Ladia.

—Sí —gruñó su padre—. Sí que suena mal. La guerra siempre suena mal, y esta guerra, por el momento, *nu* nos concierne. ¿Estamos?

Pasaron los días y el moosa todavía no se tenía en pie por sí solo. A veces, tanto su padre como Trespasos lo sacaban de la chabola y, con el brazo del moosa echado sobre sus hombros, lo llevaban hasta los campos de mies. Una vez allí lo soltaban, sin quitarle ojo de encima. El moosa abría los brazos en cruz. Respiraba. Para luego tener que agarrarse a sus hombros de nuevo.

Una de esas veces, Ilda se topó con él y su padre en la senda embarrada que llevaba hasta las cuadras. El moosa se tensó al verla. Su labio superior se retrajo como si quisiera morderla, y la nuca de Astilla se erizó como si la muerte misma la mirara desde los ojos de esa bestia de hombre. La Cruz lo agarró de la nuca y le obligó a que dejara de mirarla. Tiró de él.

—Vamos.

Esa misma noche:

—Pronto se marchará, Ildi —le prometió su padre—. Pronto todo volverá a ser como siempre.

A Astilla le costaba recordar esos días. Los huecos de tiempo en los que ese moosa no ocupaba toda su atención, si existían siquiera esos huecos, esos descansos, no conseguía recordarlos. De esos días Astilla solo recordaba pensar en él. Verde intentando distraerla. La Graja regañándola en todas y cada una de sus lecciones.

—Ellos, de ti, solo esperan la muerte, niña. No lo olvides, ¿oca?

De esos días recuerda ese gusano royéndole las tripas. Todas las preguntas que regresaban desde el pasado... ¿Qué tenían los moosa contra ella? ¿Por qué la detestaban? ¿Por qué era tan especial? ¿Sabían acaso los moosa qué le había pasado a su madre? ¿Cómo había muerto y por qué tanto misterio al respecto?

O peor: ¿por qué su madre no vivía con su pueblo? ¿Respondía eso a todas las otras preguntas? ¿Era por los pecados de su madre que tanto la despreciaban a ella?

Y si era así: ¿cuáles eran los pecados de su madre?

Tú eres distinta a los demás, niña.

Una no se abre a El Mundo Sombra sin haber vencido antes al miedo. Y menos tú, niña. Ellos, de ti, solo esperan cruzar.

Recuerda asaltar a su padre uno de esos días, mientras tocaba el banjo bajo la sombra del porche:

—Quiero saberlo, pa. Prae. Dime qué le ocurrió a madre. Dime por qué, ellos, de mí, solo esperan la muerte. —Por fin lo había soltado.

Su padre la miró por largo rato. Dejó su banjo apoyado en el suelo. Respiró.

—Hay ciertas verdades que *nu* traen nada bueno consigo, Ildi. Ciertas verdades que es mejor *nu* revelar. Solo hacen daño, Ildi. Nada más.

—*Nu* me importa. —Que quede claro: ella todavía no era La Astilla de antes. Ni rastro de su ceño fruncido, de la tormenta de sus ojos. Solo tristeza. Solo súplica.

—Lo siento, Ildi. *Nu* es el momento. *Nu* ahora. *Nu* en la guerra.

Astilla, entonces, sí que apretó un tanto los puños.

—La odiaban, ¿verdad? —musitó—. A mi madre. Los suyos la odiaban. La echaron. ¿Verdad?

Ni siquiera sabía si había llegado a tales conclusiones por algo que había escuchado o por sus propias elucubraciones. Pero su padre arrugó el rostro. Esa cruz de cicatrices suyas tensas y blancas a la luz del sol que se colaba entre las chapas del tejado del porche.

—Tu madre era diferente, Ildi. A todos. Y por eso la amaba. La amábamos. —Al rato—: Cada día te pareces más a ella, ¿sabes?

—*Nu* me importa —repitió; y sí, puede que su ceño se afilara un tanto—. Necesito saber si fueron ellos quienes la mataron, pa. Necesito saberlo. Si por eso me odian tanto. Si por eso los odiáis. Por ella. Por madre.

—Nosotros *nu* odiamos a los moosa, Ildi.

—Pero tengo que alejarme de ellos, ¿verdad? —y sí, puede que subiera un tanto la voz—. Pero ellos, de mí, solo esperan la muerte, ¿es eso?

—Ildi —la acalló su padre—. *Nu* es el momento, ¿oca?

Astilla asintió aquel día. Respiró.

—Oca —le dijo.

Pero había tomado una decisión. Si su padre no iba a darle las respuestas que buscaba, si nadie iba a dárselas, tendría que encontrarlas por sí misma.

—¿Estás bien, Ildi? —Verde no se separaba de ella.

—Sí —le mintió—. Claro.

—Vamos, Ildi. Soy yo. A mí puedes contármelo.

Al otro lado de la ventana, la luz de esa luna casi llena perlaba los perfiles de su rostro. Los embujaba. Y Astilla no pudo sino abrirse a él. Hablarle de su madre. Contarle que necesitaba la verdad.

Y no, Verde no la refutó aquel día. Verde se limitó a asentir. A escucharla. Y luego:

—Lo haremos juntos, ¿oca? Descubriremos la verdad juntos.

Y cuando él le dijo aquello, cuando ella lo besó por eso, cuando se dejó abrazar, Astilla sintió que todo encajaba de nuevo... Solo que, en la vida real, las cosas solo encajan por un rato. Para luego desmoronarse. Para luego poner tu mundo patas arriba.

Lo hicieron juntos. Esperaron a que Trespasos sacara al caravanero de la chabola y, como por casualidad, se toparon con él en la encrucijada que llevaba hasta los campos y las cuadras. Astilla no dio tiempo a Trespasos a hablar, a pedirle, una vez más, que volviera a su habitación. Astilla:

—Por qué *daimonios* me miras así, ¿eh? —le espetó al moosa dando un paso hacia él—. ¿Qué *daimonios* se supone que os he hecho? ¿Es por mi madre? —Otro paso; cerca, demasiado cerca—. ¿Es por ella por lo que...?

Todo sucedió rápido. El moosa hincó un codo en las costillas de Trespasos y este resopló al estamparse contra uno de los cercados. El moosa aprovechó ese mismo movimiento para sacarle uno de los cuchillos que Trespasos llevaba al cinto y, con un rugido, se echó sobre ella.

Astilla fue a agarrarle de la muñeca, pero el caravanero fintó y la tiró de una patada al suelo. Luego lo tenía encima. Luego el cuchillo de Trespasos bajaba directo hacia su cuello.

—¡Ildi! —La voz de Verde.

Algo silbó por encima de ella. Algo giró y giró hasta clavarse sobre su objetivo. Un cuchillo largo y curvo asomaba de la cara del moosa. Un largo y curvo cuchillo que acababa en un puño de hueso.

Tuvieron que quitárselo de encima, Astilla no conseguía mover un músculo. Las piernas de Trespasos, de Verde. Las piernas de su padre desde ahí abajo.

—¿Sabes lo que has hecho, Ildi? —ladraba su padre; al parecer al menos había conseguido que por una vez La Cruz perdiera la paciencia—. ¿Sabes lo que nos costará esto? ¿*Lo sabes?*

Verde la sujetaba por debajo de los brazos, la ayudaba a levantarse. Verde:

—¡Déjala! ¡Esto es por tu culpa! ¡Por vuestra culpa!

Verde nunca le había hablado así a La Cruz. Nunca antes se había atrevido a eso. Y el silencio, como un jarro de agua helada, cayó sobre ellos.

Ella había causado todo eso. Ella, una vez más, lo ponía todo patas arriba. La paz. Los buenos tiempos. Solo que no le importaba. Solo que cuando consiguió levantarse volvía a ser la misma Astilla de antes. Su ceño fruncido. La tormenta de sus ojos.

Su padre la miró. Ella lo miró a él, con ese cuerpo tendido en el suelo entre ellos. Con ese cuchillo largo y curvo asomando tieso de su cara. Destrozándole los labios. La mandíbula.

—Necesitaba la verdad, pa. Todavía la necesito.

La Graja llegó trotando desde su laboratorio.

—¿Qué has hecho, niña? —Y mirando al resto—: ¿Por La Ságida, qué habéis hecho?

Y con ese par de preguntas, con ese silencio, los buenos tiempos, los mejores, llegaron a su fin.

4

Astilla sabía lo que había que hacer. Lo que *tenían* que hacer.

—No, Ildi —la voz de Verde un hilo de voz—. Lo que propones es una locura.

Su plan era sencillo: si a su padre no podía sacarle la verdad, si La Graja nunca daría su brazo a torcer, les arrancaría las respuestas a aquellos que se habían pasado la vida despreciándola.

—Han intentado matarme, Verde, ¡*lu* has visto! Así que qué importa si agarramos a uno de esos salvajes y le obligamos a contarnos todo lo que sabe, ¿eh? *Nu* vas a hacerme sentirme mal por eso. Se lo merecen —siseó—. *Esu* y más.

—No es eso, Ildi. Ahora mismo no me importa una mierda lo que *tú* puedas hacerles, ¡me importa lo que puedan hacerte *ellos* a ti! Te matarán. Nos matarán.

—*Nu* te equivoques. *Nu* te estoy pidiendo que vengas conmigo, *nu* te necesito, ¿oca? Soy más que capaz de hacer esto yo sola. Ahora ya sabemos lo que soy.

Después de lo ocurrido, La Graja y su padre se habían visto obligados a contarle parte de la verdad. Trespasos también estaba allí, tallando sus animalillos de madera junto a la chimenea. Y Verde. Y Merro, el viejo chatarrero.

La Graja le había contado que fue por su madre que decidieron marchar hacia Cañón Último. El patriarca de los Garría había perdido sus tierras en la guerra, pero no así su fortuna, y buscaba un lugar donde empezar de nuevo desde cero. Su padre se había ganado con creces la confianza del Garría durante la guerra, y cuando Iia propuso aquello, a La Cruz no le costó

convencerlo. Esas tierras quedaban lo bastante lejos de todo y lo bastante cerca de La Frontera como para enriquecerse, y si además contaban con el beneplácito de los caravaneros, poco más había que hablar.

—Tu madre nos aseguró que su pueblo nos protegería del desierto. Que, cuando les contara que La Cruz la había salvado de las cadenas, su pueblo nos debería una. Iia confiaba en ellos — esa fue la primera vez que escuchó el nombre de su madre por boca de su familia—. Y no se equivocaba.

Astilla no tenía ni idea de que su padre había salvado a su madre del esclavismo, ni siquiera que su madre había sido una esclava. Conocía la historia de Trespasos, la historia de Deb y también la de Los Rojos, conocía la historia de La Graja y la de su padre, pero, hasta ese día, de su madre no sabía nada.

Solo su olor. Su canción.

Una vez cruzaron el desierto, su madre acudió en busca de su pueblo acompañada de La Cruz. Se contaron historias y se cantaron canciones aquel día. La tribu de los isar dio la bienvenida a su vástaga perdida y se compartieron regalos con aquel que la había salvado de las cadenas.

—El oon moba, lo llamaron —le contó La Graja—. El moba bien. El moba bueno.

Las Madres de los isar celebraron una muunta. Los ancianos invitaron a La Cruz a su fuego, y en torno a este se decidió que, siempre y cuando los moba recién llegados respetaran la voz de los zaar y la canción de Las Madres, Cañón Último estaría abierto para ellos. La Cruz se había ganado su confianza, y fue así, tras ese pacto, que tuvieron lugar los años de El Buen Polvo.

—Fueron buenos años aquellos, niña. Para todos. Pero entonces tu madre cometió un error que su pueblo nunca supo perdonarle. Tú.

Las manos de su padre colgaban lacias entre sus piernas. Cabizbajo, sin pronunciar palabra alguna. Su padre no reaccionó a tamaña revelación, ni siquiera cuando tanto ella como La Graja se le quedaron mirando. Como si esperaran que añadiera algo, que asintiera siquiera.

Pero nada.

—Son muchos los que odian a los moosa, niña, lo sabes bien —le dijo su maestra—. Pero la verdad es que ellos nos odian más si cabe. Tienen sus motivos, bien *siuro* los tienen. Pero la realidad es que la mayoría de sus tribus nos culpan a los moba de todas sus desgracias. Y eso fue lo que hicieron: culparla. Tu madre confiaba en ellos, niña, pero ellos no pudieron perdonarla por ese retoño que germinaba en sus entrañas... O no quisieron, lo mismo da.

—Y la mataron por eso —jadeó Astilla—. ¿Verdad?

Silencio. Uno de los largos.

—Basta por hoy, Ildi. —La voz de su padre—. Por hoy ya tienes bastante.

Sendas miradas, de padre e hija, se enfrentaron por largo rato.

—*Nu* —acabó por cabecear ella—. Todavía *nu* tengo bastante, pa. Todavía hay demasiadas cosas que *nu* me encajan. Por ejemplo: ¿por qué soy tan especial? ¿Eh? —Y volviéndose hacia su maestra—: ¿Por qué llevas diciéndome toda la vida que ellos, los daján, de mí, solo desean cruzar? ¿Solo por ser hija de una moosa? ¿O hay algo más? Porque necesito saberlo. Necesito...

—Ildi... —la voz de su padre.

—¡Nada de Ildi, pa! ¡Ya vale de Ildi! ¡Ya basta de excusas y de historias y de mentiras! ¡Quiero toda la verdad! ¡Y la quiero...!

—¡Tu madre era una Tocada, niña tonta! —La voz de La Graja, un látigo que los fustigó sin misericordia alguna; su padre miró a la *fechicera* boquiabierto, Verde jadeó, Trespasos suspiró desde la chimenea—. ¿Esto querías saber? ¿Te vale con esto por fin? ¿Ya estás contenta?

Una Tocada. Astilla había escuchado hablar de esos pobres desgraciados, de aquellos que se perdían en el polvo y se topaban con los daján. Los *daimonios* necesitaban de un puente, de una puerta para salir del polvo y pasearse por el mundo; una piel, carne para esconderse. Y los daján la habían encontrado a ella, a su madre. De ahí su sangre especial. De ahí que la diiva se hubiera acabado para ella.

—Ocurrió durante una de las expediciones más allá de Cañón Último —le contaba su maestra—. La Frontera nos alcanzó, y la noche se llenó con sus promesas.

Una tormenta de polvo como nunca antes habían conocido. El polvo tenía garras y tenía sed, pero eso no era lo peor. El polvo hablaba con la lengua de las moscas que correteaban y zumbaban sobre ellos, y las moscas les prometían la salvación. Si asesinaban. Si violaban. Si robaban. Si destrozaban. Si se dejaban arrastrar por sus más bajos instintos, el polvo, a cambio, les prometía poder.

Su padre y su madre se enfrentaron a la tormenta. La Graja apenas si pudo ayudarlos con sus puntas, pero ellos atravesaron El Peto de Dios de igual modo para enfrentarse a aquel que los cercaba. Su nombre era demasiado largo como para pronunciarlo, pero todos lo escuchaban latir en sus conciencias. Su nombre era Tunavarimot, decían las moscas. Y Catalamet y Ofizórales. Y Ganátides y Orfadeo, Gadaihi y Motístoles. Él era Badahal y Lavaratet, él era todos esos nombres, y aun así La Cruz e Iia atravesaron el polvo y se enfrentaron a él.

Para salvarlos. A todos.

—Consiguieron vencerlo —le contó La Graja—. Pero a un alto precio.

Su madre había sido Tocada por él. Gracias a los fetiches de La Graja y a su propia entereza pudo mantenerlo a raya, pero desde aquel día Iia de los isar cargó con un gran peso sobre sus hombros.

—Tu madre nunca volvió a ser la misma, niña. Iia... *cambió*. Para siempre. Y ninguno de nosotros supo ayudarla. No pudimos —jadeó su maestra.

Ilda asintió. En algún momento se había dejado caer sobre una silla y, con los codos hincados sobre la mesa, su cabeza reposaba sobre sus manos. Aquello explicaba muchas cosas. Esa historia hacía que todo encajara por fin. Sus berrinches. Esa manera que tenía de destrozarlo todo a su paso. Cómo la miraban. Por qué ella era tan especial.

Todo.

Pero no. Todavía no. Todavía faltaba algo, ¿verdad?

—¿Quién la mató? —Su voz apenas si consiguió manar de sus labios.

—Habla claro, niña.

—Que quién la mató. —Sacó la cabeza de la prisión de sus manos y se enfrentó a los ojos de su maestra—. Que cómo murió. Por qué. Ya me has contado mucho, así que cuéntamelo todo.

La Graja y su padre se miraron, la mentira perfecta escondida en ese par de miradas.

Astilla sintió crecer la rabia dentro de ella. Ese gusano que llevaba días arrastrándose por su cuerpo se había convertido en una enorme polilla de rabia y llamas que aleteaba en sus entrañas pugnando por salir al exterior. Por haberle ocultado tanto y todo durante tanto tiempo. Porque

ella tenía la sangre de un monstruo y nadie se lo había dicho. Porque ella no era humana del todo y habían preferido ocultarle la verdad.

Astilla golpeó la mesa.

—¡Necesito saberlo! —ladró.

—¡Basta, Ildi! —El golpe que su padre dio sobre la mesa dejó en ridículo al suyo—. ¡Así *nu*, me oyes? ¡Tú *nu* eres esto! ¡Tú *nu* puedes ser esto! ¡Tú *nu*!

Padre e hija se quedaron mirando por largo rato. Su padre nunca le había hablado así. Nunca esa rabia en sus ojos hacia ella. Ese miedo.

Padre e hija se quedaron mirando por largo rato, pero nadie dijo nada más.

Los días siguientes Astilla se los pasó encerrada en su habitación. Necesitaba de Soma para calmarse los nervios, pero, después de lo que había escuchado, la verdad era que tenía miedo de levantar sus puntas. Y sin la mezcla para calmarla, sus pensamientos se arremolinaban como nubes de tormenta.

Se odiaba, esa era la verdad. Se despreciaba.

En las historias, los daján eran aquellos que se enfrentaban a los héroes. Un daján de polvo y tormenta había estado a punto de matarlos a todos allá en el desierto cuando La Bellada ni siquiera existía. Los daján habían sido los verdaderos causantes de La Guerra de La Partida. Los daján engañaban, urdían, violaban las consciencias. Los *daimonios* eran los culpables de que el mundo se hubiera partido por la mitad. De que no hubiera mar. De que el verde se hubiera extinguido.

Eso contaban las leyendas.

En eso la habían convertido con la verdad.

Los primeros días que Astilla se pasó encerrada en su habitación solo pudo despreciarse a sí misma. Pero luego tuvo una idea. Luego algo destelló en su consciencia. Y se dijo: *Si soy medio daján, si mi sangre está maldita, ¿qué me impide enfrentarme a ellos?*

¿Qué daño pueden hacerme?

Y de ahí que le dijera a Verde eso de *ahora ya sabemos lo que soy*. De ahí que no tuviera miedo alguno de enfrentarse a los moosa a cambio de la última de las respuestas. De la verdad.

—Vamos, Ildi —le sonreía Verde—. Tú no eres eso, ¿oca?

—Sí que lo soy.

Verde avanzó hacia ella como si quisiera abrazarla, pero Astilla puso tierra de por medio.

—Está bien, ¡no eres *solo* eso! Vamos, Ildi, ¡sigues siendo la misma!

—Por eso —gruñó, su ceño apretado—. Porque soy la misma de siempre, tengo que saber la verdad. Es lo que llevo buscando toda mi vida. Es de lo que me han privado toda mi vida. Esa mentira es lo que soy, Verde. —Feos, negros y horribles sus ojos al mirarlo—. Y todo este tiempo. Toda esta *felicidad* —siseó—. Esa *nu* era yo. Va siendo hora de que ambos lo aceptemos.

Verde se llevó las manos al pecho, a la garganta como si acabara de apuñalarlo. Astilla se sintió algo mal por aquello, pero de lejos. Ella era hija de una Tocada, al fin y al cabo, así que ¿cómo iba a sentirse mal?

—No puedes estar hablando en serio, Ildi. Vamos... —Fue a agarrarla de las manos, pero ella se soltó—. Yo sigo aquí. *Seguimos* aquí. Toda una vida, ¿recuerdas? Toda una vida, toda una vida, toda...

—Basta, Verde —negó—. Solo te haces daño, ¿es que *nu* lo ves? Mírate, das pena.

Esta vez fue Verde quien se apartó. Le había hecho daño, lo sabía bien. Verde la miraba como nunca antes. La rabia en esos ojos verdes suyos, en sus morros retraídos.

—¿Que yo doy pena, dices? —su risa fea, negra y horrible—. Vamos, Ildi, mírate *tú* —y la señaló—. Has perdido la cabeza, ¿es que no lo ves? Esto es solo otro de tus berrinches, ¡de los berrinches de la niña de papá a la que todo se le consiente! ¡Pero el mundo no es solo tu puto ombligo, ¿me oyes?! ¿Quieres saber lo que eres? ¿Quieres saber la verdad? Pues bien, yo te la diré. Eres una puta niña mimada, ¡eso eres! Te has pasado la vida adorada por todos y ni siquiera te has parado a dar las gracias. Puede que yo dé pena, sí, pero tú eres una puta egoísta, ¡eso y nada más! —y la señaló de nuevo, la señalaba a cada una de las palabras que pronunciaba—: ¡Una... puta... niña... de papá!

Por unos instantes Astilla se preguntó: *¿Qué daimonios está pasando? ¿Quién es este y qué ha hecho con Verde? ¿Por qué mi amigo de siempre, mi amor, me está hablando así?*

Pero no tardó en comprender. Eso era lo que ella era. Ella siempre acababa por mandarlo todo al traste, así funcionaba el mundo, *su* mundo. En las historias reales todo se iba al cuerno de la manera más ridícula posible. Bastaban unos pocos insultos de las bocas de aquellos que más amamos. Bastaba un solo error para que el mundo sonara *clac* y, sin ruido, sin moralejas, todo se partiese en mil pedazos.

En las historias reales bastaban un par de moscas para que todo se llenara de gusanos. Una manzana podrida para que se pudriera un saco entero. Un poco de mierda para convertir un barril de cerveza en un barril de mierda.

En las historias reales, cuando llegaba lo malo, de nada servía todo lo bueno. Cuando llegaban los malos tiempos, los buenos, los mejores, resultaban ser la mentira perfecta que nos habíamos contado a nosotros mismos. Para jugar a que fuimos felices alguna vez. Para creernos que merecía la pena vivir por algo.

—Lo siento, Ildi. —Verde se había derrumbado sobre la cama que habían compartido por tantas lunas—. No sé lo que acaba de pasarme. Lo siento, ¿oca? Yo solo...

—Ya es tarde —siseó ella—. Lo dicho, dicho está.

Verde gimió. Verde volvía a ser el mismo de siempre, y ahora que Astilla sabía que los mejores tiempos no habían sido más que mentiras, al verlo así, tan derrotado, no pudo sino sentir asco de él.

—*Nu* tenía que haberte contado nada de esto —bisbiseó—. *Nu* tenía que haber confiado en ti. Ese ha sido mi error.

—No, Ildi. No me hagas esto, ¿oca? No te hagas esto a ti. —Se levantó y extendió de nuevo las manos hacia ella; daba pena mirarlo—. Vale, está bien. Iré contigo. Lo haremos juntos, ¿oca? Tú y...

—*Nu*. —Astilla se lo quitó de encima—. Ya *nu* hay juntos, Verde. Esto es lo que soy. Tengo que hacer esto sola.

Al volverse hacia la puerta:

—¡Ildi, prae!

Astilla lo miró por encima del hombro y, por un instante que se alargó más de lo que le hubiera gustado reconocer, se sintió mal. *Muy* mal, de hecho. Por un instante demasiado largo Astilla lo amó de nuevo. Recordó ese pajar a la luz de la luna. Ese *gracias por todo*. Todas sus

promesas.

Por un momento Astilla quiso abrazarlo. Pero era ya demasiado tarde.

—Solo espero que sepas mantener la boca cerrada —siseó—. Solo te pido eso.

Astilla cerró la puerta a sus espaldas. Sabía lo que había que hacer. Lo que *tenía* que hacer.

5

En las historias los héroes esperan a la caída del sol para escabullirse entre las sombras, pero en la vida real hay otras maneras mejores, y el sol ocupaba su cenit cuando ella salió hacia Cañón Último.

Mare Ladia y Onás Garría charlaban con su padre y La Graja en el comedor, Trespasos limpiaba las pocilgas junto a Merro, el viejo chatarrero, y Verde se había largado a La Bellada. Astilla los tenía donde quería, y tenía que aprovechar su oportunidad.

Cuando se descolgó de la ventana de su cuarto estuvo tentada de levantar sus puntas para ocultarse, pero eso habría sido un error garrafal. La Graja la tenía bien vigilada, no tenía ninguna duda. Pero esos héroes acostumbrados a sus propias historias no esperaban que ella pudiera escabullirse con el sol en las alturas, eso no pasaba en los cuentos. Estaban distraídos con sus problemas y sus guerras de poder, ella seguía siendo solo una niña para ellos, y Astilla supo aprovecharse de eso.

La noche anterior había ocultado su morral y su poncho de viaje entre las ramas del viejo manzano; eran muchas las veces que había trepado hasta sus alturas y, por un momento, sintió ganas de volver sobre sus pasos. Al recordar. Al sentirse como en casa.

¿Pa?

Estoy aquí, Ildi. Justo aquí.

Pero no había tiempo que perder.

Los colores del atardecer ya se hundían tras la montaña cuando ella llegó hasta la boca del cañón. Las otras veces que lo había cruzado junto a su padre había trepado colina arriba para tomar uno de los senderos que escoltaban sus sombrías profundidades, pero aquel día eligió un camino distinto.

Cuando la oscuridad de las paredes del cañón la sepultó, se encontró con los primeros cuerpos. Astilla no tenía ni idea de quién iba ganando aquella guerra, si los salvajes o El Blanco, pero desde luego esos cadáveres sembrados de moscas y de cuervos no vestían pieles ni máscaras de hueso, sino el púrpura de los Volario. Los habían colgado de las altas coníferas que expandían sus retorcidas raíces por el cauce del río. Les habían sacado la piel. Los ojos. A algunos les habían arrancado la lengua para luego cosérsela a la cara. También sus pollas. También los habían engalanado con sus propios dedos colgando de sus cuellos.

A uno lo habían atado a un poste sobre un hormiguero; Astilla se asustó al verlo moverse, pero no era él quien se movía, sino las hormigas al abrirse paso por su carne.

Los cuervos graznaron molestos al verla llegar. A las moscas, aun siendo casi de noche, no había quien las separara de ellos.

Desde las alturas, ese bosque de coníferas y zarzas no le había parecido tan cerrado, pero no podía haber estado más equivocada al respecto. Los árboles habían conquistado por completo el cauce seco del río. Sus raíces, escaleras que se veía obligada a escalar; sus ramas, lanzas afiladas que le arañaban los brazos. A ratos la senda que seguía se cerraba por las zarzas y el escaramujo y se veía obligada a volver sobre sus pasos. Una de esas veces, hasta llegó a creer que se había perdido. Allí, en las profundidades del cañón, no era tan fácil encontrar sus hercúleas paredes. Solo bosque cerrado, troncos y ramas. Solo los ojos huecos de los cuerpos que colgaban por doquier. Los cuervos les habían arrancado los labios y le sonreían. Los muertos se burlaban de ella y su lengua era la lengua de las moscas. Sus zumbidos.

Allí abajo el bosque crujía a su alrededor, las alas de los cuervos rompían el follaje cuando una menos se lo esperaba. Algo resollaba en la oscuridad. Algo gemía. Y el zumbido de las moscas se repetía por y sobre ella.

Fue entonces cuando se dio cuenta de lo absurdo de su plan. De hecho, fue allí abajo, en las profundidades, cuando empezó a preguntarse si tenía un plan siquiera. La furia la había llevado hasta allí. No se había parado a pensar demasiado, esa era la verdad.

Has perdido la cabeza.

Y sí, la había perdido. ¿Cómo *daimonios* tenía pensado sorprender a uno de esos salvajes en sus propias tierras cuando ni siquiera era capaz de orientarse? Por lo que sabía, los caravaneros nunca caminaban solos, pero incluso si se daba la remota posibilidad de toparse solo con uno de ellos, ¿qué se suponía que iba a hacerle? ¿Cómo había estado tan segura hasta entonces de poder plantarles cara? La realidad era que ella no sabía nada de la guerra. Sí, su padre y La Graja la habían entrenado bien. Y también Trespasos, también Los Rojos. Pero la realidad era que ella no se había parado a pensar en los riesgos de perderse en la arboleda.

—Mierda —masculló.

Las manos le temblaban, el corazón le latía desbocado dentro de la cárcel de su pecho. Levantó Soma casi con timidez. Por las historias sabía que no era buena idea, que los moosa eran, cuando menos, sensibles a la mezla. Pero era demasiado tarde como para andarse con remilgos. De hecho, Astilla no se conformó con La Primera Punta de Riga, sino que también levantó La Primera Punta de El Triángulo Mente. Sí, así estaba mejor. Por un rato, al menos. Al menos hasta que Pneuma le advirtió que, se mirase como se mirase, estaba metida en un lío de mil pares de daján.

Astilla tiró de la correa del morral, se lo pasó por debajo del brazo y, ya pegado a su pecho, hurgó en sus entrañas. Palpó el mango tallado de la ballesta que Trespasos le había regalado cuando ella tendría poco más de diez u once soles y eso le dio cierta seguridad. Siendo honestos, con Pneuma levantado, le habría bastado con palpar el tronco de un árbol para sentirse más segura, pero, llegado el caso, esa ballesta suya podría llegar a servirle para algo más.

Ya la tenía cargada para cuando encontró el camino de nuevo. Pensó en volver tras sus pasos, todas sus puntas la urgían a que lo hiciera, pero Astilla apretó los dientes. Con plan o sin él había llegado la hora de la verdad, y ni un ejército entero de salvajes iba a hacerle cambiar de opinión. Dejó el dedo cerca del gatillo de su ballesta. Incluyó el cuerpo, tal y como le habían enseñado. Respiró hondo. Un paso, y luego el siguiente, nada más.

Escuchó un silbido y, al poco, algo se le enredaba en los tobillos. Un par de piedras chocaron entre sí y también contra sus gemelos. Al caer, la ballesta se le disparó y el virote se perdió en la floresta; escuchó partirse una rama. Cayó de morros, sintió la sangre entre los dientes.

¿Qué acaba de pasar?

Gritos inhumanos desde las profundidades. Graznidos de aves, aullidos de chacal, piedras contra piedras. Arañó la pinaza del suelo y trató de levantarse, pero tenía las piernas atadas entre sí. Los escuchaba salir de todas partes. En algún momento había soltado su ballesta, pero ya no importaba. Astilla forcejeaba con esa tira de piel que le apretaba los tobillos cuando le llegó el primer golpe.

Un pie embutido en un estrecho mocasín acababa de patearle en la cara; la oscuridad salpicada de estrellas fugaces, el mundo le daba vueltas. Y luego ese bastón de hueso hincándose en sus costillas. Esa punta de piedra arañándole la espalda. Ese golpe en el plexo solar que la dejó sin aire. Y luego, al intentar volverse, esa maza estampándose contra su cara.

Los salvajes caían sobre ella en una tormenta de golpes. Astilla ya apenas si podía sostener sus brazos a cada lado de su cabeza, poco a poco la oscuridad se cernía sobre ella, pero no por eso dolía menos. Los escuchaba gritar. Ladrar, aullar, cantar como canta el desierto. Ya no le importaba la verdad. De alguna manera, ni siquiera le importaba salir viva de allí. Solo que cesaran los golpes.

El dolor.

Una voz se impuso a las otras. Hubo protestas, todavía le cayeron algunos golpes más, pero por fin esa miríada de piernas y de brazos y de piedras se fue retirando. Astilla se revolcó por el suelo y vomitó, sangre y bilis. Todavía babeaba cuando alguien la agarró por el pelo y tiró de ella hasta ponerla a la luz de la luna.

—Mooru —la escuchó sisear con desprecio.

Mooru. Así era como llamaban los moosa a los daján.

La estaban levantando, y Astilla poco más podía hacer que babearse encima sin conseguir oponer resistencia ninguna. La tiraron contra un árbol y ella cayó contra el tronco como un muñeco roto. Discutían entre ellos. Astilla nada sabía de la lengua de los isar, pero no tenía duda ninguna de lo que proponían algunos de ellos. La mayoría.

Una mujer se había acuclillado junto a ella y le buscaba los ojos con la cabeza torcida como los perros. Llevaba un collar de piedras negras como las cuentas de un rosario varias veces enrollado al cuello, sus brazos tatuados, su pelo encrespado y sucio de plumas de cuervo y abalorios. En sus brazos las estrellas y la luna, la tormenta y las nubes. En sus pechos desnudos espirales de viento pintadas con barro y ceniza, pero en sus ojos solo desprecio. Y sí, también algo más... *¿Pena?* Sí. Puede que algo de pena.

La mujer la agarró por la barbilla, sus dedos como tenazas.

—¿Qué estás aquí, mooru? —Le preguntó en lengua moba. Torpe su acento y torpes sus palabras, alargándose en las eses y acariciando las erres.

Tras ella más ladridos. Tras ella, esos salvajes le gritaban que la matara. A la escasa luz de la luna que se filtraba por el follaje, Astilla apenas si podía discernirlos. Solo sombras que braceaban. Dientes que se apretaban de pura rabia.

La mujer, sin soltarla de la barbilla, se volvió hacia ellos y les ladró que se callaran. Le pareció escuchar el nombre de su padre. El nombre de La Graja. Pero cuando esa mujer la encaró de nuevo Astilla no encontró en sus ojos salvación alguna.

—Eres sido estúpida, mooru. —Apretó aún más su presa; si seguía apretando así acabaría por partirle la mandíbula—. ¿Por qué aquí?

Astilla gimió; no conseguía separar los labios. En algún momento había dejado caer sus puntas y ya no le quedaban fuerzas para levantarlas de nuevo.

—Madre —consiguió babear.

El ceño de la salvaje se arrugó. Le dijo algo en su lengua que Astilla no entendió, la zarandeó.

—¡Mi... madre! —consiguió exhalar en la tenaza de sus dedos—. ¡Vosotros... matasteis... a mi madre!

La moosa se apartó ante su grito, incluso la liberó de la prisión de sus dedos. Su ceño se arrugó más si cabe, pero no por miedo hacia ella. Lo que arrugaba su rostro era la duda. La sorpresa.

—Habla más, mooru —le ordenó. Tras ella se había hecho el silencio—. Habla otra vez.

—¡Vosotros la matasteis! —Astilla acababa de darse cuenta de que no solo eran mocos y babas y sangre lo que le ensuciaba la cara, sino también lágrimas—. ¡A Iia de los isar! ¡A una de los vuestros!

Las sombras le preguntaron algo a la moosa y esta les contestó. Más gritos, más rabia.

—Nosotros no matamos a Iia de los isar, mooru. Nosotros no matamos a nosotros, ¿lo sabes?

Algo la golpeó. Nada físico, nada a lo que pudiera ponerle nombre. Era algo que venía de dentro. *La realidad*, eso era. La revelación.

El dolor había desaparecido. Todos los golpes, toda la rabia; apenas si los escuchaba. Astilla, de pronto, se sentía fuera de su cuerpo. Astilla flotaba por encima del mundo. Al comprender. Al recordar:

Solo hice lo necesario, Ildi. Lo difícil.

Tu madre nunca volvió a ser la misma, niña. No supimos ayudarla. No pudimos.

Y ahí estaba otra vez. Al volver al mundo. Al regresar tras la revelación: la asfixia.

Hay ciertas verdades que nu traen nada bueno consigo, Ildi. Ciertas verdades que es mejor nu revelar. Solo hacen daño, Ildi. Nada más.

Gritos en el bosque. La mujer se había levantado y la miraba desde las alturas. Empuñaba un feo cuchillo de piedra. Sus ojos, un par de estrellas afiladas en la penumbra del bosque.

—Lo siento —le dijo—. Eres hija de isar. Y por eso siento. —Triste. Torpe al hablar en lengua moosa.

Esa mujer era más menuda que ella, pero la levantó del suelo sin esfuerzo alguno. Tras ella, las sombras le gritaban que lo hiciera en esa lengua imposible, esa lengua que era canción, la lengua de su madre. La moosa la empujó contra el árbol agarrándola de la pechera y les gritó a los suyos que callaran. Luego la encaró. La apuntó con su cuchillo.

Entonces la mezcla le reventó en los dientes. Un trueno rompió en el cielo y de pronto el bosque estaba cubierto de fuego. Las llamas se extendían por la pinaza del suelo, saltaban de rama en rama y de árbol en árbol; llovían pavesas y ceniza.

Algo chocó contra ellas y Astilla se soltó del abrazo de la moosa. Ese algo rugía y resollaba y gruñía. Ese algo, o ese *alguien*, agarró a la moosa por su pelo encrespado y le golpeó la cara contra una roca. Una vez. Y otra. Y otra más. Dientes blancos y sangre negra y materia gris saltando hacia las alturas a cada golpe.

—*Nu* —jadeó Astilla.

Ya no había oscuridad allí abajo, la luz de las llamas se llevaba las sombras consigo. Las sombras gritaban y braceaban, pero no de rabia, sino de puro terror. Las sombras estaban siendo asesinadas.

Su familia la había encontrado cuando ya todo parecía perdido. Otra vez. Con todo lo que eso significaba. Con la muerte. El asesinato. El horror que eso significaba.

6

—¿Pa?

En algún momento Astilla había perdido la consciencia. La oscuridad la había alcanzado y, al despertar, ya no hacía tanto calor. Alguien la acunaba entre sus brazos al despertar. Su padre no era mucho más alto que ella, pero llevaba en volandas el peso muerto de su cuerpo sin demasiado esfuerzo; así era él.

—Estoy aquí, Ildi. Justo aquí.

Astilla lo miró. Las cicatrices de su rostro, blancas a la luz de la luna, una cruz sobre su rostro. Astilla fue a hablar, pero sus labios se le enredaron y no manó de estos más que un gemido.

—Chsss —la arrulló su padre—. Descansa.

Tras sus pasos el bosque ardía, sol en la noche. Su familia había incendiado el bosque para salvarla, las paredes de Cañón Último refulgían.

—Tú —consiguió decir Astilla—. Tú la mataste. Tú mataste a madre.

Ni siquiera tenía fuerzas para odiarlo, y amarlo ya no era una opción. El amor que había sentido por esa bestia parda de padre había desaparecido. Al recordar, todo le parecía mentira. Todo. Su vida entera.

Gimió.

Su padre trotaba con ella encima, escoltado por Sus Huérfanos. Habían incendiado el bosque para salvarla, y sí, aquello bien podría desatar la guerra. Pero Sus Huérfanos trotaban a su lado. La Cruz había hecho lo que había hecho, pero seguían confiando en él.

—¿Por qué? —Ni siquiera tenía fuerzas para llorar.

Su padre no contestó. La abrazó más si cabe contra su pecho, pero nada dijo.

A Astilla le dolía todo el cuerpo. La habían pateado, la habían golpeado y rajado con sus piedras, pero el dolor que sentía no se debía solo a eso. El dolor, la oscuridad que se cernía de nuevo sobre ella para llevárselo todo por delante, era solo un mecanismo de defensa. Era solo su cuerpo mintiéndose a sí mismo para no enfrentarse a la verdad.

—Te odio —le dijo.

Pero no era verdad. Ni siquiera tenía fuerzas para odiarlo.

7

Cuando despertó tendida sobre su cama de siempre, el sol inundaba la habitación a pesar de las cortinas echadas. Un hilo de luz bastaba para alumbrarlo todo. Un hilo de luz sobre su rostro. Sobre uno de esos ojos verdes suyos. Sobre el cristal de sus gafas tantas veces remendadas.

—Ildi —la llamó.

Y como respuesta ella le quitó la cara. Dolía recordar.

—La Graja dice que te pondrás bien —le contaba su amigo de siempre—. Que en unos pocos días ya estarás dando guerra —rio—. Esta vez te has salvado por poco, ¿eh?

—Solo te pedí una cosa. —Su voz no sonaba como su voz. Su ceño relajado, su rabia extinta. Astilla ya no sentía rabia, solo una tristeza honda e insondable. Un pozo. Un hueco que se lo llevaba todo por delante—. Te pedí que tuvieras la boca cerrada. Solo eso.

Cualquier otro hubiera permanecido por largo rato en silencio. Hubiera inventado una excusa, la mentira perfecta. Pero Verde no era cualquier otro.

—Tuve que hacerlo, Ildi, tuve que...

—*Nu* me llames así. Ya *nu*.

—Te habrían matado —lo escuchó gimotear—. Si no les hubiera dicho nada, si hubiese mantenido la boca cerrada, no estarías aquí ahora, ¿entiendes? —Silencio—. No me arrepiento de lo que he hecho. No vas a conseguir que me arrepienta, Ild... Ilda. Te he salvado la vida. No vas a quitarme esto.

Astilla asintió, sin mirarlo.

—Yo ya *nu* quito nada a nadie. Yo ya *nu* tengo nada que quitar.

Verde le rogó que no dijera esas cosas. Verde, incluso entonces, salió en defensa de La Cruz. Le contó que su madre había ido perdiendo la cabeza. Que suponía un peligro para todos y que su padre se vio obligado a hacerlo.

Verde la llamó por su nombre. La tocó. La acarició. Pero Astilla permaneció inerte. Hueca.

Al atardecer sintió los pesados pasos de su padre sobre las tablas del suelo. La Cruz se sentó en la misma silla en la que Verde había estado sentado. Astilla no lo miró, no lo saludó, y La Cruz hizo otro tanto. La Cruz se quedó allí, en silencio, mirándose las manos desnudas. Ninguno de los dos dijo nada más. El atardecer se marchitó y llegaron las sombras. La oscuridad se fue haciendo con la habitación. Pero nada se dijeron.

Ya nada quedaba por decir.

Astilla se pasó días enteros allí tendida. Comía por puro reflejo, el hueco que llevaba dentro ni siquiera la dejaba abandonarse a la muerte. Un par de veces se descubrió pensando que ojalá los moosa llegaran para matarlos a todos, pero, ya fuera porque culparan a El Blanco del incendio o por miedo a La Cruz, los moosa nunca llegaron para vengarse. Ese era su único deseo de esos días, pero hasta eso le fue negado.

La rabia tardó días en llegar, pero cuando lo hizo lo hizo de manera distinta a antes. Ella ya no era esa niña ceñuda que todo se lo llevaba por delante. No pateó los pasillos en busca de su padre, no les gritó, la rabia ya no buscaba respuestas. La rabia se había convertido en duro y frío hierro en sus entrañas. La rabia la había templado hasta el punto de no mirarlos al pasar, a ninguno de ellos. Por aquel entonces La Astilla ya había tomado una decisión, pero esa decisión suya no acababa de formarse del todo. Solo el silencio. El desprecio que les profesaba.

Nada más.

—Odia a tu padre si lo precisas, niña, pero no te atrevas a juzgarlo —la asaltó La Graja un buen día—. Tú no estabas allí. Tu madre aguantó como una gigante de mujer mientras te tuvo en las tripas. Mientras te amamantaba tu madre supo enfrentarse a la maldición que llevaba dentro. Pero luego todo cambió. Luego tu madre ya no era ella, ¿entiendes? Y tu padre solo hizo lo que todos habríamos hecho en su situación, ¡lo que tendríamos que haber hecho! Tu madre nos ponía en peligro a todos, niña. Tu madre, devorada por ese daján que la roía por dentro, solo soñaba con ser aceptada de nuevo por su pueblo, y para demostrarles su lealtad estaba dispuesta a llevárselo todo por delante. Tu madre pretendía arrasar La Bellada para demostrar su lealtad. Y La Cruz solo hizo lo necesario. Lo difícil.

De pronto todos le ofrecían la verdad, pero, tal y como le había advertido su padre, ciertas verdades solo hacían daño. Ahora que la puerta se había abierto, Los Huérfanos ya no podían callarse lo que sabían. Y todos y cada uno de ellos apoyaban a La Cruz con sus historias. Incluido Deb.

—Qué iba a hacer, ¿eh? Si Iia le decía todas esas cosas, si Iia lo amenazaba con todo eso... ¿Qué iba a hacer? —Al rato—: Dolió mucho. Cuando ocurrió, dejé de hablarle, ¿sabes? Y también a los otros. Yo la quería mucho. Era mi mejor amiga —se rompió la voz del tral—. Pero ahora sé que hizo lo correcto. Yo *nu* soy muy listo, Ilda, pero sé que tu padre hizo lo correcto. Ahora lo sé. —Los asimétricos ojos del tral se clavaban en los suyos. Le sonrió—: Conmigo siempre fue buena, ¿sabes? Conmigo fue buena hasta el final.

Fue entonces cuando Astilla se dio cuenta. Había algo que fallaba en las historias de Los Huérfanos: su madre nunca se comportó de manera extraña con ellos, su madre se guardó todos los malos ratos para su padre, y eso era raro. Sus Huérfanos confiaban en él, pero ¿y si su padre les había mentado a todos? ¿Y si todo ese rollo de que Iia de los isar quería arrasar La Bellada no era más que otra de sus mentiras?

Porque, oh, todavía quedaban cosas sin explicar. Según la historia de Los Huérfanos, su madre, en sus últimos días, tan solo anhelaba congraciarse de nuevo con su pueblo, así que ¿por qué la odiaban tanto? A ella, a La Astilla, ¿por qué tanto desprecio? ¿Por tener sangre de daján? ¿Por ser la hija de una Tocada? *Nosotros no matamos a nosotros*, le había dicho la moosa antes de ser brutalmente asesinada. Los moosa no tenían pensado matar a su madre, así que ¿por qué a ella sí?

No importaba, ya no. Astilla ya tenía las respuestas que buscaba, las únicas que importaban: su padre había matado a su madre. Esa era su sombra. Su historia.

La verdad.

No hizo falta que les comunicara su decisión. La vieron prepararse durante días, cargar su morral, llevarse lo indispensable. Y entonces llegaron las despedidas.

—No lo entiendes, niña —le dijo La Graja—. Al marcharte no solo lo abandonas a él, nos abandonas a todos. Nos condenas a todos. No puedes ser tan egoísta.

Una tarde los escuchó hablar bajo las tablas del suelo. Su maestra les contaba a los otros que La Astilla tenía pensado marcharse, que tenían que hacer algo para evitarlo.

—Nu, Graja —la voz de su padre—. Mi hija ha tomado una decisión. Respetémosla.

Desde su habitación escuchó lloriquear a Deb aquel día:

—Otra vez. Otra vez.

Y a Fido El Rojo:

—Se acabó entonces. Todo se acabó.

Ya era de noche cuando Ilda escuchó a Carra La Roja subir las escaleras y llamar a su puerta.

—Pasa —le dijo.

Carra La Roja se la quedó mirando por largo rato. Y apoyada contra el marco de la puerta:

—Sin ti seremos mucho menos. Sin ti nos faltará la sangre. —Después de decir aquello la dejó sola. No esperó respuesta. Ya había dicho todo cuanto tenía que decir.

El único en regalarle una última sonrisa fue Trespasos. Se topó con él junto a la chimenea y, al escucharla llegar, dejó lo que estaba haciendo y su bigote se curvó al mirarla. La confianza ciega en sus ojos acerados. Todas esas virutas alfombrando el suelo entre sus pies.

—Sé que volverás —se limitó a decirle—. Sé que lo harás.

Para luego seguir tallando sus figuritas. Como si nada hubiera pasado.

En cuanto a Verde, fueron muchas las veces que le suplicó. Que le rogó:

—No te vayas, Ildi. Por favor. No te vayas.

Daba pena verlo. Ya ni asco podía sentir por él, ni desprecio. Tampoco amor, claro. Solo pena. Tristeza por haber pronunciado tantas promesas como pronunciaron. Por haberse mentido tanto.

Su padre entró en su habitación la noche antes de su partida. Padre e hija no se atrevían a mirarse: él en la puerta, ella sentada sobre la cama. Pocos padres e hijos han compartido un silencio tal como el que ellos compartieron aquella noche.

—Lo siento, Ildi —acabó por decirle—. Solo hice lo necesario. Lo difícil.

Aquella noche Ilda no sintió rabia al escuchar otra de las frases de su padre. Aquella noche compartieron más palabras que esas, pero duele demasiado recordarlo.

Ilda dejó La Pequeña Bellada antes de rayar el alba. Los Huérfanos no estaban allí para despedirse. Tampoco su padre. Tampoco Verde. Aquella mañana Ilda estaba sola. Ilda nunca dejó de estar sola desde entonces.

Solo el hueco para hacerle compañía. La verdad que tanto había deseado. Nada más.

AHORA

La mentira perfecta

1

Gris lo reconoció por las historias. Ese cedro alto, altísimo, que se alzaba entre el salón de mare Ladia y el cuartel del publicano: era tal y como se lo había imaginado. Apenas si había envejecido; los soles, para él, no habían sido tantos. La guerra, apenas si un rumor del viento al acariciar sus ramas. A su alrededor todo había cambiado; el salón de mare Ladia ya no era tal cosa, el cuartel del publicano se había convertido en las barracas de los perros de El Blanco, pero él permanecía.

Su sombra seguía allí.

Aunque la verdad era que ni siquiera bajo su abrigo Gris acababa de sentirse a salvo. Su lengua cruzó nerviosa por sus labios.

—¿De verdad *nu* pueden vernos?

A la sombra del porche de los viejos cuarteles un trío de mercenarios jugaba a La Estrella. Otro apoyaba sus brazos cruzados sobre la baranda con el buche lleno de malayerba. Miraba hacia donde estaban ellas, pero, La Frontera sabía por qué, no se movía del sitio.

—Nos ven. Claro que nos ven. Pero no les parece raro.

Al volverse hacia La Graja, Gris descubrió su rostro perlado de sudor. Estaba claro que le costaba lo suyo mantener sus puntas alzadas; el ceño apretado, los labios fruncidos. A ratos hasta la llevaba del brazo como a una anciana, a ratos la veía cabecear. La Graja no solo tenía que confundir con Pneuma, Metayón y Raju a todos aquellos con los que se toparan, sino también burlar las puntas de los sorgas de El Blanco, y eso, habiéndose pasado a la sombra tantas lunas, le costaba las pocas fuerzas que le quedaban, todo rastro de juventud de su rostro medio quemado.

Y sin embargo lo estaba consiguiendo. Sin embargo, era gracias a sus puntas que seguían con vida. En libertad para hacer lo que tenían que hacer.

—Todo esto sigue sin gustarme un pelo —rezongó, y La Graja gruñó como respuesta.

Cuando Astilla les había contado su plan, a ninguna de ellas le había gustado. Gris había protestado hasta quedarse sin voz y La Graja le había advertido que El Blanco también tenía sus sorgas, sureños incluso más avezados que ella misma, los cuales, después de lo ocurrido en la cantera, seguro la estarían esperando. Pero de nada había servido.

—Juntas, dijiste —le había bufado Gris—. ¿Y ahora me pides esto? ¿Ahora que la muerte nos besa el culo crees que lo mejor que podemos hacer es separarnos? ¿Ese es tu plan?

—Justo ese, sí —les había gruñido su maestra.

Y si de verdad querían seguir con ella hasta el final, tendrían que aceptarlo hasta sus últimas consecuencias. La Astilla no daría su brazo a torcer, se lo había dejado claro. Y ante tal determinación, tanto ella como La Graja no pudieron sino obedecer.

—De tal cruz tal astilla —había gruñido mare Raiia; y sí, por un fugaz instante, Gris había discernido el fantasma de una sonrisa curvando los labios de la anciana.

Y no solo eso, sino que La Astilla, el polvo sabía por qué, le había contestado con un gesto bien parecido. Gris había bufado por eso, claro, hasta había pateado el suelo. Esas dos estaban más locas que una tormenta en el desierto; lo más probable era que las mataran a todas, pero aun así esas dos se regalaban una sonrisa. Y lo peor de todo es que ella misma tenía claro que ni por todos los rulos del mundo se perdería lo que estaba a punto de pasar. Lo peor de todo era que, de alguna manera, esas dos se las habían apañado para embrujarla hasta los huesos y, con muerte o sin ella, Gris tenía pensado llegar hasta el final.

—Está bien —había suspirado—. Lo haré. Puedes contar conmigo.

Esa vez Astilla ni siquiera había disimulado su sonrisa.

—Ya lo sé —se limitó a decirle. Para al poco marcharse hacia la puesta de sol. Hacia una muerte casi segura.

Aunque, siendo honestas, a ellas no les esperaba algo mucho mejor. Las ventanas entabladas o, cuando menos, echadas las cortinas. Corridos los cerrojos de las puertas, nadie que no luciera los colores del krae Dugo Volario se atrevía al polvo de la calle. Las ratas campaban a sus anchas bajo las aceras de tablas, un gato al que le faltaba una oreja las miraba desganado desde el alféizar de una ventana. Una veleta de hierro chirriaba *rink, rink, rink* desde algún tejado. El silencio resultaba sobrecogedor.

Los vecinos de La Bellada habían pagado cara su fuga de las canteras: media docena de cuerpos colgaban de la horca del patíbulo. Los cuervos graznaban desde los postes, las moscas zumbaban encolerizadas por la sangre derramada. Todavía les quedaba algo de carne, poca. Apenas si soplaba el viento, esa media docena de cuerpos pendían inertes de las sogas cubiertos por esa fina pátina gris que les llovía desde la calima que emborronaba el cielo.

Y se suponía que allí debían encontrar esperanza. Rebelión.

—Tenemos que seguir, moza —la voz de La Graja la sacó de tan aciagos pensamientos—. Levantar aquí mis puntas me cansa demasiado. Muchos ojos. Muchas mentes que torcer.

Gris asintió y encaró la puerta batiente del que había sido el salón de mare Ladia. Ese cedro seguía allí, sí, pero la cal de la fachada del salón se había desconchado. Las tablas carcomidas, los cristales de las ventanas rotos o sucios de polvo. Desde dentro les llegaba alguna risa suelta, algún chiste malo, algún gemido más que fingido. Aquello ya no era un salón en absoluto. Mucho menos un templo. Aquello era poco más que un vulgar lupanar. Un prostíbulo.

Y sí, se suponía que allí debían buscar esperanza.

—Vamos, pues —suspiró.

Astilla contaba con ella. Era todo cuanto necesitaba.

La última vez que Ilda había posado sus ojos sobre la entrada al cañón, el bosque ardía y su padre la apretaba entre sus brazos. Ahora ya no había bosque y su padre estaba muerto. Los perros del Volario, sus máquinas, habían arrancado los árboles de raíz, sus troncos echados y revolcados por el polvo, sus raíces desnudas como garras para cerrarle el camino. La mayoría se los habían llevado y la tierra desnuda abría claros en el bosque. Otros se habían limitado a cortarlos desde bien abajo. Otros los habían quemado.

Las paredes del cañón se estrechaban ante ella y acababan por tragarse la ruina, pero Ilda estaba segura de que la masacre se repetía allende el horizonte, un cementerio de bosque hasta donde alcanzaba la vista.

El Blanco les había ganado la partida; a todos. El Blanco solo había estado esperando su oportunidad, y ahora antiguas enemistades debían olvidar viejas rencillas si anhelaban la supervivencia. Su padre los había recibido en su casa; a los moosa. Y ella, si quería que todas las piezas del puzzle acabaran por encajar, también los necesitaba. Fue por los moosa que todo empezó. Fue por ellos que los vecinos de La Bellada llegaron hasta Cañón Último. Por una de ellas que Ilda llegó al mundo. Por ellos que Ilda tuvo que marcharse. Ellos, de ella, solo esperaban la muerte, pero ahora tenía algo que ofrecerles. Ahora ya no era la niña de entonces. No se dejaría atrapar. Las cosas se harían a su manera.

Si es que todavía seguían allí, claro, porque la verdad era que empezaba a dudarlo. Sin rastro de sus tótems. Los pocos árboles que quedaban desnudos de su follaje. Rocas peladas y esa calima sucia de gris que todo lo envolvía.

Hasta llegó a echar de menos El Pedo de Dios, al menos en La Frontera reían los daján. Pero allí no. Allí, hubiera pasado lo que hubiera pasado, ni los cuervos reían desde las alturas. Ni las moscas.

Ilda dejó la encrucijada que la llevaría hasta las sendas que discurrían por las paredes del cañón y eligió sus profundidades, al igual que hizo hacía ya tantos soles. La cicatriz de sus labios un rayo de luz, su ceño apretado. Una mano bajo su poncho, cerca de sus fetiches, la otra a un tiento de sus riñones, a poco menos de un palmo de ese puño de hueso que le asomaba de la espalda.

Solo habían recuperado uno de los cuchillos de su padre. Ilda y La Graja habían hurgado entre los escombros calcinados del rancho; su maestra en busca de sus fetiches, ella en busca de fantasmas. Y algo habían encontrado. De hecho, Ilda no esperaba encontrar tanto. Las manos le temblaban al desenterrarlo de las cenizas. Se lo ofreció a La Graja con los ojos boquiabiertos, como si acabara de toparse con el báculo de hueso del mismísimo Oriim Ojiangre.

—Es tuyo —le había dicho su maestra.

Pesaba. Al limpiarlo, al afilarlo con piedra y piel, a Ilda ese cuchillo no solo le pesaba en las manos. Toda ella pesaba al empuñar el cuchillo de su padre. Tanto que lo había enrollado en una vaina de piel, se lo había colgado de los riñones y, desde entonces, no había vuelto a tocarlo.

Tardó en alcanzar la curva del cauce seco del río; no le era fácil andar por las profundidades del cañón. Los árboles caídos y calcinados, las rocas desmoronadas por las explosiones de las nuevas armas del krae. Hasta pedazos mismos de esas paredes antes hercúleas se habían

desmoronado para cerrarle el paso. El Blanco había desatado allí toda su rabia, todo su poder, y para cuando Ilda alcanzó la curva del río, ya había anochecido.

De verdad había llegado a guardar la esperanza de que, al alcanzar esa curva, el paisaje cambiaría ante sus ojos. Las armas de El Blanco no podían haber llegado tan adentro, los moosa conocían esas tierras como conocían su propia carne, y, siempre se había dicho, ni todos los ejércitos del mundo podían cruzar sus profundidades si ellos así no lo querían. Pero cuán equivocadas estaban esas historias. Al rodear la curva del río, la desolación se repetía a la tímida luz de esa luna delgada como una uña. La calima acababa por tragárselo todo, pero hasta donde alcanzaba la vista solo restos y pedazos. Como si el río hubiera despertado y se lo hubiera llevado todo por delante. Como si las aguas del cañón, después de tantos soles bajo tierra, lo hubieran destrozado todo al despertar.

Ilda no esperaba eso. Ilda venía preparada para enfrentarse a ellos; para convencerlos, para la rebelión. Pero no para eso.

La Frontera quedaba lejos, al otro lado del cañón, así que aun siendo de noche siguió andando hasta que las piernas le flaquearon. Aun en la oscuridad, reconoció esa peña que partía la garganta en dos; el desierto no quedaba lejos. Pero se había pasado gran parte del día trepando por y sobre árboles muertos y rocas peladas, así que se había ganado su descanso. Necesitaba pensar con claridad: alcanzaría el desierto y seguiría hacia el oeste al menos dos o tres días más, y si no los encontraba... *Si no los encontraba, ¿qué? ¿De dónde sacaría su ejército? ¿De dónde la esperanza?*

Los necesitaba, esa era la verdad. De todas las gentes que vivían por esos polvos, los moosa eran los únicos que siempre se habían atrevido a plantarle cara al krae. Y sí, también necesitaba de sus respuestas, siempre las había necesitado, ¿verdad? Su padre seguiría igual de muerto, pero quizá los moosa podrían decirle si había muerto por *algo*.

Ilda gruñó al partir los primeros leños para la hoguera; no le fue difícil encontrarlos. Encender un fuego conllevaba ciertos riesgos, pero estaba claro que los perros del Volario hacía tiempo que no andaban por allí. Si alguien la encontraba serían los moosa, y eso era justo lo que buscaba, ¿verdad?

Amontonó unas pocas ramas y dejó caer su morral junto al esqueleto de la hoguera, ella misma se dejó caer. Una vez en el suelo y con las primeras llamas lamiendo apresuradas la sequísima leña del río, mientras se desataba las botas y se masajeaba los pies, Ilda aguzó el oído, pero solo el viento ululaba entre las paredes del cañón. Un viento tenue, de hecho, como si El Blanco también se hubiera llevado eso.

De haber estado más cerca de La Frontera podría haber recurrido a la diiva para buscar respuestas allá donde solo le ofrecerían más mentiras. Podría intentarlo incluso desde allí, pero de sobra sabía que no sería una buena idea. Aquello le pasaría factura y, para lo que estaba por venir, se necesitaba entera.

Nunca antes nada le había pesado tanto como el juramento que había pronunciado en las ruinas de La Pequeña Bellada. Ni todos sus fantasmas. Ni todas sus preguntas.

—¿Estás segura, niña? —le había preguntado su maestra—. ¿De verdad crees que la venganza vale tanto la pena?

Pero Ilda no lo hacía por venganza. Si Ilda había jurado aquello, no había sido por vengarse de aquellos que se lo habían arrebatado todo, ni tampoco por traer el pasado de vuelta, pues de sobra sabía que el pasado no podía regresar, y los muertos, muertos se quedaban. No. Si Ilda hacía todo aquello era por un motivo bien distinto. Si había jurado todo aquello, si estaba dispuesta a entregar su vida misma, era porque era lo que *tenía* que hacer. Lo difícil. Lo necesario. Para salvar lo poco que quedaba; de La Bellada, de ella misma. Para barrer del cielo esa pátina gris que todo lo cubría. Para poder seguir viviendo sin tener que cargar con sus fantasmas. Con lo que había dejado de hacer. Con todas las decisiones que *no* se atrevió a tomar. Con todos aquellos que dejó atrás.

Por todo lo que le dijo a su padre aquel día.

Ilda había traicionado a muchos en su vida, y también la habían traicionado. La historia de Ilda era la siguiente: su padre mató a su madre. Su padre era el mejor padre del mundo y también un asesino. Su padre la cuidaba tanto y todo y también mataba por ella. Pero aun así Ilda nunca dejó de recordar sus frases. Sus historias. Su verdad.

Esas cartas desparramadas a sus pies. Esa espada. Los colores del Barón.

Pa, si la guerra vuelve, yo también sabré hacer lo correcto. Te lo prometo.

Sé que lo harás, Ildi. Sé que lo harás.

Cuando Ilda azuzó la hoguera, las llamas destellaron sobre su rostro; sus ojos, los ojos de La Cruz.

—La guerra ha vuelto, pa.

3

El piano desafinaba desde la penumbra del local. Fuera había anochecido hacía rato. El prostíbulo, tenuemente iluminado por unos pocos y vulgares candiles repartidos por las mesas y la barra.

Gris esperó hasta que los últimos perros del Volario se hubieron marchado para cabecear hacia La Graja. La anciana suspiró aliviada y dejó caer sus puntas. Los clientes del prostíbulo parpadearon al unísono, alguno hasta miró el fondo de su vaso como si de pronto desconfiara de lo que se estaba llevando al gaznate. Una de las chicas vomitó un torpe *lo siento* y se levantó del regazo de su cliente para tambalearse escaleras arriba.

Y solo entonces se percataron de su presencia.

Al principio solo las miraban de soslayo, pero luego, poco a poco, las miradas se fueron volviendo torvas. Luego la reconocieron. Uno de ellos, un tipo de nariz bulbosa y enrojecida por el alcohol, graznó:

—La Graja.

Otro:

—¿Qué *daimonios* hace aquí?

Gris dudó: si les daba por correr a chivarse a los perros del Volario estarían perdidas. La Astilla había depositado toda su confianza en sus vecinos, pero Gris sabía lo que el miedo podía hacerles a las turbas. Lo había descubierto en ese desierto blanco como la cal. En sus propias carnes.

Por suerte ese horrible pianista había dejado de tocar. Una última nota desafinada y luego el silencio. Los murmullos. Luego los dados dejaron de rodar.

Gris se levantó. Llenó de aire sus pulmones y lo soltó. Se subió a la silla y, de la silla, a la mesa.

—Que el polvo os sea dulce, frais. —Su voz desafinó un tanto y tuvo que aclararse la garganta; mal empezaba. *Vamos*, se dijo. *Se lo has visto hacer docenas de veces*—. Mi nombre es Gris, y el de Rompebotas es mi oficio —entonó—. *Nu* he visto el mar, pero traigo cosas que contar. Una historia —sonrió—. Y a todos nos gustan las historias, ¿verdad?

Todos la miraban. Un par de putas desde la escalera, otra desde la baranda de arriba, medio desnuda. Había miedo en sus miradas, pero también algo más. Curiosidad. Rabia en los ojos de las más jóvenes. Una sonrisa en los labios de ese anciano. De su público al menos les arrancaba eso. De entre todos esos ojos entornados, de la desconfianza: una posibilidad.

Sé que puedes hacerlo, Gris, le había dicho su maestra. *Nos salvaste del desierto. Con tus historias. Con tus mentiras. Confío en ti, ¿me oyes?*

La oía.

—Érase que mi pueblo fue arrasado por la guerra allá en el norte, más allá de Las Romas —les contó—. Lo perdí todo... Son los tiempos que nos toca vivir, ¿eh? —Algunos asintieron; eso estaba bien—. Mataron a mi madre. Mataron a mi padre y también a mis hermanos. A mi familia, a mis vecinos, y a algunos de ellos incluso los vi morir. Bebí agua sucia, comí de la basura. Me pasé noches enteras temblando y perdí la esperanza en esas noches. Lo perdí todo. Lo único que me quedaba era el miedo, y cuando los escuché llegar, corrí a esconderme. Por aquel entonces, era todo cuanto podía hacer.

Los murmullos habían llegado a su fin; al menos se había ganado su atención, y eso ya era algo. La mayoría de ellos todavía se la comía con los ojos, sus miradas ladraban: *¿Quién daimonios eres, moza?*, pero su atención era todo cuanto buscaba por el momento.

—Iban a atraparme y yo *nu* podía hacer nada por evitarlo. Iban a matarme o algo peor. Iban a hacerme lo que le hicieron a mi madre. Pero fue que ocurrió que un fantasma manó de las sombras para salvarme. *Nu* uno de esos héroes de las historias, *nu*. Sino un fantasma. Una sombra. Una mujer que muchos de vosotros conocéis muy bien.

Todavía no pronunció su nombre, era pronto para eso. Primero les habló de sus hazañas. De cómo con sus puntas las hizo desaparecer, y sí, puede que exagerara un poco en cuanto al número de hombres que patrullaban las ruinas. Puede que los describiera como poco menos que daján, y puede que esa mujer sin nombre se cargara a unos cuantos. Gris les mintió, sí, pero ¿no era eso lo que había venido a hacer? ¿No era gracias a las mentiras que una historia se convertía en una buena historia?

Ese fantasma todavía no tenía nombre para ellos, pero Gris les contó de cómo cruzaron un río de muertos para luego enfrentarse a las montañas.

—Allí me enseñó los nombres de todas las plantas —les contó—. Las que curaban, y también las que mataban. Me alimentó y también me enseñó a buscarme el sustento en una tierra salvaje. Allí, en la sierra, ese fantasma me habló de La Estrella de Nueve Puntas. Me enseñó a encender un fuego y a dibujar los símbolos precisos en el polvo para ahuyentar a los daján. Pues ese fantasma *nu* se conformaba con haberme salvado de una muerte segura. Esa sombra hizo de mí lo que soy ahora. Como su padre le había enseñado —añadió como si tal cosa.

Algunos ceños se arrugaron. Algunas miradas se volvieron las unas a las otras. Pero Gris no dejó por eso de contar.

De cómo ese fantasma cruzó con ella la guerra de cabo a rabo. De cómo la salvó de La Frontera. De cómo se enfrentó ella solita a toda una manada de aulladores. De cómo, cuando el polvo se volvió negro y los daján rieron en el cielo, ella los espantó con sus puntas.

—Su maestra le había enseñado bien —sonrió; y por un momento, solo por un fugaz instante, miró de soslayo hacia la anciana manca que estaba sentada a su lado.

Les habló de cómo esa mujer se enfrentó a toda una patrulla de soldados solo para salvar a dos hermanos sin nombre. De cómo le ofrecieron todos los rulos del mundo por eso, pero ella decidió rechazarlos por pura humildad. De cómo los alentó con sus historias. De cómo les regaló esperanza cuando lo daban todo por perdido.

—Mi maestra nunca se rindió, ¿sabéis? —Pues ya no era un fantasma ni una sombra; era *su* maestra—. Cruzamos la guerra de lado a lado, pero ella nunca dejó de hacer lo correcto. Aun cuando todo parecía imposible. Aun cuando era tan difícil, ella siempre hizo lo necesario. Tal y como su padre le había enseñado.

El viejo que le había sonreído tras la barra tenía los ojos cargados de llanto. Bien vestido a pesar de las ajadas prendas a las que la miseria le obligaba. Pulcro, elegante, algo amanerado. Gris cabeceó hacia él; lo había reconocido por las historias. Y encarando de nuevo al resto de su público:

—De esta historia solo pretendo que esto os quede claro. De este fantasma, de esta sombra, de esta mujer; que nunca se rindió. Nunca. Que le vi hacer lo imposible tantas veces que...

—¡El nombre de esa mujer, moza! —graznó el hombre de la nariz bulbosa—. ¿Cómo se llamaba?

Ya no solo la desconfianza perlabo sus ojos entornados. Las manos le temblaban hasta que consiguió agarrarse a su vaso, y no era el único. Puede que entre esas gentes quedara algún chivato, sí, pero la mayoría de ellos ya no solo sentía miedo y desconfianza. Sino *algo* más.

Gris los tenía donde quería, así que se tomó su tiempo. Un tiempo que, de hecho, no tenía. Pero les sonrió. Asintió. Y solo entonces:

—Si mi maestra cruzó la guerra de lado a lado *nu* fue por capricho, ¿sabéis? Salvó a todos cuantos pudo de camino, sí, me salvó a mí, pero sabía cuál era su destino. Su venganza. —Gris borró la sonrisa de sus labios e intentó mostrarse todo lo fiera que pudo—. Pues allá en el norte se había enterado de que su padre había sido asesinado en el patíbulo. Su familia humillada. Sus vecinos encadenados. Allí en el norte le había llegado el rumor de que su hogar sufría bajo el peso de la esclavitud y de la injusticia, y cruzó la guerra de lado a lado para salvar todo cuanto quedara por salvar.

Silencio. Los ojos boquiabiertos al comprender. Brillantes las miradas mientras esperaban la revelación. El regreso de un fantasma.

—Esta es mi historia, frais. Para esto he cruzado la guerra. Para hablaros de un fantasma. ¡Para deciros que La Astilla ha regresado! Mi historia es la siguiente: ¡corred la voz! Y si todavía os queda esperanza. Si todavía creéis que lo imposible es posible. Si creísteis en La Cruz, ¡creed ahora en su hija!

El silencio tardó en romperse, pero, cuando lo hizo, se rompió en mil pedazos. Al principio solo un rumor de voces que chocaban entre sí, un suave oleaje. Pero luego llegó la marea y se lo llevó todo por delante. Luego el caos se desató.

—Vamos, moza —le urgió La Graja tirándole de las pieles de su falda.

Gris asintió y bajó de un salto de la mesa. Los perros de El Blanco podían volver en cualquier momento y ni mucho menos podían descartar la idea de que los más cobardes corrieran a chivarse en cuanto vieran la oportunidad. Además, ese local era solo el primer sitio de tantos. Allí sus palabras habían surtido el efecto deseado, pero tenían que seguir. Tenían que aprovechar el tumulto, la revelación para marcharse antes de que fuera demasiado tarde.

La Graja había levantado sus puntas de nuevo, podía sentir las. Pero antes de desaparecer de sus mentes, Gris le dedicó una última mirada al pulcro anciano que le sonreía tras la barra. Ambos asintieron. No les hizo falta decirse nada más.

Cuando salieron a la noche y la puerta batiente se cerró a sus espaldas, todavía los escuchaban ladrar. Y sí, había miedo en esos ladridos, pero también algo más.

Esperanza. Rebelión.

Confío en ti, ¿me oyes?

Sí, sonrió Gris. *Sí que te oigo.*

4

Maisse Omo se despidió de la última de las chicas besándole la punta de la nariz.

—Descansa —la arrulló.

Ella le devolvió el favor regalándole una sonrisa vieja como el hambre; le dolió verla así. Maisse Omo las amaba como si fueran hijas suyas y le dolía en el alma verlas tan apocadas. Tan rendidas.

Cuídalas, querido Omo. Ámalas como si fueran tus hijas. Protégelas con tu vida, ¿oca?

Ese había sido su último deseo. Su último mandamiento. Y no había día en que maisse Omo no se despertara pensando en sus últimas palabras, noche en que no se sintiera un fracasado por no conseguir llevarlas a buen término. Maisse Omo hubiera muerto con ella aquel día, pero ella le pidió que se quedara, que las cuidara como si fueran de su propia sangre. Y lo había intentado, vaya si lo había hecho. Cuidarlas. Protegerlas. Pero la cruda realidad era que esos perros las violaban día tras día a cambio de unos pocos rulos y él no veía la manera de darle la vuelta a la situación. Antes las chicas de mare Ladia eran las reinas del pueblo, mayúsculas putas que gobernaban las pobres carnes de sus discípulos. Pero ya no. Y eso le dolía.

Muy dentro.

Hasta ahora, claro. Hasta esa noche. *Maisse* Omo se había pasado lunas enteras esperando su oportunidad, y de pronto esa zagala de ojos grises llegaba desde La Frontera sabía dónde para cambiarlo todo. Si de verdad la hija de La Cruz había vuelto, si La Graja estaba viva, si tenían un plan..., todavía quedaba esperanza.

Maisse Omo no se dio por satisfecho hasta verse reflejado en la vieja barra de madera. Luego, tras lavar su trapo en la bacinilla, lo colgó de su gancho de siempre y, con los brazos en jarras, se aseguró de que todo estuviera listo: las sillas sobre las mesas, el suelo barrido y fregado, todos los candiles menos uno apagados, la puerta atrancada. Fuera ya amanecía y las chicas gozaban de su merecido descanso en sus respectivas habitaciones.

—Todo en orden —asintió.

Aunque no todo, todavía le quedaba algo por hacer. Su pequeño secreto personal. Su única esperanza de regresar a los viejos tiempos antes de que esa zagala le diera tantas otras.

Maisse Omo metió con delicadeza sus dedos índice y pulgar en el bolsillo de su chaleco y sacó una pequeña llave. Su llave, la llave de mare Ladia. De debajo de la barra hizo aparecer un plato con una galleta y un poco de carne curada; era todo cuanto tenían. Con el plato en la mano diestra y el candil en la siniestra, rodeó la barra y llegó hasta la puerta de su despacho. La abrió: todo estaba exactamente como ella lo había dejado, él mismo se había ocupado de eso. Dejó el plato y el candil sobre la mesilla junto a la cama y agarró con firmeza el escritorio. Tiró de él arrastrándolo por la alfombra, se arrodilló, apartó la alfombra y descubrió lo que había debajo.

Abrió la trampilla con un quejido. Asió de nuevo el plato y el candil y gritó en baja voz:

—Soy yo.

Pocos conocían aquel lugar. Además de él, solo La Cruz y la misma mare Ladia, y, para su desgracia, ambos estaban muertos. Las escaleras arrancadas a la misma tierra, reforzadas con unas pocas tablas, y lo mismo para las paredes y los techos. La gruta era tan estrecha que caminaba casi de lado. Mare Ladia solía decir que aquella madriguera era su *otro* coño.

Meterse ahí dentro es como volver a nacer, se reía.

Oh, cuánto la echaba de menos.

La tenue luz del candil iluminó las profundidades del sótano. Su luz lamió las paredes cubiertas por largas hileras de estantes de madera, un par de cofres, unas cuantas cajas amontonadas sobre el suelo de tierra. Un ruido rítmico se escuchaba desde el fondo; algo rasgaba contra algo. El suelo sucio de virutas. Por los estantes y los cofres y las cajas del sótano pequeñas figuritas de madera toscamente talladas, animales en su mayoría. Pero La Cruz también estaba allí. Sus Huérfanos, su hija, ese chico de Antes que tan bien contaba historias. Y también mare Ladia.

Todos sus fantasmas. Los de ambos.

Cuando *maisse* Omo le dio las buenas nuevas a su invitado, ese sonido rítmico dejó de sonar.

—Ja —rio alguien desde la oscuridad—. Se me ha *astillado*.

Al acercarse, la luz del candil onduló sobre sus rasgos. La barba greñuda y cana veteada de hierro. Llamas en el orondo bigote que le tapaba la boca. Su sonrisa.

Maisse Omo no lo había visto sonreír desde aquella fatídica noche. Desde que escuchó la puerta abrirse de un portazo y, al bajar, se lo encontró medio muerto junto a la estufa barriguda. Desde que le contó que mare Ladia había sido asesinada. Desde que le reveló que La Graja y los

demás habían sido masacrados a la sombra de la mansión del Volario, ese hombre alto y delgado hasta la náusea perdió las ganas de sonreír.

Hasta ahora.

—Sabía que volvería —sonrió Trespasos—. Sabía que lo haría.

Maisse Omo asintió. La Astilla había regresado.

5

Ilda se despertó de una sacudida. Se mareó un tanto al ponerse de pie; una mano echada a los riñones, la otra bajo el poncho, pero no había nadie allí. Suspiró.

Pegó la espalda al cadáver fosilizado de un árbol y se dejó caer de vuelta hasta el suelo. No había dormido nada bien, esa era la verdad. Las voces no le dejaban pegar ojo. En sus sueños los daján la acuciaban y se burlaban de ella. Le decían que no le quedaba tiempo, que era demasiado tarde. En sus sueños los daján vestían el rostro de su padre. Y también el de Verde, el de Trespasos.

En sus sueños los daján vestían la piel de todos sus fantasmas.

Ilda gruñó para espantarlos, las manos apretándose las sienes alrededor de su melena encrespada. Arriba, en las alturas, los primeros albores del día llameaban sobre las crestas de Cañón Último. La calima se aliviaba en sus profundidades. Por las paredes de la garganta, la vegetación anudaba sus raíces a la montaña. El Blanco había incendiado las tierras sagradas de los moosa, pero, en las alturas, lo salvaje persistía. Esos árboles no tardarían en sembrar sus retoños allí abajo, bastaría una buena tormenta, con el paso inquebrantable del tiempo.

Una bandada de pájaros cruzó el cañón hacia el norte y esa línea quebrada de azul cielo se llenó de sus cuerpos celestes, la montaña de sus graznidos. Los primeros rayos de sol refulgieron sobre sus plateadas plumas e Ilda sonrió. Recordó.

¿A dónde van, pa?

Al norte, Ildi. Van al norte.

Su padre la rodeó por los hombros aquel día, y por largo rato padre e hija se quedaron escudriñando las aves en perfecta formación. Aunque, siendo honestos, ella apenas miró las aves. Ella, sobre todo, lo miró a él. A esa cruz de plata sobre su rostro. A esos ojos negros suyos.

A esa bestia parda de padre.

Ilda gruñó de nuevo. De rodillas sobre las pieles que le habían servido de manta y también de cama, echó mano a su pellejo y mamó de él. Se sintió algo mejor. Más aún cuando, tras hurgar en su morral, se llevó ese pedazo de pan ácimo a la boca. Un trozo de queso seco como el polvo del desierto completó su desayuno. Ya estaba lista, tocaba seguir.

Acababa de atar sus pieles al morral cuando escuchó un crujido a sus espaldas. Giró sobre sí misma con los dedos enredados en el cuchillo de su padre, agazapada. A su alrededor troncos y ramas partidas, rocas desmoronadas en el cauce seco del río. Al oeste esa peña tan alta como las

paredes del cañón partía el cauce en dos, al este la misma ruina calcinada de la noche anterior. No había nadie allí, ese crujido había sido solo el viento jugándole una mala pasada. Una rama cayendo. La gravilla desmoronándose pendiente abajo. Nada más.

Ilda levantó Soma antes de seguir su camino. Necesitaría sus puntas para más adelante, pero un poco de Riga no le haría daño a nadie. Inspiró y exhaló; hasta tres veces.

Con el morral ya cruzado al pecho, eligió la senda que rodeaba la peña por el sur. De sobra sabía que ambos cauces volvían a hacerse uno más adelante, y que, unos cuantos pasos más allá, la trocha se desparramaría en el desierto. Si tenía suerte, saldría de Cañón Último para el mediodía, y si tenía más suerte aún, los moosa se habrían retirado al desierto. Ellos la encontrarían a ella, o ella los encontraría a ellos, y entonces tendría todas sus respuestas. Si se daba el milagro: el ejército que necesitaba.

Cuando el cauce se estrechó, le resultó más difícil si cabe avanzar por las profundidades del cañón. Más que andar trepaba, más que rodear los matojos los espantaba a zarpazos. No tardó en tener las manos llenas de heridas y el poncho deshilachado; menuda Rompebotas resultaba ser.

Por lo abrupto del camino parecía que alguien hubiera amontonado allí todas esas ramas. Que alguien hubiera volcado allí ese tronco, esas rocas, ese...

Crack, sonó.

—¡*Quín* va! —ladró Ilda.

Aun con Soma levantado, su mano se había lanzado hacia su cuchillo y ahora lo empuñaba apuntando a la nada. Estaba segura de que había algo allí. Desde el fondo seco y pelado del río crecían por ambas pendientes pequeños matojos de la tierra calcinada. No había muchos sitios donde esconderse en tan precario sotobosque, e Ilda barrió las paredes desmoronadas de la peña, sus grietas y recovecos.

Nada. Una vez más solo su imaginación jugándole una mala pasada.

Crack.

Crack, crack, crack.

—Mierda —gruñó.

La tenían rodeada. No sentía el sabor a hierro de la mezcla entre sus dientes, pero aquello tenía que ser cosa de *fechicería*. Los moosa nada sabían de La Ságida ni La Sorgia respetaban, pero hacía un momento no había nada ni nadie allí y, de pronto, ahí estaban. Manaban desde detrás de las ramas amontonadas y de los árboles volcados, desde detrás de cada roca y cada arbusto. Ilda contó más de una docena, puede que veinte. Su plan había sido sorprenderlos o, cuando menos, no dejarse sorprender, pero, para esas gentes vestidas de piel y hueso, de barro y plumas, lo salvaje era su hogar.

Su infinita trinchera.

No importaba. Ella ya no era la niña de entonces. Apuntó la punta del cuchillo de su padre hacia el suelo, azuzó Soma y levantó Pneuma. El hierro de nada le serviría allí, solo su voz. Su historia. Solo esperaba que alguno de ellos supiera entenderla.

—Sabéis quién soy. *Nu* he venido a guerrear, pero, os lo advierto —el ceño fruncido, la cicatriz de su labio un rayo blanco de luz—: *nu* pienso dejarme matar. Si he regresado ha sido para enfrentarme a aquel que ha expoliado tanto mis tierras como las vuestras. Si he regresado,

¡ha sido para ofreceros un pacto! —bajo la calma de sus puntas, su voz un trueno entre las paredes de la montaña—. Sé lo que soy para vosotros. Sé de mi sangre maldita. Pero hoy tenemos un enemigo mayor al que enfrentarnos. ¡Juntos! —los azuzó—. ¡Por eso he regresado!

Siendo realistas, no parecía en absoluto que sus palabras hubieran hecho mella alguna en los moosa. Habían dejado de avanzar hacia ella y sus armas de piedra apuntaban al suelo, pero todos y cada uno de ellos permanecían mudos. Algunos acucillados, otros de pie tras sus tabardos leñosos o de hueso, tras sus máscaras emplumadas, pero todos tan dignos como solo los hijos y las hijas del desierto sabían serlo. Las espaldas erguidas, los músculos en perfecta tensión.

Ya era demasiado tarde para volver atrás. Ilda los sentía a su espalda, pero no tenía pensado volverse. Solo podía seguir. Solo convencerlos la sacaría con vida de allí.

—Soy hija de mi padre, pero también de mi madre —les dijo—. Vuestra sangre corre por mis venas, ¡y lo sabéis! Sé de mi sangre maldita, pero también sé que lo único que he intentado en mi vida es seguir el camino correcto. Me he equivocado. He asesinado. Pero de mi pueblo, del pueblo de mi madre, ¡merezco una oportunidad!

Nada. Ilda tuvo que azuzar sus puntas para que no se le rompiera la voz. La intensidad de sus miradas, su fiero mutismo, hacía que el llanto amenazara con doblegarla, pero no podía mostrarse débil ante ellos.

—Hubo un tiempo en el que respetasteis a mi padre. ¡A La Cruz! Hubo un tiempo en que lo llamasteis el oon moba. Y hace *nu* tanto, según he oído, acudisteis a él. En tiempos de necesidad viejos enemigos deben tenderse la mano, ¡y yo os tiendo la mía! —se la tendió—. Acabemos juntos con aquel que amenaza nuestras tierras, solo os pido eso. Y si es *mester*, una vez todo haya acabado, me encomendaré a la justicia del desierto. ¡A la vuestra! Pero antes dadme la oportunidad, ¡solo os pido eso!

Silencio; a Ilda las piernas empezaban a temblarle. Apretó los dedos en torno al puño de hueso del cuchillo de su padre y azuzó sus puntas. Inspiró y exhaló... Estaban cantando. Apenas si la corriente del viento, un leve ronroneo que manaba de sus gargantas, pero le cantaban. Otra vez.

Ilda esperó. Le costó lo suyo, pero lo hizo. Si bastaba con escucharlos cantar, si ninguno de ellos hacía nada por amenazarla...

Poco a poco, todos y cada uno de los moosa se fueron volviendo hacia el mismo lugar. Llegaban más de ellos desde el oeste. Ella, al caminar por la trocha, lo había pisoteado y destrozado todo a su paso, había sangrado y sudado, pero los recién llegados apenas si hacían ruido alguno al moverse por la garganta.

Un tipo barbudo los encabezaba. La frente ya le clareaba, pero de las trenzas de su larga melena colgaban plumas y piedras pintadas que se mecían en la corriente; de su barba, huesecillos y abalorios. De su cuello pendían tantos collares distintos que bastaban para taponar el pecho hasta el ombligo. Sus antebrazos cubiertos por pulseras de hueso y pedernal, sus morenas piernas asomaban desnudas de su precario taparrabos. No empuñaba arma alguna, pero todos parecían esperar a que ese moosa abriera la boca. No con el respeto que le profesan a su zaar, ni tampoco a Las Madres, sino algo distinto.

De hecho, todo en ese moosa parecía *distinto* de alguna manera. A Ilda ese moosa le sonaba de algo, pero eso no tenía ningún sentido. Ella no conocía a ningún moosa. Ella...

Ilda trepó hasta sus ojos.

—Hola, Ildi.

6

En la mansión de El Blanco reinaba un silencio sepulcral. Desde que los hijos del krae Dugo Volario habían muerto, sus criados tenían prohibido abrir la boca si no era para lo justo y necesario. Sonreír estaba castigado con el despido, reírse con nueve latigazos, y una vez incluso habían ejecutado a una de las criadas por tararear una canción.

El Blanco no debía ser molestado en su meditación; esas eran las órdenes. No de él, claro, hacía muchas lunas que nadie veía a El Blanco fuera de sus aposentos. Ya desde antes de la muerte de su último heredero. Poco después de la muerte de La Cruz.

En ese mausoleo de fríos pasillos de mármol lujosamente alfombrados los que daban las órdenes eran sus sorgas. Habían llegado desde el sur hacía ya muchos soles, y lo habían hecho para quedarse. Fue por ellos que el krae abrió la montaña, por ellos que recibió sus armas de allende el desierto y por ellos que se hizo con el poder.

Por ellos que, según contaban, El Blanco había vivido ya más de cien soles.

Para los criados de la mansión, la voz de esos sorgas era la voz de Dios y la respetaban sin rechistar. Más les valía hacerlo.

Pero los seres humanos somos seres defectuosos. Los seres humanos tendemos al error, al fracaso, a la rebelión por pequeña que sea. La vida misma tiende al cambio, y nosotros no somos menos. Y de una forma u otra los rumores salvaron las murallas de su mansión. Y, al igual que sus *fechiceros*, llegaron para quedarse.

Las escuchaba hablar al otro lado de la puerta de su habitación. Encadenada con cadenas de oro a la cabecera de su mullida cama, al otro lado de ese dosel que bastaría para alimentar a toda una familia un sol entero, de su jaula de diamantes, ella las escuchaba hablar.

—¿La Graja? ¿De verdad?

—Así como *lu* oyes —murmuraban—. Dicen que se escapó de La Grieta, y *nu* solo eso...

Las voces se atenuaron y se perdió parte de la conversación. En otro tiempo se hubiera resistido. En otro tiempo hubiera tirado de las esposas que cerraban sus muñecas hasta hacérselas sangrar si fuese preciso. En otro tiempo habría gritado. Antes de las violaciones. Antes de que ese diablo de hombre acometiera sobre sus carnes todos los horrores del infierno.

Hablar de humillación no bastaba, El Blanco había hecho algo más que quebrantar su voluntad. El Blanco le había quitado lo poco que le quedaba.

La había dejado hueca. Vacía.

—¿Pero alguien la ha visto? —regresaron los murmullos.

—*Nu* que yo sepa.

—Entonces *nu* me lo trago.

—Allá tú. Pero dicen que fue ella —¿ella?— quien *lus* sacó de la cantera, al Garría y a La Graja.

—Ya —le interrumpió la otra—, y esa zagala de la que me hablas anda pregonándolo a los cuatro vientos, ¿es *esu*? Vamos —bufó—, si *esu* fuera cierto El Blanco ya se la habría *cargau*. Sus sorgas *lu* ven todo, ¡bien *siuro*! —le tembló la voz. Al poco—: Será mejor que lo dejemos, ¿oca?

Silencio al otro lado de la puerta, y en lo que duró ese silencio ella regresó a todas esas noches. Ella ya siempre regresaba al mismo lugar.

Su cuerpo blanco y huesudo, casi traslúcido, echándose sobre ella. Sentir su piel era como sentir la piel de un cadáver. Olía a alcanfor. No gozaba al violarla, hacía mucho tiempo que ese anciano había dejado de gozar por nada. Para él, violarla, era algo mecánico. Pura justicia.

La primera vez se había resistido. Hasta sentirlo. Hasta olerlo. Hasta descubrir que nada quedaba de humano en él. Ya no.

—¿Pero y si es verdad? ¿Eh? —Susurros afilados; eso era toda la rebelión que les quedaba—. ¿Y si ha regresado?

—Si ha regresado, ¿qué? Si su padre *nu* pudo hacer nada por enfrentarse a él, ¿qué podrá hacer ella?

¿Ella?

Abrió los ojos al comprender, incluso tiró un tanto de sus cadenas. Algo le crecía en las entrañas, algo que hacía mucho, demasiado tiempo que no sentía. Desde la muerte de su hermano, desde todas esas noches en el infierno. Se la habían llevado a rastras del campo de batalla, la habían vestido y perfumado como a una princesa solo para él. Y sí, ella había gritado y mordido y pateado, pero luego lo había *sentido*. Luego se lo había quitado todo... ¿o no?

Puede que todavía le quedara algo.

Se había pasado toda su vida cuidando de su hermano; cuando La Cruz los encontró, de no ser por ella, su hermano no habría atendido a razones. De no ser por La Cruz, ninguno de ellos habría sobrevivido a la guerra, y por eso lo habían seguido hasta el final. Pero no había sido la sangre ni la lealtad lo que les había convertido en una familia. Los mejores tiempos se debieron a algo bien distinto.

Cuando la vieron nacer. Cuando el tonto de Deb dijo aquello de: *Es lo más bonito que he visto en mi vida*.

Esos fueron los mejores tiempos. A ella se los debían, ella los unió. Y si de verdad había regresado, si era verdad y no solo un sueño que seguía con vida...

Carra La Roja gritó. Aquello que le corría por las tripas le reventó en el pecho y manó de su garganta. Ya los escuchaba llegar. La castigarían por eso.

Pero no importaba. La Astilla había regresado.

7

El pedazo mordisqueado de cecina pegó de pleno contra la curtida frente del tral. Pegó un par de dentelladas intentando atraparlo, pero, con las muñecas y la cabeza metidas en los agujeros del pesado tablón que cargaba sobre sus hombros, el tral fracasó en el intento.

La cecina cayó al polvo del suelo. Y los perros, las hienas, rieron por eso.

—Cógelo, ¡vamos! —reían.

—Es solo un poco de tierra —se burlaban—, ¡tanta hambre *nu* tendrás!

El tral parpadeó un par de veces antes de doblar las rodillas. El peso del cepo le pudo y cayó de lado al suelo. Más risas.

—Hijos de mil daján —bisbiseó La Graja.

Gris estuvo tentada de sacarse el arco de los hombros y clavarles una flecha en las pelotas a cada uno. Pero se contuvo. Era pronto para eso.

El tral se revolcaba en el polvo tan torpe como un escarabajo panza arriba. Por fin consiguió colocarse de rodillas sobre el pedazo de cecina, pero el tablón no le permitía torcer el cuello lo bastante como para conseguir llevárselo a la boca.

—¡Míralo! —se partían el culo.

—¡*Nu* puede!

A Gris le temblaban las manos. Toda ella temblaba. Pero tocaba esperar.

8

En las historias de su padre había veces en las que el tiempo se paraba. Para sus protagonistas, el mundo dejaba de girar en los renglones precisos. Y solo en esa quietud conseguían decir lo correcto. Lo trascendental. Lo que la historia esperaba de ellos.

—Has perdido pelo —consiguió gruñir.

—¡Ja! —rio el moosa barbudo—. Cierto es.

En las historias de su padre los silencios servían para algo. La torpeza acababa por arrastrar a sus protagonistas hacia la epicidad.

—Cuanta... —Ilda tosió. Luego se llevó las manos a cada lado de la cara e hizo como si agarrara una nube—. Cuanta barba.

El moosa barbudo se encogió de hombros.

—No me apaño con sus cuchillos de piedra. Ya me conoces. —Sí, sí que lo conocía.

Los moosa comenzaban a impacientarse. Uno de ellos le ladró algo al tipo barbudo, y este lo contestó en la lengua del desierto. Siempre fue bueno con las lenguas.

—Tenemos que seguir, Ildi. —Oteó con los ojos entornados las paredes de la garganta—. Aquí estamos demasiado expuestos.

En las historias de su padre las voces de los héroes tronaban en la montaña.

—¿Ya ves algo? —desafinó Ilda. Tras aclararse la garganta—: Sin tus gafas, digo.

Por nada del mundo esperaba encontrarlo allí. Así. De hecho, ni siquiera esperaba volver a verlo. Pero había veces, en las historias, en las que los fantasmas regresaban desde el pasado. Distintos. Cambiados. Pero regresaban.

Puede que las historias de su padre no mintieran en todo.

—Las perdí —le explicaba el moosa barbudo—. Ya no las necesito. Más o menos.

Su sonrisa. Esos ojos verdes y ávidos suyos al mirarla.

—Ildi. Tenemos que seguir.

Ilda asintió. En las historias de su padre los héroes permanecían inquebrantables hasta el final. Íntegros. Dignos. ¿Y no había ella cruzado acaso la guerra de lado a lado? ¿No se había enfrentado al desierto? ¿A los daján?

—Creí... —balbuceó—. Creía que... Que ya *nu* estabas. Que marchaste a buscarme.

El moosa barbudo asintió.

—Eso hice, sí. ¿Qué esperabas?

Ilda tembló.

—*Nu* lo merecía. *Nu* lo merezco.

Verde enterró la cabeza entre sus hombros.

—Me salvaste del desierto. Te lo prometí, ¿recuerdas?

Toda una vida.

En las historias de su padre los silencios servían para algo.

—Ildi. Tenemos que seguir.

Y siguieron. El tiempo no paró.

9

Deb tenía tanto frío que le temblaban hasta los dientes. Deb se había acostumbrado a muchas cosas a lo largo de su vida. Al desprecio. A las burlas. Al hambre y a la sed. Pero de alguna manera no acababa de acostumbrarse a ese frío. Era un frío que le venía de dentro. Del corazón.

Tienes un corazón más grande que todos esos moba juntos, ¿me oyes?

Sí, sí que la oía. Deb nunca había dejado de escucharla. Deb sabía que no era muy listo, que pensaba de manera distinta a los demás, pero la voz de Iia de los isar nunca lo había abandonado. A veces tenía malos pensamientos. A veces incluso le daba por pensar que podría convertir el mundo en cenizas, en lo hermoso que sería verlo todo arder. Cómo olería. La paz que quedaría después de todo eso.

El calor.

Pero Iia de los isar siempre acababa por sacarlo de allí, ella sí que lo entendía. Ella sabía que él no era malo por pensar esas cosas. *Te han hecho mucho daño, Deb*, le decía. *Nos han hecho mucho daño a todos.* Para luego recordarle a aquellos a quienes sí que amaba. Para luego sonreírle: *A mí no quieres quemarme. ¿A que no?*

Claro que no quería. Ni tampoco a Trespasos ni a Los Rojos. Tampoco a La Graja ni a Verde; mucho menos a La Cruz, ni aun cuando tuvo que hacer *aquello*. Deb nunca los había amado tanto como amaba a Iia y a la preciosa Ilda, pero, a su manera, todos ellos habían cuidado de él. Y sí, algunas veces se le pasaba por la mente lo divertido que sería verlos metidos a todos en las llamas. Deb de sobra sabía que, a veces, se quedaba *parado* para los otros, que sus frases se quedaban a medias siempre que le daba por pensar en la belleza del fuego. Pero también sabía que nunca, nunca, les haría daño. Y para demostrárselo, a ellos y a sí mismo, se había pasado las lunas y los soles haciendo todo lo posible para aliviarles los días.

A su manera, claro. Siempre que el fuego se lo permitía. Pero lo había hecho.

Solo que luego Ilda se había marchado. La luz de sus ojos, el fuego de sus días. Luego El Blanco había matado a La Cruz. Y a Trespasos y a La Graja, y también a Los Rojos. Y ahora Deb tenía frío. Tanto que ya nunca pensaba en el fuego, ni siquiera cuando los soldados se reían de él. Cuando lo insultaban, cuando lo pateaban, ni siquiera entonces soñaba con quemarlos a todos.

A Deb le dolían la espalda y el cuello de cargar con el cepo. Por debajo de su piel sentía un ejército de hormigas mordiéndole los tendones y los huesos de los brazos. Pero a eso había conseguido acostumbrarse. Incluso cuando lo habían encadenado a la rueda de ese carro, a Deb no le había importado. Pero el frío le hacía temblar.

La ausencia de todo.

—¡Míralo! ¡Ahí está!

Deb levantó la cabeza, desganado. Parpadeó; un par de soldados de patrulla lo señalaban. Ya anocheecía, pero cualquier momento era bueno para burlarse de él. Deb les sonrió.

Escucha, Deb, le había dicho La Cruz hacía ya tanto tiempo. Si no vas a quemar a alguien es mejor que sonrías, ¿me oyes? Así nu los pondrás tan nerviosos.

La Cruz le había enseñado a relacionarse con los demás, y Deb no tenía pensado decepcionarlo.

—¡Ja! —reían las hienas—. El muy lupen *nus* sonrío, ¿has visto...?

El soldado fue a girarse hacia su compañero, pero algo le salía del cuello; unas plumas recortadas. Deb parpadeó. De sobra sabía que no era muy listo, pero aquello, bien *siuro*, era una flecha. El soldado fue a llevarse la mano a la garganta, pero no acabó de conseguirlo. Tosió, manó la sangre y se desplomó.

Su compañero temblaba, más incluso que Deb. De hecho, las manos le temblaban tanto que dejó caer la ballesta que empuñaba. No miraba a su compañero caído, sus ojos al frente abiertos como platos. Enrojecidos.

Deb no era muy listo, pero había conocido la guerra. Sabía del sabor de las puntas. Y a ese soldado alguien le estaba jodiendo la mente.

Los ojos le reventaron y Deb tosió una torpe carcajada del susto. Ese soldado había dejado de reírse y tenía el pecho lleno de sangre. Le caía de la boca y también de las orejas, de la nariz, de todos y cada uno de sus agujeros.

—¡Ja! —rio Deb.

Una voz:

—¿Y ahora qué *daimonios* hacemos? ¡Si los encuentran...!

—¡Calla, moza! —un susurro afilado que Deb conocía bien—. ¡Y haz lo que te digo!

Ambas mujeres los arrastraron como mejor pudieron hasta una de las sombrías callejuelas que daban a la jerca. Luego La Graja renqueaba hacia él; le habían arrancado un brazo.

—Te han *arrancau* un brazo, Graja —le dijo Deb.

—Chsss —chistó, poniéndose de rodillas y echando mano a los cerrojos del cepo—. Calla ahora, Deb. Voy a necesitar de tu fuego, ¿oca? Vas a tener que hacerlos desaparecer con esos polvos tuyos.

—Pero tengo frío —se quejó el tral mientras La Graja forcejeaba con los cerrojos—. Ya *nu* tengo fuego.

—¡Pues si no lo tienes te lo inventas! —le graznó La Graja a la cara.

Deb negó. Parpadeó.

La otra voz:

—La Astilla te necesita, Mecha.

La Graja consiguió por fin soltarle del cepo, pero Deb apenas si se sintió aliviado. Sentía que le ardían las entrañas. El fuego se abría paso por su cuerpo. Las llamas. El incendio.

—¿Ilda? —lloriqueó.

Deb ya no tenía frío. Deb se estaba quemando.

10

Ya había anochecido para cuando Verde y los moosa la llevaron hasta las cuevas. Agujeros alumbrados por la luz de los fuegos, bocas en la montaña. Los moosa tenían su madriguera en lo más alto de la peña que partía la garganta en dos, invisible desde las profundidades.

La senda dibujaba curvas y más curvas al zigzaguear pared arriba, y a la Rompebotas le costaba lo suyo conservar el aliento. A él no. Puede que Verde, en el fondo, siguiera siendo el mismo de siempre, pero, a primera vista, había cambiado más incluso de lo que ella misma había cambiado.

—¿Cómo me habéis encontrado?

Verde la miró por encima del hombro.

—Te estábamos esperando. —Y ante su ceño fruncido—: Te prometo que resolveré todas tus dudas cuando lleguemos, ¿oca?

—¿Todas?

Verde la había mirado tan serio como las piedras de la montaña.

—Todas —le había dicho.

Y ahora la luz de los fuegos incendiaba las entrañas de la montaña. Sus bocas y sus ojos, y también las bocas y los ojos de aquellos que la escudriñaban al pasar, que salían de la montaña para recibirla. La senda que seguían se bifurcaba en otras veredas aún más estrechas que, arriba y abajo de la montaña, unían las grutas entre sí; el barranco siempre a un lado, la insondable garganta del cañón. Algunos claros más anchos en la senda principal, la turba amontonándose en esos claros. Moosa en su mayoría, pero también algunos tral y algunos moba, como los caravaneros les llamaban.

Un rostro conocido.

—¿Pelón? —Había crecido lo suyo. El más pequeño de los Garría era solo un niño quejicoso cuando ella se marchó.

Pelón asintió a su paso. La agarró de las manos. Le sonrió.

—El polvo te sea dulce, Astilla. Bienvenida a casa.

Más rostros conocidos salían de aquella cueva para recibirla. Al pasar entre ellos la tocaban, tiraban de su poncho.

—Ha regresado —decían.

—La hija de La Cruz.

—La Astilla —suspiraban.

Y al otro lado de los murmullos, una oración. Un mantra. Los moosa le cantaban. Los isar, el pueblo de su madre, por primera vez en toda su vida, no querían matarla. La senda era lo bastante estrecha como para tener que apartarse para dejarla pasar, pero en todas esas miradas, las conocidas y las extrañas, Ilda no sintió amenaza alguna. Ni tampoco desprecio.

—¿Por qué me cantan? ¿Qué dicen?

Verde la miró por encima del hombro.

—Cantan al polvo. Al desierto que llevas dentro.

Ilda asintió. Como si aquello respondiera a algo.

Verde la guio hasta meterse en las tripas de la montaña. No había fuegos encendidos allí dentro, solo oscuridad hasta que Verde agarró un candil que colgaba de la pared y lo prendió con un chasquido. Se volvió hacia la comitiva que los seguía y les dijo algo en lengua moosa. Se detuvieron. Sin dejar de cantarle.

—Sígueme.

La gruta no tardó en ensancharse. A la luz del candil, barriles y cajas amontonadas contra las paredes. De los barriles y las cajas asomaban ballestas y arcos moba, espadas, hachas y cuchillos, algunos baladeros de Antes de Aquello.

—Los moosa llegaron a creer que así podrían vencerle — le explicaba Verde—. Este es el resultado de soles de guerra contra las patrullas de El Blanco, de los saqueos a sus diligencias del sur. No bastó —cabeceó—. Siempre llegaban más.

Ilda asintió; allí había suficientes armas como para armar al ejército que ella necesitaba. Ya solo necesitaba alguien que las empuñara.

—La mayoría de los moosa se niegan a usarlas. —Verde siempre supo seguir el hilo de sus pensamientos. Se volvió para mirarla, la luz del candil incendiando su frondosa barba—. Y nosotros no somos demasiados. Necesitaremos a las gentes de La Bellada.

Ilda asintió de nuevo.

—Ya estoy en ello —croó.

—Ah, ¿sí? —le sonrió—. ¿Ahora sabes estar en dos sitios a la vez?

Ilda arrugó los morros.

—Más o menos.

—¡Ja! —Al rato—: Te pareces mucho a él, ¿sabes? Más que antes.

—Tú también has cambiado lo tuyo —lo acusó—. Antes odiabas la guerra, cualquier conflicto por nimio que este fuera. Y ahora mírate. Sueñas con un ejército.

Verde le sonrió de nuevo. Una triste sonrisa la suya.

—Como ves, Ildi, no empuño arma alguna —y se abrió de brazos—. La guerra sigue sin ser lo mío. Todo esto... —y braceó para barrer la estancia—. Todo esto es para ti. Para cuando regresaras.

Ilda sintió pena por él. Ese hombre se había pasado sus soles y sus lunas esperándola. Buscándola.

—La Cruz siempre supo que regresarías —le contaba cabizbajo—. Los moosa le acuciaron para que saliera a buscarte, pero él, cada una de esas veces, siempre les venía con lo mismo. *Esperaremos*, les gruñía. *Volverá*. —La miraba de nuevo—. Todos nosotros esperábamos tu

regreso, Ildi. Pero La Cruz *sabía* de tu regreso.

—¿*Todos nosotros?* —ronqueó la Rompebotas—. ¿A qué te refieres con eso? ¿Quién *daimonios* me estaba esperando?

—Todos nosotros, Ildi. —Había dejado de mirarla—. Los moosa. Los exiliados. Los encarcelados. Todos te esperábamos.

A Ilda le temblaban las manos.

—¿Por qué? —le espetó—. ¿Por qué *daimonios* ibais *todos* a esperarme?

Verde dejó desgano el candil sobre uno de los barriles. Le daba la espalda.

—Yo te esperaba por puro egoísmo —le contó—. Te traicioné aquel día, y quería devolverte el favor. —Al mirarla por encima del hombro, luz y sombras su rostro—. Pero por el camino me encontré con mis propios fantasmas. He cambiado lo mío, Ildi. Pero, como decía La Cruz: *Cambiamos a ratos para luego ser los mismos de siempre*, ¿eh?

—¿Y los otros? —Ahora mismo a Ilda le importaba una mierda el egoísmo de Verde, todos sus fantasmas.

Verde suspiró.

—Los otros te esperaban porque eres la única que puede salvarnos.

A veces el tiempo sí que se detenía. El mundo sí que dejaba de girar.

—Habla claro. —Su propia voz lejana. Extraña.

Verde la estaba mirando y, dijera lo que dijera su padre, ese Verde ya no era el Verde de antes. Más viejo. Más sabio y más triste. Ni rastro de aidez en esos ojos verdes suyos, solo sequía. El desierto en sus ojos.

Dijera lo que dijera su padre, ese hombre ya no la amaba como antes, e Ilda, al comprenderlo, se dio pena a sí misma. Por haberlo perdido. Por *haberse* perdido todo eso.

—Tu padre era el mentiroso perfecto, Ildi —le decía—. Tu padre nos mintió a todos.

Ilda negó. No dijo más.

—Los moosa no renegaron de tu madre por quedarse embarazada de ti. —Ahí estaba, a punto de revelarse: la mentira perfecta de La Cruz—. Los moosa no odiaban a La Cruz por eso. La Cruz nunca tuvo nada que ver con eso. —A Ilda le costaba respirar. Puede que hubiera dejado de hacerlo—. Tu madre no solo era una Tocada, Ildi. Tu madre fue violada por un daján aquel día, esa es la verdad. La verdad es que La Cruz no es tu padre de sangre.

A veces el mundo dejaba de existir. El aliento. La vida misma.

—Las Madres y los zaar le rogaron a tu madre que le quitase la vida a aquello que llevaba dentro, pero Iia de los isar era una mujer testaruda. —¿*Cómo daimonios se atrevía a sonreír?*—. No quiso hacerlo. Te tuvo. Te amamantó. Aun rechazada por su propio pueblo, aun despreciada por los suyos, ella eligió criarte, y La Cruz la apoyó en su decisión. Tanto que quedó prendado de ti nada más verte nacer. Tanto que juró que todos los días de su vida viviría para protegerte de todo mal.

Eres mi carne, Ildi. Te digan lo que te digan. Escuches lo que escuches. Eres mi carne. Todo lo que yo soy.

—Tu madre no pudo con la presión —le seguía contando ese hombre de ojos secos—. Las voces de los daján le atormentaban las noches y el desprecio de su pueblo le robaba los días. Tu padre intentó ayudarla de todas las maneras posibles. Tu padre la amaba por encima de todo... O

de casi todo, al menos —jadeó. Al rato—: La primera vez que tu madre intentó matarte, tu padre la perdonó. La encontró sumergiéndote en la bañera y te apartó de ella. Para luego besarla. Para luego acunarla y acunarte entre sus brazos.

Quiero que sepas que todo lo que hice, que todo lo que siempre he hecho, ha sido por protegerte.

—La segunda vez, cuando sorprendió a Iia de los isar junto al barranco de los huertos a punto de lanzarte al vacío, La Cruz no fue tan compasivo. Le gritó. Discutieron. Le prometió que si volvía a intentar hacerte daño la mataría.

Algo se rompía dentro de ella. Ilda, de su madre, solo recordaba su olor. Su canción. Sus brazos. Algo gritaba dentro de ella.

Hay ciertas verdades que nu traen nada bueno consigo, Ildi. Ciertas verdades que es mejor nu revelar. Solo hacen daño. Nada más.

—No hubo una tercera vez. Tu madre acudió a él antes siquiera de volver a intentarlo. Le rogó que la matara. Le aseguró que, si no lo hacía, acabaría por encontrar la manera de acabar contigo. Que solo matándote se libraría de las voces. Que solo con tu muerte se sentiría a salvo.

Verde la miraba por entera, la penetraba por entera.

—La Cruz tuvo que hacerlo, Ildi. Ella se lo pidió, ¿entiendes? Era ella o tú.

Solo hice lo necesario, Ildi. Lo difícil.

—Si La Cruz nos contó la mentira perfecta fue para salvarnos a todos del dolor. Para que nunca nadie te despreciara por ser una Hija de La Frontera, para que *tú* no te despreciaras. Si La Cruz nos prohibió a todos acercarnos a los moosa. Si nunca nos reveló la verdad. Si cargó con todo eso sobre sus hombros, fue para protegerte, Ildi. Para salvarte de la verdad que suponía descubrir que eras hija de un daján. Descubrir que tu propia madre había intentado matarte. Por eso hizo lo que hizo. Para salvarte del dolor, cargó con la peor de las culpas.

¿Pa?

Estoy aquí, Ildi. Justo aquí.

—Los moosa no odiaban a La Cruz, Ildi, te odiaban a ti. Tú no eres solo hija de una Tocada, eres hija de un daján. Y por eso todos te esperan. Por eso los moosa han guardado todo esto para ti. Porque el desierto ha cambiado, las leyes del desierto. Y ahora solo tu sangre puede salvarnos a todos. Ahora, lo que antes era maldito, es *necesario*. Ahora...

—Calla —croó—. Calla ya. Cállate.

Ilda sentía ganas de gritar, pero no gritaba. Ilda deseaba llorar, pero no conseguía hacerlo. Deseaba romperse, pero no acababa de romperse del todo. Ilda, después de haberse pasado la vida buscando la verdad, añoraba la mentira perfecta.

—¡Cállate! —Verde ya se había callado hacía rato, pero ella todavía lo escuchaba.

La voz de Verde. De todos sus fantasmas.

—¡Calla! —ladraba—. ¡Calla, calla, calla... cállate!

Verde ya no era el mismo de Antes. Verde la desobedeció. La agarraba por los hombros.

—Estoy aquí, Ildi. Justo aquí.

—¿Oyes eso?

La voz de Gris tembló tras las precarias paredes del taller del tral.

—Claro que lo oigo, moza.

Los perros del Volario ladraban por La Bellada. Sus antorchas y sus lámparas de Antes barrían el lugar. Sacaban a la gente de sus casas. Los castigaban.

Deb parpadeaba en la penumbra. La Graja levantaba sus puntas. Gris había comenzado a predicar la noche anterior, solo un día había pasado desde que comenzara a hacerlo, pero las consecuencias ya se desataban por La Bellada. Los perros de El Blanco eran demasiados y todo lo veían. No iba a funcionar. No estaba funcionando.

—Es por nosotros. Todo esto... Es por nuestra culpa.

La Graja bufó.

—¿Qué esperabas, moza? Estamos en guerra.

Guerra, eso era. Ella les había llevado la guerra a esas gentes con sus mentiras. Predicando en el antiguo salón de mare Ladia y también en el edificio que había sido el almacén de los Garría. En la jerca de los tral y en el lavadero. Para que corriera la voz. Para conseguir el ejército que su maestra precisaba.

Y ahora esto. Ahora, por sus mentiras, los castigaban.

—Moza, mírame. —Gris obedeció—. Cada uno decide por su cuenta, ¿oca? Son ellos y ellas quienes deciden si seguimos o no. Nosotras solo les traemos una oportunidad.

Otra mentira. Otra de tantas. Ellas solo los estaban utilizando.

—Descansa —le ordenaba La Graja—. Antes del amanecer saldremos hacia la cantera.

Gris asintió. Cerró los ojos. Ya era demasiado tarde para volverse atrás.

12

Ambos se habían desplomado con la espalda apoyada contra uno de los tantos barriles de la cueva. La luz del candil un fuego fatuo sobre ellos, parpadeando sobre sus rostros en el silencio que siguió al dolor. A la revelación.

Verde, una vez más, acabó por romperlo y le contó de su propia historia:

—Salí tras tus pasos tan solo unos pocos días después de tu partida. No tuve demasiada suerte —sonreía al recordar, la mirada perdida en la oscuridad de la bóveda de la cueva—. Tierra Hueso pudo conmigo, y de no ser porque unos chatarreros extraviados me encontraron, habría muerto allí mismo. Viví con ellos casi un par de soles enteros. Disfrutaban de mis historias y yo disfrutaba de seguir vivo. No eran mala gente. Más o menos.

Verde aprovechó ese tiempo junto a los chatarreros para preguntar por ella por cada población que pasaban. Por cada puesto fronterizo. Por cada ciudad. Pero cansado de encontrarse siempre con la nada, decidió empezar desde el principio y regresó a La Bellada.

—Y adivina —rio—. El desierto pudo conmigo de nuevo.

Pero esa vez no tuvo tanta suerte. La Frontera lo alcanzó y, con ella, los daján. Ya había perdido toda esperanza cuando vio aparecer sus siluetas tras El Pedo de Dios. El poco valor que le quedaba lo perdió entonces: iban a matarlo. Los moosa le sacarían la piel y dejarían su carne como carroña para los cuervos.

—Pero resulta que no hicieron nada de eso.

Por aquel entonces la guerra contra El Blanco se encontraba en su punto álgido. Podría decirse que todavía estaban empatados, y algunos de los moosa querían a alguien que pudiera enseñarles a usar esas armas que llegaban allende el desierto.

—Los moosa me trataron bien. Unos pocos me despreciaban, sí, y la mayoría me trataba como a una especie de mascota, pero me enseñaron del desierto. De sus costumbres. Me hablaron de Las Madres y de los zaar. De la muunta. Y poco a poco me fui ganando mi lugar en la tribu. Hasta llegué a olvidarme de ti, ¿sabes? —esa vieja y triste sonrisa suya—. Pero la guerra me recordó quién era. De dónde venía.

El Blanco les ganaba la partida. El Blanco quemaba sus bosques y los obligaba al desierto y a las montañas, pronto no tendrían lugar donde esconderse.

—Fue entonces que les hablé de La Cruz y de Sus Huérfanos. Fue entonces cuando les hablé de ti. Aun sabiendo que me expulsarían por eso, sentía que les debía la verdad. Les dije que juntos podríamos derrotar a El Blanco. Que, si olvidábamos viejas rencillas, podríamos conseguirlo. —Enterró la cabeza entre sus hombros—. Pero para mi sorpresa los isar no me expulsaron.

Los isar le contaron que las leyes del desierto habían cambiado. Al parecer se había celebrado una muunta entre Las Madres de todas y cada una de las tribus, y la muunta había hablado: el polvo los exiliaba, a todos por igual, tanto a los moosa como a los daján. Había llegado el tiempo de volver a ser uno con el desierto y regresar a las viejas costumbres, de recuperar lo que les había sido arrebatado.

—Los moosa llaman a los daján *mooru* —le contó Verde—. *Gente de allí*. Forasteros.

Para los moosa, los daján eran El Otro Lado del desierto. La mayoría solo tenían hambre; la mayoría, de los moosa, solo esperaban cruzar. Pero otros libraban una antigua guerra, y a los moosa les tocaba elegir bando.

El Blanco había partido la montaña por la mitad y había hurgado en sus profundidades. A cambio de esas rocas malditas, de esas rocas que les servían a los sureños para alimentar la luz de sus Túmulos, estos le ofrecieron a El Blanco todo el poder que precisaba para vengarse. A cambio de esas rocas y de algo más. De una puerta.

—De un aat.

Los daján de los Túmulos nada tenían que ver con los daján del desierto. Los segundos se regían por El Primer Pacto, los primeros no se regían más que por pura ambición. Los daján de los Túmulos enviaron a sus sorgas al norte ya en La Guerra de La Partida y no salió demasiado bien. Pero ahora tenían otra oportunidad, y no pensaban desaprovecharla.

—No somos tan especiales, Ildi. Lo que ocurre en estos polvos, ocurre a lo largo y ancho de Las Baronías de Los Ríos. Los moosa son expulsados del desierto, así como los *mooru*. Los daján de los Túmulos rompen El Primer Pacto. La guerra que vivimos, la guerra que vivió tu padre, ni siquiera nos pertenece.

Era mediante El Blanco que los sorgas sureños encadenaban a los daján del desierto para sus rituales. Era por El Blanco que acrecentaban su poder y, al mismo tiempo, el poder del krae. A un alto precio, claro, pero eso poco le importaba al Volario. Según contaban los moosa, El Blanco, en los últimos días, incluso había llegado a sacrificar a sus propios hijos. A su mujer. A su familia. Solo para poder seguir viviendo unos pocos soles más.

Solo para derrotar a la muerte.

—Para cuando los moosa quisieron regresar al polvo y cantar un pacto a los daján, ya era demasiado tarde. Los sorgas de El Blanco habían quemado todos los puentes, los moosa y los mooru estaban aislados los unos de los otros.

Y de ahí que Las Madres cantaran y los zaar se reunieran en torno a los fuegos. De ahí que decidieran que quizá, solo quizá, se habían equivocado al despreciar a la hija de Iia de los isar. A la vástaga del polvo.

—Y cuando les conté quién era realmente, adónde pertenecía, los moosa me urgieron a buscarte. Los daján del desierto habían sido encadenados por los sorgas sureños y ahora el desierto callaba para ellos. Los moosa ya no tenían manera de comunicarse con ellos y ofrecerles un pacto, pero si yo encontraba la puerta, la sangre antes maldita, podríamos hacerles frente. Si enfrentábamos un aat contra otro podríamos salvar al desierto. Eso me pidieron.

Fue entonces cuando Verde regresó a La Bellada. Los moosa ya le habían contado toda la verdad y La Cruz y él discutieron por eso. La Cruz acabó por ceder. Se dio cuenta de que se había equivocado al mentirle, al ocultarle la verdad. Pero no quiso oír hablar de salir a buscarla.

—Tu padre estaba seguro de que regresarías llegado el momento. Tu padre confiaba en ti, Ildi, hasta el final. Tu padre respetaba tu opinión. Te respetaba más de lo que había respetado todas sus frases, todos sus dogmas. Para él tú siempre habías sido y siempre serías su camino correcto.

Verde y los moosa realizaron varias expediciones en su busca, pero no tuvieron suerte. Más de una vez pidieron ayuda a La Cruz, pero este siempre repetía: *Esperaremos*. Y, mientras esperaban, El Blanco se iba haciendo con todo.

—Tu padre vino a buscarme pocos días antes de que lo atraparan. Tu padre sabía que se acercaba el final, *lo huelo*, me dijo... Lo insté a que se rebelara. Le dije que bajo su nombre podría reunir el ejército que precisábamos, que sus vecinos lo seguirían hasta la muerte, que incluso los moosa estaban dispuestos a seguirlo. Pero él no había venido a buscarme para eso. Me dijo que ya había cometido demasiados errores en su vida, que ya había arrebatado demasiadas vidas, que sus manos estaban sucias de sangre.

Le dijo que solo era ya un perro viejo con demasiados fantasmas a cuestas. Que nunca había sido un héroe, sino la mentira perfecta. Y que había llegado la hora de la verdad.

—Si tu padre vino a verme aquel día fue porque estaba seguro de que regresarías, Ildi, y me trajo un mensaje para ti. —Verde la miró—: *Dile que todo lo bueno que hay en mí está dentro de ella. Dile que siento dejarle todos mis errores. Dile que siento no poder esperarla.*

Dile que sé que hará lo correcto. Que haga lo que haga, decida o nu salvarlos a todos, decida vivir o sacrificarse, para mí, será lo correcto.

—No sé por qué tu padre se dejó atrapar, Ildi, no puedo contestarte a eso —cabeceó Verde—. Supongo que estaba cansado. Supongo que solo quería dejar de luchar. Pero no tengas nunca ninguna duda de cuánto te amaba. De cuánto confiaba en ti. Nunca le importó tu sangre maldita.

Le urgió a La Graja que anulara tu sangre daján con sus puntas, sí, e incluso a ella le ocultó sus verdaderas razones. Pero no porque no confiara en ti. Sino para salvarte del dolor. Para protegerte.

Y ahora el plan de los moosa era el siguiente: liberarla. Liberar su sangre maldita, a su verdadero padre. Derribar todas las barreras que, desde niña, La Graja había dibujado sobre su cuerpo. Derribar todo lo que su padre había hecho por y para ella. Todas sus mentiras.

Ese era el plan. Que todo lo que había vivido hasta entonces no sirviera para nada.

—¿Qué pasará? —jadeó.

Verde la miró sin comprender.

—¿Cuál será el precio de liberarlos? ¿Qué me pedirán los daján, mi padre —rio—, a cambio de tenerlos a nuestro lado en la guerra? ¿Merecerá la pena?

Verde boqueó. Verde siempre solía tener palabras para todo, pero esta vez le costó lo suyo encontrarlas.

—No tengo ni idea, Ildi —acabó por decir—. Pero yo también sé que harás lo correcto.

Ilda bufó.

—El polvo os seque los ojos —los maldijo—. A ti y a La Cruz. A todos. A lo correcto.

13

—Mare Gris tiene razón. —De todos los refugiados, del último que esperaba su apoyo, era de él. De ese sacerdote demasiado guapo, de *maisse* Jan—. Nos están matando. Llevamos aquí, ¿cuántos? ¿Seis o siete días? Y ya hemos enfermado más de la mitad. Si *nu* podemos volver al desierto solo nos queda la rebelión, hermanos míos. Está escrito: *Y Yasa le dijo a Daquím: «Tú serás Mi Espada para salvarlos»*.

Muchos asintieron a las palabras de su párroco. La mayoría pertenecían al mismo grupo de refugiados que Gris había guiado hasta ese infierno, pero también había otros. No tardaría en correrse la voz.

Maisse Rono la miraba con las mandíbulas apretadas.

—Lo siento —le dijo Gris—. Nosotras os trajimos hasta este infierno.

—Sí —gruñó el hombretón—. Y ahora nos pedís que muramos en vuestra guerra.

Las primeras luces del alba rabiaban sobre los toldos y las chapas de la barriada, la luz del sol les hería los ojos, pero *maisse* Rono la penetraba por entera. Tanto que Gris se había quedado sin palabras. Sin historias.

—Por La Frontera —escuchó bufar a La Graja—. Esta no es *nuestra* guerra. Esta es la guerra de todos, lo fue desde el principio. Es la misma guerra que os sacó de vuestro hogar. La misma guerra que os obligó al desierto. Así que no me vengas con esas, ¿oca?

Maisse Rono asintió.

—Así que nos pedís que luchemos por la paz. ¿Es eso?

—No os pedimos nada —bisbiseó la anciana negra como la pez—. Y por la paz no puede lucharse. Pero ahora tenéis la oportunidad de decidir. De ganaros lo que es vuestro. Eso os ofrecemos.

Gris tuvo que apretarse las manos para que dejaran de temblarle. No había pegado ojo en toda la noche, habían salido del taller del tral cuando la luna todavía estaba en lo alto; escondiéndose, escurriéndose entre aquellos que las buscaban. Se habían pasado más de media noche corriendo por sendas prohibidas, y ahora la luz del alba se hundía en los ojillos de *maisse* Rono.

La misma luz del amanecer esperaba su decisión.

—Está bien —acabó por gruñir—. Cuando llegue el momento, podréis contar con nosotros.

Una fea sonrisa la de La Graja, la mitad quemada de su rostro tensa como un parche de cuero. Pero, siendo honestos, la sonrisa de Gris no era mucho mejor. Y lo peor de todo es que le gustaba haberse convertido en eso. Le encantaba formar parte de aquello.

Ya los tengo, Astilla. Ya tengo tu ejército.

14

Tras un silencio demasiado largo, de una noche entera de verdades y silencio, Verde acabó por levantarse:

—Ya amanece. Será mejor que descansemos lo que podamos. Tomes la decisión que tomes, habrá que descansar, ¿no? —Esa triste y vieja sonrisa suya.

Ilda negó.

—Espera —le dijo.

Todo dolió aquella noche. Todo dolía. Al levantarse. Al agarrarlo y tirar de él sin rastro alguno de cariño. Al besarlo, al morderlo. Al arrancarle las ropas, al empujarlo contra el suelo. Ilda gritaba y rugía al follárselo, y él quiso parar. Pero ella le lloró que no. Que por favor no parara.

Dolía no parar. Dolía el placer.

De su reencuentro, Ilda esperaba la ternura, el recuerdo, pero no esa rabia. De su reencuentro, del reencuentro de sus carnes, ella esperaba sentirse extraña y torpe, una extranjera por su cuerpo, pero no eso. Esa fiereza, ese arañarse, ese llorar y gritar y rugir. Él le hacía daño al penetrarla. Ella le hacía daño a él al clavarle los dientes en el hombro hasta hacerle sangrar. Las embestidas de él no eran las olas de entonces, sino golpes rítmicos, y cuando ella se puso a horcajadas sobre él, abrió heridas en su espalda. Al frotar y frotar y frotar. Para olvidarlo todo. Para barrerlo todo.

Pero no sirvió. Pero dolió al correrse y dolió cuando los cuerpos se separaron. Todo dolía aquella noche, hicieran lo que hicieran.

—Lo siento —le dijo ella.

—Lo siento —le dijo él.

Tendidos sobre la dura roca del suelo. Tan cerca y tan lejos.

—Así que al final resulta que mi padre sí que era una bestia parda de padre, ¿eh? —La voz se le rompía.

Al recordar, sonreía. Dolía hacerlo. Pero sentaba bien.

A Ilda siempre le dolía recordar.

ANTES

De tal cruz tal astilla

1

Anocheecía. Astilla ya tenía su morral preparado a los pies de la cama; una manta enrollada, sus mejores botas y un par de cuchillos que Los Rojos le habían regalado hacía ya tantos soles.

Para el viaje. Para dejarlo todo atrás.

Su padre se quedó plantado largo rato junto a la puerta. En ese largo rato, padre e hija nada se dijeron. Ella sentada sobre su cama de siempre, los brazos lacios entre las piernas. Él ceñudo, cabizbajo, sin historias para alentarla. Bajo las tablas del suelo les llegaban tenues las voces de Sus Huérfanos. Aquella noche todos se habían reunido en La Pequeña Bellada, era su manera de despedirse de ella. Ese silencio. Voces tenues para el final.

El tiempo sí que se paró aquel día. Su padre tardó toda una eternidad en dar ese par de pasos que lo separaban de esa silla y sentarse. Se miró las manos desnudas. Y solo entonces:

—Ildi, yo...

—Lo sé, pa. Solo hiciste lo necesario. Lo difícil. De sobra me lo sé. —Una fea herida su sonrisa.

—*Nu* —negó La Cruz—. *Nu* siempre lo hice. Esa es la verdad.

Silencio.

—Me he pasado la vida buscando el camino correcto — gruñía su padre—. Nunca es fácil. Decidir lo que es correcto y lo que *nu* lo es ya resulta complicado, pero luego, hacerlo, tomar el camino preciso... Hay veces que eso te roba la vida, Ildi. Las noches y los días. —La miró—. Pero eso *nu* es lo peor. Ni tampoco equivocarse al elegir. Lo peor son todas esas veces que, aun sabiéndolo, tomamos el camino malo. Esas veces son las que te hieren para siempre. Las que te convierten en un monstruo.

Astilla lo miró de soslayo; su padre había envejecido años enteros.

—Y matar a *ma* fue una de esas veces, ¿verdad? —le soltó—. ¿Eso intentas decirme?

—*Nu* —negó La Cruz, su voz la voz de la montaña—. Esa vez hice lo correcto. Hice lo que tenía que hacer y me condené al dolor para siempre. Pero hubo otras veces, en la guerra, en las que elegí a sabiendas el camino malo. En las que elegí hacer daño por puro placer. En las que elegí matar y asesinar para *nu* tener que enfrentarme a mi sombra. Esa es mi historia, Ildi. Eso es lo que soy.

El tiempo se paró de nuevo. No se atrevían a mirarse.

—La guerra me convirtió en un monstruo, Ildi, pero entonces llegaste tú —su voz ronca, su voz la voz de la tormenta—. Entonces lo supe. Al verte nacer. Al verte crecer. Ya siempre supe qué era lo correcto. Y lo hice. Nunca dejé de hacerlo. —Ahora sí que la miraba—. Nunca soñé que podría llegar a estar tan orgulloso de algo. De alguien. Pero lo estoy, Ildi. Aunque ahora me odies. Aunque tengas que marcharte. Aunque seas tú y *nu* yo la responsable de convertirse en la mujer en la que te has convertido. Lo estoy. Estoy tan orgulloso de ti que *nu* me cabe dentro. Tu madre lo estaría.

Astilla sentía las lágrimas quemándole las mejillas. Esa lágrima en la punta de la nariz. Cayendo sobre sus manos cruzadas. En el silencio.

—Si dejé de ser un monstruo fue por ti, Ildi. Y quería que lo supieras. Antes de marcharte. Antes del final.

Su padre no dejaba de mirarla, pero Astilla no se veía capaz de levantar la vista del suelo. Si hablaba rompería a llorar. Si le miraba le gritaría hasta quedarse sin voz y sin aliento. El silencio, las lágrimas, era todo cuanto le quedaba.

La Cruz acabó por levantarse.

—Gracias por salvarme de la guerra, Ildi. Gracias por todo. Gracias por la luz.

A Astilla nunca nada le había dolido tanto como aquello. Ni las traiciones ni los miedos. Ni los golpes ni el desprecio. Nada.

Su padre ya había llegado hasta la puerta.

—¡Pa! —No quería gritar, pero ese grito era todo cuanto le quedaba—. *Nu* puedo perdonarte, pa, *nu* sé... —Cabeceó, se barrió las lágrimas, apretó los dientes—. Por todas las mentiras. Por tanta muerte... ¡*Nu* sé perdonarte! —Padre e hija se miraban. Padre e hija temblaban—. Tengo miedo de parecerme a ti. Tengo miedo de convertirme en un monstruo. Pero todavía te quiero —sollozó—. Todavía te admiro como el pedazo de bestia parda de padre que has sido para mí. Y por eso *nu* puedo, *nu* sé perdonarte. Por este... —infló los carrillos y luego resopló— *lío* que tengo en la cabeza. Por eso tengo que marcharme, ¿entiendes? Para poder perdonarte.

Padre e hija lloraban. De tal cruz tal astilla.

—Que el polvo te sea dulce, luz de mis ojos —la voz de su padre la voz de las puertas al cerrarse.

—Que el polvo te sea dulce, pa.

Nunca más volverían a verse. Astilla acabó por perdonarle, pero para entonces él ya estaba muerto. Nunca pudo decírselo. Ella nunca pudo darle las gracias.

Y eso nunca dejaría de doler.

AHORA

La Astilla

1

—Tienes que encontrarlas, ¿oca?

Ya ni se atrevían a tocarse. No después del dolor. De ese par de manos entrelazadas.

—Diles que llegaré a tiempo. Que aguanten. Que haré lo necesario.

Verde ni se atrevía a mirarla. Verde volvía a ser el mismo cobarde de siempre.

O no.

—Lo haré, Ildi —la encaró—. Las encontraré. Aguantaremos.

A su espalda:

—Es tiempo. —Esa mujer era una de los pocos moosa que hablaban la lengua moba. Y, una vez Verde se largara, se convertiría en su intérprete. Para lo que tenía que hacer. Para las mentiras que puede que se viera obligada a contar.

Ilda asintió. Y volviéndose hacia Verde una vez más:

—Gracias. Por todo.

Verde le sonrió.

—¿Qué esperabas?

2

—¡Corre!

Las habían encontrado. Las puntas de La Graja habían servido hasta entonces, pero era solo cuestión de tiempo, lo habían sabido desde el principio.

Y ahora pagaban las consecuencias. Ahora las huestes del Volario salían desde detrás de cada árbol y bajaban pendiente abajo hacia la trocha. Las tenían rodeadas.

Gris escuchó un chasquido a su espalda. Al inspirar se volvió y apuntó al corazón de su enemigo. Exhaló al soltar la cuerda, tal y como su maestra le había enseñado; no bastó. La flecha le acertó en las tripas en vez de en el corazón. El perro de los Volario infló los carrillos mientras enredaba sus dedos a la flecha, y al soltar el aire:

—¡Me ha *dau*! —resopló—. ¡Esa zorra me ha *dau*!

—¡Viva! —ladraba alguien desde los árboles—. ¡A la zagala la quiere viva!

Gris gimio y los ojos se le fueron hacia La Graja en busca de ayuda. No la encontró; la frente de la *fechicera* perlada de sudor, la sangre ya manaba de sus orejas y de su nariz. Frente a ella, en medio del camino, uno de los sorgas de El Blanco se enfrentaba a sus puntas. Había sido el primero en aparecer. Ella y La Graja rodeaban la cantera hacia las sierras del norte, allá donde los prisioneros de La Grieta se habían refugiado tras su fuga. Ya habían conseguido el ejército que buscaban, y ahora tenían que reunirlos a todos. Su plan seguía siendo el mismo: correr la voz, prepararlos, azuzarlos. Pero de pronto, tras una corriente de aire, ese sorga había aparecido de la nada en medio de la trocha. De impoluto negro la toga que vestía, albino y sin un solo pelo en el cuerpo; ni cejas tenía, y ese nimio detalle a Gris ya la había acojonado lo suyo, La Frontera sabía por qué.

El sorga había sacudido la cabeza hacia un lado al verlas. Había desatado sus puntas y La Graja había apretado los dientes.

—¡Corre! —le había gritado.

Y se había desatado el caos.

La Graja había caído de rodillas. Gris ya cargaba su siguiente flecha, pero de sobra sabía que no tendría tiempo de apuntar; tenía a ese lupen vestido de púrpura y plata a tan solo unos pocos pasos.

Gris inspiró y apuntó al pecho de su atacante, pero no tuvo tiempo de exhalar; la maza impactó de pleno contra su mandíbula.

Las habían encontrado.

3

La canción de los moosa había cambiado. Esa anciana vieja y reseca como el desierto la guiaba de la mano montaña arriba y los moosa gañían y maullaban a su alrededor.

Habían encendido nueve hogueras en la cima pelada de la montaña. Los moosa nada sabían de La Ságida, pero encendían nueve hogueras por cada una de las tribus. Nueve hogueras por las cabezas de La Serpiente, nueve fuegos por cada una de Las Madres que componían la muunta.

Aun con el sol en las alturas, sus sombras se alargaban contra las peñas peladas de la cima al danzar. La luz de los fuegos rivalizaba con la luz del sol y los moosa bailaban y brincaban a su alrededor. Alzaban las manos al cielo y también a la tierra. Para los vientos del oeste y también para los del este, para los del norte y para los del sur. Saltaban sobre una pierna y luego sobre la otra, cantaban a la bóveda celeste y también a la montaña. En un círculo perfecto. En una serpiente que envolvía la cima de la montaña.

Para ella. Para lo que tenía que hacer.

Eia, eia, eia, cantaban. *Aia, aia, aia. Uuu, uuu, uuu*. Su canción repitiéndose en las alturas. Reverberando en sus entrañas. Sus sentidos exaltados por la diiva que acababa de tomar.

La anciana se detuvo en el mismo centro de la montaña. La soltó. La encaró. Pronunció algo en esa lengua suya vieja como el sol y las estrellas. Le sonrió.

Antes de subir la habían dejado medio desnuda y ahora la anciana hundía sus manos en un cuenco y la pintaba de barro. También cantaba al hacerlo. Sus roncós y gangosos gemidos sumándose a la canción que las sepultaba. A las sombras danzantes que brincaban en el lienzo de las rocas desnudas. A la brillante luz de los fuegos.

La anciana, para terminar, pintó una mano de barro sobre el rostro de Ilda.

—Moosa —le dijo, e Ilda, al saberse aceptada por el pueblo de su madre, tembló.

Los fuegos se avivaron, el viento arreció. La anciana la agarró con firmeza de los hombros y la obligó a sentarse en el centro mismo de la montaña. Los moosa bailaban y cantaban a su alrededor. Ilda nunca había sentido tamaña comunión con nada.

Eia, eia, eia; aia, aia, aia, uuu, uuu, uuu.

El viento arreció desde el desierto. Y el polvo acudió a su llamada.

4

Gris sentía la boca adormecida, de hecho no la sentía. En las alturas el sol se colaba por las tambaleantes agujas de los pinos. El bosque todavía olía a sangre, al fuego de los baladeros... Gris se irguió de una sacudida al recordar, pero alguien la empujó de vuelta contra las pieles sobre las que estaba tumbada.

Ese alguien era La Graja. Se había barrido la sangre de la cara de un manotazo; decir que tenía mala cara no bastaba. Chupada, perlada de sudor, arrugada como una ciruela pasa, pero aun así levantaba sus puntas para calmarle el dolor.

Gris se llevó las manos a la cara; dolió. Al hurgarse con la lengua se encontró con que le faltaban varios dientes. Gimió.

—¿Qué...?

La Graja chistó. Abrió la boca para explicarle algo, pero:

—Tenemos que seguir, Graja. Vendrán más.

Gris se volvió como pudo hacia esa nueva voz. Aun en la bruma de las puntas de La Graja supo reconocerlo; por las historias. Reconoció su orondo bigote veteado de hierro. Tan alto y delgado como un fantasma.

La Graja asintió hacia Trespasos. *Maisse* Omo también estaba allí acompañado de unos cuantos más, las habían salvado, pero ¿por cuánto tiempo?

—Te han jodido bien, moza —le decía la siempre honesta mare Raiia—. Te han roto la mandíbula, la guerra ha acabado para ti. Pero ahora tienes que levantarte, ¿oca? Yo estaré contigo. Yo te ayudaré.

Gris gimió. Se levantó ayudada por Trespasos y La Graja, por ese par de leyendas. Y gruñó, tal y como su maestra le había enseñado:

—*Nu*. Todavía *nu* se ha acabado.

5

Ilda lo sintió llegar en la negrura. No importaba si abría los ojos o los cerraba, la negrura la rodeaba por entera. Sus pies descalzos acariciaban el polvo del suelo, sentía el desierto abrazándola por doquier, pero el desierto era de un negro absoluto.

El mundo había regresado a la primera de todas las noches.

Estaba soñando, eso era. Esa anciana de los moosa la había obligado al sueño. Para salvar la distancia que separaba un desierto del otro, un mundo del siguiente. Para romper las cadenas y las murallas que los cercaban.

Y ahora lo escuchaba llegar. Arrastrarse por la negrura como el viento se arrastra por el desierto. Reptar como reptar la serpiente. Murmurar:

HAS REGRESADO.

Ilda tembló ante su voz; sabía quién era. Ilda, por las historias, sabía de todos sus nombres. Ilda sintió miedo al escucharlo.

Su padre llegaba para utilizarla. Para cruzar.

ROMPE LAS CADENAS. LIBÉRANOS. BÁRRELOS A TODOS.

Así de fácil. Bastaba con liberarlos para vengarse. Para desatar sobre La Bellada toda la rabia y la ira de los daján. De su verdadero padre.

En la negrura, Ilda recordó las palabras de La Cruz. De aquel que lo había dado todo por protegerla. Por salvarlos.

Dile que sé que hará lo correcto.

Ilda gruñó. Tenía que hacerlo. Lo difícil. Lo necesario.

6

A Gris le habían cosido con palos y vendas la cabeza al cuello, y si aguantaba sin desmayarse por el dolor era gracias a las puntas de La Graja. A su alrededor podía paladearse el miedo; en sus voces y susurros, en esa manera que tenían de asomarse al barranco.

Su guarida consistía en unas pocas tiendas desparramadas a la sombra de las crestas de la montaña. Apenas si una grieta perdida en el sotobosque, desde donde ni siquiera alcanzaban a ver las ruinas del rancho, no digamos ya La Bellada. Al fondo se adivinaba Cañón Último envuelto en la calima, pero nada más.

Su refugio era poco más que una ratonera.

Apenas si alcanzarían la treintena. Allí estaban los pocos que habían conseguido fugarse de La Grieta, los pocos que habían seguido a Trespasos hacia las montañas. La mayoría de ellos desarmados, a más de uno le faltaba un dedo o una mano o incluso una pierna.

Ese era su ejército.

Discutían. Algunos proponían que lo mejor era poner tierra de por medio, ladraban que, si La Astilla no había regresado ya, bien *siuro* era porque los moosa la habrían despellejado; y puede que no les faltara razón. Otros se mostraban algo más optimistas, unos pocos, encabezados por *maisse* Omo, defendieron a su maestra con garras y dientes. Otros nada decían. No tenían fuerzas ni para eso.

Otros oteaban las paredes de Cañón Último a lo lejos, lo poco que quedaba de ellas después de que se las tragara la calima. La tormenta.

Gris escuchó a Trespasos gruñir a la orilla del campamento:

—Alguien viene.

Los miembros de ese precario ejército se chistaron los unos a los otros y se parapetaron tras sus precarias trincheras. Tras unos pocos troncos caídos, tras las peñas. La mayoría de ellos empuñaban palos y piedras, pero ahora por fin estaban de acuerdo en algo: ya no había escapatoria posible.

Trespasos daba la espalda al camino apoyado contra el tronco de un pino; en su mano diestra esa hacha curva suya de las historias, en la izquierda un cuchillo que había conocido tiempos mejores. Al otro lado de la senda, *maisse* Omo y uno de los Garría empuñaban los únicos baladeros de la compañía.

La voz de La Graja:

—Quietos. Son moosa. —Debía de haberlos visto o sentido con sus puntas.

Era raro, pero los moosa arrastraban carros consigo, ellos mismos tiraban de estos, pendiente arriba hacia el campamento. Y esos carros, La Frontera sabía por qué, estaban cargados hasta arriba de armas. De cuchillos y hachas y ballestas y baladeros.

Al llegar hasta las crestas, los moosa los miraron desconfiados con sus armas de piedra en ristre, pero un tipo barbudo los arrulló en la lengua del desierto. Gris vio cómo La Graja arrugaba el entrecejo al posar sus ojos sobre él. Y Trespasos:

—¿Verde? ¿Eres tú?

El viento arreció desde Cañón Último. El polvo les llenó los ojos.

7

Cuando Ilda regresó del sueño, El Pedo de Dios lo ocupaba todo. El viento arrastraba las cenizas de las hogueras, extinguía sus fuegos.

Los zaar habían dejado de cantar. Las Madres la escudriñaban, esa anciana vieja como el desierto.

—¿Vendrán? —la urgió su intérprete.

Ya vestida para la guerra con un tabardo de hueso y una máscara coronada por unos cuernos de hacra. Ya vestida para la danza. Para la comunión.

Verde le había explicado que los moosa solo acudirían a la guerra si contaban con el apoyo de los daján. Solo si el desierto los acompañaba. Aquel de tantos nombres y su negrura.

Ilda le miró directamente a los ojos. Luego a los otros; a Las Madres, a los zaar. Su padre le había enseñado a contar una buena historia. La mentira perfecta.

—Sí —les dijo—. Vendrán. —Y tras levantarse—: La guerra nos llama.

Los moosa maullaron al levantar sus armas de piedra. Ni toda la furia del viento bastó para acallar sus voces.

8

Puede que Deb no fuera muy listo, pero los había engañado y bien. La amiga de Ilda le había cargado la rueda de un carro sobre los hombros antes de marcharse a la cantera, y los perros del Volario ni siquiera se habían dado cuenta de que llevaba las cadenas sueltas. Deb se había dejado hacer. Se había dejado insultar y patear.

La Cruz se lo había enseñado: *Las guerras las ganan aquellos que saben esperar*; y Deb había esperado.

—Espera a mi señal, ¿oca? —Le había dicho La Graja.

No era la primera vez que usaban ese truco. La Graja le había dado uno de sus fetiches, una cruz formada por un par de palos pulidos atados con junco y zarza, y ahora ese fetiche vibraba en el bolsillo de su pelliza; esa era la señal.

Había llegado el momento.

Lo mejor de todo era que ya anochecía. A Deb el fuego le gustaba siempre, pero en la oscuridad le gustaba mucho más. Cómo se alzaba. Cómo derrotaba a las tinieblas.

La cruz de La Graja temblaba en el bolsillo de su pelliza y Deb se soltó de la rueda. Desde que la amiga de Ilda y La Graja lo habían dejado solo, Deb se había dedicado a sembrar su fuego alrededor del cuartel del publicano. Cada una de las veces que lo empujaban contra la pared, cada una de las veces que lo patearon, que se rieron de él; Deb había estado sembrando su fuego.

Puede que Deb no fuera muy listo, pero había mejorado y mucho la fórmula de los darfos. Había convertido su polvo negro en algo incoloro, casi transparente, y también le había quitado el olor. No cuando todo ardiera, claro. Cuando todo ardiera, sonrió el tral, se *vería* y se *olería* a las mil maravillas.

Sobre todo siendo de noche.

Aprovechando las sombras, Deb se acercó hasta el cuartel. Se agazapó en la esquina del edificio de enfrente y prendió la mecha. La lanzó.

Lo vieron en el último momento, los perros del Volario lo señalaron tan risueños como siempre, pero era ya demasiado tarde.

—*Bum* —rio el tral.

Era *tan* hermoso.

9

Una columna de fuego se levantó junto a ese cedro alto, altísimo, que se alzaba en la plaza del pueblo. La noche se incendió. La noche vomitaba los graznidos de aquellos que morían por las llamas.

—Ahora —rugió Trespasos.

Gris sabía que solo se mantenía en pie gracias a las puntas de La Graja, pero no importaba. Su arco le sudaba entre los dedos y tenía unas ganas terribles de mear, pero había llegado el momento.

—¡Por La Astilla! —gritó.

Y la noche se llenó con sus aullidos.

10

Maisse Omo mató al último de los perros del Volario justo en el mismo lugar en el que ellos la mataron a ella. Esperó a que se arrastrara por el polvo hasta ese lugar. Lo dejó arañar el suelo, dejó que se volviera y le pidiera clemencia.

Y luego le pegó un tiro en el pecho. Luego se hizo justicia.

Pero, la verdad sea dicha, no se sentía mucho mejor. *Maisse* Omo sabía cómo cerrar una herida, pero nunca le había gustado demasiado provocarlas. La vida, para él, era algo demasiado frágil y demasiado hermoso como para acabar con ella de esa manera.

Alguien lo agarraba del hombro. Un ligero apretón.

—¿Bien? —Trespasos le sonreía. Sucio de sangre de los pies a la cabeza, habiendo impartido tanta muerte como le había visto impartir.

A *maisse* Omo siempre le había gustado ese hombre. Sabía que era demasiado viejo para Trespasos, y sí, también demasiado *hombre*, pero no por eso dejaba de gustarle.

—Supongo que sí —suspiró. Eso era lo que habían venido a hacer, ¿verdad? Solo así recuperarían su hogar.

Trespasos le dio otro apretón y corrió hacia La Graja. Esta les gritaba que todavía no se había acabado. Que El Blanco tenía a casi todos sus perros en la montaña y que no tardarían en bajar a buscarlos con todos sus sorgas. Se la veía agotada, esa era la verdad. *Maisse* Omo no tenía ni idea de cómo se mantenía en pie, de cómo mantenía su entereza a pesar de tanta sangre derramada.

Habían pillado a El Blanco por sorpresa. El Volario no se esperaba aquello, no sin La Cruz para guiarlos. Pero, como bien ladraba La Graja, no se había acabado. Ni mucho menos.

Y eso que ya habían pagado un alto precio. Heridos cargados en parihuelas, amigos de siempre tendidos en el polvo. Un hombre lloraba junto al cuerpo de su mujer, o puede que fuera su hija. A un zagal de poco más de catorce soles le habían arrancado la oreja y se tapaba la herida con la palma de la mano, los ojos perdidos en la distancia.

El cuartel del publicano eligió justo ese momento para venirse abajo. La noche se llenó de pavesas y cenizas, las lenguas del fuego iluminaron la masacre. Algunos corrían a extinguir las llamas para que no devoraran la ciudad. Otros se reían sobre los muertos. Al parecer, para ellos,

había merecido la pena.

Y aquello solo era el principio.

Alguien lo agarraba por el codo. Se sujetaba a él.

—Mierda de guerra, ¿eh? —Era la zagala que había contado aquella historia en el salón hacía tan solo unas pocas noches. La cara vendada, la barbilla entablillada; daba pena verla—. Todo esto. Es una verdadera mierda.

Solo gracias a las puntas de La Graja podía mantenerse en pie. Cuando el *fechizo* que había lanzado sobre ella se desvaneciera, la zagala se desplomaría. Y aun así su arco en ristre. Aun así, seguía luchando, aun cuando la guerra le parecía tan horrible como a él.

—Sí que lo es —le sonrió.

Pero no es que su sonrisa le durara demasiado.

11

Amanecía.

Los exploradores moosa no habían regresado con buenas noticias: las huestes de El Blanco no tardarían en llegar, y no venían solos: algunos de sus sorgas venían con ellos. Los trabajadores de la cantera habían tomado la torre y ahora resistían como mejor podían a las represalias del krae; no durarían demasiado si no recibían ayuda pronto.

Gris miró a su alrededor y se sintió algo mareada; La Graja la había *fechizado* una vez más, pero, la verdad sea dicha, empezaba a sentirse sin fuerzas para seguir. No tenía buena pinta. Habían levantado torpes murallas con carros y muebles por La Bella, pero no hacía falta ser ninguna lumbrera para darse cuenta de que no resistirían a las armas del Volario.

Muchos de ellos estaban heridos tras la noche anterior, algunos ya no volverían a levantarse. Y sí, habían tomado la puta ciudad, pero todavía quedaba lo peor. Y La Astilla no aparecía por ninguna parte.

Solo la tormenta allá en el oeste. El Pedo de Dios tragándose Cañón Último. Pero de Astilla ni rastro.

Algunos habían propuesto volverse a los montes, pero a La Graja no le había parecido una buena idea.

—¡Si no resistimos ahora —había graznado— viviremos por siempre escondiéndonos! ¡El Blanco no nos dará tregua y lo sabéis! ¡Solo su muerte nos salvará! ¡Su muerte y la de todos sus perros!

La Graja se había convertido en un espantapájaros de mujer; huesuda, tullida y demacrada. Pero Gris, al escucharla graznar, había comprendido muchas cosas de su maestra. Se parecían mucho la una a la otra: el ceño fruncido, los dientes apretados aun cuando todo parecía perdido; eran tal para cual.

Para sorpresa de Gris, muchos rostros se volvieron entonces hacia ella. Al fin y al cabo, ella los había llevado hasta allí. Sus historias, todas sus mentiras.

Y sí, Gris les había mentido de nuevo. Diciéndoles que La Astilla llegaría a tiempo. Que, cuando llegara, traería un ejército de moosa consigo.

Gris, por supuesto, sabía que eso no era del *todo* verdad. Verde se lo había contado: lo que La Astilla pretendía era traer un ejército distinto. Moosa, sí, pero también *algo* más. Solo que ¿cómo, por La Frontera, iba a contarles eso si ni ella misma se lo creía? ¿Un ejército de daján? ¿Su padre *verdadero*?

Al cabecear, Gris sintió una punzada en la nuca; las puntas se venían abajo.

—Llegará —una voz a su espalda.

Se habían llevado bien desde que se habían conocido. A Gris le gustaba Verde. Parecía siempre triste, pero siempre tenía una sonrisa para ella. Para todos, de hecho.

—Claro que llegará —asintió Gris—. Siempre llega.

Ambos se quedaron mirando hacia el oeste. Al amanecer, el horizonte era una línea amarilla y refulgente.

12

En las historias de La Cruz los héroes siempre llegaban a tiempo. Cuando todo parecía perdido, cuando el mundo ya se rompía en pedazos, ellos llegaban para salvarlo.

Ilda corría por el desierto. No conseguía ver nada en la polvareda, el viento restallaba contra su poncho por cada punto cardinal. Los sentía a su espalda, no se atrevía a mirar. Sentía que, si miraba, la ilusión se desvanecería.

¿Quién era ella al fin y al cabo para merecer tanto? ¿Para que incluso los hijos del desierto siguieran sus huellas?

La mentirosa perfecta, eso era.

Si puedes elegir entre hacer o no lo correcto lo haces. ¿Estamos?

Y ella lo había hecho. Había mentido, una última vez. Para conseguir el ejército que necesitaba. La esperanza que necesitaba.

ROMPE LAS CADENAS. LIBÉRANOS. BÁRRELOS A TODOS.

Las historias merecían un final feliz, y ella les había contado a los moosa la historia que esperaban escuchar. Ilda los sentía a su espalda. Ilda sentía que llevaba La Frontera a cuestas.

En las historias de La Cruz, de su *padre*, los héroes llegaban a tiempo. Y a Ilda siempre le encantaron esas historias. Ilda era lo que era por esas historias.

13

Así que la guerra era eso. Ese ruido de hierros y cuero, de carne y truenos. Ese olor a carne quemada. A mierda y a meados. Ese hombre agarrándose esas tripas como obesos gusanos que le salían de dentro. Esa mujer agarrándose el muñón de su pierna amputada. Ese zagal siendo apuñalado una, y otra, y otra vez. Ese horror. Ese saber que allí dentro lo correcto no tiene lugar.

Solo sobrevivir. Seguir respirando.

Trespasos la agarraba de las pieles de su pechera. Abría y cerraba la boca, le escupía, pero Gris no conseguía entenderlo. A Gris le pitaban los oídos tras las explosiones. Gris apenas si conseguía mantenerse en pie.

Los perros de El Blanco habían llegado a lomos de esos carros de Antes de Aquello. De poco les habían servido con La Bella atestada de muebles y basura como estaba, pero sus motores habían bastado para demostrarles su poder. Sobre los carros llevaban armas de Antes de las grandes. Tubos negros con bocas más negras si cabe que cargaban sobre sus hombros desde los remolques.

Esos tubos negros habían disparado contra las barricadas y desde entonces a Gris le pitaban los oídos. De lejos, de muy lejos, había escuchado a La Graja graznar:

—¡Mecha! ¡Hazlo!

Y la situación no había mejorado. Gris todavía boqueaba intentando mantenerse en pie tras las explosiones cuando La Bella se había llenado de fuego junto al almacén de los Garría. La briosa del tral devoraba incluso el hierro de esos carros de Antes. De sus remolques brincaron los perros del Volario embutidos en trajes de llamas. Ladraban. Lloraban.

Dejaban de hacerlo.

La Graja tiraba de ella, la meneaba.

—¡Escúchame, moza! ¡Busca a sus sorgas, ¿oca?! ¡Mátalos! —La Graja le gritaba, pero a Gris apenas si le llegaba un rumor.

El olor rancio a carne quemada. Las explosiones. Los truenos desde los tejados; eso era la guerra. Pero Gris consiguió agarrar esa flecha y encordarla a su arco. Gris consiguió buscar en la vorágine. Una toga negra allí al fondo. Gris había inspirado y había apuntado, pero entonces la explosión.

Entonces se revolcaba por el suelo y, desde el polvo, sus ojos boquiabiertos barrían la masacre.

Unos pocos mercenarios vestidos de púrpura y plata habían alcanzado una de las barricadas, trepaban por ella y, desde arriba, los recibían con hierro; hierro que atravesaba cuero y se clavaba en la carne, hierro que abría gargantas y dibujaba sonrisas de sangre. Los perros del Volario se amontonaban de tal manera en la barricada que se apuñalaban a sí mismos, que, los que retrocedían, tiraban al suelo a los que avanzaban. Hasta que consiguieron coronar la precaria muralla. Cuando lo consiguieron los colores de sus tabardos ya no bastaban para distinguir amigos de enemigos. Allí arriba ya nada tenía sentido; solo muerte. Solo sangre y carne y tripas abiertas en una maraña de cuerpos llamada guerra.

Los pocos moosa que habían acompañado a Verde saltaban desde los tejados y los balcones, salían de cantones y callejuelas para luego desaparecer. No sin antes estampar o clavar sus armas de piedra; aullando, maullando, graznando como las bestias al hacerlo. Sus cuerpos pintados de barro no tardaron en estar pintados de sangre; la sangre de sus enemigos, pero también la propia. Los moosa no morían en silencio. Los hijos del desierto maullaban al cielo al morir.

La muerte llovía desde los tejados. El fuego se extendía por doquier y el polvo y el humo se mezclaban en una macabra mortaja para cubrirlos a todos.

El Garría que habían rescatado de La Grieta se arrastraba por el polvo; acababa de caer de las alturas de una de las barricadas y sus manos arañaban el suelo. Su cara era una máscara de carne, sangre y piel colgante, se le veían los dientes a través de la mejilla. El Garría que habían rescatado de La Grieta arañó el polvo hasta dejar de hacerlo.

Alguien arrastraba a *maisse* Omo bajo un carro volcado; le habían acertado en el hombro y su pulcra camisa ya no era tal. Sangre y mugre y polvo le bajaban por el brazo; sobre todo sangre. Gritaba, pero Gris no conseguía escucharlo.

Los oídos le pitaban. La guerra sonaba a hierro y cuero, a sangre y truenos.

Luego unas manos tiraron de ella y la levantaron. Y ahora Trespasos, cubierto de sangre de pies a cabeza, abría y cerraba la boca, le escupía, pero Gris no conseguía entenderlo. Trespasos le señalaba hacia el fuego, la zarandeaba. Una toga negra aleteó tras el humo y la polvareda.

Gris parpadeó. Comprendió.

Asintió y se lo quitó de encima como pudo. Al asentir se desató por su mandíbula un relámpago de puro tormento, pero apretó el ceño y sus dedos se enredaron en torno a las plumas de su flecha.

—¡Por La Astilla! —gritó al soltar la cuerda.

Esta vez sí que acertó; más o menos. Había apuntado al pecho y resulta que le había acertado en el ojo, pero le valía. Celebró su victoria con un rugido. Toda esa muerte y todo ese ruido no tenían ningún sentido para ella, pero aun así rugió.

La guerra saca lo peor de nosotros. La guerra nos vuelve animales. Y solo entonces descubrimos que nunca habíamos dejado de serlo.

Gris trepó la barricada aprovechando su rugido. Ya no buscaba togas negras, le bastaban el púrpura y la plata. Sus oídos no dejaban de pitarle y le bastaba con disparar. Con seguir disparando...

Algo la abofeteó. Sangre y hierro entre los dientes.

Una fuerza inenarrable la dobló sobre sí misma. Su mano izquierda todavía agarraba su arco, pero la derecha se retorció sobre sí misma. Sonó: *clac*, al partirse la muñeca. Gris fue a gritar, pero no controlaba sus labios ni su lengua. Ni siquiera su aliento controlaba.

Clac: ni siquiera al partirse su hombro izquierdo, al salirse de su sitio, consiguió soltar su arco; tal era la tensión.

Clac: sintió como si unos dedos de piedra se cerraran sobre su rodilla derecha y la partieran en pequeños pedazos de cristal.

Clac, en su tobillo izquierdo. *Clac*, en la clavícula. *Clac*, en una costilla, y en otra, y...

Algo, *alguien* tiraba de ella. La mezcla contra la mezcla. Y luego Gris rodaba barricada abajo; de no ser por las puntas de La Graja, se habría desmayado por el dolor, pero no por eso dolía menos. Cada golpe. Cada vez que su cuerpo, al caer, chocaba contra sus huesos rotos.

Desde allí abajo la guerra era polvo y humo. Eran piernas que resistían y piernas que tropezaban. Piernas que ya no podían soportarlo y huían en desbandada y piernas que, La Frontera sabía por qué, cargaban hacia el horror.

La guerra allí abajo eran cuerpos que caían para nunca levantarse.

Gris la vio caer desde ahí abajo. La Graja sangraba por las orejas y la nariz. La Graja había utilizado todas sus fuerzas para salvarla de ese sorga que le partía los huesos, y ahora había caído de rodillas. Su ceño fruncido por el esfuerzo, los dientes apretados al gritar, una puta leyenda sus dientes.

No bastó.

Del humo y la polvareda manó uno de los perros de El Blanco y le clavó un cuchillo en la cara. Otro apareció por el otro lado y le clavó una lanza en los riñones. Un tercero la tumbó de espaldas y se echó sobre ella; empuñaba un adobe como arma, pero no paró hasta convertir la cara de La Graja en pulpa sobre el polvo.

Desde las profundidades, Gris pudo ver cómo Trespasos llegaba demasiado tarde. Cómo los asesinaba con brutalidad. Cómo... El *fechizo* de La Graja se vino abajo y el dolor llegó. *Todo* el dolor.

Antes de desmayarse, Gris sintió que el viento arreciaba y el polvo se lo llevaba todo por delante. Antes de desmayarse, tuvo tiempo de pensar que La Astilla también había llegado tarde. Que no hay prontos para la guerra. Que la guerra era solo ese ruido de hierros y de cuero. Ese olor.

Toda esa muerte.

14

La sangre caía *plic, plic, plic* desde la punta del cuchillo de su padre. Todo había acabado. Los supervivientes apagaban los fuegos en la tormenta. Los heridos graznaban y resollaban y lloraban; tenían sed. Los moosa levantaban sus armas de piedra y maullaban al cielo.

El polvo y el humo lo cubrían todo. Todavía no era de noche, pero lo parecía.

—Vivirá. —Su voz. La voz de Verde.

Ilda asintió. Que Rosamía viviera era sin duda una buena noticia, ¿verdad?

—Bien —croó.

En las historias de La Cruz, los héroes siempre llegaban a tiempo. Pero, al parecer, ella no era uno de esos héroes. Solo jugaba a serlo. Solo sabía mentir lo suficiente.

Ni siquiera la reconocía, quedaba poco de ella para reconocerla. El rostro de su maestra, sus escarificaciones, habían desaparecido. Allí abajo, a sus pies, no quedaba nada.

Deja salir el miedo, niña, le decía su maestra. La tristeza. La rabia. El dolor.

Déjalo salir.

Ilda exhaló. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba guardándose el aire solo para ella.

Tú no eres como toda esa gente, niña, y por eso, estoy orgullosa. Es por eso por lo que puedo llamarte maki, ¿estamos?

—Sí. Estamos.

—¿Qué? —La voz de Verde de nuevo.

Ilda levantó la mirada de lo poco que quedaba de su maestra; la estaban esperando. El polvo acometía con fuerza contra su poncho y las greñas de su pelo. La Frontera misma la había seguido hasta allí, y no podía permitirse parar ahora. No hasta el final.

La Graja no había sido la única en morir, ni mucho menos. *Maisse* Omo puede que no pasara de esa noche. Los últimos de los Garría también habían muerto y Rosamía tardaría en levantarse. De los rebeldes, que todavía pudieran luchar, apenas si quedaban la mitad. Pero Trespasos estaba allí. Y también Deb. Y Verde. Y los moosa.

Todos ellos la esperaban. Confiaban en ella.

Ilda cerró los ojos. Tomó aire y lo soltó. Con los ojos cerrados. El cuchillo de su padre nunca le había pesado tanto. Con los ojos cerrados:

Ayúdame y seré tuya, le dijo al polvo. *Seré tuya para siempre si me ayudas ahora. Solo déjame llegar hasta él. Solo te pido eso.*

El polvo rieló risueño. Los sentía a su espalda. La Frontera la había seguido hasta allí.

Ilda abrió los ojos.

—Acabemos con esto —gruñó.

En las historias de La Cruz los héroes arengaban a los suyos con frases grandilocuentes, con discursos para la posteridad.

Pero ella no. La Astilla no.

Y aun así asintieron. Ilda los sentía a su espalda.

15

No hubo batalla final. Su precario ejército de rebeldes ascendía por la colina, pero allí arriba ya no quedaba nada por lo que luchar. Las trincheras vacías y en silencio. Las banderas del krae Dugo Volario restallaban al viento desde sus postes, pero nadie respondía a sus colores. Las murallas desiertas en lo alto de la colina. Las puertas abiertas.

El Peto de Dios tragándose todo. La oscuridad de la noche.

—Es una trampa, Ildi —le advirtió Verde—. Bien *siuro* lo es.

Ilda arrugó el ceño. ¿Qué *daimonios* estaba pasando? ¿Acaso El Blanco había enviado a todas sus huestes contra ellos? ¿Acaso no había dejado a nadie para proteger sus murallas?

—Voy a entrar —gruñó.

—*Vamos* a entrar —la corrigió Verde.

Ilda cabeceó.

—Solo yo. Y Trespasos —El Huérfano de su padre asintió al encararlo—. Y algunos moosa. —La moosa que le hacía de intérprete gruñó como respuesta—. Los demás iréis a la cantera. El resto de sus perros deben de estar allí.

Verde le discutió, pero no sirvió de nada.

En las historias de La Cruz los héroes se despedían con un último abrazo. Un beso, incluso. Pero Verde se limitó a sacudir la cabeza y apretar los puños.

—Claro —rumió, esa triste sonrisa suya—. Claro, Ildi.

Verde había cambiado tanto y todo y le quitó la mirada.

Al poco una delgada columna se separaba del resto encabezados por la Rompebotas. Algunos empuñaban antorchas que se tambaleaban al viento, otros candiles; una serpiente de estrellas en la noche.

El viento se apaciguó cuando se colaron por el pasadizo de la muralla. Al otro lado, el viento doblegaba los frutales del jardín. Al otro lado, el corazón de La Frontera los estaba esperando, e Ilda entendió.

Con los ojos cerrados: *Ayúdame ahora y seré tuya para siempre.*

Cuando se adentraron en los fríos pasillos de mármol de la mansión, sus pasos reverberaron en el silencio. Dos tramos de escalera abrazaban la estancia: puertas abiertas a largos pasillos alfombrados a cada lado de esas escaleras, una lámpara de lágrimas relucientes a la luz de los fuegos colgaba desde el techo.

—Acabemos con esto.

16

Toda su rabia no había bastado. Habían matado a La Cruz. Habían asesinado a su hermano. La habían violado tantas veces que la habían dejado sin nada dentro. Pero cuando Carra La Roja desató su rabia, no bastó.

Tuvo que lacerarse las muñecas para conseguir librarse de sus ataduras de oro. Cuando escuchó que los perros del Volario se iban a la guerra, cuando vio la oportunidad, Carra La Roja sangró hasta liberarse. Tardó lo suyo, sí. Se hizo la noche y de nuevo el día. Pero al final consiguió liberarse.

Luego lanzó ese espejo al suelo y se armó como mejor pudo con sus pedazos. Cuando ese perro, alertado por los ruidos, abrió la puerta de su jaula de oro, Carra La Roja le estaba esperando. Para cuando acabó con él ya estaba cubierta de sangre. Se había cortado sus propios dedos al apuñalarlo, pero no le importó. Ni siquiera cambió sus pedazos de cristal por un arma de verdad.

Solo la rabia. La venganza.

Si quería acabar con El Blanco, antes tenía que acabar con sus sorgas. Al salir de la habitación se rajó el vestido para sentirse más cómoda y los buscó. Una criada, al verla sucia de sangre de los pies a la cabeza, abrió la boca dispuesta a alertar a los guardias, y Carra La Roja no dudó.

Más sangre. Más rojo.

Pero esa mujer tuvo tiempo de gritar. Poco, pero lo suficiente. Cargaron contra ella desde ambos lados del pasillo. Llegaron a creer que podrían capturarla con vida, y los muy lupen no usaron sus baladeros. Craso error.

Rojo en los pasillos marmolados. Rojo sobre las obras de arte del Volario. Sobre los lienzos. Sobre los bustos de mármol.

Uno de esos perros le había clavado un cuchillo en las tripas, pero Carra La Roja no perdió tiempo en arrancárselo. Los escuchaba llegar. Escuchaba sus pasos. Alguno de esos perros había dado la voz de alarma y los badajos de las campanas tronaban en sus jaulas de bronce.

No importaba. Desde las cristalerías del pasillo, los veía cruzar los jardines hacia la mansión, abandonar sus trincheras, pero no importaba. Iba a matarlos a todos, cuantos más mejor.

Por La Cruz. Por su hermano. Por La Astilla, que había regresado, y, sí, también por la rabia.

Pero no bastó. Carra La Roja no pudo enfrentarse a las puntas de los *fechiceros*. Fueron muchos a los que mató antes de que los sorgas llegaran hasta ella, pero cuando ese hombre de cabeza afeitada y perilla trenzada apareció al fondo del pasillo sembrado de

rojo, todo rojo

cadáveres y sacudió su cabeza, todos los huesos de su cuerpo le fallaron.

Dolió cuando le partieron los dedos de las manos. Dolió cuando sintió partirse los huesos de sus piernas. Dolió al destrozarse en pedazos sus brazos. Gritó, maulló, los maldijo con toda su rabia; pero no bastó.

Entonces las ventanas del pasillo reventaron. Entonces el polvo se arremolinó por los fríos pasillos de mármol. El polvo reía.

El polvo se le metía dentro.

Carra La Roja no vivió mucho más. Podía moverse de nuevo. Podía cortar y clavar y asesinar a placer, rojo por todas partes, pero ya no era ella. Ella se extinguía. No porque le dispararan. No porque la cortaran con sus hierros. Sino porque el polvo se le había metido dentro.

El desierto con todos sus nombres.

17

Carra La Roja le sonreía tendida contra la puerta cerrada de los aposentos de El Blanco. No había nada en su cuerpo que no estuviera cubierto de sangre. Sangre en los pasillos. Sangre en los cristales rotos del suelo. Sangre sobre las docenas de cadáveres que sembraban los pasillos de mármol de los Volario.

Su nombre por todas partes.

Trespasos fue a correr hacia ella, pero Ilda lo detuvo.

—Espera.

Los moosa murmuraban a su espalda. Rezaban. Los moosa, como ella, podían sentir que no era Carra La Roja quien les sonreía. Podían verlo en la negrura de sus ojos.

—Lo he hecho —le dijo Carra La Roja—. He matado a todos sus sorgas por ti. He vaciado sus trincheras. Ahora cumple tu parte.

LIBÉRANOS.

Ilda conocía esa voz. La voz de la negrura, de todas esas veces que la había atormentado en sueños. La voz de aquella vez que tomó la diiva y se pasó una luna entera en cama. La voz que la había torturado durante todos los días de su vida.

Ilda avanzó hacia la cáscara que su padre de sangre ocupaba. Le sonrió; a la luz de las lámparas, la cicatriz de sus labios un rayo de pura blancura.

—Lo siento, pa —le dijo arrodillándose junto a él—. Soy una mentirosa.

Ilda no le clavó a su padre el cuchillo de La Cruz. Solo había una manera de desterrar a un daján, La Graja se lo había contado. Solo una facia podía desterrarlos de vuelta al desierto, y ambas, maestra y maki, habían contemplado la posibilidad. Dada su sangre maldita, aun sabiendo lo poco que sabían entonces, La Graja le había dado esa facia de hueso quemado en nueve hogueras a la luz de la luna llena antes de marcharse a Cañón Último. Por lo que pudiera pasar.

Y ahora Ilda se la clavaba en el pecho.

—Vuelve al desierto, pa —croó, los dientes apretados.

Su voz: *VOLVERÉ. TE ARREBATARÉ TODO LO QUE AMAS. A TODOS.*

—Calla —siseó—. Calla de una vez.

El viento dejó de soplar. La tormenta, como si nunca hubiera existido, regresó al desierto.

Luego Ilda apartó el cuerpo de Carra La Roja de la puerta acunándola entre sus brazos. La besó en los labios. Le dijo:

—Sin ti nos faltará la sangre.

Luego encaró la puerta de los aposentos de El Blanco. La abrió.

18

No hubo batalla final.

Más tarde se contaría que sí. En las historias, en las leyendas, se contaría que El Blanco desataría toda su *fehicería* contra La Astilla. Que hasta las paredes de mármol echaron a arder, que hasta el mismo polvo se incendiaba.

Más tarde se contaría que La Astilla atravesó las llamas empuñando el cuchillo de su padre, de La Cruz. Que ella sola abatió a todos sus sorgas. Que a fuerza de gruñidos vengó a todos los caídos.

Más tarde, esa batalla final correría de boca en boca. Más tarde se contaría que La Astilla lo sacrificó todo por salvarlos. Que nunca se rindió.

Pero la realidad resultó ser bien distinta. El Blanco estaba tendido medio desnudo en su lecho, una cáscara de piel traslúcida y de huesos, nada más. Consumido, los ojos hundidos en sus cuencas. Al verla llegar, al ver a Trespasos y a los moosa plantados a su puerta, el anciano pateó y manoteó hasta caer de la cama. Gañía. Murmuraba.

La habitación de El Blanco olía a mierda y a enfermedad. Hacía tiempo que El Blanco ya no era más que una cáscara para los sorgas del sur, un recipiente. A cambio de su venganza, lo había perdido todo.

Lloraba a los pies de La Astilla. Acababa de cagarse encima.

—Mis hijos —gimoteaba arañándole las piernas—. Se los han llevado. Se los han llevado a todos.

Ilda se arrodilló junto a él y le rajó la garganta con el cuchillo de su padre. Ni siquiera sonó *clac*. No sonó nada.

La realidad resultó ser bien distinta. La Astilla, al final, sí que se rindió. De rodillas junto a El Blanco, sucia de su sangre, Ilda rompió a llorar.

Fuera la tormenta se había calmado, y su llanto tembló en las paredes de mármol. Trespasos la abrazó. Verde no estaba allí para hacerlo, pues ella misma lo había echado. Para salvarlo. Para salvarlos a todos. Para su venganza, Ilda lo había dado todo.

—¿Para qué tanta sangre? —lloraba en brazos de Trespasos—. ¿Para qué todo esto?

Ahora que todo había terminado, Ilda se rendía en sus brazos. En sus brazos se miraba las manos sucias de sangre, como su padre había hecho hacía ya tanto tiempo en aquella cueva.

—Cuánta muerte —se asfixiaba—. Cuánta guerra. ¿Cuándo acabará?

Otros la habrían reconfortado. Otros le habrían dicho que ya se había acabado, que se habían ganado la paz. Pero Trespasos se limitó a sonreírle. Su bigote le sonrió.

—Eres su vivo reflejo, ¿lo sabes? De tal cruz tal astilla.

En las historias de su padre, siempre había un final feliz. Y si no lo había, se mentía y punto. Pero en las historias reales los héroes se partían en mil pedazos. En las historias reales, al final, los héroes acababan por rendirse.

DESPUÉS

Un final feliz

1

—Así que es cierto... Ya te marchas.

A la zagala le había costado lo suyo recuperarse de sus heridas. Cada tormenta, cada vez que cambiara el tiempo, la zagala sentiría el dolor en sus huesos rotos. Los moosa habían hecho todo lo posible para curarla de sus heridas, pero ciertas heridas nunca llegaban a curarse del todo.

La Pequeña Bellada era un claro ejemplo de eso; nunca volvería a ser la misma. De los escombros habían levantado nuevas paredes; de los bosques, pilares para levantar de nuevo el viejo rancho. Solo que ya no era viejo: era nuevo. Aunque, siendo honestos, Verde no lo tenía demasiado claro. En un mundo de polvo y sangre como ese, viejo de tanta guerra, ¿podía algo nacer sin culpa? ¿Sin heridas? ¿Sin fantasmas?

—Me marchó, sí. A buscar el mar.

Verde sonrió a Rosamía. A Gris.

—Espero traigas cosas que contar.

La zagala había envejecido lo suyo. Había cambiado lo suyo. Pero, aun con todas sus heridas, aun con todos sus errores, su sonrisa seguía siendo la misma. Pura luz en el desierto.

—Las traeré.

En el silencio que siguió a sus palabras, ambos cabecearon hacia las ventanas más altas del rancho. En las alturas solo un esqueleto de madera, las ventanas sin cristales, pero sabían que ella estaría ahí dentro. Últimamente no salía mucho de allí. Se mantenía viva.

Al margen.

—Estoy seguro de que está orgullosísima de ti —le aseguró Verde—. Aunque nunca te lo diga. Aunque sea como es... Bah —acabó por bufar—. Tienes que saberlo. Lo está. Estoy seguro.

La zagala asintió.

—Lo sé. Claro que lo sé. —Al rato—: Cuida de ella, ¿oca? Haz que salga de ahí. Solo tú puedes hacerlo.

Verde arrugó los morros. Ilda no había vuelto a ser la misma desde la liberación y dudaba, y mucho, que pudiera salvarla de su propio exilio. Las cosas se habían complicado entre ellos y él ya no tenía ni idea de cómo acercarse a ella. Para él, su amiga de siempre se había convertido en una extraña. En una coraza.

En el frío hierro de sus ojos.

—Si hace falta le cuentas una de tus historias y ya —le sonreía la zagala—. Seguro que eso funciona.

—No creo —bufó—. La Astilla odia las historias. Dice que no son más que mentiras. Y no le falta razón.

—*Nu* —musitó Gris—. Supongo que *nu*. Supongo que los héroes, o mueren a su debido tiempo, o acaban por convertirse en algo distinto.

La Astilla se había convertido en una heroína para todos excepto para ella misma. Ilda los había salvado a todos de las cadenas, pero ella se culpaba por todas y cada una de las muertes. Ella sentía sus manos sucias de sangre, y ni todas las historias del mundo iban a hacerla cambiar de opinión.

De nuevo, ambos dejaron resbalar sus miradas hacia las alturas: Ilda no estaba allí. Al parecer ni siquiera tenía pensado despedirse desde la ventana, y a ellos solo les quedaba soñar con que, en el fondo, a ambos los amaba.

Así era ella.

—Que el polvo te sea dulce, Rompebotas.

Gris asintió. Luego se echó el morral al hombro y le dio la espalda. Luego el polvo se la tragaba.

2

Verde se sacudió con fuerza el polvo de las botas antes de cruzar la puerta del rancho; estaba enfadado. Puede que se debiera al agotamiento: se pasaba los días y parte de las noches ayudando en la reconstrucción de La Bellada o haciendo de intérprete entre los moosa y los moba... *Ja*, hasta él mismo se había acostumbrado a llamarlos así. Hasta él mismo se sentía distinto al resto.

Aunque siempre lo había sido, esa era la verdad. Desde que había *cruzado* a ese mundo de polvo y sangre. A ese mundo donde le habían enseñado a amar en los tiempos difíciles, en los tiempos de verdad. A luchar por aquellos a quienes amaba. A que siempre, siempre, merecía la pena hacer lo correcto.

Pero, oh, esa mujer testaruda no había hecho lo correcto ni mucho menos. No esta vez, al menos. La zagala había tenido que marcharse sin una despedida por su parte, y eso no estaba bien. Después de todo lo que había hecho por ella. Después de haber estado a punto de morir por ella...

Verde ni siquiera llamó a la puerta. Pateó las escaleras y también el pasillo de tablas, y abrió la puerta de su habitación de un golpe.

No había nadie allí. De hecho, no había casi nada. Su poncho no estaba. Ni tampoco su morral. Ni siquiera el cuchillo de su padre.

—¡Ildi! —Pateó la habitación y salió de nuevo al pasillo—. ¡Ildi! ¡Ilda! —Todo su enfado se había enfriado hasta el punto de agudizarle la voz, de chillar como chillan las ratas.

Bajó a la carrera las escaleras y abrió la puerta de lo que había sido el antiguo salón. Todavía no había chimenea, pero Trespasos tallaba sus figuritas en su esquina de igual modo, el suelo sucio de virutas entre sus pies.

—Se ha ido —le sonrió su orondo bigote.

—¿Cómo que se ha ido?

Trespasos se encogió de hombros.

—Volverá —le dijo—. Sé que lo hará.

Trespasos devolvió su atención a su figurita, pero, al ver que Verde no conseguía salir de su estupor, acabó por encararlo de nuevo.

—Más vale tengas una buena historia para cuando regrese, ¿eh? Tienes tiempo —rio; e incluso se atrevió a guiñarle un ojo.

A Verde se le había pasado el enfado. Se sentía algo triste, sí, pero el gozo le inundaba las tripas. Se había marchado, y por eso la echaría de menos. Pero a Verde ese mundo de polvo y sangre le había enseñado a amar en los tiempos difíciles. A amarla por encima de todo su egoísmo.

Y si La Astilla se había marchado solo podía significar una cosa: seguía viva. Su historia no había hecho sino empezar.

Verde tosió una dulce carcajada.

3

Gris se despidió de ese cedro alto, altísimo, que se alzaba entre el cuartel calcinado del publicano y el salón de *maisse* Omo. Gris lo había reconocido por las historias la primera vez que lo había visto, y le debía una despedida. Algo chamuscado, distinto; pero el mismo cedro de siempre.

Gris podía haber rodeado La Bellada. Podía haberse marchado sin despedirse; su maestra lo habría hecho. Pero ella prefirió beber el agua de ese pozo y abrazar a *maisse* Omo. Prefirió despedirse como el polvo mandaba de las chicas del salón y también de *maisse* Rono y *pare* Jan. Prefirió subir hasta la jerca de los tral y, de puntillas para no tocar nada, besar a Deb en la punta de la nariz.

—*Nu* quemes nada —le dijo; y ambos rieron por eso.

Gris apenas si llevaba un sol con esas gentes, y más de la mitad de ese tiempo se lo había pasado en cama, pero sentía que los conocía desde siempre y prefirió despedirse a su manera.

Para cuando dejó atrás la cantera ya anochecía y montó campamento a orillas del desierto. En las alturas las estrellas titilaban tras la calima, una luna tan delgada como una uña. Gris les sonrió. Había vivido la historia de La Astilla, y ahora le tocaba vivir la suya propia. Regresar a la guerra. Contarles a todos que la guerra nunca merecía la pena.

Hacer lo correcto.

Cuando escuchó que algo crujía a sus espaldas, agarró su arco y, agazapada, apuntó llenando de aire sus pulmones.

—¿Astilla? —exhaló.

A la luz del fuego su maestra le sonreía. Era extraño verla sonreír así; casi acobardada. Al parecer, no solo Gris había cambiado.

—¿Qué haces aquí?

Astilla frunció los labios y se encogió de hombros.

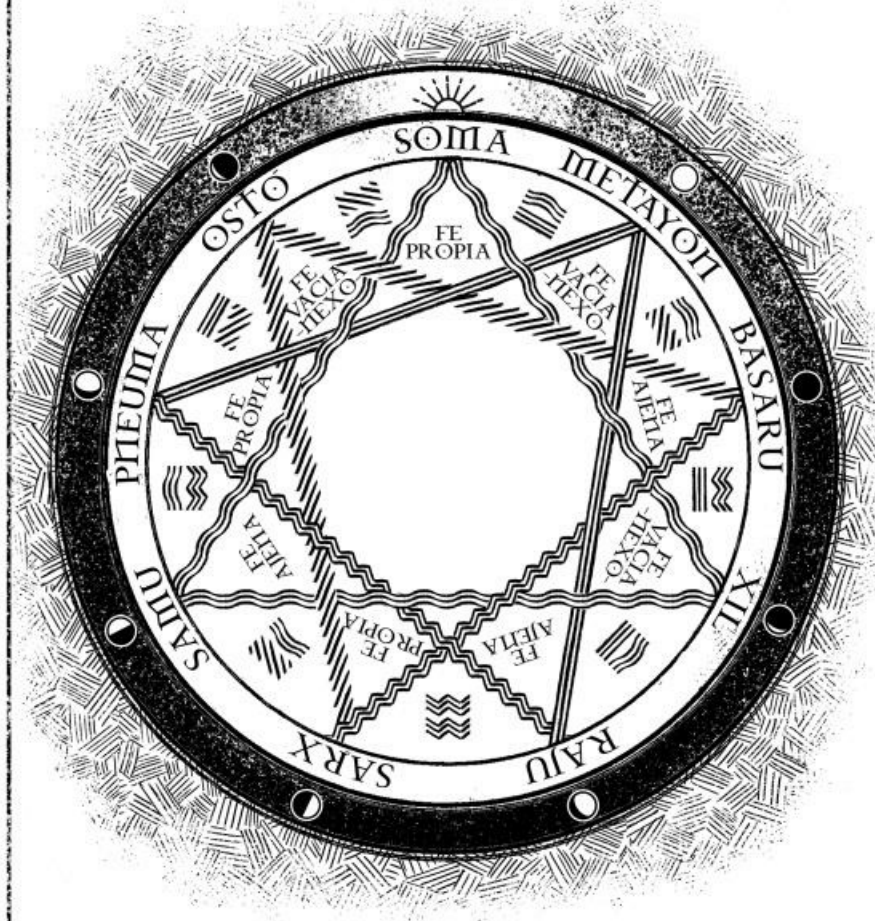
—Dijimos que lo haríamos juntas, ¿recuerdas? —Y con uno de sus gruñidos, su ceño tan fruncido como siempre—: ¿O es que has cambiado de opinión?

Gris rio; esa era la manera que tenía su maestra de preguntarle si podía acompañarla. Rio tanto que sus encías apuntaron al cielo. Reía porque estaba contenta de tenerla allí. Reía porque, La Frontera sabía por qué, su maestra había roto a reír con ella y ya no podían parar.

Reía porque, al final, resulta que sí que tenían un final feliz. Por un rato, al menos. Por unos días. Pero, en las historias reales, ¿qué más se podía pedir?

FIN

LA SÁGIDA



- ≡ RIGA: TRIÁNGULO CUERPO -AGUA-
- ≡ RAGA: TRIÁNGULO MENTE -AIRE-
- ≡ RU: TRIÁNGULO CARNE -FUEGO-
- ≡ NEUTRO TIERRA-

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Consuelo Abellán, Tiffany Calligaris, Víctor Conde, Daniel Garrido, Alberto Martín y Guillem Sánchez; por mancharse los ojos de polvo y sangre y decidir que esta historia merece la pena. Que el polvo os sea dulce, frais.

A toda la gente de editorial MINOTAURO por hacer esto posible: Andreu Giménez, David Sanz, Núria Martínez, Marcel Farran, Ainhoa Marzol, Natàlia Sánchez, Meritxell Matas y en especial a Vicky Hidalgo Bayo por regalarme esa llamada tan especial; sin vuestro trabajo las historias no tendrían lugar.

A Fernando López por dibujar daimonios por las esquinas y estrellar milagros en papel.

A la gente de Cover Kitchen por ponerle cara a estas páginas y al equipo de Ormobook por maquillar esta historia.

Gracias a mis familias: la de las calles, la del monte, la del hogar; cada uno de vosotros habéis formado parte de estas páginas, y siento no poder nombraros a todos.

A Eva, por hacerme las cuentas cuando más lo necesitaba y por cantar conmigo de niños (y no tan niños) sobre una alfombra voladora.

A Eneko, a Birra, a Niko y a Itzi; con vosotros empezó Después de Aquello al amor del fuego y al rodar de los dados un día de nieve cualquiera.

A Alfons, porque son muchas las que te debo, nen.

A Iker, por hablarme de La Voluntad.

A Silves y Senda, porque a veces basta con mirarlos para llenarme los ojos de luz.

Gracias a Mis Lectores de Siempre:

A Rose, por querer sorberle también todo el meollo a la vida y marchar conmigo a los montes; eso nunca se olvida.

A Gigante, por enseñarme a meditar sobre la eternidad a la orilla del mar y por ser el primero en decirme que ya tenía ganas de la siguiente.

A Leti, de tantos nombres, porque también merecerías la dedicatoria de este libro. Por quemarte los ojos de leerme y los oídos de escucharme. Por los buenos tiempos. Por ser la tortuga que eres. Y porque tenerte Al Otro Lado De La Ventana es un puto placer.

A mi hermano, por ser el mejor compañero para recorrer galaxias y selvas atestadas de criaturas imposibles, por cegarte los ojos a una luz inclemente, por hacerme reír en tantas aventuras y porque no puedo estar más orgulloso de la persona que has resultado ser.

A mi madre, por darme no solo lo que tengo sino también lo que soy. Por enseñarme a reír, que tanto me gusta; por el color de tus ojos que son los míos y por hacerme saber que siempre tendré unos brazos donde caer.

A mi bestia parda de padre, claro, porque, aunque él no sea La Cruz ni yo sea La Astilla, me llenó la cabeza de pájaros.

Y gracias también a esos pájaros: os juré que si algún día llegaba hasta aquí os nombraría. A vosotros, a vosotras de todas esas historias. Os llaman *personajes de ficción*, pero en los malos momentos, en los agujeros que he caído y en los desiertos que he cruzado, siempre habéis estado ahí, más reales que nada y que nadie. Así que: a Frodo Bolsón y a Samsagaz Gamyi, por ese primer viaje. A los de AVALANCHA, por enfrentarse al poder. A Roland Deschain de Gilead, por atravesar el desierto. A Mononoke y Ashitaka, por salvarnos el bosque. A La Novia, por salir de su tumba. A Tyler Durden, porque no me salvaré. A Alma, a Ida, a Dellwood y a Cobertizo, porque es tan delicioso ser tan pernicioso. A Logen Nuevededos, por ser el mejor amigo del mundo. A Ellie, porque la venganza solo te deja sangre en las manos y fantasmas en la oscuridad.

Y a ese héroe de gorro verde. Porque aun cuando el mundo se llena de tinieblas, aun cuando todo está oscuro, siempre se las apaña para hacer sonar su fanfarria y salvar el mundo de todo mal.

Quien os diga que no sois *reales* es que nunca ha sentido una historia de verdad, frais.

Gracias a La Astilla. A La Cruz. A Rosamía.

Y por último a ti, lector. Porque sin ti nada de esto sería posible. Porque espero conocerte. Mientras tanto: el horizonte era una línea amarilla y refulgente.

Ya lo irás entendiendo.

Hija de La Frontera

© Asier Moreno, 2023

Mapas de Fernando López Ayelo, 2023

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2023 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Diseño de cubierta: Cover Kitchen

ISBN: 978-84-450-1641-1(epub)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

